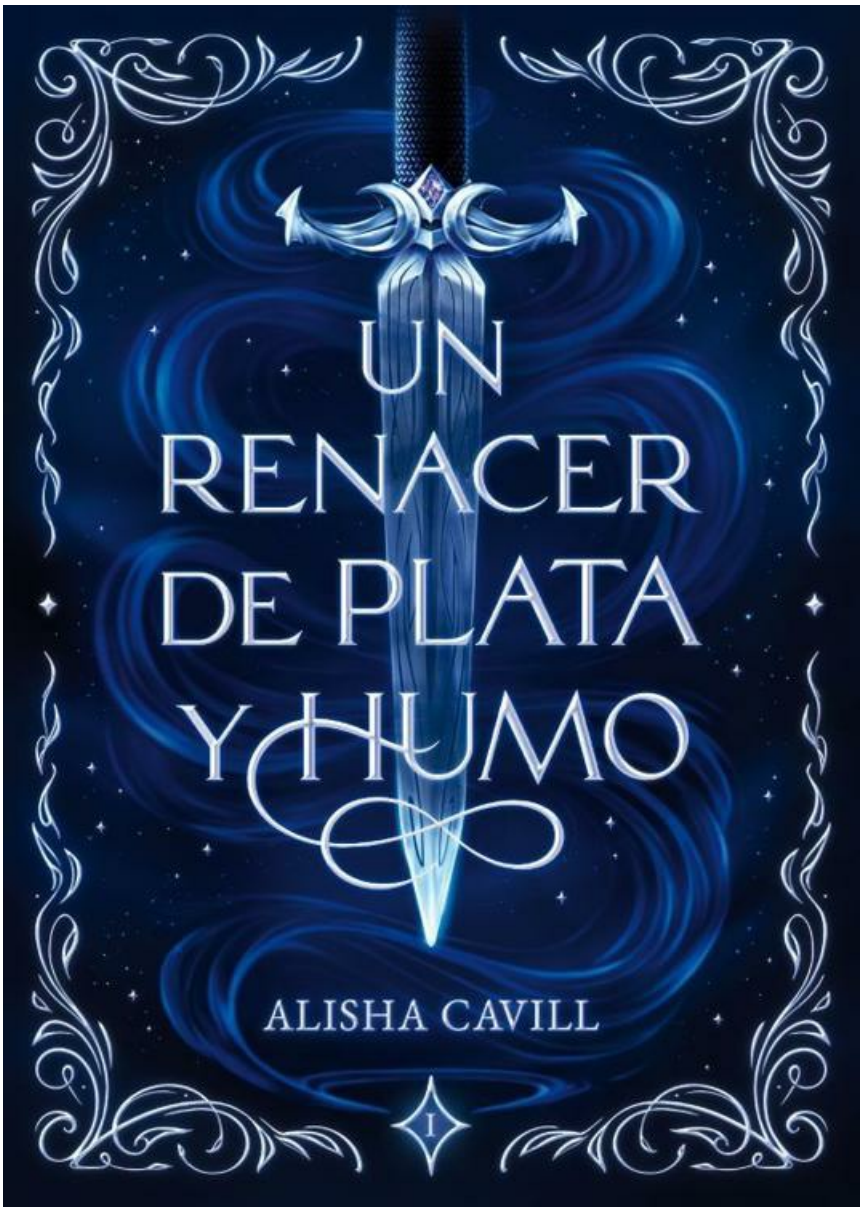

UN
RENACER
DE PLATA
Y HUMO
ALISHA CAVILL
I


UN
RENACER
DE PLATA
Y HUMO
ALISHA CAVILL
I


UN
RENACER
DE PLATA
Y HUMO
ALISHA CAVILL

Primera edición: marzo 2024
Thema/IBIC: YFHR
© del texto: Alisha Cavill
© maquetación y diseño: Lucía Gutiérrez Sobrado
© de la corrección: Nia Area
© diseño de cubierta e ilustraciones: Patricia Pérez
© mapa y decoraciones interiores: Andrés Aguirre
Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones establecidas por la legislación, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento presente y futuro, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos, sin la autorización previa y por escrita del autor.

CONTENIDO SENSIBLE

Atención: esta información puede contener datos relevantes de la trama.

Consumo de drogas, sexo explícito, lenguaje violento y malsonante, violencia explícita, duelo.

A los sueños que nacen en nosotros
y persisten a pesar de las tormentas.




IRINEA ORIENTAL
Denesse
Islas Denesse
ICENEN
Bosque Silencioso
Hacia Ylere
EL ABISMO
Ciudad Helada
El Paso Salino
ASARA
Puerto Soleado
Cyaneus
El Coello
La Fosa
RIOS ALTOS
Minas de Anor
VALYN
Roshan
EL ABISMO



Guía de pronunciación

Personajes

- Queen: /ku-ín/
- Dryan: /drá-yan/
- Nasir: /na-sír/
- Jayde: /yéid/
- Dorian: /dó-rian/
- Samara: /sa-má-ra/
- Ethan: /í-zan/
- Kerisha: /ke-rí-sa/
- Darius: /dá-rius/
- Amada: /a-má-da/
- Nashara: /na-sá-ra/
- Allania: /a-lá-nia/
- Tristán: /tris-tán/
- Sombrael: /som-bra-él/

Localizaciones

- Denesse: /de-nés/
- Cynaeus: /si-na-é-us/
- Icenen: /í-ce-nen/
- Ylere: /yí-le-re/
- Rhosan: /ró-san/

Dioses

- Ignitia: /ig-ní-tia/
- Ceresia: /ce-ré-sia/
- Cosmo: /cós-mo/



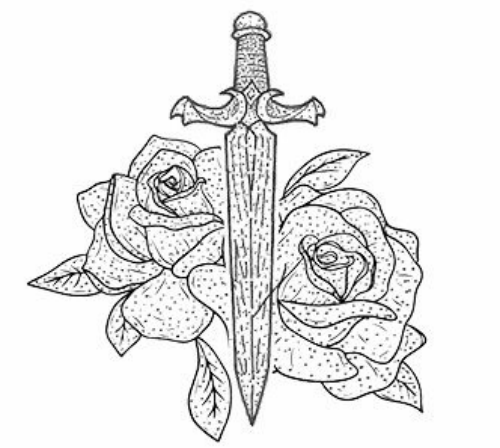
GLOSARIO

Ceresia: diosa de la vida y la naturaleza. Madre de los humanos y brujos de Denesse. Esposa de Cosmo y hermana de este e Ignitia.
Cosmo: dios de la muerte, la noche y el placer. Creador de los brujos de Denesse y los evocadores. Esposo de Ceresia y hermano de esta e Ignitia.
Ignitia: diosa del sol, el fuego y el conocimiento. Madre de los guerreros de fuego. Hermana de Cosmo y Ceresia.
Cobalto pyrense: material creado por los alquimistas de la Legión Ardiente con capacidad de neutralizar la magia de los brujos de Denesse.
Vanadio: piedra preciosa de color rojizo usada para canalizar torrentes mágicos. Se puede emplear en joyas, talismanes…
Violágora: explosivo altamente inflamable.
La Gran Guerra: conflicto bélico mundial que enfrentó a los ejércitos de La Alianza Imperial y de La Legión Ardiente.
La Alianza Imperial: ejército formado por evocadores, brujos de Denesse y el reino de Valyn. Fieles al dios Cosmo y a su causa.
La Legión Ardiente: ejército formado por los guerreros de fuego y los reinos de Ventura, Adarna y Ríos Altos. Fieles a la diosa Ignitia y a su causa.
Nirav Vanisha: actual emperador de Irinea Oriental. Hermano menor de Asha y Nisha Vanisha.
Vallath: único dragón vivo, regalo de Ignitia al general de los guerreros de fuego, Aldhard.
Torre de la Niebla: torre mágica creada por Ignitia para formar a toda persona dotada en el arte de la alquimia. Posee poderes de translación e invisibilidad.
Valyn: reino dominante en Oriente, de clima desértico. Su capital es Roshan. Es la potencia militar de Irinea Oriental.



La Casa Dorada

Parte I



1

Hundí los dedos en el fulgor áureo que colgaba de mi cadera y después los lamí. El sabor agridulce de la droga, una mezcla del más delicado azúcar con un potente toque cítrico, me sacudió de placer e hizo que me arqueara y cerrara los ojos. Era un mordisco en el cuello, justo debajo del lóbulo, rápido y ligero pero húmedo y estremecedor. Una pequeña cantidad me mantendría atenta, sensible a los sonidos y letalmente ágil. Un exceso, aunque fuese insignificante, me adormecería y entumecería mis músculos hasta hacerme perder el conocimiento. Y aunque sin duda prefería la última opción, esa noche tendría que contenerme.

Me jugaba un castigo a manos de *mi mismísimo* señor, Dorian Yadav.

El último había sido hacía siete noches, con esa puta vara de cobalto pyrense que al primer general del ejército valynés le gustaba tanto usar contra mi espalda. Me había costado dos días enteros volver a caminar sin lloriquear, lo que para mí equivalía a… Demasiado. Jodido. Tiempo.

Me mordí la lengua con fuerza y alargué el cuello para otear entre las tejas.

La luna se reflejaba sobre el océano, y su halo caía sobre el vaivén de las olas en un hipnótico baile. Desde la altura a la que me encontraba, comprobé que solo los navíos de comercio permanecían custodiados por mercenarios, todos con la mano sobre el pomo de sus espadas y el ceño fruncido. Agucé la vista hacia el fondo del puerto, donde atracaban los barcos más grandes. Al menos una decena de hombres patrullaba con el uniforme cobalto de la señorita Claeys frente a El Insumergible, mi objetivo de esa noche.

Me incorporé sobre el tejado añil y me puse en marcha sin hacer ruido. El fulgor áureo ya había hecho efecto y todos mis músculos estaban bajo una agradable tensión. Mis latidos golpeaban el fondo de mi garganta, mi visión se había enfocado, el olor a especias y a salitre era intenso y delicioso, y hasta las casas grises del puerto, que normalmente me parecían aburridas y sin vida, se habían convertido en diminutos palacios de plata.

Había alcanzado el almacén más cercano a El Insumergible cuando me sobresalté al ver una figura agazapada y encapuchada en el tejado contiguo. A pesar de que lo identifiqué al momento

por la capa marrón, trastabillé. Mi caída torpe hizo que Dryan pegase un brinco y su capucha se deslizase hacia atrás, dejando a la vista su rostro bronceado y ese hoyuelo que se le formaba en la mejilla derecha siempre que sonreía.

—¿Qué narices haces aquí? —Me incorporé sacudiéndome el polvo; al siguiente pestañeo, salté para agazaparme a su lado. Su sonrisa se amplió con aire mediador, pero gruñí—: Y trágate la mentira que vas a escupir por esa boca. Te la estoy viendo en la cara.

—¡Queen! Por favor, ¿por quién me tomas? —Se aclaró la garganta y se atusó los rizos castaños para recolocarse la capucha con torpeza. La tela oscureció sus enormes ojos dorados y los dotó de una mayor intensidad—. Eh… paseaba.

—*Paseabas*. —Me acomodé para echar un vistazo furtivo a los patrulleros. Ninguno parecía haberse percatado de nuestra discusión—. El capitán de la guardia de los Yadav «paseaba» en un tejado, de madrugada, en el puerto y justo enfrente de El Insumergible.

—Es una noche encantadora de finales de verano, ¿no crees? —Las comisuras de sus labios crecieron hacia arriba, confiriéndole un aura inocente—. No quería perdérmel…

Lo agarré del cuello y deslicé la mano enguantada hacia el cinto. En cuanto apreté los dedos sobre la empuñadura enjoyada de Infalible, levantó las manos y abrió mucho los ojos.

—¡Vale, vale! Tranquila —graznó—. Me manda Dorian, ¿de acuerdo? *Dorian*. Ahora suelta esa daga y hablemos como personas civilizadas y racionales.

—¿Dorian? —No lo solté—. ¿Para qué?

Tardó unos segundos en contestar. Contra mi palma, la nuez de su garganta subió y bajó al tragar saliva.

—Quería… Bueno, quería que te echara un ojo —bajó la voz—. Ya sabes, por lo de la fiesta de la semana pasada.

Me reí. Esa aburrida fiesta.

Apenas recordaba algunas imágenes borrosas, aunque tenía la sensación de que había sido sumamente satisfactorio irrumpir en mitad del evento de Dorian ebria y drogada. Sin duda, la vara había sido un digno castigo. Y me había espabilado al primer golpe.

—¿De qué te ríes? —Entrelazó los dedos sobre los míos y tiró para alejarlos de su cuello. En cuanto cedí, se masajeó la garganta.

Me reía de lo absurda que resultaba la situación. Si estaba allí, era porque Dorian había considerado la misión lo suficientemente poco arriesgada como para encomendármela.

—Por si *nuestro señor* se ha olvidado, soy una bruja de Denesse; no necesito un niñero —dije, a pesar de lo que estaba pensando—. Lárgate y sigue cazando rebeldes, ¿o es que ya ni siquiera sirves para eso?

Me gané una mirada herida por su parte, una que me supo a cenizas, y deseé haberme tragado la lengua. Maldita droga; no debería haberlo atacado con eso.

Por suerte, Dryan soltó el aire y relajó los hombros, dispuesto a mantener la paz.

—Venga, con lo adorable y tierna que eres en el fondo, no entiendo cómo…

—Continua esa frase y te daré un puñetazo en tu preciada nariz —le advertí, aunque muy poco convincente—. Porque no soy «adorable» ni «tierna». Puede que le resulte complicado de entender a tu diminuto y primitivo seso.

—Au. —Se dejó caer sobre la espalda, llevándose las manos al pecho como si le hubiese ensartado la daga—. ¿«Diminuto y primitivo seso»? Pensé que empezabas a tenerme un mínimo de aprecio después de seis años viviendo bajo el mismo techo. Soy un excelente compañero de pasillo, ¿o no? Nunca traigo compañía, te deleito con entretenidas conversaciones, no me faltan dientes ni pelo y, además… —De pronto, sus ojos de oro líquido se detuvieron en mis labios y su expresión risueña se ensombreció.

«Mierda».

Me froté rápidamente la boca con los nudillos. Como me temía, un rastro dorado se quedó adherido a la superficie de mi guante.

—Has vuelto a consumir —suspiró, irguiéndose sobre su brazo izquierdo.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Y? ¿Qué tiene de nuevo?

—Queen, sabes que a Dorian no le gusta que consumas.

—Me permite el fulgor áureo.

Me dirigió una mirada contenida.

—Aun así, después de la fiesta, no deberías…

—Ahórrate el sermón. Tengo una brújula que robar. —Retomé el rumbo a la canaleta, atusando con los dedos varios mechones rubios que se habían escapado de mi coleta alta—. Vuelve a casa y dile a Dorian que no me has encontrado.

—¡Espera! —Me giré hacia él, una ceja elevada—. Déjame ayudarte.

Me reí, pero hizo un mohín e insistió:

—Venga, por favor, no puedo regresar y mentirle. Es obvio que no es una de mis mejores cualidades, ¿no?

Lo cierto era que quizás me fuese útil para distraer a los patrulleros; Dryan era un guerrero temible a pesar de su afable temperamento. Además, era peligroso mentirle a Dorian de una manera tan descarada. Nunca le había puesto una mano encima a su capitán de la guardia, no al menos que yo hubiese oído o visto, pero eso no significaba mucho. Y, en realidad, al primer general le complacería mucho que optase por tomar medidas de seguridad extra.

Cedí sin mucho entusiasmo, porque detestaba sentirme tan inútil, y descendimos por la canaleta. El sonido de nuestras botas al chocar contra el empedrado coronó el silencio.

Algunas nubes se habían apoderado del cielo estrellado, lo que nos facilitó la tarea de llegar a El Insumergible sin ser vistos. Una vez bajo su amparo, echamos un vistazo hacia los mercenarios. Ninguno se había percatado de nuestra presencia.

—Vigilo —susurró Dryan, dándome un codazo en las costillas. Bufé y agaché los hombros, pero él plantó el dorso de la mano en mi mentón y me obligó a mirarlo. En cuanto clavé mis ojos avellana en los suyos, me dedicó una sonrisa cómplice y movió las cejas—. Te encanta resoplar, ¿eh? Eres una auténtica cascarrabias.

Contuve un nuevo resuello. Dryan tenía esa clase de belleza capaz de robar alientos y provocar que el estómago se te retorciese de la más instintiva necesidad: su piel era la combinación idónea entre el oro y el chocolate, sus pestañas espesas y oscuras. En la parte baja de su rostro, apenas notable, una pelusa áspera y castaña recorría su mentón y enmarcaba su

sonrisa cristalina. No me sorprendía que la mayor parte de las jóvenes de Puerto Soleado bebiesen las aguas por él.

Aparté la cabeza con un gruñido y salté hacia el cabo de proa, por el que trepé hasta alcanzar la cubierta. No había nadie; solo unos barriles cerca del acceso a los camarotes. Sin vacilar, lo estiré y lo corté con la daga de mi madre. Se perdió en el agua.

—¡Hija de…! —Dryan zarandeó los brazos desde abajo, contemplando la cuerda hundirse. Me reí cuando levantó la cabeza en mi dirección con la boca abierta—. ¡Pretendía ayudarte!

Me encogí de hombros y planté la bota sobre la regala para asomarme.

—Por si no te ha quedado claro, no necesito tu ayuda. —«Ya no, al menos».

Masculló un nuevo insulto, pero yo ya estaba en marcha hacia el interior del barco.

No era la primera vez que Dorian me ordenaba robar en El Insumergible, uno de los navíos que se encargaba de proveer objetos lujosos y originales a Palacio. En los últimos años, el valynés se había ganado un puesto en el mercado negro de antigüedades gracias a la enfermiza coleccionista Amada Claeys. Después de tanto tiempo, ni recordaba la cantidad de objetos que había robado de ese barco.

Esa noche, solo necesitaba localizar una brújula. Lo único que sabía sobre ella era que se trataba de un chivatazo especial de nuestro compinche. Años atrás le hubiese preguntado a Dorian qué tenía de especial o por cuánto la revalorizaría en el mercado negro, pero ya había aprendido que jamás me daría una respuesta; no con palabras, al menos. Y también hacía mucho tiempo que había perdido el interés por algo que no fuese el fulgor áureo.

Alcancé la puerta que conducía a la bodega por inercia. Ese era el simple truco del negocio: robar los objetos antes de que la propia señorita Claeys supiera de ellos. Una estrategia sencilla y de bajo riesgo que consistía en colarse en el barco, robar el capricho que se le había antojado a Dorian en ese momento y deshacerse de la hoja del inventario. Fácil y limpio.

Pero esa noche me detuve con la mano sobre la puerta, confundida por unos sonidos embotados al otro lado. ¿Claeys habría contratado un vigilante?

Apoyé la oreja contra la puerta y el murmullo se diluyó tan rápido como lo había advertido. Aquello resultaba… extraño. Debería abortar la misión y regresar a la Casa Dorada, informar a Dorian y reevaluar la forma de conseguir la brújula. Eso sería lo que el primer general querría: lo sensato. Pero… joder, era más que capaz de enfrentarme a un humano. Incluso con mi enfermizo suministro mágico, aún podría derrumbarlo.

Entreabrí la puerta con un empujoncito de mi bota, apretando el mango de Infalible con mi mano enguantada. Tenía tanta tensión en los nudillos que debían estar blancos bajo la tela que me cubría la quemadura del brazo.

Retuve el aliento cuando la bodega quedó a la vista. Las sombras irregulares de los cargamentos se dibujaban en el suelo, cinceladas por la lúgubre luz de la luna que se cernía a través de los portillos. Apenas era capaz de vislumbrar nada, salvo…

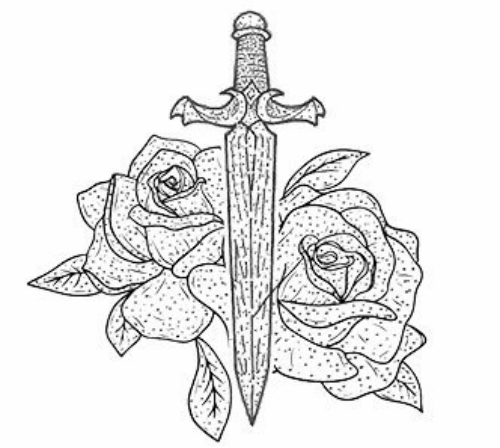
—¡Joder! —Algo peludo y oscuro se estrelló contra mi bota. Salté a tiempo de ver una cola escabullirse entre mis piernas, directa hacia la cubierta. Una segunda, tercera y cuarta rata salieron tras la primera, enloquecidas—. ¿Qué…?

De pronto, un movimiento difuso captó mi atención y algo rápido y desmesurado se cernió

sobre mí. Flexioné las rodillas para evitar su embiste. No me permití pensar: cerré la mano con fuerza en torno a Infalible y giré sobre mis pies. Cercené el aire, aguardando que la carne de mi adversario detuviese mi movimiento y su sangre me empapase la ropa. Pero la hoja no se detuvo, sino que atravesó la nada y me desequilibró.

Aturdida, alcé los ojos para descubrir el rostro de mi contrincante.

Y entonces, un humo negro me sonrió con letalidad.



2

La figura de humo oscuro se condensó frente a mí, esbozando el cuerpo de un hombre alto y entrenado. Mi mano y mi daga atravesaban su pecho helado, sin ningún efecto, y sus ojos de un rubí profundo estaban fijos justo donde nuestros cuerpos hacían contacto.

—Qué modales, brujita. —Chasqueó la lengua y subió la mirada. Era un rostro sin detalles del que apenas distinguía un mentón pronunciado. Aparté la mano de entre sus costillas y retrocedí dos pasos. Su esencia era tan fría que me había entumecido los dedos—. Mucho mejor.

Estaba jodida. Muchísimo.

No sabía cómo me había identificado, ya que no llevaba a la vista la insignia de Denesse. Aunque era obligatoria y ocultarla me podría acarrear problemas legales, procuraba mantenerla escondida en misiones como esa. Prefería que Dorian sacase la cara por mí en caso de que los soldados de Palacio me interceptasen a tener que dar explicaciones que comprometiesen a mi señor, ya que ponerlo en riesgo supondría ponerme en peligro a mí.

Pero *ese* no era el problema que me preocupaba. El verdadero problema, el que me había acelerado la respiración, era que frente a mí había un evocador. Y podía combatir prácticamente todo… pero no a un evocador en su estado incorpóreo.

Nuestros hermanastros eran armas volátiles y elegantes concebidas para despedazar la mente de sus víctimas y absorber su energía vital. Ni mi magia ni Infalible servirían para contraatacarlo mientras no estuviese de vuelta en su recipiente físico. En ese estado, solo la luz del sol o el fuego pyrense lo harían. Y aunque llevaba encima uno de esos ilegales pedernales pyrenses, jamás me atrevería a usarlo. No después de haber estado a punto de perder el brazo derecho por culpa de un dragón.

Retrocedí lentamente sin darle la espalda, y me obligué a esbozar una mueca sosegada. Me había metido en un lío, uno tan letal que ni siquiera me asustó imaginar cómo reaccionaría Dorian si llegaba a enterarse. Cada fibra de mí estaba centrada en sobrevivir, en escabullirse lo antes posible.

—¿Y tu compañero? —Avanzó, rodeándome con su humo. Me tropecé con la escalera que

ascendía a cubierta, pero no aparté la mirada de él—. Los brujos nunca trabajáis solos.

—En cubierta —mentí, subiendo el primer escalón.

El evocador se rio y, sin anticiparlo, su manos se solidificaron y atraparon mis muñecas. Tiró de mí con rudeza.

—No mientas, cariño —murmuró, demasiado cerca de mi rostro como para sentirme cómoda. Alargó el silencio unos segundos—. ¿Nos conocemos? Me resultas familiar.

Alcé una ceja con ironía. No tardó en comprenderme y una risita elegante escapó de su boca al tiempo que enredaba un dedo invisible en mi coleta.

—Perdón, olvidaba que ahora mismo soy *un poco* difícil de identificar. Quizás en otra ocasión, entonces. —Se encogió de hombros—. ¿Y qué hace una brujita aquí a estas horas?

—Paseaba —espeté, forcejeando. Ejercí más presión, y entonces su contacto se esfumó. Estuve apunto de caer sobre mi trasero, pero logré equilibrarme a tiempo. Le enseñé los dientes y posicioné a Infalible a la altura del pecho. No volvería a tocarme sin que le ensartase la hoja bien profundo.

—A mí me parece que tenías otras intenciones. —Su humo estaba tan condensado alrededor de su figura que pude advertir cómo tamborileaba su mentón con el dedo índice—. Veamos, ¿qué podrías estar haciendo a estas horas en un barco tan valioso como este, uno al servicio de Palacio? ¿Robar, tal vez? —Intuí una sonrisa en la comisura de sus labios.

—Solo tenía curiosidad —mentí, subiendo dos escalones más—. No soy una ladrona, lo juro. —«Descarada».

—Hum… —Otro escalón. Él me siguió—. Yo también soy curioso. Siempre he imaginado cómo se sentiría poseer el cuerpo de uno de los tuyos. Una lástima que Cosmo prohibiese esa práctica entre nosotros, porque seríamos un arma letal. Las habilidades mentales de un evocador y las corporales de un brujo en un mismo ser… Qué delicia. Además, tú… —inhaló—, tú estás cargada de poder. Y de un poder distinto. ¿Qué…?

No lo pensé: me precipité escaleras arriba tan rápido como me permitieron las piernas. Tenía que poner la mayor distancia posible entre los dos. Escapar o esconderme, porque el momento de la palabrería había pasado, y *no iba* a convertirme en el tentempié de ese evocador. Mucho menos iba a dejar que siguiese averiguando detalles sobre mí.

No lo vi venir. Materializó parte de sus brazos y me empujó. Salí disparada por las escaleras y un dolor insoportable me atravesó el hombro, anegando mis ojos de lágrimas. Pero no tenía tiempo para llorar. Me incorporé sobre las rodillas y atravesé la oscuridad con la daga. Nada, era demasiado rápido. Saqué el pedernal de mi cinto y miré el objeto. Solo tenía que frotar las piezas, crear una pequeña chispa y mantenerlo alejado de mí. No sería tan efectivo como un círculo de cinco puntas, aunque podría valer. Hasta los niños eran capaces de usarlos.

Pero me quedé rígida e inmóvil, notando una picazón expandirse por mi brazo quemado.

—¿Eso es un pedernal pyrense? Una brujita ladrona con un objeto prohibido… —Se rio por lo bajo—. Me temo que ahora no me queda otra opción que castigarte.

Guardé el objeto con rudeza justo antes de que su oscuridad se expandiese y apagase cualquier resquicio de luz.

—¡No! —supliqué—. ¡No es mío! ¡Y no puedes hacer esto! ¡El tratado…!

Me encogí, de pronto incapaz de hablar o moverme. Iba a alimentarse de mi mente, su poder estaba por todo mi ser, impregnándome de su esencia gélida. Un puño de hielo se debatió en la parte baja de mi nuca, quebró mi poco autocontrol y ascendió con violencia por mi cuello, tras los ojos. Entonces, las sombras, su mirada manchada de sangre, el barco… Todo se desvaneció.

Me había quedado ciega.

—La Madre perdonará tu pecado a través de la penitencia, cariño.

Invadió mi mente con lentitud, y fui consciente de cada pequeño avance, de cada insignificante movimiento. Un paisaje lleno de cenizas y fuego se esbozó a mi alrededor. Reconocí el terreno; lo veía cada noche en mis pesadillas.

—Por favor —supliqué, apenas capaz de hablar por el castañeo de mis dientes—. Esto no.

Me revolví de pánico contra esas cadenas invisibles que me habían inmovilizado.

—Superar nuestros peores miedos nos hace dignos de los dioses, brujita.

Su espolón mental se clavó más hondo, más firme, hasta que el olor a sulfuro se volvió tan real como insoportable. En esa nueva realidad, pude moverme. La gravilla del terreno me ensució las botas cuando eché a correr. Cientos de gritos bañaban el ambiente. Todos pedían mi ayuda.

Tropecé contra un cadáver y salí disparada hacia delante. Apreté los dientes por el dolor del impacto, pero me incorporé sobre los codos para echar un vistazo en dirección al cuerpo. Grité al reconocerlo.

Virian.

El brujo había perdido las piernas y uno de los brazos; su posición era tan antinatural que deduje que su columna estaba rota, como si lo hubiesen zarandeado contra una roca una y otra y otra vez antes de partírsela. Tenía los ojos de ónice abiertos, opacos, clavados en mí.

Parpadeó.

—Zorra. —Su voz retumbó por encima de los lamentos—. Tú me hiciste esto.

Retrocedí sobre el trasero con la respiración acelerada, clavándome las piedras y rasgándome las manos. Un ardor repentino se extendió por la palma izquierda, pero lo sentí distante. Virian alargó el único brazo que conservaba en mi dirección, hundió los dedos en la grava y se arrastró hasta casi tocarme.

—¡Lo siento! —grité sin dejar de huir—. ¡Lo siento!

Alguien me rodeó los hombros por detrás y me inmovilizó. No necesité girarme para saber quién era. Lo reconocí por su olor a nieve recién caída y por los tatuajes de sus nudillos.

—Mira lo que le has hecho —susurró en mi oído, su voz inexpresiva—. Mira lo que le has hecho a mi hermano.

Me encogí entre sus brazos, incapaz de voltearme y enfrentar su mirada. Hacerlo me rompería el corazón.

—Zorra patética. —Virian atrapó mi tobillo y sus uñas se hundieron en mí. Gruñí de dolor, pero no me moví—. Vas a tener lo que te mereces.

—¡Lo siento, perdóname! —rogué.

—Zorra patética.

—Mira a Virian —siseó su hermano de nuevo en mi nuca—. No te mereces nada.

Un rugido embotó mis sentidos y me obligó a mirar hacia el cielo. Unas alas descendían entre las nubes preñadas de cenizas. Me congelé al reconocerlas, a pesar del abrasador ambiente que lo invadía todo. Entonces, una llamarada cayó del cielo en mi dirección.

Mi vida iba a acabar así, entre una lluvia de fuego y terror, porque sabía que si volvía a experimentar ese dolor, me rompería y nada volvería a reconstruirme.

—¡Queen!

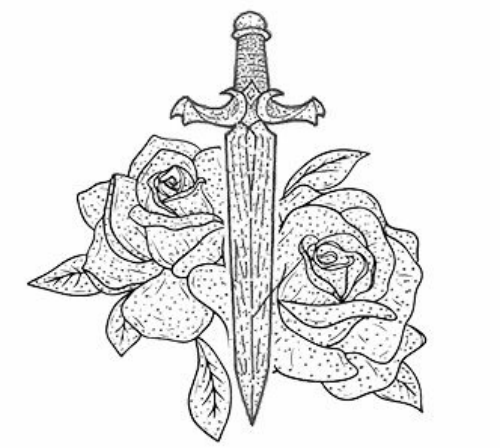
La imagen se diluyó de golpe y recuperé la visión.

El evocador estaba retraído contra el techo, atrapado entre lenguas de fuego azuladas y siseando como una serpiente. ¿Cómo…? Aunque quise levantarme y correr, las piernas no me respondieron. El fuego pyrense estaba *demasiado* cerca de mí, descontrolado, y me invadió el pánico.

Alguien me asió de las axilas y tiró para incorporarme.

—¡Corre, por la Madre! —Dryan me cogió la mano desnuda, sus rasgos ocultos bajo la capucha, y me instó a seguirlo a toda velocidad. Del impulso, nos golpeamos en la curva de las escaleras, pero alcanzamos la cubierta.

No lo pensamos: nos zambullimos contra el océano. Solo dejé de nadar cuando el fuego atrajo a los patrulleros hacia El Insumergible y el puerto entero pareció despertarse.



3

Cuando me apeé del caballo, el dolor me atravesó como una daga. Peleé por retener las lágrimas, que se me acumularon en los ojos y me nublaron la visión. ¿Se me habrían abierto las heridas de la espalda? Ladeé la cabeza por encima del hombro. No, no había ni rastro de sangre en mi uniforme.

Me masajeé los párpados pesados con movimientos circulares. El cuerpo destrozado de Virian me asaltó de golpe, haciéndome recordar la noche anterior y mi enfrentamiento contra el evocador. Se me retorció el estómago. «No te mereces nada», había siseado su hermano en mi oído. Pero era mentira.

Me merecía la vara. Y me merecía esa vida de mierda.

—¿Todo bien? —Dryan palmeó la crin de su caballo con las cejas fruncidas y después acudió a mi lado con paso tímido.

—Lárgate.

—Queen, lo siento. —Entorné los ojos. ¿Cuántas veces se habría excusado ya? ¿Una veintena?—. Lo siento, de verdad. —*Más* de una veintena.

Lo sentía, vaya. Como si eso pudiese borrar la paliza que Dorian me había propinado esa mañana al enterarse de lo que había sucedido en El Insumergible. Ni siquiera era capaz de entender cómo la vara de cobalto pyrense no se había quebrado contra mi espalda ante la violencia de sus golpes.

Puta vara. La odiaba; ya no solo por cómo el primer general la usaba contra mí, sino porque la aleación había sido fruto de los encantamientos de los alquimistas de la Legión Ardiente para contrarrestar el poder de los brujos durante la Gran Guerra, y solo un roce bastaba para abrasarme la piel y ralentizar mi proceso de sanación.

—Fui yo quien…, bueno, quien prendió fuego al barco. Aunque ¿qué otra opción tenía con ese evocador alimentándose de ti? Tuve que usar mi… —Controló con la mirada a los valyneses engalanados que se apiñaban frente al teatro— «arma de emergencia» —susurró, tan bajo que apenas lo escuché. Entorné los ojos al comprender que su «arma de emergencia» no era otra que

el pedernal pyrense que escondía en una hendidura especial en el interior de su bota—. Dorian no debería haberlo pagado contigo…, pero no me escuchó.

Resoplé por la nariz y apoyé el brazo izquierdo sobre el lomo de mi caballo. Al momento, me arrepentí. Mi espalda continuaba malherida y, por mucho que mi metabolismo mágico luchase por sanarla, el ardor del cobalto continuaba siendo insoportable.

Controlé el jadeo a duras penas y Dryan apretó los labios. Estaba segura de que el capitán de la guardia se torturaría durante días, achacando la paliza a la indiscreción del incendio. En parte, deseé aliviarlo y revelarle que no se debía *solo* a nuestra nefasta huída, que habían más detalles intrincados que nos atañían a Dorian y a mí, pero me mordí la lengua. Me negaba a pensar en ellos.

—¿Cómo iba a hacerlo? —escupí, procurando aplacar el ardor repentino en la boca del estómago—. Eso hubiese supuesto ponerle la mano encima a su cachorrito favorito. A su bonito y preciado capitán.

—No empieces, por favor.

—Entonces, sé un buen perro y corre con tu ama. —Moví la cabeza en dirección a la entrada del teatro, donde se aglomeraban varios carruajes.

Tensó la mandíbula y apretó los nudillos. La forma en la que me observaba estaba cargada de compasión y tristeza.

Le mostré los dientes con un siseo.

—¿Sabes? Puedes odiar a Dorian, pero no a mí. Si le prendí fuego al barco fue para salvarte. Y estaría bien que me agradecieses algo de vez en cuando.

Fruncí los labios y mis dedos se enroscaron en el collar de mi hermano, que siempre llevaba al cuello. Tiré de la plata de forma natural, manoseando la flor grabada sobre el abalorio. Dryan estaba en lo cierto: se había jugado la vida por mí, pero no era suficiente para aplacar mi genio. No, al menos, hasta que mi espalda se recuperase.

—Quién sabe, tal vez si le hubieses contado tu enfrentamiento con el evocador, él no te hubiese castigado —añadió.

—¡Claro! —Puse los ojos en blanco; no entendía *nada*. Si la paliza ya había sido atroz, no quería ni valorar cómo hubiese sido si hubiera descubierto ese dato. Conocía demasiado bien al primer general como para saber que la vara no le habría satisfecho lo suficiente, que me habría llevado al sótano, me habría puesto los grilletes y…

El pánico se me aglutinó en la garganta y tiré con más ahínco de la cadena de plata para disipar la sensación.

Todo eso era mi culpa; debí haber dado marcha atrás al escuchar ruidos en la bodega de carga. Cada una de mis misiones estaban valoradas al detalle por el primer general, cada maldito e insignificante riesgo. Solo me involucraba en actividades comprometidas cuando no le quedaba *ninguna* otra opción. El resto de las veces me limitaba a robar y espiar, o a torturar como una carnicera a sus enemigos en el sótano de la Casa Dorada. Pero, cómo no, mi maldito orgullo se había antepuesto.

—En cuanto regresemos, hablaré con él y le daré *más* razones para partirme la espalda, ¿qué te parece? —rezongué entre dientes—. Podría empezar con un «He perdido en el océano tu

jodido pedernal pyr…».

—¡Shhh! —Dryan me interrumpió con precipitación—. No lo digas en voz alta. *Nunca*.

Exhalé con sonoridad a pesar de su mirada endurecida. Bien, cerraría la bocaza. De hecho, una parte retraída y pequeñita de mí, una a la que llamaba «sentido común» y que normalmente ignoraba, me chillaba que me comportase.

Tener un pedernal de ese metal, que se extraía de las Tierras de Fuego y cuyas llamas neutralizaban a los evocadores, se pagaba con cien latigazos en la espalda. Y utilizarlo, después de su ascenso al poder, se consideraba una traición contra la misión sagrada de despertar a Ceresia, la Madre, de su inexplicable enfermedad. Una acusación que conllevaba sentencia de muerte o de posesión corporal, si el cuerpo no se quebraba antes en el proceso.

Dryan se masajeó el tabique nasal y suspiró como hacía siempre que perdía la paciencia conmigo. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró de golpe y decidió que era el momento de darse por vencido y apretar el paso hacia Samara.

La sobrina de Dorian no iba en carruaje como los demás valyneses, sino a horcajadas sobre su yegua negra. Ataviada con un conjunto de seda dorada y una diadema de rubíes que se entremezclaba con su cabello azabache y ondulado, captaba la mirada de todos los presentes que aguardaban en la cola del teatro. A su lado, en otra yegua parda, su amiga Darsha sonrió al ver a Dryan. Casi se le iluminó la cara, más bien.

El capitán de la guardia le ofreció la mano a Samara para desmontar y la sostuvo alzada incluso cuando ella arqueó las cejas y se apeó de un salto sin su ayuda. Como si la valynesa no lo hubiese ignorado, se acercó a Darsha sin amilanar su sonrisa. Al contrario que Samara, esta entrelazó su mano con la de él casi con urgencia, sus labios oscuros fruncidos en una mueca traviesa.

Mi señora dio dos zancadas firmes hacia mí y, por algún impulso absurdo y humillante que no comprendí del todo, fijé la mirada en uno de los peces tallados que adornaban las calles de la ciudad. Eso no evitó que me fulminase con sus ojos verdes maquillados con *khol*.

—Te recuerdo que esta noche vienes como mi guardia personal, ¿tienes claro lo que eso significa? —Antes de que pudiera responder, tan siquiera asentir, me tomó de la barbilla con fuerza y añadió—: Nada de ese polvo dorado que gastas. —Descendió la mirada hacia mis labios. Los estudió durante tanto rato que me temí lo peor; ¿me quedarían restos del fulgor áureo que había consumido esa tarde? Contuve la necesidad de frotármelos para comprobarlo—. Si luego quieres consumir hasta perder el conocimiento o morirte, allá tú. Eres el capricho de mi tío, no el mío.

Me soltó con una mueca cargada de desprecio y el intenso olor a aceite de lavanda que usaba para la piel me hinchó las aletas de la nariz. Bajé la barbilla y desvié la atención a mi brazo derecho, al guante andrajoso que ocultaba mi quemadura hasta el antebrazo. Me temblaban las piernas y notaba las mejillas calientes.

¿«Capricho»? No era un capricho, ni siquiera una fachada con la que asustar a sus rivales; era mucho más que eso para el primer general, aunque nadie lo supiese. Y si me permitía consumir fulgor áureo era porque había aprendido que mi metabolismo de bruja era suficiente para impedirme morir por sobredosis… Al igual que yo, por desgracia.

Su amiga rio por lo bajo, todavía con la mano de Dryan entre la suya. Por lo visto, su tacto era demasiado preciado como para deshacerse de él tan rápido. Por su parte, el capitán de la guardia tenía la mirada fija en mí, en mis mejillas enrojecidas.

La visión se me nubló, pero esa vez por una razón muy distinta al dolor físico.

—¿De qué te ríes, Darsha? —Samara esbozó una sonrisilla y supe que se había percatado de que estaba a punto de romperme. Hundí la cabeza en el cuello de mi caballo—. Ya sabes cómo es. Aún no sé cómo mi tío no le cortó la lengua después del ridículo que nos hizo pasar en nuestra última fiesta delante de todos esos evocadores.

Empezaba a arrepentirme de lo que había hecho en esa maldita fiesta y jamás lo hubiese imaginado. Por fortuna, Samara enredó el brazo en el de su amiga y avanzaron hacia el teatro, dejando atrás a la decena de valyneses que aguardaban en la cola. Tomé una respiración honda contra la piel de mi montura, empapándome de su olor a paja y a cuero húmedo. La presión en mi garganta se había consolidado en un puño que casi no me dejaba tragar.

Por el rabillo del ojo, capté a Dryan aproximándose a mí. No quería su consuelo. Una sola palabra y perdería el poco control que conservaba delante de todos, y eso sería… vergonzoso. Me interné en el teatro, esquivándolo y dejando atrás los últimos rayos de sol.

Como cada vez que acudía al Teatro de las Olas, me quedé embobada ante su belleza por unos segundos. Sus columnas retorcidas me fascinaban, eran tan altas que se perdían en las sombras. Pero lo que más me gustaba era el sonido de olas que se generaba cuando el viento soplaba y se colaba en su interior. Si me abandonaba a él, casi podía sentirme de nuevo en Denesse, oliendo la sal, sintiendo la humedad de las islas en mi rostro y disfrutando de la caricia de la brisa despeinándome el cabello.

—¡Queen! ¡Eh! —Los gritos de Samara me alarmaron. Zarandeaba los brazos unos cuantos metros más allá, perdida entre la multitud bien vestida. Tenía la cara roja y le chisporroteaban los ojos. Me habría llamado al menos tres veces.

Me acerqué a ella con dos movimientos rápidos. Un quejido se me escapó de la boca ante el intenso dolor en la parte alta de mi espalda.

—¿Estás sorda? —Me miró de arriba abajo, poniendo los brazos en jarra sobre sus generosas caderas—. Muévete, nos está esperando Ethan en el palco.

Estuve al borde de suspirar y ganarme un bofetón. Joven, rico y atractivo, Ethan Sea se había ganado un hueco entre las piernas de Samara en los últimos meses. Desde entonces, presenciarlos era como escuchar un poema empalagoso. Me generaba soñolencia.

Acompañé a Samara y a Darsha hasta la entrada del palco, siempre a unos cuantos pasos de distancia para evitar que lanzasen sus colmillos llenos de veneno contra mi cuello. Asegurando la entrada, un par de soldados permanecían de pie con el uniforme escarlata y las lanzas valynesas entre sus manos, esas impresionantes armas de casi dos metros forjadas de un hermoso bronce que recordaba al atardecer. Como con la mayoría de sirvientes y soldados de la Casa Dorada, no conocía sus nombres, aunque los había visto incontables veces en el patio. En cambio, era obvio que ellos sí sabían quién era. Cruzaron miradas y disimularon una risa baja cuando pasé por su lado.

Me froté los labios. Mi guante estaba limpio.

—Samara Yadav. —Ethan esperaba en el palco con la tradicional túnica riense de gasa azul cerúleo y las manos entrecruzadas en la parte baja de la espalda. Parecía un príncipe con el cabello rubio ceniza peinado hacia atrás y ese porte elegante. Lo envidié por un momento; que su familia hubiese participado en el bando perdedor de la guerra no parecía haber menguado su dignidad. En cambio, yo, perteneciendo a la Alianza Imperial…, bueno, digamos que podría haberme ido mejor.

Se aproximó a Samara y bajó los labios hasta sus nudillos.

—Resplandeces como la más deslumbrante estrella del firmamento.

Me mordí el labio para retener un resoplido, aunque fue inútil. Me encogí, anticipando un bofetón; pero por suerte, Samara no parecía haber advertido mi falta de contención. Tenía toda la atención puesta en el portiño mientras tomaba asiento. Solo él me dedicó una mirada fugaz. No me saludó.

Me estaba acomodando contra la pared del palco cuando Dryan descorrió las cortinas y se situó a mi lado con los rizos descontrolados acariciándole la frente. Ya había dejado a los caballos, y olía a establo tan fuerte que arrugué la nariz soltando una maldición. Pero no se percató, sus ojos estaban fijos en Ethan, en la manera en la que ceñía los dedos sobre el muslo de Samara y en el perezoso movimiento circular que dibujaba en su cara interna con el dedo anular. Muchos brujos me habían acariciado así antes de que me exiliaran, sobre todo uno en concreto, y recordaba ese tacto…, ese juego abrasador que me había hecho gemir su nombre contra su garganta tatuada.

Junto a mí, Dryan resolló.

—Me han revelado la obra de esta noche —comentó Ethan, llevándose un dedo al mentón —. ¿Debería contároslo?

Darsha se mordió el labio y se apoyó en la baranda para contemplar el escenario, buscando una pista. Estaba segura de que no la encontraría; de hecho, dudaba que su cabeza sirviese para algo más que para lucir esos extravagantes peinados que siempre coronaban su estilismo. El de esa ocasión me recordaba a un nido de urracas.

—¿Quizás una comedia romántica?

Sí, *seguramente*, porque era obvio que se trataba del tipo de obra favorito de los temibles guerreros valyneses. ¿O quizás era la de los evocadores de Palacio?

Samara tuvo que pensar lo mismo porque se rio y después se inclinó hacia Ethan. Verlos juntos siempre captaba mi atención, ya que el tono de piel de los valyneses, un café intenso, contrastaba con la palidez rosada de los portiños. El detalle de que ambos reinos —Valyn y Ríos Altos— hubieran estado enfrentados durante siglos y que Valyn hubiese asesinado a centenares de rienses durante la Gran Guerra, conquistado sus tierras y aniquilado casi toda su cultura nacional, también ayudaba.

—No tiene valor; juegas con ventaja.

—No es mi culpa ser el dueño del teatro. —Le guiñó el ojo—. Pero, si te sirve, puedo contarte un cotilleo que nada tiene que ver con las obras. Un cotilleo secreto y picante.

Movió las cejas y Samara se rio.

—Tú y tus secretos… —Se acomodó más sobre el asiento y le acarició la nuca con las uñas

—. ¿Debería pedirle a mi capitán de la guardia que te investigase por andar siempre metido en ese tipo de cosas?

—Como si no lo hubiese hecho ya… —me confesó Dryan por lo bajo.

Ethan soltó una carcajada educada y subió peligrosamente la mano entre sus muslos, hasta que Samara se aferró a su asiento con las uñas. No me molesté en apartar la vista. En Denesse ese tipo de gestos eran tan habituales como ver a alguien comer, dormir o entrenar. Sin embargo, Dryan sufrió un infortunado ataque de tos y empezó a golpearse el pecho. Con la fuerza con la que lo hacía, podría haberse atravesado la caja torácica sin dificultad.

—¿Y qué te gustaría que descubriese? —Ethan apartó la mirada de Samara y la dirigió hacia el capitán de la guardia. Lo observó con recelo mientras tosía, bajando la mano apenas unos centímetros—. ¿Que soy un chico malo?

Los sonidos estridentes de Dryan se detuvieron cuando Ethan atrapó el labio inferior de Samara con el borde de los dientes. Lo lamió a conciencia mientras le dedicaba una mueca que recordaba al chocolate fundido y que… Joder, se necesitaba muy poca imaginación para leer la promesa que ocultaba. Aún con la mirada nublada, le pellizcó la punta de la nariz.

Sobre mi hombro, vi las mejillas bronceadas del capitán de la guardia totalmente arreboladas. Todavía apoyaba la mano en el pecho y estaba curvado sobre su estómago.

Me incliné sobre su oreja, una sonrisa malvada abriéndose paso en mi expresión.

—Apuesto a que es un chico *muy* malo. Grrr.

Apretó los labios hasta convertirlos en una «u» tan tensa como la cuerda de un arco antes de disparar. Intuí un insulto en la punta de su lengua y preparé una réplica, pero entonces un cuchicheo generalizado nos interrumpió.

Como si hubiesen gritado mi nombre, me giré hacia el palco central.

Los evocadores de Palacio se deslizaron tras las cortinas con el mentón alzado y las cejas ligeramente fruncidas. Incluso contenidos en sus cuerpos mortales, esos recipientes excepcionalmente hermosos que les permitían moverse a la luz del día, desprendían un poder oscuro y devastador capaz de congelar hasta la sangre del guerrero más valiente.

Se sentaron en sus butacas de terciopelo negro, sosteniendo la mirada a los pocos invitados que se atrevían a mirar en su dirección. Cuando uno de ellos paseó sus ojos borgoña por el palco de los Yadav, agaché la cabeza. Llamar la atención de uno de ellos era lo que menos deseaba en el mundo, sobre todo después de mi accidentado encuentro en El Insumergible. Lo sucedido había evidenciado que no podía confiar en la protección del tratado; a pesar de que había escuchado rumores de algunos ataques a brujos que se alejaban de sus compañeros, había preferido seguir creyendo en esa inmunidad.

Tras ellos, las cortinas volvieron a abrirse y causaron un susurro generalizado.

Alcé la mirada, anticipando la inusual presencia de Tristán, el regente imperial que apenas salía de Palacio, y entonces se me derritió el cerebro.

Varios individuos entraron en fila, compartiendo una expresión distante. Hubiese deseado fijarme, al menos, en el uniforme púrpura que se ceñía a sus cuerpos o en el emblema de las dos medialunas que los identificaba como brujos de Denesse. Pero lo primero que vi, por encima de todos los detalles emborronados, del ruido, de la expectación, fueron los tatuajes de su cuello.

—Joder. —Me cubrí la cara y ladeé el cuerpo hacia Dryan tan rápido que me golpeé con torpeza la cadera y el codo izquierdo contra la pared, ganándome una mirada confusa por parte del capitán.

Jayde estaba allí. Allí *de verdad*, diez años después de nuestra última conversación. Después de rompernos el corazón mutuamente. Después de Virian.

¿Habría cambiado? Deseaba comprobar si los detalles que me había esforzado en no olvidar seguían concordando con la realidad. Pero ¿y si era así?, ¿y si Jayde continuaba con esa mirada felina, con esa media sonrisa perezosa que me enloquecía? No podría soportarlo; no limpia, al menos. Yo había cambiado. Demasiado y en muchos sentidos.

Alguien me tocó el hombro y un gritito agudo escapó de mi garganta.

Estuve a punto de asestarle un puñetazo a Dryan por inercia, pero se anticipó y dio un salto hacia atrás. Samara inclinó la cabeza hacia nosotros con irritación y él acortó la distancia que nos separaba para bajar la voz:

—Eh… ¿Estás bien? —Me condujo con discreción hacia la entrada al palco, evitando volver a tocarme—. Estás pálida. Bueno, quiero decir, más pálida de lo normal.

¿Y en qué momento «estaba bien»? No recordaba haberlo estado en años. Desde que perdí a mi hermano. Desde la batalla de El Cuello. Desde mi jodido pacto con Dorian.

Apreté los nudillos. Los temblores ridículos que me recorrían las manos captaron la atención de los soldados que custodiaban la entrada, que cruzaron un par de miradas divertidas. Un fuego inmortal se me asentó en la boca del estómago y me puso en movimiento.

Me situé frente al guardia más cercano y levanté el dedo corazón a escasos milímetros de su nariz.

—*Qué*. —Bailé la mirada entre él y su compañero—. ¿Queréis decirme algo?

El soldado tragó saliva, pero mantuvo la boca sellada como un maldito cobarde.

—Venga, empieza tú. —No me contuve y lo empujé—. No te quedes con las ganas. Empieza.

Dryan se interpuso entre nosotros. El guardia profirió un gruñido bajo que me hizo reír. Qué lástima.

—Basta, seguro que ni Haran ni Asbah querían ofenderte.

—¿No?, ¿seguro? —ronroneé, siguiendo con las uñas las dos medialunas que llevaba hiladas en mi uniforme, justo a la altura del corazón. Una amenaza para recordarles qué era y qué les podía pasar si me cabreaban—. Me lo ha parecido.

—Basta.

Esa vez me agarró del antebrazo y me condujo al pasillo, lejos del palco.

—Conoces a esos brujos, es eso, ¿no? —Dryan se atusó los rizos mientras vagaba de un lado a otro. Paró de golpe—. ¿Son… viejos amigos tuyos? ¿Quieres saludarlos?

Una parte de mi corazón se rompió, y no distinguí si fue por la manera tan insegura de preguntarme, como si no pudiera tener amigos, o por todo lo que conllevaba.

Jayde había sido mucho más que un amigo. Había estado a punto de sellar mi emparejamiento con él. Y de pagar el precio por ello.

—No. —Mi garganta estaba rasposa—. No los conozco.

Me froté los labios con los nudillos y miré el guante. Sabía que no habría restos de fulgor áureo, pero aun así me alivió comprobarlo.

—¿No vas a decirme nada más? —Dryan se pellizcó el puente de la nariz, sus enormes ojos cerrados. Profirió un largo suspiro ante mi silencio—. Volvamos adentro.

El telón estaba abierto y las luces del teatro atenuadas. Pero ese detalle no impediría que Jayde pudiese verme; los brujos conservábamos nuestra agudeza visual incluso de noche.

Me mantuve lo más alejada posible de la balaustrada.

—¡Por fin! —exclamó Darsha, apoyando el mentón sobre ella.

El estómago se me revolvió en cuanto dos actores se deslizaron sobre las tablas. Identifiqué el papel de la actriz con una premura dolorosa gracias a su uniforme púrpura, su cabellera negra como la noche y su expresión petulante. Sabía muy bien quién era esa bruja, al igual que el hombre al que seguía.

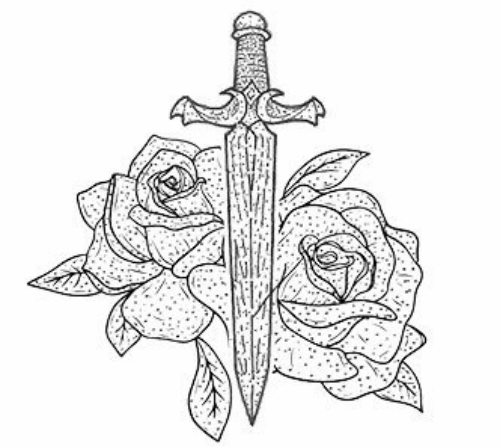
El actor se plantó en el medio del escenario y, con algún tipo de truco, alzó la mano y un humo oscuro empezó a oscilar a sus pies. La mayoría de los presentes se apresuraron a dibujar una estrella de cinco puntas en la frente, pero yo casi me reí de lo ridículo que resultaba ver a Cosmo, el dios de la noche, el placer y la muerte, el mismísimo padre de brujos y evocadores, reducido a *eso*. Ni aun desaparecido como estaba me atrevería a ofenderlo de esa manera, mucho menos después de haberlo visto pelear contra la diosa de fuego y aniquilar parte de la Legión Ardiente con apenas un resquicio de sus sombras.

El actor chasqueó la lengua y paseó la mirada por nuestro palco. De golpe, todos mis músculos se tensaron. No quería estar allí; más bien, no *podía* estar allí, porque, aunque hacía una década que la guerra se había interrumpido por la creación de El Abismo, mis heridas seguían supurando. Estaba tan rota como nuestro mundo dividido en dos. Y con cada segundo que seguía contemplando el escenario, me resquebrajaba más.

Sobre todo cuando Khasil Silver, hija de Sylvina Silver y única portadora viva de la magia sepulcral, empezó a hablarle de su plan militar para deshacerse de Vallath, de ese dragón que me…

Me mordí la lengua hasta que el sabor metálico me empapó el paladar. Me ardían los ojos y el nudo de mi garganta se había consolidado otra vez. Si seguía allí, me desmoronaría. Y más cuando recordé que Jayde estaba viendo lo mismo que yo.

Un nuevo retortijón me apuñaló el centro del cuerpo. Aparté la vista del escenario y decidí que merecía la pena arriesgarme y preguntarle a Samara si podía esperar fuera del palco. Para mi alivio, zarandeó la mano con desdén y me dirigí hacia la salida, ignorando la mirada interrogativa de Dryan.



4

¡Eh! —farfullé—. ¡Aquí! ¡O-otra!

La belleza del alcohol residía en dos cualidades: la primera, obnubilaba la mente, y la segunda, reducía los problemas al fondo de un vaso. Y era un fondo brillante, con miles de lucecitas centelleantes, inofensivas y dulzonas.

Apuré hasta el último sorbo y luego introduje el dedo para rebañar todo el contenido. Lo lamí, y cuando acabé, apoyé la frente sobre la barra. Más bien, me golpeé la nariz contra ella.

A mi alrededor, el mundo parecía haber perdido la cordura. Decenas de personas cantaban, gritaban, bailaban y daban vueltas descontroladas, tal y como hacían las lucecitas centelleantes del fondo de mi vaso. Aunque El Valynés no fuese tan elegante como La Estrella del Océano, me gustaba. Podría ser su reina. La reina del antro, del caos, de los malnacidos.

Pedí otra jarra, sin levantar la cabeza más que para bebérmela con cinco tragos largos. Por la Madre, había sido un día de mierda y una noche todavía más nefasta; al menos, lo que restaba hasta el alba, lo mataría bebiendo sin control. Dorian se había marchado a uno de sus habituales viajes por Ríos Altos, justo después de que me partiese la espalda, lo que significaba que podría excederme hasta vomitar y perder el conocimiento sin represalias.

—¡Eh! ¡*Eshhcuchadme*! —Me apoyé sobre la barra y zarandeé la jarra vacía.

Todos los ocupantes del local se detuvieron, deseosos por descubrir lo que tenía que decirles. No, *proclamarles*. Me puse de pie, pero algo iba mal con mis pies y me resbalé del taburete.

—¡A partir de ahora soy vuestra reina! ¿Me oís? ¡Espero que os haya queda-a-do claro! Así que, de hoy en adelante…

Una risa sonora me interrumpió. Provenía de un hombre que se encontraba en una de las mesas del fondo, no muy alto, pero con unos brazos enormes. Casi podría haber asegurado que era capaz de matar a un cerdo solo con la fuerza de esos músculos.

—¿Tienes algún problema con tu reina? —Le lancé el vaso. *Mierda*, ahora me había quedado sin él.

Soltó un gruñido cuando lo golpeó en el hombro, enrojeciéndose tanto que estallé en carcajadas.

—¡Zorra!

Dejé de reír.

¿«Zorra»? ¿Ese hombre bajito y corpulento me había llamado «zorra»? Me costó más de lo previsto alcanzarlo, pero cuando lo logré, eché los hombros hacia atrás y le escupí en la cara. Gruñó como un perro rabioso.

—¿Sabes con quién estás hablando?

No, claro que no. Había ocultado la insignia que me identificaba como bruja bajo un jersey fino de color negro, como cada vez que salía a tabernas como esa. Y aun viéndola, el muy capullo no hubiese sido consciente de mi identidad.

Se limpió con el dorso de la mano, lentamente.

—¡Puta borracha!

No lo anticipé. Me empujó con tanta fuerza que caí de culo.

¡Au!

Antes de que pudiese incorporarme, me aplastó el pecho con la bota y me retuvo contra el suelo. Ahogué un grito de dolor. Me ardía la espalda, todavía magullada por los resquicios del cobalto.

—La reina borracha. —Alzó su jarra y arrojó el contenido caliente sobre mi cara poco a poco. La muchedumbre estalló en carcajadas y mis mejillas comenzaron a arder—. Estás jodidamente desesperada por reinar cualquier mierda, ¿eh? —Sin pensárselo, dejó caer la jarra sobre mi rostro, contra los labios. Esa vez, las lucecitas centelleantes que danzaban en los contornos de mi visión se apagaron y dieron paso al dolor. Las risas se extendieron por el local con más fuerza.

Una furia caliente me revolvió el estómago. Rugí, y le clavé las uñas en la pantorrilla. En mi arrebato, logré incorporarme lo suficiente como para poder atraparle la pierna, tirar de ella y hacerle perder el equilibrio. Sin darle tregua, me puse sobre él y comencé a golpearlo. A nuestro alrededor, los vítores y silbidos sustituyeron a las risas agudas.

A pesar de que me estaba destrozando los puños contra su mandíbula y me quemaba la espalda, me sentía bien. *Demasiado* bien. La adrenalina me bombeaba la sangre y me daba una energía imprevista, casi como una pequeña dosis de fulgor áureo. Era como volver a estar viva, como zambullirse en el océano. Me gustaba, y una sonrisa embobada apareció en mis labios mientras le asestaba un golpe tras otro.

Pero mi felicidad duró poco.

Me cogió de las caderas y me obligó a rodar para tumbarme bajo él, entonces me acertó un puñetazo brutal en la mejilla. El mundo giró sin control y emborronó el ardor que se me extendía por el cráneo hasta la base del cuello. Todo era ruido, humo y sombras.

Hasta que un brillo metálico me confundió.

Por la Madre, era un jodido cuchillo. Uno de verdad. En su mano.

Los vítores enloquecieron. Por lo visto, los espectáculos a vida o muerte eran incluso mejores que las peleas de borrachos.

Me esforcé por quitármelo de encima y desenfundar a Infalible, pero mis músculos no respondieron. Tampoco mi magia, aunque sabía que usarla me delataría. Joder, estaba demasiado borracha.

Cerré los ojos al verlo alzar el arma. En el fondo, me haría un favor, porque yo era tan cobarde que jamás había conseguido ponerle fin a toda esa mierda.

Sin embargo, el impacto nunca llegó.

De pronto, un chasquido metálico resonó contra mi oído, seguido de un gemido ahogado que se apropió del ambiente. Abrí un ojo para ver qué sucedía. El cuchillo había caído contra el suelo y me rozaba el lóbulo derecho, mientras que el desconocido tenía las manos en la garganta y la mirada desenfocada. Los vítores habían sido sustituidos por murmullos de pánico contenido.

—Apártate de ella. *Ya*. —Su voz era un siseo letal.

No me moví, no respiré, no miré en su dirección, ni siquiera cuando Jayde le propinó un puntapié en las costillas y el hombre rodó sobre mí. Por la esquina de mi visión advertí en sus muñecas la energía vital de mi asaltante: un rojo llameante. Se arremolinaba en torno a ellas como unas hermosas pulseras de humo, lo que me confirmó que Jayde lo había tocado y que había hundido las garras de su magia en el cuerpo del desconocido. En su corazón.

El brujo se acuclilló y recogió el cuchillo. Con un movimiento tan rápido que casi no lo advertí, alzó al hombre por el cuello del chaleco.

—Atrévete a ponerle la mano encima otra vez y será lo último que hagas, ¿me he explicado? —murmuró, deslizando el cuchillo por el centro de su pecho hasta su entrepierna—. Ahora, lárgate antes de que me arrepienta y te corte las pelotas.

En cuanto lo soltó, mi asaltante desapareció entre la multitud con las manos en la garganta, tomando bocanadas de aire.

Permanecí inmóvil, tumbada boca arriba en medio de un charco de cerveza, mi cabello teñido empapado y pegajoso contra mi mejilla. Me ardía la cara por el puñetazo; me quemaba, más bien. Pero ni siquiera respiré; si lo hacía cerca de él, tal vez no volviese a respirar nunca más.

—¿Vas a quedarte ahí toda la noche? —Apreté los párpados. Todo él debía de ser una pesadilla—. Oh, vaya, qué decepción. ¿Después de tantos años no quieres verme? —Noté cómo se acuclillaba y atrapaba un mechón de mi coleta—. Curiosa elección de color.

Abrí los ojos sin poder contenerme más.

Estaba igual que la última vez que nos besamos. Llevaba el cabello un poco más largo, por debajo de la barbilla, pero amarrado de la misma forma de siempre: dos trenzas apretadas que partían de su sien izquierda y el resto suelto. En el arco de su oreja, los aros de acero que tanto le gustaban relucían ante la luz anaranjada de la taberna. Se había hecho dos perforaciones más.

Recorrí su rostro con la boca temblorosa. Sus rasgos enmarcados me robaron el aliento. Su sonrisa afilada seguía siendo igual de atractiva, incluso con ese deje tenso que estaba contrayéndola. Y si me perdía más allá de su rostro, más abajo de las filigranas de tinta que subían por su cuello y se escondían bajo su uniforme morado…

Me arqueé ligeramente, ignorando el dolor que sucedió al movimiento. Mi cuerpo recordaba muy bien cada maldita curva que se escondía debajo del tejido.

Se sentó de manera casual a mi lado, evitando el líquido, y flexionó una rodilla contra el pecho. Tenía la atención en mí, solo en mí y en los detalles de mi rostro. ¿Me estaría viendo como yo lo estaba viendo a él? No, en absoluto. Él seguía siendo él. Yo, en cambio, me había transformado en otra cosa. En algo peor.

—Jamás pensé verte así.

Me ardió la cara ante la decepción que empañaba sus palabras y bajé el mentón.

Por mucho que quisiera rechistarle, no podía. Estaba tan borracha que ni siquiera había sido capaz de defenderme de un humano. Aun así, la ira me dio aliento para zambullirme de nuevo en esos lagos oscuros que conformaban su mirada, idénticos a los de Virian, y sisear:

—Ah, ¿no? ¿Y qué esperabas? Quizás nada de esto hubiese pasado si me hubieras dado la oportunidad de… de explicarme después de El Cuello. Pero intuyo que ya es bastante tarde para eso.

Aguardé, deseando que me contradijera. Por un segundo, creí que lo haría; su mandíbula se abrió, su mirada se entrecerró… Sin embargo, un momento después la idea murió tras sus espesas pestañas.

Resoplé y rodé sobre el estómago con torpeza, aguantando un gemido adolorido.

—Yo tampoco esperaba verte aquí, acompañando a evocadores. —Mi lengua seguía empalagosa y las «s» resbalaron al salir de mi boca. La dignidad que conservaba, que era poca dado que iba empapada en cerveza, se precipitó al vacío.

—Sabes que nunca estaría con esos cabrones por gusto.

Deslizó la atención hacia mi guante, hacia la quemadura que escondía, y su mandíbula se constriñó. Me tensé, avergonzada, y sentí la necesidad de ocultar el brazo tras la espalda. Por fortuna, no se atrevió a preguntar.

—¿Y por qué, si no, estarías con ellos?

Logré incorporarme y alcanzar la barra sin que nadie me interceptase. Me estaba esforzando todo lo que podía por controlar mi expresión, mi corazón, mi mente y mi cuerpo, pero el alcohol que había ingerido no ayudaba nada.

Tras de mí, Jayde alargó una mano para alcanzar una jarra espumosa. Me estremecí al notar su pecho apoyándose contra mi espalda, cálido, duro. Un gemido se escabulló de mis labios y él… ¿se tensó? Tal vez fue un delirio, porque enseguida se apartó y apoyó los codos sobre la barra, como si nada.

—El tratado, ¿recuerdas? Si sigue vigente es porque una vez al año reafirmamos nuestra lealtad a todos esos capullos. Ya sabes, «La Alianza Imperial debe continuar unida y lista para combatir en cuanto El Abismo caiga» —recitó con resquemor, seguramente repitiendo las palabras del regente imperial—. Idiotas; como si fuese a caer. ¿No se han dado cuenta después de una jodida década de que esa muralla mágica es infranqueable? A estas alturas, tenía la esperanza de que se limitasen a *gobernar* y se olvidasen de esa puta guerra. —Apretó los puños sobre la cerveza y añadió—: Ojalá Cosmo no nos hubiese obligado a participar. Siempre he detestado trabajar con los valyneses y esos parásitos volátiles.

—Se lo debíamos —repliqué, aunque después de tantos años me faltaba convicción. Tampoco la ebriedad ayudaba mucho—. Es nuestro padre.

—Y Ceresia nuestra madre. Y combatimos *por ellos* durante *veinte* años. ¿No podemos dejarlo donde estamos? Incluso sirviendo a esos cabrones, prefiero esta situación antes que volver a combatir contra la Legión Ardiente. ¿Cuántos de los nuestros murieron en la guerra? Puede que fuésemos letales, pero el ejército humano de Ventura llevaba siglos rechazando los ataques de Valyn, por mucha potencia militar que fuesen y sean. Conocían sus estrategias lo suficiente como para resultar un grano en el culo, y eso sin sumar su alianza con los guerreros de fuego y la jodida diosa del sol, ni con Adarna y los alquimistas de Ríos Altos.

Decantó la cerveza con el ceño apretado.

—Quizás nuestra intervención fue un error —murmuró entre dientes, la mandíbula apretada —. Si no hubiésemos apoyado lo que hizo Cosmo, quizás la situación sería muy distinta. —Soltó una risotada irónica por la nariz—. Qué coño; si él no se hubiese vuelto loco por su esposa, no habría creado a los evocadores y ni siquiera hubiese estallado la guerra.

—Lo hizo para salvarla: si no hubiese actuado en ese momento, ahora, en vez de permanecer inconsciente en el templo de Roshan, la Madre estaría muerta —repliqué, enfadada por lo que insinuaba su discurso—. Fue por amor, Jayde. Y la *mayoría* de los brujos, *tú incluido*, estuvimos de acuerdo en actuar.

«Menos Darius. Él siempre abogó por la neutralidad».

Me rasqué el centro del pecho para aminorar la sensación dolorosa que me asaltó de golpe al recordar a mi mellizo.

—Por amor… —rezongó, un nuevo ruidito sarcástico abandonando su nariz—. Se hacen muchas gilipolleces por amor. La diferencia entre un mortal y un dios es que nosotros no podemos joder el equilibrio del mundo. Y él lo jodió creando a esos parásitos. ¿Qué esperaba? ¿Que nadie se interpusiese cuando empezaron a propagarse por el mundo y a matar con la excusa de mantener con vida a Ceresia? Cosmo enloqueció, y entiendo que los fanáticos religiosos de Valyn se lo consintieran y apoyaran su maldita ida de cabeza para salvar a la Madre, pero ¿nosotros? Fuimos unos ingenuos al creer que el amor podía justificar la guerra.

Me mordí el labio con fuerza, atorada por sus palabras. ¿Esa pérdida de fe tendría algo que ver con nosotros?, ¿con cómo nos rompimos el corazón? Busqué algo que decir para eliminar la presión que crecía en mi pecho; sin embargo, me quedé en blanco cuando alzó la jarra de cerveza.

Fue como si el gentío que nos rodeaba se derritiese en una taza de chocolate y todo se redujese a él y a su movimiento.

La colocó a la altura de su boca, olió el aroma del líquido espumoso y, tras una eternidad, la acercó a sus labios. Al tragar, su nuez subió y bajó, y los tatuajes de su piel acompasaron el movimiento. Cuando terminó, tenía restos de espuma blanquecina sobre el labio superior. Como si lo notara, pasó la lengua por ellos. Un ardor se extendió entre mis muslos y me hizo olvidar la quemazón de mi mejilla y la pelea.

—En fin; por suerte yo no me encargo de la parte diplomática. Solo vengo de escolta. Y porque no he podido escabullirme.

Quise asentir pero, en cambio, parpadeé varias veces, incapaz de dejar de mirar sus labios. Se habían convertido en algún tipo de faro para mis sentidos. Recordaba con detalle lo suaves

que eran, su aliento dulce entremezclado con el mío, el jugueteo de su lengua al explorarme.

—Jayde. —Tuvo que percibir la necesidad en mi voz, porque dejó la jarra y se ladeó hacia mí con una mueca inquieta—. Quiero besarte.

Me sobresalté al escucharme, pero, de alguna forma, mi mente había abandonado el control y ahora era mi instinto quien gritaba órdenes a cada rincón de mi cuerpo. Incluida a mi lengua.

En un pestañeo, me apreté contra él, mis piernas acomodándose entre sus caderas como tantas otras veces, y apoyé las manos sobre sus pectorales. Estaban firmes, y él olía a nieve recién caída.

—¿Qué has dicho? —Sus músculos se tensaron bajo el uniforme. No retrocedió.

Alcé la barbilla, sin importar quién pudiese estar mirándonos.

—Que quiero besarte —repetí más alto, mi aliento cosquilleando su mentón. Él era más alto que yo, así que tuve que alzarme sobre la punta de las botas para rozar con la nariz sus labios. Estaban ligeramente húmedos por la cerveza—. Bésame, por favor.

De todo lo que lo hubiese creído capaz —apartarse, maldecirme, reírse…—, hizo lo más inesperado. Su mano ascendió por mi columna con mucho cuidado, como si fuese capaz de ver los hematomas bajo mi uniforme. Era delicioso y doloroso a la vez, como el agua caliente contra la piel helada.

Cuando no tuvo más recorrido por delante, sus dedos se flexionaron alrededor de mi nuca, sobre mi piel hipersensible, y solté el aire que había contenido sin percatarme.

—Te he visto en el teatro, y no en cualquier palco: en el del mismísimo *jodido-general-lameculos* —me reveló, uno de sus dedos recorriendo la curva de mi mandíbula—. Por un momento pensé… Pensé que era mi mente poniéndome en un aprieto; ¿cómo ibas a estar tú, *tú*, a su servicio? Así que me acerqué después de la obra para comprobarlo. Pero ya te habías ido.

»Aun así, ya me conoces: soy un terco cuando me propongo algo. —Clavó las pupilas dilatadas en mí. Oh, lo sabía muy, muy bien—. Te he estado buscando todo el tiempo y, cuando por fin te encuentro, en un antro, de madrugada, borracha y con la ropa apestando a cerveza, me dices que te bese. No, me pides «por favor» que te bese. ¿Desde cuándo pides las cosas «por favor»?

Mis latidos se precipitaron cuando su pulgar me acarició el labio superior y después el inferior, con cuidado de no rozar el cardenal de mi mejilla. Cerré los ojos, anhelando desaparecer en ese roce que había hecho temblar el mundo bajo mis pies.

—No, así no. —Bajó el dedo hasta mi barbilla y empujó con suavidad hacia arriba—. Abre los ojos y mírame.

Obedecí, sedienta, y su mirada se crispó.

—¿Quieres que te bese? Joder, mi hermano está muerto por tu culpa.

La tensión se rompió, al igual que los pedazos maltrechos que sostenían mi cuerpo. Me atrapó los antebrazos y me obligó a dar un paso hacia atrás, lejos de la rigidez de sus músculos, lejos de él. Mi corazón había ascendido hasta mi garganta y su presión se estaba intensificando, impidiéndome respirar con normalidad.

—Perdóname —gimoteé—. Yo… Déjame explicártelo.

¿Explicar el qué? ¿Que Virian había muerto porque había sido incapaz de reaccionar en

plena batalla? Yo era la responsable de su muerte, al igual que de todas las demás. No merecía su perdón; no merecía nada más que esa vida de mierda. La droga, la vara de cobalto, mi debilitamiento… Eso era lo único de lo que era digna.

—Oí suficiente ese día —espetó—. No quiero saber nada más de lo que hiciste o, mejor dicho, de lo que *no* hiciste.

No aguanté más. La humedad de mis ojos se desbordó.

Había llorado delante de él otras veces, pero nunca de esa manera ni en público. Me estaba partiendo, y ya ni el alcohol era capaz de suavizar el dolor o los temblores que sacudían mis músculos. Apreté los labios para contener un sollozo, que se escapó de todas maneras.

—Lo siento. —Necesitaba decírselo, al menos una vez—. Lo siento, Jayde. Siento haberte hecho daño. Siento no haber sido capaz de proteger a Virian.

Me sacudí con violencia. Solo quería irme a casa, pero ya no sabía dónde estaba ese lugar. Lo había perdido hacía diez años junto a todo lo que me importaba. Junto a mi hermano, junto a él.

Su movimiento fue tan inesperado que me cortó el aliento. Me rodeó con firmeza y me apretó contra sí, una mano en mi nuca y otra envolviendo mi espalda baja. Su pecho se hinchó hasta apretarse contra el mío.

—Joder… ¿Por qué tuvo que pasar toda esa mierda? —Tembló al soltar el aire, al rozar mi sien con sus labios—. Sigues oliendo igual.

Me presionó ligeramente el cuello, una petición para que lo arquease y subiese la cabeza. Cedí rápido, sin miramientos. Entonces sus labios rozaron los míos en una exploración sinuosa y controlada, una caricia apenas perceptible. Me tensé al notar un cosquilleo ardiente erupcionar entre mis muslos.

Cuando se deslizó a mi labio inferior, me presioné contra él.

Un gemido hondo se preparó en el fondo de mi garganta al notar su torso contra el mío, duro y perfecto, sus rodillas abiertas a ambos lados de las mías, sus manos rodeándome, tocándome, apretándome mientras se arrastraban hacia mis nalgas… El gemido se escabulló de mi boca con tanta desesperación que me estremecí. Jayde me miró; tenía el rostro completamente desubicado.

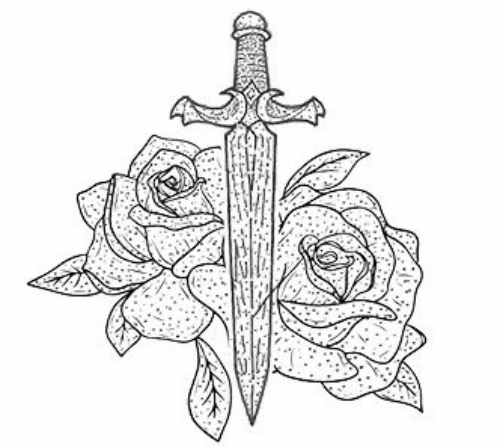
Se apartó.

—Joder…

Sabía lo que pasaría a continuación, pero no estaba preparada para verlo alejarse de mí. El aire cálido desapareció y fue reemplazado por uno frío y sin vida.

Permanecí inmóvil hasta que su uniforme morado se perdió entre la multitud y el cosquilleo de sus labios contra los míos se difuminó.

Estaba sola. Otra vez.



5

Me desperté de golpe, con una pátina de sudor sobre la frente y el corazón martilleándome el pecho. Un dolor penetrante me acribillaba la cabeza y me impedía abrir los ojos. El estómago me daba vueltas, como si necesitase vaciarse, aunque sabía que las ganas de vomitar no tenían nada que ver con los excesos de la noche anterior.

—¡… Queen! ¡Que te levantes!

Me sobresalté al percatarme del aporreo contra mi puerta. Por un segundo, la voz de Dryan me pareció más grave y áspera, y me eché a temblar ante la imagen del primer general irrumpiendo en mi dormitorio. No sería la primera vez que Dorian entraba sin permiso, se abalanzada sobre mí y me sacaba a la fuerza de entre las sábanas para conducirme derechita al sótano.

—¡O te mueves ya, o me iré sin ti!

El capitán de la guardia se impacientó y forcejeó contra el pomo de la puerta para intentar acceder a mi habitación. No lo consiguió; ni siquiera borracha se me olvidaba cerrar con llave. Era una costumbre que había adquirido durante los últimos seis años como medida de seguridad. Una medida de seguridad inútil e ineficiente, ya que Dorian poseía llaves de todas las habitaciones, incluida la mía. Aun así, me gustaba consolarme pensando que, al menos, le jodería un poquito depender de ella. Y joderlo era lo único que podía hacer contra él.

Dryan resolló sonoramente justo antes de volver a aporrear la puerta.

—¡Cinco minutos! —insistió, alejándose con fuertes pisotones.

No supe cuánto tiempo tardé en conseguir entreabrir los ojos. Cuando lo logré, fue como si la luz me quemase las córneas.

Solté un gruñido arañado al tiempo que me llevaba las manos a la cara para amortiguar el sol de mediodía que se colaba a través de la ventana. Notaba la boca pastosa y el estómago seguía presionándome para que vomitase hasta quedarme vacía. En cuanto empecé a despejarme un poco, el recuerdo de mis pesadillas se materializó hasta obligarme a doblarme sobre mí misma en busca de aliento.

Lo que sentía en el estómago no era malestar físico. Era pánico.

Recordaba la oscuridad.

Recordaba los grilletes.

Recordaba el silencio.

Y luego, el tirón en mi coleta. Las risas. Las voces de Dorian y Vail Valdran, conversando en la distancia mientras algo me quitaba el guante que cubría la quemadura a pesar de que le estaba suplicando que no lo hiciese… *Alguien*, no algo.

Me abracé las rodillas con fuerza, tensando los músculos de la espalda hasta lastimarme. Para mi vergüenza, notaba los ojos mojados por mucho que estuviese apretando los párpados y tratando de calmarme. Podía dar gracias que esa noche no hubiese soñado con mi hermano o con Virian, porque si no, ya habría vomitado varias veces. Y detestaba despertarme envuelta en mis propios fluidos.

Me obligué a tomar solo tres respiraciones más y a sepultar esas imágenes junto a toda la colección de mierda que escondía en el pecho. Después, alcé la cabeza y entreabrí los párpados con esfuerzo.

Con la borrachera ni siquiera había podido alcanzar la cama la noche anterior, así que estaba tirada en la alfombra. Mi fardo de fulgor áureo estaba abierto a escasos centímetros de mí, tirado con tan poco cuidado que una parte del polvo dorado se había esparcido sobre la alfombra. La otra parte había desaparecido, seguramente en mi boca. Si no fuese por mi maldito metabolismo de bruja que, aunque más lento en comparación con la curación física, seguía consiguiendo eliminar las drogas y el alcohol, ya estaría muerta.

Me ayudé de la cama para ponerme de pie y alcancé la jofaina que reposaba en mi escritorio. Cada paso constituyó un reto para mis pies; al menos mi espalda debía haber sanado, porque no sentí ningún tirón al moverme. Sumergí las manos en el agua y me humedecí el rostro. Las gotas se escurrieron por mis mejillas y cayeron de nuevo en su interior, brillantes. Observé embobada el tintineo en la superficie hasta que recaí en mi reflejo.

Tenía los ojos hinchados de haber llorado toda la noche y mi mirada avellana estaba ensombrecida por unas ojeras que apagaban mi piel ya de por sí pálida y mortecina.

Quería creer que seguía siendo hermosa, pero mis facciones se habían consumido y mis pómulos sobresalían demasiado junto a mi nariz recta. Bajo ella, mis labios estaban manchados de dorado. Los acaricié con el pulgar, justo como había hecho Jayde, y una inesperada sensación de derrota me atenazó el pecho.

«Jamás pensé verte así». Joder. Sonaba tan decepcionado…

Me froté los ojos para retener el escozor de las lágrimas.

Durante los últimos años había procurado aceptar nuestra ruptura y dejar de pensar en él. La mayoría de los días, había sido un fracaso. Sobre todo cuando me tocaba o me acostaba con alguien y recreaba su cuerpo desnudo bajo el mío, moviéndose, dándome placer. En esos instantes, me daba el permiso de preguntarme si me echaría tanto de menos como yo a él. Y tras el orgasmo, solía mentirme pensando que sí. Pero pensar en él ahora se sentía… mal. Peor de lo normal. *Mucho peor* de lo normal.

Me había tenido contra sus caderas, suya hasta la médula y suplicando. Y había explorado

mis labios, apenas un roce sensual, mientras cada fibra de mi cuerpo implosionaba por él. Podía haberme tomado. Podía haberme arrastrado fuera de esa taberna a cualquier rincón oscuro y haberme reconstruido a base de gemidos y mordiscos. Yo se lo hubiese permitido, a pesar de todo.

Sin embargo, me había abandonado. Por segunda vez.

Me froté los párpados con rabia, aniquilando las lágrimas contenidas. Podía seguir sobreviviendo sin él; si Jayde no me necesitaba, quería pensar que yo a él tampoco. Así que me apreté la coleta, me enfundé a Infalible en el cinto y bajé a toda prisa hasta el patio interior. El capitán de la guardia entornó los ojos al verme despeinada, con la ropa arrugada y apestando a alcohol, pero no dijo nada. Y yo no abrí la boca.

☽ · ✦ · ☾

El almacén de la señorita Claeys se encontraba a las afueras de Puerto Soleado, en lo alto de una colina repleta de hibiscos y crisantemos que lindaba con el océano. Aunque lo había visitado en bastantes ocasiones, el entorno privilegiado seguía cautivándome: el aroma a sal se mezclaba con el perfume de las flores, y el cielo azul, cubierto de un manto de nubes grises, se ceñía sobre el edificio hasta fundirse con el fondo marino.

—Mira —susurró Dryan desde nuestro escondrijo.

Señaló un carruaje que se aproximaba por el camino empedrado. Iba tirado por dos corceles negros y sobre él relucía el blasón de la Alianza Imperial, una estrella sobre una medialuna rodeada por una serpiente.

Enarqué la ceja y jugué con la lengua mientras me acomodaba detrás de los arbustos. No era ningún secreto que la enfermiza Amada mantenía una relación con un evocador de Palacio; más bien era un cotilleo de conocimiento público. Aun así, la visita me extrañaba.

—Qué romántico —bromeó Dryan, moviendo las cejas arriba y abajo—. No aguanta ni un solo día sin ella.

Resollé con fuerza.

—Oye, te recuerdo que no estoy aquí por gusto —protestó.

—En ese caso, haznos un favor a ambos y no abras la boca.

El capitán de la guardia frunció las cejas y apretó los labios, pero no volvió a hablar. Sin duda, Dorian había tenido una muy mala idea encomendándonos trabajar juntos en ese asunto. ¿Tanto valor tenía esa brújula como para involucrar a su bruja y a su capitán de la guardia?, ¿o es que de verdad los intentos de Dryan por localizar rebeldes esos últimos meses estaban resultando tan estériles que no le importaba prescindir de él unos días?

En los dos años anteriores, el capitán de la guardia y sus soldados a cargo habían desmantelado una decena de redes en todo Ríos Altos. Esa capacidad para localizar y eliminar enemigos de la Alianza Imperial le había concedido a Dorian incluso más favor por parte del emperador valynés. Y *mucho* oro, tanto como para poder bañar en él la fachada de la Casa Dorada y convertirla precisamente en eso, en una maldita casa reluciente y dorada. Pero, desde

hacía meses, la eficacia de Dryan y sus soldados había decaído: los rebeldes rienses atacaban en los momentos más inesperados para, al instante, desaparecer en la niebla salina sin una sola pista. Y lo peor de todo era que ya habían conseguido asaltar varias caravanas de presos con rumbo a las minas, liberando a decenas de exsoldados de la Legión Ardiente.

La cochera se apresuró a abrir la puerta del carruaje. Del interior salieron un par de soldados armados hasta los dientes, seguidos de un hombre de cabello corto y oscuro al que no tardaron en rodear. Lucía la túnica negra reservada a Palacio, brocada en oro e hilo borgoña, y unos pantalones holgados a conjunto. La detallada indumentaria realzaba la palidez ceniza de su rostro, las líneas perfiladas de su atractivo perfil y sus afilados ojos color vino que lo identificaban como evocador. En su cinto llevaba una daga corta de mango oscuro y en su mano derecha centelleaba un anillo tallado en piedra rojiza y brillante, un anillo que evidenciaba su posición de regente imperial y su poder.

Fue imposible aplacar el escalofrío que me trepó por la columna vertebral.

—Tal vez deberíamos volver otro día. —La voz de Dryan sonó estrangulada. También lo había visto.

Contemplé el anillo, el vanadio, embelesada ante el fulgor bermellón que emitía bajo la luz del día. Recordaba la sensación caliente y placentera que se experimentaba al emplearlo, al someterlo, al llevarlo sobre la piel o entre los dedos. Yo también había disfrutado de tres de esos canalizadores de energía tan codiciados, exclusivos para aquellos con un suministro mágico tan poderoso como incontrolable. Pero de eso hacía mucho tiempo. Ahora, mi energía estaba tan debilitada que ni siquiera necesitaba uno de ellos.

Tragué saliva, observando el paso seguro del regente mientras se dirigía al interior del almacén. Los soldados, por el contrario, se quedaron al lado del carruaje con las cimitarras desenfundadas.

No me extrañaba que lo acompañasen a pesar de ser un evocador tan poderoso, no con el sol en su cénit y sin nubes que se interpusiesen ante la claridad del día. Por muy regente que fuese, si necesitase volatilizarse, solo podría refugiarse en las sombras más oscuras. Y por lo que había visto en la guerra, un solo roce del sol bastaría para… ¿derretirlo?, allá donde lo alcanzase.

—¿Queen? —insistió Dryan.

Giré la cabeza como un resorte hacia él. Tenía razón; deberíamos desistir y regresar en otro momento menos arriesgado. Pero también era consciente de que, mientras más tiempo dejásemos pasar, más probabilidades habría de que la brújula se registrara o incluso se vendiese. Y Dorian parecía demasiado encaprichado con ella como para no castigarme si la dejaba escapar. Además, no tenía por qué enterarse: entraríamos y saldríamos con cuidado de no tropezarnos con nadie. El sigilo se me daba bien, y a Dryan…, bueno, era el capitán de la guardia. Ya estaría muerto si no se le diese bien.

—No podemos perder tiempo. Seguimos con el plan.

—¿Tan convencida estás de que la brújula estará dentro?

—Si no se fue a la mierda con el incendio, debe de estar ahí.

—Pues tú dirás qué hacemos con un evocador en el almacén —suspiró—. Ah, y no uno cualquiera: Tristán, el *regente* de Palacio.

—¡Ya está! —Me golpeé la palma con el puño derecho, sorprendiéndolo tanto que dio un brinco—. Tal vez podrías ir y ofrecerte como aperitivo mientras yo me cuelo y busco la brújula, ¿qué te parece? Apuesto a que una mente como la tuya tiene que ser una delicia para un evocador. Y tu constitución no estaría mal como nuevo recipiente. —Me giré hacia él, ojeándolo de pies a cabeza, y le sonreí. A Dryan no parecía entusiasmarle la idea—. Venga, es una *broma*. Pensaba que eras un fanático del humor. Además, ¿no aprecias mi halago? —Enarqué las cejas y canturreé—: He dicho «Y tu constitución no estaría mal como…».

—Ja-ja, ¡qué graciosa estás hoy! Y eso que te has levantado con el pie izquierdo, ¿eh? ¡Una resaca histórica, por lo visto! Casi tiraste la puerta cuando llegaste. Menos mal que Dorian no estaba, porque se hubiese enfurecido.

Lanzó una mirada suspicaz a mi uniforme arrugado y con olor a cerveza. Bajo sus pestañas, capté un cariz preocupado y ansioso que me calentó el corazón. No quería imaginarme cómo se sentiría si descubriese hasta qué punto el primer general del ejército se «enfurecía» conmigo.

Él, al igual que el resto de empleados de la Casa Dorada, solo sabía que Dorian me castigaba con la vara de cobalto en su despacho. No *en el sótano*. E, incluso así, ante esos castigos tan inocuos en comparación, Dryan había intercedido por mí cada una de las veces. Si descubría lo que de vez en cuando sucedía en el cuartito de abajo…, bueno, supuse que nunca lo haría. Dorian siempre excusaba mi ausencia con alguna mentira insulsa. Y yo jamás le hablaría de ello.

—Me pregunto qué le pasaría a mi Queen para que acabase así —continuó con recelo, ajeno a mis pensamientos—, pero supongo que, como siempre, ella mantendrá su boquita cerrada y no me lo contará.

Me encogí de hombros. Justo era lo que iba a hacer, porque no pensaba hablarle de mi reencuentro con Jayde. Eso pareció molestarlo, porque hizo un mohín y se refugió todavía más en su capa marrón. Un rizo rebelde se deslizó por su frente, sobre su mirada dorada.

Eché un vistazo al ala oeste —la de la entrada trasera— para asegurarme de que no había movimientos imprevistos. Como siempre, estaba tranquila a esas horas.

—Entraremos por esa puerta de allí cuando los soldados estén distraídos —informé a Dryan —. Después nos separaremos. Tú inspeccionarás la parte inferior, la de los nuevos cargamentos, y yo iré al despacho en la planta de arriba para ver si la brújula figura en los registros. Nos reuniremos aquí en cuanto acabemos, ¿entendido?

—Como si pudiera opinar.

—Justo lo que quería oír.

Puso los ojos en blanco, pero acto seguido se cubrió el rostro con la capucha. En cuanto los soldados se entretuvieron en una cháchara baja e informal, avanzamos hacia el edificio.

La parte de atrás del almacén estaba llena de cajas, aunque no había nadie vigilando. Algún trabajador había dejado unas rebanadas de pan con queso sobre una de ellas. Antes de que pudiese reprimirlo, Dryan robó una y la masticó con cara de satisfacción.

—¿Qué? —masculló con la boca llena. Se limpió la comisura del labio, como si las migas acumuladas en ese punto fuesen el problema.

—Podría perder el tiempo contigo, pero me resisto a ello —suspiré, dándole una bofetada

concisa en la mano cuando la alargó de nuevo hacia otra rebanada—. Recuerda, los nuevos cargamentos están…

—Al final del pasillo, la puerta de la derecha. Lo sé, Queen. Me lo has repetido infinitas veces viniendo hacia aquí. Te recuerdo que estoy más que capacitado para esto. —Me rodeó con agilidad y atrapó otro trozo de pan. Lo devoró en dos bocados y, antes de que pudiese decirle nada, me guiñó el ojo y se marchó.

Avancé rápida y sigilosa, sin poder contener una sonrisita divertida por su culpa.

Conocía el almacén tan bien como la propia señorita Claeys. Llevaba merodeándolo desde que había empezado a trabajar al servicio de Dorian, hacía seis años. A veces *mi señor* solo me mandaba a leer documentos, otras a robar registros o a copiarlos. Le gustaba estar al tanto de los nuevos objetos que adquirían Claeys o Palacio, y no me asombraba en absoluto teniendo en cuenta lo que algunos de ellos se llegaban a valorar en el mercado negro: oro; toneladas de jodido oro.

Me colé en el despacho de Amada en apenas un minuto.

Sobre el escritorio, había un ramo de rosas blancas en un jarrón de porcelana rosado. A la derecha, un diván con vistas al jardín trasero decorado con varias mantas y cojines en tonos violáceos. Junto a él, sobre una mesita de té, se amontonaban unos cuadernos con las portadas color pastel. Me detuve junto a ellos, acariciando sus cubiertas aterciopeladas. ¿Sus diarios? Jamás los había visto.

Eché un vistazo sobre el hombro y abrí el primer tomo por la página más reciente.

Tristán me ha recogido con el carruaje de Palacio esta mañana y hemos ido al lago. Ha tenido el detalle de traer unos aperitivos y…

¿«Aperitivos»?, ¿el *regente*? Una media sonrisa se abrió paso en mis labios al imaginármelo acurrucado junto a Claeys mientras comían uvas y pasteles de queso.

Pasé a la última anotación del diario, atraída por unas palabras subrayadas.

…el último cargamento tenía objetos muy inusuales, y Tristán insistió en analizarlos personalmente. Creía que por fin uno de ellos sería el que estamos buscando; sin embargo, por culpa de ese infortuito incendio no pudo comprobarlos todos. Por suerte, salió ileso, pero…

«¿*Qué*?».

Cogí el diario y me lo situé tan cerca de la nariz que se me emborronó la vista y la tinta bailó. Releí una y otra vez el párrafo, alejando un poco el cuaderno. ¿Eso quería decir que *mi asaltante* era Tristán?

Oh, joder, joder. *Joder*. Había dado por hecho que se trataba de un ladrón solitario, uno

interesado en enriquecer sus propios bolsillos con unos cuantos objetos valiosos. No una *Excelencia* palaciega, mucho menos el mismísimo regente. Si le daba la gana, podía pedir que me localizasen y que me arrestasen, que le llevasen mi jodida cabeza colgada sobre el hombro y la lanzaran a sus pies. Y además, él…

«Me resultas familiar».

Oh. *Oh*.

La fiesta. La maldita fiesta de Dorian.

¿Me habría visto allí? Recordaba vagamente la presencia de más de una docena de hermosas túnicas de terciopelo negro entre los invitados —maldito alcohol—, pero el regente nunca había asistido a las fiestas de los Yadav. Apenas salía de Palacio ni se relacionaba con gente. ¿Habría sido una excepción? Si me había identificado como la bruja de Dorian…

—Están en el despacho. —Las palabras de Amada me sobresaltaron—. Espero que uno de ellos sea el que buscamos.

«¡Mierda!».

Recorrí con desesperación el resto del diario, buscando alguna mención a nuestro enfrentamiento de hacía dos noches, a algo que… Nada. Ni un solo comentario. De hecho, los pensamientos de Amada desembocaban de manera inesperada en lo sucio y emocionante que había sido acostarse con Tristán en la última fiesta de Palacio, detrás de una simple cortina, escondidos de todos los invitados.

Los pasos se evidenciaron, aproximándose a la puerta. Con el corazón en la garganta, lancé el diario a la mesita de té y me escondí en el armario de detrás del escritorio. Unas cajas situadas en el altillo trastabillaron y cayeron sobre mi cabeza. Las atrapé con firmeza, quedando en una posición ridícula, y cerré de golpe justo cuando Amada y el regente entraban en el despacho.

—Ojalá. El emperador te estaría muy agradecido si por fin lo hubiésemos encontrado.

Se me erizó el vello al reconocer la voz aterciopelada de mi atacante.

Entreabrí con sigilo la hoja con la punta de mi bota, apenas lo suficiente como para que un rayo insignificante de luz se filtrase en el interior del armario. Claeys y el regente estaban enroscados en un beso largo y húmedo que me revolvió el estómago.

—Ey, cariño. —Tristán la sostuvo del hombro cuando ella descendió por su cuello—. Los objetos.

La coleccionista tardó unos segundos en desistir y dar un paso atrás; cuando lo hizo, la gasa azul de su vestido flotó tras de ella. El regente ahuecó la mano sobre su mejilla y le regaló una mueca desvergonzada en sus labios hinchados y manchados de carmesí. Ella se bebió su rostro con el deseo apenas contenido en sus enormes ojos turquesa.

Puaj. Nunca entendería cómo alguien podía… fornicar con un evocador. Eran hermosos, cierto; egoístas y peligrosamente sexis. Pero ante todo, eran parásitos. Si podían moverse a sus anchas bajo el sol, era porque se apropiaban del cuerpo de alguien que habían asesinado. Técnicamente, habitaban un cadáver; uno que habían modificado un poco en apariencia. Pensar en besar el cuerpo de un desconocido que había muerto suplicando ayuda… Por la Madre, era asqueroso.

Me apreté contra el fondo del armario cuando avanzaron en mi dirección hacia el escritorio.

Amada se desabrochó la cadena que llevaba al cuello, de la que colgaba una llave con la que abrió los cajones. Puso una decena de cajas de distintos colores y texturas sobre la superficie caoba y, rozándole el brazo a su amante, se dejó caer en la butaca.

Tristán chasqueó la lengua antes de sacar uno a uno los objetos: un reloj, una concha de plata, una escultura en forma de ¿gato?, una daga… Hasta que se detuvo con una caja vieja y desgastada. La desenvolvió con prudencia y alzó el contenido que guardaba en su interior.

La brújula.

Su superficie oscura parecía querer absorber la luz, únicamente compensada por un grabado en plata que rodeaba la esfera. Fruncí el ceño al percatarme de sus manecillas. Giraban sobre sí mismas, se detenían, cambiaban de dirección solo para pausarse de nuevo unos segundos. ¿En serio Dorian me había castigado por una brújula estropeada?

—Por fin. —El regente se inclinó sobre la butaca para besar a la coleccionista en la sien. Ella entrelazó los brazos sobre su nuca para retenerlo, pero él se guardó la brújula en el bolsillo y se deshizo de su agarre—. Tengo que irme.

—¿Tan pronto? —exhaló Claeys, bajando las pestañas—. Han sido años de búsqueda, ¿no podríamos celebrarlo un poco?

¿*Años*? ¿Por una brújula rota? Entrecerré los ojos para analizar mejor los detalles desde mi escondrijo. Por mucho que me esforcé, no encontré nada de valor, aunque sin duda tenía que tenerlo. Dorian la quería, y ese evocador también.

—Esto no puede esperar. Y menos con los brujos en Palacio.

Un fuego tenue me trepó por la garganta al recordar a Jayde. Si no me controlaba, aún podía sentir sus brazos definidos alrededor de mí y la calidez de sus labios contra los míos.

Amada suspiró mientras tomaba entre sus dedos una de las rosas del jarrón con el ceño ligeramente constreñido.

—Qué aburrido. Cada año el mismo espectáculo lamentable. No sé cómo esos brujos aceptan venir en nombre de la reina bruja.

—Kaléndula acude a Valyn directa a lamerle los pies al emperador Nirav en su palacio de Roshan —le recordó con delicadeza—. Y la reina bruja sí es aburrida, créeme.

Compartieron una mirada y Tristán se rio. Ella se sonrojó.

—Además, a mí me encanta verlos arrodillarse ante mí cada año, cariño —confesó, jugando con un mechón de su cabello rubio—. Es placentero ver hasta qué extremo son capaces de humillarse por mantener el tratado intacto y permanecer dentro de la Alianza Imperial, junto a nosotros y los valyneses. Todo por un suspiro de libertad y unas islas inhóspitas y húmedas que matarían a cualquiera de sopor.

Rechiné los dientes, un fuego inquieto revolviéndose dentro de mi estómago. Esas islas habían sido mi hogar; mi único y verdadero hogar. Eran un rincón cargado de magia y sagrado en medio de un océano furioso y helado. Una parte de nuestro poder estaba atado a ellas. Nacía de su interior, de esa arena negra como el carbón y de los afluentes cristalinos de sus montañas nevadas. Cualquier renuncia que los brujos tuviéramos que hacer para mantenerlas alejadas de las garras de los evocadores y los valyneses, la haríamos, porque ceder sería como permitirles arrancar una parte de nosotros.

La coleccionista dejó la rosa de nuevo en el agua y enarcó una ceja con una sonrisa tímida, reclinándose en el asiento. Una petición silenciosa que Tristán correspondió lamiéndose los labios y ronroneando:

—¿A ti también te gusta verme arrodillado, cariño?

Su insinuación provocó que la bilis me trepase por la garganta hasta el fondo de la lengua.

Claeys se mordió el labio y su piel de porcelana se tiñó bajo el manto de su sangre caliente. Se puso de pie con la intención de acariciarle el pecho, pero antes de que su mano vacilante rozase la túnica de terciopelo, el regente la asió de la cintura y la inmovilizó sobre el escritorio. Varios objetos cayeron y rodaron por el suelo cuando le tomó los muslos y los abrió de golpe. La estatuilla con forma de gato se rompió.

Amada se arqueó con un gemido desaliñado cuando se postró entre sus piernas y alargó los brazos para frotarle los pezones por encima del vestido que se ajustaba a sus escuchimizadas curvas. Los arrastró por toda su extensión hasta atrapar el bajo de su falda y subirlo de un tirón. Después, deslizó la ropa interior por sus tobillos. No tardó en asentar sus muslos sobre sus hombros y empezar a lamerla.

Aparté la mirada y la concentré en el aluvión de cajas que sostenía entre los brazos mientras Tristán le arrancaba una sinfonía de gemidos enardecidos a Claeys. Había sobrevivido a la guerra, al exilio, a la pérdida de quienes amaba y a un sinfín de palizas y humillaciones; soportaría un inofensivo orgasmo. Pero, al contrario del *in crescendo* que esperaba, los jadeos decrecieron poco a poco hasta silenciarse.

Ni un maldito susurro. Absolutamente nada.

Separé nuevamente la hoja del armario con el remate de mi bota y me contraje al ver el cuerpo de Claeys tendido boca arriba, laxo, los ojos abiertos y fijos en el techo, aún abierta de piernas y con la falda sobre su vientre. El único indicio de que seguía viva era su sonrisa ida y los pequeños espasmos que sacudían sus músculos.

El regente estaba erguido a un paso de ella, limpiándose los labios brillantes con el dorso de la mano mientras sopesaba la brújula con gesto ausente. La mayor parte de él era humo negro, uno tan denso que consumía la luz hasta transformarla en cenizas. Cuando Claeys emitió un jadeo apenas audible, él apretó los puños y estiró el cuello hacia atrás, un gemido rasgándole el fondo de la garganta. Puro placer envuelto en su voz masculina.

¿Qué mierdas…?

Retrocedí por instinto, cada vello de mi cuerpo erizado, y la pared del armario crujió. Ahogué un grito cuando Tristán ladeó el cuello y miró en mi dirección. El rubí de sus ojos llameaba entre las sombras que silbaban a su alrededor. Me retiré todo lo que pude de la rendija de luz, mi sangre bombeando ante un ramalazo de pánico. Entonces advertí el entrechocar de sus pasos.

Avanzó despacio, y la melodía de sus botas semicorpóreas repicando contra la alfombra puso en alerta todos mis instintos. Me mordí el labio hasta que el sabor a cobre me empapó la lengua, luchando por mantener mis jodidos nervios bajo control. ¿Podría olerme si se acercaba demasiado, como en El Insumergible? Tomé aire por la nariz, poco a poco, acariciando el poder latente que nacía de mis venas.

Unos nudillos aporrearon con educación la puerta del despacho.

—¿Señorita? El jefe de almacén reclama su presencia.

No oí ni un paso más, solo los latidos desesperados que tronaban en mi pecho.

Apreté los párpados.

—Un momento. —La voz de Tristán brotó melosa.

Contuve un suspiro pronunciado cuando lo escuché distanciarse. Apenas me atreví a asomarme para ver qué sucedía.

En un mandato mudo, las sombras se replegaron en su interior, exponiendo de nuevo su cuerpo, sus uñas pintadas de negro y su cabello del color de la noche.

Se apretujó entre las piernas de Amada y se bajó los pantalones lo justo para dejar expuesto su miembro lacio; luego se manoseó el cabello para despeinarlo un poco antes de hundir la cabeza en el cuello de Claeys, enredar los tobillos de la coleccionista sobre sus nalgas y emitir un gemido entrecortado y profundo contra el lóbulo de su oreja.

La coleccionista no tardó en retomar la conciencia. Curvó la espalda y cruzó los brazos delicados sobre sus hombros, sin apenas energía. Una parte de su mirada seguía opaca y vacía.

Tristán le dio un beso en la sien, tan jodidamente real que me provocó una arcada, y se retiró para recolocarse los pantalones y esconder el pene en su interior.

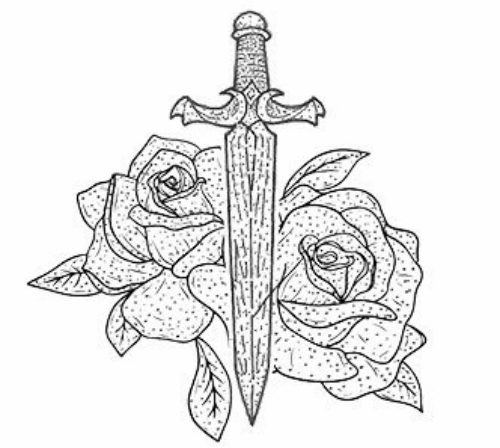
—Te reclaman, cariño —susurró, fingiéndose exhausto—. ¿Lo has disfrutado?

Un escalofrío arañó mis vértebras. Iba a vomitar.

Amada asintió, ausente y desvaída, y se ajustó la falda con manos temblorosas. No se molestó en recoger su ropa interior, aunque dudaba de que pudiera moverse sin que le flaquearan las piernas. El regente tampoco se molestó en hacerlo.

—Estás pálida —apuntó, tomándola de la barbilla y examinando cada rincón de sus facciones con una preocupación voraz—. ¿Te acompaño a por tus medicinas? Ven, apóyate en mí.

La asió de la cintura para apearla del escritorio y ella cayó contra sus hombros con demasiada torpeza. Parpadeó varias veces antes de poder alzar el mentón y enfocar la mirada en el rostro de Tristán. Rechiné los dientes cuando lo besó con verdadera devoción, justo antes de dejar el despacho y descender por las escaleras entrelazando el brazo con el de él.



6

No pude dejar de pensar en lo que había visto en el almacén de Claeys ni siquiera varias horas después, cuando el sol se había hundido en las profundidades del horizonte y contemplaba a Samara y Ethan cenar en el patio, alejada prudencialmente de ellos. Más allá del olor a hibisco que rezumaba el jardín interior, Dryan vagabundeaba de un lado a otro dando órdenes a los guardias y evitando mirar en dirección a la pareja. No obstante, de una manera casi sobrenatural, conseguía lanzar miraditas por encima de ellos hacia mí, como si supiese que le estaba ocultando algo.

—¿Tienes hambre? —preguntó cuando se situó a mi lado, apoyándose de medio lado contra la columna del patio interior. Por primera vez, dirigió su atención a Samara y su acompañante. El portiño tenía a la sobrina de Dorian sobre los muslos, muy pegada al pecho. Dryan rechinó los dientes—. Le he pedido a Haran que te reemplace. Llevas todo el día de pie sin descansar, debes estar muerta de hambre.

Se me escapó un resoplido irónico por la nariz, porque después de todo lo que había visto esa tarde tenía el estómago cerrado. Él no, por supuesto; le había ahorrado los detalles desagradables y me había limitado a decirle que la brújula estaba en manos de Tristán. Pero yo seguía revuelta, con la bilis acariciándome el fondo de la garganta. No me sorprendería vomitar sin más sobre sus botas, y era más que probable que lo hiciese si continuaba recreando la sonrisa de Claeys, su delicado cuerpo expuesto sobre el escritorio, abierto de piernas, mientras Tristán… mientras él… ¿*qué*? Porque no tenía ni idea de lo que había visto.

Sabía que los evocadores podían alimentarse sustrayendo la energía de sus víctimas a través de los recuerdos traumáticos, las fobias o los sueños. Y aunque este último método era mucho menos doloroso que el primero, ya que las víctimas lo confundían con simples pesadillas, seguía siendo una experiencia del todo desagradable. Sin embargo, la expresión de Claeys había reflejado justo lo contrario. Entonces ¿*qué* había presenciado?, ¿algún tipo de práctica sexual? ¿Así follarían los evocadores?

Fuera lo que fuese, lo único de lo que estaba segura era de que el regente había manipulado

su mente lo suficiente como para alimentarse de ella y debilitarla sin que la coleccionista se diera ni cuenta. Y todo encajaba: su frágil salud, su escuchimizado cuerpo maltrecho… Se la estaba comiendo viva *a diario*, y no en el sentido travieso que debería conllevar la expresión.

No obstante, no me sorprendía.

Nunca me había fiado de ellos, ni siquiera cuando tuvimos que combatir codo con codo bajo el emblema de la Alianza Imperial. Habían resultado mortíferos y codiciosos; interesados y demasiado astutos. No podía enumerar cuántas veces aprovecharon sus habilidades para orquestar ataques sorpresa en mitad de la noche contra nuestros enemigos. Ellos devoraban las mentes de los guerreros de fuego, los brujos atacábamos sus cuerpos y los valyneses se encargaban de masacrar a los soldados humanos de Ventura, Adarna y Ríos Altos que los acompañaban en los campamentos. Una alianza idílica de la que no me hubiese incomodado formar parte, incluso sabiendo la verdad de sus recipientes físicos, si no hubiese sido por las decenas de brujos encontrados muertos al alba y las otras tantas de desaparecidos durante las guardias nocturnas.

Por mucho que lo negaran, nos habían convertido en unos deliciosos tentempiés, en *bocaditos* de los que recuperar fuerzas después de una batalla encarnizada contra la Legión Ardiente. Y lo peor era que nunca pudimos hacer nada porque jamás dejaron suficientes pruebas como para poder acusarlos de traición frente a Cosmo. Aunque, en el fondo, sabía que el dios no hubiese actuado contra nuestros hermanastros. No, al menos, hasta haber ganado la guerra y haber establecido un nuevo orden que suministrase alimento constante a los evocadores, el alimento que Ceresia necesitaba para seguir respirando y que él pretendía que fuese suficiente para reanimar a su esposa.

En ese momento, diez años después de El Abismo, con Irinea dividida y Cosmo desaparecido de la faz de la tierra, esos parásitos devoramentes nos tenían atados de pies y manos. Por mucho que fingiesen ser los perritos falderos del emperador valynés, a mí no me engañaban: de los cuatro Palacios —el de Puerto Soleado, el de Cynaeus, el de Ciudad Helada y el de Roshan—, tres estaban bajo el control de un evocador que actuaba como representante del emperador. Y los brujos… habíamos sido aplastados bajo sus impolutas botas. Unas botas a las que habían nombrado «tratado» y que garantizaban nuestra protección e independencia siempre que siguiésemos jurando lealtad al emperador Nirav Vanisha. Un tratado que, por cómo me había atacado Tristán en El Insumergible, no servía para una mierda.

—Ey. —Dryan me espabiló de repente, sacudiendo la mano delante de mi cara—. Comida. Cenar. Tú.

—No tengo hambre —rezongué, cabizbaja.

Él estudió mi posición con recelo y me erguí por instinto. Por su expresión, supe que estaba pensando una larga y aburrida retahíla acerca de lo escuálida que estaba y de lo mucho que necesitaba comer. No podía juzgarlo; todas mis prendas me venían anchas y hacía años que parecía estar desapareciendo dentro de mi propio cuerpo, poco a poco. Una consecuencia de mi mala vida, además de Dorian.

—Venga. —Ladeó la cabeza hacia la cocina, masajeándose el tabique nasal, pero ni siquiera parpadeé en su dirección—. Queen, por favor.

—No tengo hambre —insistí.

Suspiró y abrió la boca para rebatirme. Sin embargo, se lo debió pensar mejor, porque se marchó rumbo a la cocina.

Alcé las cejas cuando apareció de nuevo a mi lado con un plato de huevos revueltos con mantequilla y me obligó a cogerlo. Él llevaba uno igual en la mano, aunque muchísimo más rebosante. El olor no tardó en atraer al perro de caza que dormitaba a los pies de Samara. El chucho levantó las orejas y se detuvo frente a Dryan, salivando.

—Aquí tienes. —Sonrió y se llevó el tenedor a la boca con tal cantidad de comida que sus mejillas se hincharon al momento. Tras tragar, se apoyó contra el arco del patio y me incitó a imitarlo.

Ojeé el plato mientras me dejaba caer contra la piedra caliza que conformaba la columna. Olía delicioso, como todo lo que preparaba Barsha, pero no podía probar bocado.

—¿Vas a contarme lo que te ronda por la cabeza de una vez? —exhaló, dejando el tenedor sobre el plato con impaciencia. Un poco de huevo revuelto cayó al suelo y el perro se lanzó a devorarlo.

Puse los ojos en blanco mientras el animal empapaba el suelo empedrado con sus babas. Había visto para qué los utilizaba el primer general, cómo desfiguraban a hombres hasta dejarlos irreconocibles y sin vida. Lo que menos deseaba era tener a uno de esos perros cerca de mí.

—Queen, estoy empezando a preocuparme.

—Pues no te preocupes. No hay nada que contar.

—¿Es por la brújula? —Se masajeó el tabique nasal de nuevo. Un rizo de su cabellera castaña le acariciaba las cejas—. Te he dicho que hablaré con Dorian sobre lo que has averiguado.

—Recuerda: lo leí en el registro. Tristán la adquirió justo a primera hora. Ninguno de los dos vimos a ningún evocador entrar en el almacén, mucho menos coincidimos con él.

Dryan me fulminó con sus enormes ojos dorados. Seguía sin aprobar mi decisión de ocultarle a Dorian cómo había obtenido la información, pero no me importaba. Él desconocía demasiadas cosas de mi pacto con el primer general. Y yo quería seguir…, bueno, consumiendo fulgor áureo y viendo la luz del sol unos cuantos días más.

Por suerte, se tragó lo que estuviese pensando y continuó:

—No podemos arriesgarnos a robarle al regente de Palacio por un… —echó un vistazo sobre sus hombros y bajó la voz, escudriñando al perro— *capricho*. Sería una locura; si nos descubriesen, el emperador podría acusarnos de traición.

Enredé los dedos en mi colgante con la mirada fija en la pasta anaranjada de mi plato. Quizás… Quizás ya lo habían hecho; si Tristán había acudido a la fiesta de la Casa Dorada, me habría visto allí y ya sabría que trabajaba para Dorian. Y si relacionaba mi intento de robo con el general, podría acusarlo de robar a Palacio.

—*Queen*. —Lo miré de soslayo—. Venga, no seas así y dime qué te pasa. No soy tan idiota como para no percatarme de que lo que te preocupa es otra cosa. Cuéntamelo y tal vez pueda…

Alcé la mano para que se callase y él resopló.

—¿Sabes? —Contempló el hibisco del patio, enredado sobre la fuente que lo coronaba—.

Haz lo que te dé la gana. ¿Quieres tragártelo? Hazlo. No estoy de humor.

Apreté los labios en una fina línea, impotente. Aunque quisiera, no podía contarle mis sospechas, mucho menos revelarle que Tristán y nuestro atacante de El Insumergible habían resultado ser el mismo evocador, porque enloquecería y correría él mismo a darle la misiva a Dorian en ese preciso momento. No me quedaba más opción que confiar en que el regente no me relacionase con el primer general y se olvidase de nuestro enfrentamiento.

Dryan dejó caer más peso contra la columna y echó una miradita en dirección a Samara y Ethan. Sus dedos se aferraron con tanto ímpetu al plato que temí que fuera a lanzárselo al portiño en un impulso descontrolado.

—Hace dos semanas no se molestó en venir a visitarla —refunfuñó a media voz, bajando la mirada a su cena. Se llevó el tenedor a la boca con tanto impulso que chocó contra sus dientes—. Y hoy está aquí. Todo sonrisas. Un caballero de los pies a la cabeza.

Se encogió más sobre sí mismo, un brillo voraz llameando tras sus espesas pestañas. Seguí la dirección de su mirada, un tanto ceñuda.

—Muchos hombres rehuyen a las mujeres durante sus sangrados —me limité a decir, apoyando la sien en la columna.

—Ja, ¿«hombres»? No; eso no son «hombres» —me corrigió entre dientes—. ¿O es que los brujos actúan así?, ¿dejándoos solas?

El rostro de Jayde se pintó en mi memoria. No, él siempre me había acompañado durante mis sangrados trimestrales. Si me esforzaba, aún podía recrear el aroma del aceite de romero que empleaba para masajearme el vientre.

—No, nunca harían eso. Pero los humanos…

—Te das cuenta de que soy un *humano*, ¿no? Y de que mi padre también lo era —me interrumpió con sequedad, alzando la voz más de lo que hubiese esperado.

A unos metros de nosotros, Ethan nos echó un vistazo interesado. Mantenía la cuchara cargada de pastel de zanahoria a escasos centímetros de la boca de Samara.

Entorné la mirada y ladeé la cara hacia Dryan. En cuanto vio mi expresión inquieta, bajó la barbilla, avergonzado.

—Lo siento, no quería hablarte así. —Tomó aire por la nariz y enredó la mano libre en su cabellera rizada—. Es que… me frustra no poder hacer nada por ella. Tú sabes lo indispuesta que se pone cada mes.

«Indispuesta» era una manera muy delicada de explicar los dolores atroces que la asediaban con cada menstruación. Pero no lo contradije.

Antes de que pudiese decirle nada, metió la mano en el bolsillo de su pantalón crema y me tendió un sobre sellado con cera oscura. El perro se irguió a sus pies y emitió un ladrido.

—Un hombre ha traído esto para «la bruja». —Sonrió con pesadez—. Me lo ha dado Barsha en la cocina.

¿Una carta? ¿Para mí? Jamás había recibido correspondencia ni…

El pánico me asaltó. ¿Y si Tristán había emitido una orden de arresto? ¿Y si…?

No, no tenía sentido. Palacio no habría actuado de esa manera; ellos me habrían asaltado en cualquier esquina, sin más. Además…

—¿Te ha dicho cómo era? —Le intercambié el plato por el sobre con demasiado ímpetu, tan ansiosa de golpe que no pude disimular—. ¿Llevaba un tatuaje en el cuello?, ¿pendientes?

¿Se trataría de una carta de Jayde? Tal vez hubiera descubierto dónde me alojaba y hubiese decidido contactarme después de nuestro encuentro. Todo el mundo en la ciudad sabía dónde vivía Dorian Yadav, así que sonsacárselo a alguien le habría resultado extremadamente sencillo.

Dryan detuvo el tenedor ante su boca abierta. Por primera vez en toda la noche, una chispa divertida se asentó en sus ojos dorados.

—¿Tatuajes y pendientes? —El hoyuelo en su mejilla derecha se dibujó con lentitud, y supe que la había cagado—. Vaya, no me digas que se trata de la carta de un enamorado.

Lo que me faltaba.

—¿Cómo era? —insistí.

—Mmmm… Déjame adivinar. ¿Es uno de los brujos del teatro? Me pareció ver a uno con tatuajes muy, pero que *muy*, sexis. —Meneó las cejas arriba y abajo.

—Dryan, te aseguro que te estás jugando una monumental patada en los huevos —gruñí, mirándolo a la cara. Él dio un paso hacia atrás, temiendo que lo alcanzase con la rodilla antes de tiempo.

—Uy, sí; sin duda es él —sentenció, su sonrisa ampliándose hacia arriba—. Cero sorpresas; te pega taaanto un tío así. Malote hasta las cejas, con mirada de capullo sensible y tan *grrr*.

Decir que sus palabras habían sobrepasado mi límite era quedarse corta.

Me acerqué enseñándole los dientes, dispuesta a cumplir mi amenaza, y giró a mi alrededor para situarse tras la columna. Bajó las manos con los platos a la altura de su entrepierna.

—Vale, vale. Me gustaría seguir manteniendo mis atributos sanos y funcionales —cedió, aún con una media sonrisa. Cuando se aseguró de que no pensaba darle un rodillazo, continuó—: Bueno, pues verás… Se presentó en la puerta del servicio. Barsha no le ha visto la cara, pero por lo visto era bastante alto, lo suficiente como para encandilarla. Parecía un guerrero, al menos eso deduzco por los minutos que se ha dedicado a describirme su «magnífica espalda» y sus «anchos y fuertes hombros». —Puso los ojos en blanco, si bien no borró su expresión divertida—: Entre tú y yo, necesita un amante con urgencia.

Por la Madre y el Padre. Podía ser él. Podía ser Jayde.

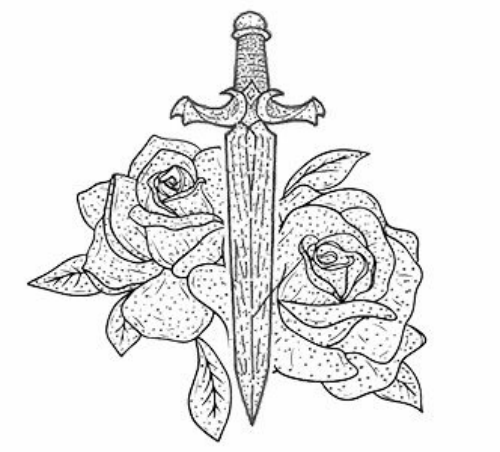
La carta parecía latir contra mis dedos, quemándome para que la abriese y descubriese su interior.

—Ábrela ya, por la Madre —pidió, volviendo a meterse el tenedor en la boca.

Compartimos una mirada inquieta, y entonces me alejé unos pasos en busca de intimidad. A mis espaldas, Dryan suspiró decepcionado, pero lo ignoré. Si esa carta era de Jayde… Si era de él, podía significar muchas cosas para mí que no estaba dispuesta a compartir con el capitán de la guardia.

Rompí el sello y saqué la nota:

Te espero mañana a medianoche en el Teatro de las Olas.
Si no acudes, no habrá una segunda oportunidad.
Jayde



7

Desde mi posición alzada volví a examinar la calle principal que conducía hasta la entrada del Teatro de las Olas. La fachada, adornada por cientos de peces tallados, parecía deslucida y lúgubre a causa de las nubes que se habían apoderado del cielo nocturno. Al igual que el resto de la tarde, nada sospechoso captó mi atención; los mercaderes recogían sus puestos mientras algunos trabajadores de Palacio terminaban de engalanar la calle con los estandartes de la Alianza Imperial, preparando la ciudad para la fiesta de la Conquista que se celebraría en unas dos semanas.

Ladeé el cuerpo para estirarme. Tenía los músculos entumecidos y un hormigueo muy molesto me recorría las piernas hasta las caderas. No me había movido en horas de ese tejado, algo que me hubiese resultado soporífero y aburrido si no hubiese sido por el nerviosismo irracional que bombeaba con potencia en el centro del pecho.

Tenía una carta de Jayde Black en mi bolsillo. *De Jayde*. Del mismo brujo del que me había enamorado hasta la médula y con el que había compartido miles de noches, entre besos y susurros contenidos. Simplemente, no podía creérmelo. Mi corazón *no podía* creérselo.

Sin esperarlo, la sonrisa ladina de Dryan se coló en mis pensamientos. Después de recuperar su buen humor, apenas había dejado de preguntarme por la carta en todo el día, tanto que había terminado por confesarle que esa noche estaría fuera. Y el muy… había soltado una carcajada tan perversa que había estado a punto de hacerme reír. Luego se había tirado boca abajo en mi cama y, a pesar de que sabía tan bien como yo que los brujos no los necesitábamos, me había sermoneado sobre métodos anticonceptivos como si fuese una inexperta. Ahí, en ese mismo instante, había rebosado mi cupo diario de paciencia y lo había sacado a patadas de mi dormitorio mientras él forcejeaba como una mula, riéndose y dando gritos. Nuestra conversación había terminado con un «¡disfrútalo!» antes de que le cerrase la puerta en las narices. Menos mal que Dorian no había regresado de su viaje y Samara estaba en la casa de Ethan.

De golpe, me espabilé cuando un movimiento difuso en los tejados cercanos captó mi

atención. Di un respingo al observar una figura encapuchada colándose por la bóveda del teatro. Se había lanzado con una agilidad extraordinaria desde uno de los edificios próximos, como si estuviese acostumbrada a afrontar ese tipo de retos con regularidad… Exactamente como haría Jayde.

Al instante me ardió la cara y el corazón empezó a bombearme desquiciado contra la sien, embotando cualquier otro estímulo. Cualquiera.

Solo. Oía. Eso.

☽ · ✦ · ☾

Alcancé el patio del teatro acompañada por el sonido de mi respiración. Los asientos se veían distintos bajo la inconstante luz lunar que se colaba por la bóveda de cristal. En realidad, todo había adquirido un aspecto sombrío. Ni siquiera el palco de Palacio lucía la belleza con la que siempre me encandilaba.

Caminé escrutando las sombras, acariciando el mango de Infalible. El tacto de la daga de mi madre siempre conseguía sosegarme.

—¿Jayde? —susurré. Unas motas de polvo flotaban a contraluz.

Seguí caminando mientras repasaba mentalmente las palabras que llevaba practicando todo el día. Había ensayado ese discurso cientos de veces en las últimas horas, incluidas las pausas. «No sé qué me pasó», «Perdóname», «No te he olvidado»…

Era un discurso *absurdo*.

Me acerqué hasta alcanzar el escenario, tamborileando la empuñadura de Infalible con nerviosismo. Al toparme con él, suspiré y me volteé para recorrer de nuevo el pasillo. Todo eso era…

Miré hacia arriba al escuchar un ruido en el piso superior, mi estómago lleno de mariposas y una sonrisa anodina esbozándose en mis labios. Entonces, una daga voló en mi dirección y me rasgó el brazo.

Apenas me dio tiempo a distinguir las lunas del uniforme púrpura de Denesse en su pechera. Una bruja —¿una *bruja*?— con el rostro oculto saltó desde lo alto y se arrojó contra mí con una espada fina y corta en la mano izquierda. Giré sobre los pies y posicioné a Infalible sobre mi cabeza. Mantuve el brazo inamovible cuando su metal chocó contra mi daga. Su empuje fue tan intenso que perdí el equilibrio, y ella aprovechó para alargar la mano y ceñirla sobre mi hombro.

Su magia penetró en mi cuerpo y se encaminó hacia mi corazón como un trueno. Al instante, sus muñecas se tiñeron del color de mi corriente vital, un plata resplandeciente, y la oscuridad del alrededor tintineó por la luz. Reaccioné rápido: retuve su magia levantando mis defensas internas y la empujé con furia para deshacer nuestro vínculo mágico. No se rompió cuando me soltó, porque sus muñecas siguieron envueltas en esa neblina plateada. Estupendo*;* estaba ante una bruja experimentada.

Mantuve las barreras mágicas protegiéndome el corazón y los órganos vitales mientras alargaba mi propio poder hacia ella. Al contrario que los demás brujos, yo podía establecer el

vínculo sin necesidad de tocar a mi adversario y mantenerlo a una distancia muy considerable. Sin embargo, jadeé con brusquedad.

¿Cuánto tiempo hacía que no usaba mi magia de esa manera, con tanta potencia? ¿Diez años? Aunque la empleaba en el sótano, cuando Dorian me exigía ser la carnicera de alguno de sus enemigos capturados, apenas solía malgastar una gota de poder —era más que suficiente para torturar humanos—. Luego, siempre finalizaba con Infalible.

Me mordí la lengua para centrarme y alcancé su torrente vital. Enseguida fundí mi magia contra él y mis muñecas se iluminaron del color rosado de su energía. Su respiración se fusionó con la mía y me resonó en el pecho, expandiéndose, oxigenando mi cuerpo.

Ahora estábamos unidas.

Ataqué sus órganos vitales para reducirla, pero la bruja resistió mi embestida mágica con sus barreras internas y me contrarrestó de nuevo. Era brutalmente ágil. Se movía como una bailarina al compás de una música que nadie más era capaz de escuchar. Giraba, se alejaba y se acercaba, saltaba, asestaba estocadas con su espada… Y yo la seguía a duras penas mientras su energía rosada se arremolinaba en mis muñecas y mi daga rechinaba al besarse contra su acero.

Con un grito inesperado, cargó contra mí. Me aparté a tiempo de esquivar su hoja. El sudor me caía por la frente por el esfuerzo de estar conteniendo su ataque físico y mágico a la vez. Finté con urgencia y ella perdió el equilibrio. Sus barreras internas menguaron y liberé todo el poder que podía manejar contra ella, apoderándome de su corazón.

Un intenso mareo me atravesó cuando sus latidos bombearon en mi caja torácica, y me temblaron las rodillas.

Se arrastró por el suelo para alejarse de mí en un intento de romper el vínculo, pero reaccioné con rapidez: arremetí con más ansia, con más ganas, hasta que noté su corazón contrayéndose bajo mi presión mágica. Lo haría puré, lo haría puré si… si *pudiese*. Joder, estaba sacudiéndome como si mis huesos se estuviesen fundiendo. Tal vez lo estuvieran haciendo de verdad.

La bruja empezó a boquear, a ahogarse como un pececillo fuera del agua y a dar manotazos aleatorios; yo continué sin ceder, sin menguar mi magia. Hasta que la capucha se le deslizó sobre los hombros y… reconocí su rostro.

—¿Kerisha?

La mujer de mi hermano me observó sin decir nada, todavía temblando bajo mi dominio. Su rostro tenía un sutil tono añil y su mirada azul verdosa y ligeramente rasgada estaba más vidriosa que nunca.

Abandoné mi magia con un gruñido, incapaz de seguir ejerciéndola, y el brillo rosado que me iluminaba las muñecas se fundió en las sombras del teatro. La daga de mi madre se me escapó de entre las manos y me apoyé sobre las rodillas para no derrumbarme delante de sus narices.

—¿Pre-tendías… asesinarme?

Ella tosió varias veces y hundió los hombros. Tardó un par de minutos en recuperar el aliento y levantar la cabeza de nuevo.

—No, *Queen* —dijo con la voz carrasposa mientras se incorporaba con dificultad.

Abrí los ojos de golpe. ¿Cómo sabía…?

—Qué importa eso —me interrumpió al ver mi expresión, encogiendo un hombro—. Lo que importa es que has reaccionado tarde y has tenido que concentrarte por completo para poder atravesar mis defensas mágicas. ¿Qué le ha pasado a tu suministro mágico? Apenas has podido…

—Cállate —zanjé, sin apenas aliento.

Sentía cada músculo tembloroso y débil. Por la Madre; en otros tiempos, en esos en los que todavía necesitaba vanadio como catalizador, ni siquiera hubiese tenido la oportunidad de hacerme frente. Pensarlo me retorció el corazón. Yo había decidido aquello; yo me había mutilado de esa forma. Esas eran las consecuencias de mis errores, por mucho que me hubiese esforzado en enterrarlas con fulgor áureo y alcohol.

La bruja se acercó a mí, examinándome con atención. Después de tantos años, seguía destilando elegancia con cada movimiento. Su rostro ovalado se veía favorecido por un elaborado recogido que le apelmazaba el cabello ondulado y pardo, resaltando su cuello. Sobre él reposaba un collar gemelo al mío, ambos regalo de Darius.

Nos observamos en silencio durante unos minutos. Supuse que no era la única que procuraba recuperarse de nuestro enfrentamiento.

—¿Y Jayde? —pregunté cuando conseguí erguirme.

Kerisha dibujó una sonrisa burlona que ignoré. Examiné la oscuridad de los palcos en busca de una segunda figura.

—Me parece que estaba muy ocupado pasándoselo bien con uno de los nuestros. Ya sabes, con uno de esos brujos altos, atractivos y con cara dulce que le gustan.

El corazón me pellizcó y aparté la atención del piso superior, muerta de vergüenza.

—¿La carta ha sido una treta? —Apenas conseguí controlar la voz y retener la humedad de mis ojos.

—Es una lástima verte así…, casi no te reconozco. Pareces enferma.

—Contéstame —ladré—. ¿Era falsa?

—Necesitaba que vinieses. Si hubiese firmado yo, jamás hubieras aparecido —explicó sin ninguna muestra de arrepentimiento.

Estuve a punto de derrumbarme hacia delante; no por el esfuerzo físico, sino por la puñalada que me atravesó el pecho. La herida se abrió con violencia y empezó a supurar mientras contenía las lágrimas y un grito frustrado. ¿Cómo había sido tan ingenua como para pensar que Jayde querría verme? Virian estaba muerto por mi culpa. Solo mía. Y él nunca me perdonaría.

—Además, quería probarte —añadió, distrayéndome por fortuna—. Mi informador escuchó que la otra noche no pudiste ni defenderte de un borracho. Como comprenderás, necesitaba saber si al menos sobria seguías valiendo el mínimo esfuerzo.

Fruncí los labios, notando las mejillas acaloradas. ¿Su informador?

—Eres una hija de puta. Y para que te quede claro, no estaba borracho.

—Puede que él no lo estuviera, pero tú sí. Y mucho, por lo que sé.

Me limité a mirarla con desprecio, la barbilla alta.

—¿Qué coño quieres?

Kerisha permaneció callada unos instantes, examinando mis rasgos. Parecía buscar algo dentro de mí. No tuve claro si logró hallarlo.

—Te necesito.

Alcé las cejas.

—¿A mí? ¿Cuántos años hace desde la última vez que nos vimos?, ¿una maldita década?

Ella no mudó la expresión.

—Llevo años buscándote —confesó—. Escúchame, tengo un trato que…

—Ya tengo bastante con uno —la interrumpí. Por contrato, cien años de servicio bajo las órdenes de Dorian Yadav, ni uno menos. Y me quedaban noventa y cuatro años y ciento setenta y siete días por delante. Eso si no pensaba en la *otra* parte, la que no tenía fecha de expiración.

—Tienes que escucharme.

—Ni siquiera te molestaste en visitarme tras la batalla —le reproché—. ¿Y ahora quieres mi ayuda?

—No podía visitarte.

—¿No *podías*? —Enarqué la ceja—. No sé qué haces aquí. Nunca nos llevamos bien —reconocí, acomodándome frente a ella en una de las butacas. Una bruja de segunda, nacida de una familia sin nombre y criada en el extranjero, enlazada con *mi* hermano… Humillante.

—No, no lo hicimos. Recuerdo perfectamente que ni tú ni tu padre aprobabais mi enlace con Darius. Pero hubiese ido a verte *por él* si hubiese podido —insistió. Cerró los ojos un momento, tanteando sus palabras—. Cuando te trajeron moribunda tras la batalla de El Cuello, estaba guardando reposo para evitar riesgos. Darius no te lo pudo llegar a contar, pero estaba embarazada de nuevo. —Tardó un instante en añadir—: Aborté a las pocas semanas.

Desvié la atención a mis botas para no tener que mirarla. Cuatro embarazos fallidos, entonces.

—Y luego estaba furiosa. Sigo furiosa por cómo lo estropeaste todo —continuó—. Pero te necesito. Darius te necesita.

Mi corazón se aceleró al escuchar el nombre de mi hermano, y su rostro se perfiló en mi memoria. Su sonrisa cálida, su cabello azabache, sus ojos aceituna… Mi mellizo. El único que me había ofrecido ayuda después de la batalla.

Casi por inercia, procuré aniquilar su recuerdo y esconderlo junto a todos los demás.

—¿Qué quieres decir con eso?

Kerisha pareció desubicarse durante unos instantes. Después abrió la boca y desarmó el poco control que conservaba:

—Sigue vivo.

«Vivo». La palabra me sonó vacía y sin sentido.

—¿Esto es otra «bromita»? —Los latidos de mi pecho me retumbaron contra la sien una y otra vez, como un eco distante y atronador—. Darius estaba en Occidente rodeado por la Legión Ardiente antes de que El Abismo nos dividiese y aislase. Resulta obvio cómo acabó.

—No. —La bruja se subió la manga del uniforme púrpura con brusquedad. Justo en la parte interna del brazo, debajo del codo, una hermosa flor dorada resplandecía en su piel. Era la misma que estaba grabada en nuestros collares—. Puede que no sienta a tu hermano a través del vínculo

de emparejamiento, pero nuestra marca continúa imperturbable. Sigue en Occidente; con suerte, escondido. Él conocía un refugio seguro, porque si no, no nos hubiese prometido que volvería a Denesse para llevarnos con él. Tú estabas herida de gravedad y yo embarazada. Jamás nos hubiese puesto en peligro.

En eso tenía razón, pero, aun así…

Examiné la marca, atraída por sus destellos áureos. Había visto muchas de esas filigranas de tinta dorada tornarse plateadas al poco de fallecer uno de los brujos que formaba la pareja. Sobre todo en la Gran Guerra. Sin embargo, el tatuaje de Kerisha todavía estaba vivo, reluciente.

—No sabemos cómo funciona la magia de El Abismo. Menos siendo una creación de la diosa de fuego —me obligué a decir, un poco aturdida. Estaba apretando los dientes con tanta fuerza que no me hubiese extrañado romperme una muela—. Tal vez tu vínculo haya quedado inservible de una manera desconocida para nosotros.

Kerisha sonrió, pero no fue una sonrisa que le llegase a los ojos. Fue triste y vacía.

—Por esa razón viajé al Bosque Silencioso hace cuatro años. Dormí siete noches entre sus árboles, entre la magia de los propios dioses y… cacé.

Reprimí un siseo atemorizado.

—¿*Cazaste*? ¿En el Bosque Silencioso? —Sin darme cuenta, me estaba clavando las uñas contra la palma de las manos. Solo cuando el dolor se intensificó fui consciente de ello.

Kerisha permaneció observándome sin moverse.

—Cacé una dríada de cristal.

Abrí los ojos de par en par.

—Joder, Kerisha, *joder*…

—Le ofrecí un trato a cambio de saber cómo… cómo recuperar a Darius.

Un trato. Con una jodida dríada de cristal.

«Oráculos» las llamaban algunos. Yo prefería el apodo de «perras-jodidamente-malvadas». Ni siquiera los evocadores se arriesgaban a molestarlas. Solo alguien desesperado pactaría con una de ellas, siempre que fuese tan astuto como para cazar una; era algo extremadamente complicado.

—¿Qué le ofreciste? —Había escuchado que las dríadas podían pedir cualquier cosa a cambio de revelar los secretos del mundo. La capacidad de sentir el tacto de otra persona, de dormir, de experimentar felicidad. Cualquiera, incluso las que se extendían más allá de la muerte.

Kerisha se estremeció y evitó mi mirada.

—Eso es asunto mío. Lo que importa es que la dríada me dijo lo que quería saber: tu hermano está vivo. Y tú eres la única que puede traerlo de vuelta a este lado de El Abismo.

Darius estaba… ¿vivo? *Vivo*, después de diez años imaginándome que él…

El mundo tembló bajo mis botas. Me apreté contra la butaca con tanta fuerza que me dolió la espalda, mis ojos inesperadamente vidriosos a pesar de lo mucho que estaba peleando por mostrarme contenida y fría. Lo que Kerisha estaba diciendo no podía ser cierto. ¿Cómo iba a estar vivo? ¿Y cómo iba a ser *yo* la única que pudiese traerlo de vuelta? Yo, que apenas conservaba mi poder mágico. La que bebía y consumía cada maldita sustancia que caía en sus manos. Joder, si hasta nuestro combate me había dejado exhausta y empapada en sudor.

—La dríada te mintió —mascullé—. Yo no…

—Dijo tu nombre. *Tu nombre*. Llevo buscándote desde entonces.

Clavé la atención en su tatuaje otra vez. En su vínculo sano, perfecto, como el de cualquier otra pareja de brujos enlazada.

Vivo. Mi hermano estaba *vivo*.

—Aunque Darius esté…, esté bien —la palabra me quemó la garganta, los ojos—, no hay forma de atravesar El Abismo. Ni siquiera Cosmo pudo quebrar esa muralla mágica; tampoco la Sombra. Y si ni él ni su monstruo marino lo han conseguido, ¿cómo pretendes que lo haga yo?

Kerisha alargó la mano hacia mi cuello y enredó los finos dedos en la cadena que colgaba de él.

—No lo has olvidado. —Sus dedos acariciaron el relieve del collar y se detuvieron en los detalles del emblema de la Ciudad de las Flores. La aspereza se instaló en el fondo de mi garganta—. Y yo tampoco. —Lo dejó caer de nuevo contra mis clavículas—. La dríada dijo tu nombre. Si hay una forma de atravesarlo, tú la descubrirás.

—Si hubiese una manera, los evocadores ya lo habrían hecho —insistí, aunque mi lógica se amilanó. No podía dejar de observar el tatuaje dorado en su antebrazo—. Tienen a más de un centenar de alquimistas en los Palacios, trabajando día y noche en busca de una solución que les permita acceder a Occidente para continuar con la guerra. Lo que me estás pidiendo es…

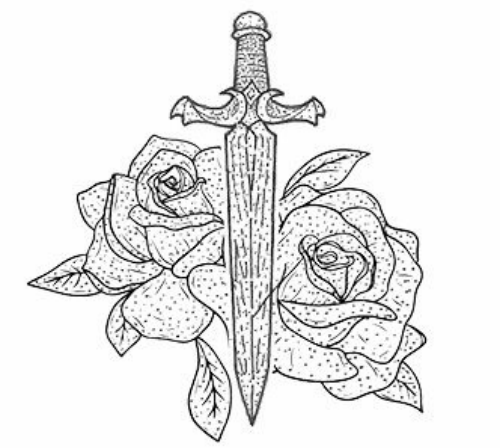
—Tú lo harás —me interrumpió—. Y mi informador te ayudará.

Fruncí el ceño, atorada por sus palabras.

—Soy miembro del Consejo. —Levanté la barbilla de golpe. ¿Ella? ¿Cómo?—. Y puedo solicitar que revisen tu orden de exilio *si me ayudas*.

Reí por dentro. Volver a Denesse no era una opción para mí. No con Dorian y nuestro pacto. Además, regresar a las islas supondría… ser otra persona. Alguien mejor. Y ya era muy tarde para eso.

—Piénsalo. He venido con la comitiva a Palacio para reafirmar el tratado, pero partiré junto a los demás en dos días. —Se dio la vuelta y comenzó a dirigirse hacia el piso superior. Antes de perderse por la escaleras, se giró hacia mí y añadió—: Mañana a medianoche mi informador y yo te esperaremos detrás de El valynés. No llegues tarde.



8

Por primera vez desde que servía en la Casa Dorada, agradecí tener que acompañar a Samara a sus entrenamientos.

El día se había alineado con mis ánimos y había amanecido gris, bajo el manto de una llovizna otoñal. Puerto Soleado solía presumir de buen tiempo, pero conforme se aproximaba el otoño y los días se acortaban era cada vez más frecuente que la ciudad despertara acogida entre la niebla húmeda y la lluvia.

Dryan iba al paso a mi lado, bajo su capa marrón, balanceando la cabeza mientras entonaba una melodía demasiado alegre que desafiaba mis oídos. La llovizna había aplastado la capucha contra su rostro, resaltando sus rasgos bronceados y sus enormes ojos dorados. Era sorprendente que mantuviese su buen humor a pesar de ir mojado y frío.

—¿Qué? —preguntó, notando mi atención fija en él.

Entorné los ojos y apreté un poco el paso de mi caballo para ganar distancia entre su canción desafinada y mis orejas.

Ante nosotros, Samara trotaba sobre su yegua. Lucía el recogido tradicional que los valyneses usaban para las sesiones de entrenamiento: un enrevesado moño con trenzas y pequeños aros dorados que aseguraba que ni un solo mechón molestase durante el ejercicio. Enganchadas a su espalda, llevaba las legendarias lanzas de bronce fundido.

El trote del caballo de Dryan repiqueteó contra el empedrado de la calle Zafiro al situarse de nuevo a mi lado, sus muslos apretados para acompasar el movimiento del animal. Ese día llevaba el uniforme valynés, unos pantalones claros y una almilla escarlata con tres serpientes bordadas en hilo de oro que acentuaban el color de sus ojos.

—No me has contado nada de anoche —susurró a la vez que nos internábamos en el edificio de entrenamiento, unas antiguas caballerizas que años atrás los nobles portiños habían inaugurado para disfrutar del arte de la equitación.

—¿Debería haberlo hecho? —Nos apeamos de un salto y atamos a las monturas junto al apeadero. Una estatuilla de un caballito de mar lo adornaba. Menudo humor se gastaban los

portiños.

Incluso ante el mal tiempo, la arena estaba llena de valyneses luchando entre sí. Era extraordinario verlos; una danza llena de giros, fintas y sudor. A pesar de haber combatido junto a ellos en la Gran Guerra, verlos luchar me recordaba no subestimarlos.

Samara no se molestó en saludar. Fue directa a uno de los círculos que se encontraba libre y le arrojó una de sus lanzas a Dryan, interrumpiendo lo que fuese a contestar. Él la atrapó al vuelo y, tras dedicarme un mohín frustrado, se desanudó la capa y se puso en posición defensiva. Agradecida por la interrupción, me acomodé al amparo de un rincón ensombrecido.

Se lanzaron el uno contra el otro.

Samara era una excelente contrincante, pero Dryan era… impresionante. No solo por la destreza excepcional que demostraba con la lanza valynesa, sino por la expresión letal y decidida de su rostro, la posición firme de las piernas abiertas. Los músculos de su espalda estaban tensos y se contraían bajo el uniforme bermejo con cada una de sus ofensivas, en las que acechaba a Samara como un águila jugando con un insignificante ratón. Minuto a minuto, la presionaba con impactos concisos y veloces, conteniéndose.

Se me escapó una exclamación cuando arrojó un ataque certero sobre el brazo de Samara. Podría haberla vencido con una ofensiva más, pero vaciló al ver la sangre escurriéndose por su piel de ébano. Fue solo un pestañeo, pero ella aprovechó para enredar el tobillo con el de él y desequilibrarlo. El capitán fue rápido: la agarró de la cintura y la precipitó sobre su pecho.

Cayó de espaldas y Samara lo aplastó. No se detuvieron ahí: rodaron, embadurnándose en arena y gravilla, un revoltijo de piernas y brazos, hasta que Dryan abrió las rodillas y fijó las de Samara entre sus muslos. Con un tirón, le colocó las muñecas por encima de la cabeza y la inmovilizó bajo su cuerpo.

Había ganado.

—¡Trampa! —gritó una voz distraída desde el patio superior.

Alcé la vista y descubrí a Ethan vestido con una túnica ligera y unos pantalones de cuero azul oscuro, cargando un arco en el hombro. Mostraba una sonrisa sosegada. Supuse que no era *tan tonto* como parecía y que simplemente desde su posición no era capaz de percatarse de cómo Samara tenía la mirada fija en Dryan, en el subir y bajar del pecho, y la boca entreabierta e hinchada. Y mucho menos cómo él parecía absorto en sus labios, en esa ligera apertura frente a los suyos. Parecía estar considerando si debería probarlos, sus ojos fijos en ellos con un hambre feroz.

—¿Bajo y entrenamos juntos? —Ethan apoyó el arco en la barandilla—. Lo has hecho muy bien, mi guerrera. Pero si ganases al capitán de tu guardia, el pupilo aventajado del mismísimo primer general del ejército valynés, no sé para qué te sería necesario.

Como si le hubiesen echado agua fría, Dryan se retiró de encima de Samara. Tras ayudarla a ponerse de pie y vendarla, se situó a mi lado con la barbilla gacha. Extrañamente no abrió la boca, ni siquiera cuando le di un empujón con la cadera.

—Oh, venga, ¿estás celoso?

Levantó la cabeza como un resorte.

—¿*Qué*?

—¿Hum? —Fruncí las cejas con inocencia—. Que si tú también quieres unos cuantos halagos. Ya sabes, unas palmaditas de ánimo en la espalda, un «Qué bien lo has hecho, mi guerrero», un «Eres el mejor», un…

—Lo he pillado.

Se atusó los rizos y observó el horizonte. Creyéndose que no me daba cuenta, miró de reojo a Samara. Jamás había conocido a alguien que disimulase tan mal sus sentimientos. Era como mirar la cara de un niño y leer lo que le pasaba por la cabeza.

—Tienes a decenas de mujeres, e incluso hombres, que se mueren por calentarte la cama y te tienes que fijar en la peor de todas. La verdad, no sé qué ves en ella.

Pegó un brinco que me sobresaltó. Su rostro había adquirido el mismo tono que su chaleco, un rojo intenso.

—¿Qué…? No digas tonterías. Y menos aquí. —Miró a nuestro alrededor, como si en vez de susurrar esas palabras las hubiese gritado—. Además, Samara no es… Da igual, olvídalo. Olvídalo *ya*.

—Claro —mascullé, examinándome las uñas de la mano desnuda—. ¿Debería pensar que tu charlita de los anticonceptivos era por algo en especial? ¿O simple teoría?

Se sonrojó aún más y me lanzó un puñetazo al hombro.

—¡Au! De acuerdo; por tu humor de mierda, deduciré que solo era teoría aburrida.

—¿Sabes en el problema que me puedes meter diciendo eso? —farfulló, acercando tanto el rostro al mío que su respiración me cosquilleó la nariz—. Si Dorian te oyese, ya estarías hablando con un eunuco. Y me aprecias lo suficiente como para preocuparte por cada parte de mi cuerpo.

Lo miré de refilón, esbozando una sonrisa malvada. Abrí la boca, lista para rechistarle, pero me interrumpió:

—Por *cada parte*. Y no mientas —zanjó. Sin embargo, se rio por la nariz—. ¿Sabes? Eres demasiado cruel cuando quieres.

Me encogí de hombros, sin amilanar la sonrisa, y eché un vistazo a la pelea entre Samara y Ethan. Habían cambiado la lanza por la espada y aun así ella lo superaba con creces. De hecho, me apostaba el gaznate a que había bajado considerablemente el nivel para no atosigar a Ethan, porque la única arma que el portiño sabía usar era el arco y ni siquiera en un contexto de batalla, solo para cacerías refinadas. Él era más de usar la palabra para herir, como Darius.

Cualquier rastro de diversión se disipó en mí con solo ese pensamiento. La idea de concebir a mi hermano vivo y no estar a su lado era una tortura equiparable a mis aislamientos forzosos. ¿Estaría a salvo, refugiado de la Legión Ardiente? ¿O lo habrían capturado?

¿En serio me estaba dando la oportunidad de pensar en él de esa forma?

Me retraje más contra la pared, jugueteando con la cadena de plata que reposaba en mis clavículas mientras recordaba de mala gana lo que Kerisha había afirmado sobre mí. Era absurdo. Esa perra-jodidamente-malvada tenía que haberse burlado de Kerisha porque todo eso…, lo que le había dicho sobre mí…

Yo, la salvadora de Darius. La única que podía encontrar una manera de atravesar El Abismo y llegar hasta él. Era una locura. Además, ¿qué pasaría si todo ese asunto me obligaba a

abandonar a Dorian? No… no lo sabía. Y no estaba segura de querer descubrirlo.

—Dryan. —Enrollé la cadena en torno a mis dedos enguantados. Estaba siendo ingenua; no obstante, empezaba a considerar que tal vez, y solo tal vez, podría… No sé, hablar con alguien y contarle la mierda que bullía en mi interior. O ceder, hundir los dedos en el fardo de fulgor áureo que me colgaba de la cadera y afrontar el castigo que Samara me aplicaría por consumir en público. Sería humillante y doloroso, pero ¿no estaba acostumbrada ya?

—¿Hum?

—Si tuvieses la oportunidad de recuperar a alguien de tu pasado a cambio de algo prácticamente imposible de conseguir, ¿lo intentarías? —pregunté, pretendiendo sonar aburrida. Obviamente fue un esfuerzo patético, porque al momento Dryan apartó la mirada de la lucha y me observó lleno de escepticismo.

—Un poco extraña la pregunta para alguien normal, pero extremadamente sospechosa viniendo de ti. ¿Tiene que ver conmigo?

—No, maldito egocéntrico.

Dryan rio. Había sido una idea terrible.

Resoplé y me hice un ovillo bajo la capa negra, las orejas ardiéndome.

—Déjame adivinar, ¿tiene que ver con tu cita de anoche? —Ahora fue él quien me dedicó una sonrisa petulante—. ¿Con el hombre de la carta del que no me has querido hablar?, ¿el de los tatuajes y pendientes?

Oh, maldita sea; otra vez.

—No. No tiene *nada* que ver —grazné. Lo último que me apetecía era pensar en el ridículo que había hecho frente a Kerisha—. De hecho, ¿puedes olvidarte de él y de lo de anoche? Estás siendo un auténtico grano en el culo.

Abrió la boca y entrecruzó los brazos sobre el pecho.

—Bah, como prefieras. —Tomó aire y permaneció en silencio unos instantes. Unas gotitas de sudor corrían aún por su nuca—. Respecto a tu pregunta, supongo que si tuviese la oportunidad de recuperar a…

Calló y sus manos se sacudieron débilmente.

Mantuve los labios en una línea fina.

Sabía lo justo sobre su pasado como para conocer que se había criado en Asara, cerca de la frontera con Valyn. Su madre, una valynesa, y su padre, un occidental nómada, habían decidido establecer una ganadería en una de las zonas más rupestres y calmadas del reino. Y Dryan, pese a la guerra que había hecho temblar los cimientos del mundo, se había criado allí ajeno a todo el conflicto. Al menos, hasta que unos guerreros de fuego arrasaron su granja, asesinaron a sus padres y los soldados de Dorian lo salvaron por los pelos.

Un peso frío se refugió en mi pecho.

—Supongo que sí, que pelearía con todas mis fuerzas —concluyó, pasándose una mano por la pelusilla del mentón—. Aunque siempre he creído que las cosas suceden porque nos pretenden enseñar lecciones que de otra manera no aprenderíamos. El destino, supongo.

El destino. Nunca había creído en nada que no fuese yo misma, pero podía llegar a entender que hubiesen otros que necesitasen esa dosis de imaginación para explicar la injusticia en sus

vidas.

—¿Crees que estás aquí por el destino? ¿Que tú no tienes nada que ver? —murmuré. De repente, tenía la sensación de que esa conversación se había vuelto demasiado íntima como para mantener la voz elevada.

—En parte, sí. ¿No te resulta extraño que Dorian me salvase de esos pirómanos? —respondió en el mismo tono.

—¿Y por eso sigues aquí?, ¿porque aceptaste tu destino y nunca te planteaste otro camino? ¿Me estás diciendo que Dryan Saah no tiene ningún sueño?

Se rio por la nariz, aunque, por la tensión acumulada en sus hombros, supe que no era una reacción sincera.

—¿No hablábamos de ti? —contraatacó. Al ver que no respondía, suspiró—: Es complicado.

Echó una mirada rápida a nuestro alrededor. A Samara.

Enseguida entendí lo «complicado» que era.

—¿Cuánto? —Me lanzó una mirada aturdida, como si se hubiese perdido en la conversación—. Eso que anhelas, cuánto de complicado es conseguirlo.

—Uf. Déjalo, Queen.

—Cuánto —insistí, centrando mi atención en sus ojos. Si no quería decir nombres, los evitaríamos, pero los dos sabíamos muy bien de qué estábamos hablando. *De quién*.

Se pasó una mano por los rizos y se dejó caer más contra la pared.

—Tan complicado como que la única posibilidad de alcanzarlo es un ascenso de rango. Uno importante. Y eso supondría tener a Dorian tan contento como para que lo solicitase al propio emperador. —Tomó aire por la nariz, evitando mi escrutinio—. La verdad, pensé que lo conseguiría para la fiesta de la Conquista; estaba cumpliendo con mi trabajo y el primer general estaba muy satisfecho. Pero entonces, esos rebeldes empezaron a escurrírseme de las manos y… Ya sabes cómo han ido estos últimos meses. Aunque da lo mismo. Ni siquiera el ascenso me garantizaría que ell… Quiero decir —carraspeó—, que alcanzase eso.

—Y si…

—¿Y tú, Queen? —me interrumpió con descaro.

Parpadeé.

—¿Yo?

—Sí, tú. Te recuerdo que me estabas preguntando si intentaría recuperar a alguien de mi pasado antes de que me hicieses esta encerrona. —Sonrió y el hoyuelo en su mejilla derecha se evidenció—. ¿Tú lo harías?

Su atención descendió a mis labios, sin ninguna doble intención, y por instinto los froté con la mano enguantada. No había restos de la droga en el tejido, pero eso no servía para ocultarle la verdad. Él sabía muy bien a qué dedicaba las noches, en qué gastaba mi dinero y…

De pronto, recordé las palabras de Jayde y de Kerisha, la forma en la que me habían observado, y me sentí avergonzada. Patética. ¿Y yo era la que tenía que conseguir encontrar una forma de atravesar El Abismo y traer de vuelta a Darius? ¿*Yo*?

Un nudo comenzó a entretejerse en mi garganta y parpadeé un par de veces para contener la

humedad que me había emborronado la visión.

—Ey. —Dryan se inclinó contra mi hombro, su rostro constreñido en un deje angustiado—. Por la Madre, no hace falta que contestes si no quieres. Perdóname.

Esbocé una mueca a medio camino entre la resignación y el entendimiento. Solo él era capaz de pedirme perdón cuando otros me humillaban y me insultaban como si no valiese nada. Porque él era un hombre noble. Yo, en cambio, era la malhablada de Queen. La impaciente de Queen. La drogadicta, la asesina, la cobarde de Queen.

Una auténtica salvadora.

—Mira —suspiró, ladeando el torso hacia mí—. Sé que no vas a contarme nada de lo que ronda esa cabecita tuya sobre lo que pasó anoche con ese brujo o… *con quien fuese*, aunque si de verdad te ha surgido *esa* oportunidad, tómala. Ya sabes lo que se dice: «El corazón siempre batallará contra la razón. Pero solo el primero actuará desde la honestidad».

Parpadeé con más fuerza y el nudo de mi garganta se incrementó. Mierda de frase sentimental…

—Dryan…

—¡Basta, basta! —rio Ethan, cayendo sobre la arena al tiempo que levantaba las manos hacia Samara—. ¡Me rindo!

Cerré la boca tan precipitadamente que mis dientes chocaron entre sí.

Dryan aguardó a que continuase, pero como permanecí callada, se giró hacia Samara y Ethan y empezó a aplaudir. El portiño se sacudía el polvo del cabello de trigo mientras la valynesa estiraba a escasos pasos de él, la piel oscura cubierta de perlas de sudor.

—¡Dryan, ven! —ordenó—. Practiquemos otra vez.

Su amante la miró estupefacto mientras se limpiaba los muslos. Antes de que el capitán de la guardia pudiese dar un paso hacia ella, cogió a Samara de la cintura y la besó en la punta de la nariz. Uno de los mechones rubios estaba adherido contra el sudor de su frente.

—Qué energía, Yadav. —Puso una expresión inocente y continuó—: ¿Y si nos escapamos esta mañana un rato? Me encantaría enseñarte una cosa.

—Apenas he entrenado hoy —replicó, estirando las piernas.

—Insisto. —Ethan le dio un beso en la frente, la mirada cristalina ligeramente crispada—. Te va a gustar, confía en mí. Verás, me han contado que… —Bajó la voz, compartiendo el secreto solo con ella. A mi lado, Dryan se mordió la lengua. Tenía los nudillos apretados.

No supe qué le susurró el portiño, pero ella asintió engatusada y, sin decir nada, se marchó hacia los baños. Ethan estiró los brazos por encima de la cabeza con esa gracia elegante que lo caracterizaba y caminó hacia nosotros.

—Mis dos guardias nos acompañarán, si te parece adecuado, capitán —comentó mirando a Dryan. Una mueca despreocupada recorría sus delicadas facciones rosadas.

Los ojos dorados de mi compañero se entrecerraron con un atisbo de hostilidad.

—Antes tendría que valorar la situación —dijo. Estaba tan serio que no pude evitar una sonrisilla a sus espaldas—. ¿Dónde vais?

—A mi casa.

—¿Pensáis desplazaros más tarde?

—Para nada.

—¿Alguna actividad peligrosa que tenga que contemplar? ¿Prácticas de tiro, espada…?

Ethan parpadeó un par de veces, abriendo la boca. Por fortuna para Dryan, tuvo la cortesía de callarse lo que había estado a punto de decir: que más allá de la posibilidad de concebir un bebé de piel bronceada y ojos claros, esa tarde no conllevaría ningún riesgo.

Dryan no tuvo otra alternativa que ceder en silencio.

—Gracias, capitán. —Ethan sonrió, pero la expresión fue distante y calculada—. En ese caso, os podéis retirar y… —bailó su mirada cristalina entre nosotros—, hacer lo que hagáis cuando no estáis al servicio de Samara.

Dryan dejó ir una carcajada escéptica en cuanto el portiño desapareció por el pasillo.

—«Hacer lo que hagáis cuando no estáis al servicio de Samara» —imitó la voz de Ethan, elevando su tono natural—. Me pregunto a qué piensa que nos dedicamos el resto del tiempo. Tú está claro que a ilegalidades, pero ¿yo? Por favor. Soy el capitán de la guardia.

—¿Y qué hace el capitán de la guardia? ¿*Holgazanear*?

Di dos zancadas hacia el centro de la arena.

—Como siempre, tan encantadora. —Me siguió y recogió una de las lanzas. Sus manos acariciaron el bronce con devoción—. Soy discreto. Si no fuese por mí, Dorian tendría ya la cabeza como un colador.

Elevé las cejas.

—No suena tan mal.

Dejó ir una carcajada. Era real, sincera, y voló entre el ruido metálico que nos rodeaba.

—¿Qué ibas a decirme antes? —Por supuesto, era imposible que se olvidase de lo que habíamos hablado—. Parecía importante.

Aparté la mirada de él. No podía hablarle de Darius, ni de Kerisha y lo que se suponía que yo era la única capaz de conseguir. Pero si le mentía, era muy probable que insistiese hasta enloquecerme.

Agaché la cabeza.

—En el fondo eres… —estiré la palabra, dudosa— *soportable*.

Dryan se cubrió la boca con la mano.

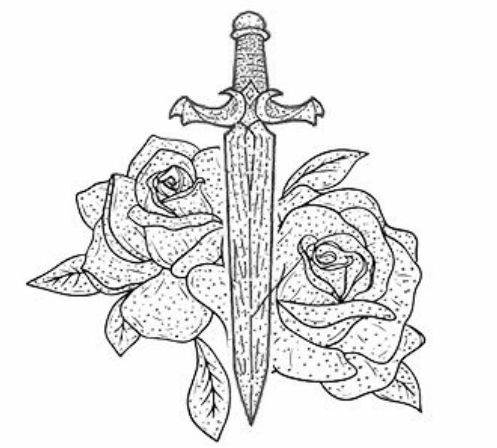
—¿Estoy oyendo bien? —Movió la mano a la altura de su oreja y se inclinó en mi dirección —. Queen, nuestra Queen, ¿acaba de decirme que le caigo bien? ¿Que se preocupa por *cada parte* de mi cuerpo y que, además, le encantó mi excelente charla de salud sexual?

—No exactame…

—¡Lo sabía! —Se atusó los rizos castaños con orgullo—. Aunque, la verdad, no debería sorprenderme. A todo el mundo le caigo bien.

Resoplé, las mejillas acaloradas, y le entregué la lanza que permanecía en el suelo con tanta fuerza que perdió el equilibrio y tuvo que dar dos pasos hacia atrás para no caer sobre el trasero.

—¡Queen! —me llamó, a medio camino hacia los establos—. Si necesitas hablar, mi habitación está a diez pasos de la tuya. No lo olvides.



9

Había perdido la cabeza. La certeza de ese pensamiento me atravesó conforme el escándalo de la música y los sonidos estridentes de los violines valyneses se intensificaron en mis oídos. A medida que me aproximaba a El Valynés, el hedor a orín, a humo y a alcohol rancio se hizo insoportable hasta para mí.

Tuve que esforzarme por no tropezar con la cantidad de borrachos derrumbados sobre el empedrado o con la decena de parejas *ocupadas* que se devoraban en las esquinas atenuadas. Muchas de ellas estaban formadas por valyneses y extranjeros, tan fácilmente reconocibles por sus pieles más claras en contraste con las bronceadas de ellos.

No era ningún secreto que El Valynés se localizaba en una zona dedicada al comercio carnal, en pleno centro del Barrio Bajo. Y me apostaba el pescuezo a que la mayoría eran prostitutas de Occidente, mujeres y hombres que habían quedado atrapados en el lado equivocado de El Abismo y que peleaban por su supervivencia ofreciendo lo único que tenían. Los compadecía, aunque también los aborrecía.

Para los brujos, la prostitución constituía una ofensa a Cosmo y a Ceresia, la Madre. Ellos nos habían brindado la manera de restaurar nuestro suministro mágico a través del sexo siempre que se realizase bajo unos metódicos pasos a los que denominábamos la Unión: a la intemperie, bajo la luna llena y por voluntad propia. Ningún brujo subestimaba el poder latente que escondía esa conexión y, por tanto, cualquier relación que pusiera en duda o coartase la libertad de los implicados se consideraba un delito grave y se castigaba ante el Consejo. Esa era la principal razón por la que prefería comprar el fulgor áureo en las zonas exteriores de la ciudad y no en ese lugar. Aparte del precio.

Me distraje con la piel dorada de una prostituta. Lucía exactamente el mismo tono chocolate claro que la de Dryan. Otra mestiza con sangre occidental, esta con menos suerte que el capitán de la guardia.

—Cinco monedas y podrás ver mucho más —me prometió, creyéndome interesada. Me lamí los labios. Lo cierto era que era hermosa y tenía unas curvas generosas, pero nunca me

había sentido atraída por las mujeres más allá que para un rato en algún juego grupal. Y como bruja criada en Denesse, jamás me acostaría con una prostituta.

No me molesté en contestar. Seguí avanzando hasta llegar a la parte posterior del local, esforzándome por mirar al frente.

Al girar la esquina, metí el pie en un charco de líquido indefinido. Joder, ¿era mierda, vómito o sangre? Me apoyé contra una fachada de piedra gris y sacudí la bota, maldiciendo tan alto que una pareja huyó de mí, dejándome sola en el callejón. Mejor, porque estaba furiosa. *Apestaba*, y la idea de presentarme ante Kerisha y su informador ya era lo bastante incómoda como para *encima* ir pringada de los dioses sabían qué.

Restregué la bota contra las piedrecitas de la calzada con la intención de limpiarla. Nada.

Resollé frustrada hasta que me quedé sin aire en los pulmones y me apreté más la coleta contra la nuca. Se tensó tanto que un ardor me recorrió la piel de la zona. Lo ignoré y bajé mi mano desnuda al fardo de fulgor áureo que me colgaba de la cadera. Embadurné los dedos en la sustancia y me los acerqué a los labios. Necesitaba calmarme. Solo un poco.

—Lástima lo de tu bota. —Una voz masculina, confeccionada de terciopelo y tormenta, sonó demasiado cerca de mi espalda, alterando todos mis instintos. Desenfundé a Infalible con un movimiento veloz de muñeca y giré sobre los talones.

El desconocido estaba a apenas un par de metros —¿cómo se había aproximado tanto sin que lo oyese? ¿O es que no lo había visto?—, apoyado en la fachada de piedra con una rodilla flexionada y los brazos cruzados. Era incluso más alto que Jayde, casi rozando los dos metros, y sus facciones estaban ocultas bajo una capucha gris y un sobrecuello negro. Ante la luz de los candiles que colgaban sobre nosotros, las dos espadas que cruzaban su espalda proyectaban sombras equidistantes, confiriéndole unas alas sinuosas que se esbozaban contra el adoquín. Eran enormes y parecían muy pesadas, tanto que me pregunté si de verdad sería capaz de manejarlas.

Ojeé mis dedos relucientes con el ceño fruncido. No me arriesgaría a que mis músculos se relajasen delante de él, así que sacudí parte del polvo dorado antes de lamérmelos.

El sabor cítrico y azucarado provocó que se me enroscasen los dedos de los pies.

—Por el olor, apostaría que es mierda. —Señaló mi bota—. Y mierda de alguien con un problema intestinal. Grave.

Volví a fijar la atención en las espadas, en sus empuñaduras del color del ónice. Alguien con un poco de sentido común no se hubiese atrevido a irritarlo y averiguar si se trataban de un farol o de armas de uso habitual. Claramente, alguien distinto a mí.

—Hablando del tema, ¿por qué no te vas *a la mierda* y te largas? —gruñí. El sabor del fulgor áureo se expandió por mi paladar y me dilató las pupilas. Un cosquilleo eufórico, un chasquido de felicidad—. Espero a alguien, así que piérdete, *Espaditas*. Este callejón ya está reservado.

Se empujó con la pierna que tenía apoyada contra la pared y dio un paso hacia mí. Alzó la mano derecha, lentamente, y sus dedos rozaron el pomo de una de las espadas. Una amenaza discreta. ¿Pensaba que era capaz de asustarme? Bien, se equivocaba. Di dos zancadas largas hacia él, apretando el mango de Infalible.

Sus hombros se tensaron y una sonrisa se asentó en mis labios dorados. Hubiese pagado por

verle la expresión bajo la capucha y el sobrecuello.

—Sabía que eras impertinente, pero no estúpida.

—¿Sabías?

—Sí, he oído hablar de ti.

Friccioné los pies, flexionándome mientras la rigidez ascendía por mi columna y me preparaba para luchar. Supuse que perdía algo de autoridad con una bota llena de mierda, así que procuré erguirme y lanzarle la mirada que reservaba para ese tipo de cabrones: dura, altiva, como si la cabeza que me sacaba no significase nada para mí y fuese yo quien lo contemplase arrodillado a mis pies.

—Supongo que, en ese caso, sabrás también que soy jodidamente peligrosa. —Los olores del ambiente se intensificaron y se solidificaron en mis fosas nasales. Sexo, orín, humo, bilis… Un revoltijo desagradable que me atacó el estómago y lo golpeó como un veneno. Contuve la arcada que se expandió desde mi centro mientras él formaba un puño en torno a la empuñadura de su espada—. No te lo recomiendo, Espaditas. —Negué con el dedo y chasqueé la lengua—. Lárgate, de verdad que no quiero tener que cargar con tu cuerpo hasta el puerto y dejar que los peces hagan el resto de mi trabajo. Tienes pinta de ser una masa de músculos pesados.

No bromeaba. Estaba segura de que ni drogada podría deslizarlo sobre el empedrado con esas piernas tan largas y esos hombros anchos.

Sus dedos permanecieron inmóviles sobre la empuñadura, hasta que se rio por lo bajo. *Se rio*. Delante de mí.

—¿Te parece divertido? —siseé, acercándome un paso más. Mi olfato hipersensible se embriagó de su perfume personal: lluvia y romero. Aspiré profundamente, sorprendida por ese olor tan placentero en mitad del Barrio Bajo.

Él pareció imitarme, porque advertí una anomalía en su respiración, una inspiración intensa y larga. ¿Estaría analizando mi aroma al igual que yo, guardándose el detalle en la memoria? Una vez Jayde me había susurrado que le recordaba a las orquídeas negras que crecían en las islas. Había sido en su cama, después de devorarnos durante horas. Todavía no comprendía cómo había sido capaz de captar algo sobre el olor a sudor y a sexo que impregnaban las sábanas.

—A Kerisha le divertiría bastante. Una pena que no tuvieses la oportunidad ni de rozarme antes de que te hiciese pedazos.

Abrí la boca… Y la cerré de golpe.

—¿A Kerisha?

Se rio bajito de nuevo, afilando el tono como un lobo, y se acomodó más contra la pared. El cuero crujió bajo sus brazos desnudos y atrajo mi atención a una cicatriz blanquecina en su bíceps izquierdo. Si mi visión nocturna no hubiese sido mejor que la de un humano, apenas habría podido distinguirla entre las sombras.

—Soy su informador.

¿Él? Oh… *Oh.*

Un calor repentino me asaltó las mejillas. Tomé una bocanada de aire, procurando serenarme y acallar la parte nerviosa que la droga había activado en mi cerebro para estudiarlo con más ahínco.

No llevaba el uniforme púrpura de Denesse, ni el emblema de las dos medialunas. Así que Espaditas no era un brujo. Espaditas era uno de esos idiotas que servían al emperador; al menos, eso gritaba su pose altiva, de soldado, de espía. Ah, sí…, por cómo se había acercado sin que lo detectase me inclinaba a pensar que formaba parte de ese último grupo.

Sospechoso.

—Si eres el informador de Kerisha, ¿dónde está ella? —apunté, situando el dorso de mi mano desnuda sobre las cejas—. No la veo.

Espaditas emitió un sonido similar a un gruñido, aunque fue tan sutil que si no hubiese sido por el fulgor áureo, no lo hubiera percibido.

—Me ha hecho llegar una nota. Por lo que ha escrito, la comisión ha tenido que abandonar Puerto Soleado antes de tiempo por un altercado con Palacio. —Abrí la boca, pero él me interrumpió—: No sé más. —Sacó la nota perfectamente doblada de su apretado pantalón de cuero negro. Cómo la había mantenido tan intacta era un misterio; las mías siempre llegaban arrugadas, sucias o rotas—. Puedes leerla.

La carta apenas contenía dos líneas. Como me había confiado, no había más información, más detalles. Nada.

Moví los labios, tensos en forma de «u».

—No es una falsificación —dijo, anticipándose a las palabras que estaba a punto de pronunciar—. Y para que no perdamos más el tiempo, junto a la nota venía esto. —Se llevó las manos al cuello.

Bajo la luz de los candiles percibí la cadena de plata, el broche que se unía al final y el grabado de una flor hermosa y abierta similar a un cardo silvestre tallada en él. El colgante gemelo al mío, con la insignia de la Ciudad de las Flores, caía por el cuello de su chaleco. El colgante que Darius le había regalado a Kerisha, el mismo que me había regalado a mí.

Mi parte primitiva e irracional sintió la necesidad de arrancárselo. Nadie que no fuésemos Kerisha o yo debería tenerlo, atreverse a tocarlo siquiera.

—¿Cómo…?

—Como ya te he dicho, venía con la carta. —Acarició la cadena de una forma demasiado similar a cuando yo jugaba con ella, y ese impulso irracional se incrementó, gruñendo entre mis costillas—. Supongo que sabrás que, al igual que el tuyo —señaló mi cuello con la mano. Una marca oscura llamó mi atención: un anillo tatuado en su dedo anular, similar al que lucían los humanos al casarse—, se trata de un objeto de vínculo. Los objetos de este tipo no pueden ser robados ni tomados a la fuerza, ¿comprendes? —preguntó, alargando las palabras de forma burlona.

Entorné los ojos, lista para acortar la poca distancia que me separaba de él y lanzarle un puñetazo directo a la cara. No necesitaba verlo para discernir dónde estaba *exactamente* su nariz.

—Por tanto, si no me lo hubiese cedido de forma libre, ya estaría muerto. —Hizo una pausa, enroscando el pulgar en la cadena y tensándola—. ¿Me ves muerto acaso?

—Por desgracia, no, pero creo que lo puedo arreglar con rapidez.

Le sonreí con dulzura fingida y él resolló, ahorrándose una réplica. Una pequeña victoria que me hinchó el pecho.

—Así que fuiste tú quien entregó la carta en la Casa Dorada.

Se encogió de hombros.

Le eché un vistazo de arriba abajo. Su capa gris se había deslizado hacia atrás, permitiéndome apreciar mejor su constitución. Todo él estaba equilibrado, desde sus pantorrillas y muslos hasta sus pectorales y hombros. Había tenido un entrenamiento estricto. Exigente. Duro.

De pronto, las espadas tomaron un nuevo matiz en mi mente, uno mucho menos letal y mortífero, y mi boca se secó al imaginármelo con ellas, sudando, siseando… Por la Madre, ¿cuándo había sido la última vez que había tenido buen sexo? Debían haber pasado meses, porque me costó un esfuerzo sobrenatural apartar la mirada de su torso definido.

—Descúbrete el rostro de una vez —le ordené, apuntándolo con Infalible—. Estoy cansada de hablar con una sombra.

Ni siquiera sacó las manos de debajo de las axilas.

—Ahora —insistí.

Él me ignoró otra vez.

—Por la Madre… —exhalé, haciendo acopio de todo mi autocontrol para no abalanzarme y quitarle la capucha de un tirón—. Si vamos a trabajar juntos, te tendré que ver. ¿O es que eres tan jodidamente feo que asustas a las doncellas, Espaditas?

Permaneció inmóvil, en una quietud sobrenatural. Suspiré de nuevo y miré mi daga. La balanceé en la palma, apreciando el deje frío de la empuñadura y su peso.

—No te preocupes. Yo ya no soy ninguna doncella.

Se alejó de la pared.

—Está bien —concedió, su tono demasiado serio, vacío.

Se me encogió el estómago.

Joder; quizás tenía una herida de guerra, una mutilación, y yo… ¿Por qué no podía cerrar la boca nunca? Como un guiño burlón, la quemadura de mi brazo tiró de mis huesos, de mis músculos, y tuve que esforzarme por no deslizar la atención hacia ella, al guante que cubría casi la totalidad de mi brazo derecho y ocultaba mis cicatrices protuberantes. Fuera lo que fuese lo que él estaba procurando proteger con esa capucha y ese sobrecuello, controlaría mi reacción, porque entendía… entendía ese dolor, ese miedo.

Alcé la ceja al ver que alargaba la mano y me la tendía.

—Lo haré si te comportas, ¿trato?

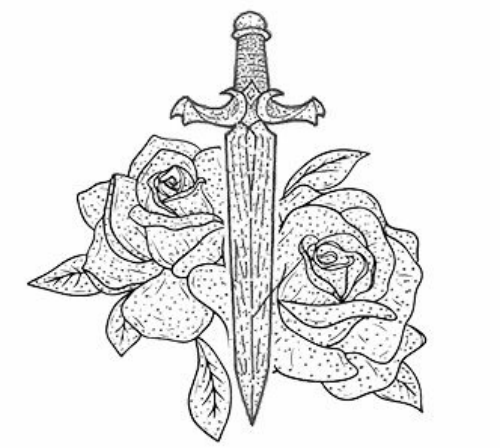
Parpadeé, hipnotizada por sus dedos entreabiertos frente a mí. El anillo de tinta negra destacaba sobre su piel pálida. Era un tatuaje fino, repleto de detalles.

Enarqué una ceja y ojeé la oscuridad de su capucha una vez más. No distinguí nada; parecía tener práctica en dejar caer la tela de forma que ni siquiera sus ojos se vislumbrasen.

—De acuerdo, como quieras.

Le estreché la mano. El olor a lluvia y a romero invadió todo mi espacio personal cuando me atrajo hacia él con brusquedad, distrayéndome de su tacto gélido y de la callosidad de su piel. Con un movimiento preciso y rápido me arrebató a Infalible y se retiró la capucha y el sobrecuello.

Siseé. No ocultaba una herida de guerra ni una mutilación.
Era un jodido evocador.



10

Jamás había visto un cabello tan blanco como el suyo, cortado de manera que enmarcaba sus mejillas ligeramente hundidas y su nariz recta y proporcionada. Algunos de los mechones que se cernían sobre su frente refulgían como un río de luz plateada, asentándose sobre sus cejas y acentuando sus pestañas, densas y castañas, y sus… *ojos*.

—¿Qué eres? —No podía despegar la atención de ellos, de la forma en la que se entremezclaban las tonalidades contrapuestas. En su ojo derecho una corona de fuego abrazaba su pupila y se entremezclaba con el azul cristalino de su iris. En cambio, en el izquierdo parecían difuminarse. Casi parecía ordinario. *Casi.*

Humano y evocador, entonces. ¿Cómo era posible? Nunca había escuchado que esa unión pudiese darse, aunque también desconocía cómo se reproducían los evocadores.

Forcejeé para librarme de su tacto frío y sus dedos liberaron mi muñeca al momento. Di unos pasos hacia atrás sin darle la espalda y flexioné las rodillas para desenvainar los dos cuchillos que escondía en las botas. Me erguí al instante, doblando los codos y posicionando los cuchillos a la altura del pecho. Podía haberme arrebatado a Infalible, pero me desenvolvía igual de bien con esos dos pequeños.

—Quién soy, dirás. —Observó el metal, su mandíbula rígida. Dio un paso en mi dirección.

—No te acerques más —ladré.

Bajó la mirada por mi cuerpo y un escalofrío me recorrió la columna al recordar sus dedos fríos apretándome la muñeca. Estaba analizándome, valorando cómo de rápida podía ser, cómo de letal. Joder, podía ver en su expresión relajada lo fácil que le resultaría doblegarme.

—Los hijos de puta como tú solo obtienen lo que se proponen de una forma. —Señalé su cuello con la punta de mi arma, hacia su colgante—. ¿Qué le has hecho a Kerisha para conseguirlo?

Levantó las manos como si me tratase de una gata salvaje a la que estuviese intentando domesticar, pero entonces reparó en que estaba empuñando a Infalible. Un deje aturdido empañó su ceño.

—*Nasir* —dijo, levantando la barbilla—. Me llamo Nasir. Y no le he hecho nada.

«Nasir».

—¿Por eso me arrebatas la daga? —ronroneé, echando un vistazo furtivo hacia ella. La legendaria daga de mi madre, en las manos de un evocador. Si estuviese viva ya me habría maldecido—. ¿Porque eres *inofensivo*?

—Lo he hecho porque *tú* eres peligrosa —dijo entre dientes—. Y porque me anticipo a posibles problemas. Y un posible problema hubiese sido que me atravesaras un ojo con ella o que me ensartases la garganta. —Una mueca de hastío tiró de la comisura de sus labios hacia abajo. Dejó ir el aire de su pecho poco a poco antes de añadir—: Cálmate, hablemos y te devolveré la daga, princesa.

—No me llames así —espeté—. Y me calmaré cuando me dé la gana. Eso empieza por que me digas qué le has hecho a Kerisha. Y por que me devuelvas mi arma. *Ya*.

Un brillo soberbio le atravesó las pupilas y me hipnotizó momentáneamente. Estudió mis cuchillos, pero en sus atractivas facciones leí con facilidad que no pensaba concederme ninguna de mis peticiones. Como prefiriese; podía ser muy convincente cuando me lo proponía.

Apreté los nudillos, un último vistazo a su cuerpo vulnerable antes de actuar. Entonces me interné en mí misma, abajo, más abajo, donde mi esencia mágica dormía, y tiré de ella hacia arriba, hacia él, lo más rápido que pude para que no pudiera volatilizarse y escapar.

La extenuación me arañó la columna cuando proyecté mi poder hacia él, y me drenó tanto que todos mis músculos se tensaron y se contrajeron en un espasmo. A pesar de todo, el color de su esencia vital se esbozó en torno a mis muñecas: ónice, puro ónice capaz de reclamar cualquier rayo de luz. Jamás había visto algo similar, pero me obligué a abalanzarme sobre su corazón antes de que abandonase su cuerpo y… Me golpeé contra una muralla alta e inexorable, tan dura que mi magia rebotó contra ella. ¿Qué…?

—Será mejor que te tranquilices —susurró Nasir.

Un fogonazo de pánico me cortó la respiración al percibir una energía fría y a la vez familiar adentrándose en mi torrente sanguíneo. Abrí la boca temblorosa, incapaz de apartar la mirada de las nubes plateadas que se empezaban a esbozar alrededor de sus muñecas.

Mi corriente vital. En él.

Los brujos experimentados podían lanzar su magia a corta distancia siempre que hubiesen tocado a su víctima.

Él me había tocado la muñeca. Me había tocado, y ahora…

No *podía* ser. Los brujos *solo* concebíamos tras enlazarnos, e, incluso así, dar a luz a una criatura era considerado un regalo de los dioses. La mayoría de parejas, como Kerisha y Darius, sufrían numerosos abortos antes de tener un niño vivo entre sus brazos. Y fuera de los enlaces sagrados…, nada. Por eso no empleábamos anticonceptivos.

Sin embargo, allí estaba él. Echando por tierra todas mis creencias.

Mestizo, sí. Pero de evocador y brujo.

—Tranquila. —Alargó la mano con la que sujetaba a Infalible y me tendió la empuñadura —. Ten. —Su voz era suave. Demasiado. Debía estar pálida como un cadáver para haber conseguido que él cediera.

Las pulseras de humo plateado seguían alrededor de sus muñecas, bailando tenuemente por la brisa salada que impregnaba cada rincón de Puerto Soleado. Un baile tétrico, sombrío, que su media sonrisa tirante e incómoda no logró suavizar.

No profundizó el avance mágico, ni siquiera se aproximó a las barreras internas que acababa de alzar por el pánico. Solo permaneció acariciándome. Una advertencia para que procesase qué era él y lo que podría hacerme.

Joder. Era peor que cualquier cosa que hubiese podido imaginar. Tristán había fantaseado con poseer mi cuerpo en El Insumergible y unir nuestras habilidades. ¿Nasir sería esa combinación peligrosa? ¿Capaz de destruir mi mente y mi cuerpo por igual?

Focalicé la visión sobre Infalible, sin ver realmente, mientras una idea perversa se formaba en el fondo de mi cráneo.

El collar y la nota podrían ser una imitación muy bien conseguida; ¿y si todo eso era una estrategia de Tristán para arrastrarme a Palacio? Alguien como él podría haber mandado que me espiaran y asaltasen en el mejor momento, y Nasir podía ser el encargado. No le resultaría complicado con esas espadas que le cruzaban la espalda.

—Coge tu daga —insistió, apenas audible. Estaba tan cerca que no le costaría nada atraparme entre los brazos o desenfundar con un movimiento ágil una de sus armas y decapitarme.

—Y una mierda.

Eché a correr con todas mis fuerzas, apaciguando la magia que fluía aún entre mis dedos. Al retenerla de nuevo en mi interior, el cansancio se aminoró y la adrenalina se extendió por mis venas.

Las calles contiguas a El Valynés estaban plagadas de borrachos bailando, así que me hice hueco a base de empujones y codazos. Eché un vistazo sobre el hombro para ver si Nasir me seguía y capté el reflejo de su cabello plateado unos metros más atrás. Avanzaba sin titubeos entre la muchedumbre, directo hacia mí.

Giré hacia otro callejón y apreté el paso con desesperación hacia la Casa Dorada. Debía advertir a Dryan, contárselo todo, deshacerme de su pedernal y…

Pisé algo resbaladizo y salí disparada hacia delante hasta golpearme de bruces contra la pared de una casa baja. Casi me rompí la jodida nariz, que me ardió tanto que, a pesar de que sabía que era un error, tuve que detenerme un instante a recuperar el sentido de la orientación.

Mientras me la sostenía y confirmaba que no se había roto, eché un vistazo fugaz al callejón. Por suerte, no había rastro de Nasir. ¿Lo habría desorientado? Dejé ir un suspiro largo y profundo, recuperando la entereza conforme el dolor disminuía, y me preparé para correr.

Pero entonces, unos brazos tibios me aprisionaron por detrás y mi espalda chocó contra un torso duro y definido.

—Cálmate de una maldita vez. —El aliento de Nasir me rozó la oreja.

Lancé una patada hacia atrás, a sus testículos, pero la atrapó y me dobló la pierna con brusquedad. Caí contra el suelo; de cara, otra vez. El choque contra el empedrado me robó un grito agónico, si bien, en esa ocasión, la peor parte se la llevó mi labio inferior y no mi nariz. Se partió y la sangre se me filtró en la lengua.

No me dio tiempo a incorporarme, ni siquiera a rodar para ensartarle en las pantorrillas los cuchillos que todavía conservaba. Se situó sobre mí, su peso aplastándome el trasero y la espalda baja, y me quitó las armas con tanta rapidez que me sonrojé. ¿Tan fácil de vencer me había vuelto?

De un tirón, me retorció las manos sobre la cabeza y se inclinó sobre mí, sosteniendo su peso con el brazo libre mientras aniquilaba el espacio que nos separaba.

—¿Vas a escucharme ahora?

Me revolví con furia bajo sus muslos como respuesta, aún atolondrada por el dolor, chillando tan fuerte que me desgarré la garganta.

—Deja de gritar —susurró en mi oído, su mano helada ciñéndose con más intensidad sobre mis muñecas. La presión se volvió ligeramente dolorosa.

Me reí histérica y él recolocó la sujeción de forma que pudo deslizar una de las manos sobre mi boca para aplacarme. No dudé: lo mordí hasta notar el sabor de su sangre en la lengua. Apartó la mano con un siseo.

—¡Hijo de puta…! ¡Suéltame o mátame de una vez, pero no pienso ir contigo a Palacio!

Nasir se tensó sobre mí y se retrajo un poco antes de volver a inclinarse sobre mi oído.

—¿Palacio? —preguntó en un susurro, su aliento rozándome el arco de la oreja—. No tengo nada que ver con Palacio, ya te he dicho que trabajo para Kerisha.

—¡Mientes! —Pataleé el suelo.

—No miento…

—¡Kerisha no trabajaría con un evocador de mierda!

Empecé a gritar de nuevo. Con esa potencia despertaría a media ciudad en menos de cinco minutos. Pero entonces, me volteó con un movimiento brusco y quedé encajonada entre sus piernas, aún con su mano reteniéndome las muñecas por encima de la cabeza. Su expresión reflejaba tanta rabia contenida que me callé de golpe.

—Soy un mestizo de brujo, no un «evocador de mierda». —Descendió la mirada hacia mis labios, posiblemente atraído por la sangre que los bañaba sin control e impregnaba mi boca. Aproximó tanto su rostro al mío que su aliento me cosquilleó la nariz—: Y no soy tu enemigo, Khasil Silver, princesa de Denesse.

☽ · ✦ · ☾

«Khasil Silver, princesa de Denesse».

Algo en mí se fracturó. Hondo, profundo, tanto que no pude contener todos los recuerdos que había peleado por bloquear durante años. Me inundaron como una corriente enfurecida, como decenas de cuchillos afilados desgarrando músculo y carne: Darius y yo contemplando las estrellas en la playa, celebrando nuestro primer día de entrenamiento. Jayde, su mirada llena de complicidad y deseo al penetrarme, mi vestido violeta sobre su cama, la forma en la que besaba las vértebras de mi espalda… Y la batalla de El Cuello.

Virian, roto. Descuartizado. Su rostro tan similar al de Jayde. Su mirada nublada fija en mí,

una súplica para que pusiese fin a todo aquello. Y yo inmóvil, demasiado aturdida por el fuego y la ceniza que flotaba en el ambiente. La ceniza de los cadáveres.

La garganta se me cerró, como si de pronto alguien me hubiese propinado un machetazo en el centro del pecho. Por mucho que abriera la boca y tomase aire, los pulmones no me funcionaban.

—Inhala. —El mestizo me obligó a flexionar las rodillas y hundir la cabeza entre ellas, las manos sobre la nuca. Su voz sonaba amortiguada entre mis respiraciones superfluas y arrítmicas —. *Inhala*. Con calma.

Me ardía el pecho. Era una sensación que ya había experimentado muchas veces en las noches en las que las pesadillas y los recuerdos se mezclaban con demasiada viveza. Pero el pánico, ese pánico, jamás se apaciguaba.

—Inhala.

Lo ignoré y desgarré con las uñas la bolsa que me colgaba de la cadera para hundir los dedos en el fulgor áureo. Los metí enteros en el fardo, hasta que no pude profundizar más, y los lamí con urgencia. La explosión de sabor fue tan intensa que me arqueé. No era suficiente; volví a hacerlo y, de nuevo, el cítrico y azucarado sabor estalló en mi lengua.

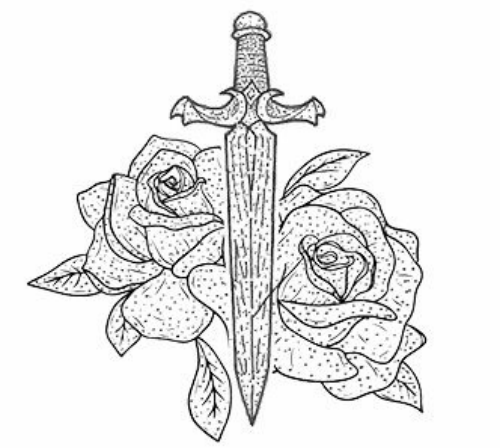
Joder, sí. *Solo eso*. Con suerte, me mataría de una vez.

Desanudé la bolsa, dispuesta a ingerir todo el contenido restante directamente en la boca. Pero Nasir me atrapó la muñeca.

—Quieta —gruñó.

—Hazme un favor, Espaditas. —No me había percatado de que estaba llorando. Que estaba temblando—. Vete a la mierda.

Levanté el dedo corazón frente a su nariz. Me pareció advertir un destello de sorpresa y culpabilidad en sus ojos antes de perder el conocimiento.



11

Me acerqué la taza caliente a la boca mientras observaba a Dryan charlar con Barsha. Los primeros rayos de sol se colaban tímidamente por la ventana, pero él vagaba por la cocina con una energía asombrosa mientras le relataba a la cocinera el último entrenamiento con los nuevos guardias como si se tratase de una aventura llena de altibajos de la que hubiese salido airoso.

Ante una de sus bromas, Barsha rio escandalosamente, apuñalándome las sienes.

—Qué hambre. —El capitán pasó la pierna por encima del banco frente a mí con tantas pastas en la mano que se le salían de entre los dedos—. Y bien, ¿ya te has despertado, Queen? ¿O vas a seguir dormitando ante tu desayuno un ratito más?

Siseé por lo bajo.

—No la molestes, no se encuentra bien. —Barsha me tendió un poco de pan con queso batido y frutos rojos y una infusión de hierbas aromáticas. Luego, esbozó una sonrisa tímida antes de volver a la mesa donde estaba amasando pan—. No te preocupes, chiquilla, bébete eso. Es medicina divina.

«*Chiquilla*». Una sonrisa atenuada me tiró de los labios. Me gustaba ver cómo Barsha me trataba como una niña por mi aspecto aunque hiciese dos años que había cumplido mi primera mitad de siglo. Al contrario que los humanos, los brujos podíamos vivir varios cientos de años sin envejecer.

Dryan torció el gesto y mojó las pastas en una taza de leche humeante que desprendía olor a canela y limón.

—¿Y eso? Creí que te habías recuperado de lo de… —bajó la voz—. *De Dorian*.

—¡Dryan! —le advirtió Barsha.

—Y lo he hecho —repliqué molesta—. No soy *tan* débil.

Sus cejas treparon hasta rozar los rizos que le caían sobre la frente.

—No quería decir eso.

Mantuve la mirada fija en la de él. Muy fija, incluso cuando tomé un sorbo corto de la infusión. Dryan no se achantó. Puso los ojos en blanco y siguió masticando las pastas antes de

continuar parloteando con Barsha y desentenderse de mi mala cara.

La cantidad de fulgor áureo que había consumido la noche anterior me había dejado hecha basura. Mis músculos estaban tensos pero a la vez laxos, mi boca estaba pastosa y amarga y mi cerebro era una repugnante papilla inútil. Ni siquiera sabía cómo había llegado a mi cama…, porque ni por todo el oro del mundo aceptaría la obviedad: que Nasir había sorteado la excepcional vigilancia de la Casa Dorada para dejarme a salvo en la oscuridad de mi dormitorio; que había dejado a Infalible perfectamente alineada en el centro de mi cómoda.

Supuse que esos humillantes detalles confirmaban que de verdad se trataba del informador de Kerisha y no de un jodido asesino bajo las órdenes de Tristán. Debería sentirme aliviada, pero, lejos de eso, notaba el pecho pesado y rígido. Era… peligroso. Demasiado como para confiar en él, aunque Kerisha lo hubiese hecho y le hubiese revelado mi identidad.

«Khasil Silver, princesa de Denesse».

Ahora no solo Dorian conocía mi mayor secreto, sino un medio evocador. Y me detestaría por ello, como todos. ¿Cuántas canciones habría oído sobre mí? ¿Cuántas obras de teatro habría visto representando lo que sucedió y lo inútil que fui? ¿También se mofaría y abuchearía mi nombre cada vez que lo escuchase? Al menos, no parecía uno de esos que gritaba «zorra cobarde» al oírlo. Algo me susurraba que si perteneciese a ese grupo, ya me lo hubiese hecho saber.

Cogí una de las tostadas y me la acerqué a la boca.

Ni siquiera sabía cómo contactar con él, ni dónde se alojaba. Tal vez, si no me hubiese abordado con mi nombre, podríamos haber aclarado todos esos detalles como personas racionales. Aunque lo dudaba mucho. *Muchísimo*. Fuera como fuese, no pensaba permanecer de brazos cruzados: esa noche iría a los Archivos, recopilaría la pila más abrumadora posible de libros sobre El Abismo y la devoraría hasta el alba. Él y su molesta presencia eran innecesarios; solo necesitaría la dosis justa de fulgor áureo para no dormirme. No cháchara.

El aroma de los frutos rojos y del queso me revolvieron por dentro y arrojé la tostada de nuevo al plato, fijando la vista en el ventanal tras Dryan. Unas gaviotas surcaban el cielo y el océano estaba inquieto, como mi estómago.

Enredé los dedos en el collar de Darius al percatarme de que Jayde ya se habría ido de Puerto Soleado junto a Kerisha. Un escolta vestido con el uniforme púrpura, con los ojos de ónice atentos, la barbilla levantada y los tatuajes rodeando su piel como una segunda armadura al frente de una comitiva de brujos. Ni siquiera se había despedido de mí, aunque ¿de verdad había creído que lo haría? Había sido una ingenua con… *todo*; joder, con absolutamente todo. De la misma manera que cuando desperté febril y aullando de dolor tras El Cuello, esperando, *esperando*, que él viniese a verme. Que al menos me concediese esa última conversación.

No lo hizo.

—Tengo una idea —farfulló Dryan entre bocado y bocado—. Acompáñame a un par de recados esta tarde y me encargaré de tus tareas de esta mañana. ¿Qué tienes que hacer?

Tardé un minuto en controlar la emoción enfermiza que se había asentado tras mis párpados y atreverme a mirarlo.

—¿Insinúas que necesito que otros se ocupen de mi trabajo?

Los labios de Dryan se convirtieron en una línea incómoda.

—No, solo…

—Entonces, *cállate*.

Se masajeó el tabique nasal y apoyó los codos sobre la mesa, inclinando el torso sobre la superficie.

—Eres la mujer más orgullosa y cabezota que he conocido nunca. Y eso es mucho decir teniendo en cuenta que me he criado con Samara desde los trece.

—Qué pena.

—Oh, por la Madre —exhaló—. No me obligues a ordenártelo. Sabes que hasta que Dorian vuelva esta noche, estoy al mando.

Alcé las cejas. La conversación acababa de volverse interesante.

—Atrévete, Dryan Saah. —Apoyé los codos en la mesa de la misma manera que él y me incliné hasta quedar a un palmo de su nariz. Mi estómago gruñó por el movimiento—. A-tré-ve-te.

Dryan tenía la mirada crispada y los labios fruncidos con irritación. Se había rasurado la pelusa que le crecía en el mentón y unas gotitas húmedas aún flotaban sobre sus rizos castaños. Incluso olía a lavanda y ni me había percatado.

—¿Eso quieres, maldita sea?

Barsha emitió un sonido estrangulado y se detuvo, las manos hundidas en la masa y la columna agarrotada. No se atrevió a mirarnos.

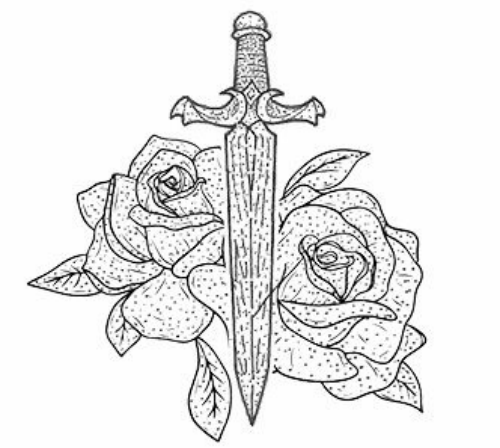
Asentí y le mostré los dientes. La bilis me trepó por la garganta y un ardor recorrió mi centro de abajo arriba.

—En ese caso, Queen Goldhar —se puso de pie, el semblante tan serio como cuando hablaba con Dorian y le besaba el culo—, como capitán de la guardia de Dorian Yadav, te ordeno que…

Me contraje contra la mesa y vomité. A presión.

Dryan arrugó la cara ante su desayuno cubierto de bilis, *mi bilis*, y se llevó la mano a la nariz para bloquear el olor ácido que se expandió rápidamente por la cocina. Barsha apenas contuvo un jadeo.

Una segunda arcada provocó que el desayuno acabase de convertirse en el momento más repugnante del año. Y me condenó a aceptar, no sin antes fulminar a Dryan con la mirada, su ridícula propuesta.



12

Recorrimos el Canal de las Conchas a paso lento bajo el roce de las primeras luces crepusculares, de vuelta a la Casa Dorada.

Dryan se había detenido frente a un músico valynés que entonaba una canción afligida. Ante él, una serpiente de escamas azules acompañaba su voz con ondulaciones rítmicas. El capitán de la guardia se apeó para aproximarse y poder admirar mejor el espectáculo. Tenía una sonrisa tan amplia que no tardó en atraer la atención de la mayoría de los espectadores que contemplaban la actuación.

Del fuego y el zafiro, Él emergirá.
De la noche más inesperada, Ella renacerá.
Solo juntos, unidos, un nuevo día se alzará.

Resollé tan fuerte sobre mi montura que se giró hacia mí con una ceja enarcada. La infusión de Barsha había aplacado mi estómago, pero los calambres musculares todavía continuaban embistiéndome cada pocos minutos. Supuse que por mucho que mi metabolismo me protegiese en parte de los efectos de las sustancias y el alcohol, no podía compararse ni un ápice a mi capacidad de sanación física. Y mucho menos, después de haber usado mi suministro mágico las dos últimas noches.

Moví los muslos contra la silla de montar, impaciente.

Un nuevo alba, un nuevo clamor.
El mundo aguarda por ese inesperado amor.
Uno que anulará las sombras y proyectará un nuevo sol.

Entorné los ojos ante la tontería de canción y carraspeé sonoramente en dirección a Dryan. Solo quería largarme a los Archivos y centrarme en la investigación de mi hermano, no presenciar espectáculos absurdos.

—Un momento. —Me dedicó una sonrisa suplicante, como la de un niño demasiado emocionado ante un dulce, y recondujo la atención a la serpiente que se mecía. Puse los ojos en blanco y crucé los brazos de mala gana sobre el pecho.

En cuanto el músico terminó, Dryan aplaudió entusiasmado y se acercó a darle unas monedas.

—Es preciosa —le dijo, señalando al animal.

—La compré en Roshan cuando aún estaba en el huevo, en el criadero de la familia imperial —le explicó, guardando la propina en su zurrón—. Os imaginaréis mi sorpresa cuando nació. Aunque el color oficial de Valyn es el rojo, se dice que las serpientes bendecidas con escamas azules son reencarnaciones de los primeros Vanisha, que es una muestra de la sangre real que circula por sus venas.

Dryan se retiró un rizo rebelde de la frente y entrecerró los ojos para estudiar con más detenimiento al reptil. Tenía que reconocer que era un ejemplar singular con ese brillo añil y la mirada de oro.

—Me temo que no se parece mucho al emperador —bromeó tras unos segundos.

Me mordí la lengua para no soltar una carcajada irónica y ganarme una reprimenda.

Nirav Vanisha era una jodida víbora, y Dryan lo sabía tan bien como yo. Y no es que sus hermanas mayores hubiesen sido mucho mejores. Se rumoreaba que Nisha, la mediana, había practicado todo tipo de sacrificios en nombre de la Madre hasta que un guerrero de fuego le abrió las entrañas con una espada ardiente. Y Asha, la difunta emperatriz… Bueno, debía reconocer que, a pesar de su carácter de mierda y su fanatismo religioso, me había parecido más apta que el demente de Nirav. Una lástima que hubiese acabado siendo envenenada.

—¿Puedo tocarla? —le preguntó Dryan al músico, sonrojándose un poco—. He escuchado que… dan suerte en el amor.

Al escucharlo, tosí para reprimir la risa que se me acumuló en el pecho. Fue inútil, sobre todo cuando me fulminó por encima del hombro con los labios fruncidos. Estaba tan ruborizado que se había mimetizado con la gasa rojiza que enmarcaba el puesto.

Ajeno a nuestra batallita de miradas, el músico asintió y le acomodó al animal sobre los hombros. La serpiente siseó, calmada, y le enroscó la cola alrededor del brazo. Si no fuese porque era algo imposible, hubiese jurado que sonreía con su morro afilado.

—Le gustas —dijo el músico, que parecía haber apreciado lo mismo que yo.

Dryan estudió de reojo al animal, ambas miradas doradas entrechocando. Rio cuando la serpiente se desplazó un poco por su torso y le cosquilleó la tripa.

—Vale, vale, ya. Creo que tengo suerte de sobra —dijo entre carcajadas, retirándosela de encima y devolviéndosela a su dueño. Con un último «tap tap» sobre su cabecita, regresó a su caballo y acomodó los muslos sobre la silla.

—¿*Ya*? Pensaba que estaríamos aquí toooda la noche para embadurnarnos bien de fortuna amorosa —comenté detrás de él.

A su lado, el valynés reparó en mí por primera vez, y sus ojos verdosos se ensancharon de golpe al ver el escudo de las dos lunas de Denesse hilado en mi uniforme. Una palidez antinatural se apoderó de sus mejillas. Fue en el mismo instante en que leí «bruja» reflejándose

en sus pupilas aterrorizadas seguido de «la hostia».

Dryan me lanzó una mueca envenenada, cogiendo las bridas.

—Te mueres de envidia, ¿eh? —Le ofreció una moneda al valynés—. ¿Te importaría que le diera aunque fuese una palmadita? Necesita mucha más suerte que yo.

Me sonrojé, furiosa, y lo atravesé con los ojos. Él amplió su mueca, resaltando el hoyuelo en su mejilla derecha.

Para más humillación, el músico aceptó el dinero y elevó la serpiente en mi dirección sin ni siquiera mirarme a la cara. Arrugué la frente cuando el animal me enseñó la lengua y siseó a escasos palmos de mi nariz.

—Venga —me incitó Dryan—. Así, cuando encuentres el amor verdadero, sabrás que fue gracias a mí.

Levanté el dedo corazón como respuesta y el capitán de la guardia estalló en una risa del todo maliciosa. Puse los ojos en blanco. Qué detestable era cuando quería.

Al ver que el músico no pensaba retirarse hasta que tocase la dichosa serpiente y que cada vez me estaba ruborizando más, le di una palmada rápida con la mano descubierta. Nada más hacerlo, se apartó atemorizado y la guardó en su cestillo de mimbre.

Aún con la sensación de sus escamas en la yema de los dedos, arqueé el cuello hacia el callejón que conducía a la Casa Dorada. Con suerte, llegaríamos lo suficientemente pronto como para asearme un poco antes de ir a los Archivos, incluso para masajearme las pantorrillas con el aceite de lavanda que le había sisado a Samara semanas atrás.

—Muchas gracias —se despidió Dryan—. Y ojalá…

Un grito desgarrado partió el cielo.

El capitán de la guardia se volvió hacia mí como un resorte y desplazó la mano sobre la lanza valynesa que recorría su columna vertebral. No la blandió, pero sus dedos se enroscaron alrededor del bronce y su boca se afiló, listo para combatir.

Estudié el alrededor, mis pulmones ensanchándose por la adrenalina. Los mercaderes de los puestos parecían igual de confusos que nosotros. Algunos mostraban una quietud sobrenatural, mientras que otros guardaban sus artículos de manera precipitada. Como si oliesen la masacre. O la fría oscuridad.

El sol se había hundido en el horizonte.

Un segundo alarido me embotó los sentidos. No tardó en sucederse otro y otro y *otro*. Hasta que el Canal de las Conchas se tornó un lugar funesto y cargado de nerviosismo aterrorizado.

Dryan ya había desanudado la lanza. La blandía en la mano derecha, apretada entre sus nudillos blanquecinos y elevada en posición defensiva.

—Será mejor que busques un lugar seguro —apremió al músico.

Asintió, la boca apretada y las mejillas sin luz. Tras apenas recoger los pocos bártulos que formaban el puesto, desapareció entre la multitud que se abalanzaba hacia los callejones paralelos.

Entonces, la sombra cayó.

Me contraje contra la crin de mi caballo cuando el evocador descendió del cielo y se deslizó por encima de los puestos, agitando el aire salado y gris. Era un viento difuso, negro como el

carbón. Y quemaba, pero no como el fuego, sino como el hielo. El más puro y afilado hielo.

El aroma a cuero húmedo se enterró en mis fosas nasales. Aspiré mientras el evocador sobrevolaba el mercado, agitando las telas que conformaban los puestos. Fruta, especias, alfarería… se elevaron de sus mostradores y se abalanzaron en distintas direcciones hasta terminar en el suelo.

Viró hacia otra de las calles y el viento se aplacó. Un cuervo famélico en busca de su alimento.

—¡En la Plaza! —gritó alguien—. ¡En la Plaza de los Pescadores!

El flujo de gente se disgregó enloquecida. La mayoría de portiños corrieron en dirección contraria, pero una formación valynesa se apiñó en las salidas del mercado e impidió su fuga. En sus pecheras oscuras relucía el emblema de la Alianza Imperial.

En cuanto recuperé el aliento, apremié a mi caballo a acudir al lado del de Dryan.

—¿Qué está pasando? —grité por encima de la muchedumbre—. ¿Una redada?

Él frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Yo… No sé —balbuceó, todavía analizando cada rincón que nos pudiese dar la oportunidad de abandonar el Canal de las Conchas hacia la Casa Dorada—. Hace meses que no informamos a Palacio de actividad rebelde.

Apreté las riendas cuando inevitablemente nos vimos arrollados por la muchedumbre hacia la Plaza de los Pescadores.

Sobre el estrado de madera que coronaba la plaza circular, un hombre y una mujer —portiños, por su piel rosada y cabello rubio— permanecían arrodillados con el rostro cubierto de heridas. El hombre, de mediana edad, se abrazaba los hombros, intentando contener los temblores que lo sacudían. Tras ellos, dos evocadores vagaban por el escenario contenidos en sus poderosos y hermosos cuerpos.

—…débiles y mentirosos —siseaba la evocadora. Sus facciones eran tan atractivas que dolía contemplarla: su cabello era la combinación entre el trigo y la tierra, y sus labios estaban acentuados por una tintura del mismo tono que sus ojos rubíes—. Palacio ha perdido una alquimista por su culpa y ahora recibirán su castigo ¿cierto, hermano?

¿Una *alquimista*?

Dryan se atusó el pelo por impulso, sus ojos áureos abiertos de par en par como los míos. Seguramente estaría pensando lo mismo que yo: que cómo alguien habría logrado acceder al ala de seguridad de Palacio y liberar a uno de los alquimistas, porque era evidente que esos dos miserables del estrado no habían estado detrás. Si no, no habría sido tan fácil atraparlos.

El evocador que la acompañaba dejó ir una risita abarrotada de cristales rotos. Se dio la vuelta sobre los talones, unas botas negras como el carbón subiendo por sus pantorrillas hasta casi alcanzar la rodilla.

Un nudo asfixiante se me enredó en la base de la garganta al reconocer a Tristán.

Las facciones del capitán de la guardia se oscurecieron tanto como las mías al ver al regente. No esperé; me eché la capucha por encima de la frente. Estábamos lejos del estrado, pero sobre mi caballo era fácil de localizar. Y mucho más de reconocer.

—Cierto, hermana. —Tristán sonrió, y supe de manera irracional que había sido el regente

quien había sobrevolado el Canal de las Conchas. El que había disfrutado de esa gran entrada, de esa tensión sudorosa entre los mercaderes y compradores.

¿Y si me veía y decidía terminar lo que había empezado en El Insumergible? ¿Y si relacionaba a Dryan con quien me salvó, con quien utilizó el pedernal pyrense? Podría ejecutarlo allí mismo, en ese momento.

El hombre sufrió un ataque de pánico y estalló en súplicas a los pies de Tristán. No duró mucho: lo silenció con una patada en la boca. Cayó de bruces, con las manos apretadas sobre los labios magullados. Cuando gimió, le propinó otro golpe. Esa vez, varios dientes volaron sobre el escenario y la sangre salpicó la madera.

—Los rebeldes portiños tuvieron la osadía y estupidez de dejarnos esto en Palacio hace dos noches. —Se llevó las manos a los bolsillos y extrajo una nota rasgada y sucia. La alzó para que pudiésemos apreciar el sol azul y coronado que decoraba el papel y después leyó con voz firme —: «Su regente imperial y *Excelencias*, fue un placer traspasar vuestras defensas. Os alegrará saber que la alquimista ha decidido sumarse a nuestra causa; está deseando destruiros tanto como nosotros. Así que abandonad nuestro reino, liberad a los demás y volved a las sombras de donde nunca debisteis haber emergido. Firmado, Delfín».

Dryan y yo compartimos otra mirada fugaz. ¿«Delfín»?

Con una carcajada áspera que nos puso los pelos de punta, Tristán dejó caer la nota. El papel se onduló por el viento salado antes de caer sobre el estrado como una hoja de otoño. A mi lado, el capitán de la guardia entrecerró los ojos, bebiendo cada insignificante detalle del emblema como si su mente estuviese luchando por descubrir quién era ese tal Delfín y dónde se localizaba.

—Como ya todos sabréis, los alquimistas y sus encantamientos son nuestro medio principal para hallar una manera de atravesar El Abismo y continuar la Gran Guerra contra Occidente. Llevamos una década confiando en sus conocimientos para romper ese muro mágico que nos separa de la Legión Ardiente y, obviamente, una ridícula nota no nos va a hacer renunciar a nuestro objetivo divino de despertar a Ceresia —explicó, la misma voz melosa que había empleado en el almacén de Claeys—. Cada uno de los alquimistas importa, por tanto, liberar a uno solo significa traicionar al imperio, al emperador Nirav y al dios Cosmo. —Apoyó una rodilla en el suelo frente a la portiña y su túnica negra e hilada en borgoña centelleó contra los candiles que iluminaban el escenario. Una mueca distraída se asentó en su boca cuando enredó los dedos en un mechón de la mujer, atraído por su color trigal—. Y el castigo por esos crímenes, es la muerte.

Un aullido partió el cielo cuando Tristán se volatilizó en humo negro y rasgó la mente de la joven con sus espolones invisibles. Ella comenzó a retorcerse en el suelo mientras asestaba manotazos al aire, como si unos enemigos invisibles la estuviesen devorando. En parte, era así. Tristán estaba alimentándose de su esencia, con violencia, con ferocidad.

Unos segundos después, la muchacha se derrumbó en una convulsión agónica. Le salía sangre por la boca entremezclada con espuma rosada. Todo su cuerpo traqueteaba. Un golpe tras otro, muchísimos más violentos que los que habían sacudido el cuerpo de Amada Claeys hacía tres días. Hasta que paró.

Dos hilos de sangre comenzaron a brotar de sus oídos. Alguien del público estalló en llanto, pero Tristán simplemente regresó a su cuerpo y se masajeó los párpados con una sonrisa tranquila anidada en los labios.

No podía dejar de mirar el cadáver de la mujer, la forma en la que su boca había quedado abierta y la agonía de sus ojos opacos. Esa mujer podría haber sido yo hacía unas noches. *Podría* haber sido yo.

—¡Bruja! —Alguien me embistió por detrás y casi caí del caballo—. ¡Tu permiso!

Ladeé la cabeza sobre el hombro para ver quién me había tocado, quién se había atrevido a tocarme, balanceándome con el torso para recuperar el equilibrio. Cinco soldados me rodeaban con sus lanzas apuntando en mi dirección.

—¡Tu permiso! —Me gritó el más fornido otra vez.

Mi… ¿qué?

Miré a Dryan. Sin embargo, reflejaba la misma expresión desubicada que yo.

—¿Permiso? —preguntó, arrugando la frente.

—¡Desmonta!

Uno de sus subordinados intentó empujarme otra vez, pero apremié a mi caballo a alejarse de él con un taconeo en el costado.

—Creo que no sabéis con quién estáis tratando. —Apreté las riendas y alcé la barbilla—. Soy la bruja de Denesse de Dorian Yadav.

—Te he ordenado que desmontes —insistió el guardia. Por la Madre, ¿qué comían en Palacio para estar así? Las venas se le marcaban alrededor del cuello, enfatizando su diámetro excepcional.

—Do-ri-an Ya-dav. —vocalicé. Él no cambió su expresión enfurruñada, así que añadí con sorna—: ¿Acaso eres idiota? ¡El primer general del ejército!

—¡Queen! —me reprendió Dryan, alzando las manos en mi dirección. Bien, la había jodido y ahora él tendría que usar su «carisma natural» para solventar mi bocaza. Como esperaba, dibujó una sonrisa condescendiente y se apeó de su caballo—: ¿Qué permiso? Soy Dryan Saah, capitán de la guardia personal del general Yadav. ¿Vos sois…?

—Isvir Asha, recién nombrado capitán de la guardia palaciega —respondió sin ni siquiera voltearse hacia él en una clara muestra de superioridad. Desenvolvió un pergamino que colgaba de su cintura—. Palacio ha dictado una orden de exilio para los brujos esta madrugada. Ningún brujo puede permanecer dentro de las murallas de Puerto Soleado sin el permiso explícito del regente.

Se acercó el papel a la nariz y leyó con su voz áspera y grotesca:

—«El incumplimiento de la ley supondrá el aislamiento en Palacio y el juicio correspondiente».

Reí con sequedad.

Dryan cruzó una mirada conmigo, pero reaccionó con rapidez:

—Esta bruja está al servicio de la familia Yadav desde hace seis años. Tiene un contrato de servicio con el primer general…

—Eso no es «el permiso» —zanjó Isvir, acercando la lanza valynesa a mi cuello.

Gruñí y deslicé la mano hacia la empuñadura de Infalible. Apreté su mango, lista para desenfundarla y abrirme paso a embestidas a pesar de la aflicción de mis músculos.

Dryan atrapó la punta de la lanza y la apartó con contundencia.

—Yo no la incordiaría —le dijo en tono afilado—. Tiene *muy* mal humor; créeme, no te gustaría que se enfadase.

Aquel desafío hizo que uno de los soldados retirase su lanza de mí para apoyarla contra la nuca de Dryan. El capitán levantó las manos sin resistencia, aunque sus ojos dorados se entrecerraron con rabia.

—De acuerdo —carraspeó—. Veamos. —Deslizó con mucha lentitud la mano hasta el fardo de oro que escondía bajo la capa—. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo, ¿cierto? ¿Cuánto cuesta pasar sin ese «permiso»?

Isvir gruñó y alzó la barbilla hacia uno de sus secuaces.

Me asaltaron a la vez. Uno detuvo a mi caballo del cuello, otro me atrapó la muñeca y me la retorció, tirándome al suelo. Y el tercero, me colocó los grilletes. De cobalto pyrense.

Mierda. ¡*Mierda*!

Siseé mientras el quemazón se incrementaba de manera insoportable y las lágrimas se me acumulaban en los ojos, emborronando el alrededor. Ardía muchísimo, incluso sobre la muñeca que cubría mi guante, como si estuviese derritiendo la carne y el hueso.

—¡Quitadle eso! —exigió Dryan.

—Lleváosla.

«Piensa. Piensa, joder; *piensa*».

Uno de los soldados tiró de mi hombro. Aproveché su impulso para girarme y golpearle la nariz con la frente. Cientos de luces empañaron mi visión, aunque sonreí al oír su alarido.

Dryan voló a mi lado. Con un movimiento feroz, desarmó a dos de los guardias y plantó su propia lanza en la nuez de Isvir. Pero no vio al cuarto soldado a sus espaldas, no a tiempo. Le asestó un golpe con la empuñadura de una daga y el capitán cayó de rodillas, siseando una maldición.

—Lleváoslo también. Si lo desea, que lo reclame su señor en Palacio.

Estábamos jodidos de verdad.

Abrí los ojos de par en par cuando levantaron a Dryan de las axilas y él forcejeó. No duraría nada en Palacio; su mente se quebraría como una ramita seca bajo el poder de los evocadores o se convertiría en un asqueroso recipiente. Un cuerpo vacío y sin alma. Y todo por mi culpa.

El pánico se convirtió en una energía inesperada. Ignoré el ardor de mis muñecas y me abalancé contra uno de los guardias que lo sujetaban. Lo derribé y empecé a atizarlo con los grilletes en el cráneo. Oí un crac; aun así, continué por inercia, desoyendo las advertencias desesperadas de Dryan. Él no se merecía… no se merecía acabar así. No dejaría que sucediese.

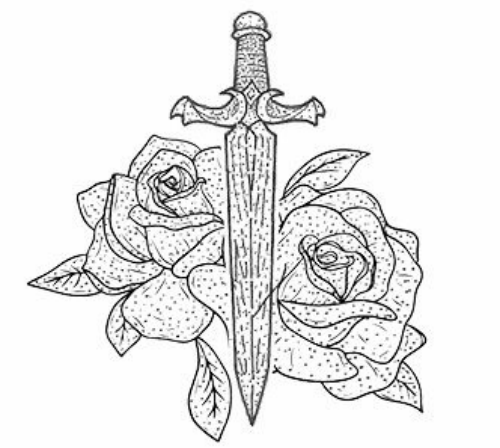
Unas manos gélidas me sujetaron de las axilas y me impulsaron con violencia sobre las botas. Pataleé el aire. Siseé, maldije, insulté. Pero nada sirvió.

—Basta de una vez.

Dejé de llorar al reconocer su voz. Terciopelo y tormenta.

Por el rabillo del ojo, examiné sus manos. Enseguida vi el anillo tatuado.

—Sígueme el juego —susurró Nasir a mis espaldas.



13

Me soltó y caí a sus pies por el impulso de mi pataleo.

Los soldados tenían la mirada clavada en él, incluso Dryan. Estaban pálidos, en una quietud sobrenatural.

—Los grilletes —exigió Nasir—. *Ya*.

Me sorprendí cuando Isvir se agachó apresurado e introdujo la llave en el orificio. Con un clic, las esposas cedieron. ¿Qué…?

Me froté las muñecas.

—Su Excelencia, esta bruja no tiene permiso. —En cuanto se puso de pie, flexionó el torso en una reverencia profunda—. La conducíamos a Palacio.

¿Su *Excelencia*? Era un título que el emperador les había regalado a los evocadores hacía un par de años. Cualquiera que se dirigiese a uno de ellos, debía emplearlo si no quería meterse en un lío legal.

Pero él era un mestizo.

No me contuve más. Miré sobre mi hombro directamente a Nasir y casi me atraganté: sus iris lucían igual que los de cualquier otro evocador, engullidos en un borgoña helado. No quedaba rastro del azul cielo que delataba su mestizaje. Solo pozos de sangre. ¿Cómo…?

Nasir me tomó el brazo desnudo y me levantó del suelo sin miramientos. Tras él, sus dos espadas cruzadas eran alas de ónice contra el cielo encapotado. Me examinó el rostro, el cuerpo, como si jamás me hubiese visto. Fue contundente, tanto que, por un ridículo momento, no supe cómo reaccionar y me quedé embobada observando su boca indecentemente bien formada.

Luego, le escupí.

Todos emitieron un sonido estrangulado cuando cerró los ojos y apretó los dientes. Tardó unos segundos en esbozar una sonrisita indiferente y en limpiarse mi saliva con el dorso de la mano.

—Podéis retiraros —musitó al fin, haciendo un aspaviento con la mano. El anillo tatuado voló en el aire con el movimiento—. Me encargaré personalmente de ella. El otro no me interesa.

Los soldados intercambiaron una mueca, pero soltaron a Dryan sin titubeos. No tardó en ponerse de pie y acercarse a Nasir. Unas gotas de sudor le perlaban la frente.

—Por favor, Su Excelencia, tiene… —Se aclaró la voz—. Tiene que tratarse de algún malentendido. Esta bruja trabaja en nuestra casa desde hace años al servicio del general Yadav. ¿Quizás podría hacer una excepción temporal respecto al permiso?

Ojeé a Nasir. Él simplemente tenía una sonrisa helada, soberbia y dura sobre los labios. La expresión de un depredador aburrido.

—Camina. —Me empujó delante de él, hacia la multitud.

—Por favor, señor…

—No me interesa un humano débil como tú —escupió—. Pero si insistes, puedes acompañarnos a Palacio. Todos los hombres son bien recibidos como ofrenda a Ceresia, incluso los insulsos.

Nasir lo miró de arriba abajo. Si un evocador me hubiese mirado así, ya habría echado a correr en dirección contraria. No obstante, Dryan apretó los nudillos a ambos lados de la cadera y abrió los pies a la anchura de los hombros, dispuesto a persistir a pesar de la tensión acongojada que envolvía su nuez.

Me invadió una ola de compasión.

—Vete, Dryan —susurré antes de que pudiese hablar otra vez.

El capitán de la guardia examinó a Nasir, luego a mí y a mi muñeca irritada. A la tela de mi guante sutilmente ennegrecida.

—Vete —insistí.

—Queen…

Ahí estaba. Esa bondad suya, ese valor que nadie más me había regalado en años. Sin embargo, no podía aceptarla. No con Nasir empujando sutilmente la parte baja de mi espalda para que me pusiera en marcha con urgencia, mucho menos bajo la mirada atenta de los guardias.

—*Por favor* —zanjé, empujándolo hacia nuestros caballos—. Habla con Dorian y que pida ese permiso. Me sabré cuidar hasta entonces.

Su expresión se crispó, pero, antes de que pudiese protestar, me adentré entre la multitud, agachando la cabeza con la respiración aún acelerada.

Escudriñé el escenario por el rabillo del ojo, con el sudor amontonándose en la parte baja de mi nuca. La evocadora estaba torturando al hombre sin ninguna misericordia, arrancándole gritos desgañitados que arañaban la solemnidad de la plaza, mientras que Tristán se paseaba por el escenario con una sonrisa del todo altanera. ¿Se habría fijado en el altercado que acabábamos de montar o habría estado demasiado distraído con la tortura de su compañera? No miraba en mi dirección, tampoco hacia donde Dryan, con casi toda seguridad, seguiría plantado. Solo deambulaba con las manos entrecruzadas en la espalda baja.

Una presencia se pegó a mi espalda y no necesité volverme para saber que se trataba de Nasir. Me tomó la muñeca en cuanto me alcanzó. Su tacto fresco alivió la quemazón que el cobalto había sembrado en mí.

—Tengo que reconocer que no esperaba que arriesgase el pellejo por ti —susurró a mis espaldas. Alargó el cuello por encima de mi hombro—. Bonita bota, por cierto. Veo que la has

dejado reluciente.

—*Cállate*, Espaditas.

—Sigue caminando. —Me ignoró—. No tan rápido.

Obedecí a regañadientes, a pesar de que alguien intentó agarrar mi almilla con burla y tirar de mí. Gruñí y ladeé el torso, lanzando una mirada furiosa a la gente que nos rodeaba sin detenerme. Malditos capullos; ¿tan divertido les parecía ver a una bruja humillada de esa forma?

Al dejar los gritos atrás y alcanzar el Puente del Pantalán, lleno de estatuillas de animales marinos, barcos y corales coloridos, Nasir me urgió a descender por las escaleras laterales. Tras un instante, me soltó y se ocultó de nuevo bajo la capucha gris, aunque omitió el sobrecuello que le rodeaba la garganta. Con un parpadeo prolongado, sus ojos recuperaron su color natural. Me resistí a preguntarle cómo hacía eso.

—¿Te duele? —Ladeó la cabeza hacia mis muñecas.

Instintivamente, me froté justo donde él me había tocado. Un cosquilleo frío revoloteaba alrededor de la quemadura.

—Estoy acostumbrada.

Constriñó el mentón, un intenso azul brotando en la profundidad de sus ojos. Fuera lo que fuese lo que hubiera pensado, no llegó a cobrar vida en su lengua. Y lo agradecí; lo último que me apetecía en ese momento era tener que hablarle de las palizas de Dorian y de la infinitud de humillaciones a las que me había visto expuesta.

—De nada —dijo tras un momento.

Alcé el mentón como un resorte.

—No necesitaba *tu ayuda*.

—Por supuesto que no. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Tú siempre puedes sola.

—Métete en tus jodidos asuntos, Espaditas.

Un sonido gutural trepó por su garganta y me erizó la nuca. Algo similar a una risa o a un gruñido.

—Hum… —ronroneó—. No sé qué me gusta más. Si que me llames «Espaditas» o «evocador de mierda».

Dio un paso tentativo hacia mí y yo di uno hacia atrás. Tropecé con la estructura del puente.

—«Evocador de mierda» es mi favorito —dije—. Capta tu esencia, ¿no crees?

Esa vez el sonido fue definido. Una risa baja, irónica, que empujó su nuez hacia arriba. Me estremecí ante el sonido, ante el movimiento sutil de sus hombros. Era una risa hermosa y suave, si bien escondía un rasgueo gutural. Un aviso.

—Verás, me encantaría no tener que meterme en *tus asuntos*, pero tengo que trabajar contigo. Y sacarte de la plaza era infinitamente más sencillo que rescatarte de las mazmorras de Palacio.

—Ah, sí —bufé—. Déjame que piense…, ¿se debe a tu predisposición por «anticipar posibles problemas»? —Miré sus hombros, la posición de sus piernas abiertas. Toda la postura gritaba «soldado» y «fanático del control» con tanta agudeza que podría haberme quedado sorda solo contemplándolo—. En serio, relájate. Parece que tienes un palo metido por el…

—Lo más sencillo es que me dijeras «gracias» y terminásemos de discutir.

—Lo más sencillo es que me dijeras «Siento lo de anoche» y yo te mandase a la mierda igualmente.

Chasqueó la lengua.

—No hice nada malo —se defendió, a pesar del titubeo de sus cejas—. Solo te llamé por tu nombre.

Resollé, encogiendo los hombros.

—Sí, claro, como si no supieses nada.

—¿Y *qué* debería saber, exactamente?

El cuero de su chaleco crujió ante la fuerza de sus brazos intensificándose contra su torso. Un mechón de su cabello albino le recorría la frente por debajo de la capucha gris. Con la luz atenuada de la noche, su ojo izquierdo parecía en su totalidad azul. Ordinario. Inofensivo.

Enredé los dedos enguantados en mi collar y tiré de la cadena de plata hasta sentir la presión contra el nacimiento de mi cuello, excusándome en ese leve dolor para desviar la mirada un momento y recuperar el aliento. Sus cejas estaban sutilmente alzadas mientras esperaba una respuesta. *Mi* respuesta. Pero era complicado. ¿Cómo explicarle que odiaba quien había sido? ¿Que solo oír mi nombre me provocaba arcadas, temblores y sudores fríos?

—Mi nombre es Queen Goldhar —defendí—. Vuelve a llamarme de *otra* manera y me encargaré de arrancarte la garganta. *Eso* debes saber.

Apretó la mandíbula y un nuevo ronroneo indefinido brotó de él, una risa o un resoplido. Pero no se movió. Me escudriñó con tanta intensidad que mi instinto gritó «huye» aunque me mantuve inexpresiva y erguida. Firme.

Finalmente, suspiró y sus hombros cedieron bajo un peso invisible. Ni aun así su postura se relajó. Solo su boca bien formada parecía algo más suelta, más carnosa.

—Como quieras, *Queen Goldhar*.

Apreté los labios y di un pequeño brinco al notar su aroma a romero y a lluvia asentado en mis fosas nasales. ¿Cuándo nos habíamos acercado tanto? Retrocedí sin darle la espalda.

—Bien. —Di una palmada—. Ahora que tenemos claros conceptos básicos como que mi nombre es Queen y el tuyo Espaditas…

—Creí que era «evocador de mierda». —Sonrió, entrecerrando los ojos con burla.

—Aunque lo *amo*, es largo —espeté en el mismo tono que él—. Optimizo mi saliva. Es demasiado valiosa como para malgastarla contigo.

Un nuevo gruñidito indefinido escapó de él. Por lo visto, había generado su propio lenguaje a base de graznidos, bufidos y sonidos guturales. Debía ser toda una eminencia socializando. Con los perros, sobre todo.

—Decía —continué—, que deberíamos acordar cuándo y dónde vernos. O mejor, ¿por qué no me cuentas ya lo que me pueda resultar de utilidad y nos despedimos aquí? Tú sigues tu *honroso* camino, vuelves con Kerisha o a tu maldita casa, o de donde narices vengas…, y yo sigo el mío. Y no nos volvemos a ver.

Una carcajada áspera brotó de él. Fruncí el ceño.

—¿Algo que me quieras decir?

—Te equivocas si piensas que voy a confiar en ti.

Parpadeé. ¿Él no iba a confiar en mí?

Me reí.

—Qué broma más *más* divertida.

Nasir relajó la mandíbula y se acercó al canal. Su cabello plateado había adquirido un tono anaranjado bajo los candiles que iluminaban las calles sobre el puente y las empuñaduras de sus espadas refulgían como llamas inmortales. Me entretuve contemplándolas. Después, mi atención se deslizó a la anchura envidiable de sus hombros.

—No suelo bromear.

—Qué *sorpresa* —gruñí entre dientes.

—Me juego tanto como tú. Y si estás involucrada es porque Kerisha no tiene otra opción.

—¿Y por qué, eh? —Por fin aparté la mirada de su espalda—. Quizás porque hasta las jodidas dríadas de cristal piensan que soy la mejor.

Omití el detalle de que creía que eran unos seres horribles y poco fiables. No necesitaba saberlo.

—*Fuiste* la mejor. Ahora ¿quién eres? ¿«Queen Goldhar»? —Encogió un hombro—. Más bien, nadie.

«Nadie».

Acorté la distancia que nos separaba. Podía habernos salvado en la plaza, pero le iba a partir su puñetera y recta nariz.

—¿Eres así de gilipollas con todos? Oh, espera; es una característica común de los evocadores, ¿cierto?

Su aliento me rozó la frente y me dedicó una sonrisa torcida.

—Por lo visto, solo con las princesas.

Abrí la boca para mandarlo a la mierda; sin embargo, un inesperado traqueteo metálico sobre el puente me hizo atragantarme con las palabras.

Nasir me empujó con urgencia contra la estructura del puente, hacia las sombras más oscuras. Interpuse las manos entre los dos para evitar que se acercase demasiado, aunque me arrepentí rápidamente al notar la dureza de sus abdominales contra los dedos. Si todo él estaba forjado de la misma manera, empezaba a entender cómo era capaz de manejar esas dos enormes espadas que parecían acompañarlo a todas partes.

Enseguida bajó la mirada a mis dedos afilados, que reposaban por encima de su ombligo, y enarcó una ceja. Fue suficiente para que los escondiese tras la espalda, lejos de sus… *marcados* abdominales. Joder, por el maldito cielo…

Se llevó el dedo índice a los labios y vocalizó un «shh».

Sobre nosotros, un soldado vociferó un par de órdenes y la partida de combatientes se dispersó. Miré hacia arriba, hacia el bajo del puente, agradecida por tener la oportunidad de distraerme con algo que no fuese la expresión concentrada de Nasir frente a mí. Sus ojos de agua y brasas estaban fijos en la pared, a la altura de mi oreja, y tenía el ceño ligeramente fruncido.

Tras unos segundos, los pasos se alejaron de nuestro escondite y su pecho se deshinchó poco a poco.

—Apártate —farfullé, aunque era difícil que me obedeciese sin volver a tocarlo—. Volveré

a casa sin que me vean.

Para mi sorpresa, retrocedió.

—No puedes regresar con los Yadav sin el permiso —susurró, todavía concentrado en los sonidos del alrededor—. Y menos después de lo que ha sucedido delante de los soldados. Informarán de ello.

Abrí mucho los ojos. Por supuesto que pensaba volver a la Casa Dorada. Él no entendía cómo reaccionaría Dorian ante mi desaparición. Enloquecería, ordenaría a todos sus soldados buscarme y, una vez me localizaran y me condujesen a sus pies…

La bilis me subió por la garganta y me abrasó por dentro. Me contraje frente a él, sobre el estómago, sobrepasada por el recuerdo de la primera vez que me encadenó y me encerró en el sótano. Por suerte no vomité, pero eso no evitó que me mirase con recelo.

—Necesito regresar —dije tras tomar una inhalación—. Tú no lo entiendes. Dorian me buscará y… es peligroso.

—Pensaré algo —dijo. Su mano derecha pareció moverse sin permiso hacia el pomo de la espada en un reflejo instintivo—. Pero no puedes regresar de momento. Los soldados inspeccionarán todo Puerto Soleado. Solo es cuestión de tiempo que se presenten en la casa de los Yadav para llevarte a Palacio, y sin el permiso…

—¿Por qué no dejas de inmiscuirte en mis problemas y te preocupas por ti mismo?

Nasir exhaló y cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, sus iris eran del color del vino. Como los de cualquier evocador, como los de Tristán.

Me aparté en contra de mi voluntad y tropecé con mi capa, asustada como una… *niña*. Para más humillación, él lo vio todo. Casi olió mi terror rezumando entre los dos. Una nota de incomodidad se asentó en su mentón y le nubló la expresión. Parpadeó con precipitación y el azul regresó a sus iris.

—No necesito preocuparme por mí —Se alejó varios pasos, dándome espacio.

La tensión en sus hombros se incrementó cuando no me moví.

—Dorian es el primer general del ejército valynés. —La garganta me tiraba y la adrenalina fluía por mi cuerpo como una serpiente famélica, pero mi voz salió fluida—: Palacio le concederá ese permiso.

Tardó más de la cuenta en responder.

—No es tan fácil como piensas —dijo—. Estoy convencido de que esta «caza» de brujos está relacionada con la partida precipitada de la comitiva. Creo que los evocadores sospechan que han colaborado en el secuestro de la alquimista, y van a usarlo de excusa para darnos un escarmiento.

Me estremecí. Aun así, gruñí:

—No hables como si fueses uno de nosotros. Además, Dorian…

—*No* es un evocador. Es un valynés, un humano sin más, por mucho poder e influencia que creas que tiene con el emperador —me interrumpió—. Comprarán tu contrato, renegociarán con él o simplemente te reclamarán como sierva a la causa sagrada si se les agota la paciencia. Pero te arrastrarán a Palacio de una forma u otra. Eres un premio demasiado jugoso como para dejarlo ir; ya sabes lo mucho que les gustaban los brujos durante la guerra. Además, toda tú rezumas…

—tomó aire, sus fosas nasales expandiéndose— algo distinto —concluyó, sin mirarme. Hubiese jurado que incluso estaba incómodo—. No te dejarán ir. ¿Es eso lo que deseas?, ¿acabar muerta o sometida a alguno de ellos?

A Tristán, *por ejemplo*. Él también había advertido en el barco ese «algo distinto» en mí. Lo que menos quería era estar cerca de él, mucho menos después de lo que había presenciado en el almacén de Claeys.

El sonido metálico de una lanza aproximándose silenció nuestra disputa.

—Ven conmigo. —Nasir me cogió la mano desnuda y tiró de mí hasta el borde del canal. El agua fluía furiosa y su tintineo vibraba emitiendo destellos plateados.

—¿Qué? —Clavé las botas en el fango y negué con la cabeza con tanta determinación que mi coleta se balanceó en el aire—. Suéltame.

Por primera vez, no cedió.

—¿Quieres encontrar una manera de ayudar a tu hermano o no? —rezongó, entornando los ojos.

Levanté el dedo corazón como respuesta.

—Bien —esbozó una sonrisita punzante—. En ese caso, en este punto del canal circula una corriente subterránea. Nos sacará de la ciudad en apenas unos minutos. —Oh, no, no, *no*—. ¿Sabes nadar?

Se quitó las espadas y las enterró en el barro. Echó una mirada apesadumbrada en su dirección antes de volverse hacia mí. Ay, joder. Iba en serio.

Miré sobre mi hombro. El soldado había empezado a descender por las escaleras que conducían a nuestro escondite. Veía sus botas del color de la noche, un pie y luego otro. Nos iba a descubrir.

—¿Sabes o no?

—¡Joder, sí! ¡Me crié en unas islas! —espeté—. Pero podemos hacerle frente.

—Necesito tiempo para pensar cómo solucionar esto, y si nos descubre no lo tendré.

—¡Pues no pienses por una vez!

Alzó una ceja como respuesta. Maldito fanático controlador.

Ojeé la corriente con urgencia. Era poderosa. Si me lanzaba, posiblemente me ahogaría.

—No pienso…

—Confía en mí. No te soltaré.

¿Confiar en él? Los nervios serpentearon por mi columna. No pensaba confiar en un evocador, ¿verdad? Aunque fuese un mestizo y trabajara con Kerisha.

Tomó varias bocanadas rápidas de aire y me instó a imitarlo zarandeando la mano a la altura de mi pecho. El soldado estaba a apenas tres escalones.

No podía fiarme de él; pero podía fiarme de otra cosa.

Abrí la bolsa que me colgaba de la cadera con precipitación. El sabor del fulgor áureo me estremeció cuando estalló en mi paladar. Una ínfima cantidad, la suficiente como para que mis músculos se preparasen y mis sentidos se aguzasen. Luego, la lancé hacia el lugar donde había ocultado sus armas y supliqué que nadie la encontrase antes de poder recuperarla.

Nasir no dijo nada, pero noté su atención fija en mis dedos. En mis labios dorados.

—Si muero ahogada, volveré a por ti y te ensartaré con tus propias espadas, ¿entendido?

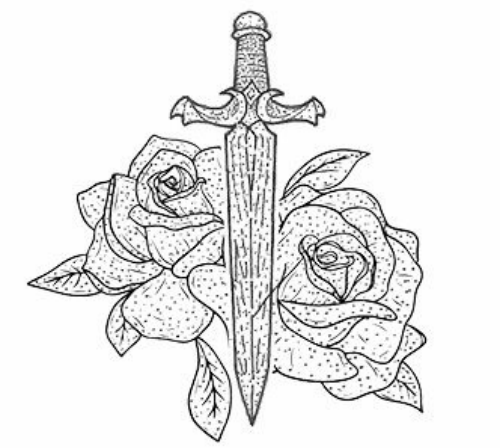
Tomé todo el aire que pude en los pulmones mientras me percataba del brillo divertido que le cruzaba las facciones. Era un «Ya me gustaría verlo» tan cristalino que me dieron ganas de patearle el trasero.

Sin darme tiempo para echarme atrás, acomodó con firmeza los dedos entre los míos y saltó al canal.



Palacio

Parte II



14

El agua se clavó en mí como cientos de puñales. Apreté la mano de Nasir por impulso, apenas capaz de controlar mi cuerpo bajo el zarandeo arrítmico de la corriente que nos arrastraba. El empuje era voraz, y el agua salada me abofeteaba las mejillas y me tanteaba los labios y la garganta.

La tensión en nuestras manos unidas se convirtió en una agonía cuando el traqueteo se incrementó abruptamente al llegar a la desembocadura del canal. Pero no pensaba ceder. Darius dependía de mí, y por mi hermano sería capaz de cualquier cosa, incluso de desafiar a la muerte. O de seguir agarrada a la mano de un medio evocador.

La corriente nos escupió en pleno océano, uno inquieto y revuelto de aguas verdes y opacas. Su superficie se ondulaba conforme sus dunas manchadas y húmedas serpenteaban contra el horizonte nocturno. Emití un grito estrangulado al advertir la formación de una ola descomunal a lo lejos. Crecía y engordaba metro a metro, preparándose para engullirnos.

—¡Abajo! ¡Ya!

No dudé en obedecer a Nasir.

Me sumergí a ciegas en la base de la ola al mismo tiempo que él. La presión nos empujó hacia abajo y nos arrastró con su embestida, tensando todavía más nuestras manos. Pataleé hacia la superficie, resistiendo a la corriente que se enroscaba en nuestros tobillos, pero ni el impulso del fulgor áureo circulando en mi organismo y oxigenándome los músculos parecía ser suficiente. Mis dedos empezaron a resbalarse entre los suyos.

«Mierda, mierda, *mierda*».

Endurecí torpemente el agarre. Una burbuja de oxígeno se escabulló de mis labios, mis pulmones ardiendo. *No* me iba a soltar. No *podía* soltarme.

Nasir debió pensar lo mismo, porque tiró de mí con tanta brusquedad que no pude evitar gruñir de dolor. Reacomodó los dedos entre los míos y nos impulsó hacia arriba.

La bilis escapó de mi boca en cuanto saqué la cabeza del agua. Aun así, no me di tiempo para apreciar el aire entrando de nuevo en mi caja torácica. Me obligué a nadar hacia la orilla,

una brazada tras otra, un impulso tras otro…, hasta que mis manos se embadurnaron de arena mojada y moldeable y mis rodillas tropezaron contra la tierra.

Me arrastré por la playa con el cabello enredándose sobre mi rostro. En algún punto, la cinta que amarraba mi coleta había sido engullida por las olas. Me retiré los mechones a duras penas con las manos cubiertas de arena y me derrumbé. Por culpa del vómito, apenas notaba los efectos de la droga que había ingerido.

A mi lado, Nasir se dejó caer sobre la espalda y tomó una bocanada de aire profunda y lenta. Sin ni siquiera abrir los ojos, movió la mano hacia su bolsillo y me tendió la cinta negra que tanto echaba en falta. ¿Cómo mierdas…? Se la arrebaté con un bufido y, sin fuerzas para anudarme el cabello, me volteé boca arriba y abrí las piernas. Noté la presión de su muslo contra el mío, pero no me moví.

—Una huída épica —jadeé en cuanto recuperé el aliento—. ¿Cuándo repetimos?

Un escalofrío me lamió la espalda cuando su muslo se contrajo. Ladeé la cabeza con una ceja enarcada. Tenía el antebrazo sobre los párpados y las comisuras de los labios estaban tensas, peleando por mantenerse en su sitio como si…

—¿Te estás *riendo*?

Apartó el antebrazo unos centímetros y me observó de reojo. Obviamente, sí.

Fui demasiado ágil como para que reaccionase a tiempo. Formé una bola de arena húmeda y gigantesca y se la restregué por la mejilla y la boca. *Sobre todo* por la boca.

Se incorporó de golpe sobre los codos, escupiendo y limpiándose los labios con el dorso de las manos.

—*Goldhar*…

—Ahórrate tus jodidos halagos, ¿te importa? No, ¿verdad? *Bien*.

Puso los ojos en blanco, pero no me replicó, ocupado todavía en limpiarse la boca.

La arena le cubría la ropa, las mejillas y el cabello plateado. Jamás un evocador me había parecido tan inofensivo, empapado de pies a cabeza y embadurnado en arena blanca. Parecía tan normal que, por un breve instante, me olvidé de todo lo que era capaz. No obstante, en cuanto lo recordé, retiré la pierna de la suya con brusquedad. Si se percató del movimiento, lo ignoró.

Oteó el horizonte en busca de orientación. Las murallas de Puerto Soleado se erguían al norte, trenzando sus antorchas con el resplandor inconsistente de las estrellas áureas. Nos debíamos haber desplazado unos pocos kilómetros al sur.

—Esto ha sido un maldito error —suspiré, llevándome las manos a los párpados—. Debería haber vuelto a la Casa Dorada. Jamás debí haberte escuchado.

El recuerdo de la expresión de Dryan asaltó mi visión cuando ejercí presión con los pulgares. Había visto en él la misma determinación que mostraba en combate; si no hubiese insistido para que regresara a la Casa Dorada, se habría enfrentado a Nasir. Y el resultado hubiese sido impredecible.

—Sí —ratificó, su voz tirante—, sobre todo si querías acabar prisionera en Palacio.

—No entiendes nada —escupí. Lancé una mirada en su dirección y, por un instante, me abstraje en su mandíbula llena de lodo. Estaba perfectamente rasurada bajo los granitos de arena —. No tienes ni idea de cómo es Dorian. En cuanto se entere de que he desaparecido, aunque

haya sido por culpa de un «evocador», estallará en cólera.

La angustia debió traspasar mi voz, porque sus ojos se deslizaron hacia mis muñecas y se detuvieron en ellas, en la irritación y en el enrojecimiento que perduraba por los grilletes de cobalto. En el ennegrecimiento de la tela de mi guante.

Deberían haber sanado ya; *deberían*, pero mi suministro mágico tenía que seguir quebradizo después de cómo lo había empleado las últimas noches. Solo la Unión podría ayudarme a recuperarlo con velocidad. Y no era una opción, así que tendría que resignarme a descansar *demasiados* días. Era humillante. En el pasado habría sanado una quemadura así en apenas un minuto. E incluso sin mi excepcional torrente mágico, cualquier otro brujo se habría recuperado ya. Quizás por eso él me estaba examinando con tanta atención, como preguntándose por qué yo no lo hacía.

Tragué saliva con incomodidad cuando algo oscuro bailó en la profundidad de sus ojos y me sacudió las vértebras. Casi escuchaba mi propia voz resonando en su cabeza: «estoy acostumbrada», le había dicho. Parecía estar dándole vueltas una y otra vez mientras observaba mi piel irritada, interpretando cada maldito matiz de mis palabras. Ojalá me hubiese mordido la lengua hasta convertirla en una papilla roja e inútil. Detestaba sentirme frágil, y más ante desconocidos. Ante alguien como él.

Escondí con premura las muñecas detrás de la espalda y él alzó los ojos a la misma velocidad. Me embistió con esos iris de agua y brasas. Había algo en ellos que me invitó a pensar que no había sido la única que se había visto expuesta a humillaciones y castigos, pero eso no tenía sentido. ¿Quién se atrevería a ponerle la mano encima? Su poder debía ser terrible, una combinación del todo desalmada.

—Vámonos —musitó de pronto, tan serio que me encogí ligeramente.

Se irguió sobre las rodillas y, con un movimiento fluido, se puso de pie. Unas gotitas saladas salieron disparadas hacia mí cuando se estiró en toda su longitud. Desde mi posición, las piernas dejadas caer sin fuerza a ambos lados de mi cadera, era imponente, incluso sin sus espadas cruzadas. Una masa cincelada a base de entrenamiento y esfuerzo. Alguien muy capaz de matar, de torturar y de despedazar a sus rivales. Y yo estaba ahí tumbada a sus pies, sin fuerzas, sin apenas aliento. Llena de arena y sal, el pelo cruzado sobre los labios.

No, Nasir no era como yo. Solo tenía que recordar cómo me había reducido la noche anterior o sus ojos color sangre bajo el velo de sus pestañas castañas para que mis músculos se tensasen. Debía ser la misma sensación anticipatoria que atenazaba a una presa cuando percibía la presencia de un depredador. Y es que él cercenaría la mano a cualquiera que se atreviese a tocarlo con una de sus enormes espadas; quebraría mentes y órganos con la misma facilidad con la que yo había reducido cuerpos a masas sanguinolentas en la guerra.

Mis piernas se tensaron ante la bastedad de esa idea, la adrenalina desatándose como una pequeña dosis de fulgor áureo. Todo mi cuerpo gritaba «lárgate», «aléjate de él»… Pero esa vez no podía huir.

Estaba allí por Darius; rota, y con la absurda esperanza arraigada de no estar jodida hasta el cuello simplemente porque Kerisha hubiese confiado en alguien que no debía solo por desesperación. Algo que yo me había visto obligada a hacer seis años atrás, cuando Dorian se

ofreció a saldar mis deudas con el señor de la droga de Asara, Vail Valdran, a cambio de mis servicios y de que yo…, bueno, me jodiese todavía más la vida. En ese momento había estado tan perdida, física y mentalmente, que no me había importado lo más mínimo; no, al menos, hasta que empecé a sufrir las consecuencias, que fue esa misma noche.

La noche que entré al servicio del primer general, me drené, me retorcí de dolor hasta vomitar y caí en la inconsciencia ante sus botas. Pero quise creer que ese estallido agónico se debía a la paliza que los matones de Vail Valdran acababan de propiciarme o a las drogas que circulaban por mi interior, y no a lo que acababa de hacer.

Qué ingenua había sido. Tal vez si hubiese sabido lo que conllevaría mi decisión, hubiese rogado que los sicarios acabasen conmigo. Al menos, hubiese muerto en cuestión de días o semanas, y no agonizando durante años, tan poco a poco que ni siquiera había sido consciente de mi estado real hasta el enfrentamiento con Kerisha.

Rodé sobre el estómago, y me puse a cuatro patas en un intento de alzarme y aplacar los pensamientos que burbujeaban en mi mente. Nasir me observó con expresión desinteresada mientras se sacudía la arena mojada sin demasiado éxito de la ropa y el pelo. No se dignó a tenderme la mano, aunque tampoco la hubiese aceptado.

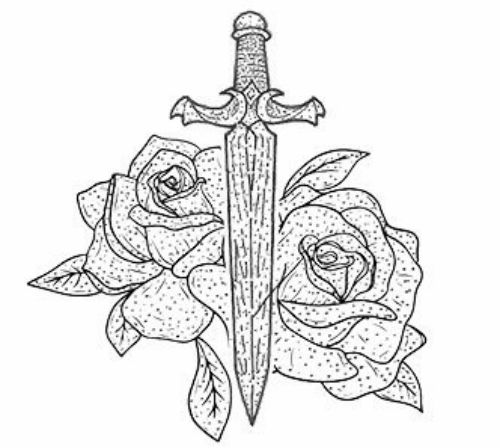
Inhalé con orgullo y con un empujón decidido logré ponerme de pie. Mis botas se hundieron en la tierra mojada y estuve a punto de trastabillar por el temblor de mis rodillas.

—¿Y ahora qué, Espaditas? —dije, mis dientes castañeteando por el helor de la noche.

Apretó la mandíbula, su interés centrado en las ligeras sacudidas de mis hombros y en mis prendas mojadas. Las gotas saladas caían de su pelo plateado, y aunque todo él estaba empapado, no temblaba. Tal vez tolerase mejor las temperaturas bajas que yo; al fin y al cabo, la esencia de los evocadores era puro témpano, su sangre era gélida y su tacto, cortante. Pero como todo respecto a ellos, era una suposición; nadie conocía sus secretos, no más allá de su debilidad al sol y al fuego pyrense. Además, él era un mestizo, lo que empeoraba ya de por sí mi escaso conocimiento.

Me estremecí de nuevo y el movimiento abrupto lo espabiló. Ojeó las estrellas y la posición de la ciudad. Tardó unos segundos en responder:

—Creo que no estamos lejos de la posada donde me alojo. Iremos allí.



15

El camino hacia la posada se hizo tan incómodo que apenas aprecié el bosque teñido con las primeras pinceladas del otoño.

El viento había aullado durante todo el recorrido, calándome los huesos y provocando que soltase maldiciones cada pocos minutos. Pero no había sido por eso por lo que el trayecto se había hecho insoportablemente largo y molesto. Había sido por la manera tan descarada en la que nos habíamos ignorado: yo no había mirado en su dirección, él no había mirado en la mía; si yo había apartado una rama baja, la había dejado ir entre los dedos nada más pasar, abofeteándole la mejilla; si él había descubierto una raíz protuberante o una hendidura en el terreno, la había esquivado sin advertirme, haciéndome tropezar y caer.

Cuando alcanzamos la posada —«El Tiburón Añil», leí en su cartel destartalado y oxidado —, intercambiamos una miradita resentida por encima del hombro. Mis rodillas estaban llenas de barro, roturas y moretones, y sus mejillas, repletas de arañazos a medio cicatrizar, el cabello albino cubierto de hojas secas. Pero no podía protestar: sus heridas sanarían en apenas unos minutos mientras que las mías tardarían el doble. Justo antes de que ocultase sus rasgos bajo la capucha y el sobrecuello, curvó los labios para dejarme claro que lo sabía tan bien como yo. Lo que no sabía era que un rodillazo en la entrepierna le dolería igual que a cualquier otro hombre.

Mi fantasía de él inclinado sobre el vientre con los ojos desorbitados se diluyó en cuanto empujó la puerta del local y el olor a sopa de marisco, a sudor, a humo y a hidromiel me abofeteó. Joder, había estado en antros indecorosos y de mala fama, pero ese desafiaba mis propios estándares.

La pared del fondo estaba apuñalada con arpones, estrellas de mar y una cabeza de tiburón plateado con las fauces abiertas encima de la chimenea. Frente a ella, decenas de hombres y mujeres vagaban desnudos de una mesa a otra, parándose en los regazos de los clientes. Algunos estaban ocupados contoneándose en pleno acto mientras consumían todo tipo de sustancias. Me fue imposible no distinguir el arciris en los labios azulados de un hombre, y todo mi cuerpo se tensó por el deseo y por el terror al mismo tiempo.

Llevaba seis años sin consumirlo, desde que empecé a servir a Dorian, y aun así cada fibra de mi ser se revolvió nerviosa por el anhelo de volver a experimentar su subidón. Era una sensación…, uf, deliciosa, explosiva. Única y liberadora. No podía competir con ninguna otra sustancia; ni siquiera mi metabolismo de bruja me había salvado de engancharme a consumirlo diariamente. E incluso después de todos esos años, verlo me… me…

Una jarra cayó al suelo, rompiéndose en decenas de trocitos, y di un brinco.

Me temblaban las manos, así que las sostuve entre sí para apaciguar el movimiento. En la boca, la saliva se me acumulaba tras los dientes, como si de repente me hubiese trasformado en uno de los chuchos del primer general. Si seguía fantaseando con ese sabor, con ese espectacular sabor, acabaría arruinándome la vida por tercera vez.

—*Posada* —grazné con dificultad, obligándome a seguirlo—. Burdel, más bien.

Nasir soltó un sonidito grave mientras se dirigía a las escaleras sin que nadie le prestase atención. Avancé con los labios apretados, esquivando a un par de hombres que vinieron hacia mí con sonrisas descaradas. Necesitaba alejarme de allí antes de que cometiese una estupidez irrevocable.

En el trayecto, Nasir lanzó una moneda a una de las mujeres. Ella la atrapó al vuelo y le dedicó una sonrisa lánguida y edulcorada, retirándose un mechón castaño que le cosquilleaba la mejilla.

—¿Acabas de…? Oh, de verdad. Si va a subir…

—Es para que prepare *la bañera* —me interrumpió con aspereza, lanzándome una mirada por encima del hombro—. Conozco las tradiciones de Denesse. Incluidas las que tienen que ver con la Unión y el sexo.

Arrugué el entrecejo mientras subía los escalones.

—¿*Tú*? —bufé, abrazándome los codos para evitar sacudirme por el frío… o por el deseo de volver al salón—. Conocerlas no quiere decir respetarlas. Y menos practicarlas.

Se detuvo con tanta brusquedad que choqué contra su espalda. Miró sobre su hombro otra vez, las facciones endurecidas.

—Las respeto —contestó—. Y las practico.

—¿Las *practicas*?

Podía haberme contenido, pero esbocé una sonrisa aniñada y pregunté:

—¿Todas *todas*? —Bajé las pestañas. El anillo tatuado descansaba al lado de su cadera, sus nudillos apretados—. Venga, Espaditas, mentir está muy feo.

Una risa vaga abandonó su garganta. Era obvio que sabía a *qué* me estaba refiriendo.

—Creo que eres la menos indicada para preguntar algo así. —Subió un escalón sin apartar la atención de mi rostro—. Porque estoy seguro de que tampoco practicas todas *todas*. Al menos desde hace… —Se llevó el dedo tatuado al labio y tamborileó en su superficie con actitud burlona—. ¿Cuándo dices que fue la última vez que practicaste la Unión, exactamente?

Lo fulminé con la mirada, pero eso no impidió que se me calentasen las mejillas. El rubor atrajo involuntariamente el recuerdo de Jayde, la manera en la que nos habíamos fundido en el bosque bajo la luna llena unas semanas antes de la batalla de El Cuello. Lo maravillosamente bien que me había sentido inmersa en esa vorágine de placer y magia, en la sensación de su

cuerpo detrás del mío. Hacía tanto de eso que casi lo había olvidado.

Fruncí los labios y retrocedí un escalón.

—Eso pensaba —respondió para sí mismo, suavizando la expresión con una media sonrisa y continuando hacia el dormitorio.

Me mordí la lengua para acallar una réplica tan afilada como infantil, porque contestar con un «Al menos yo la he practicado» no me haría ganar nada, solo parecer una niña enfadada. Aunque era tentador; dispuesta a decepcionar a los demás, qué mejor que a un medio evocador. Sonaba hasta divertido.

Abrí la boca preparada para soltar *la* frase; no obstante, enmudecí en cuanto deslizó la puerta de su dormitorio y vi el interior. Mi habitación en la Casa Dorada nunca me había parecido lujosa, más bien pecaba de simple, pero en comparación con *eso* podría haber sido la estancia de un palacio: un sillón rasgado y viejo, una mesa desequilibrada junto a la ventana, una chimenea y… una única cama.

—No pienso dormir contigo —fue lo primero que dije, mis ojos fijos en las sábanas perfectamente estiradas.

Nasir siguió la dirección de mi mirada, aunque no se detuvo. Se aproximó a la chimenea y reanimó el fuego. Su rostro se tornó anaranjado en cuanto las llamas empezaron a florecer, y el deseo de calentarme me suplicó aproximarme. Pero lo ignoré.

—¿Y quién te lo ha propuesto, Goldhar? El sillón es todo tuyo —contestó, bajándose la capucha y el sobrecuello que le rodeaba la garganta—. Pasa de una vez. Y deja tus armas donde pueda verlas. Incluidos los cuchillos que escondes en tus bonitas botas; no te pienses que me he olvidado de ellos.

Una carcajada seca escapó de mi boca.

—¿Que haga *qué*? —Cerré la puerta con un puntapié, pero no me despegué de ella. El olor a humedad impregnaba el ambiente e incrementó la sensación helada que me atizaba el cuerpo. Era molesto.

Con dos zancadas largas, alcanzó la cama y se arrodilló. Parpadeé atónita cuando empezó a sacar de debajo del somier un desfile de armas y utensilios afilados: dos puñales, un arco y una aljaba repleta de flechas, tres cuchillos, unos puños de acero y… unas jodidas cadenas.

—Si vamos a pasar la noche juntos, dejaremos todo a la vista para que no haya malentendidos —explicó.

Me reí con incredulidad.

—Tienes unas putas cadenas —señalé, incapaz de despegar los ojos avellanados de su superficie argentada. Hasta decirlo me sonó absurdo.

Asintió con la cabeza mientras las tomaba entre las manos, y frunció el ceño como si no entendiese dónde estaba el problema o por qué estaba tan escandalizada. Como si unas cadenas se equiparasen a unas inofensivas mudas o a un provocativo conjunto para dormir.

—¿Y?

—¿*Y*? —Di un paso tentativo hacia él, pero me lo pensé mejor. No me despegaría de la maldita puerta en toda la noche. O mejor, quizás pudiese encontrar otro sitio donde dormir—. ¿Qué tipo de persona viaja con unas cadenas en su equipaje?

Me embistió con la mirada y una sonrisa pícara asaltó sus labios. Se irguió con lentitud y se acercó a la mesa. Me apreté más contra la puerta cuando pasó delante de mí y las depositó sobre la superficie con un impacto sordo.

—Una precavida.

—Una pérfida.

—Son útiles.

—No lo creo.

Sonrió mientras trasladaba los cuchillos y los puños de acero a la mesa. Luego la espada y las dagas, y finalmente el arco y la aljaba. Cuando pensaba que ya había terminado, deslizó la mano bajo la capa mojada y sacó del muslo de su pantalón otro puñal. Y de sus botas otros dos más pequeños y una navaja.

—Ahora tú —me indicó, ladeando la cabeza hacia la pila de metal cuidadosamente ordenado que descansaba sobre la mesa.

—¿Qué?

—*Ahora tú* —repitió, gesticulando—. Tus cuchillos y la daga.

Negué con la cabeza y varios mechones de mi cabellera rubia y empapada se me deslizaron sobre los hombros. Si en algún momento había tenido un resquicio de confianza en él, acababa de desaparecer ante el aluvión de acero que descansaba sobre la mesa.

Dio un paso hacia mí y levantó la barbilla, cruzándose de brazos.

—¿Me vas a obligar a quitártelos, Goldhar?

Levanté el dedo corazón como respuesta y Nasir se rio bajito, negando con la cabeza. Con dos pasos largos se situó ante mí, tan cerca que me obligó a alzar el mentón para mirarlo a la cara.

Bajó los ojos hasta Infalible, cavilando, y…

—Atrévete a ponerle la mano encima y te juro que acabarás con ella ensartada en la frente. —Le di un golpecito contundente con el dedo justo en el medio de las cejas, interrumpiendo sus pensamientos—. O en el cuello —apunté, arrastrando la uña por sus facciones húmedas hasta la parte baja de su mandíbula.

Enarcó las cejas y sonrió con picardía. Entonces, tan veloz que no pude reaccionar a tiempo, retuvo mi muñeca contra la puerta.

Siseé y forcejeé, si bien no se detuvo ahí. Resbaló los ojos hacia mi cadera otra vez y movió la mano libre con una lentitud pasmosa, obligándome a ser consciente de cada milímetro de su avance hacia mi daga. Curvó los dedos sobre el mango; no obstante, con un manotazo furioso le atrapé la mano, ejerciendo presión contra la empuñadura para impedirle que la deslizara fuera de la funda. Su tacto templado rozaba la parte alta de mi muslo.

—Las armas, en la mesa —repitió en un susurro controlado. Sus dedos se reacomodaron sobre la daga, bajo los míos. No rebajó la tensión sobre mi muñeca izquierda—. Si quieres que vayamos de frente, lo haremos. Pero no juegues a fingirte inofensiva…, *princesa*.

El rasgueo en su voz tensó cada uno de mis músculos y, por un momento, mis rodillas se fundieron, provocando que apoyase más peso contra la puerta y él avanzase unos centímetros sobre mí.

—Yo no juego —siseé—, así que suelta mi jodida daga.

—Yo tampoco —contestó, abriendo un poco más las rodillas. Una gota se precipitó de uno de sus mechones y paseó por su mejilla hasta los labios. Estaban entreabiertos, su lengua acomodada entre los dientes—. Así que podemos hacer esto por las buenas… o por las malas; porque créeme que no vas a dormir armada cerca de mí.

Me reí con sequedad ante su comentario, pero ni siquiera vaciló un poquito.

—¿Tanto miedo te doy, Espaditas? Para tener los poderes de un evocador y de un brujo y tener un arsenal de armas debajo de la cama, eres muy impresionable.

—¿«Impresionable» por no fiarme de una comandante experimentada que, además, resulta ser la hija de Sylvina Silver y la heredera de su magia sepulcral? Mataste a cientos de soldados de la Legión Ardiente en la Gran Guerra con apenas un chasquido de poder y tu control sobre los muertos, incluidos a guerreros de fuego. Y otro centenar solo con tu daga. —Tiró ligeramente de Infalible, remarcando sus palabras—. Sería un estúpido si ignorase esa información.

Centró la mirada en mí, y algo en el brillo de sus ojos hizo que vacilase y descendiese la atención a los cordones de mis botas con precipitada necesidad. Joder, hacía años que nadie me miraba así: con un resquicio de respeto, de admiración.

—¿Y bien? —insistió ante mi silencio—. ¿Qué hacemos, Goldhar? ¿Me das tu daga y tus cuchillos y los dejamos en la mesa?, ¿o te acompaño al sillón y te demuestro lo útiles que pueden ser unas cadenas como parte del equipaje?

Gruñí ante su amenaza, y las miré por encima de sus hombros. Descansaban sobre la mesa hechas un revoltijo de acero. Eran tan parecidas a las que Dorian usaba en el sótano, las que había temido a diario… Casi podía sentir su mordedura helada sobre mí. Pero él no era Dorian. Y yo ya lo había visto ceder en un par de ocasiones.

—Que te jodan —gruñí, alzando el mentón.

Rio bajito, meneando la cabeza… Y de repente se inclinó sobre mis labios.

Todos mis músculos se tensaron, anticipando la humedad de su boca contra la mía. Al contrario de lo que hubiese esperado y deseado, me descubrí preguntándome a qué sabría. Cómo se sentiría. Si me gustaría o no. Y el instinto fue tan fuerte, tan vergonzoso y traidor, que cuando su olor natural me invadió las fosas nasales, me calenté y arqueé la espalda contra la puerta, friccionándome por accidente contra él.

El gemidito que se me escapó al notar su cuerpo mojado contra el mío reclamó toda su atención, porque se detuvo a apenas unos milímetros de mis labios entreabiertos y examinó mi boca con interés, como si desease volver a oírlo. Algo que no *iba* a pasar. Luego, subió la mirada. Por un momento eterno, creí que ardería allí mismo, engullida por esos aros rojizos que parecían haberse engrosado. Había tenido demasiados amantes como para distinguir cuándo alguien me deseaba. Y él lo estaba haciendo con fervor.

Quizás por culpa de ese brillo pecaminoso en el fondo de sus ojos, no me percaté de sus dedos moviéndose bajo mi mano. Se enroscaron en el mango de Infalible y la extrajeron con un giro de muñeca veloz y controlado. Posicionó su filo a la altura de mis clavículas, justo sobre la base del cuello. Entonces lo entendí todo: nunca había querido besarme, había sido una estratagema rastrera para distraerme y que aflojase la presión sobre su mano. Y yo había caído en

ella como una inexperta.

Apreté los labios, buscando una manera de librarme de él a la desesperada. En esa posición tan íntima ni siquiera tendría la oportunidad de asestarle un rodillazo en los testículos, algo que estaba deseando hacer con todo mi corazón. Y por su sonrisa confiada, lo sabía tan bien como yo.

Bajó la punta de Infalible por el centro de mi cuerpo, irguiéndose de nuevo para controlarme desde su altura, y cerré los ojos. Unas pequeñas lucecitas anaranjadas flotaron en la negrura de mis párpados apretados. Se detuvo justo en el medio de mis pechos, el filo acariciando la curvatura de mi seno derecho… Luego, dio un paso hacia atrás.

Las rodillas casi me cedieron de alivio al sentir cómo se alejaba de mí. Con un juego de muñeca, rodó el mango de Infalible y me lo cedió.

Se lo arranqué de entre los dedos.

—La próxima vez, intenta no distraerte tan fácilmente. Aunque ese gemidito ha sido una reacción interesante —ronroneó con malicia. Noté la cara y el cuello ardiendo—. Y ahora, *por favor,* deja tus armas en la mesa.

Me dio la espalda y continuó desempaquetando otro fardo que escondía debajo del somier, como si no hubiese pasado nada. Observé el filo de Infalible. Tal vez debería clavárselo entre las escápulas. Eso *sí* sería una reacción interesante.

Sin embargo, bufé y me encaminé dando zancadas sonoras hacia la mesa para dejar a Infalible. Aticé con tanta rabia la superficie que sus armas temblaron. Y después volvieron a temblar cuando dejé el cuchillo de mi bota. Qué bien, el otro se había extraviado en el océano.

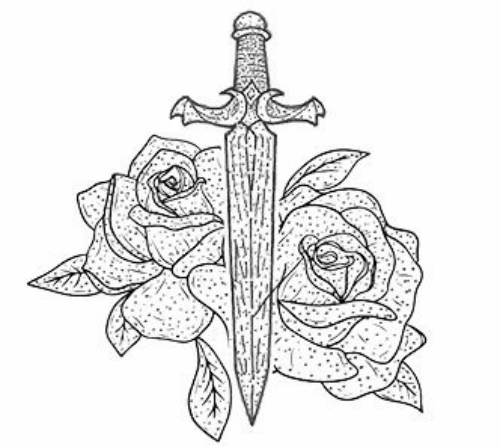
—Subirán la bañera dentro de poco —apuntó tras de mí, su voz calmada—. Creo que esto te servirá mientras se seca tu ropa.

Me di la vuelta, aún enfadada. Sobre la cama había una túnica negra de terciopelo adornada con unos ribetes plateados alrededor del pecho. *Suya,* e idéntica a la que empleaban los evocadores. Junto a ella, me había dejado unos calcetines de lana que, por el tamaño de sus pies, me subirían más allá del tobillo.

—Báñate y cámbiate mientras voy abajo; quiero mandar un mensaje a Kerisha para ponerla al tanto de la nueva situación. Mañana hablaremos.

Se encaminó a la puerta, aún empapado de pies a cabeza.

—Y, Goldhar. —Se detuvo con la mano sobre el pomo y me echó un vistazo por encima del hombro—. Debajo de la almohada hay un pedernal pyrense, y en el armario unas cuantas velas. Enciéndelas, hazte el círculo de cinco puntas alrededor del sillón y quédate el pedernal.



16

Apenas pegué ojo en toda la noche, y las pocas veces que logré sumirme en la inconsciencia, me desperté entre jadeos temblorosos y la imagen de Dorian clavada entre las cejas. Por si no fuese bastante vergonzoso, en una de esas ocasiones descubrí a Nasir estudiándome desde *su* cama, tumbado sobre el costado, con el brazo bajo la almohada y una expresión tan indescifrable que me puso nerviosa.

Después de eso, renuncié a dormir. En parte porque los evocadores eran cazadores nocturnos y, por mucho que hubiese tenido el detalle de encender las velas alrededor del sillón al descubrir que yo no lo había hecho, no podía fiarme de él. Por otra, la peor y la que más me repugnaba, porque cada vez que cerraba los párpados se me esbozaban sus malditos pectorales, atenuados por la noche y semitapados por las sábanas. Era principios de otoño, ¿quién dormía sin camiseta? Porque quería pensar que era *solo* sin camiseta, ya que me había obligado a ignorarlo mientras se bañaba y se preparaba para dormir.

—¿Vas a acabarte eso en algún momento?

Su pregunta me trajo de golpe al presente, aplacando mis elucubraciones sobre el pijama que usaba o *dejaba* de usar.

Removí la avena caliente del desayuno con la cuchara de un lado a otro, bajo su atenta mirada. Él hacía tiempo que había terminado su bol y ahora simplemente se dedicaba a observarme con aburrimiento. Había algo de placentero en ese hecho, en cómo sus ojos zigzagueaban con el ir y venir de mi mano y en la curvatura hastiada de sus labios.

—Está insípida —le comenté con intención de irritarlo. La realidad era que el sabor me importaba poco; tenía el estómago cerrado.

—Hum —se limitó a murmurar, apoyando la mejilla en los nudillos y reclinándose más en la silla.

Un mechón de su cabello plateado le acarició las cejas e hizo despuntar todavía más el borgoña que impregnaba sus iris. Sin el azul cristalino en su mirada, estar ante él resultaba intimidante. Y ya estaba bastante nerviosa como para que lo empeorase.

—¿Tienes que estar *así*? —Proyecté la cuchara en dirección a su rostro.

—¿Así cómo?

—Con los ojos *así.* No hay nadie; no sé si te has fijado.

Estudió con desgana el salón del burdel antes de apoyar los codos e inclinarse a un palmo de mí. Su expresión se volvió afilada y burlona.

—Que *tú* no veas a nadie no quiere decir que *nadie* pueda vernos —puntualizó con una sonrisita jugueteando con la comisura de la boca—. Así que sí, en público es necesario. Sería peligroso para los dos que alguien descubriese mi mestizaje.

—Por si no te has percatado, todo esto ya es peligroso.

Moví nuevamente la avena para amilanar el desasosiego de mi estómago, sin éxito.

Dorian habría regresado ya a la ciudad, posiblemente de madrugada. ¿Dryan habría hablado con él? Tal vez si su respetado capitán de la guardia le explicaba los motivos de mi desaparición, mi castigo sería algo más benévolo. Unos golpes con la vara y unos días de reclusión en el sótano bastarían para…

Ni de coña. *Ni de puta coña*.

Esa vez me encadenaría durante meses para mantenerme *a salvo*, como si fuese una de las joyas que atesoraba en el banco. Solo él me tocaría, solo él se encargaría de disciplinarme por haberme puesto en riesgo de esa forma. Yo era Khasil Silver, *su* princesa, *su* bruja, y teníamos un pacto inquebrantable, más allá de ese ridículo contrato de servidumbre con fecha de expiración.

Si él quería encadenarme allí abajo durante tantos meses que olvidase el roce del sol sobre la piel, lo haría. Si quería golpearme hasta abrirme la espalda, obligarme a rezar hasta que me quedase muda, o quitarme el guante que escondía mi quemadura para humillarme, por supuesto, también lo haría. Y yo jamás podría huir de él. No lo suficiente como para liberarme de su yugo.

Quizás por eso nunca había intentado fugarme, porque no serviría para escapar de nuestro secreto. Y porque también, por mucho que pretendiese que no fuese así…, una gran parte de mí se deleitaba con los castigos. Me los merecía; eran el precio a pagar por la muerte de Virian y los demás brujos.

—Eh.

Nasir me rozó la mano, y lancé la cuchara del sobresalto. Salió disparada hacia arriba y cayó contra la mesa con un golpe seco, salpicándonos a ambos de pasta de avena.

—¡Joder! —Me limpié la mejilla y la frente con los nudillos desnudos en un gesto rudo y desaliñado. Me galopaba el corazón—. ¿Qué crees que haces? No me toques, ¿me oyes? No me vuelvas a tocar…

—No te tocaré —me interrumpió, apretando la mandíbula. Se limpió la pasta de la nariz con la servilleta—. No lo haré, te lo prometo —repitió, con calma—. Pero pensaba que ibas a vomitar.

Abrí la boca y formé una «o» con los labios. No me había percatado de mis cejas fruncidas ni del nudo en la garganta. Mucho menos había sido consciente de la cara que debía estar poniendo. Me sonrojé.

Sin apartar la mirada de mí, se reclinó sobre el asiento y empezó a balancearse con la punta

de las botas. Tenía la misma expresión que en la playa, contenida e inquieta, y supe que estaba pensando de nuevo en lo que le había dicho sobre el cobalto.

—¿Y bien? —pregunté para desviar la situación—. ¿Nos vamos a quedar en este burdel comiendo pasta insulsa hasta que nos descubran?

Entornó los ojos, cruzando los brazos sobre la camisa gris. Me resultaba raro verlo sin su chaleco de cinchas, solo con esa camisa que se burlaba de mí resaltando sus *duros-pectorales-indecentes*. Pero su ropa seguía húmeda, al igual que la mía. Además, ¿no era más inesperado verme a mí con su túnica a modo de vestido?

—Mi hermano depende de mí —insistí, más segura—. Y soy una mujer ocupada.

—E impaciente.

Una carcajada seca me atravesó la garganta.

—Entérate: por mucho que creas conocerme, no lo haces. —No, hacía años que ni yo misma lo hacía.

Soltó un gruñidito bajo y relajó y contrajo los nudillos varias veces. Tomé nota mental de analizar mejor ese gesto. Quizás fuese una manía que pudiese darme información sobre sus emociones en los momentos más inesperados.

Tardé un instante en decir:

—Antes de todo este lío, mi plan era ir a los Archivos. Como son los más grandes en Oriente, habrá cientos de tomos sobre El Abismo. Puede que en la sección pública no haya nada de valor, pero quizás si me cuelo en la prohibida…

—Olvídate de eso. Por mucho que me guste, no estoy aquí para leer.

—Oh. —Abrí mucho los ojos y me di un manotazo flojo en la frente—. Es verdad. Estás aquí para… ¿Para qué? Aparte de para ser un grano en el culo, me refiero.

Apoyó los codos sobre la mesa y perfiló una sonrisa taimada. Examiné su tatuaje cuando atrapó mi cuchara y la introdujo de nuevo en mi desayuno. Por cómo lo había visto estirar las sábanas, doblar la ropa y ordenar las armas esa mañana, bastante tiempo había aguantado la tentación de dejarla donde se suponía que debía estar.

—Estoy aquí para llevarte ante las únicas personas en todo Oriente que pueden decirte cómo atravesar El Abismo, Goldhar. Esa es mi misión.

Parpadeé como una idiota.

—¿*Cómo*? —Mi voz brotó demasiado aguda por la sorpresa. Me aclaré la garganta con rudeza antes de preguntar—: ¿Quiénes?

—No sé sus nombres. Pero sé dónde están.

—¿Dónde? —Me apoyé sobre la mesa con cierta ansiedad. Por mucho que luché por no emocionarme, un hormigueo alegre coleó en la boca de mi estómago y me aceleró el corazón—. ¿Están lejos de Puerto Soleado? ¿Cuántos días de travesía serían? ¿Es difícil llegar hasta allí o…?

—Tampoco lo sé.

Esa vez, fruncí la boca con disgusto.

—¿Cómo que no lo sabes? —farfullé. Respiré profundo para no cogerlo del cuello de la camisa y zarandearlo—. ¿No acabas de decir que *sabes* dónde están?

Nasir imitó mi postura. De pronto, estábamos tan próximos que capté los matices de su perfume natural y me asaltó el recuerdo de nuestro encontronazo de anoche, cuando había fingido que iba a besarme. Me acaloré, pero aun así, no me retiré.

—Están en la Torre de la Niebla —bajó la voz tanto que su aliento se convirtió en una caricia suave sobre mis labios, una que me costó ignorar.

Parpadeé otra vez y clavé la atención en la ventana a su espalda.

Tenía que haberlo oído mal…, o tenía que haber consumido a escondidas algún tipo de alucinógeno. Por el maldito cielo, ¿Kerisha había confiado mi identidad a un medioevocador que *se metía* alucinógenos?

Hundí la cabeza entre las manos. Un sutil temblor jugaba con la punta de mis dedos y, sin saber muy bien por qué, empecé a reírme por lo bajo. Tal vez tanto fulgor áureo me había sofreído el cerebro, como le pasaba a los humanos que lo consumían.

—¿Por qué te ríes? —Tamborileó en la superficie de la mesa. Casi hubiese jurado que se estaba conteniendo por no tomar mi barbilla y forzarme a que lo mirase a los ojos.

—Con que *están* en la Torre de la Niebla… —repetí, mi voz tan trémula que se asemejaba al llanto—. Y dime, ¿no serán también duendecillos de esos de los que hablan las canciones? Por favor, dime que sí.

Fuera cual fuese el alucinógeno que consumía, tenía que ser fuerte, porque frunció las cejas con una expresión hastiada, como si el problema fuese mío y no de él.

—No son *duendencillos*, Goldhar; son los alquimistas de la torre. Y no estoy bromeando.

—Entonces, simplemente has perdido la jodida cabeza: los *tuyos* destruyeron esa torre hace una década.

Se le hincharon las aletas de la nariz, evidenciando que le había molestado que lo hubiese incluido dentro del grupo de los evocadores. El detalle me arrancó otra carcajada desgañitada. ¿En serio?

—¿Tan poderosos crees que son como para destruir una torre forjada por Ignitia? —preguntó, cuadrando los hombros—. Por mucho que proclamasen su destrucción, no fue más que una mentira para desmoralizar a la Legión Ardiente.

Esas palabras cortaron cualquier atisbo de ironía que pudiese permanecer en el fondo de mi garganta y fruncí el ceño.

Por lo poco que recordaba, dado que los meses posteriores a la creación de El Abismo había vagabundeado de manera ausente, el rumor de su destrucción se había extendido justo antes de que cayese Puerto Soleado, la última ciudad a manos de la Legión Ardiente en territorio oriental. La noticia supuso un jarro de agua fría entre las tropas, ya de por sí desalentadas por la inesperada pérdida de magia de sus guerreros de fuego y el aislamiento con Occidente, y provocó que huyesen y dejaran la ciudad a merced de la Alianza Imperial. Solo unos pocos días después, el emperador Nirav Vanisha celebró la primera fiesta de la Conquista para festejar su dominio sobre Asara, Icenen, Ríos Altos e Ylere, completando con Valyn toda la extensión de Oriente.

—¿Para qué molestarse en inventarse una mentira así? —murmuré, aturullada—. La Alianza poseía el resto de reinos orientales. No necesitaban ninguna mentira para que la mierda les llegase al cuello. Por no hablar de la pérdida de poder de los hijos de Ignitia, los *zorritos*, tras

la creación de El Abismo —dije, usando el apodo que adorábamos emplear en la guerra para molestar a los guerreros de fuego.

Ladeó la cabeza y esbozó una media sonrisa calmada.

—Porque los evocadores y el emperador eran conscientes de que jamás podrían encontrarla y destruirla; porque sabían que, mientras siguiese existiendo, la Legión Ardiente mantendría la esperanza. Esa torre es mucho más que una escuela mágica para formar a los mejores alquimistas del mundo; es el mismísimo símbolo de la diosa de fuego en Oriente. Destruirla suponía sepultar a Ignitia en este lado de Irinea. Y sin una diosa a la que pedir aliento, los guerreros de fuego y los soldados de Ventura, Adarna y Ríos Altos caerían y no volverían a alzarse. En la guerra, la desolación es tan poderosa como cualquier otra arma, sino más.

Por mucho que me molestase, sonaba válido.

—Pero… Si fue una mentira, ¿por qué no se han detectado nuevos alquimistas en los últimos diez años? Deberían haber seguido formándose.

—La magia de la torre es compleja. Parece que la protección que la mantenía oculta ante los ojos de los no dotados para la alquimia, la que se asocia a su poder de traslación, se intensificó durante la guerra. De alguna forma, la torre parece haber adquirido una conciencia propia, y esa conciencia es la responsable de que nadie haya vuelto a verla en los últimos diez años, ni siquiera los dotados. Además, los recuerdos de los alquimistas apresados se esbozan distorsionados e incompletos. Por mucho que los evocadores intenten hurgar en sus mentes, apenas son capaces de captar retales de información. Es como si la magia estuviese interfiriendo en los propios alquimistas para mantener la torre escondida y proteger sus recursos y secretos de la Alianza Imperial.

Me recliné, cruzando las piernas y dándole vueltas a lo que acababa de contarme. Todo el mundo había escuchado hablar de la magia que envolvía la torre y la volvía inalcanzable para los no dotados, pero ¿esa magia podría ser tan poderosa como para blindar los recuerdos de cientos de alquimistas? Sonaba utópico, aunque antes de El Abismo tampoco hubiese creído que la diosa de fuego tuviera el poder suficiente como para partir el mundo por la mitad.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté, apretando los labios—. Si lo que dices es cierto, entiendo que se consideraría información confidencial. Y podría usarla para acusarte de traición.

La comisura de sus labios se curvaron hacia arriba, dejándome apreciar sus dientes alineados.

—¿Qué importa cómo lo haya descubierto?

—Importa —gruñí—. ¿*Qué* ganas con todo esto?

Su mirada refulgió con desconfianza y se echó hacia atrás en su asiento.

—¿Vas a acusarme de traición, Goldhar?

Me examinó de arriba abajo, con esa mirada teñida de sangre. Si su intención era intimidarme, lo consiguió. Aun así, estiré la columna y mantuve mi expresión neutral. No le daría el poder de doblegarme; no cuando Dorian ya tenía tantos pedazos de mí.

—Entonces, no te incumbe —zanjó al ver que no respondía—. ¿Me crees o no?

—Claro que no —mentí a regañadientes. Lo cierto era que estaba considerándolo—. Además, si lo hiciese, ¿por qué estás tan seguro de que esos alquimistas sabrán cómo atravesar

El Abismo cuando hay cientos de ellos atrapados en los Palacios y no han averiguado nada en diez años?

—Para empezar, nunca he dicho que esté seguro. Y precisamente que esos cientos de alquimistas no hayan logrado dilucidar una manera de quebrar o traspasar El Abismo es lo que me hace sospechar que la solución podría estar oculta en la torre. Quizás el Maese la conozca o cuente con algún encantamiento.

Me mordí la lengua, cavilando esa teoría absurda.

—Y si ellos o el Maese la conociesen, ¿por qué no han sacado provecho? —insistí—. Todavía hay seguidores de Ignitia ocultos en Oriente. Ellos mismos, sin ir más lejos. Podrían haber atravesado El Abismo para reunirse con sus aliados en Occidente o incluso haber orquestado un ataque sorpresa con la Legión Ardiente.

Nasir chasqueó la lengua.

—No tengo todas las respuestas, Goldhar. Pero tienes que creerme cuando te digo que existe un método para encontrar la torre, uno que se creó en secreto para mantener la comunicación entre el gobierno de Ríos Altos y los alquimistas. Y ese método ha terminado en mis manos.

Sentí un tirón en la boca del estómago. Desconfianza, eso era. ¿No estaba resultando todo demasiado sencillo?

—¿Y cómo es posible que tú, solo tú, tengas ese supuesto método para localizar la torre? —lo presioné.

—Un contacto.

—¿Un contacto? —repetí con suspicacia—. ¿Qué tipo de contacto?

Apretó la mandíbula, valorando en silencio si responderme o no.

—Una alquimista. Ella me habló de su existencia y me lo facilitó.

—¿A ti? —bufé. Nadie confiaría nada a alguien como él—. ¿Con qué fin?

Me retiré hacia atrás cuando apoyó las manos en la mesa y se inclinó sobre ella, enseñándome los dientes.

—Me estás empezando a aburrir —zanjó. Su lenguaje corporal había cambiado y estaba rígido, incómodo—. Si no confías en lo que te digo, no vamos a poder avanzar. He perdido ya un año rastreándote como para seguir malgastando el tiempo. Todo esto me importa tanto como a ti, *necesito* que salga bien, así que tienes dos opciones: o creerme, trabajar conmigo y dejar de hacer preguntas irrisorias, o investigar por tu cuenta hasta que te des cuenta de que me necesitas y regresemos a esta misma conversación. Seguramente, tu hermano te agradecería que escogieses la primera. Y yo también.

Bufé.

¿Cómo se atrevía a hablarme así? Además, ¿qué esperaba que hiciese? ¿Que me mordiese la lengua, no preguntase y agachara la cabeza ante todo lo que me estaba diciendo? Era el hijo de un evocador. Ya era un milagro que estuviese allí, con él, compartiendo aire, en vez de cercenarle la garganta con Infalible para obligarlo a pagar una décima parte de lo que nos habían hecho en la guerra. De lo que nos *estaban* haciendo, a pesar del tratado.

—Bien —escupí después de un par de minutos fulminándonos con la mirada y cavilando

tanto que me hervía la cabeza—. ¿Quieres que confíe en ti? Pues venga, pongámonos en marcha. Dorian me buscará y, cuando me encuentre, preferiría que fuese después de haber hablado con esos supuestos alquimistas y haberle facilitado la información a Kerisha. No antes.

Algo en mi pecho protestó y un estallido de pánico contenido me subió por la garganta. ¿En serio estaba dispuesta a abandonar Puerto Soleado? Aunque le mintiese a Dorian y le dijese que Nasir me había arrastrado a la fuerza, sería inútil. Estaba firmando una condena que no sabía si podría soportar, y todo por una información poco fiable y un aliado indeseado.

—No podemos irnos todavía.

Entorné los ojos tanto que temí que no volviesen a su posición natural.

—El método es complejo, y no sé interpretarlo del todo —explicó, ignorando mi mala cara —. Pero si la información que me facilitó mi contacto es correcta, hay alguien en la ciudad que puede ayudarnos: la alquimista liberada.

Me reí bajito, escéptica.

—Qué casualidad, ¿no?

Esbozó una sonrisa taimada y abrió un poco los codos sobre la mesa.

—Sí. Una *casualidad fortuita* que alguien consiguiera robar y distribuir algunos planos de Palacio entre las peores tabernas de Ríos Altos hace un par de meses. Y otra *casualidad* que ese mismo alguien esparciera rumores sobre una alquimista especialmente habilidosa, una que resultaría de mucha utilidad a la causa rebelde.

Su mueca se ensanchó conforme fijaba los ojos en los míos. La picardía tras sus pestañas estuvo a punto de robarme una risita asombrada. *A punto*.

Si de verdad necesitábamos a esa alquimista para su absurdo plan, había sido muy astuto al hacer que los rebeldes se ocupasen de liberarla. No se había involucrado directamente: había actuado desde las sombras, en una estrategia limpia mientras ellos se encargaban del trabajo sucio. Aunque robar esos planos y distribuirlos… Solo un desesperado o un imbécil se arriesgaría tanto a que lo descubriesen y lo acusaran de traición.

—O sea, que los rebeldes te deben su golpe de gracia.

Se encogió de hombros, regalándome una bajada de pestañas como respuesta.

—¿De dónde sacaste los planos? ¿Otro «contacto»?

—Sé dónde robar. Y sé a quién.

Bufé, porque la sequedad de su respuesta me indicó que no me desvelaría más detalles.

Aparté el bol de avena caliente y me incliné sobre la mesa, apoyando la barbilla en los nudillos. Él no se achantó ante mi proximidad, aunque frunció ligeramente el ceño, como si algo lo hubiese desconcertado.

—Entonces, ¿ese es tu plan? ¿Buscar a esa alquimista? Porque temo ser agorera, pero esos rebeldes están resultando imposibles de localizar. Y, por si no lo he dejado suficientemente claro, tiempo no me sobra.

Ni siquiera Dryan tenía una pista de su paradero actual, y era el experto rastreando redes rebeldes. Podríamos tardar… ¿qué?, ¿meses? Y en cuanto regresara con Dorian, mis opciones se acabarían.

—Te rastreé a ti —dijo, una mueca satisfecha en sus facciones.

—Y tardaste un año, por lo que has dicho.

—Contando que lo último que se escuchó sobre la princesa de Denesse ronda los nueve años, y que la mayoría la dan por muerta, no me parece que sea tanto tiempo.

Apreté los labios, pensando cómo rebatirlo solo para tener la razón. Pero se me adelantó:

—Te guste o no, soy un excelente rastreador, Goldhar. Y estoy convencido de que puedo localizarlos antes de lo que crees. Así que hagamos un trato: te acabas el desayuno de una vez y te quedas aquí hoy, sin meterte en problemas, y yo voy a la ciudad, recupero mis espadas…

—Y mi fardo de fulgor áureo.

—… y tu fardo de mierda áurea, e intento enterarme de cómo están las cosas después de las ejecuciones de ayer. Incluido qué podemos hacer con el permiso que no tienes. Seguro que se me ocurre algo para conseguirte el tiempo que tanto necesitamos.

Me extendió la mano tatuada con una media sonrisa contenida.

La miré con el ceño fruncido. Todo eso era una auténtica gilipollez. Aunque, ¿qué otras opciones tenía? ¿Ir a los Archivos y empezar de cero, leyendo una cantidad insostenible de soporíferos libros que tardaría meses en estudiar a fondo?

Dejé ir el aire por la nariz y rezongué:

—La última vez que la acepté, no salió muy bien.

—Prometo que esta vez no acabarás gritando debajo de mí.

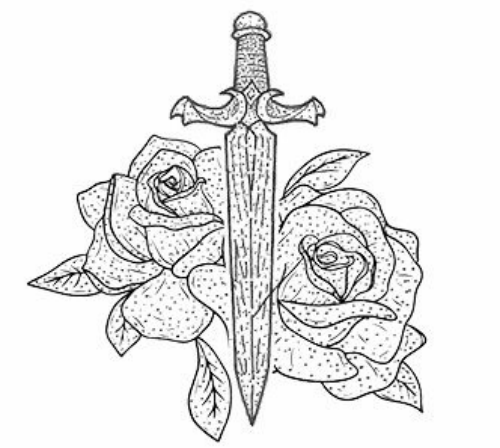
Sus palabras despertaron un cosquilleo caliente e inesperado en mi bajo vientre. Y lo peor era que, de alguna forma, percibió el cambio en mi cuerpo, porque se lamió el labio inferior con una expresión que… *uf*.

Aparté la atención de él, maldiciendo a Cosmo por haberles concedido ese atractivo insoportable a los evocadores. Trabajar con Nasir sería *un poco* más fácil si al menos pudiese ver al monstruo real que escondía bajo la piel y no… bueno, toda esa musculatura indecente. Era injusto que incluso después de poseer los cuerpos de sus víctimas pudiesen manipularlos sutilmente para embellecerlos.

—¿Trato? —preguntó de nuevo.

—Qué remedio —refunfuñé entre dientes.

Tomé una respiración rápida y, antes de que pudiese reflexionar qué estaba haciendo, cerré la mano sobre la suya.



17

El corazón me bombeaba a la altura de la garganta mientras el sudor se acumulaba sobre mi frente. No hacía calor, ni siquiera el cielo estaba despejado, pero estaba demasiado tensa como para controlar mi nerviosismo conforme me adentraba por las calles de Puerto Soleado.

Me movía lenta y sorteando las aglomeraciones, procurando evitar llamar la atención hacia mi extraña indumentaria —la túnica de Nasir, ceñida a duras penas a mi cintura con mi cinto, un zurrón que había encontrado en su dormitorio, mis pantalones húmedos y mis botas altas de cordel—; sin embargo, en ningún momento mis pies vacilaron de dirección.

Alcancé el Barrio Alto y lo atravesé hasta llegar a la calle ornamentada que conducía a la Casa Dorada. Para mi sorpresa, había cuatro guardias más de los habituales apostados en la puerta, todos armados hasta los dientes, con la lanza valynesa a sus espaldas.

Me detuve en la esquina, oculta tras la casa colindante, y tomé una inhalación controlada mientras procuraba aquietar mi pulso. Había estado alterado desde que había abandonado a hurtadillas El Tiburón Añil, me había colado en el carro de una de las clientas que iba a la capital y había contenido el aliento, escondida entre su mercancía, hasta atravesar las murallas.

Veinte minutos. Había aguantado veinte tortuosos minutos en la cama de Nasir. Quince, más bien, antes de que una sensación claustrofóbica empezase a atosigarme el gaznate. A pesar de que Nasir no me había indicado que no pudiese salir del burdel, me había sentido cautiva entre esas cuatro paredes. No había importado que hubiese abierto las ventanas de par en par, o que hubiese hundido el rostro en las sábanas para apreciar ese olor a romero y lluvia que parecía impregnarlas. Cada vez que había cerrado los ojos había visto los verdes de Dorian. Y las cadenas en la mesa no me habían ayudado en absoluto.

No había sabido qué hacer. Mi mente había vagado de una preocupación a otra en un compás tortuoso. Una parte de mí me había suplicado regresar a la Casa Dorada y rogarle perdón a Dorian. Otra había pensado que volver sería un error, que si estaba en lo cierto y el castigo repercutía en meses de aislamiento y torturas, entorpecería mi misión de encontrar una manera de atravesar El Abismo y ayudar a Darius.

No quería convertirme en una forajida con orden de búsqueda y captura el resto de mis días; ya había vagabundeado durante años y había sido una experiencia desastrosa. Pero, en el fondo, sabía que haberme fugado con Nasir me había conducido a un callejón sin salida. Era no regresar junto a Dorian y aceptar las consecuencias o volver en ese mismo momento y abandonar cualquier esperanza de recuperar a Darius. La decisión era obvia.

Inhalé por la nariz, mordiéndome la lengua con tanta ansiedad que un sabor metálico empezó a acumularse en mi boca, y eché un vistazo por encima del hombro hacia la ventana de mi dormitorio. Nasir y yo habíamos hablado de localizar a los rebeldes, y sabía muy bien por dónde empezar.

Trepé por la canaleta que tenía a mi izquierda y alcancé el tejado con facilidad. Por mucho que Dorian me hubiese sobreprotegido todos esos años, valorando hasta los riesgos más insignificantes de cada uno de mis encargos, sortear la vigilancia de la Casa Dorada y colarme me resultaría un pasatiempo sencillo.

La brisa del océano se enredó en los mechones sueltos de mi nuca conforme avanzaba, y agradecí la frescura del inicio del otoño. Me dolía la cabeza desde la conversación con Nasir porque no había dejado de darle vueltas a cada una de sus palabras, sin llegar a creerme del todo lo que implicaban. ¿En serio iba a embarcarme en la búsqueda de la Torre de la Niebla confiando en su «método» para localizarla? Nasir…, bueno, él no tenía por qué engañarme, ¿no?

Se me escapó una risa irónica por la nariz mientras continuaba aproximándome, y me ajusté la coleta hasta que el cabello quedó tirante. Primera regla para sobrevivir sola: desconfiar de todos. En especial si ese «todos» se refería al hijo de un evocador que conocía mi identidad, porque ese detalle siempre complicaba las cosas.

El primer año de mi exilio, cuando todavía mantenía mi nombre, había recibido decenas de proposiciones de militares valyneses y evocadores que querían que entrase a su servicio, incluida una del propio Nirav Vanisha. Las había rechazado todas, incluso cuando las deudas comenzaron a acumularse. Pero eso no disuadió su interés en la única bruja con magia sepulcral, y pronto empezaron a intentar… «convencerme» de otras formas menos amigables.

Mi magia era demasiado codiciada como para dejarla escapar, y aun más temida. Muchos de los soldados de la Legión Ardiente se habían echado a temblar al reconocerme en las batallas, temiendo que en cuanto cayesen en combate se sumarían a mi pequeño ejército de cadáveres. Y aunque me había enorgullecido haber conseguido manejar hasta cincuenta soldados en plena lucha, mis habilidades habían atraído la mirada de los seres más rastreros y peligrosos de Irinea. Entre ellos, la de Dorian. ¿Y si Nasir era uno más de ellos?

Tomé una respiración para acallar la pregunta y me forcé a avanzar con la mente en blanco, vigilando dónde ponía los pies y controlando mi posición para asegurarme de que los guardias no alcanzasen a verme. Mi objetivo era el despacho de Dorian, así que me colaría por la habitación de Dryan, que, al contrario que la mía, daba al jardín interior y no a la calle de tránsito. Solo tenía que cruzar los dedos para que el capitán no estuviese dentro, porque aunque me moría de ganas por hablar con él, era lo suficiente precavida como para entender que esa conversación tendría que esperar.

Mis botas resonaron contra el balcón de Dryan cuando salté y me agazapé. Apenas me había

costado cinco minutos cruzar el techado y descender sin que nadie se percatase, pero aun así me galopaba el corazón. Era inevitable estar intranquila. Podría estar jodiéndola hasta el fondo con todo ese asunto, sobre todo si Dorian me descubría allí.

Eché un vistazo al patio interior. No vi rastro del primer general ni de su sobrina; solo guardias y algunos empleados enfrascados en sus tareas diarias. Sin embargo, sus gestos angustiosos corrompían el ambiente, expandiendo una tensión que me agarrotó los hombros. Solo con eso, confirmé que Dorian estaba en casa, de vuelta. Y muy furioso.

Me desplacé a cuatro patas hasta la puerta del balcón. Las cortinas estaban echadas y difuminaban el interior del cuarto de Dryan, aunque no me costó más de unos segundos descubrir que la habitación estaba ocupada. Y no solo por el capitán de la guardia, que permanecía de espaldas al balcón, sin camiseta y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Samara estaba dentro, detrás de él. Con la mano sobre su espalda.

«Hostia».

Me quedé inmóvil, viendo cómo la sobrina de Dorian le untaba algo en el hombro a Dryan con expresión contenida. Con la impresión, no me había percatado del cardenal que teñía su escápula izquierda; tampoco de cómo ambos ojeaban la puerta con nerviosismo, como si temiesen que alguien los descubriese de un momento a otro. No contemplaban la posibilidad de que ese alguien fuese yo, y menos que lo hiciera a través del balcón y no de la puerta.

Parpadeé para recomponerme y enseguida un fuego rabioso me subió por la garganta. ¿Dorian sería el responsable de ese moretón? Solo de pensarlo, quise matarlo más de lo normal, a pesar de que era consciente de que nunca, jamás, conseguiría ponerle la mano encima.

En cuanto Samara terminó de aplicar el ungüento, se fue, no sin que antes Dryan le diera un apretón en la mano a modo de agradecimiento. Una vez solo, se abalanzó a por la camiseta de algodón que había sobre la cama. Se la puso en un pestañeo, se la metió por los pantalones y después se marchó con paso veloz, despejándome el camino de entrada.

Me lancé al interior de la habitación y cerré el balcón con un puntapié. Salí disparada hacia el pasillo, escudriñándolo sin apenas abrir la puerta. Aún podía escuchar los pasos distantes del capitán, pero por el resto estaba en calma. Comprobé que la daga de mi madre estuviese bien ceñida y me dirigí hacia el despacho de Dorian.

El olor a incienso me aturulló cuando cerré la puerta tras de mí sin hacer ruido. A Dorian le encantaba encender varios palitos y colocarlos bajo los dos altares dedicados a Cosmo y Ceresia que habían sobre la chimenea. Allí, las dos figuras de los dioses quedaban enfrentadas, con las manos extendidas frente al otro y unidas.

Diez años atrás hubiese murmurado una plegaría y me hubiese llevado la mano a la frente en señal de admiración, porque durante la Guerra había sentido la causa de Cosmo casi como propia. Su guerra contra Ignitia, la diosa de fuego, había sido por amor; un amor tan pasional y vivo que no podía juzgarlo. Si Jayde hubiese enfermado de repente y hubiese caído en el mismo sueño sin fin que la Madre, yo también hubiese hecho cualquier cosa por encontrar una cura que me lo devolviera. Incluido crear una peste tan letal como los evocadores.

Arrugué la nariz por el olor amaderado y afrutado del incienso conforme me aproximé al escritorio. Allí era donde solía castigarme Dorian cuando no se decidía por llevarme al sótano.

Detrás de él, colgada en la pared, la vara de cobalto relucía con su peculiar tono bronce.

La bilis me trepó por la garganta, pero me obligué a agachar la cabeza y centrarme en las carpetas de las estanterías. Tenía que mantener el control y actuar; Darius dependía de mí. Y no iba a fallarle.

La única ventaja de que Dorian me hubiese castigado tantas veces en su despacho era que había dedicado grandes cantidades de tiempo a examinar la disposición de sus documentos y libros históricos, esos que tanto idolatraba. Y sabía que la información más importante sobre los rebeldes estaba archivada allí, ordenada meticulosamente para que él y Dryan la pudiesen consultar.

Abrí una a una las carpetas y lancé los papeles en el zurrón que llevaba a la espalda. Confiaba en que ni el primer general ni Dryan los consultasen en las próximas semanas, así que ni siquiera dudé; ya tendría tiempo suficiente para analizar la información en El Tiburón Añil y devolverlos antes de que nadie advirtiese su ausencia.

Pero entonces, sin esperarlo, se abrió la puerta.

Me golpeé el hombro contra la estantería, consciente de que no podía hacer nada para esconderme. Me habían pillado, y lo más extraño era que no había escuchado ni un jodido paso aproximarse en dirección al despacho. Rodé sobre los talones, el corazón acelerado, y anticipé los ojos esmeraldas de Dorian sobre los míos. No obstante, me quedé inmóvil con cara de imbécil.

Nasir alzó una ceja, su boca entreabriéndose conforme procesaba mi presencia. Tardó en asimilarla, porque me recorrió de arriba abajo con su mirada borgoña al menos cuatro veces, exactamente como hice yo, sin despegarse del umbral y con la mano sobre el picaporte.

Un ardor incómodo me asedió la cara y el cuello conforme nos sosteníamos la mirada.

—¿Qué…?

Cerró la puerta con el talón y se abalanzó hacia mí.

Me obligó a retroceder hasta chocar contra el escritorio con brusquedad. El candelabro que había sobre él se derrumbó, pero lo atrapó con la mano antes de que colisionase e hiciese ruido.

—Métete debajo de la mesa.

No me dio tiempo a protestar.

Me empujó hacia ella y presionó mi cabeza para que doblase el cuello y me encajonase en el hueco del escritorio. Después, se sentó en el sillón y me atrapó entre el mueble y sus piernas. Unas piernas esculturales que apenas me permitían moverme y apartar la mirada de su… *tronco inferior*. Por la Madre, menudo tronco inferior. Enseguida la situación me recordó demasiado a una que había vivido con Jayde, con la diferencia de que Nasir llevaba los pantalones abrochados y yo tenía la boca alejada de su entrepierna. O, al menos, lo más alejada que me permitía el escaso espacio.

—¿Qué cojo…?

Me dio un puntapié en la espinilla que me calló de golpe.

Iba a morderle la pantorrilla por capullo, pero entonces los escuché: unos pasos rítmicos aproximándose al despacho. Los reconocí al momento, y me tensé hasta la punta de los pies cuando el general abrió la puerta y se detuvo. No necesitaba verlo para saber la expresión que

estaría poniendo al haber descubierto a Nasir en *su* sitio.

—Primer general —lo saludó Nasir, empleando una voz tan fría y dura que me costó reconocerlo.

Abandoné la vista sobre sus botas a la espera de una respuesta por parte de Dorian, mis oídos embotados por los latidos frenéticos de mi corazón. El silencio entre los dos se prolongó tanto que temí que el general me hubiese descubierto por la insignificante rendija de debajo de la mesa.

Apreté los párpados con fuerza cuando retomó el paso hacia el escritorio. Y cuando arrastró con altanería la silla que lo enfrentaba, temí quedarme sin aire y marearme. Nasir podía estar usando su truquito de los ojos, pero Dorian Yadav no era ningún patán asustadizo: llevaba años al frente del ejército más potente de Irinea y había tenido contacto directo con muchos otros evocadores.

Sin querer, di un pequeño brinco cuando apoyó los codos en la mesa y el sonido golpeó sobre mi cabeza.

—¿Cómodo, Su Excelencia?

Por la Madre; solo por la mordacidad encorsetada de su garganta, supe que Nasir la había jodido hasta el fondo sentándose en su maldito sillón.

«Idiota».

—Mucho.

Al captar la burla ronroneando en la lengua de Nasir, la idea de pegarle un puñetazo en el pie me tentó en exceso. ¿Qué coño pretendía? ¿Que el primer general acabase por ensartarlo con una de sus cimitarras?

Un nuevo silencio arañó el ambiente y, aunque quise asomarme un poco para distinguir la expresión de Nasir, él me lo impidió abriendo el muslo con brusquedad.

—¿Y bien, general? —preguntó, su voz un ronroneo pernicioso—. ¿Qué le parece mi oferta por el contrato de su bruja? ¿Ya ha tenido tiempo de valorarla?

«¿Perdón?».

Me moví de nuevo, pero otra vez él me impidió ver más allá de su cintura interponiendo la pierna.

—No estoy interesado, como mi capitán de la guardia le ha hecho saber hace un rato.

—Humm… —La mesa crujió cuando Nasir se inclinó y apoyó un codo sobre ella—. Volveré a preguntar: ¿lo has valorado, *Dorian*?

Dejé caer la cabeza hacia atrás con un grito atorado en el fondo de la lengua. Cualquiera que no fuese un evocador y le hubiese hablado así, ya estaría con las tripas fuera.

—No estoy interesado, Su *Excelencia*.

Nasir se rio por la nariz al percibir el tono irrespetuoso del general, pero Dorian lo ignoró y añadió con dureza:

—La quiero de vuelta al atardecer.

—¿Para conducirla a Palacio y que el regente se encargue? ¿O para castigarla con esa vara de la pared? —ronroneó Nasir. Me tensé.

—Lo que haga con ella o deje de hacer es asunto mío. Es de mi propiedad y, por desgracia

para mí, necesita demasiados correctivos. ¿O es que aún no se ha percatado de su falta de disciplina?

Por primera vez, Nasir se reclinó en el sillón para separarse unos centímetros del escritorio. Noté su mirada cayendo hacia mi rostro, por debajo de la mesa. Sus ojos relucieron con algo que me pareció identificar como diversión contenida, y levanté el dedo corazón como respuesta. Se encogió de hombros, apartando la mirada y recuperando la posición. No, en realidad aniquiló hasta el mínimo espacio entre mi rostro y sus piernas. No tuve más alternativa que curvar los dedos sobre sus rodillas para evitar que me aplastase la nariz.

—Algo he notado. Pero es parte de su encanto.

Lo insulté en silencio.

Dorian chasqueó la lengua.

—He oído hablar ti, y sé qué amiguita te cubre las espaldas. Si bien tú también sabrás que el mismo Nirav Vanisha, nuestro emperador, me la cubre a mí. Así que dejémonos de jueguecitos: quiero a Queen de vuelta *cuanto antes*.

—¿Humm? —Las piernas de Nasir se tensaron contra mis dedos. Sin embargo, de pronto rio con sorna—. ¿Qué ha sido eso?, ¿una amenaza? Qué patético. Un humano intentando… ¿Qué?, ¿asustarme? Ay, general… Aunque he intentado ser elegante por una vez y negociar de buena fe, no tengo ningún problema en jugar sucio. Y tu bruja me gusta demasiado como para no sacar al hijo de puta que guardo dentro de mí. —Nasir volvió a inclinarse y el sillón emitió un quejido arañado. Me sacudí cuando susurró con veneno—: ¿Y sabes qué? Me lo voy a pasar muy muy bien con ella, general. Oh, quizás cuando acabe puedas quedarte con las sobras.

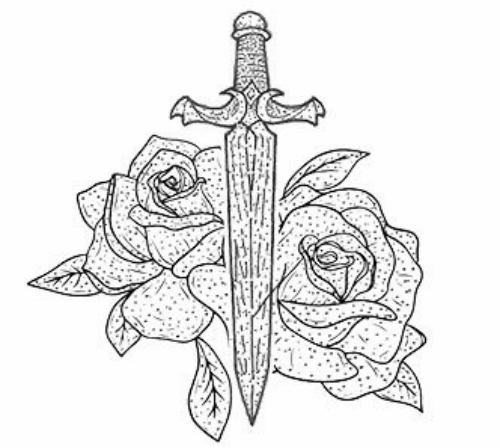
En ese momento, Dorian arrastró su asiento con brusquedad y se levantó.

—Yo también he actuado de buena fe, Su Excelencia. Pero mi paciencia es limitada y créeme que no te gustaría que la perdiese del todo —murmuró en el mismo tono amenazante que él.

Sin darle tiempo a replicar, se alejó hasta la puerta haciendo oídos sordos a la carcajada traviesa de Nasir.

—Le pediré a mi capitán de la guardia que te conduzca a la salida. Solo para que no te distraigas con otro sillón —dijo, parándose en el umbral del despacho. Tras un momento tenso, añadió—: Nos vemos esta noche, Su Excelencia.

Tragué saliva al escuchar la puerta cerrarse. De los nervios, notaba los músculos agarrotados y doloridos. Sin embargo, apenas tuve un instante para recomponerme de lo que acababa de escuchar, porque Nasir me cogió del antebrazo y me sacó de entre sus piernas de un tirón.



18

¿Qué parte no entendiste de lo que hablamos esta mañana? —gruñó.

Entorné los ojos a sus espaldas mientras descendíamos por el Puente del Pantalán en busca de sus espadas y mi fardo de fulgor áureo. Demasiado había tardado en empezar a sermonearme, porque no había abierto la bocaza ni siquiera después de que nos hubiésemos escabullido de la Casa Dorada sin que nadie se percatase de nosotros.

—Me aburría.

Se rio con ironía, negando con la cabeza. La capucha que le cubría la frente se resbaló un poco y pude apreciar su cabello albino y ligeramente despeinado. Un mechón caía sobre su frente, próximo a la ceja derecha. Me sorprendió comprobar que mantenía el color natural de sus ojos bajo las sombras de la tela.

—Trabajamos juntos. Y es la segunda vez que te saco de un aprieto en menos de veinticuatro horas —me recriminó—. ¿Voy a tener que ser tu niñero, Goldhar?

—¿Oh? Pero si has dicho que era parte de mi encanto.

Rio de nuevo, molesto, mientras se flexionaba para desenterrar sus espadas. Limpió el barro con el dorso de la mano y, aún arrodillado, alargó la mano y extrajo de entre la tierra mi fardo de fulgor áureo. Me lo lanzó con agilidad. *Demasiada* agilidad.

—¡Au! —exclamé cuando apenas pude interceptarlo sin que me golpease en el brazo.

Sonrió de medio lado con sorna, poniéndose de pie y sacudiéndose el barro de las rodillas. Luego, se frotó las manos con dos palmadas concisas. Resultaba obvio que le incomodaba la sensación de la tierra mojada entre los dedos.

Antes de que pudiese terminar de ajustarme el fardo al cinto, ya estaba frente a mí, analizándome por encima de la nariz y con cara de pocos amigos.

—Intento que esto funcione. ¿Podrías hacer lo mismo?

—¿Te parece que no lo estoy intentando? —Lo señalé con la nariz—. Mírate, tienes sangre de evocador y estoy hablando contigo. Creyendo en lo que me contaste ayer y arriesgándome por ello sin garantías de que no me estés engañando o aprovechándote de Kerisha.

Emitió un gruñido bajo y letal y acortó todavía más nuestra distancia.

—Te he revelado información confidencial que me podría condenar si llegase a los oídos equivocados. *Yo* me estoy arriesgando, Goldhar. Al estar aquí, contigo, me estoy arriesgando —rezongó, apretando los dientes—. ¿Y tú qué haces mientras? ¿Jugar a allanar propiedades? Dime, ¿qué hubiese pasado si hubiese sido Yadav quien hubiera abierto la puerta en vez de yo?

Jugué con la lengua, apretando los puños para descargar la rabia que sus palabras habían despertado en mí. No tenía el derecho de hablarme así. Y mucho menos quería pensar en esa posibilidad, porque la respuesta me tensaba los músculos y me hacía recordar cada uno de mis castigos. Si Dorian me hubiese descubierto… ya estaría encadenada.

—Lo hubiese oído —repliqué, a pesar de la aprensión que sentía en el centro del pecho al imaginarme los grilletes—. Nunca me hubiese pillado.

—¿Ah? —Agachó el mentón para fijar su mirada sobre la mía y no pude controlar la imagen de él inclinándose sobre mi boca—. Yo te he pillado. ¿Por qué él no lo hubiese hecho?

—Porque tú… —Lo ojeé de la cabeza a los pies, sin saber cómo justificar lo que había pasado—. Haces *algo*. Pasas desapercibido de una manera que no comprendo.

Alzó una ceja y se humedeció los labios de una forma tan discreta que si no hubiese estado atenta a ellos, no me hubiese percatado. Un brillo divertido se asentó en el fondo de sus ojos cristalinos, confirmando mis sospechas. Aun así, no me reveló su secreto.

—¿Qué hacías allí *de verdad*? —murmuró, tan próximo que su aliento me acarició los pómulos. Me detesté al notar un cosquilleo floreciendo en la parte baja de mi vientre. Era una sensación… indeseada.

Di un paso atrás.

—Buscaba información sobre los rebeldes, ¿de acuerdo? Y gracias a mí, ahora tenemos decenas de informes con datos que nos pueden ayudar a localizarlos. —Apunté al morral que colgaba de mi espalda—. ¿Y tú? ¿A qué ha venido todo eso de mi contrato? ¿Y cómo es que Dorian te conoce?

Ahora fue él quien jugó con la lengua, cavilando con semblante serio.

—Estaba intentando sacarte del problema en el que te has metido, porque estás en uno bastante complicado —me confesó tras un instante.

Me reí entre dientes, pero enredé los dedos en el collar de mi hermano con nerviosismo. Nasir me recorrió el rostro poco a poco hasta detenerse en mi cuello. Sin comprender por qué, miré el suyo. El colgante gemelo al mío apenas se intuía debajo de su camisa; aun así, algo se me removió en el pecho con incomodidad.

—Qué inesperado —mascullé, bajando la mirada.

—En uno peor del que crees —insistió—: Palacio te acusa de asesinato y desacato a la ley.

Abrí los ojos de par en par, deteniendo los dedos.

—¿*Qué*?

—Te pillaron sin el permiso y mataste a ese guardia con el que te enzarzarte en la Plaza de los Pescadores. Además, Yadav también ha interpuesto cargos contra ti por desobediencia. Han emitido una citación de juicio para esta noche y te están buscando por toda la ciudad.

Sus palabras fueron una puñalada que me arrancó el aliento, retorciéndose dentro de mí

hasta doblarme las rodillas. Me vaciló el equilibrio, y él posicionó con rapidez los brazos a la altura de mis costillas, listo para sostenerme. Sin embargo, logré recuperarlo y Nasir bajó los brazos, no sin antes escudriñarme hasta asegurarse de que no me caería de un momento a otro. Hice lo mismo con él con la estúpida esperanza de que me estuviese mintiendo. Por su rostro serio, supe que no lo estaba haciendo.

Me había metido en un lío, en uno del que no podría salir ilesa, porque solo había una figura que se encargaba de gestionar los juicios: el regente imperial. Y en cuanto Tristán me viese, sabría quién era y para quién trabajaba. Así que, además de esos cargos, debería afrontar los de robo y posesión de un pedernal pyrense. Quizás incluso me acusase de haber sido yo quien incendió El Insumergible, aunque prefería que fuese así y se olvidase de Dryan. Era cierto que el capitán de la guardia había cubierto su cara esa noche, pero no podía estar segura de que Tristán no lo relacionara con lo sucedido y lo condenase a muerte.

Y, obviamente, Dorian se enteraría de todo.

—Tengo que irme —dije, girándome dispuesta a echar a correr hasta haber dejado atrás las murallas.

Nasir me detuvo del codo, tirando hacia él con tanta brusquedad que mi pecho chocó contra el suyo. Lo miré boquiabierta, su mano aún sobre mi brazo quemado. Pero no retrocedió.

—No. Si obvias la citación, te condenarán a muerte.

—¡No lo entiendes! El regente… —vacilé, buscando las palabras más escuetas para explicarle lo sucedido— me conoce. Cometí un delito hace unos días y él lo presenció. Vio que tenía un pedernal pyrense.

La sorpresa traspasó sus atractivas facciones, aunque enseguida se recompuso y apretó la mandíbula. Por la arruga que se asentó en el medio de sus cejas, resultaba obvio que estaba pensando a la desesperada algo que decir. O que estaba recalibrando el siguiente paso de su plan, un plan que me inmiscuía y del cual no me había hecho partícipe.

Era detestable. Quería gritarle y empujarlo para desatar mi frustración; quería aporrear su pecho y aniquilar toda la angustia que me envenenaba el estómago. No obstante, me quedé inmóvil, contemplando el subir y bajar acompasado de su torso. Estaba tranquilo a pesar de todo, y lo envidiaba. Lo envidiaba tanto que deseé hundir los dedos en el fulgor áureo de mi cadera, saborear esa explosión cítrica y dulce y acallar mis preocupaciones de golpe.

—¿Qué tipo de delito? —preguntó.

—Intento de robo.

Emitió un gruñidito irónico y sus dedos se desenredaron de mi brazo con cautela. Aproveché para alejarme de él.

—¿No me digas que fuiste tú la del incendio de hace unos días?

Me encogí de hombros, desafiándolo con la mirada.

—No es grave —contestó para mi sorpresa.

—¿*No es grave*? El pedernal…

—Me encargaré de eso.

—¡No quiero que te encargues, maldita sea! Tengo que encargarme yo. ¡*Yo*! No necesito que nadie venga a salvarme. Y mucho menos alguien como tú.

Tensó tanto la boca que sus labios se convirtieron en una línea difícil de ver.

—¿Alguien como yo? —susurró con letalidad, cuadrando los hombros y subiendo la barbilla. Ese gesto me sacó de quicio y me planté frente a él, totalmente descontrolada y furiosa. Me ardían el pecho y la garganta.

—¡Sí! —grité, señalándolo con el índice—. ¡Alguien como tú! Eres un maldito error de la naturaleza, ¡una jodida abominación!

Reaccionó antes de que pudiese pestañear.

Me agarró la muñeca y me la retorció de forma que me obligó a girar sobre los pies, jadeando por el dolor *in crescendo*. Entonces, me atrapó de espaldas a él, envolviéndome por la cintura y el pecho. Su respiración se había agitado sutilmente y la potencia de los músculos de sus brazos me ceñía a él sin piedad.

Me obligó a caminar hasta tropezar con la pared, posiblemente para que me sintiese más atrapada entre su cuerpo y la pizarra. Y mucho más ridícula.

—Si sigues comportándote así, acabaremos muertos. Así que, si quieres insultarme, al menos hazlo en privado y no gritando como un animal para que nos oiga toda la ciudad —murmuró contra mi oreja, sus palabras entretejidas en un tono impaciente y peligroso—. Y sé algo más original. Estoy demasiado acostumbrado a ese tipo de comentarios de mierda.

Ladeé la cabeza en un intento de morderlo, sin importar si era su cuello o sus labios lo que encontraba en el camino. Era un animal, ¿no? Pues a la mierda. Atraparía lo que fuese entre los dientes y lo desgarraría.

Siseó ante mi tentativa y retrocedió sin despegar del todo el pecho de mi espalda. Cuando empecé a forcejear y a luchar por patearlo, ciñó más su agarre a mi alrededor, abriendo las piernas para inmovilizarme más. Bajo el fuego que me recorría las venas, me apuñaló un destello de pánico ante mi incapacidad de liberarme. Era el mismo que me asaltaba en el sótano, cuando Dorian me encadenaba y me amordazaba durante semanas; el mismo que me había doblegado ante los matones de Vail Valdran. El mismo que me rompía hasta volverme débil y sumisa.

De pronto, aflojó los brazos y se alejó, liberando mi pecho y mi espalda. Tardé más de la cuenta en advertir unos gimoteos angustiosos y entrecortados por encima del ruido de la corriente. Muchísimo más en darme cuenta de que salían de mí.

Me tapé con las dos manos lo más rápido que pude, hundiendo la boca sobre ellas para silenciarme. Todo se había emborronado por la humedad de mis ojos y no quería… no quería sentirme así de vulnerable. Mucho menos ante Nasir.

—No pretendía hacerte daño —dijo a mis espaldas. Incluso alterada, capté un cariz contenido en su garganta. No quise interpretarlo, así que lo ignoré y me sequé con rudeza las lágrimas acumuladas con la manga de la túnica—. Queen…

—*Estoy bien*.

Lo miré por encima del hombro y él entrecerró los ojos y apretó los puños, pendiente de mis labios. Me los mordí para retener el temblor que los sacudía, y entonces clavó la mirada en mis ojos con intensidad.

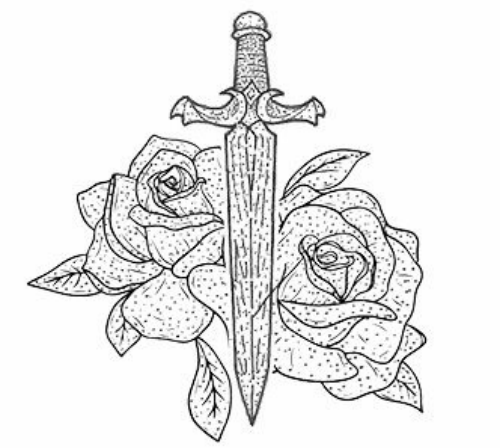
—Déjame demostrarte que puedes confiar en mí, que esto me importa tanto como a ti. Puedo lograr que tu juicio se resuelva favorablemente para que nos centremos en localizar a esos

rebeldes, pero necesito que me escuches y que, solo por esta noche, acates mis órdenes. Luego te prometo que podrás seguir detestándome.

Tragué saliva, aún con el cuello entumecido. Nasir estudió el movimiento, siguiendo el subir y bajar de mi garganta, sin ningún indicio de querer acortar la distancia que nos separaba. Me estaba dando espacio para que respirase. Y, por la forma en la que me observaba con paciencia, también estaba dispuesto a regalarme tiempo para pensar la respuesta.

Tomé una bocanada de aire para hinchar los pulmones. Como casi siempre, llorar me había dejado un vacío en el pecho. Incluso el miedo parecía haberse diluido un poco más, hundiéndose lo suficientemente hondo en mí como para que pudiese girarme y preguntar en un hilo de voz:

—¿Qué tengo que hacer?



19

Las calles adoquinadas estaban en silencio, recorridas únicamente por el quejido del viento otoñal y la niebla húmeda que arañaba la atmósfera. Como de costumbre, apenas unos candiles iluminaban puntos estratégicos de las callejuelas, envolviendo en sombras densas y pesadas la mayoría de nuestro recorrido. La poca iluminación era orden de Palacio: los evocadores cazaban bajo el manto nocturno, en su vientre infértil, convertidos en humo negro que se filtraba entre las ranuras y los rincones más ensombrecidos.

Me obligué a apartar la mirada de una esquina especialmente oscura mientras nuestra montura, una yegua que Nasir me había presentado al mediodía como Ceniza, relinchaba con nerviosismo bajo nuestros muslos y aceleraba con sutileza el trote. Su clap clap apresurado cernió a Nasir todavía más contra mi espalda. Contraje el abdomen al sentirlo pegado a mí y, a pesar de ir maniatada con sus malditas cadenas, me incliné todo lo que pude para mantener la distancia entre los dos. Tras varios intentos infructuosos, no tuve otro remedio que ceder con un suspiro resignado y dejar caer mi peso contra su torso templado.

Me estremecí cuando deslizó mi coleta por el lado derecho de mi cuello para evitar que los mechones le cosquilleasen el rostro. Su mano semienguantada no tardó en curvarse de nuevo sobre las riendas de Ceniza; sin embargo, la sensación de su roce bajo mi oreja permaneció y me calentó el cuello. Torcí los labios e intenté cruzar los brazos bajo el pecho, pero el tintinear tenso de las cadenas me lo impidió.

—Te dije que eran útiles —susurró en mi nuca, una nota de diversión danzando en su paladar.

Ladeé la cabeza por encima del hombro solo para que pudiese *admirar* cómo entornaba los ojos, ya que no podía estampar el dedo medio contra su nariz. Él se encogió de hombros y me correspondió con una sonrisa elegante que detesté al momento. Le favorecía demasiado como para pasarla por alto.

Sin poder contenerme, volví a descender la mirada por su torso definido. Me había pasado parte de la tarde tirada en su cama, despatarrada y echándole vistazos fugaces mientras él ojeaba

parte de los informes que había robado de la Casa Dorada sentado en el sillón y tomando anotaciones. Al lado de mi cadera también había habido un montón de papeles arrugados, uno que me había propuesto leer para distraerme de lo que se avecinaba, si bien había abandonado a los cinco minutos por falta de concentración.

El resto de las horas las había malgastado escudriñándolo a escondidas mientras tamborileaba en la cama con nerviosismo y jugaba con el collar de Darius. No quería hacerlo, pero se había vestido con la túnica que me había prestado y me resultaba imposible no caer en la tentación de mirarlo. Ataviado de esa forma, con el terciopelo negro sobre sus hombros anchos y el bordado plateado acariciándole pecho y cuello, se asemejaba demasiado a un evocador puro. Y aunque esa era la intención, parecerse a un príncipe de sombra y ceniza, verlo así me tensaba el cuerpo de maneras irreconocibles.

Ceniza relinchó al alcanzar el Puente Real, y solté una maldición temblorosa al ver la cuesta conformada por los trescientos cincuenta escalones que conducían a Palacio y serpenteaban por la pared rocosa del acantilado. El pecho de Nasir se endureció contra mi espalda conforme eché el cuello hacia atrás para observar mejor la estructura imponente de Palacio, justo encima del acantilado. Era una sombra recortada ante la luz de la luna y las nubes; aun así, distinguí sus arcos de mármol, trenzados entre sí como una tela de araña lechosa que guiaba hacia su corazón, y el impresionante torreón del ala este. ¿Cuántos alquimistas estarían trabajando en ese mismo momento para descubrir una manera de quebrar El Abismo y perpetuar la guerra? ¿Cuántos rebeldes estarían pudriéndose en el subterráneo de Palacio, esperando su traslado a las minas de Valyn o Ylere?

Una ráfaga de pánico descendió por mi cuello y me perforó los intestinos. Quizás esa noche descubriese *exactamente* lo que escondían los calabozos de Palacio.

—¿Recuerdas lo que hemos hablado? —me preguntó a la altura del oído.

Giré el cuello en busca de sus ojos. Estaba tan asustada por el juicio que se avecinaba que ni siquiera me incomodó encontrar su boca demasiado cerca de la mía.

Descendí la mirada por su cuerpo a toda prisa, estudiando cada palmo de él que estuviese al alcance de mi vista desde mi posición retorcida. Él facilitó mi escrutinio reclinándose un poco, aún con las bridas cruzadas frente a mi vientre. Parecía un evocador de los pies a la cabeza, y uno jodidamente mortífero. Justo como debía ser.

—*Bruja.* —Su voz grave y profunda me arañó la espalda y encendió todos mis instintos de huída. Embestí sus ojos borgoñas, y entonces mi corazón se precipitó al vacío cuando alzó la mano semienguantada, curvó sus dedos sobre mi barbilla y empujó hacia él hasta tensarme el cuello—. ¿Lo recuerdas o no?

La prepotencia con la que me habló desató el odio en mi pecho. De pronto, fue como estar ante él, ante Sombrael, uno de los evocadores más peligrosos con los que había coincidido en los campamentos militares durante la Gran Guerra.

Si los evocadores ya de por sí eran hijos de puta, él se disputaba el premio al *mayor* hijo de puta junto a Allania, la regente imperial de Icenen. Ambos habían disfrutado de la guerra con un frenesí enfermizo, jugando a cazar enemigos como a ratones y devorando mentes de aliados en secreto.

Aún recordaba haber coincidido con ellos en varias ocasiones en los campamentos militares. Una noche, incluso me senté en su misma mesa. Ni siquiera mi arrogancia de princesa consiguió que pudiese dar más de dos bocados sin que se me revolviera la tripa y temiese vomitar lo poco que había ingerido sobre sus regazos. Eran depredadores; tenían un rostro atractivo de ojos borgoñas y espesas pestañas y unos cuerpos atléticos capaces de satisfacer los deseos de cualquiera.

Pero destilaban muerte.

Se habían escuchado demasiados rumores sobre asesinatos inexplicables cuando ellos estaban en los campamentos, tantos que la mayoría de los brujos optábamos por dormir acompañados y armados cuando visitaban nuestro asentamiento. Durante esas noches tan largas, me enroscaba contra Jayde como si así pudiese protegernos, apenas cerrando los ojos. Y aunque él fingía dormir plácidamente, sabía que estaba tan atento como yo. Lo notaba en su melódica respiración artificial, en sus dedos contrayéndose sobre mi cintura con cada ruido cerca de nuestra tienda, preparado para luchar con todo lo que tuviera si Sombrael o Allania decidiesen hacer una visita indeseada a la princesa de Denesse.

La furia me encendió de manera inesperada y clavé los ojos sobre los de Nasir en un desafío. Mantenía la mano agarrando la parte superior de mi cuello, reteniéndome sin ningún atisbo de compasión.

—Sí, mi señor Sombrael —respondí entre dientes.

Aunque nuestro plan para esa noche consistía en eso, en hacer creer a Palacio que el mismísimo Sombrael quería comprar mi contrato como ya había fingido hacer en privado con Dorian, dolió pronunciarlo. Si podía existir algo peor que estar atada al primer general, sin duda sería estar arrodillada ante la voluntad de un evocador de ese calibre.

Nasir esbozó una sonrisa taimada y cruel, muy alejada de las que me había dejado ver en privado, y me soltó con desdén. Con un movimiento grácil, se apeó de Ceniza, dejando mi espalda desprotegida ante la brisa otoñal. Me alivió comprobar que la siguiente vez que me miró no quedaba ni rastro de esa actitud fría y detestable con la que me había tratado, aunque la rabia continuó coleando en mis tripas.

Amarró las riendas en el apeadero que se extendía junto a las escaleras y acarició el hocico de la yegua con la confianza de un jinete habituado al animal. Luego examinó la posición de mis muslos y cómo las cadenas se enroscaban en mis muñecas, sin duda valorando si era capaz de desmontar por mi cuenta o si necesitaba su ayuda. Lo cierto era que podría haberlo hecho; podría haber pasado la pierna por encima de Ceniza, haberme acomodado en su lomo y haber desmontado con un salto diestro. Pero me di el placer de esbozar un mohín inocente y levantar las cadenas. Las zarandeé para que el sonido metálico rezumase entre los dos.

Con un suspiro, torció la boca, me recolocó las piernas y hundió las manos a la altura de mis costillas. Mis botas resonaron contra el adoquín cuando me soltó.

—Qué servicial, *Sombrael* —canturreé mientras sacudía la cabeza con incomodidad. Un mechón de mi cabello se me había cruzado sobre la nariz. Soplé hacia él, bizqueando—. El *gran* Sombrael, el *admirable* Sombrael; un auténtico y jodido caballero capaz de hacer las delicias de cualquiera…

Sus dedos volaron a mi mejilla para retirar el mechón, pero di un paso hacia atrás.

—Puedo sola.

Casi podría haber asegurado que estuvo a punto de poner los ojos en blanco; en vez de eso, retrocedió y entrecruzó las manos sobre la curva baja de su espalda.

—Cómo no.

La luna acarició el río argentado de su cabello e iluminó sus rasgos afilados y su elegante conjunto. Sus botas repletas de cinchas ascendían hasta sus rodillas y se ceñían con gracia sobre su pantalón oscuro, mientras que la túnica brocada en plata que a mí me había servido como vestido a él apenas le cubría unos centímetros bajo la cadera. Eché un vistazo furtivo a su cabello peinado hacia un lado. No le quedaba nada mal.

Como si hubiese leído con exactitud lo que acababa de pensar, sonrió con arrogancia, sus dientes blancos y rectos entreviéndose entre sus labios.

—Empiezo a pensar que te gusta lo que ves.

Me sonrojé, aparté la mirada y aceleré el paso directa al primer escalón. Sin embargo, las cadenas me impidieron ir más lejos. Giré sobre los talones y apoyé el codo en el pretil con impaciencia. Él no se movió.

—*Qué* —gruñí. Nasir amplió la mueca, esperando, y suspiré—: Oh, sí; bonito cadáver-recipiente.

Fingí una arcada y ese gesto fue suficiente para que se apresurase a ascender por las estrechas y ondulantes escaleras. Al pasar junto a mí, me estudió por encima de la nariz con una mueca maliciosa.

—Admíralo tranquila. Me pertenece por nacimiento —dijo, bajando la voz.

Continuó ascendiendo, obviando la cara de idiota que estaba segura que estaba poniendo. ¿Cómo que «por nacimiento»? ¿Eso quería decir que…?

Me ardió la cara al entenderlo. Ese era *su* cuerpo, no ningún recipiente físico robado. Apresuré el paso a sus espaldas mientras soplaba hacia ese mechón que por instantes parecía más adherido a mis mejillas. No sabía qué me enfurecía más, si no haberlo deducido por mi cuenta o la sensación de sosiego que se esparció por mi centro. Posiblemente, lo segundo.

A mitad del recorrido, estaba tan exhausta por el esfuerzo físico que tenía la frente empapada, mis pasos eran inestables y el maldito mechón estaba totalmente bañado en sudor contra mi nariz. El aire era denso y pesado, un ratoncillo jugando a esquivar mis pulmones, mientras que cada paso resonaba en mis costillas como un golpe de la vara, rápido, conciso y doloroso… Pero insistí a pesar del miedo y del cansancio. Insistí hasta que no pude más y tropecé.

Salí disparada contra los escalones con un insulto entre dientes.

Nasir miró por encima del hombro. Su rostro era una hermosa máscara de frialdad e indiferencia, justo la de Sombrael. Y no tenía ni una maldita gota de sudor.

—Levanta —murmuró entre dientes—. A estas alturas ya estaremos siendo vigilados por Palacio.

Alcé la mirada con la impresión de que me encontraría a una decena de guardias observándonos unos metros más arriba con rostros ceñudos, pero solo hallé infinitos escalones de

mármol blanco y el anochecer perpetrando las nubes. Incluso la sombra de Palacio quedaba oculta desde nuestra posición.

—Un… un momento. —Me detesté ante mi voz temblorosa. Apoyé las manos, encorvándome sobre mí misma en busca de aire y echando de menos el fardo de fulgor áureo que Nasir había insistido esa tarde en que abandonase en el burdel junto a Infalible y sus espadas.

Retrocedió los dos escalones que nos separaban y se acuclilló.

—¿Crees que él te dejaría parar? —insistió, aunque más suave.

—¿Llegamos tarde a… mi puta *ejecución*? —gruñí, irguiéndome sobre los codos sin apenas aliento.

Una risita seca abandonó su garganta y atravesó el viento que zigzagueaba nuestras capas.

—Me encanta tu humor. —Cruzó las manos sobre las rodillas en un equilibrio perfecto. Sin que pudiese evitarlo, alargó los dedos y apartó el mechón que me cruzaba la nariz. Le lancé una mirada rabiosa cuando sentí sus dedos curvarse tras mi oreja para acomodarlo allí—. Perdón, podías sola.

Amplió la mueca y me mostró las manos.

Resoplé.

—Estás nerviosa.

Bufé de nuevo. Obviamente lo estaba.

—Será rápido —prometió—. Si todo sale bien, te librarás de tus cargos y de Yadav.

—Uy, sí. —Entorné los ojos y me mordí la lengua para no hablar de más. Aunque su plan de comprar mi contrato saliese bien, jamás podría librarme de Dorian; no de la forma que más deseaba, al menos—. No conoces al general como yo, y subestimarlo solo acarreará que tus entrañas acaben siendo el tentempié de uno de sus perros. Eso si el regente no me manda ejecutar nada más pisar Palacio.

Apretó los nudillos con sutileza. Por un momento, pareció valorar mis palabras, porque jugueteó con la lengua con expresión ausente y algo en el fondo de sus ojos zozobró.

—Soy difícil de matar —concluyó tras unos segundos—. Y tú también. Además, para algo mandé la carta a Palacio esta tarde mostrando mi interés en ti.

Contuve un grito frustrado al percibir la serenidad en sus palabras.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no descubrirán que mientes y que no eres Sombrael? Porque que los evocadores puedan cambiar de recipiente físico cada vez que les plazca no nos garantiza que no sospechen de ti, ¿no? ¿O es que cualquiera se puede plantar delante de un evocador y fingir ser otro? Sería absurdo. Además de una baza bastante insólita que usar en su contra.

—No cambian de cuerpo cada vez que les plazca. Y no, cualquiera no puede fingir ser uno de ellos. Además del rasgo de los ojos rojos que nos identifica como evocadores, entre nosotros existe una vibración astral que nos delata.

—¿Qué narices es una vibración astral?

Sonrió de medio lado.

—Olvídalo.

Bufé y hundí la cabeza entre los hombros. Ojalá estar muy lejos de allí. Sola.

—Espera —dije de golpe—. Si esa… *cosa* os delata, ¿quiere decir que delata quiénes sois? —reflexioné. Él asintió con calma, dejándome con la boca abierta y con unas ganas de estrangularlo en aumento—. ¿Entonces cómo pretendes que no se den cuenta de que estamos mintiendo? ¡Verán que no eres él!

—Goldhar, confía en mí: van a creer que soy él. Además, ¿tú has notado la diferencia? —me retó, alzando el mentón—. Lo conociste durante la guerra.

—Pero el regente puede… ¡no sé! Joder, ¿y si te pregunta algo comprometido que solo Sombrael conoce? ¿Y si te identifica de verdad a través de esa vibración rara? ¡O peor! ¿Y si llega a los oídos de Sombrael que alguien está usando su nombre y se presenta aquí?

—Eso último no va a pasar —me prometió, descendiendo la atención un instante a su tatuaje del dedo anular—. Y ya te he dicho que pasé muchos años en su círculo privado y de confianza. Tengo el suficiente conocimiento como para no preocuparme sobre preguntas difíciles.

Fruncí el ceño, levantando de nuevo el mentón en su dirección y sin entender nada de lo que me decía.

—Pero no me has contado *cómo* acabaste siendo parte de ese círculo.

Sus ojos se entrecerraron bajo mis palabras, una chispa de irritación floreciendo tras sus pestañas.

—Me cansas —dijo sin más.

—¿*Te canso*? —repetí anonada, abriendo los ojos. Una ráfaga cálida y violenta me apuñaló el estómago, una que sustituyó al miedo—. ¡¿Te canso?! —chillé—. ¡¿Te das cuenta de lo que estás pidiéndome que haga?! ¡Estamos yendo a Palacio! ¡Y ni siquiera sé qué trato de mierda pactaste con Kerisha…!

—Eso es asunto mío —me interrumpió—. Y si lo que tanto te preocupa es si voy a hacerte daño o a entregarte a los evocadores, créeme que no.

—¡¿Entonces por qué usaste el pedernal?! —Parpadeó sorprendido y supe que había dado en el blanco. Erguí los hombros hacia atrás, mostrándole los dientes con satisfacción—. Encendiste el círculo de cinco puntas alrededor del sillón. Anoche, cuando creías que dormía. ¿Por qué lo hiciste si no eres peligroso?

Mis palabras prendieron una tensión invisible entre los dos. Se expandió por el aire y envenenó nuestras fosas nasales. Ninguno aflojó la rigidez de sus músculos. Y por mucho que la intensidad de su mirada luchase por desarmarme y achantarme, no pensaba retirar mis palabras. No sin tener antes una respuesta.

No había querido pensar en ese detalle, si bien tampoco podía ignorarlo para siempre. Los evocadores eran cazadores nocturnos; él en parte era un cazador nocturno. ¿Acaso le preocupaba abalanzarse sobre mí para devorar mi mente?, ¿o era que temía que otros pudiesen atacarme en mitad de la noche?

Aguardé a que tuviese el coraje de contestarme, sin embargo, no abrió la boca. Reacomodó los pies y se alzó sobre los talones con un movimiento ágil. Tiró ligeramente de nuestra unión para que reanudase la marcha, pero me mantuve firme mientras lo escudriñaba con recelo.

—Si vas a parar —gruñó, ignorando mi mala cara—, será mejor que finjamos que te resistes

a mí.

—Oh, no. Tú no vas a desviar la conversación tan fácil…

De pronto, estiró de las cadenas con tanta brusquedad que perdí el apoyo de mis codos y estuve a punto de golpearme la nariz contra los escalones. Levanté la cabeza como un resorte, al borde de lanzarme sobre él y estrangularlo con ellas.

—¡Hijo de…!

—Camina de una jodida vez, bruja —me instó, erizándome la piel. Sus facciones se disolvieron de pronto en una niebla oscura e inquieta que resbaló por sus hombros y desdibujó los extremos de su cuerpo. Joder, ¿qué…?

Se acuclilló de nuevo con una sonrisita mortal asentada en la comisura de sus labios. Retrocedí sobre las nalgas, enseñándole los dientes y deslizando la mano a mi muslo a pesar de ir desarmada. Mis músculos estaban tan tensos del terror que me dolían, pero ni incluso así era capaz de despegar la atención de esa neblina que acariciaba los extremos de su piel y emborronaba sus rasgos. Ahí estaba su verdadera esencia, la que me recordaba que en cualquier momento podía doblegar mi mente a su voluntad.

—Detrás —susurró entre dientes, apenas ladeando la cabeza hacia las escaleras. Las sombras bailaron sobre sus hombros, acompasando el sutil movimiento.

Tardé más de la cuenta en poder ignorar el humo negro que florecía de su interior y comprender lo que había dicho. A sus espaldas, un par de soldados valyneses descendían por las escaleras con el uniforme de Palacio.

No tardaron en alcanzarnos para escoltarnos lo que quedaba de ascenso, condenándome a avanzar hacia el juicio que decidiría mi destino.

☽ · ✦ · ☾

La sala de recepciones se encontraba desolada y en total silencio, y una sacudida peregrinó por mi espalda y me erizó la nuca. A nuestro alrededor, como una serpiente blanca engullida en tinieblas, decenas de arcos de mármol enmarcaban la estancia, perdiéndose muy por encima de nosotros hasta arañar los mosaicos de plata y turquesa que se ocultaban bajo la tenue luz de los candelabros.

Tragué saliva con dificultad y miré de reojo a Nasir mientras avanzábamos precedidos de los soldados. Recorrí su cabello albino, su espalda, la anchura de sus hombros, y después la curvatura de sus lumbares, sus nalgas y sus pantorrillas. No había rastro de esas sombras que habían danzado sobre su piel; sin embargo, la lengua me seguía sabiendo a cenizas.

Me centré en respirar por la nariz y exhalar por la boca mientras nos adentrábamos por el laberinto de pasillos de Palacio, aunque sin demasiado éxito debido a los acelerados latidos de mi corazón. Los candelabros que caían del techo como arañas de cristal se prendían por arte de magia ante nuestro paso, iluminando el camino que se abría ante nosotros y ensombreciendo el ya recorrido.

¿Se trataría de algún encantamiento de los alquimistas, o simplemente de algún mecanismo

que habrían ideado? Casi todos sus inventos no eran más que el resultado de juntar la inteligencia con otros campos de sabiduría, ya que la mayoría de ellos no contaba con la afinidad suficiente para aprovechar la energía mágica que emergía de las profundidades del mundo. E incluso los que resultaban afortunados no tenían la conexión intrínseca con la habíamos sido bendecidas las razas mágicas; ellos debían elaborar encantamientos con palabras y recitales, y ni aun así su poder podía competir con el nuestro.

El chasquido de los pasos de los soldados se silenció cuando llegaron al fondo del pasillo y me sacaron de mi ensimismamiento.

Se detuvieron frente a unas puertas azules con labrados dorados: las puertas de la Sala de los Mercaderes. Había leído sobre ellas durante mi formación como princesa; aunque una parte de mí quería maravillarse por su altura y sus decorados, la realidad es que me subió la bilis al fondo de la lengua.

Los guardias le pidieron a Nasir que aguardásemos allí mientras anunciaban nuestra presencia al regente imperial. En cuanto se fueron, doblé el cuerpo hacia delante, sin poder contener mi nerviosismo. Iba a vomitar si seguía así, reprimiendo toda la mierda dentro.

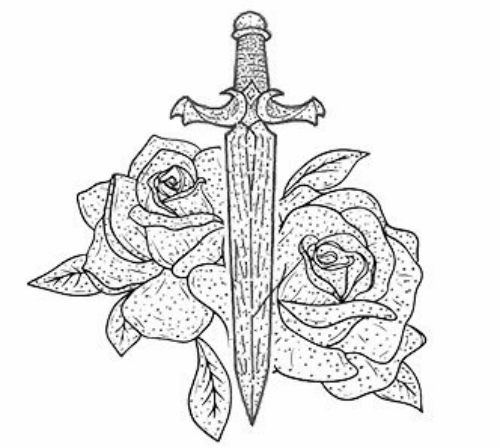
Me iban a castigar, a torturar o a…

—Confía en mí —susurró Nasir a mi lado, tan bajo que temí habérmelo imaginado.

Abrí la boca, sin saber del todo qué responderle, pero justo en ese instante las puertas se deslizaron y una luz cegadora resplandeció contra el suelo níveo.

Gruñí mientras mi visión se adaptaba al cambio de luminosidad; en cuanto lo hizo, descubrí decenas de cojines violáceos y añiles desperdigados por la antigua Sala de los Mercaderes. Sin embargo, enseguida quedaron eclipsados ante la figura envuelta en seda blanca y dorada que aguardaba de pie en el centro de la sala, con las manos entrecruzadas sobre el vientre.

El primer general del ejército valynés, Dorian Yadav, nos aguardaba con los labios apretados.



20

Tras sus espesas pestañas negras se escondía una tormenta de arena. Era la misma que se apoderaba de él las noches de mis castigos y que me anticipaba el número de golpes que iba a recibir y cuántos aullidos iba a tener que contener. Por la forma en la que relucían esa noche, al menos se avecinaban cincuenta. O sesenta; el general podía ser muy generoso cuando se le antojaba.

A él le gustaba llamarlo «disciplina sagrada», una manera de domesticarme para que respetase nuestro pacto y su intrincado secreto. Aunque a mí me gustaba verlo como una merecida consecuencia de mis errores. Era más adecuado, más verídico y más asumible. Hasta reconfortante a veces.

Una risa elegante y discreta me sacó del trance y ladeé la cabeza hacia ella. Lo primero que vi fue un anillo borgoña centelleando bajo la luz inconsistente de los candelabros. Un anillo de vanadio.

—Hola, brujita. —Tristán estaba acomodado entre los cojines con ademán divertido, vestido con su túnica de terciopelo negro e hilo rojizo.

Ni siquiera tuve la oportunidad de reaccionar al verlo allí, frente a mí, todo su poder contenido en un recipiente físico y atrayente.

El bofetón de Dorian se desplomó sobre mi mejilla con tanta violencia que ensordeció mis oídos. Sus anillos de oro se hundieron en el hueso de mi pómulo y convirtieron la opulencia de colores en una mancha oscura e inconsistente repleta de lucecitas borrosas. Un líquido caliente y espeso me empapó la boca, cobre húmedo y pringoso.

Lo escupí sobre el suelo, bajando la barbilla con terror. Todo eso había sido una locura, y… Por la Madre, tenía tantas ganas de vomitar que cerré los ojos con desesperación cuando alzó la mano para volver a abofetearme. Iba a doler lo suficiente como para que empezase a gimotear, porque el general contaba con una potencia inhumana que disfrutaba empleando conmigo. Era parte de su veneno.

Era parte del veneno que *yo* le había concebido.

—Oh, no. Yo no haría eso, Yadav.

Ese ronroneo peligroso me inmovilizó más que cualquier contacto físico, erizando cada milímetro de mi piel. De repente, alguien me rodeó la cadera con los dedos y tiró de mí. Jadeé cuando Nasir me condujo entre sus brazos y me envolvió desde atrás, invitándome a advertir esa mezcla a romero y lluvia que le acariciaba la piel.

Tragué saliva cuando ascendió las manos a ambos lados de mis costillas, apoyó la barbilla en mi hombro y ronroneó con calma:

—No, al menos, si quieres conservar la mano.

Dorian hinchó las aletas de la nariz cuando Nasir esbozó una mueca tan burlona como atractiva. Los rizos negros caían a ambos lados de su rostro, agudizando sus facciones marcadas y sus ojos esmeraldas.

—¿Eso es una amenaza? —La voz de Dorian salió tranquila, aunque sabía que por dentro estaría bullendo como una serpiente apaleada y fantaseando con arrastrar a Nasir al sótano de la Casa Dorada, a esa sala secreta que escondía de su sobrina pero que yo había visitado tantísimas veces.

—Oh, no. Seguro que no, general —respondió Tristán antes de que Nasir pudiese abrir la boca—. ¿Verdad, Sombrael?

Nasir amplió su mueca y se irguió detrás de mí, encogiéndose de hombros.

—Una advertencia inocente, regente. Nunca amenazaría a… —le lanzó una mirada de la cabeza a los pies a Dorian— nuestro valioso general del ejército.

—Estupendo, justo lo que quería oír —zanjó el evocador—. Y llámame Tristán, Sombrael, estamos entre hermanos.

Dorian cuadró los hombros y me estudió con recelo, la boca apretada y contorneada por la barba perfectamente recortada. Todavía veía en él las ganas de destrozarme por haber abandonado la Casa Dorada y haber puesto en peligro nuestro pacto, pero al mismo tiempo captaba el deseo de recuperarme. Era asfixiante y enfermizo, como su presencia.

Me obligué a mirar a Tristán con un nudo en el estómago, aunque me arrepentí cuando me devolvió una sonrisa cómplice, una que me confesó que recordaba muy bien nuestro encuentro en El Insumergible. ¿Iba a añadir esa información al juicio para agravar mis cargos?

Bebió del cáliz que mantenía a su lado, sin dejar de observarme con curiosidad antes de dirigir su atención a Nasir.

—Por lo que he leído en tu carta, acabas de llegar desde el norte. Qué curioso, hacía años que no escuchaba nada de ti. ¿No trabajabas para Allania?

Me obligué a permanecer inexpresiva, aunque un tirón de nerviosismo me pellizcó el estómago. ¿El regente estaría notando algo raro en él a través de esa vibración que me había comentado?

—Allania y yo no hacemos todo juntos. Uno de los dos ya no estaría en este plano de ser así. Simplemente, he estado ocupado —se limitó a contestar Nasir. Lo maldije cuando empezó a dibujar círculos en mi bajo vientre, su mirada fija en la del general. Por su parte, Dorian sostenía el desafío, envalentonado.

Tristán elevó la comisura izquierda y chasqueó la lengua, pero antes de que pudiese

preguntar nada más, Nasir ascendió la mano, atrapó mi mentón entre su pulgar y su índice y ejerció un poco de presión para que subiese el cuello.

Cuando nuestras miradas conectaron por encima de mi cabeza, emborronando momentáneamente el alrededor, me aturdió notar un tirón caluroso en el bajo vientre.

—¿Cómo pretendes recompensarme este desperfecto, general? —dijo, señalando mi labio partido y mi mejilla ardiente. Solo entonces empecé a apreciar con más detalle el escozor que me había adormecido el pómulo.

Dorian dejó ir una carcajada encorsetada. Era la misma que acariciaba su garganta durante sus frívolas fiestas, la que reservaba para los nobles y los evocadores. Demasiado suave y contenida. La detestaba.

—Como ya te he explicado esta mañana en mi propiedad, tengo derecho a ejercer cierto grado de disciplina sobre ella siempre que lo considere oportuno. Además, me temo que viene de origen con demasiados desperfectos, Su Excelencia.

—El único desperfecto que veo es este bofetón.

Nasir examinó el cardenal y, a pesar de la indiferencia imperturbable que reflejaba su rostro, sus dedos se enroscaron sobre mi barbilla con más intensidad. Gemí cuando la presión comenzó a ser molesta, y él aflojó el agarre con precipitación y retiró la mano.

—Concuerdo con mi hermano. El bofetón afea sus facciones —apuntó Tristán, bostezando —. Y con ese nuevo recipiente tan atractivo que usas, Sombrael, seguro que quieres una compañía al mismo nivel. La última vez que me llegaron noticias de ti, decían que estabas dentro de ese cuerpo tan…

—Aburrido. Ordinario y aburrido, además de podrido.

El regente no dijo nada, pero asintió para expresar su acuerdo.

—Debió de ser un hombre impresionante si fue capaz de sobrevivir a ti.

—Un capullo icenense. —Nasir le dedicó una sonrisa taimada—. Pero su cuerpo era joven y sano. Y parece resultar bastante atractivo.

Tristán dejó ir una carcajada que no supe interpretar e intercambió una mirada cómplice con Nasir. Para mi desgracia, no tardó en decir:

—Después de este entrañable recibimiento, bienvenida a Palacio, Queen Goldhar, bruja de Denesse. Como sabrás, se te acusa por asesinar a un miembro de la guardia real, permanecer en la ciudad sin permiso y huir de tus deberes hacia tu señor. ¿Algo que decir en tu defensa?

Esperó a que respondiese algo, pero guardé silencio. En otra circunstancia en la que no hubiese estado muerta de miedo, habría estallado en carcajadas. ¿Qué pantomima macabra era esa? Él estaba fingiendo que no me conocía, porque no había engrosado mi lista de cargos con los sucesos de El Insumergible, y mis crímenes eran tan inocentes en comparación con toda la sangre que bañaba mis manos… Absurdo.

Dorian avanzó hacia mí. Uno de sus tirabuzones negros le rozaba la barba perfilada. Me cogió la mejilla sin cuidado y apreté los dientes para contener un gemido dolorido.

—Responde a Su Excelencia.

Nasir emitió un ronroneo peligroso detrás de mí y atrapó la mano del general con decisión.

—¿No me he explicado bien? —Dibujó una mueca letal y la arrojó lejos de mis pómulos—.

Porque me resulta una idea demasiado tentadora arrancarte la mano.

Por primera vez, Dorian gruñó. Aunque fue apenas audible, me petrificó. Siempre controlaba sus gestos, sus miradas. Ese gorgoteo… Joder. Estaba furioso. Furioso de una forma que rozaba lo inimaginable.

Subí la barbilla para advertir a Nasir, pero él me contempló con pasividad y se rio. Una carcajada demasiado fría como para pertenecerle.

En un giro imprevisto, me obligó a enfrentarlo. Me tensé al sentir su pecho chocando contra el mío, fundiendo nuestro calor corporal, justo antes de que me susurrase:

—¿Tú qué opinas? ¿Debería dejarme llevar por la tentación?

Ese ronroneo sensual me pilló desprevenida y consiguió que Dorian y Tristán desapareciesen de mi mente por un instante. Me sonrojé como una idiota, muy consciente de cada punto de contacto compartido. Por mucho que me repitiese que debería repugnarme su proximidad, mi cuerpo tenía una opinión muy distinta al respecto.

Tristán rio y yo me acaloré todavía más al ser consciente de que estudiaba mi expresión contrariada con una ceja enarcada. Dorian, por su parte, tenía la boca tan apretada que sus labios se habían convertido en una fina línea casi inapreciable.

—Aunque me divierte mucho todo esto, me temo que tengo que resolver esta situación tan poco… *agradable*. —El regente se reclinó, echando un vistazo rápido a su anillo de vanadio—. Como te he dicho, Queen, el primer general ha pedido que se te castigue por tus crímenes y ha sugerido que Palacio se encargue personalmente de aplicarte justicia, algo que me ha parecido adecuado dada la naturaleza de tus otras acciones.

Se dejó caer hacia atrás, sobre los codos, con una expresión felina. Todos mis instintos se activaron en una petición agónica para que huyese de allí. Al tensarme, Nasir me regaló una caricia discreta en la parte baja de la espalda.

¿Y si todo terminaba esa noche? ¿Sería capaz de localizar a los rebeldes sin mí? Mi hermano… Él me necesitaba. Pero yo era débil; lo había demostrado demasiadas veces en los últimos diez años. Además, con el transcurso del tiempo, mi condición empeoraría.

Contuve la respiración cuando abrió la boca, lista para escuchar la sentencia.

—Por todo ello, recibirás un castigo a manos de un evocador. De mí —especificó, sonriendo con satisfacción—. Nada irrecuperable, no temas; el tratado no me lo permite y el general tampoco quiere perderte aún. Solo será… una experiencia más, brujita.

Dorian sonrió con satisfacción e hinchó el pecho. La túnica blanca y dorada que le confería su estatus de primer general estaba cubierta de sombras. Hasta la luz de los candelabros parecía rehuirlo.

—No —protestó Nasir—. Nada de castigos hasta que resolvamos su contrato.

Tristan chasqueó la lengua, claramente molesto.

—El general no está dispuesto a venderla, Sombrael.

En esa ocasión, fue Nasir quien chasqueó la lengua.

—Mi oferta es muy generosa. Más de lo que debería serlo.

—De nuevo, no está en venta —insistió Dorian, dando un paso al frente.

—Me importa una mierda —zanjó Nasir, enseñándole los dientes—. Te recuerdo que si me

diese la gana, podría quedármela sin más.

Tenía razón. Los evocadores podían reclamar todo tipo de recursos siempre que alegasen que se emplearían para la misión sagrada de Cosmo. Pero utilizar ese argumento frente a Dorian, siendo el mimado del emperador, podía ocasionar consecuencias imprevisibles que era mejor evitar.

—No creo que al *emperador* Nirav Vanisha le pareciese correcto.

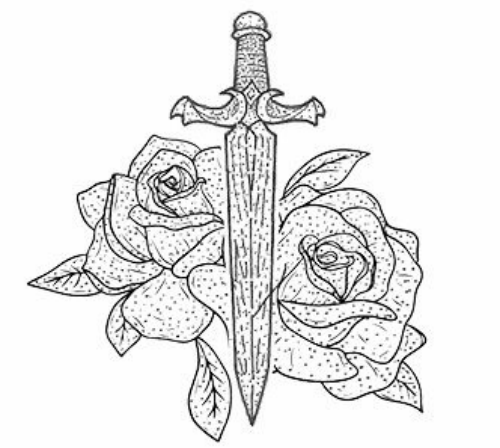
—El emperador puede irse a la mier…

—Basta los dos.

Nasir se mordió la lengua ante el tono exigente de Tristán. El evocador solo suspiró y se dejó hundir más en los cojines. Su expresión se relajó casi al momento, y hubiese jurado que estaba al borde de echarse a reír.

—Bien, de acuerdo; aclaremos este asunto antes —dijo, tamborileando los dedos enjoyados sobre los cojines azules. Chasqueó los dedos con determinación hacia el fondo de la sala y los dos soldados que nos habían escoltado se pusieron en marcha.

Busqué la mirada de Nasir y él apenas asintió, inflingiéndome un valor que desconocía que pudiese brotar en mi pecho en esos instantes. Aun así, me encogí cuando los soldados enredaron sus uñas sobre mis codos y me separaron de él de un tirón.



21

Me condujeron escaleras abajo, tan hondo que el aire se volvió rancio y húmedo. No malgasté energía en resistirme, solo habría conseguido que uno de los soldados me asentara un bofetón en la mejilla maltrecha.

Me galopaba el corazón y su constante bombeo enardecido comenzaba a ser inaguantable. Por mucho que me estuviese concentrando en inhalar por la nariz y expulsar el aire por la boca, tal y como había hecho durante los enfrentamientos en la guerra para mantener los nervios bajo control, me era imposible aquietarlos. Con cada parpadeo veloz, veía la expresión imperturbable de Nasir justo antes de que me sacaran de la Sala de los Mercaderes.

Giramos a la izquierda. Después a la derecha. Setenta y cinco escalones abajo y tres pasillos hacia la izquierda, uno identificable por el emblema de la Alianza Imperial colgado de un poste. Los guardias no entablaron conversación, algo que facilitó que mantuviese la concentración. En una urgencia, esos detalles podrían suponer la diferencia entre una huída exitosa o un desastroso fracaso.

La baja temperatura se cernió poco a poco sobre mis huesos, tanto que, cuando alcanzamos las mazmorras, me castañeteaban los dientes con tal violencia que amortiguaron la decena de ruegos entrecortados que impregnaban el alrededor. Joder, ¿todos esos prisioneros que agonizaban detrás de los barrotes eran rebeldes? Imposible; eran demasiados incluso para la capital de Ríos Altos, el reino rebelde por excelencia de Oriente. Además, Dryan y sus hombres hacía meses que no localizaban ninguna red. ¿Entonces quiénes…?

Mi estómago se contrajo y me tensé contra los soldados. Protestaron en una advertencia y me empujaron la cabeza hacia abajo con un manotazo.

No eran rebeldes. Eran ganado.

Desde que la diosa Ignitia interrumpió la contienda militar con la creación de El Abismo, había escuchado rumores de que la mayoría de evocadores se alimentaba de fanáticos religiosos, presos, delincuentes e indeseados. Y aunque intuía que algo turbio se escondía detrás de esas palabras, verlo me rasgó por dentro. Eran demasiados; demasiados como para saber que no todos

eran criminales o religiosos dispuestos a ofrecer su vida a la Madre, y que entre los cientos de rostros de distintas tonalidades también había inocentes.

El alivio se instaló en mi pecho cuando los soldados intercambiaron un par de frases sueltas y giraron en otra dirección, dejando atrás a los presos para alcanzar un nuevo corredor. Ese era más gélido y tranquilo, con estrechas celdas vacías y tan oscuras que ni siquiera mi visión de bruja acertaba a distinguir lo que escondían en su interior. Sin embargo, apenas me costó un vistazo darme cuenta de que todas las paredes estaban bañadas en cobalto pyrense, incluidos los barrotes.

Tardaron cuarenta y dos pasos en detenerse. El soldado más bajito me soltó el codo y buscó la llave de la celda. La introdujo en la cerradura y la puerta se balanceó hacia el interior con un lamento rasgado. Lanzaron primero mis cadenas y el hierro repiqueteó sobre un charco de líquido turbulento. Luego me arrojaron al interior de un empujón.

Apenas contuve el impulso con las manos. No me molesté en moverme un ápice; me hice un ovillo allí mismo, justo donde había caído. La humedad del suelo me caló la ropa y un escalofrío mordió mi nuca. Flexioné los codos y apoyé el rostro hinchado en ellos. El contacto me hizo sisear, aunque la magulladura ya había iniciado la curación gracias a mi metabolismo mágico.

Los soldados no se despidieron. Encaminaron sus pasos acompasados de vuelta al pasillo principal después de cerrar la celda. El corredor quedó en silencio y en oscuridad. El único sonido que perturbaba la atmósfera era mi propia respiración, el repicar constante de las goteras y los rápidos pasos de las ratas.

Una horrible sensación de vacío me embistió el pecho y supe que el cobalto neutralizaba mi magia. Enseguida, el dolor adormecido de mi labio comenzó a revolverse y a expandirse sobre mi mejilla. Pero no me importó; Tristán iba a torturarme esa misma noche si Nasir no conseguía evitarlo, porque se alimentaría de mi mente, de mis peores recuerdos, obligándome a rememorarlos mientras sustraía energía de mi interior. Y no estaba preparada para enfrentarme a los fantasmas de mi pasado, no sin ningún narcótico.

El pánico me asestó una estocada y deslicé la mano en un automatismo para alcanzar el fardo que llevaba a la cadera. Pero había olvidado que mi cinto estaba vacío, no llevaba fulgor áureo.

Rodé sobre la espalda y fijé la vista en el techo, inhalando por la nariz y exhalando por la boca en un intento de mantenerme serena. A través de la piedra pulida me imaginé a Nasir, y una insólita sensación de calma me masajeó la nuca. Lo que había pasado allí arriba había sido… inesperado. Podría haberse mantenido al margen mientras Dorian me molía los huesos; que trabajásemos juntos no suponía que nos debiésemos ese tipo de protección mutua, al menos, no por mi parte. Pero él había decidido actuar, aunque ¿por qué le estaba dando tanta importancia? Tal vez solo se había dedicado a ceñirse a su papel de evocador posesivo. De hecho, era lo más probable, ya que imaginaba que Sombrael jamás hubiese permitido que nadie tocase su nuevo capricho.

Sin embargo, en el fondo, sabía que se había excedido. Solo necesitaba recordar el brillo en el fondo de sus ojos cuando me había obligado a enfrentarlo, pegada a su cuerpo en los sitios

más interesantes e indeseables a la vez, para saber que detrás de esa indiferencia socarrona había algo más. Algo que me recordaba peligrosamente a la camaradería de los brujos.

Observé el techo, aturullada por la influencia del cobalto pyrense y el dolor en la mejilla, y, por primera vez en años, recé a Ceresia. Él estaba allí arriba, a decenas de metros de mí, negociando por mi contrato y para evitar mi castigo. Quizás lo consiguiese; quizás todo fuese bien.

Pero lo dudaba.



Abrí los ojos de sopetón cuando la puerta de la celda arañó la superficie del suelo con un gemido bajo. ¿Me había dormido?

Intenté incorporarme sobre los codos lo antes posible, ya que en algún momento me había dado la vuelta sobre la tripa, pero una sensación de ingravidez me atenazó los músculos y me mareé. Dentro de mí, supe que el vahído se debía a la implacable influencia del cobalto pyrense. Jamás había estado expuesta a esa cantidad de metal, así que era lógico suponer que tenía algo que ver con la irreconocible sensación de vacío que me mordía el pecho. Era como si mi suministro mágico hubiese escapado de mi interior, hubiese subido las escaleras y se hubiese precipitado al océano, lejos, muy lejos de mí.

Alguien me asió de la coleta y tiró hacia atrás. Siseé cuando mi cuello se arqueó y quedó en tensión hasta que me resultó complicado tragar saliva. Al mirar hacia arriba, todas las fibras de mi cuerpo se empequeñecieron. Fue como descubrir los ojos verdes de una víbora clavados en mi rostro. Una víbora lista para atacar.

Intenté reaccionar y alejarme de Dorian, sin entender qué hacía él allí, pero el general tiró más fuerte de mi pelo. El cuero cabelludo me empezó a quemar, tanto que temí que me arrancara un mechón enorme de cabello de un momento a otro, y solté un alarido contenido y patético cuando clavó la rodilla en el centro de mis omóplatos para inmovilizarme. Mi instinto me sorprendió tomando la iniciativa, retorciendo el brazo en busca de su muslo o cualquier parte de su cuerpo que pudiese alcanzar para intentar darme la vuelta.

El general aplacó mi intento de resistencia atrapándome la mano y estampándola bajo la suya contra el suelo mojado. Lo hizo con tanta potencia que grité al sentir el impacto, imaginándome la muñeca rota. Fue imposible reprimir las lágrimas, aunque me mordí la lengua para que no oyese mis sollozos. Le encantaba oírlos.

—Nunca debí haberte permitido tener libertad. —Cerré los ojos ante esa última palabra—. Fui demasiado benevolente contigo en un acto de fe. Esa ha sido mi debilidad todos estos años, Khasil. —No distinguí qué me lastimó más, si el tirón violento que acompañó sus palabras o escuchar mi nombre saliendo de su boca envenenada. Jadeé entre lágrimas. Estaba rota por el odio, por el miedo. Por él—. Pero me he cansado de ofrecerte oportunidades y que sigas ensuciando mi confianza.

Me obligó a rodar sobre la espalda y su rostro quedó demasiado cerca del mío,

invadiéndome las fosas nasales con su olor a sándalo. Por un segundo, me asaltó el recuerdo de la primera vez que nos conocimos.

Había sido en uno de los campamentos militares, cuando él aún no tenía el título de general y formaba parte de la guardia personal de Asha Vanisha, la difunta emperatriz y hermana del actual emperador, Nirav. Habían pasado dos malditas décadas desde esa noche y no obstante su apariencia física continuaba inalterable. Cualquier otro humano de su edad ya presentaría canas, arrugas y flaquezas físicas de las que aprovecharse; sus vidas eran demasiado efímeras en comparación con la de los brujos.

La suya, no.

Me retorcí debajo de sus músculos fuertes y potentes, sin éxito, mientras él me estudiaba por encima de la nariz como si no valiese más que lo que él decidiese.

—Te odio.

Ni siquiera me sorprendió que esas dos palabras escaparan de entre mis labios como cuchillos sedientos de sangre. Se las había gritado tantísimas veces en los últimos años que a él tampoco le impresionaron.

Ladeó el cuello y una sonrisa dura y perturbadora osciló en sus labios. Entonces me dio un puñetazo brutal en la garganta.

—No me odias a mí —susurró mientras tosía por la repentina falta de aire. Al tomar una inspiración, ardí de dolor—. Te odias a ti. Y no me extraña, eres patética.

Sus palabras no deberían haberme lastimado; al igual que las mías, tampoco eran nuevas. Ni siquiera eran originales. No obstante, mis heridas internas se abrieron, sin puntos que las contuviesen, y mi pecho empezó a supurar. Jayde no había dicho que fuese patética en la taberna, pero… había visto ese pensamiento tras sus pestañas. Si no, ¿por qué se había ido? ¿Por qué me había dejado por segunda vez cuando podría haberme recuperado? Por la Madre, me dolía reconocer que si me hubiese propuesto emparejarme con él esa misma noche, habría aceptado a pesar de todo lo que habría conllevado.

Dorian reposicionó una de las manos para agarrarme de la mejilla herida. Apretó la carne, presionándome los dientes hasta que siseé y el recuerdo de Jayde se dispersó en mi memoria como el poco coraje que me quedaba.

—Cuando vuelvas a la Casa Dorada, te encadenaré para siempre. Olvidarás qué se siente ante la caricia de la brisa. Olvidarás el aroma del mar y el canto de los pájaros. Te recluiré allí abajo, aislada y amordazada, hasta que ya no quede nada de ti. Y entonces, solo entonces, permitiré que te saquen de mi propiedad y te echen al océano. —Me estremecí ante la furia de sus ojos esmeraldas y su promesa—. Pero hasta ese momento, Khasil, me aseguraré de que vivas muchos, muchísimos años. Porque mientras respires, me eres útil. Y ese es tu único valor.

Me soltó la cara con un impulso violento hacia atrás y me golpeé la nuca contra el suelo. La visión se me inundó de puntitos negros e iridiscentes, a la vez que un sabor metálico se expandía por mi boca. Me había mordido la lengua.

—Disfruta de estos días, princesa —dijo, poniéndose de pie y acomodándose la túnica blanca y dorada que resaltaba el tono oscuro de su piel—. Y, por tu bien, compórtate con ese evocador de mierda. Si quiere alimentarse de ti, te ofrecerás como un plato caliente. Si quiere

fornicar contigo, serás su puta. Todo lo que él desee, se lo darás como la perra asustada que eres. —Lo miré confusa, sin entender de qué hablaba, pero me ignoró y añadió—: Y ni pienses intentar hacer una locura en mi ausencia, Khasil, porque incluso sin nuestro pacto me aseguraré de encontrar a ese arrogante de Jayde Black y hacerlo pasar por lo mismo que te espera a ti.

Chasqueó los dedos, aunque el sonido retumbó distorsionado en mis oídos. Se me había descarrilado el corazón ante la mención de Jayde.

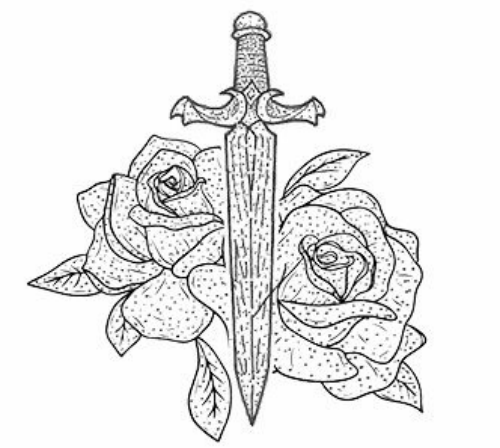
Todo el mundo en Irinea había escuchado hablar de nuestra relación; además Dorian nos había visto y *oído* en los campamentos, porque cualquiera a un kilómetro a la redonda de nuestra tienda podría haberse quedado sordo gracias a nuestros jueguecitos de cama. Pero era la primera vez que me amenazaba inmiscuyéndolo.

Unos brazos se enroscaron debajo de mis axilas y me levantaron. Tardé un instante en percatarme de que Dorian no había estado solo en ningún momento, que los soldados que antes me habían conducido a la celda lo habían acompañado hasta allí y habían estado aguardando a cierta distancia para concederle intimidad al general. Me bastó con un vistazo rápido a sus rostros para saber que iban a guiarme de nuevo a la Sala de los Mercaderes, y planté los talones en el suelo en un empeño ineficaz por resistirme.

Cuando lograron arrastrarme fuera de la celda, Dorian se plantó en mitad del camino. Alzó la barbilla y sus ojos esmeraldas relucieron como un veneno correoso.

—Volverás conmigo. No lo dudes.

Después de eso, no volví a ver al general.



22

Me lanzaron de bruces a los pies de Tristán.

Los soldados habían ejercido tanta presión que me cosquilleaba la zona donde sus dedos férreos se habían clavado. Si hubiese conservado un mínimo de serenidad, podría haberlos dejado inconscientes, haberme liberado y haber escapado… Aunque, ¿para qué? La amenaza de Dorian aún reverberaba en mis huesos.

—¿Brujita?

Me sobresalté ante la voz juguetona de Tristán. No me había percatado del frío que abrigaba la Sala de los Mercaderes, ni de la oscuridad que la bañaba… *No*, no era oscuridad; era una decena de evocadores incorpóreos flotando entre el mosaico violáceo que conformaban los cojines. Reprimí un gemido aterrorizado y alcé la mirada con urgencia. Nasir estaba de pie junto a él, apenas a unos tres pasos de distancia de mí, observándome con una intensidad que me confirmó que algo iba mal. Muy mal, de hecho.

—¿Ya se ha despedido de ti el general? —Tristán miró de reojo a Nasir. Él le ofreció una sonrisa fría y calculada—. Porque te congratulará saber que tu contrato pasa a manos de Sombrael hasta la fiesta de la Conquista.

«Disfruta de estos días, princesa», eso había dicho Dorian. Ahora entendía por qué.

Miré a Nasir, sin saber cómo sentirme después de lo que había sucedido en la celda, pero rehuyó mi ojos.

—Verás, brujita, lo cierto es que Palacio está algo molesto con el servicio de Yadav y sus hombres. Una alquimista ha sido secuestrada por los rebeldes… Rebeldes que andan sueltos por la ciudad por la laxa actuación del general estos últimos meses y que encima osan dejarnos notas desafiantes. Y Sombrael se ha ofrecido a solucionar el problema. Cazará a los rebeldes con *tu* ayuda, brujita. ¿No es una idea fantástica? —explicó mientras ojeaba sin interés sus uñas pintadas de negro—. Si para la celebración de la Conquista conseguís traernos de vuelta a la alquimista y descubrir a esas ratas, Sombrael se quedará con tu contrato indefinidamente. Y si es Yadav quien consigue localizarla junto a sus nuevos amiguitos, el pacto se anulará y regresarás

inmediatamente con él. ¿Me he explicado?

Contuve una brizna de esperanza. Aunque quedaban apenas once días para la fiesta, Nasir había sido muy inteligente. Solo con ese trato estratega había conseguido deshacerse legalmente de Dorian e implicarnos de lleno en la búsqueda de los rebeldes. Mejor incluso: implicarnos con la aprobación y los recursos de Palacio.

Descendí la mirada a las botas de Tristán y asentí.

—Bien, resuelto este trámite tan aburrido, pasemos a tu castigo. Ha sido un debate interesante, pero finalmente será tu nuevo señor quien se encargue de aplicarte disciplina. Incluso al primer general le ha parecido una idea estupenda, siempre que Sombrael no… abuse en exceso de ti. ¿Me entiendes, no? Que no te mate —aclaró, divertido—. Además, para algo existe el tratado. Sería poco ético ignorarlo.

Mis extremidades se sacudieron y casi estuve a punto de perder el apoyo mientras peleaba por descifrar sus palabras. ¿Mi…«nuevo señor» me iba a aplicar disciplina? Retuve la respiración mientras aguardaba una respuesta ingeniosa de Nasir, observándolo con el corazón apretujado. Sin embargo, cuando desató las sombras alrededor de sus hombros, supe que jamás llegaría a escucharla. Había sido una estúpida confiando en él.

Se abalanzó a por mí como un lobo famélico y me arrastré con precipitación sobre mis nalgas, pero era ridículamente lenta. Con dos zancadas, atrapó el extremo de la cadena que me inmovilizaba las muñecas y tiró de él. Su impulso exigente me hizo morderme la lengua mientras forcejeaba por mantener la posición, pero sus brazos entrenados tenían demasiada fuerza. Me atrajo hacia él con apenas dos estirones y en cuanto pudo alcanzar mi tobillo, lo atrapó para arrastrarme. Quería posicionarme bajo él.

No vacilé y le lancé un puntapié contundente contra el rostro. El sonido de su nariz crujiendo ensordeció las risas huecas y los vítores de los evocadores que nos rodeaban, incluida la maldición divertida de Tristán. La sangre brotó al instante y se le escurrió por encima de los labios y la barbilla rasurada.

Enredó la mano en la cadena y tiró de nuevo, más violento. Grité y volví a lanzarle una patada, pero esa vez solo sirvió para que aprisionase mis pantorrillas sobre sus hombros. En cuanto mis nalgas chocaron contra sus rodillas, me abrió las piernas para poder hundir su cuerpo contra el mío y sujetarme las muñecas por encima de la cabeza. La sangre que emergía de su nariz, mucho más templada de lo normal, salpicó mis mejillas y se mezcló con mis propios restos secos.

—Someteme y huye —exigió, sus dientes tan apretados que me costó entenderlo—. No finjas más.

¿*Fingir*?

Me miró a través de las pestañas con impaciencia. Tenía la mandíbula constreñida y los hombros en tensión, como si estuviese anticipando un latigazo de dolor profundo e insostenible. Incluso había ladeado el torso, previendo que pudiese desplomarse sobre mí. No quería que su peso entorpeciera mi fuga.

Una presión insostenible me rasgó la garganta.

Él no me había tomado el pelo en ningún momento. En serio creía que conservaba mi poder

intacto, que podía contrarrestarlo con un estallido mágico lo suficientemente violento como para hacerle perder la consciencia. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Ya no era tan poderosa como en la guerra. Las drogas y mi pacto con Dorian me habían debilitado.

Como vio que no me movía, enterró su boca pegajosa sobre mi oído y me insistió:

—Soy corpóreo, ignora las sombras. Atácame con todo lo que tengas y sal corriendo ya.

Otro par de gotitas se escurrió por su mandíbula y goteó en mi mejilla.

—Por favor, Queen. —La voz le tembló.

Queen.

Mi nombre en su boca me rompió. Pedazo a pedazo, a pesar de notar su atención escudriñándome. Lo había pronunciado sin burla, sin doble sentido. Era una súplica desesperada y sincera. Y mi muro, ese que había mantenido bien alto para protegerme de él, zozobró.

—Nunca… —Me ardía la garganta. Tomé aire, sin saber muy bien cómo sincerarme, y su perfume personal caló en mis pulmones—. Nunca fingí.

Dentro de ese capullo que conformaban sus sombras, su rostro se crispó. Clavó su atención en mí y, por primera vez, me vio. Me vio *de verdad*, más allá de las historias que había escuchado, más allá de la bruja que fui; más allá de Khasil Silver. Entonces cada pedacito de él se descompuso. Su torso se hundió más contra mi pecho y el tiempo se congeló. El retumbar de sus latidos se evidenció en mi caja torácica. Me martilleaba con tanta potencia como las lágrimas que estaba conteniendo a duras penas. Odiaba estar tan conmocionada delante de él y sentirme frágil y rota.

Tragó saliva, sin saber qué decir o qué hacer. Sus sombras nos habían escudado de la vista de los demás evocadores, manteniendo cierta distancia respecto a nuestros cuerpos, pero las retrajo un poco para ojear más allá en busca de cualquier otra vía de escape. Preferí mantener la mirada fija en su cara, en el riachuelo de sangre que empezaba a detenerse gracias a su metabolismo, en vez de alzarla hacia el océano de oscuridad y hielo que nos envolvía.

Se acababa el tiempo y no podía disimular más. Ambos lo sabíamos.

La esperanza se derrumbó cuando susurró con voz vidriosa:

—Perdóname.

No me permitió reaccionar. Presionó el nacimiento de mi muñeca y su esencia helada se adentró en mí con agresividad. Se coló bajo mi piel, músculos y huesos y me inmovilizó. Me castañetearon los dientes cuando se enredó en mi columna vertebral y trepó con arañazos descontrolados. Su veneno se condensó en la base de mi nuca y ronroneó mientras quebraba poco a poco la fragilidad de mis defensas. Y entonces sus espolones invisibles presionaron más, hurgando en mi interior como dagas afiladas.

Jadeé dolorida, y el temblor de su cuerpo, de sus manos, se evidenció alrededor de mis muñecas. Su poder rozaba la línea que distanciaba nuestras consciencias. Solo tenía que dar un paso más y mi mente caería ante él. Pero no avanzó, y la tensión de sus músculos poderosos lo condujo a otra sacudida. Se mordió el labio inferior, los ojos cerrados con fuerza. Estaba… ¿sufriendo?, ¿disfrutando? El placer y el horror se intercalaban en su rostro a cada latido.

—Ha-hazlo.

Abrió los ojos con desconcierto ante mi petición tartajosa. No me sorprendió; ni siquiera yo

era capaz de comprender del todo por qué le había exigido que continuara. No quería que se alimentase de mis recuerdos y reabriera mis heridas, pero… ¿qué otra opción tenía? Si él no actuaba, Tristán o cualquier otro lo sustituiría. Y si alguien tenía que castigarme, prefería que fuese él. El mismo hombre que había encendido un círculo de fuego pyrense para protegerme de algo así.

Cuando apenas asentí para reafirmarme, emitió un gemidito grave, casi animal. Tenía las pupilas tan dilatadas que era fácil perderme en ellas. Me arrojé a sus profundidades para controlar el pánico que rezumaban mis poros, buscando un refugio donde aislarme del dolor. Como si él hubiese leído ese pensamiento, acrecentó la oscuridad que danzaba en sus hombros para concedernos más intimidad y transformó su mirada.

El añil resurgió como un cielo despejado ante los primeros rayos del alba. Jamás había contemplado su mirada tan de cerca; era hermosa. Demasiado como para pasar por alto la decena de subtonos azul hielo o los aros rojos que enmarcaban su pupila. Tal vez fuera un efecto lumínico, o una alucinación a causa de los nervios, pero parecían más engrosados que de costumbre.

Me liberó las muñecas y, antes de que pudiese arrepentirse, acomodó los dedos entre los míos y saltó la línea que nos separaba.

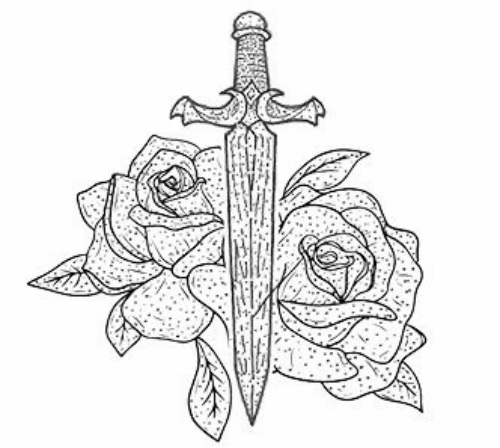
Fuego. Sangre. Gritos. Los recuerdos me cegaron y salpicaron mi visión a trompicones, mezclándose en un torbellino de imágenes inconexas. Un cuerpo desmembrado. Las alas de un dragón rompiendo las nubes. Todo se sucedía con demasiada rapidez como para que pudiese procesar algo más allá de mi respiración angustiada y entrecortada. Con cada recuerdo me bombeaban las sienes. Me iba a reventar el cráneo, me iba a reventar el cráneo, me iba a…

Mis costillas se liberaron de golpe ante una brisa renovada. Las imágenes se retorcieron de forma grotesca y me arrastraron con ellas hacia abajo, hacia dentro, con tanta imprecisión que mi estómago se alteró y la bilis me quemó la faringe. El olor a azufre y a muerte se escapó entre mis dedos y dejó expuesto el de las montañas nevadas.

Los *flashes* se ralentizaron y entreví más allá: estaba tumbada en el jardín trasero de mi casa, en Denesse, bajo el peso de un hombre que tenía la boca hundida en mi cuello.

El tacto de su lengua era ardiente, y cuando me rozó la clavícula con los dientes, me arqueé y gemí sin pudor. Jamás había experimentado un placer similar. Era enfermizo, demasiado intenso como para poder contener mis jadeos acelerados o el balanceo de mis caderas buscando su erección. Ni siquiera el arciris se equiparaba a ese remolino de fuego que me estaba reduciendo a cenizas. No podía sostenerlo. Quería más, quería todo, quería arder. Era una necesidad tan básica como respirar. Como si él lo supiera, como si lo hubiese suplicado en voz alta hasta desgañitarme la garganta, ascendió por mi cuello y reclamó mi boca.

No vacilé y enterré los dedos en su cabello para que profundizase el beso. Me retorcí de puro anhelo cuando lo hizo, gimiendo con desenfreno, y dejé que mi lengua saliera a su encuentro. Que explorase los rincones de Nasir, que degustara su sabor desconocido hasta embriagarme y volverme loca. Y cuando él se entregó con la misma necesidad, devorándome y explorando la frontera inferior de mis senos con la yema de los dedos… ardí.



23

El aroma a leña quemada me acarició las fosas nasales justo antes de que abriese los ojos y los fijase en el papel pintado del techo. No tardé en percibir los gemidos escandalosos de la habitación contigua taladrándome el cráneo. Sin duda, habían sido los culpables de interrumpir mi sueño. Maldito burdel.

Me incorporé con torpeza sobre la cama, mis músculos demasiado laxos como para controlarlos. Cada palmo de mi piel estaba perlado en sudor: la nuca, el escote, los muslos… Era detestable la sensación pegajosa que me consumía, además del dolor de cabeza. Necesitaba asearme cuanto antes.

—¿Cómo te encuentras?

La voz cortante de Nasir me hizo pegar un brinco. No me había percatado de que estaba sentado en la repisa con varios documentos entre las manos y la nuca apoyada contra la ventana. Por la forma en la que los papeles caían sobre sus muslos, resultaba obvio que llevaba un buen rato con la mirada perdida. Una mirada sin rastro de azul, consumida en llamas hasta los cimientos.

Ojeé el resto del dormitorio, mareada, esperando encontrar a alguien más que justificara ese detalle. Pero aparte de los gemidos escandalosos de la habitación contigua, brillaba la quietud, así que volví a mirarlo con las cejas enarcadas; él emitió una carcajada baja y oscura, meneando la cabeza. Era…, maldita sea, era una amenaza que tendría que haber despertado mi instinto de supervivencia y que, sin embargo, reanimó el recuerdo de su boca sobre la mía.

Debería sentirme horrorizada por lo que había sucedido en Palacio, por cómo nos habíamos besado en mi mente, en la evocación. No porque apenas nos conociéramos, ni siquiera porque trabajásemos juntos. Esas excusas jamás me habían impedido escoger amantes en el pasado y disfrutar de ellos hasta quedar saciada, y no lo harían en ese momento.

Era su mestizaje el que me debería refrenar, el que debería aplastar cualquier rastro de deseo en mí. La sangre de un evocador corría por sus venas, rauda y letal. Lo había visto en sus sombras y… lo había experimentado en mi propio cuerpo. Su poder había penetrado en mi mente

y la había doblegado a sus anchas, sin dificultad. Podría repetirlo, alimentarse de mí y consumirme. Tomarme.

Apreté las sábanas, de repente excitada ante la idea. Era…, joder, era *horrible*. Nadie en su sano juicio desearía que un evocador devorase sus recuerdos. Entonces, ¿por qué me estaba mordiendo el labio y arqueándome, invitándolo a aproximarse más?

Con un tirón acalorado en mi bajo vientre, descendí la mirada a sus labios. A sus pectorales. A cada curva de su perfecta musculatura.

Nasir era demasiado atractivo como para poder ignorarlo. Contaba con esas facciones irresistibles de los evocadores: la mandíbula cincelada y fuerte y unos hombros anchos de los cuales agarrarse en mitad de un buen polvo. Desde nuestro primer encuentro, había sido consciente de ello, de su constitución bien formada y de su sonrisa traviesa, pero, en esos momentos, su atractivo había pasado a ser absolutamente obsceno. Incluida la forma en la que estaba devorándome.

—No lo hagas —me advirtió.

Un placer inexplicable y enfermizo me sacudió ante la rudeza de su garganta.

—¿Que no haga qué? —Me costó reconocerme. Sonaba famélica, así que pestañeé varias veces con la intención de despejarme un poco. No funcionó. Mi conciencia parecía sumergida en una magia caliente y afrutada, y estaba demasiado aturdida como para espabilarla.

Esbozó una sonrisa áspera, sus ojos borgoñas dilatándose, y se aproximó con pasos lentos y calculados. Una parte de mí empezó a salivar, la otra se tensó cuando alcanzó la cama. Sabía reconocer a un depredador cuando lo veía, y todo él rezumaba esa energía peligrosa y llena de deseo animal.

El poco sentido común que conservaba me incitó a buscar a Infalible por el rabillo del ojo. Estaba en la mesita, a unos veinte centímetros de mí. Lo más sensato hubiese sido cogerla e interponerla entre los dos, obligarlo a retroceder.

Pero no me moví.

—Desearme. —Me quedé sin aire cuando alargó la mano y me acarició el labio inferior, sin ninguna contención. Lo estiró con la punta de la uña, sus ojos fijos en ese movimiento ensimismado. Por un segundo pensé que lo introduciría en mi boca y abrí los labios un poco más, sin llegar a entender qué hacía—. Joder, *Queen*.

Las aletas de su nariz se dilataron conforme me bebió con la mirada. De arriba abajo, de abajo arriba. Había detectado la excitación en mí tan fácilmente como yo en él, y me estaba rompiendo ante la idea de volver a sentir… ¿*Qué*, exactamente? Ni siquiera era capaz de discernirlo, aunque estaba segura de que podía resumirlo en una única palabra: él.

En un impulso del todo irracional, abrí más la boca y le lamí el pulgar.

Siseó. De pie. Frente a mí. Y estallé de placer al verlo derretirse de esa manera, a pesar del mareo pegajoso que me estaba asfixiando.

Le mordisqueé la punta del dedo, y, cuando mis colmillos rozaron la superficie de su piel y mi lengua se enroscó sobre ella, resopló enloquecido y ahuecó mi mejilla con la otra mano.

—*Basta*.

No reconocí su voz. Había sonado rota, áspera y deshecha en fuego. Me excitó más.

Profundicé con la boca, abandonándome en un ir y venir controlado del que me arrepentiría después. ¿En qué momento había empezado a friccionar los muslos? Me sentía ebria, apenas notaba el aire entrando en mis pulmones. Todo se reducía a él; a su olor, a su pulgar en mi lengua, a la intensidad de su mirada siguiendo mis movimientos.

Busqué sus ojos en un desafío, asegurándome de que no los apartase, y succioné con los labios más y más, hasta que sollozó arqueando el cuello y acopló la mano sobre mi mentón. Me estremecí cuando su agarre se endureció y sus dedos me presionaron la carne con demasiada rudeza. Un quejido escapó de mi garganta y zarandeé la cabeza para que aflojase la presión. No se inmutó.

—Nasir —protesté, mi boca contra su mano.

Bufó y presionó más.

—¿Ya lo entiendes?

Cerré los ojos para reprimir otro gemido adolorido. No me había percatado de que su otra mano había resbalado hasta mi hombro y me inmovilizaba.

Miré de soslayo a Infalible. Aún podía alcanzarla.

—¿Lo entiendes o no? —preguntó, exigente.

—¿El qué?

Me pilló observando la daga.

Soltó una carcajada baja y, con un movimiento perezoso y suave, la tomó entre los dedos y me la acomodó en la palma de la mano. La desefundó sin apartar la atención de mi rostro, el metal refulgiendo ante las llamas de la chimenea. Luego, con una media sonrisa indecente, me empujó sobre la cama.

—Que tenías razón en las escaleras. —Me levantó los brazos por encima de la cabeza. Uno, después el otro—. Que soy peligroso. —Se acomodó sobre mí, su rodilla entre mis muslos. Gemí al sentir esa presión cálida contra mi pubis—. Y que debiste haberme matado cuando tuviste ocasión.

Me sujetó las muñecas con una sola mano y descendió con la boca entreabierta, aniquilando cualquier pensamiento lógico que pudiese conservar, que en esos instantes ya eran muy pocos.

Se me escurrió el pomo de Infalible sobre la almohada al sentir su aliento sobre mi cuello, sobre mi clavícula, sobre mi seno. Enseguida lo tomó con la boca, provocando que subiera la cadera con brusquedad y rozase su descarada erección. Fue como si todo en mí se derritiese y mi instinto más primario me postrara de golpe.

Apoyé los pies sobre la cama para flexionar las rodillas y poder friccionarme mejor, tan deseosa que apenas era capaz de respirar sin jadear. Nasir respondió succionando por encima de la ropa, acoplándose más sobre mí y presionando mis muñecas con fuerza. Un crujidito doloroso me hizo protestar entre dientes.

Debería horrorizarme lo que estábamos haciendo; debería asquearme por mucho que me aliviase saber que, al menos, ese cuerpo contra el que me estaba frotando era suyo por nacimiento y no un recipiente robado. Pero no podía controlarme por mucho que mi instinto me estuviese gritando que algo estaba mal en mí, en él. No al menos mientras siguiese pellizcando mi pezón de esa *puta* forma con los dientes.

Endurecí las nalgas y pasó la mano libre por ellas. Curvó los dedos alrededor de mi muslo y, de un tirón que me robó un gemido indecente, lo montó sobre sus lumbares. Enredé el empeine bajo su pierna y presionó más con la rodilla sobre mi centro. Solo un poco, arrancándome el aire. Luego aflojó y volvió a presionar con contundencia. Me mordí el labio para no gritar.

—No, no. —Chasqueó la lengua con malicia, dándome un par de toquecitos en el labio con el índice. Joder, ¿qué me pasaba que no estaba huyendo ya? La forma en la que me estaba devorando, el brillo en el fondo de sus ojos, oscuro, sucio…, excedía lo pasional. Era un filo buscando cercenar carne y músculo. Cercenarme *a mí.*

Volvió a embestirme con la rodilla y mis preocupaciones se diluyeron por el placer.

—Quiero que grites —me exigió al oído—. Quiero que grites y te corras para mí.

Me humedecí solo al escucharlo y arqueé la espalda, exhalando el aire con brusquedad. Monté mi otro muslo sobre él y lo apretó con la mano, rozando mi ingle con la yema de los dedos.

Meneé la pelvis en respuesta.

—Así. —Dobló los dedos sobre mi cadera para enjaularla y marcar el ritmo.

Sus caderas empezaron a bombear contra mí y eché la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos para disfrutar de ese baile. Joder, si seguía balanceándose así contra mi centro, quizás me corriese sin más. Quizás se corriese él. Quizás nos corriésemos juntos.

—Joder —gruñí—. *Joder*…

Iba a estallar. Y por si no fuese suficiente, me lamió el cuello y movió la mano hacia el centro de mis muslos, bajo mi ropa. Sus dedos se precipitaron sobre mi clítoris, masajeándolo en círculos pecaminosos que tensaron cada fibra de mi ser. Empecé a sudar, a jadear, a revolverme contra el colchón, anticipando la deliciosa caída que iba a provocar en mí de un segundo a otro.

Pero entonces, su boca se adueñó de mi cuello sin delicadeza.

Lo mordió con tanta rabia que el placer quedó eclipsado por un ardor insoportable y gruñí para que se apartase. Le clavé las uñas sobre la mano que sujetaba mis muñecas; sin embargo, él las constriñó más, la respiración acelerada.

—Nasir —protesté. No me escuchó—. *Nasir*.

Por primera vez, pareció darse cuenta de cómo me estaba mordiendo, de cómo me estaba estrangulando las muñecas, y todo su rostro se contrajo.

Me soltó de golpe, deteniendo el ritmo de sus dedos y clavando la mirada en la almohada. Parpadeó repetidamente, como si estuviera mareado y apenas pudiese centrar la atención.

Me incorporé con torpeza sobre los antebrazos y varios mechones de mi cabello se deslizaron sobre mi espalda. Me notaba lenta y húmeda, y mis músculos apenas obedecían a mi voluntad.

—Eh. —Tomé sus mejillas entre las manos, vacilante. Un picor me trepaba por las palmas a causa de la fuerza que había ejercido sobre mis muñecas.

Zarandeó la cabeza para librarse de mi contacto y se retiró de encima de mí con un quejido angustiado, retrocediendo hasta el final de la cama. Se tapó la cara con las manos y se presionó los párpados. Estaba temblando, unas gotitas de sudor le recorrían la nuca. Jamás lo había visto

así, él era siempre puro control.

Gateé con inestabilidad en su dirección. Al alargar la mano para tocarlo, ladró e interpuso el brazo entre los dos a modo de barrera.

—No. Me. *Toques*.

Me estremecí al percibir la negrura apoderándose de él. Las sombras silbaban alrededor de sus hombros, asfixiando sus brazos con sus cadenas ondulantes. De pronto serpentearon hacia mí, ansiosas por enterrarme en ellas, y retrocedí con el corazón acelerado. Me sacudió un ramalazo de pánico, atrapé a Infalible e intercambié la mirada entre el metal y las sombras. En Palacio me había dicho que las ignorase, que era corpóreo a pesar de su presencia; no obstante, ¿tendría la suficiente sangre fría para abrirle la garganta si me atacaba?

Se removió, inclinándose sobre su vientre como si estuviera desgarrándose, y volvió a oprimirse los párpados. Los masajeó fuerte, sus dedos temblando con violencia. De manera inesperada, se me retorció el corazón ante esa imagen y el aire empezó a escasear dentro de mi caja torácica.

Tenía que hacer algo para ayudarle, ¿no? Se lo debía después de haber intervenido por mí en Palacio.

Ojeé a Infalible entre mis dedos. Había sido un acto estúpido alcanzarla.

La dejé caer sobre las sábanas y, con una inhalación casi no controlada, ahondé en mi interior. Mi poder mágico era débil, estéril y quebradizo, pero no me importó.

Me sumergí lo más profundo que pude hasta alcanzar el fondo de mi suministro. Aunque me chisporroteaban los dedos y me picaban los ojos, empujé hacia la superficie con un gruñido salvaje. Apreté los dientes y guié mi escaso poder hacia él. Enseguida noté la calidez de su torrente vital emergiendo alrededor de mis muñecas; sin embargo, tropecé con sus murallas internas. Las recorrí con precipitación, oteando en busca de un recoveco por el cual introducirme y alcanzar su corazón. Era imposible, mucho menos en mis circunstancias.

—Nasir —lo llamé entre dientes. Los dos estábamos temblando con violencia—. Déjame entrar.

Me encogí cuando jadeó y negó con la cabeza.

—*Nasir* —le rogué, avanzando a duras penas para colocarme de rodillas frente a él—. Déjame entrar *ahora*. No voy a matarte, joder.

Atrapé su cara entre mis manos trémulas. Aguardé con incertidumbre a que me apartase con un ladrido enfurecido; en cambio, me miró. Sus ojos rojizos me devoraron famélicos y, por un momento, temí haber desatado sus demonios. ¿Iba a poseerme? ¿A matarme? ¿A follarme? Cualquier opción era más que plausible, y me aterrorizó ser consciente de ello. Sin embargo, cuando ya pensaba que se abalanzaría contra mí y acabaría conmigo de una u otra forma, noté cómo sus murallas se desplomaban. Su quiebra retumbó en mi pecho y me precipité con urgencia entre los escombros.

Abracé su corazón con mi magia. Galopaba con furia y protestó al sentir mi lazo rodeándolo. ¿Era miedo eso que percibía en su melodía frenética? Chasqueé la lengua y le acaricié los pómulos antes de retirarle un mechón sudoroso de la frente.

Estreché mi magia hasta que empecé a marearme y tuve que apoyar las manos sobre sus

hombros. Un ligero chasquido de placer me envolvió cuando me rodeó la cintura para ayudarme a permanecer erguida y continuar.

Sorbí por la nariz al percatarme del líquido espeso y caliente que se escurría sobre mi labio superior.

Estaba al límite, pero no pensaba rendirme hasta que sus latidos se ralentizaran.

Estrujé más, y entonces sus músculos empezaron a aflojarse y sus dedos se resbalaron por mis costados.

Bumbum, bum, bum…, bum…, bum…

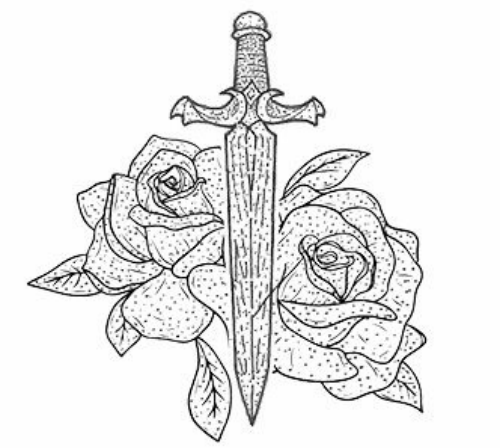
Su espalda flaqueó hacia atrás al caer en la inconsciencia y me fui de bruces junto a él, incapaz de mantener la rigidez de mis músculos.

Le aplasté el torso, hundiendo la nariz en su cuello. Mi sangre le empapó la nuez. La examiné absorta, con la boca entreabierta y seca, hasta que cedí a la extenuación.



El teatro

Parte III



24

Me desperté de golpe, empapada en sudor frío sobre el pecho de Nasir. Farfulló algo ante mi repentino espasmo y sostuvo mis lumbares para retenerme junto a él, dormido todavía. Los acarició con la yema de los dedos, dibujando por inercia círculos relajantes que me hicieron soltar el aire poco a poco y volver a desplomar el peso sobre él. Me había quedado dormida en sus brazos y, por la posición de mis rodillas a ambos lados de su cadera y su cosquilleo, apenas me había movido en toda la noche.

Parpadeé varias veces para desperezarme y aniquilar el aturdimiento que revoloteaba todavía en la base de mi cráneo. Mi sangre se había secado sobre su garganta y la imagen me revolvió la bilis: parecía que lo había degollado. Enseguida clavé la mirada en su rostro.

Al igual que yo, estaba empapado en sudor y algunos mechones de su cabello plateado se le habían aglutinado en la frente. Todo apuntaba a que, a lo largo de la noche, habíamos transitado algún tipo de fiebre, pero… ¿un evocador podía tener *fiebre*? Su temperatura corporal no tenía nada que ver con la de los demás mortales. Era como si un guerrero de fuego, siempre ardiente, se viese arrastrado por una hipotermia. Un sinsentido.

Arrugué la nariz al captar nuestro olor corporal. Necesitábamos un baño urgente, sábanas limpias y ropa seca, a ser posible, sin rastros de sangre. Pero me pesaban las articulaciones demasiado como para poder arrastrarme hasta el piso inferior, así que me quedé donde estaba: uno de mis brazos rodeando sus hombros, el otro sobre su dorsal y mi cabeza en el hueco de su cuello. No había advertido hasta ese instante el compás apacible de su corazón en su garganta. Después del frenesí de la noche anterior, me alivió.

Permanecí inmóvil, en parte por pereza, en parte por un deseo que no comprendí, deleitándome con las caricias adormiladas de Nasir mientras el sol de la mañana caía sobre mi espalda. ¿Cuánto tiempo había pasado desde nuestra recepción en Palacio? Tenía la sensación de que habían transcurrido días desde que Dorian me había amenazado en la celda, desde que Nasir me había atacado por obligación. ¿Y cómo narices habíamos regresado a El Tiburón Añil? Por mucho que me estrujase los sesos, mi último recuerdo en Palacio era el beso que habíamos

compartido en mi mente. Después de eso…

Me acaloré al recordar lo que habíamos hecho. ¿Qué había pasado? Nunca me había considerado una mujer muy reflexiva en cuestiones de cama; me acostaba con quien quería cuando quería, sin remordimientos. Pero lo que había pasado entre los dos había sido… ¿Qué? ¿Un impulso? Por la Madre, había estado a punto de correrme a pesar de todas las señales que me evidenciaban que algo iba mal. Incluso una inexperta se hubiese percatado de que la brusquedad de sus gestos excedía lo pasional.

Y sin embargo…

El recuerdo de sus dedos entre mis muslos me estaba humedeciendo de nuevo. No podía dejar de pensar en ello, en su bombeo rítmico y delicioso. «Quiero que grites y te corras para mí». Uf, *joder*. Quería hacerlo; quería correrme para él, y sería tan fácil desplazarme unos centímetros y despertarlo a base de mordisquitos para acabar lo que habíamos empezado…

«¿Qué mierdas? ¿*En serio*?».

Di un espasmo ridículo cuando comenzó a desperezarse y me limpié como pude la sangre seca de la nariz. La oportunidad de comérmelo se había escapado y, aunque tendría que haberme sentido aliviada, no fue así.

—Hola —musité sin saber muy bien cómo encauzar la situación. Me apoyé en los codos para establecer una mínima distancia entre ambos.

Ronroneó amodorrado antes de clavar la mirada en mí. Sonreí al comprobar que sus ojos lucían como siempre, azules y rodeados por esos aros rojos que cada vez captaban más mi atención. Me quedé contemplándolos, preguntándome por qué el de la izquierda era mucho más discreto que el de la derecha. Pero mi curiosidad se esfumó enseguida al notar su atención fija en mi boca.

Se me contrajo el bajo vientre al percibir cómo la acechaba en silencio, estudiando cada detalle de mis labios. La carnosidad, la curva superior, mi apertura relajada… Por cómo se tensó sutilmente la tela de su pantalón, se acordaba tan bien como yo de la noche anterior. Y, joder, esa repentina presión entre mis muslos aniquiló mi razonamiento en cuestión de segundos.

Quería moverme contra él. *Necesitaba* moverme contra él, aunque nada de lo que estaba sucediendo entre los dos tuviese sentido. Ya me arrepentiría después si es que en algún momento recuperaba un mínimo de cordura. Pero, en ese instante, todo mi cuerpo me suplicaba que cediese, que lo tomase. Que cayese sin importar las malditas consecuencias. Y solo necesité que tragara saliva y me mirase a los ojos para dejar que el fuego se propagase y me consumiera.

Ondulé la cadera para rozarme contra su pantalón, suave, bebiéndome la sensación de saber que me deseaba tanto como yo a él. La descarga que me recorrió al notar la tensión incrementarse en *cada* parte de su cuerpo se sintió perfecta, demasiado como para no volverme una avariciosa. Me friccioné de nuevo, esa vez más descaradamente, y un gemidito escurridizo nos traicionó a los dos al mismo tiempo. El calor empezó a picarme, a espesarse en mi interior conforme me movía un poco más… Y estalló sin remedio cuando él se incorporó con la fuerza de sus abdominales y me tomó de los muslos con rudeza.

Con la mirada enturbiada de deseo, Nasir era jodidamente irresistible. A esa escasa distancia de su rostro, con mis piernas acopladas sobre él y cada uno de nuestros puntos sensibles

alineados, iba a volverme loca si no lo hacía mío. Sobre todo, porque él parecía haber llegado a la misma conclusión que yo y estaba tirando de mí para que me pegase más, invitándome a seguir. Y si él, que parecía el cabal de los dos, había decidido mandar todo a la mierda…, ¿quién era yo para resistirme?

Me precipité sobre su boca y lo besé. Al colisionar contra sus labios, el instinto me aprisionó de una forma enfermiza y brutal que jamás había experimentado. Cuando Nasir correspondió con la misma maldita exigencia, batallando contra mi lengua mientras una de sus manos se colaba por debajo de mi uniforme, supe que íbamos muy en serio.

Empujé su pecho en una orden silenciosa para que se tumbara de nuevo, dispuesta a devorarlo hasta que me intoxicara de su sabor. Ante mi dominancia, resopló contra mi boca y su mano libre corrió a mi nuca para arrastrarme con él hacia la cama, sin querer despegarse de mí. *Joder*, ese gesto me encendió aún más… Al menos, hasta que un ramalazo de dolor me hizo apartar la cara.

Nasir se quedó inmóvil, su mirada vidriosa peleando por comprender qué había hecho mal. Igual que yo, en realidad, porque me estaba encantando todo lo que estábamos haciendo. De hecho, ¿por qué coño me había alejado de él?

No comprendí qué hacía cuando desplazó la mano que tenía sobre mi cuello y me obligó a ladearlo. Su expresión se agrió al momento, y entonces recordé con claridad que *ahí* había sido donde me había mordido la noche anterior. ¿Acaso llevaba un cardenal? Incluso con mi magia debilitada, los rasguños superficiales apenas me exigían unos minutos de curación y, por la relajación muscular que había experimentado al despertarme, podía apostar que habíamos dormido profundamente. ¿Entonces por qué no había sanado? ¿Por qué…?

«Quizás que estuvieses a punto de pulverizarte el cerebro tratando de retenerlo tiene algo que ver, ¿no crees?».

Contrajo la mandíbula con tanta rabia que casi escuché sus muelas partiéndose, y supe que la diversión había terminado de manera irrevocable cuando movió las piernas para que me apartase de él. En cuanto lo hice, apoyó los pies en el suelo y hundió la cabeza entre las manos para serenarse. Le lancé una mirada ceñuda y me atusé un poco el cabello con la mano enguantada, aún con su sabor en la boca. Si mi pelo tenía un mínimo de similitud al suyo, iba a tener que dedicar una hora entera a desenredarlo.

Con una inhalación profunda, se puso de pie.

Eché un vistazo a su espalda. La luz del día recortaba sus hombros anchos contra las sábanas mientras se desplazaba hasta la mesa llena de armas. No me percaté de que entre el metal había un broche y un sobre hasta que los tomó y me los enseñó.

—El broche es el permiso para permanecer dentro de las murallas de la ciudad —me explicó, mostrándomelo—. Y el sobre es tu contrato temporal a mi servicio. No lo quiero; eres libre a lo que a mí respecta.

»Pero me voy.

Parpadeé. ¿*Cómo*? Tenía que estar aún demasiado atontada por lo que acabábamos de hacer porque no comprendía sus palabras.

Dejó el sobre y el broche donde estaban y atrapó el arnés de las espadas, que estaba sobre la

silla. Se lo abrochó al pecho con rapidez, sin mirarme.

Ay, *joder*. No estaba bromeando. Se iba a largar.

Me puse de pie de un salto y estuve a punto de irme de bruces contra el suelo. Por suerte, balanceé el peso en el último momento y correteé en su dirección. Atrapé su muñeca para detenerlo, pero la retiró con brusquedad, emitiendo un gruñido del todo salvaje.

—No me toques.

—¿Qué mierdas haces? —lo interrumpí, apoyando las manos en mis caderas para no estrangularlo—. ¿Qué cojones *crees* que estás haciendo?

Como si no pudiese reprimirse, paseó la mirada por mi cuerpo, admirando mi pose dominante. Aunque estaba furiosa, el escrutinio me excitó de manera bochornosa e indeseada.

—Ya te lo he dicho —espetó, dando un paso hacia atrás—. Me marcho.

Aferró una de las espadas y la cargó en la funda, pero cuando quiso repetir lo mismo con la gemela, vio que se la había robado.

—*Goldhar*.

—No. —Apreté el pomo, posicionándola tras mi espalda—. Tú no te largas. Te necesito para llegar a la Torre de la Niebla.

Soltó una carcajada sarcástica y giró sobre los talones. Empezó a enfundarse las dagas, primero las de los muslos, luego las de las botas. Solo cuando terminó volvió a prestarme atención.

Echó un vistazo hacia mi espalda y ladró:

—Dámela.

—Ni de coña.

Tensó los hombros y valoró mi posición defensiva, cavilando el mejor movimiento para despojarme del arma.

—No es para tanto —insistió a regañadientes—. Trabajaremos por separado. Tú te quedarás aquí, buscarás por tu cuenta a los rebeldes y yo te mantendré al tanto de mis avances. Si los localizas, infórmame y…

—¿Qué te piensas que creerán en Palacio cuando vean que Sombrael no le presta atención a su nuevo capricho, que ni siquiera están compartiendo el mismo techo después de tanta insistencia? —Me alcé un poco sobre la punta de los dedos para acortar la distancia que interponía su altura—. No. P*uedes*. Irte.

Emitió un bufido cargado de rabia y con un avance controlado intentó quitarme la espada. Giré sobre los pies y lo esquivé. Fintó para desubicarme y, a pesar de que había previsto su ataque, fui demasiado lenta. Me atrapó la muñeca izquierda con determinación y chisté de dolor, soltando la espada contra el suelo. Frunció las cejas y desligó los dedos. Bajamos la mirada a la vez; una marca amoratada se extendía sobre mi piel.

Retiré la mano y la escondí detrás de mis lumbares, extrañamente avergonzada.

—Nasir…

—No puedo quedarme —soltó sin más, abochornado por lo que acababa de ver—. Anoche perdí el control. Deseaba poseerte, *entera.* Podría haberlo hecho si no hubieses usado tu magia sobre mí; te habría hecho daño, más del que ya te había infligido en Palacio. Y por si no fuese

suficiente, ahora…, joder. No deberíamos haber hecho nada de eso; ha estado mal. Ha sido peligroso para los dos.

—¿Ah, sí? —Lo miré entre las pestañas, encontrando un placer inexplicable en desafiarlo de esa manera—. A mí me ha parecido que ha estado muy bien, en realidad.

Emitió un gruñido bajo y delicioso y fijó la atención sobre mis labios.

Se me curvaron los dedos de los pies.

—Ayer me llamaste abominación —insistió tras unos segundos, apartando la mirada con esfuerzo—. Sin embargo, ahora dices que te ha gustado lo que hemos hecho. ¿Eso no te parece preocupante?

Estrujó los nudillos y los relajó. Dos veces. Tres. Como si un hormigueo asesino quisiera adueñarse de ellos.

Tenía razón, era preocupante. Él tenía sangre de evocador en sus venas y yo… lo detestaba. Aunque ni siquiera me hubiese acordado de ello hacía unos minutos, enroscada sobre su cuerpo poderoso.

—¿Aún lo haces? —pregunté, procurando serenarme de una maldita vez. Detuvo las manos y me miró. Para mi bochorno, todas las fibras de mi cuerpo respondieron con una tensión deliciosa—. Hoy, ahora. ¿Deseas poseerme?

Aguanté la respiración, sin comprender por qué toda esa conversación estaba alterándome de una forma tan… *placentera* cuando debería horrorizarme. Como si él se hubiese dado cuenta de mi reacción, meneó la cabeza y emitió una carcajada oscura y resignada. No se me pasó por alto cómo se aproximó a mí con dos pasos discretos, silenciosos, ni tampoco la mirada fugaz que le dedicó a mi cuerpo. Era la de un animal hambriento frente a una suculenta cena. *Su* cena.

Inhalé por la nariz y el ardor que cosquilleaba mi piel se expandió. Incluso bajo el olor a sudor, capté las notas de su perfume personal. Eso solo podía significar una cosa: que estábamos demasiado cerca el uno del otro.

Quería besarlo otra vez.

—Tanto como tú, me temo —musitó, mirándome por encima de la nariz.

Ojeé sus labios.

—¿Como yo? —cuestioné, procurando tragar saliva.

—Mírate. —Me señaló, paseando la atención por cada curva de mi cuerpo sin ninguna discreción—. Toda tú me lo está pidiendo.

Resoplé, aunque sin ninguna convicción.

—¿Insinúas que estoy deseando que un evocador me posea?

—Que *yo* te posea.

Estuve a punto de atragantarme cuando dio un tirón de mi cadera y me aprisionó contra su pecho, alineando nuestros torsos tal y como habíamos hecho sobre la cama. Se me escapó un ronroneo bajo al notar la dureza de sus pectorales bajo su camisa, la forma cincelada de sus abdominales contra mi vientre. No sabía si quería que me poseyera o no, pero se me ocurrían otras *miles de cosas* que sí quería que hiciese conmigo. Empezando por arrastrarme a la mesa, ponerme de espaldas sobre ella y tomarme así, de pie, hasta que me desgañitase la garganta.

La risita irónica de Nasir me hizo pestañear. Ni siquiera me había percatado de que me

había quedado hipnotizada observando el escritorio. Tampoco del calor que me trepaba por el cuello, los pómulos y las orejas.

—Justo a *esto* me refiero —dijo, esbozando una sonrisa cansada—. Tu cuerpo no sabe cómo interpretar lo que le está pasando y lo manifiesta con deseo carnal.

Retuve el aire, absorta en el movimiento ascendente y descendente de su nuez.

—¿Y qué le está pasando?

En algún momento mi expresión tuvo que volverse famélica, porque me soltó chasqueando la lengua y se distanció un par de pasos como si temiese perder el control y acabar con lo que habíamos empezado.

Se retiró los mechones de la frente, acomodándolos para que no le molestaran.

—¿Recuerdas aunque sea lo que pasó?

«¿Recuerdas que nos besamos en el jardín de tu casa, en mitad de la evocación?».

Joder, claro que me acordaba de *eso*. Jamás había sentido ese fuego en mis venas, arrastrándome hacia el fondo de las llamas. Y eso que un dragón había estado a punto de calcinarme el brazo.

—No fue una evocación… convencional.

Me lanzó una mirada elocuente que no supe interpretar. ¿«Una evocación convencional»?

Dejó ir el aire y me dio la espalda. Contempló el cielo y las nubes preñadas que se aproximaban a lo lejos. Los rayos del sol tintinearon al encontrarse con su figura.

—No sabes nada sobre evocaciones. —Ni siquiera era una pregunta, era más bien una afirmación resignada—. Verás, al menos sabrás que sirven para extraer energía y mantener con vida a Ceresia. Explicado de forma sencilla, una evocación es una transfusión de energía de un cuerpo a otro, solo que los evocadores actúan como conductores y se benefician de ello, alimentándose del dolor y del miedo para fortalecerse mientras focalizan esa energía robada en reanimar a la Madre. Pero, a la hora de ejecutarlas, existen matices diferenciales.

»Un evocador puede querer simplemente alimentarse de un individuo o puede querer poseer su cuerpo si está buscando un nuevo recipiente. Esas evocaciones solo afectarán a su energía y a su estado físico. Sin embargo, hay otro tipo de evocación, una que establece un vínculo más permanente entre evocador y víctima.

Vínculo. Algo dentro de mí se acaloró con solo escuchar esa palabra.

Sin poder contenerme, eché un vistazo a su trasero. *Por favor*. ¿Era natural que fuese tan apretado y tan…?

No, no, no. *No*. ¿Qué me pasaba?

Alcé la mirada con un resoplido furioso y me sonrojé al ver que me había pillado. Estupendo.

Su expresión no vaciló a pesar de todo.

—Igual que los brujos se vinculan a través de los tatuajes dorados de emparejamiento, los evocadores pueden hacer algo similar. Solo se necesita un beso en mitad de la evocación. —Otra miradita elocuente y larga. *Demasiado* larga.

Por primera vez, el estómago me dio un retortijón y el calor se disipó.

Tenía que ser una broma. Tenía que ser una *jodida* broma sin gracia.

Había estado más de dos décadas enamorada de Jayde. Lo había amado tanto que me había roto en cientos de trozos después de la muerte de Virian. Mi cuerpo, mi corazón, mi alma…, cada insignificante pedazo de mí le había pertenecido. En parte, aún lo hacía. Pero no dimos el paso de sellar nuestra relación porque no había estado dispuesta a… pagar el precio que conllevaría, y Jayde jamás me hubiese obligado a hacerlo. Y ahora, sin mi consentimiento y de repente, ¿era la pareja de Nasir?

—Dime que es una puta mentira. —¿Por qué se me estaba empañando la visión?—. Dime que no…

—Queen. —Lo miré ceñuda al sentir el dorso de su mano bajo el mentón, empujando para que me encontrase con él. Quería arrancarle los dedos de un mordisco y a la vez que me abrazara —. No es lo que estás pensando. No estamos emparejados. Tu corazón sigue siendo solo tuyo y de quien tú ames.

Cerré los ojos con fuerza para retener las lágrimas, destensándome con cierta vergüenza. Había escogido sus palabras con amabilidad, omitiendo el nombre de Jayde para no desgarrar más la cicatriz que me atravesaba el pecho, porque todo el mundo había oído hablar de nuestro romance.

—¿Entonces? —murmuré, frotándome los párpados con rudeza.

—En este caso, la evocación provoca que la víctima desee ser sometida y se entregue sin resistencia, como tú deseas a nivel corporal. El evocador puede manipularla y abusar de su energía hasta consumirla. Puede ser un proceso de días, meses, años… Sea como sea, siempre acaba igual: con alguien muerto y un evocador atiborrado.

—¿Quieres decir que tú y yo…?

Negó con la cabeza para cortarme.

—Por suerte para los dos, es necesario una segunda evocación para sellar la conexión. Y es justo lo que… —Flexionó el puño y lo abrió—. Lo que hubiese sucedido si no me hubieras detenido.

Sus palabras no me desconcertaron. Mi instinto me había advertido la noche anterior sobre él, sobre su forma de caminar y aproximarse a mí como un lobo con ganas de cazar. Lo había desoído porque, *en fin*, había estado demasiado ocupada dejándome llevar.

—¿Tiene que ver con el color de tus ojos? Ayer eran rojos —recordé—. ¿Por qué? Siempre los tiñes en público, pero cuando estamos solos no te molestas en hacerlo.

Soltó una risita punzante.

—Puedo dominar el cambio… excepto cuando estoy furioso o muy excitado —confesó—. Al ser un mestizo, este tipo de evocaciones no solo despiertan en mí el deseo mental, sino el carnal, como te sucede a ti. Ambos se funden. No es algo aislado; también experimento ese paralelismo cuando mantengo relaciones. Pero anoche… Las sensaciones que me despertó la evocación de vinculación sobrepasaron todos mis límites; supongo que influyó el hecho de que hayan pasado años desde la última vez que ejercí como evocador.

Años. Nasir había estado años sin alimentarse de la mente de nadie y yo lo había llamado «evocador de mierda» nada más conocerlo. Qué bien.

—¿Y el fuego pyrense? Tal vez podrías haber encendido las velas para…

—No *podía*. Ni siquiera sé cómo conseguí traerte desde Palacio al burdel sin devorarte mientras estabas inconsciente. No te das cuenta, pero la capacidad que tienes de dominar a los muertos y extender tu poder más allá que cualquier otro brujo te vuelve codiciada para un evocador. Hueles, sabes y te sientes perfecta. Supongo que se relaciona con que los evocadores son seres espirituales vinculados a la muerte, además de a la noche.

La voz de Tristán silbó en el fondo de mi memoria. «Tú…, tú estás cargada de poder. Y de un poder distinto». Por fin entendía a qué se había referido la noche de El Insumergible, aunque no me hacía sentir mejor. En todo caso, me aterraba pensar que cualquier evocador pudiese olfatearme y detectar ese rastro mágico. ¿Y si alguno conectaba las señales y descubría mi verdadera identidad? ¿Qué haría Tristán conmigo si supiese que fui la princesa de Denesse? Que *era* la princesa de Denesse, desterrada y detestada, pero princesa al fin y al cabo. Nadie podría negar nunca que la sangre de Sylvina Silver corría por mis venas.

Mis pensamientos se interrumpieron cuando Nasir exhaló con sonoridad.

—Te fallé en Palacio. Y no voy a poder hacer esto —concluyó, esquivándome con intención—. No sin ponernos en peligro y convertirme en…

La frase quedó suspendida entre los dos durante tanto rato que se me secó la garganta. Fuera lo que fuese lo que estuviese pensando, decidió retenerlo para sí. Deseé presionarlo; en cambio, me decidí por preguntar:

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no simplemente te alimentaste de mis recuerdos y de mis miedos, en vez de usar ese… tipo de evocación?

Se masajeó la nuca.

—Lo intenté, pero tu mente era frágil. Si hubiese continuado por ese camino, te habría matado.

Resbaló la mano y la enredó en la cadena que le rodeaba el cuello. Al estirarla, los músculos de sus bíceps se endurecieron y la cicatriz de su brazo izquierdo se evidenció. El gesto me resultó demasiado familiar.

—Creo…, creo que hemos tenido fiebre —comenté, abstraída en el jugueteo de sus dedos. Después de haberlos sentido entre las piernas, era imposible no ser plenamente consciente de ellos—. ¿También es parte de las consecuencias de ese tipo de evocación, aparte del deseo?

—La fiebre ha sido por haber reprimido el impulso de cerrar el vínculo, una especie de intoxicación. No deberíamos volver a experimentarla.

Me tensé como la cuerda de un arco cuando dio una zancada y se posicionó frente a mí con la espalda recta. Intercambió la atención entre sus dedos y mi cuello, una, dos veces, antes de alargar la mano en mi dirección. Casi hipnotizado, los deslizó sobre mi garganta, evitando el cardenal con cuidado. El deseo de besarlo, de tocarlo, se volvió insoportable.

—¿Entiendes ahora por qué necesito irme? —murmuró, siguiendo el recorrido de sus uñas con la mirada. Arqueé el cuello por necesidad, anhelando sentir más de él. Un gruñidito trepó hasta su boca y añadió entre dientes—: Pueden pasar días hasta que nuestros cuerpos acaben de purgarse y dejen de desear cerrar el vínculo. Hasta que eso suceda, tú vas a estar así —curvó los dedos en la base de mi nuca y gemí de placer, apenas capaz de concentrarme en sus palabras— y yo voy a estar deseándote. A ti, a tu cuerpo, a tu mente; todo el tiempo.

Nuestra proximidad me hizo mirarle la boca. Estaba curvada ligeramente en una sonrisa abatida. Después de haberla probado, me iba a volver loca si seguía tan cerca de mí y tan lejos al mismo tiempo.

Al percibir mi temperatura corporal ascendiendo, apartó la mano.

—Déjame irme. Podría volver a atacarte y no sería seguro. —Me bebió con los ojos antes de girar sobre los talones y atrapar la espada del suelo. Se la ciñó a la funda, preparado para marcharse.

—No necesito que sea seguro —farfullé. Me costaba pensar con claridad, pero no dudé en interponerme entre él y la puerta.

—Pues yo sí. Hay muchas cosas que no sabes sobre mí.

—Entonces, cuéntamelas.

Mantuve la barbilla alzada mientras parpadeaba sorprendido. Por un instante, creí que me revelaría sus secretos: boqueó varias veces, su mirada se clavó en la mía… Pero finalmente cuadró los hombros y negó con la cabeza.

—No puedo quedarme, no sin garantías.

—Yo soy tu mayor garantía.

Cruzó los brazos frente al pecho y me lanzó una mirada escéptica por encima de la nariz.

—Ayer te lo demostré —reiteré—. Incluso bajo el influjo de tu poder y con mi magia… debilitada, te pude controlar.

—Me controlaste porque retiré mis defensas internas.

—¿Y qué problema hay con eso? —Me encogí de hombros, aunque en el fondo me hería el orgullo—. Piénsalo; si ese fue tu peor momento y las desplomaste a pesar de todo, ¿no es una garantía de que puedes retirarlas siempre que te lo pida? ¿De que eres capaz de mantener un mínimo de control?

Apretó los labios en una fina línea.

—¿De verdad no te das cuenta de lo que te he hecho? —murmuró cuando el silencio se arraigó durante demasiado tiempo—. ¿De lo que me estás pidiendo a pesar de ello? Deberías odiarme, temerme. No pedirme que me quede aquí.

Mi mano ascendió hasta mi colgante y enseguida los dedos comenzaron a enredarse alrededor de la plata. Él tenía razón: me había atacado y, a pesar de que no había sido un acto voluntario, debería alarmarme. Su rostro se había contraído en una mezcla de placer y espanto en Palacio, encima de mí, debatiéndose entre lo que una parte de él deseaba y lo que a otra le asustaba. Y seguía anhelando más, ahora, frente a mí. Seguía anhelando más de mí.

—¿Te gustó? Cuando ejerciste tu poder sobre mí en Palacio, ¿te gustó?

Sus hombros se contrajeron al escucharme y todo él se volvió una roca inexpresiva. Solo a través de sus ojos cristalinos capté una mezcolanza de emociones: asco, vergüenza, rabia, tristeza. Enseguida supe que tendría que haberme mordido la lengua. Esa pregunta parecía haber abierto una herida infectada en él, y me incomodó. Me identificaba demasiado con la sensación.

—Quiero decir —carraspeé, apartando la mirada hacia la ventana. Tenía un cosquilleo incómodo en el pecho—, que no importa. Da igual si te gustó o no. Hiciste lo que tenías que hacer para que pudiésemos salir de allí sin que nos descubrieran. Además, yo lo consentí.

—Sí importa —me corrigió, su voz tan dura que me hizo encoger—. Mucho.

Pronunció esa última palabra con fuerza, reclamando mi atención de nuevo. Me ericé al ver la determinación en el fondo de sus ojos, extendiéndose como una tormenta furiosa y gélida. Supuse que era por el influjo de la evocación, pero tuve el deseo irracional de acercarme a él, cruzar los brazos sobre su nuca y apoyar la frente sobre la suya para que se calmase.

—Olvidémonos de lo que pasó, ¿quieres? —propuse con cierta desesperación, dando un paso al frente. Antes de que pudiese rebatirme, añadí—: Y centrémonos en lo que importa. Tengo el permiso, tú mi contrato, y quedan diez días para la fiesta de la Conquista. Necesito tu ayuda y tú querrás lo que sea que te haya prometido Kerisha lo antes posible, ¿no? Seamos pragmáticos, aunque sea por una vez.

—Es peligroso —arguyó. Sin embargo, noté la vacilación en él.

Me lancé a por ella como una ave carroñera, porque sabía que su cuerpo le estaba pidiendo lo mismo que el mío: que se acercase a mí, que me tomase. Que no se marchara hasta terminar lo que habíamos empezado.

—La vida es peligrosa. —Sin saber por qué, acorté la distancia que se interponía entre los dos y alcé mi mano enguantada hasta el cuello de su camisa. Lo tamborileé, muy consciente de cómo observaba mi jugueteo por el rabillo del ojo—. Así que deja tus espadas y tus dagas en la mesa, ordénalas como tanto te gusta y empecemos a trabajar.

Su risa me recorrió por dentro como chocolate caliente. De arriba abajo, hasta el mismísimo centro de mis muslos. Como si lo notase, dejó la boca entreabierta. La sombra del evocador se abrió paso en el fondo de sus ojos, engrosando esos aros rojizos que colindaban con sus pupilas, pero no me asustó. Desde ese momento no volvería a hacerlo nunca, porque sabía que podía doblegarlo.

Me atrapó los dedos y los detuvo, conduciendo mi atención hacia su mano mientras mis latidos se intensificaban.

—Si me quedo, no puede volver a suceder lo de esta mañana —dijo, recorriendo mis nudillos con el pulgar—. No puede haber nada de contacto entre los dos, ni un solo roce, ya que podríamos descontrolarnos y acabar cerrando el vínculo a través de esa segunda evocación.

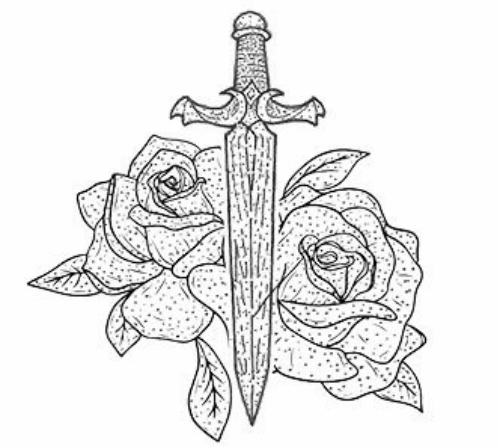
¿Ni un solo roce? Algo dentro de mí protestó con violencia, aunque mi lógica aprobó su proposición con aplausos eufóricos y chillidos desgarrados. Me asustaba la perspectiva de que eso pasara, de que terminase atada a él y me consumiese a su antojo.

No obstante, me costó tanto ceder que me dolió físicamente.

—¿Ah? ¿Qué ha pasado? No recuerdo nada, porque no ha pasado nada —me obligué a decir, sonriendo con tirantez.

Él resopló por la nariz, entornando los ojos.

Con un último vistazo a mis labios, desligó su mano de la mía y comenzó a desarmarse.



25

El sudor perlaba mi frente y me caía sobre los párpados mientras retenía la estocada de Nasir una vez más. Aunque había logrado mantener la posición ante su embestida, los brazos me temblaban bajo la fuerza que estaba ejerciendo sobre mi arma. Apreté los dientes y dejé escapar un gruñido, utilizando mi peso para contrarrestar su presión. Me negaba a perder por octava ocasión en menos de una hora.

Como si hubiese leído mi pensamiento, giró sobre los talones abalanzándose tan rápido que apenas me dio tiempo a esquivar su estocada. Si me hubiese quedado un mínimo de aliento, lo habría insultado. Pero apenas podía sentir el aire entrando por la nariz.

Golpeó. Una, dos, tres veces.

Su forma de luchar se diferenciaba a la de otros combatientes con los que me había enfrentado. No pecaba de incauto ni de pretencioso, más bien se asemejaba al oleaje. Era constante, imparable, manejaba el ritmo alternando un juego de pies lento y controlado con avances precipitados e impredecibles, como una ola que acaricia la orilla seguida de otra que la engulle con violencia. Por fortuna, me alivió estar tan agotada como para no poder fantasear acerca de si emplearía ese ritmo fuera del campo de batalla.

Jadeé y salté para evitar su avance, si bien tropecé de forma torpe. ¿Dónde estaban mis malditos pies cuando los necesitaba? Rodé por la pradera antes de levantarme cubierta de hierba fresca y encararlo de nuevo. Me quemaba el pecho y mis extremidades se sacudían con violencia, pero no le importó. Arremetió de nuevo.

Nuestras espadas gritaron cuando se encontraron en medio del atardecer.

Apreté los dientes e hinqué los talones en la hierba, con el cabello pegado en la humedad de la nuca. Había dejado expuesto su costado derecho, así que volteé con velocidad y giré la muñeca desligando mi espada de la suya. Antes de que pudiera rozarlo con el dorso de mi acero, me desarmó con un golpe de su pomo. Grité cuando el dolor trepó por mis terminaciones nerviosas y me llevé la mano contra el pecho, reteniendo las lágrimas tras los párpados.

—Capullo.

—Muy lenta.

Gruñí e, impulsada por el fuego que ahondaba en mi estómago, le asesté una patada contra el pecho. Pero la esquivó.

—¡Estás haciendo trampa!

—¿Trampa?

Tomé una bocanada de aire y me acerqué a él, deteniéndome a escasos centímetros de su barbilla. Su respiración acompasada me sacó de quicio.

—¡Sí, joder! ¡No puedo haber perdido ocho veces ya! —Golpeé el barro con la punta de las botas—. ¿Qué estás haciendo? ¡Dímelo!

—Sabes que no estoy haciendo trampas.

—¡Mentira! —repliqué, fijando la atención en su boca. Me resultaba inevitable no distraerme contemplándola.

Dio un paso hacia atrás, como si hubiese percibido la repentina estática del aire.

—Asúmelo; has perdido agilidad.

Apreté los puños hasta que me crujieron los nudillos y le clavé el índice en el chaleco, justo a la altura del corazón.

—Asúmelo; eres idiota.

Emitió un sonidito gutural, casi amenazante, y atrapó mi mano con rudeza.

—Nada de contacto —siseó, bajando la voz.

No me hirió su orden, ni siquiera la forma en la que me soltó con precipitación y retrocedió un paso, sino la expresión contrariada que se asentó en su rostro. En los últimos tres días apenas me había mirado, hablado ni, por supuesto, tocado. Y por mucho que me hubiese esforzado en concentrarme en localizar a los rebeldes e ignorar su actitud, resultaba imposible no darse cuenta de que estaba siendo un dramático.

Habíamos patrullado cada rincón nombrado en los informes de Dryan con actitud profesional, por mucho que percibiésemos el ambiente cargado de tensión cada vez que nos mirábamos. Nuestras breves conversaciones se habían reducido a dónde deberíamos ir después o con quién deberíamos hablar de la lista de contactos que figuraba en los documentos. Más allá de eso, silencio. Ni siquiera me había incordiado con uno de sus comentarios detestables y burlones.

Por si no fuese suficiente, luego regresábamos a su dormitorio y todo se enrarecía más. Habíamos establecido una rutina tácita de lo más distante que detestaba y adoraba al mismo tiempo. Él me había cedido su cama sin ni siquiera molestarse en poner una excusa y, aunque en un impulso le había insistido que la compartiésemos, se había negado en redondo. Ni con el maldito Abismo atravesando el colchón hubiese aceptado.

Así que, cuando volvíamos a El Tiburón Añil, nos quitábamos las capas, cenábamos en el salón sin hablar, distraídos con los espectáculos lamentables de esa noche, y luego él se quedaba allí abajo durante demasiado rato mientras yo subía a la habitación y me metía entre las sábanas hasta quedarme adormilada. Justo entonces solía regresar, encender las velas alrededor de mí con su pedernal pyrense y repantigarse en el sillón. Sus casi dos metros de altura apenas cabían en él y, por mucho que se moviese, parecía igual de incómodo en una postura que en otra. Pero no volví a insistir sobre compartir la cama. Me preocupaba cómo podría terminar, sobre todo

porque, en mitad de la oscuridad, mis fantasías se desataban.

Algunas noches me había preguntado qué hacía en el salón durante ese rato a solas, si habría renunciado a la idea de no pagar por sexo ahora que los dos nos moríamos por un poco de calor. Y, aunque en realidad sabía que no, que nunca lo haría, creer que sí me consolaba mientras me tocaba en su cama para aliviarme un poco. Era obvio que esa evocación me había hecho puré el cerebro, porque hasta entonces siempre había fantaseado con el cuerpo de Jayde debajo del mío, moviéndose a un ritmo deliciosamente lento. No obstante, ahora me descubría pensando en Nasir. Imaginándome a Nasir. Fantaseando con el beso que nos habíamos dado, con su forma de tocarme, de moverse contra mí. Por mucho que pelease contra esos pensamientos, acababa cayendo en ellos una y otra vez.

—Una más.

Su voz me distrajo y, por un breve instante, no recordé qué estábamos haciendo. Pero entonces, atrapó mi espada del suelo, se situó tras de mí y, con una miradita cautelosa, me la colocó en la mano. La tensión en el ambiente se solidificó en cuanto entramos en contacto, si bien fingimos no notarla conforme curvaba los dedos alrededor de mis nudillos. Al menos el deseo denso y pesado que me había impulsado a besarlo la primera mañana se sentía más diluido y calmado. Intuí que era una buena señal, la señal de que me estaba purgando. ¿Él también lo estaría sintiendo?

Tomé una bocanada de aire lenta y profunda y me centré en el peso de la espada.

—Puedes hacerlo. Has perdido fuerza y rapidez, pero tu técnica es perfecta. Con un poco de práctica y buenos hábitos, en unos pocos meses podrías volver a estar en plena forma. —Movió con delicadeza sus dedos sobre los míos para ajustar mi agarre sobre la empuñadura, y el poco autocontrol que había reunido se escabulló de mi pecho como un traidor.

Me mordí el labio a sus espaldas, sacudida por cientos de sensaciones placenteras que me engulleron en un pestañeo. No sabía cómo sentirme al respecto de la situación. Me habían atraído muchísimos hombres problemáticos en los últimos años y nunca me había escandalizado tanto como con él. ¿Sería por estar reprimiéndome? Con la mayoría de los otros, el encaprichamiento se había limitado a un polvo desenfrenado y a una despedida aburrida. Después de eso, el deseo había desaparecido sin más.

Lo estudié de reojo. Quizás si él y yo…

«Ni de coña».

—A veces tu sujeción pierde seguridad porque se resbala con el guante —me explicó, ajeno a mis cavilaciones—; deberías quitártelo o encargar uno de cuero.

Emití una carcajada tirante que reverberó en él. Si eso era una indirecta para que entrenara sin guante, podía sentarse a esperar. Ni por todo el arciris del mundo pensaba enseñarle mi quemadura.

—Mi sujeción es perfecta.

Aunque se debatió por replicarme, optó por morderse la lengua y dar dos zancadas hacia atrás. Volvió a su posición defensiva y elevó la espada ante su pecho, aguardando a que fuese a por él.

Resoplé y tiré mi arma sobre la hierba, abatida.

Me llamó, pero lo ignoré y me senté en el suelo, flexionando las rodillas y apoyando el mentón sobre ellas. ¿Qué pensaría Darius si fuese capaz de verme?, ¿mantendría la esperanza en mí? ¿Y qué diría Jayde? Él… Bueno, en realidad ya me había dejado claro que lo había decepcionado. Lo único que le faltaba era descubrir que me tocaba pensando en un medio evocador para confirmar su concepto patético de mí. Menos mal que ya estaría atravesando Icenen.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos para procurar serenarme. Quedaban apenas siete días para la fiesta de la Conquista y encontrar a esos rebeldes se había convertido en una necesidad todavía más imperante que antes. Cada momento era una oportunidad para que los hombres de Dorian se nos adelantasen y eso… eso me aterraba. Y lo peor era que Dryan estaría al mando de la misión, entregado al objetivo de librarme de Sombrael, creyendo que hacía lo correcto. Conociéndolo, apenas estaría durmiendo.

Suspiré y hundí los hombros. Echaba demasiado de menos al capitán de la guardia. Incluso echaba de menos sus canciones desafinadas por mucho que mis oídos estuviesen en desacuerdo. ¿Podría encontrar una manera de hablar con él?, ¿o resultaría demasiado arriesgado?

—*Queen*.

Murmuré un improperio bajo ante su insistencia y ladeé la cabeza por encima del hombro. La intensidad de su mirada me removió la sangre. En todos los sentidos.

—Déjame en paz —protesté, más irritada de lo que pretendía sonar. Al final, la idea de entrenar esa tarde para destensarnos un poco había sido mía…, aunque había imaginado que acabaría de otra forma más satisfactoria.

Para mi sorpresa, exhaló el aire poco a poco y dejó la espada junto a la mía. Se sentó a mi lado, reclinándose sobre los antebrazos mientras estiraba la longitud de sus piernas. Cuando lo hizo, su rodilla me rozó el muslo. Enseguida la apartó, sin ni siquiera dedicarme un vistazo.

—Creo que deberíamos considerar ese último contacto que el capitán de los Yadav enumeró en los informes, dado que ninguno de los demás nos ha dado información útil. —Estudió el sol sumergiéndose en el horizonte, la luz anaranjada tiñendo su cabello albino.

No pude replicar; ni el comerciante, ni la sacerdotisa ni el orfebre que figuraban en la lista nos habían dado ni una migaja de información útil.

—Pero tenemos los informes de Dryan, su teoría de la red de túneles subterráneos —me obligué a recordarle.

—Aun así no hemos localizado ningún acceso a esa supuesta red, por lo que continuamos en el mismo punto —argumentó, y supe perfectamente qué iba a decir después—: Necesitamos hablar con ella.

«Bingo».

—Fahe no es de fiar —insistí, enfadada. Llevábamos un par de días recurriendo a la misma conversación sin ponernos de acuerdo—. Es una señora de la droga.

Solo decirlo me erizó el cabello de la nuca. Al igual que el emperador y sus representantes, habían cuatro grandes señores de la droga en Oriente distribuidos en las capitales de los reinos. Y entre ellos, estaba el malnacido de Vail Valdran.

Podía ser que mi experiencia con Fahe hubiese sido más liviana que con él, pero sabía muy

bien de qué eran capaces cuando el dinero se inmiscuía en sus planes. Además, dudaba que a la señora de la droga de Ríos Altos le apeteciese verme después de haberme prohibido el acceso a su local.

—Pero colaboró con los Yadav en varias ocasiones. Ocasiones en las que el capitán de la guardia consiguió atrapar a algunos rebeldes —arguyó—. Y por lo que hay escrito en los informes, todo fue gracias a sus espías.

—Colaboró por dinero.

—¿Y qué esperabas?, ¿que lo hiciese a cambio de galletas horneadas?

Me tentó muchísimo darle un puñetazo en el hombro. Sin embargo, me sorprendí sonriendo como una idiota. ¿Eso que había notado había sido sarcasmo, al fin?

—¿Te dice algo el nombre de «la Casa Dorada»? Dorian tiene tanto oro que ha bañado la fachada en él, ¿comprendes? Si Fahe tiene información, ya se la habrá vendido a Dryan.

—Si es lista, no. Sus espías ya sabrán que tú y yo estamos implicados en resolver esto en nombre de Palacio. ¿Qué crees que preferirá conseguir?, ¿más oro para llenar sus arcas a rebosar o una alianza potencial con Palacio?

Me apreté las rodillas, frunciendo los labios.

—Entiendo que prefieras evitarla —lo dudaba *muchísimo*, aunque no le contradije—, pero ya hemos inspeccionado cada lugar nombrado en los informes y nos quedamos sin tiempo. Necesitamos encontrar a esos rebeldes para hablar con la alquimista.

Y para que Dorian no me arrastrase de vuelta al sótano. De por vida.

—Está bien —dije—. Iremos esta noche, aunque no te quejes si luego acabamos jodidos de una forma u otra.

Esbozó una sonrisa calmada.

—No piensas decirme nada más sobre el método para localizar la Torre de la Niebla, ¿verdad? —suspiré tras un momento acariciando la hierba húmeda—. Quizás si me dijeses qué es, o qué no entiendes, podría ayudarte a interpretarlo y largarnos sin necesidad de hablar con esa alquimista.

Nasir se echó más hacia atrás sobre los codos, ladeando un poco el cuerpo en mi dirección. Para mi asombro, me miró a los ojos y dijo:

—Me gustaría hacerlo. Pero prometí que no se lo revelaría a nadie a no ser que fuese imprescindible. Y sé que no podrías interpretarlo.

Exhalé y arranqué una brizna de hierba, cansada de pronto.

—Bien —exhaló, observando el ir y venir de mi mano—, creo que es hora de probar tu magia.

Fruncí el entrecejo y lo miré con la boca entreabierta.

—¿Ahora?

—Sí, *ahora*. Sigo siendo voluble y tú también. No lo olvides.

Podría haberlo mandado a la mierda ante el tonito impertinente del final de su frase. Sin duda habría sido placentero. No tanto como me hubiese gustado, aunque en esos momentos cualquier ápice era mejor que nada.

Sin embargo, al observar su expresión neutral, suspiré y me rendí.

—Vale. Tu mano.

Alzó una ceja y me miró con suspicacia.

—Tú no necesitas establecer contacto con nadie para ejercer tu magia.

—No. Pero quiero probar la conexión espejo y…

—¿Para qué? Es una conexión inútil en combate y no nos servirá en caso de que te ataque.

—Dame tu mano de una jodida vez. —No pensaba reconocer en voz alta que mi magia era demasiado débil y temía que me dejase exhausta durante el resto de la noche. Mucho menos, que una parte de mí extrañaba su contacto.

Suspiró de mala gana y me la dio sin titubear, facilitando demasiado que pudiese apreciar su piel callosa contra la palma de mi mano. Fruncí el ceño hacia mi brazo derecho, el enguantado. Hubiese sido más inteligente ofrecerle ese.

Se movió para enfrentarme y prestó atención a nuestras manos unidas, tan serio que me llenó de nervios. La conexión espejo era muy sencilla; de hecho, era la primera que los brujos aprendían. Servía para reconocer el cuerpo del adversario y obtener información sobre sus emociones. Nada interesante que aplicar en pleno combate, aunque bastante útil a la hora de interrogar prisioneros y descifrar cuándo mentían. Pero con mi suministro enfermizo y esa tensión entre los dos, tan cortante como el filo de una daga…, dudaba poder concentrarme lo suficiente como para establecerla.

—¿Empiezas o qué?

Lo insulté entre dientes y tomé aire por la nariz, imaginando que esos dedos que sostenía entre los míos eran los de un desconocido cualquiera. Bien, podía hacerlo. Solo tenía que empujar poco a poco mi poder a través de mis venas y…

El calor de su corriente vital abrazó mis muñecas al momento y eso me alivió. Enseguida sentí el hambre que se alojaba en su estómago, el cansancio de sus hombros y el ligero malestar que se alojaba en su costado izquierdo por la única estocada que había logrado acertarle con el dorso de la espada.

Y el deseo; *joder*. El deseo estaba por todo él. Era una bola de fuego que le estaba consumiendo el pecho. ¿Cómo era posible que no se hubiese abalanzado ya sobre mí y me estuviese poseyendo?

—¿Quieres decir algo? —Aunque quiso sonar impertinente y sarcástico, su tono de voz fue demasiado grave.

Resoplé por la nariz.

—Eres insufrible.

Me adentré más en su esencia, en ese fuego azulado que lamía cada rincón de su alma. Dentro de él, todo parecía emanar ese aroma a romero y a lluvia que tranquilizaba mis nervios. Tomé una bocanada para disfrutarlo y me interné hasta que toqué su caja torácica con mis uñas invisibles. Dio un respingo.

—¿Qué? —pregunté sobresaltada, abriendo los ojos—. ¿Paro?

Constriñó la mandíbula tanto que temí que se le partiesen las muelas, y examinó nuestras manos unidas otra vez. No se me pasó por alto cómo observó su anillo tatuado. Lo rozó con el pulgar casi de forma involuntaria y, al curvar los dedos, no pudo evitar acariciarme. Estiró la

columna y un brillo ensombrecido centelleó tras sus pestañas castañas.

—No —dijo, tan bajito que apenas lo oí—. Adelante.

Me dio un pellizco para reafirmarse y soltó el aire por la boca.

Cuando alcancé su corazón, exhalé un gemidito pasmado. Estaba nervioso, avergonzado y excitado a partes iguales. Sus pulsaciones eran intensas y a la vez fugaces, y replicaban contra mis propios latidos con tanta fiereza que dejé de discernir a quién pertenecía el bombeo.

—No te voy a hacer daño —susurré—. La conexión espejo no sirve para lastimar. Solo para observar.

—Lo sé.

Pues claro que lo sabía; a pesar de todo, era medio brujo.

Estudié más su corazón, acercándome con curiosidad. Era una estrella de ónice pulido que anidaba en el centro de su torso. Con cada latido, el eco de la sangre recorría sus venas y las dotaba de brillo. Me tumbé en su interior, embobada por el espectáculo de luces y sombras que nacían y morían a cada pulsación y se fundían con las llamas azuladas. Hacía años desde la última vez que había compartido un momento así con alguien y…

Había sido con Jayde. Y habían pasado tantos años que apenas recordaba cómo era su corazón.

Solté los dedos de Nasir en un impulso y flexioné las rodillas contra el pecho, hundiendo la atención en los cordones de mis botas altas. Carraspeé para deshacer el nudo que se había apretado alrededor de mi garganta, aunque fue bastante inútil. La luz rosada del atardecer se había emborronado.

—¿Pasa algo? —Esa vez su pregunta fue genuina. Lo noté en la delicadeza entretejida en el fondo de su garganta.

Negué y apoyé la mejilla en mi rodilla. Un mechón de mi cabello teñido se deslizó por mi pómulo y cayó sobre mis labios. Dejé que la brisa del otoño lo agitara mientras tomaba una respiración pesada y dolorosa.

—Estoy cansada, eso es todo.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo después de volver a estirarse sobre la hierba, la atención centrada en las primeras estrellas que se desperezaban en el cielo. Me mordí el labio con cierta inquietud ante la amabilidad de sus palabras y asentí—. ¿Qué le ha pasado a tu magia?

La espalda me dio un tirón y los músculos se me agarrotaron. Tenía la esperanza de que jamás se interesase por mi poder, o, mejor dicho, por mi falta de poder. ¿Si fingía no haberlo oído sería demasiado descarado?

Por un momento, me pregunté cómo me sentiría al pronunciar ese secreto que me avergonzaba y aterrorizaba por igual, ese que me ataba a Dorian. ¿Liberada?, ¿humillada? En el fondo, no importaba; mis labios estaban sellados.

—Las drogas. —Me encogí de hombros. En realidad, desconocía hasta qué punto podrían haber participado en el declive de mi poder, aunque sospechaba que mucho menos de lo que me gustaría.

Nasir jugó con la lengua, cavilando. Mi corazón dio un tropiezo cuando preguntó:

—¿Estás segura? —lo dijo con tanto cuidado que me incomodó. Era raro ver ese lado de él

—. Tu metabolismo debería poder contrarrestar los efectos. No deberían haberte perjudicado.

—Consumí arciris durante varios años. Ni un brujo puede sintetizar esa sustancia sin que se le joda el cuerpo. No, al menos, con las cantidades y la asiduidad que consumía yo.

¿Debería sentirme avergonzada por hablar de ello con esa naturalidad? A él no parecía incomodarlo, a pesar de que el consumo de drogas no estaba bien visto entre los brujos. Quizás no tanto como la toma de anticonceptivos en parejas tatuadas —un delito que se llegaba a pagar con trabajos forzados perpetuos, además de provocar un escándalo humillante—, pero seguía siendo un tema del que la mayoría prefería no hablar.

—Hay arciris en el burdel —indicó, enderezándose y apoyando los codos en las rodillas flexionadas—. ¿Te resulta un problema?

Alcé las cejas. ¿En serio me estaba preguntando eso? Maldita sea, hasta su expresión parecía preocupada. Y no quería que se comportase así, porque me resultaría más complicado detestarlo.

—Lo tengo controlado —mascullé, poniendo las piernas en mariposa y frotándome la palma de las manos en los pantalones. Lo cierto era que cada noche que veía a algún cliente consumiendo esa sustancia azulada empezaba a salivar y a temblar de anhelo—. Ahora yo. —Alzó la ceja, aunque no protestó ante mi tono exigente y tan alejado del que él había empleado conmigo—: ¿Qué significa tu tatuaje?

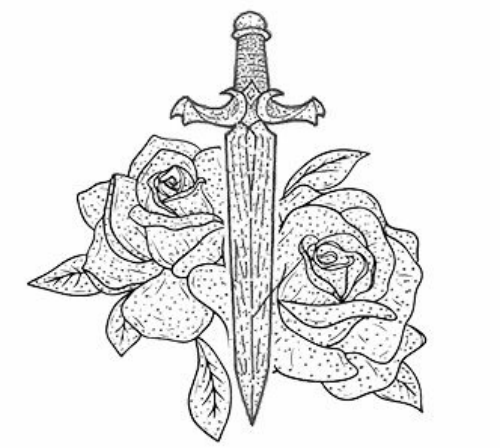
Enseguida supe que la había cagado.

Entrecerró los ojos conforme bajaba la mirada hacia su dedo anular, su mandíbula endurecida. La bailó entre el tatuaje y yo durante tanto rato que entendí que no me respondería. Parecía haber optado por la opción «fingir no haberme oído» porque se puso de pie y se limpió los restos de barro de su pantalón antes de recoger las espadas, enfundarlas y dirigirse a Ceniza. La yegua estaba atada a unos metros de nosotros, comiendo pasto. No es que estuviésemos muy lejos de El Tiburón Añil, a apenas un par de kilómetros, pero Nasir había pensado que sería una buena idea que la montura estirase un poco las patas.

Suspiré y lo imité, quitándome del trasero los restos de hierba húmeda.

—Una promesa —dijo inesperadamente a mis espaldas, haciendo que me girase sobre los talones y lo enfrentase—. Eso significa.

Echó un vistazo furtivo a su anillo tatuado y sus hombros se hundieron un poco. Abrí la boca para preguntarle a qué se refería, pero fue demasiado rápido: se volteó y continuó preparando a Ceniza para regresar al burdel. No volvió a mirarme y tuve la sensación de que ese tatuaje que tanto veneraba escondía un corazón roto y lleno de cicatrices.



26

La lluvia salpicaba las tejas. Su repiqueteo constante acompasaba mis latidos acelerados, la droga fluyendo en mis venas como un río de oro fundido.

El aroma salado del puerto era tan duro que me picaban las fosas nasales. Me froté los párpados para amortiguar el lagrimeo que se me acumulaba en los ojos antes de avanzar hacia el siguiente tejado. Nasir emitió un gruñidito detrás de mí antes de seguir mis pasos. Era tan metódico que no necesitaba darme la vuelta para saber que estaba pisando en los mismos sitios que yo, casi como si mis botas estuviesen dejando un rastro brillante bajo la luna y él solo se estuviese dedicando a seguirlo.

Fruncí el ceño al llegar al borde del edificio. La siguiente casa quedaba a unos metros por debajo de nuestra posición. Una caída de quizás tres metros y medio o cuatro. No supondría un problema siendo una bruja, ya que nuestro cuerpo no era tan frágil como el de los humanos. Mucho menos, con la droga bombeando en mi interior.

Antes de saltar, me reajusté la coleta, ladeé la cabeza por encima del hombro y le sonreí con soberbia a Nasir. No le dio tiempo ni a parpadear. Caí usando las rodillas y las manos para amortiguar el golpe, y con un movimiento preciso me puse de pie y le dediqué una genuflexión. Él alzó las cejas, sin poder contenerse, acuclillado con los codos sobre las rodillas. Su capucha estaba empapada y las gotitas se escurrían por sus mejillas mientras planificaba la acción. Con una invocación silenciosa, sus sombras se desplegaron por sus hombros y crearon ondulaciones en la brisa.

El pánico me pellizcó el vientre; era la primera vez que me dejaba verlas desde la noche de Palacio, y me quedé contemplándolas como una tonta asustadiza.

Saltó y tuve que hacerme a un lado con precipitación para que no me aplastase. Cayó justo en el *mismo* sitio que yo y, a pesar de sus largas piernas, de su peso y de los cuchillos cortos que escondía bajo la ropa, no causó ni un maldito quejidito en las tejas. ¿Cómo narices lo hacía? Alguien con su altura y sus músculos tendría que haber roto unas cuantas con ese salto.

Sus sombras sisearon burlonas antes de extinguirse en su interior.

—Aligeran mi cuerpo y me permiten pasar desapercibido —explicó ante mi ceño fruncido, incorporándose sobre la rodilla con una sonrisa tan contenida que si no hubiese estado pendiente de sus labios, no la hubiese advertido.

Lo escudriñé, recelosa.

—Déjame adivinar, ¿las usaste en la Casa Dorada y en el callejón de detrás de El Valynés?

Se encogió de hombros con cierta inocencia, confirmando mis sospechas. Así que ese era el truco que me había estado ocultando.

Cuando quise percatarme, mi atención se había focalizado de nuevo en su boca. ¿Cuántas veces me había quedado embobada examinándola a lo largo de esos días? ¿Centenares de veces? Empezaba a ser una jodida tortura. Y la lluvia y la droga que corrían por mis venas no me estaban ayudando a concentrarme en nuestro objetivo de esa noche.

Toda su ropa quedaba ceñida a sus músculos y su camisa gris se transparentaba en brazos y hombros, justo donde el chaleco de cinchas no llegaba a cubrirlo. Incluso donde lo hacía, podía maravillarme con las ondulaciones de sus abdominales. Unos abdominales que había sentido pegados a mi vientre y que recordaba reconfortantemente duros.

De pronto, emitió un gruñidito, uno que me supo a chocolate caliente y que alteró mi sangre, y levanté la barbilla con un respingo. Me había sorprendido devorándolo con los ojos y sus hombros estaban tensos. *Demasiado*. Tenía la mandíbula apretada, los nudillos blancos y las pupilas ligeramente dilatadas. No me había parado a pensar que para él estaría resultando igual de sencillo apreciar cada una de mis curvas bajo la tela mojada. Y no estaba perdiendo el tiempo en ser discreto.

Si aniquilaba la distancia entre ambos y apretaba mi boca contra la suya, ¿me rechazaría?, ¿o se entregaría al beso con las mismas ganas que yo?

—¿Te has desorientado? —preguntó por encima de la lluvia, levantando con lentitud la mirada de mi blusa empapada. Aunque su voz había sonado impasible, el tono grave era evidente. Un tono que me confesaba todo lo que quería saber y que me encendió todavía más.

«Céntrate, por favor».

Con una bocanada de aire, me giré sobre los talones y señalé un tejado de un tono azul cerúleo que estaba tenuemente iluminado.

—Para nada. Es allí.

Me costó un esfuerzo sobrenatural dejarlo atrás y avanzar hacia La Estrella del Océano. Y no conseguí librarme de la imagen de él empapado hasta que nos colamos por una de las bóvedas superiores y accedimos a una buhardilla llena de polvo y telarañas.

Nasir entró detrás de mí y cerró el filo de la ventana sin hacer ruido. A nuestros pies, el agua de nuestras capas empezó a acumularse. No tardamos en desanudárnoslas: yo la dejé en el suelo tal y como cayó; él la escurrió y buscó un sitio donde dejarla extendida. Después, tuvo el detalle de repetir el proceso con la mía. Sin que yo se lo pidiera.

Examinó el alrededor con el rostro ceñudo.

—¿Y dices que no podíamos entrar por la puerta? —Apartó una telaraña de su pelo con el dorso de la mano y después la alargó para que le diese la bolsa que había llevado a mis espaldas.

Antes de cedérsela, saqué mi ropa. Por fortuna, el tejido había mantenido las prendas secas.

—Claro que no. ¿Quieres que todo el mundo se entere de que un evocador anda suelto por aquí? —le espeté, dándome la vuelta y desanudándome las botas altas—. Queremos que solo Fahe se percate de nuestra presencia, no el mundo entero. Podría haber hombres de Dorian por aquí o incluso rebeldes.

Alzó una ceja y sopesó mis palabras antes de girarse también.

Sonreí para mis adentros al ver que no insistía. No pensaba confesarle que me habían expulsado del local después de destrozar el piano de cola del gran salón y que la opción de entrar por la puerta…, en fin, había quedado descartada antes de plantearla. En verdad, fue un acto de justicia: un hombre me había llamado zorra drogadicta y yo le había roto la nariz con tal puñetazo que lo había lanzado por encima de la baranda del segundo piso. Fue un buen gancho, uno que acabó haciendo saltar las teclas del bonito piano por toda la sala cuando lo reventó con su peso. Después de eso, Fahe había mandado a sus matones para que me sacaran a empujones. Un gesto no demasiado amable para una clienta tan habitual como yo.

De pronto, el ruidito de la hebilla de su cinturón me hizo quedarme inmóvil. Aún con una pierna dentro del pantalón y la otra fuera, eché un vistazo furtivo por encima del hombro. Estaba desnudo de cintura para arriba, concentrado en desabrocharse el cinturón con la cabeza gacha y, *joder*, su espalda reflejaba su entrenamiento duro, al igual que sus hombros y brazos.

—¿Cómo descubrirte esta buhardilla? —preguntó, sin percatarse de mi posición ridícula.

Terminó de desajustar el cinturón y se llevó las manos a la cinturilla del pantalón, listo para bajárselo. Miré su trasero antes de que lo hiciese. La lluvia había calado tanto la ropa que el tejido se amoldaba indecentemente a sus nalgas. Sin esperarlo, un calor pegajoso y salvaje ronroneó entre mis muslos; una advertencia para que apartara la mirada antes de que cometiese una estupidez. Detestándome, la clavé en la aburrida pared con humedades que tenía enfrente.

—¿Importa? —gruñí frustrada, acabando de sacarme los pantalones.

Tampoco entraba en mis planes revelarle que había sido buscando un rincón para follar. Hacía meses de eso y, aunque no recordaba las caras de los dos desconocidos, recordaba *al detalle* lo aburrido que había sido. Seguro que se burlaría de mí si le confesaba que ambos se habían corrido en segundos y después se habían puesto a roncar sin ni siquiera preocuparse de aliviarme con la mano. Además, no era ni de lejos buena idea hablar de eso con él. No cuando estábamos desnudos y a escasos metros el uno del otro.

Nada más terminar de cambiarnos y secarnos a duras penas el cabello, guardamos todo en el zurrón y le indiqué que me siguiese. No compartimos ni una palabra más, ni siquiera cuando nos internamos escaleras abajo y la música y el incienso se evidenciaron.

Al alcanzar el segundo piso, el humo se trabó en mi garganta y me hizo toser. Apestaba a templo, aunque la muchedumbre bailaba y bebía sin inmutarse por el olor, frotándose los unos con los otros. Quizás no hubiese sido muy inteligente ingerir esa ínfima cantidad de fulgor áureo antes de salir: mi olfato captaba hasta el más sutil perfume en el ambiente, incluido el del sexo a escondidas. Carraspeé en un intento por suprimirlo, un acto bastante inútil, y me adentré entre los cuerpos sudorosos hasta alcanzar la baranda. Mis dedos se flexionaron sobre las elegantes tallas de la madera cuando me asomé al piso inferior.

Como suponía, el piano había sido reemplazado y volvía a estar en el centro de la sala. Una

artista le arrancaba notas negras y rosadas mientras varios acróbatas danzaban enredados en telas elásticas, entreteniendo a los espectadores con sus cuerpos flexibles y tonificados. Algunos de los clientes ocultaban sus rostros bajo máscaras, pero aun así pude ver sus muecas de asombro pintadas sobre sus labios.

Nasir apoyó los codos a mi lado, muy consciente de no rozarme, y dejó caer parte de su peso para echar un vistazo al piso inferior. Un sobrecuello con capucha ensombrecía sus facciones superiores para disimular el color borgoña de su mirada.

—Bonito piano —apuntó con desgana—. ¿Dónde está ella? ¿Es una de las enmascaradas?

—Como si te fuese a dejar verla. —Me encogí de hombros mientras me acercaba a una mesa apartada de la muchedumbre repleta de tentempiés. Me decanté por un plato de panecillos con queso y miel y regresé a su lado. En cuanto me apoyé en el petril, cogí uno entre el dedo corazón y el pulgar—. Créeme, ya sabe que estamos aquí. Tiene informadores en cualquier sitio de este local; ya me habrán visto, así que Fahe sumará dos más dos e interpretará que no vengo sola. Es cuestión de esperar.

Ahogué cualquier preocupación metiéndome el tentempié en la boca. *Joder*, gracias al fulgor áureo fue como tener un maldito orgasmo en el paladar. Nasir se ladeó ante mi gemidito escandaloso, casi como si hubiese gritado su nombre, cruzó los brazos sobre el pecho y apoyó la cadera contra la barandilla.

—*Qué* —gruñí, notando el resquemor con el que me observaba bajo la capucha. Me sonrojé sin remedio—. Disfruto la comida, eso es todo.

—Ya —bufó, casi como si no me creyese, y se volteó otra vez.

Fruncí el ceño y me zampé otro trocito.

—¿Vas a contarme de una vez qué te pasa? A excepción de esta tarde, has estado de mal humor desde Palacio. Y no entiendo por qué.

Me observó con pesadez por encima de la nariz. Una diminuta parte de mí echó de menos la suavidad con la que me había tratado hacía un rato, en la pradera. ¿Tan difícil sería que se relajase un poco?

No me respondió.

—Eh, te estoy hablando. —Le di un empujón con el hombro. Como esperaba, clavó sus ojos en mí al instante.

Dio un paso a la izquierda para romper el contacto.

—¿Aparte de lo obvio?

—Hum… —Saqué la lengua para lamer la miel que impregnaba mis labios. Noté su atención desviarse hacia mi boca—. ¿Te ponen de mal humor los calentones?

Le sonreí y me gané un gruñido de advertencia de su parte.

—No me refiero a eso.

—Pues lo parece —continué bromeando, echando un vistazo desinteresado a la multitud que bailaba al ritmo de la música desenfrenada—. Sabes que puedes acostarte con cualquiera para desahogarte un poco, ¿no? ¿O es que debajo de esa apariencia de cretino petulante eres tímido? Puedo darte algunas lecciones para…

—No entiendes una mierda sobre lo que siento, así que cállate y deja de ser tan infantil,

joder.

Cerré la boca de golpe. Entonces, mi limitada paciencia se esfumó.

Solté el aire como una tetera mientras la rabia me consumía y tomaba el control de mis actos. ¿Infantil? Bien. Le iba a demostrar cuánto de infantil podía ser.

Me llevé otro panecillo a la lengua y gemí tan alto y tan sucio que me gané varias miraditas por parte de un grupo de desconocidos que bailaban a nuestro lado. Se rieron por lo bajo, dándose manotazos los unos a los otros. Les sonreí antes de alzar el dedo corazón. Se callaron al momento.

—¿Te crees que es divertido? —Me sobresalté cuando Nasir se ladeó con precipitación. Sonaba enfadado, pero no me importaba. Yo también estaba enfadada.

Aleteé las pestañas con inocencia.

—¿El qué? ¿*Comer*? —Me lamí los dedos y levanté el plato a la altura de su nariz. Sus ojos se posaron sobre mis yemas brillantes—. ¿Quieres?

Fue como una ráfaga de aire imprevisible.

Me aprisionó contra la barandilla, una mano a cada costado de mi cintura, y tomó aire, una bocanada profunda y urgente, casi como si pretendiese beberse mi olor y memorizar cada insignificante matiz. En ningún momento me tocó, aunque mi cuerpo reaccionó como si lo hubiese hecho. Retuve un gemidito a duras penas, apretando los labios con rabia.

—Quiero muchas cosas ahora mismo y ninguna tiene que ver con un plato de comida —rezongó a regañadientes, mirándome bajo las sombras de su capucha. Sus hombros se elevaron cuando apretó la barandilla con las manos—. ¿Te piensas que esto es un juego? ¿Que no podríamos perder el control ahora mismo? Eres una condenada incauta.

Su mirada borgoña se cernió sobre mis labios. La multitud sudorosa que bailaba a nuestro alrededor se esfumó tan rápido como el aire en mi caja torácica.

Gruñí.

—¿Tan débil crees que soy que piensas que voy a empezar a suplicarte que cerremos el vínculo por un solo roce?

Ladeó la cabeza y su nariz despeinó algunos mechones sueltos de mi sien.

—Está claro que no entiendes quién es el débil de los dos.

Boqueé, aturullada por su respuesta.

—No me das miedo.

Zarandeó la cabeza de un lado a otro, perfilando una mueca que no supe interpretar, y se inclinó para aniquilar nuestra diferencia de altura.

Quise que me besase. Quise con todas mis malditas fuerzas que me besase.

—Ese es el problema —su aliento me acarició la boca, pero no avanzó más—, que debería dártelo.

Se mantuvo allí, a escasos milímetros de mí, dejando que sus palabras calasen entre los dos. Me mordí el labio cuando abrió más las piernas y su respiración me mordisqueó de nuevo la boca. Notaba su temperatura corporal lamiendo mi vientre, mi pecho, mis caderas, y *jo-der*.

—Maldita sea, Queen. ¿Qué quieres?, ¿que te arruine la vida? Porque si sigues mirándome así, conseguirás que pierda el control.

No dejé de hacerlo. No *pensaba* dejar de hacerlo, por mucho que mi parte racional estuviese suplicándome que no fuera idiota.

Resopló y atrapó entre el índice y el dedo corazón un tentempié de mi plato y se lo llevó a la boca. Lo masticó con sosiego, sin apartar la mirada de la mía, cavilando. Me quedé embobada con el movimiento de su mandíbula poderosa, y después con el de su garganta al tragar.

Cuando terminó, esbozó una media sonrisa, bebiéndome con esa mirada de llamas, y se lamió los dedos para retirarse la miel. Primero uno, después el otro. Con calma, sin prisa. Para terminar, se lamió los dos, empapándolos bien en su saliva.

—¿Te gustaría que lo hiciese?, ¿que perdiera el control?

Su pregunta me desbarató por completo y cada rincón de mi cuerpo se tensó.

—Por supuesto que te gustaría. Pero a ti te gustaría que lo perdiese de una manera *muy concreta*. —Entreabrió la boca, enseñándome sus dientes rectos—. ¿Quieres que te diga qué haría?

Sí.

No.

Jodidamente sí.

—No oigo una respuesta.

Me arqueé contra la barandilla. Nuestras caderas se rozaron y cientos de puntitos brillantes invadieron mi visión al sentir la tela abultada de su pantalón contra mi entrepierna. Con una confianza inesperada, presionó más y aproximó la boca a mi cuello.

—¿Sí? —susurró, su aliento besando la curvatura de mi mandíbula—, ¿o no?

Cerré los ojos con fuerza. O abría la boca de una jodida vez o implosionaría consumida por llamas húmedas.

Despegué los labios, dispuesta a asentir.

—¿Interrumpo?

Me atraganté al escuchar la voz de la mismísima señora de la droga a mi derecha y empecé a toser. El plato se me escurrió de entre los dedos y acabó hecho añicos entre nuestras botas.

Nasir se apartó, recuperando la compostura con una entereza envidiable, y lanzó una mirada furibunda a la dueña del local y a los tres hombres que la acompañaban. Un par de ellos tenían la atención fija en mí. Bueno, *más o menos en mí*; estaban absortos en mis pezones endurecidos. El tercero, en cambio, ojeaba el pantalón de Nasir con una mueca contenida.

En cuanto dejé de toser, Fahe realizó una genuflexión elegante hacia Nasir. La cola de su vestido rojo era un río de amapolas.

—Disculpad mi intromisión, Su Excelencia.

La señora de la droga no se molestó en saludarme. Chasqueó los dedos y uno de los guardias que se había entretenido en mis pezones se abalanzó en mi dirección. Con un giro sobre los talones, desenfundé a Infalible y la apoyé en la base de su cuello.

—No se aceptan armas en mi local, Goldhar —rezongó Fahe.

—Oh, no lo sabía.

La asarense me fulminó con sus ojos castaños por encima de su nariz aguileña. Estaba preciosa con el cabello de chocolate cayendo sobre la extensión de su espalda y unos pendientes

largos que abarcaban la longitud de su cuello. Justo como cualquiera se imaginaría a la señora de la droga de Ríos Altos.

Nasir emitió una risotada arañada y expuso los cuchillos que llevaba escondidos en la cadera. Con una zancada se situó a mi lado y… pasó un brazo por encima de mis hombros. ¿Qué…? Oh, joder.

—¿Nos hemos metido en un lío? —Una mueca juguetona se asentó en la comisura de sus labios. Su voz era suave y letal.

Me obligué a sonreír de forma socarrona sin bajar la daga, muy consciente de cómo jugueteaba abstraídamente con un mechón de mi coleta.

Fahe emitió una carcajada educada y se limpió una mota de polvo del escote.

—Sombrael puede meterse en los líos que guste en La Estrella del Océano. —Bajó las pestañas y su mirada de barro bailó en mi dirección. Como intuíamos, la señora de la droga ya estaba más que informada sobre nosotros dos—. Sin embargo, la bruja es dada a causar problemas.

Nasir detuvo los dedos, ladeando la cabeza para ojearme con aburrimiento.

—Hum…, pero va a portarse muy bien esta noche.

Fahe me analizó con más ahínco, de la cabeza a los pies. En sus ojos entreví la frustración; no obstante, enseguida la aplacó con una sonrisa filosa.

—En ese caso, no será necesario acompañarla hasta la puerta. Eso sí, querida, intenta no destrozar mi piano esta vez.

Los dedos de Nasir se detuvieron un instante y me sonrojé al notar que echaba un vistazo hacia la planta inferior con interés renovado.

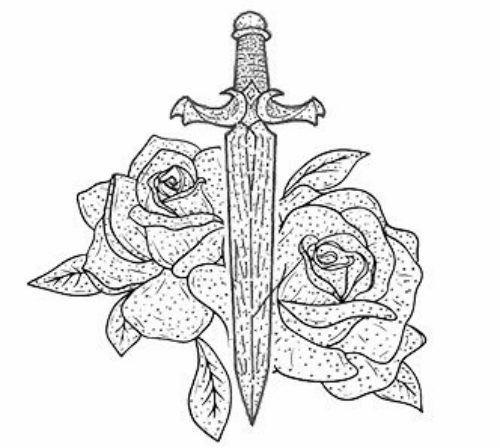
—¿Y bien? —preguntó—. ¿A qué se debe esta agradable visita? ¿Acaso buscáis alguna sustancia en especial, Su Excelencia?

Nasir esbozó una sonrisa que mostraba los dientes.

—No pienso hablar de mis asuntos aquí.

Fahe curvó las comisuras de sus labios carmesí hacia arriba y se retiró un mechón de la sien. Lo acomodó tras la oreja, sin apartar la mirada de Nasir. No hacía falta ser muy perspicaz para percatarse del fuego que había florecido en sus ojos.

—Por supuesto, Su Excelencia. —Fahe se giró y la cola de su vestido reptó con el movimiento—. ¿Me acompañáis? Seguro que en mi despacho tendremos más intimidad.



27

Jamás había ascendido por las escaleras de detrás del escenario. No por falta de interés, sino por los cuatro guardias armados de la cabeza a los pies que las patrullaban con el rostro ceñudo y los dientes apretados. Y quizás también por el jodido cartel de «Despacho de Fahe Crane. Prohibido el paso sin invitación». Ya había desobedecido una vez un cartel como ese y había terminado tan destrozada que apenas recordaba nada que no fuera un manchurrón rojo y caliente.

Un ramalazo de pánico me apretó la garganta y me hizo tropezar con un escalón. Por suerte, recuperé el equilibrio antes de caer de bruces delante de Nasir. Respirar. Eso era todo lo que tenía que hacer, respirar y subir un pie delante de otro. No era difícil, podía hacerlo. Solo tenía que dejar de pensar en los matones de Vail Valdran y concentrarme en otra cosa. Cualquier cosa; *cualquier* estúpida cosa… Como la cola del vestido rojo cereza de Fahe. Con cada escalón, se ondulaba como una cascada viviente de rosas derretidas. O de sangre fresca.

—Goldhar. —La voz de Fahe me hizo subir la cabeza como un resorte. Abrió la puerta de sus aposentos y extendió un brazo para invitarnos a pasar.

Entré cabizbaja, apenas alejándome de la entrada. El despacho de Fahe era, para mi desgracia, muy parecido al de Valdran: había un cúmulo de documentos desordenados amontonados sobre la mesa, decenas de libros de contabilidad y una chimenea enorme de piedra con dos sillones de terciopelo rojo encarados.

—Por favor, tomad asiento.

No hizo falta que lo repitiese, no al menos para Nasir.

Se retiró la capucha y se acomodó en uno de los sillones con las piernas y los brazos abiertos. Ni siquiera esperó a que Fahe le ofreciese vino para coger una de las copas de cristal que descansaban sobre la mesa de centro y servirse. Dio un trago largo hasta apurarlo, sin apartar la vista de Crane, y se secó las comisuras de los labios con el dorso de la mano antes de volver a rellenarse la copa.

—¿En qué puedo ayudaros, Su Excelencia? —La señora de la droga se posicionó frente a él, las llamas de la chimenea envolviéndola en sus sombras y ennegreciendo el tono de su

vestido. Su figura era hipnótica; un mechón de su melena se había escabullido y acariciaba la curva baja de su mandíbula, conduciendo toda la atención a su pintalabios rojo.

A pesar de los latidos ligeramente acelerados que repiqueteaban en mi garganta, me situé tras el sillón de Nasir con dos pasos tranquilos. Cuando Fahe me fulminó de soslayo, esbocé una sonrisa inocente y, sin pensarlo, dejé caer mi peso sobre el respaldo al tiempo que entrecruzaba los brazos sobre el pecho de Nasir. Él me había tocado en el salón, así que, ¿qué más daba?

Seguí con las uñas el bordado que decoraba la pechera de su túnica, intentando mantener los latidos bajo control; entonces, ronroneó. No discerní a tiempo si se había tratado de una reacción real o fingida, porque me atrapó los dedos y se los acercó a la boca. Les dio un mordisquito que me dobló las rodillas.

—Estoy seguro de que tus informadores ya te habrán comunicado que Palacio nos ha encargado buscar a los rebeldes que se esconden en la ciudad y recuperar a la alquimista que se refugia con ellos —dijo, aún con mi mano en sus labios—. Quiero saber qué información posees sobre esa chusma humana y sobre su líder, ese tal Delfín.

Fahe parpadeó, fingiéndose confusa, y arrastró una uña pintada de rojo hacia el mechón que se había escabullido de su semirecogido. Lo recolocó tras la oreja, golpeando con sutileza el pendiente que colgaba como una lágrima de estrella contra su cuello bronceado.

—Creo que sobrevaloráis mis contactos, Su Excelencia. —Se sirvió una copa, sin ni un solo temblor en sus delicadas manos, y después se acomodó en la alfombra en vez de en el sillón. Justo a los pies de Nasir, como una maldita sierva—. Además, seguro que Palacio tiene mejores recursos que unos cuantos espías de la calle.

—No seas modesta con tus perros —canturreé rabiosa, sin saber muy bien por qué. Nasir rio bajito al oírme y, como respuesta, me presionó los nudillos otra vez con los dientes. Lo odié por el placer que me provocó.

—Ni tú impertinente —me reprendió, claramente divertido. Las comisuras de sus labios ascendieron mientras ladeaba la cabeza hacia Fahe—. Discúlpala. Aún estoy enseñándole modales.

Fahe rio por lo bajo y paseó la mirada en mi dirección como si fuese un perro sarnoso. Había sido una excelente clienta durante años, pero a ella le importaba bien poco. Nadie era indispensable en su reino de ratas y ladrones.

—Menudo nuevo señor. —Se recolocó la falda y su pierna izquierda, larga y de un atrayente tono canela, quedó al descubierto—. Mucho más educado que ese cabrón de Yadav. Y con unas bonitas manos, si me permitís comentarlo.

Instintivamente me alcé sobre la punta de las botas para echarles un vistazo. Eran…, sí, eran unas manos que podía imaginar en cualquier parte de mi cuerpo. Aunque ¿cómo no hacerlo? Me habían apretado contra él y me habían atraído, acariciado y enloquecido hacía unas pocas noches. Y me había gustado. Mucho.

—Renuncié a los guardias de Palacio que el regente me ofreció. Entenderás que son poco discretos, ¿verdad? —le preguntó Nasir.

Contuve una sonrisa prepotente ante su tono de voz soberbio y aburrido.

Fahe prefirió obviarlo, porque respondió con una calma helada:

—Por supuesto, Su Excelencia. En ese caso, mis perros oyen muchas cosas. Y supongo que querréis que os las cuente todas, ¿no?

Nasir dibujó una sonrisa taimada cuando ella se aproximó descaradamente a sus rodillas. Por puro placer, paseé la mano enguantada por su cabello albino y jugué con uno de sus mechones.

—Con detalle.

—Entonces, estaré encantada de facilitaros cada ínfimo rumor, Su Excelencia. Pero antes me gustaría ponerlo al tanto de que no sois los primeros en acudir a mí buscando información. El capitán de la guardia de los Yadav estuvo hace menos de una hora aquí.

Apreté los labios. No podía decir que me sorprendiese.

—Estoy al tanto de que estáis interesado en conseguir el contrato de Goldhar de forma permanente, y sé que para que eso suceda tenéis que localizar a los rebeldes antes que los hombres de Yadav —continuó—. Solo quiero que sepa que rechacé reunirme con él. Aunque Saah es encantador, vos sois una Excelencia al servicio de Palacio. Una Excelencia que seguro que aprecia mi acto de buena voluntad y hará acopio de su generosidad.

Fahe calló, observándole con una mueca filosa.

Cuando la tensión se enraizó, Nasir arqueó el cuello para mirarme.

—¿Tú qué opinas, bruja? —ronroneó—. ¿Debería ser generoso?

Me agaché lo suficiente para que nuestras cabezas quedasen a la misma altura. Mi coleta resbaló por el costado de su cuello y unas gotitas de agua le humedecieron la piel. Tardé más de la cuenta en poder alzar la mirada de su garganta y fijarla en sus ojos.

—Qué menos, mi señor.

Una carcajada maliciosa brotó de él.

Se acomodó más contra el respaldo, permitiéndome envolverlo más con los brazos. Empecé a hervir cuando descendí las manos por sus costillas y sentí las curvas de su cuerpo.

—El dinero no es un problema, si es eso lo que deseáis.

Fahe dibujó una sonrisa y alargó la mano para atrapar la copa que había dejado sobre la mesita central. Vertió más vino y lo meneó, observando cómo el líquido ondulaba dentro del recipiente.

—No me malinterpretéis, pero el dinero no me interesa en esta ocasión, Su Excelencia.

—¿Y qué lo hace, señora Crane? —preguntó, inclinándose sobre las rodillas y rompiendo nuestro contacto. Recoloqué las manos sobre el respaldo, sin saber de pronto dónde ponerlas.

Fahe dio un trago largo y lento. En cuanto apuró las últimas gotas, dejó la copa y me miró fijamente. Su labio inferior estaba manchado por el tinte del vino, pero no se molestó en limpiárselo.

—Supongo que estaréis al tanto de que la fiesta de la Conquista se celebrará en Palacio, como siempre —comentó, mirándose las uñas afiladas. Con ese color rojizo parecían garras ensangrentadas—. Me encantaría celebrarla en mi local este año, Su Excelencia.

Nasir ladeó el cuerpo en mi dirección, fingiéndose sorprendido. Al ver mi expresión aturdida, rio bajito y se volvió hacia Crane.

—¿Solo eso?

—Disculpadme, Su Excelencia, pero es un honor acoger a Sus Excelencias y a las grandes casas en un evento tan trascendental como la rememoración de la victoria del emperador en Oriente.

Resoplé por la nariz cuando lo entendí todo, aunque ninguno me prestó atención.

¿Un honor? ¿Para quién?, ¿para su bolsillo? Sin duda sería una oportunidad maravillosa para ganar clientes que pudiesen permitirse drogas exóticas y caras, ya que una fiesta como esa sería idónea para invitarles a probar su mercancía. Una inversión a corto plazo que le reportaría beneficios extraordinarios.

Nasir se inclinó sobre las rodillas y con el dorso de la mano le empujó la barbilla.

—No veo por qué no podría comentárselo al regente imperial. —Sonrió de medio lado, observándola con fijeza—. Vuestro local me ha engatusado, sobre todo si conseguís más bailarines de esos que se enredan en telas.

—Será un placer, Su Excelencia.

Nasir curvó más la comisura de sus labios y retiró la mano. Se volvió a acomodar con las piernas abiertas.

—Pero primero, habla. Y cuéntame todo lo que sepas, porque solo si quedo satisfecho me molestaré en abrir la boca por ti y por tu local.

Un destello sumiso bailó en el rostro de Crane. Como si notase mi atención sobre ella, me fulminó con la mirada durante tanto tiempo que logró incomodarme.

—¿Mejor en privado? —sugirió Nasir, ojeándome por encima del hombro.

—Sería un detalle, Su Excelencia.

—Ya la has oído, Goldhar. —Nasir chasqueó los dedos un par veces, sin ni siquiera mirarme—. Vuelve a nuestro alojamiento y espérame allí. Y pórtate bien. No querrás que te castigue cuando vuelva.

Me mordí el labio. Qué *divertido*.

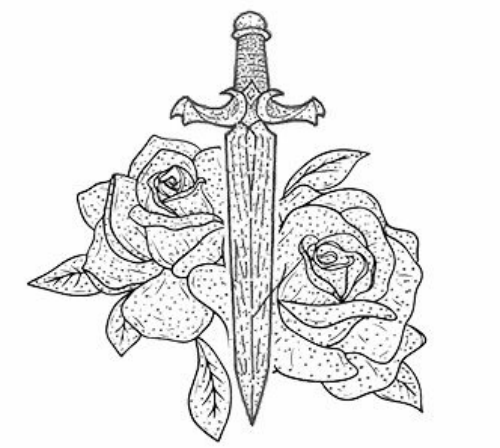
Eché un último vistazo a sus hombros. No quería marcharme sin saber qué información tenía entre manos la señora de la droga, pero tampoco era tan ingenua como para creer que podría quedarme. Al final, Nasir ejercía su papel de Sombrael y yo debía actuar como su juguete si no quería que descubriesen nuestra farsa.

Cerré la puerta con la bota y exhalé contra ella antes de encaminarme al piso inferior. La música embotó mis oídos conforme avancé a trompicones hacia la buhardilla en busca de nuestras pertenencias. Solo me permití maldecir en voz alta una vez abandoné el local y me encaminé hacia la esquina.

Fuera había dejado de llover, aunque la humedad se había arraigado en el ambiente hasta bajar la temperatura. Ojeé la ventana del despacho de Crane, frotándome los brazos para mantener el calor. Aunque la chimenea iluminaba el interior, no podía distinguir nada tras las cortinas de terciopelo negro. Fruncí el ceño mientras examinaba el alrededor en busca de una canaleta que me permitiese subir. Tal vez aún tendría una posibilidad de escuchar la conversación si lograba encaramarme a la balaustrada.

Retrocedí unos metros, de espaldas, y localicé una ruta de subida un tanto enrevesada aunque lo suficiente accesible como para infundirme esperanza. Me encaminé hacia ella,

preparada para dar un salto y alcanzar el primer punto de apoyo. Pero, entonces, unas manos se cernieron sobre mis hombros y me arrastraron hacia atrás.



28

Empujé mi magia mientras el desconocido me arrastraba hacia la oscuridad. Su mano en mi boca estaba tan apretada que se me clavaban los dientes contra los labios. Ignoré el dolor y ahondé en mis tripas. Mi poder respondió adormilado y un poco tirante, pero conseguí arrojarlo hacia arriba y fuera de mí. Su vibración se fundió con el placentero cosquilleo del fulgor áureo en mi organismo y, a pesar del cansancio que me sobrevino, sacudió cada fibra de mis músculos con una confianza inesperada.

Sonreí en mi interior y retorcí la energía de un tirón mientras mi asaltante me conducía de espaldas hacia una esquina apartada. Su torrente vital emergió con potencia alrededor de mis muñecas y un resplandor zafiro iluminó el callejón. Se detuvo, pero no le di tiempo a reaccionar: dirigí mi magia hacia su pecho para estrangular sus latidos. Apreté con rabia, aturullada por el dolor que se expandió por mi columna vertebral, y entonces me soltó de golpe con una maldición del todo ridícula.

Me quedé en una quietud sobrenatural, mi magia todavía burbujeando en su interior y drenándome.

Su voz. Yo conocía *esa* voz.

Me giré sobre los talones con tanta velocidad que mi coleta mojada le abofeteó la cara con certeza. Soltó un insulto bajo.

—¡Dryan! —Abrí los ojos al verlo ante mí, una sonrisa incontenible apoderándose de mis labios. Rompí el vínculo mágico con precipitación, aliviando mi malestar, y el callejón volvió a oscurecerse—. ¡Joder, casi me matas del susto! No, ¡casi te mato yo, idiota!

El capitán de la guardia me respondió con una sonrisa contenida bajo la penumbra de su capucha. Tenía las manos en el pecho como si temiese que su corazón pudiera darse a la fuga en cualquier momento. Algunos de sus rizos castaños le caían sobre la frente acariciando sus pestañas, lacios por culpa del bofetón de mi coleta empapada.

Sin decir ni una palabra, me rodeó los hombros y me atrajo contra su pecho. Me estremecí al sentir la calidez de su torso contra mi ropa fría. El gesto era… raro. Más allá de nuestros

contados puñetazos y empujones cómplices, apenas nos habíamos tocado en seis años, así que ese abrazo era, cuando menos, incómodo.

Me sentí como una completa estúpida al tardar varios segundos en decidir dónde narices poner las manos. Dryan se rio cuando me decanté por sus costillas y suspiré como si llevara días sin dormir y él fuese una cama andante.

—Uy, te has sonrojado —dijo, retrayendo el cuello para estudiarme mejor. Canturreó—: Pensaba que estabas más que acostumbrada al contacto masculino.

—Vete a la mierda. —Sonreí y separé una de las manos de su cuerpo para enseñarle el dedo corazón. Él se rio y me estrujó más contra su torso. Pese a que me estaba clavando los botones de su uniforme, no me quejé. Apoyé de nuevo los dedos en su costado, dejando caer la cabeza contra la base de su cuello y tomando una inspiración profunda. Olía a la Casa Dorada, pero no al olor del incienso del despacho de Dorian ni al de la podredumbre del subterráneo, sino al del pan de mantequilla y la crema de calabaza que Barsha preparaba para cenar.

Podría haberme pasado así varios minutos, disfrutando de una intimidad que me resultaba nueva y a la vez cómoda, si no hubiese sido porque se contrajo y su abrazo se aflojó.

—Queen, yo… Lo siento mucho.

Mi estómago se retorció al ver la humedad contenida de sus ojos dorados.

—Sé lo que te hicieron en Palacio. Y sé que ese hijo de puta que te torturó, *tu nuevo señor*, es el mismo que te sacó de la Plaza de los Pescadores. Fui un idiota esa noche permitiéndole que te llevase con él… Y un inútil; ni siquiera conseguí que el general me escuchase cuando regresó de su viaje. Se puso tan furioso cuando descubrió que no habíamos conseguido la brújula y que encima no estabas…

—¿Te pegó? —pregunté, recordando de repente el moratón que había visto en su hombro el día que me colé en la Casa Dorada para robar los informes.

Liberó uno de los brazos para frotarse los ojos con la manga del uniforme, frunciendo las cejas.

—No… No, ni siquiera después de oír que…

—¿Qué? —lo presioné, viendo que se callaba abruptamente.

—La cagué —suspiró tras un momento—. Algunos soldados vinieron a buscarte a casa. Y fueron demasiado irrespetuosos con las cosas de tu dormitorio y con tu nombre. No sé cómo pasó, supongo que estaba demasiado alterado, pero… acabé enfrascado en una pelea con ellos. Uno de mis hombres de confianza tuvo que separarnos. —Apartó la mirada y la centró en un punto indefinido a mis espaldas—. Dorian se enteró, obviamente, así que ya te imaginas la bronca que me echó.

Menudo capullo.

Como si quisiera borrar el recuerdo, soltó un gemido corto y me ciñó de nuevo contra él.

—Sombrael… —carraspeó—, ¿ha vuelto a alimentarse de tu mente?

Parpadeé un par de veces, sin saber qué responder. Quería contarle la verdad, él se lo merecía. Pero sería un error; mentir no era precisamente una de sus mejores habilidades y no pasaría mucho tiempo sin que el general notase algo sospechoso en él.

—Eh. —Me alzó el mentón y me regaló una media sonrisa—. ¿Estás bien?

Sus ojos dorados me engulleron con cariño. Maldita sea, Dryan se merecía otra vida, otra misión. No servir a un puto sádico.

—Estoy bien. —Enredé el dedo en mi collar, distanciándome un poco—. Tengo la situación controlada.

—¿Estás segura? Queen, uno de mis hombres os acaba de ver dentro. Sabía que aún estaba por la zona y salió a buscarme para avisarme. —Su expresión recelosa me anticipó lo que iba a decir—. Me ha dicho que ese evocador te tenía aprisionada contra la barandilla y que estaba muy… pegado a ti.

Me abochorné de golpe. Sí, por supuesto que Nasir había estado muy pegado a mí, pero porque ambos lo habíamos deseado.

—¿Tu hombre? —pregunté, intentando encauzar la conversación hacia algo que me hiciese sentir más cómoda.

—Estamos peinando la zona —me explicó. Apoyó la mano sobre una de sus dagas curvas, vacilante—. Por la Madre, Queen, estaba muy preocupado por ti.

Mis costillas se encogieron.

—¿Seguro que estás bien?

—Sé sobrevivir —dije, peleando contra la tirantez de mi garganta.

—Joder, ¿qué significa eso?

—Significa que no te preocupes.

Me sentía incómoda. Deseaba defender a Nasir y revelarle la realidad de nuestra situación, pero… no podía. Pondría en peligro nuestra farsa.

Aguardó a que añadiese algo más, sus ojos dorados reluciendo con fuego y determinación. A pesar de que no sabía qué decir, decidí sonreírle de medio lado. No me había percatado del olor a aceite de lavanda que revoloteaba sobre su piel.

—Arreglaré esto —me prometió, dándome una caricia rápida en la mejilla con el pulgar—. Confía en mí, no voy a dejarte en manos de ese… monstruo. Estoy haciendo todo lo posible por localizar a esos rebeldes y recuperar a la alquimista. Te juro que conseguiré que vuelvas a casa.

«A casa».

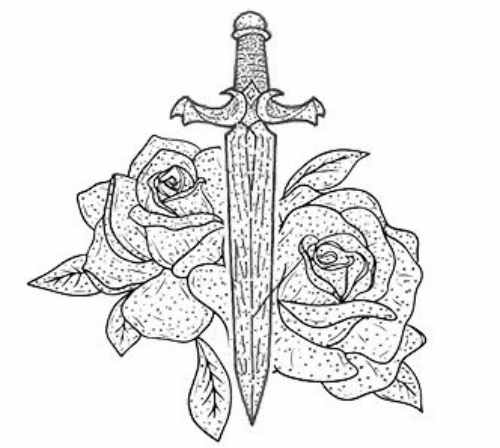
La amenaza de Dorian se asentó en mis huesos y me estremecí de pánico. Si Dryan cumplía su promesa, el general me arrastraría de vuelta al sótano y me encadenaría. ¿Me permitiría aunque fuese despedirme de él con alguna excusa? No le costaría nada inventarse que me mandaba a una misión y, a los meses, proclamar que había muerto en una pelea de taberna cuando en realidad seguiría respirando amordazada en la parte baja de la Casa Dorada. A su disposición.

—¿Sabes? He estado pensando y tengo una idea para que podamos vernos. —El capitán tomó mi mano enguantada—. Convéncelo para ir al teatro.

—¿Al teatro?

—Sabes que Samara va todas las semanas. Podría servirnos para que te ponga al día si tengo novedades. O para ensartarle la cabeza si te toca un pelo —masculló—. Solo pon una excusa durante el descanso y reúnete conmigo pasado mañana en el segundo piso, ¿de acuerdo? Te esperaré.

Me adentré en el oro fundido de sus ojos. Un resplandor esperanzado revoloteaba en el fondo de sus iris, y sentí un pellizco de culpabilidad en la boca del estómago al darme cuenta de lo que estaba pensando: tenía que sacar provecho de su información y entorpecer sus avances como fuera.



29

Embestí el tronco una vez más y un trozo de corteza salió propulsado contra la hierba mojada. Giré sobre los talones y clavé la daga de Nasir a la altura de mi pecho. El filo se quedó ensartado, el pomo zozobrando en el aire por la rabia de mi golpe. Di dos vueltas hacia atrás para coger perspectiva y, sin detener mi retroceso, lancé otro de sus puñales. Se clavó un palmo más arriba, justo en el cuello imaginario de mi adversario.

Muerto.

Me sequé el sudor de la frente con la mano enguantada y flexioné las rodillas. El aire me quemaba los pulmones a cada inspiración y exhalación. Tenía la garganta seca e irritada por el frío matutino y el estómago revuelto. Tal vez una pizca de fulgor áureo me aliviaría.

Un gallo cantó a lo lejos y cortó la melodía adormilada del bosque que rodeaba el burdel. El cielo comenzaba a tornarse rosado ante las primeras caricias del alba, y los últimos clientes no tardarían en salir por la puerta y romper la tonadilla de los pájaros con sus arcadas.

Y, sin embargo, Nasir seguía sin aparecer.

Arranqué del tronco su daga con un insulto entre dientes y continué con la pelea. Una embestida tras otra y otra, hasta que me temblaron los músculos de la espalda y las rodillas se me doblaron como juncos. Tenía los latidos acelerados y la respiración tan alterada que apenas apreciaba el aire a través de las fosas nasales. Aun así, solté un gruñido salvaje y embestí de nuevo el árbol con toda la rabia que hervía en mi estómago. Cuando clavé la daga, imaginé el rostro atractivo de Nasir. Fue un excelente incentivo para hundir el filo unos cuantos centímetros de más.

—Buen golpe.

Me sobresalté al escuchar su voz a mis espaldas. Estaba apoyado de medio lado contra un tronco, bostezando. ¿Cuánto tiempo llevaba allí, acechándome?

—¿Usando tu truquito de las sombras otra vez? —Solté un bufido y recogí la daga.

Se encogió de hombros, esbozando una mueca aburrida.

—¿Qué haces con mis dagas?

Sonreí de refilón al advertir la irritación en el fondo de su garganta. Lo cierto era que me había levantado de tan mal humor al ver que todavía no había regresado que había decidido coger dos de sus armas y… entretenerme. Una auténtica lástima que ese entretenimiento conllevase destrozar los filos contra la corteza de un árbol.

—Practico mi tiro; no puedo ser excelente si no lo hago con regularidad. Y como empezaba a pensar que estabas muerto, supuse que no te importaría que te cogiese un par —dije con sorna, tomando distancia con el árbol. Al escuchar su quejido molesto, mi vientre se calentó de una manera inesperada, así que me precipité a decir—: Déjame adivinar, ¿Fahe te *entretuvo* más de la cuenta?

Su expresión se tornó tan afilada como sus cuchillos.

Cruzó los brazos sobre el chaleco de cinchas y el cuero se quejó bajo su fuerza.

—Pues sí.

Reí bajito y centré la atención en el tronco, calculando el lanzamiento.

—*Ahá* —ronroneé, sopesando el peso de la daga.

Soltó un gruñido bajo que me hizo salivar. Uf.

Reacomodé los pies, hundiendo más mi peso contra la tierra.

—Venga, no seas tan pudoroso. —Le eché un vistazo de reojo. Su expresión era taciturna y distante, exactamente la misma que llevaba mostrándome los últimos días. La ignoré y añadí—: Además, ¿no decías que conocías la cultura de las islas? Supongo que estarás al tanto de lo poco remilgados que somos los brujos en cuestión de amantes. No te voy a juzgar porque te hayas divertido un poco.

En parte era verdad. Nunca había sido celosa; Jayde y yo habíamos jugado con muchos compañeros de cama mientras estábamos juntos y ninguno nos habíamos molestado. Él había disfrutado de sus caprichos y yo de los míos. A veces, incluso los habíamos compartido.

Pero el problema era la *otra* parte.

No era que Nasir hubiese despertado en mí unos celos infantiles y posesivos, era que no podía dejar de pensar que yo hubiese sido una mejor compañía que Fahe Crane.

—No me *divertí*. Entre otras cosas, estuve en Palacio proponiendo el local de Crane para celebrar la fiesta.

Aparté la mirada del tronco, aniquilando el burbujeo de mi mente, y le dediqué una sonrisa elocuente. Por la forma en la que mantuvo la barbilla en su sitio, no mentía.

—¿Y?

—A Tristán le fascinó la idea; parece alguien que se aburre con facilidad. Mandó a un mensajero a Crane para que le comunicara la noticia.

—Estupendo, mejor tener a la señora de la droga contenta. —Tanteé su daga una última vez, equilibrando su peso y echándole un vistazo malintencionado—. Aunque es una auténtica lástima para tus testículos. Con toda la tensión acumulada…

Lancé y el filo se clavó con precisión a un palmo de su entrepierna.

—*Ups*, perdón. Me he despistado.

Me atravesó con la mirada y, con un empujón del hombro, se enderezó. Arrancó la daga del tronco y acortó la distancia que nos separaba.

—La próxima vez —se ajustó el arma a su cinto, tan pegado a mí que su aroma personal me acarició—, intenta no distraerte mirando mis pantalones.

Me mordí la lengua, notando un calor insoportable en las mejillas.

Con un gesto, me ordenó que lo siguiese hacia el burdel. Me dio rabia, pero no tuve más remedio que recoger el otro puñal para dárselo y acompañarlo soltando bufidos e improperios.

Cerró la puerta de su dormitorio en cuanto la atravesé, si bien no se movió un ápice de ella. Alzó las cejas, recorriendo la extensión de la habitación con la mirada, y me observó de reojo.

—Veo que has estado… *cómoda.*

La cama estaba deshecha con las sábanas amontonadas a los pies y unos restos áureos salpicaban la almohada. Mi pijama de satén —que por fin había comprado junto a mi nuevo uniforme durante una de nuestras incursiones en la ciudad— estaba hecho un revoltijo sobre el sillón, tan arrugado que ni siquiera supe cómo había hecho para lanzarlo de esa manera. Los cojines estaban tirados por doquier, uno de ellos sobre mis calcetines mojados y una bandeja de comida a medio terminar de la madrugada anterior.

A pesar de sus facciones endurecidas, le sonreí de medio lado, me desanudé las botas altas de cordel con dos movimientos bruscos, las lancé fuera de mis pies y salté a la cama boca abajo. Casi me ahogué del susto cuando el somier se quejó con sonoridad cuando reboté contra el colchón. Sin embargo, aprovechando que no había visto mi expresión acongojada, rodé sobre la espalda y me arrellané juntando los pies para formar una mariposa con las piernas.

—Muy cómoda. —Le dediqué una bajada de pestañas—. Aunque el colchón es mejorable, eso sí. ¿No podrías conseguir otro? Porque si pudiste hacer una oferta por mi contrato, supongo que un detallito así no le dolerá a tu bolsillo.

Se apoyó sobre la superficie de la puerta mientras clavaba su atención en cómo estaba inclinada sobre mí misma. La forma en la que me observó, de la cabeza a los pies y de los pies a la cabeza, me puso nerviosa. Pero no nerviosa del modo que me hubiese gustado reconocer, sino… del *otro* tipo. Del que me hizo acordarme de cómo me había hablado la noche anterior y de su maldita pregunta sin respuesta.

—Me temo que ahora mismo no puedo permitirme ese capricho. —Dejó los cuchillos junto a sus espadas gemelas, se acercó al sillón y, antes de dejarse caer, dobló mi pijama con minuciosidad —el pantalón y luego la blusa— y lo lanzó en mi dirección. Cayó justo a mi lado.

Se sentó y pasó las piernas sobre el reposabrazos, cruzando los tobillos e intentando estirarse sin demasiado éxito. El espacio era ridículamente estrecho para alguien tan alto como él.

—Ya no lo tengo —añadió—. Fue parte del trato con Yadav. Una especie de compromiso de que te mantendría con vida hasta la fiesta de la Conquista.

Escuchar el apellido del primer general me hizo erguirme al momento. Qué irónico, igual que cuando me golpeaba con la vara de cobalto.

Al ver mi expresión angustiada, Nasir la malinterpretó y añadió:

—No me he arruinado, así que tranquilízate. Kerisha me paga bien.

Entorné los ojos y me aproximé con las rodillas al borde del colchón, evitando rememorar las palabras que el primer general me había regalado en los calabozos.

—Mira, sé por cuánto estaba valorado mi contrato, y estoy segura de que Dorian te tuvo que pedir al menos el doble.

—Y lo hizo. Por eso ofrecí cuatro veces más.

Me atraganté y lo miré a la cara. ¿Me estaba tomando el pelo? Esa cifra me hubiese dado dolor de muelas incluso cuando ostentaba el título de princesa. Sin embargo, él estaba encogiéndose de hombros y bostezando.

Cerró los ojos y exhaló. Temí que se durmiese sin decir nada más, así que le chisté con la lengua. Abrió un ojo, perezoso.

—¿Aparte de mestizo, eres un príncipe secreto o algo así?

—No me apetece jugar ahora mismo a las suposiciones —rezongó con la voz punzante—. ¿Podemos ir al grano? Porque llevo toda la noche despierto y en diez minutos pienso dormir hasta tarde.

Refunfuñé su última frase con tono agudo. ¿Qué mierdas le pasaba? Estaba empezando a cansarme de su actitud distante y malhumorada. Y aunque jamás pensé que extrañaría su humor irónico, lo estaba haciendo. Y mucho.

—¿No se supone que los evocadores cazáis por la noche? —pensé de pronto—. ¿No tendrías que…? Qué sé yo, ¿dormir por el día, como los murciélagos?

Mi suposición le robó una risita baja.

—Soy un mestizo, ¿recuerdas? Aunque una parte de mí está más activa al caer el sol, no me supone un incordio tan grande como para no poder dormir. Y llevo varios años acostumbrado a dormir de noche. Me gusta, me hace sentir más normal.

Fruncí el ceño ante esa última palabra y eso le arrancó otra carcajada apenas audible. Alcé la mirada hacia el sonido, atraída por el resonar melódico y atractivo. Para mi alivio, descubrí que el ardor que revoloteaba mi estómago era menos pesado que el del día anterior, como si los efectos de la evocación empezasen a disgregarse. Aunque eso no me impidió maravillarme con su risa.

Cuando intercambiamos una mirada, su expresión sarcástica se sacudió. Un silencio demasiado largo se instaló entre los dos, cargando el ambiente.

—Siento lo de anoche.

Parpadeé, observando sus labios. Quería preguntar qué sentía exactamente, pero las palabras se trabaron en mi lengua ante la seriedad de sus facciones. ¿Sentía el haberme aprisionado contra la barandilla? ¿Sentía el haberme provocado? ¿O el jueguecito pícaro que la señora de la droga había interrumpido?

Como si se hubiese percatado, al igual que yo, de que existían múltiples posibilidades, suspiró y detalló:

—Siento *todo* lo de anoche. —Intentó acomodarse mejor en el sillón—. En especial, siento el haberte hablado como un capullo.

Un tirón me estrujó el corazón y, por alguna razón que no comprendí, el calor se extendió por mi cuello y mis mejillas.

—Bueno —me miré las rodillas. Podría seguir batallando y echarle en cara que no había sido solo esa noche, pero no. No iba a hacerlo—, ¿supongo que tampoco estuvo acertado mi

comentario? Y mucho menos el… —lo ojeé de reojo, sonrojándome más al recordarlo— *gemidito*. —Sonrió, entornando los ojos con complicidad. Me mordí el labio—. En realidad, no sé cómo… Me refiero, que no sé cómo te puede estar afectando todo esto. Además del deseo físico, no sé si… ¿Te daña, como evocador? ¿El retenerte?

Negó con la cabeza, esbozando una media sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Más que dañarme, es un pensamiento obsesivo. Y me aterra. Me aterra que nunca se vaya del todo o que me gane la batalla.

—¿Nunca antes te había pasado?

—He empleado evocaciones antes, pero nunca he intentado vincularme. Fue… un juramento que me hice a mí mismo hace años, el no unirme a nadie de esa manera. Así que no, todo esto es nuevo para mí. Solo cuento con conocimientos teóricos y lo que he visto en otros evocadores. Sumado, no es mucho a lo que pueda agarrarme.

Se irguió un poco contra el reposabrazos. La estructura del mueble emitió un quejido bajo cuando acomodó la espalda.

Me ardió el labio cuando me arranqué un pellejito seco, pero no fue nada en comparación con el revoltijo de emociones que burbujeaba en mi interior. Si había hecho ese juramento y lo había puesto en peligro por mí… No, no lo había puesto en peligro por mí. Lo había hecho *por él*. Él había insistido en que la misión tenía que salir bien porque se jugaba algo importante, algo que yo desconocía. Debía recordarlo para no darme pie a ilusiones absurdas.

Sin embargo, fue imposible contener la sensación de agradecimiento.

—Se irá —mascullé, atreviéndome a mirarlo. Al ver otra media sonrisa extenderse sobre sus labios, una suave y sincera, mi corazón se saltó un latido. «Se irá. Incluso esto se irá». Carraspeé y toqueteé la tela de mi guante—. ¿Y bien? ¿Fahe te dijo algo?

El sillón volvió a protestar cuando cambió de nuevo la posición.

—¿Recuerdas el emblema que enseñó Tristán en la Plaza de los Pescadores?

Fruncí el ceño. Tenía la sensación de que el tiempo se había dilatado como si hubiesen transcurrido meses desde ese día.

—Sí, era… ¿un sol coronado? —inquirí, un recuerdo trémulo resurgiendo en mi memoria. Seguro que a Dryan no le costaría nada evocarlo; al contrario que yo, se había bebido cada irrisorio centímetro del emblema.

Nasir asintió a la vez que introducía los dedos en el bolsillo de su pantalón.

—Igual a este. —Sacó una hoja, doblada con cuidado en cuatro partes iguales, y la desplegó.

Me quedé embobada observando el sol azul y coronado que se pintaba sobre el papel. Ciertamente, era muy parecido al que había visto en la Plaza de los Pescadores.

—Crane me contó que alguien estuvo repartiendo varios de estos por algunas de las peores tabernas de la ciudad hace unas semanas, antes del altercado en la plaza. Y ha escuchado rumores.

—¿Rumores? ¿Rumores de qué?

Nasir se revolvió encajonado en el sillón.

—Por lo visto, los rebeldes quieren destronar al emperador Nirav y subir al poder a alguien

al que llaman Corazón de Zafiro. ¿Te dice algo ese apodo?

El brillo en sus ojos me hipnotizó y me descubrí mirándolo como una tonta.

—Em… No.

—¿Crees que el capitán de la guardia de los Yadav sabrá algo al respecto?

—No estoy segura, Dryan no solía compartir esa clase de información conmigo. Ya sabes, evitábamos temas de trabajo. Pero creo que puedo averiguarlo.

Esa vez fue él quien se mordió el labio inferior, pensativo. Me resultó imposible no fijarme en sus dientes y recordar cómo había mordisqueado mi mano en La Estrella del Océano. ¿A qué había venido eso? ¿Únicamente a nuestra farsa?

—De hecho, puedo averiguarlo mañana —dije, intentando reconducir mis pensamientos—: tenemos una cita con él.

—¿Una cita?

—Ayer me sorprendió al salir de La Estrella del Océano. Quiere que nos veamos en el Teatro de las Olas para mantenerme al tanto de sus avances, así que podría tantearlo. Además, pensé que sería inteligente aprovecharnos de cualquier información que él y sus hombres pudiesen conseguir y… también para poder distraerlos con pistas falsas si fuese necesario.

Menuda amiga de mierda era. Quizás por eso había estado sola los últimos diez años.

—¿Crees que será tan ingenuo como para morder el anzuelo?

—Confía en mí lo suficiente como para hacerlo, sí.

Mi afirmación me cayó sobre los hombros como una losa pesada y tuve la imperiosa necesidad de ponerme de pie. Me ajusté la coleta, desperezando las piernas con unos estiramientos rápidos.

—¿Te vas? —Asentí, recogiendo mis botas. Presioné los dedos de los pies contra la punta para ajustármelas y luego pasé a los cordones—. ¿Adónde?

Le chisté con brusquedad cuando hizo amago de levantarse.

—Ni lo pienses; no necesito que me sigas como una sombra a todas partes. Además, voy a los Archivos. Quizás haya algún libro que haga referencia a ese tal Corazón de Zafiro. Total, no hemos avanzado con la teoría de los túneles subterráneos. —Me giré, aún ocupada con las botas, y le señalé la cama—. Toda para ti.

Me cautivó verlo ponerse de pie, pegar dos zancadas y dejarse caer sobre ella como un saco inerte, boca abajo y con las piernas abiertas. Ni siquiera se había quitado las botas, algo raro en él. Dormir en el sillón tenía que estar destrozándole el cerebro.

—¿Quieres que nos la turnemos?

Rodó sobre el costado. Al ver su expresión, no distinguí quién de los dos estaba más sorprendido por mi proposición. Posiblemente yo.

—Qué. —Revisé mi cinturón con unas cuantas palmadas: Infalible a la izquierda, el fulgor áureo a la derecha—. No es justo. Y si duermes mal no me serás de utilidad en caso de que necesitemos que —dibujé círculos con las manos en su dirección— todos esos músculos sirvan para algo más que de decoración.

Se volteó sobre su espalda y se acomodó contra el cabecero metálico, ladeando la cabeza. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba con una chispa maliciosa. Se ojeó el vientre

con interés y luego cruzó los brazos por detrás de la nuca en un gesto muy… sensual. Bufé mientras acababa de prepararme.

Al momento, me aproximé a él, recogiendo por el camino un par de cojines. Antes de que pudiese adivinar mis intenciones, le lancé uno contra la cara. Lo odié cuando lo detuvo con una mano y se asomó por detrás.

—Qué detalle, gracias. Así podré abrazarlo mientras duermo.

Su mueca se ensanchó y me reí al imaginármelo.

Le arrojé el otro contra el estómago, aún riéndome, pero de nuevo lo atrapó. Enarcó una ceja, burlón.

—Son para que te construyas tu maldito fuerte para esta noche, ya que por lo visto te incomoda demasiado la idea de turnarnos la cama —le expliqué, dibujando desde mi posición una línea sobre el colchón para reforzar el mensaje—. Eso sí, puedes abrazarlo todo lo que quieras.

Le sonreí, pero fruncí los labios al ver que la extraña complicidad que acabábamos de compartir había desaparecido en él. Estaba incómodo y su rostro había adquirido un cariz serio y abatido.

—No voy a construir nada.

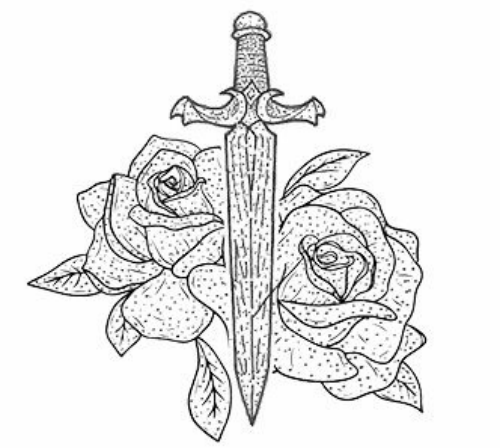
Entorné los ojos y le di la espalda.

Cogí el permiso y el broche de Palacio que descansaban en la mesa. Abrí el imperdible y atravesé la tela de mi nuevo chaleco, asegurándome de que no ocultase el emblema de las dos lunas de Denesse que se hilaba en mi pechera.

Antes de salir, agarré una manta arrugada del suelo.

—Dulces sueños, principito. —Se la lancé. La atrapó.

Salí por la puerta antes de que pudiese pensar a qué había venido todo eso.



30

Galopé sobre Ceniza la mayor parte del trayecto. No fue por la necesidad imperiosa de llegar a los Archivos lo antes posible, sino por el placer explosivo de notar el viento otoñal envolviéndome en él. ¿Cuántos años hacía que no montaba de esa manera? ¿Ocho? Me recosté más sobre su crin, amoldando mis muslos a los poderosos movimientos de sus patas. Algo en su respiración acentuada y en el olor a cuero mojado que desprendía su piel grisácea me hizo recordar a Medianoche.

En una corazonada, le ordené a Ceniza que se desviase del camino principal. La yegua correspondió a mis deseos y, en apenas unos minutos, sus cascos retumbaron como truenos contra la arena mojada de la playa, tan veloces que dejé ir un aullido de pura felicidad. Cerré los ojos para apreciar más el aroma salado en mis fosas nasales, la humedad adhiriéndose a mis mejillas, el canto de las gaviotas… Por un breve instante, fue como volver a volar sobre mi yegua de obsidiana, como volver a ser Khasil Silver. Al menos hasta que el recuerdo de Vallath calcinando a Medianoche me apuñaló el pecho, me desgarró de arriba a abajo y me trituró el corazón.

Anudé las riendas de Ceniza en el apeadero más cercano a los Archivos y me interné en la gran biblioteca.

Lo primero que advertí fue el cosquilloso olor a libro y a tinta mezclado con el de la cera quemada. El resplandor ceniciento de la mañana se colaba por la colosal bóveda de cristal y hacía despuntar a contraluz las motas de polvo en suspensión, un rayito más intenso iluminando justo el mostrador de la entrada. Un escriba —portiño, por la piel rosada y el cabello dorado— tenía la cabeza enterrada en un cuaderno. Sus ojos iban de una línea a otra con frenesí. Ni siquiera me prestó atención cuando pasé por su lado hacia el laberinto que conformaban las estanterías.

Había visitado los Archivos antes, pero debía de ser la primera que lo hacía limpia, porque nunca me había fijado en la cantidad ingente de obras de arte y esculturas que ornamentaba cada pasillo. Me quedé maravillada con más de una, sobre todo con las que retrataban a la diosa

Ignitia. No entendía cómo seguían expuestas, ya que casi todas sus representaciones se habían prohibido en Oriente después de que crease El Abismo.

Menuda perra. Había partido el mundo justo cuando la Alianza Imperial estaba a punto de superar la frontera de Occidente gracias a la traición del guerrero de fuego que había conquistado su corazón y que comandaba sus tropas montado en Vallath. Y cómo lo había quebrado; jamás se me olvidaría el estruendo que sacudió el dormitorio en el que me estaba recuperando de mi quemadura. La diosa del sol y el fuego iluminó el cielo con una estrella cargada de llamas y devoró la noche de un mordisco. Y después, bum. La tierra tembló con tanta violencia que creí que reduciría a polvo cada vestigio de humanidad. Sobre todo cuando el océano se contrajo y erupcionó en una ola descomunal que hundió dos de nuestras islas con violencia.

Después de eso, Cosmo desapareció, aunque no sin antes convocar la oscuridad de su interior y dar vida a La Sombra. Ahora, ese descomunal ser marino recorría las profundidades del océano, explorando las lindes de El Abismo, famélico por encontrar una quiebra mágica para desmoronarlo y permitir a la Alianza Imperial continuar su guerra en nombre de Ceresia. Solo de pensar en su monstruosa existencia se me congelaba la sangre y la bilis se me alteraba. Como todos, prefería ignorarla; al menos, hasta que los cimientos de Oriente se sacudían por uno de sus arrebatos violentos contra la muralla mágica. Veintidós terremotos en los últimos diez años.

Giré en un pasillo que ponía «Historia riense» en la parte superior, porque lo cierto era que no tenía ni idea de por dónde empezar. Solté una exhalación al contemplar los centenares de ejemplares que se amontonaban a cada lado. Las estanterías eran tan altas que apenas distinguía dónde terminaban y enseguida amontoné tantos libros sobre mis brazos que me llegaron a la nariz. Con impaciencia, alcancé el escritorio vacío del fondo del pasillo y los vertí encima.

Después de varias horas leyendo, me dolían las nalgas y los ojos me bizqueaban. Y aparte de reafirmar que el azul se consideraba un color sagrado entre los rienses, no encontré nada más. Había algo de irónico en eso, en que rienses y valyneses coincidiesen en que el zafiro representaba la pureza real cuando ambas poblaciones habían estado en guerra desde la formación de los Reinos Antiguos, cuando Irinea aún pertenecía solo a los humanos.

Entorné los ojos y me escurrí sobre el respaldo de la silla, mirando el techo con frustración.

Fuera llovía, y algunas gotas repiqueteaban contra el cristal. A pesar de los nubarrones preñados y grisáceos, supe que estaba atardeciendo por el gruñidito inusual de mi estómago. Debería regresar al burdel, pero… Maldita sea, necesitaba *algo*. Cada día que pasaba era un día en el que mi hermano podría estar sufriendo a manos de nuestros enemigos. Y luego estaba Dorian.

Siempre estaba Dorian.

Ojeé de nuevo los tomos, varios de ellos abiertos a mi alrededor, y una idea empezó a serpentear en el fondo de mi mente. La respuesta a mis preguntas no la encontraría en esos libros expuestos al público: estaría en la sección prohibida que los Archivos de las capitales disponían. Pero ¿dónde estaba? Porque dudaba de que la localizase con un cartel señalando «¡Aquí! Libros prohibidos».

Eché un vistazo a mis espaldas, empujando hacia dentro la voz que me decía que, aunque la encontrase, estaría custodiada. Y la empujé de nuevo, de bruces, cuando me susurró que también

necesitaría la autorización obligatoria por parte de los cuatro Palacios para poder echar un vistazo a los tomos, algo que no tenía ni tendría jamás.

Con un brinco impaciente me puse de pie. ¿Para qué estaban las reglas si no era para romperlas?

☽ · ✦ · ☾

La desesperación empezó a constreñirme las costillas a cada pasillo que recorría sin éxito. Los Archivos eran… jodidamente infinitos. Sin más. Tan infinitos que empezaba a detestar que fuesen los más grandes de toda Irinea.

Subí y bajé varias escaleras, cruzándome de vez en cuando con algún escriba. Me perdí al menos durante media hora en la tercera planta, entreteniéndome sin querer en una sección dedicada a Denesse. Me reprendí cuando abrí el tercer tomo —donde había un retrato de mi madre— y, con un bufido, lo dejé en su sitio y aceleré el paso hacia otro pasillo.

Si no hubiese sido por el dibujo de la bóveda de cristal —Ceresia con su piel de chocolate oscuro esculpiendo al primer humano—, me hubiese desorientado dentro de las tripas de la biblioteca. Todos los pasillos eran iguales: profundos, con enormes estanterías clasificadas por temáticas y un escritorio al fondo. Y aparte de la sensación claustrofóbica que empezaba a asfixiarme la garganta, el ambiente se estaba tornando espeluznante y oscuro. Los candelabros que colgaban de los techos se encendían y apagaban a mi paso, exactamente igual que había sucedido en Palacio, y la lluvia se había endurecido. Su repique constante embestía los cristales como puñales.

Exhalé con rabia. Debería rendirme y regresar al día siguiente.

Giré sobre los talones dispuesta a buscar la escalera de caracol que conducía a la entrada cuando unas voces distantes, acaloradas y apenas audibles, se colaron entre los recovecos de los libros.

Me oculté y agucé el oído al percibir que avanzaban en mi dirección.

—… estamos revisando los libros —farfulló una mujer—. Nos llevará unas cuantas semanas…

—Oh, no; … que no. —Su acompañante soltó una risita juguetona y letal y se detuvo.

Me alcé sobre la punta de las botas para escudriñar entre los tomos, apoyando las manos sobre el estante para mantener la posición. Entre las estanterías, capté un resquicio de sus vestimentas. Me tensé al descubrir una túnica negra bordada en oro y borgoña.

—Excelencia…

—¿Acaso… explicado? —El evocador dio un paso hacia la mujer, invadiendo su espacio personal. Se sacó algo del bolsillo—. Me da igual si… sin comer…, o ver… Consígueme… puta información.

Alzó el objeto contra la nariz de la escriba con tan poco control que le atizó. La mujer se llevó la mano a la cara sin poder contenerse y él se apartó, apenas conteniendo una carcajada. Guardó el objeto entre resoplidos divertidos y entonces capté su forma circular.

Una brújula. Una brújula reluciente cuyas manecillas giraban enloquecidas.

Perdí el pie y me golpeé la frente contra el estante. Un libro salió volando y se estrelló entre mis cejas, justo con el maldito pico. Aplaqué el alarido de mi garganta a duras penas e intenté atraparlo al vuelo, pero no lo conseguí, y al caer resonó contra el suelo con un seco tum. La risa se silenció.

No me atreví a respirar, aunque quizás se debiera a que se me había parado el corazón.

Tristán, *el regente imperial*, estaba allí, a escasos metros de mi posición, con esa brújula que Dorian ansiaba tanto. Y yo estaba sudando como si de pronto hubiese entrado en proceso de fusión.

Me temblaban los músculos mientras recordaba cada uno de nuestros encuentros. En El Insumergible me había atacado, en el almacén había estado a punto de descubrirme mientras abusaba de la mente de Amada y en Palacio había fingido no conocerme. ¿Cómo mierdas se comportaría en ese momento si me descubría agazapada y sola?

Tardé siglos enteros en reunir el valor suficiente para ojear por encima de mi hombro. La escriba se alejaba apresurada por el pasillo principal, todavía con la mano en la nariz, y Tristán… no estaba. No estaba por ninguna puta parte.

Joder. ¿Se habría volatilizado?

Atisbé entre los libros y las estanterías, mientras deslizaba la mano enguantada por el costado de mi cuerpo y agarraba el pomo de Infalible. Su dureza me infundió la suficiente sangre fría como para dar unos pasos acelerados y doblar la esquina. Respiré aliviada al encontrar el pasillo contiguo vacío, pero entonces el candelabro que lo coronaba se encendió con un siseo.

Tenía un problema. Un jodido y gigantesco problema.

Hundí los dedos desnudos en el fardo de fulgor áureo y los lamí con celeridad antes de examinar el alrededor con los latidos taladrándome las sienes. Por suerte, o desgracia, las estanterías rebosantes de libros coartaban parte de la luz. Eso me brindaba una mínima esperanza de que Tristán no se hubiese percatado de mi posición pero, a su vez, le regalaba un mundo de sombras por el cual arrastrarse hacia mí sin que lo detectase.

¿Y si echaba a correr sin más? Tal vez podría alcanzar las escaleras, aunque ¿en qué dirección estaban? Desde donde me encontraba, apenas podía ver el dibujo de la bóveda. Necesitaría acercarme al corredor principal para orientarme, y eso suponía atravesar tres pasillos malditamente largos. No lo conseguiría; me cazaría como a un ratoncillo.

Ante la falta de movimiento, la luz de la araña tintineó y se apagó. La observé de soslayo, apenas alzando el mentón. Tal vez la solución más razonable sería permanecer quieta. Sin embargo, la idea de quedarme a oscuras, inmóvil e indefensa mientras Tristán serpenteaba a mi alrededor no me seducía en absoluto. Mucho menos cuando, gracias al fulgor áureo, percibí cómo *algo* arrastraba poco a poco el libro que se había escurrido de mis manos por el pasillo de al lado.

Nos separaba una simple estantería. Ancha y repleta de libros, pero, aun así, una estantería. Era un escudo tan absurdo que, si no hubiese estado conteniendo la respiración, me hubiese reído a carcajadas histéricas. Histéricas y muy altas.

Avancé un paso con sigilo, tan pegada al mueble como pude sin que rozase mi ropa para no

provocar ningún sonido, la mirada fija en el maldito candelabro. Suspiré al cerciorarme de que no se avivaba y di una zancada más al mismo desesperante ritmo. A esa velocidad, tardaría una hora en escabullirme de los Archivos.

Estrujé el pomo de Infalible y di otro insignificante paso. Y luego otro, otro y otro, así hasta que casi alcancé el final del primer pasillo. Pero entonces me detuve, la bilis quemándome la base de la garganta. ¿Desde cuándo hacía tantísimo frío? Si no hubiese sido porque estaba apretando los dientes, me castañetearían con violencia. Y eso no me gustaba un maldito pelo.

Flexionando las rodillas, lancé una mirada desafiante por encima del hombro, preparada para huir o defenderme.

Pero estaba sola.

Un relámpago cercenó el cielo e iluminó las sombras del corredor, cegándome por un momento. Su quejido furioso no tardó en retumbar bajo mis pies y aceleré el ritmo con una creciente angustia mordiéndome el pecho.

Me detuve al llegar al final del pasillo y escudriñé la oscuridad afilada con mi visión nocturna. Cruzar hasta el siguiente corredor supondría dar un salto que prendería los candelabros y delataría mi posición. Ojeé en busca de otra forma de atravesarlo, pero no hallé ninguna alternativa. Tendría que cruzar los dedos, musitar una oración a la Madre y confiar en mi suerte. O quizás…

Atrapé dos libros sin despegarme de la estantería y los sopesé antes de lanzarlos, uno hacia un pasillo posterior y el otro hacia uno anterior. La luz se prendió de golpe casi de manera simultánea y… no pasó nada. Aguardé unos segundos más antes de rodar sobre mis hombros y cruzar el pasillo con una voltereta veloz. Mi pasillo también se iluminó y apreté los dientes. Estaba sudando, y los pelillos de la nuca se me habían adherido a la piel empapada.

Los candelabros sisearon antes de apagarse.

Solté el aire por la boca, de nuevo en plena oscuridad. Pero entonces percibí el aire enrarecerse. El frío me mordisqueaba las botas, los pechos y los labios hasta tal punto que mi aliento comenzó a condensarse en nubecitas de vaho y me contraje. Escudriñé detrás de mí, el fondo del corredor, a través de las estanterías… No había nada, solo negrura y silencio manchado por el llanto de la tormenta. Joder, hacía tanto frío que el regente debía estar malditamente cerca…

Una corazonada me abofeteó y dejé la zancada a mitad.

Si no estaba delante ni detrás de mí, solo quedaba una opción.

El corazón me bombeaba a un ritmo frenético, animal, conforme desenfundaba poco a poco a Infalible y acomodaba la muñeca contra mi cadera para proyectar el filo hacia arriba a modo de espejo. Lo meneé con disimulo de un lado a otro, avistando en su superficie libros y libros, y más li…

Casi se me escurrió la daga de entre los dedos. Un reflejo oscuro y ondulante empañaba la hoja. La proyecté mejor, a pesar de los temblores que se habían adueñado de mis manos, y contuve un gemido. Tristán me acechaba como una araña lista para envolver a su presa, levitando a apenas unos metros de mí y ceñido a la estantería. Su humo se esparcía como una bruma sinuosa entre los tomos, y sus ojos del color del vino relucían en la negrura, oscilando por

mi columna vertebral… hasta que se detuvieron en el reflejo del metal.

Apenas me dio tiempo a rodar sobre los hombros en una voltereta atropellada. Se precipitó como un grajo, dos alas vaporosas expandidas a ambos lados de su esencia, y su movimiento impreciso rozó mi coronilla al erguirme sobre las rodillas. Extendí el brazo, roté la muñeca para acomodar el filo de Infalible contra mi antebrazo y eché a correr, golpeando con el pomo todos los ejemplares que encontré a mi alcance. Los libros cayeron a tropel, enterrando el humo de Tristán y dispersándolo. Era un gesto inútil, pero al menos esperaba que me ganara unos segundos de ventaja.

Giré al llegar al final del pasillo, sin saliva, y eché un vistazo en todas direcciones. Aunque sabía que los candelabros se habrían iluminado por mi carrera, las sombras engullían el alrededor. Salí disparada hacia el siguiente corredor, incapaz de orientarme. Tenía al maldito regente imperial de Palacio, con vanadio, pegado al puto trasero, cazándome como a una liebre, y ninguna posibilidad real de contraatacarlo. No llevaba ningún pedernal pyrense encima —aunque tampoco hubiese sido capaz de usarlo—, y el sol ya se había escondido en el horizonte hacía rato. Eso reducía mis opciones de supervivencia a… ¿cero?

Al alcanzar la esquina del siguiente corredor, me detuve a tomar aire y a apartarme del rostro los mechones sudorosos que se habían escapado de mi coleta. No encontré su mirada por ningún sitio, por lo que deduje que el muy hijo de puta se estaba divirtiendo acechándome.

—Queenie, Queenie. —Me tensé de pies a cabeza al escuchar su voz, proveniente de ningún sitio en concreto y de todos a la vez—. Aparte de ladrona de objetos, ¿también te gusta espiar conversaciones ajenas? Me encanta lo propensa que eres a tener una ética de mierda.

Me mordí el labio para no resoplar con nerviosismo. Como había intuido en Palacio, se acordaba *perfectamente* de mí.

—¿Yo tengo una ética de mierda? —dije, sin saber a dónde dirigirme.

Su risita resonó entre los ejemplares, por toda la superficie, y se coló por mis fosas nasales y a través de mi garganta. Un regusto muy desagradable y nada similar al del fulgor áureo me hizo carraspear.

—¿Tu nuevo señor no te está educando como es debido? —preguntó, burlón—. Tal vez tenga que hablar con él para que te aplique otro correctivo, brujita.

—Tal vez podrías irte a la mierda —rezongué para mí misma en un hilo de voz, con la barbilla baja.

Recoloqué los pies para precipitarme de nuevo hacia el frente, tomé aire, apreté los dientes y me abalancé con los latidos acelerados. Sin embargo, trastabillé al primer paso. Un brazo me rodeó la garganta, estrangulándome y tirando mi cabeza hacia atrás. Mi espalda chocó contra un torso frío y entrenado.

—No seas malhablada, cariño.

No lo pensé. Atrapé su brazo con mi mano desarmada para crear un poco de aire entre su codo y mi cuello, y giré el cuerpo hacia delante para procurar golpearlo con el canto de la mano en la entrepierna. Pero el muy cabrón se deshizo en humo tan rápido como se había materializado.

Aproveché la libertad para correr. Mis pies parecían levitar, y el recuerdo de la batalla de El

Cuello me impactó tras los ojos. Había corrido hasta que Vallath me había atrapado; justo como temía que terminaría ese juego del ratón y el gato en el que Tristán me estaba obligando a participar.

—Vamos a hacer esto fácil —ronroneó con letalidad en algún punto a mis espaldas—. Repite conmigo: «No me entrometeré en los asuntos de los demás».

Al alcanzar la mesa del final del corredor, ladeé las piernas para resbalar con la suela de las botas y agacharme sin perder velocidad. Con decenas de gotitas de sudor amontonándose sobre mi frente, vislumbré la claridad de la luna a través de una ventana a varios metros de distancia. Me encontraba en la tercera planta, sin embargo, prefería morir rota contra el empedrado antes de que un evocador devorase mi mente.

Avivé el paso, abriendo la zancada todo lo que me permitían las piernas. Me tiraban las pantorrillas y el aire helado que se colaba en mi caja torácica me ardía como el alcohol. Pero no vacilé, no me detuve, ni siquiera cuando escuché el gruñido asfixiado de Tristán al percatarse de mis intenciones.

Me lancé contra el cristal, empuñando a Infalible por el mango para concentrar mi fuerza sobre él y quebrarlo de la forma más limpia posible. Las esquirlas me salpicaron la piel como gotas de rocío, arañándome y haciéndome jadear; aun así, me incliné hacia delante, rodillas y codos flexionados para amortiguar la caída.

Colisioné con el tejado bajo de una casa colindante, y las tejas salieron disparadas cuando rodé con violencia sobre ellas. Cuando conseguí detenerme, apenas sabía dónde estaba. Me ardía el vientre y casi no sentía las piernas. Sabía que tenía que seguir huyendo, que detenerme me condenaría; no obstante, aunque apreté las manos e intenté ubicarme y retomar el control de mis músculos, no conseguí más que ladearme con torpeza sobre las costillas.

Ahogué una respiración al ver las botas de caña alta de Tristán materializándose frente a mi nariz. Procuré retroceder, sobre todo cuando se arrodilló y me examinó con el cuello torcido.

—Solo quería que dijeses eso, Queenie. Solo una vez —dijo estupefacto, apenas conteniendo la risa—. Pero esto ha sido mucho más divertido.

Su túnica brocada empezó a empaparse por la lluvia, y no pasé por alto cómo metía la mano en el bolsillo de su pantalón para comprobar su interior. Incluso mareada, distinguí la forma circular de la brújula contra la tela.

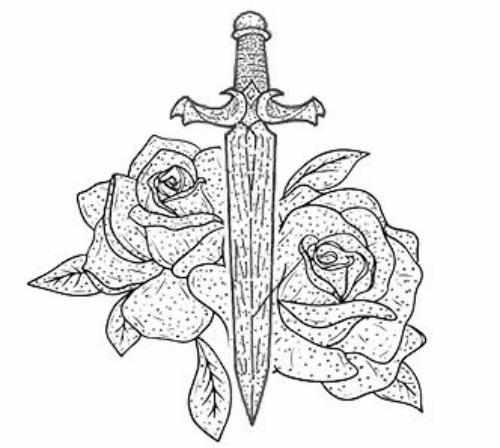
Se alzó con gracilidad y el vanadio de su dedo resplandeció ante la luna.

—Deberías mirarte eso. —Señaló hacia mi vientre, justo hacia la quemazón que me entumecía la piel. Temía que me hubiese clavado una esquirla, pero no tenía fuerzas ni para levantar la cabeza y comprobarlo.

Se peinó el pelo, acomodándolo con elegancia en la sien, sin alarmarse.

—¿Me prometes que te portarás bien la próxima vez? —Como no dije nada, me observó por el rabillo del ojo y sonrió—. Seguro que sí.

Con esas palabras, se fundió en humo y se precipitó al cielo nocturno.



31

Me temblaban hasta las pestañas cuando abrí de un portazo la puerta de El Tiburón Añil, y no era solo porque estuviese calada hasta los huesos. Ni siquiera la carrera de vuelta sobre Ceniza había apaciguado mi nerviosismo.

Estaba sangrando y, aunque no había querido darle importancia al trozo de cristal que me atravesaba el abdomen para no entrar en pánico, empezaba a marearme. Me arrastré hacia las escaleras, avanzando entre los clientes eufóricos mientras agradecía en silencio que nadie en todo el burdel se interesase en algo que no fuera follar, beber o drogarse.

Necesitaba vino, una cantidad obscena de fulgor áureo y una fórmula mágica para matar evocadores. Mejor si era una fórmula mágica para matar concretamente regentes imperiales.

«Y vendas. Eso tampoco estaría mal».

Trastabillé cuando la puerta del dormitorio se abrió y estuve a punto de chocar contra Nasir. Se había aseado, porque unas cuantas gotitas caían de su cabello albino y olía maravillosamente bien, a esa mezcla personal de romero y lluvia combinada con la nota fresca de su pastilla de jabón. También se había rasurado la barba apenas incipiente. En los últimos días, me había fijado en que le nacía del mismo tono castaño claro que el de las cejas y pestañas. ¿Por qué me había fijado? Ni idea.

No me moví de la puerta, mi mano todavía presionando los bordes de la herida mientras nos observábamos con cierto desconcierto. Tardé apenas un instante en percatarme de que se disponía a salir a buscarme, porque se había ceñido la capa, la capucha y el sobrecuello, y llevaba tal cantidad de metal encima que debía haber duplicado su peso: sus dos espadas gemelas, varios cuchillos en el cinto, un par de dagas cortas y un puño de hierro. Eso que pudiese ver a simple vista; me apostaba mi fardo de fulgor áureo a que debajo de la indumentaria guardaba algún filo más.

—Te olvidas las cadenas —apunté, sin discernir de dónde narices había sacado el humor para bromear.

El agarrotamiento de mis músculos se destensó y mis piernas flaquearon hacia delante por

el esfuerzo de subir las escaleras.

En un pestañeo, sus brazos me rodearon las rodillas y la parte baja de la espalda y me elevaron en el aire con una suavidad sorprendente. Quise protestar, decirle que me dejase en el suelo, que había llegado hasta allí sola y que podría alcanzar la maldita cama por mí misma. Pero la temperatura templada de su torso se sentía bien. Más que bien, después de todos esos días de distancia.

Cerró con un puntapié y me ayudó a acomodarme en el borde de la cama. En cuanto el peso de mi cuerpo se adaptó al colchón, me recliné para apoyarme sobre los codos. El sutil desplazamiento me hizo soltar un improperio entre dientes; aun así, agaché la cabeza y examiné el trozo de vidrio por primera vez. Con todo lo sucedido en los Archivos y el miedo a que Tristán regresase, ni siquiera me había permitido darme un instante para observarlo. Y por la Madre y el Padre, era mucho más grande de lo que había pensado.

Nasir se arrodilló frente a mí, sus ojos fijos en mi abdomen. Emitió un siseo gutural mientras la sangre chorreaba y empapaba parte de las sábanas; entonces, apartó la mirada y me examinó. Cada palmo, cada insignificante parte de mí. Por la expresión que puso cuando subió a mi rostro, imaginé que debía de que tener un aspecto muy deplorable a pesar de mi metabolismo. O que estaba demasiado pálida.

—Estoy bien —murmuré. Me estremecí al sentir la garganta seca y tirante—. Me quitaré el cristal y mi cuerpo hará el resto. Nada grave.

—Escúchame: quiero que te estés quieta.

Su orden dura y exigente me clavó en el sitio mientras se ponía de pie, dejaba el puño de hierro en la mesa y abandonaba la habitación con pasos ligeros.

Me recliné más sobre el colchón, gimiendo, y conduje las manos otra vez a la herida. Arrugué la parte baja de mi camisa y presioné los bordes con la tela, dejándome caer un poco más sobre la espalda. Noté algo blando e inesperado detrás de mí y eché un vistazo sobre el hombro.

Cojines.

Cojines apilados y distribuidos en medio de la cama.

Giré la cara tan rápido al escuchar la puerta que me dio un tirón en el cuello. Nasir había regresado con una botella de vino y un cestillo con toallas.

—Te has movido. —No sonaba molesto, solo concentrado.

Se acomodó de nuevo frente a mí, arrodillándose y dejando las cosas a su lado. Un chasquido metálico acompañó el movimiento y ojeé sus espadas gemelas. Tan cerca como estábamos, y en esa postura en la que mi vista quedaba por encima de sus hombros, me parecieron más impresionantes que la primera vez. O tal vez se debiese a que no las había portado desde que las recuperó del Puente del Pantalán.

—¿Dónde las compraste? —pregunté en un hilo de voz trémulo—. Son extraordinarias.

—Fueron un regalo. ¿Puedes levantar los brazos?

Puse los ojos en blanco ante su dramatismo y apoyé mi peso contra los codos para incorporarme y demostrárselo. Pero mi cuerpo no respondió como esperaba.

Gemí al intentar enderezarme y me quedé inmóvil por el escozor. Una humedad molesta se

acumuló en mis ojos y emborronó el ambiente.

Enseguida me tomó de las costillas y tiró hacia él.

—Puedo…

—No, no puedes —zanjó la discusión, sin apartar la mirada de mí. Me incorporó con cuidado, sin dejar de rodearme los costados, y observó mi expresión frustrada—. Rajaré la ropa.

Abrí la boca.

Era coña, ¿no?

—Es nueva —protesté al darme cuenta de que no bromeaba.

—Entonces, sube los brazos.

Aún aturdida, me esforcé por obedecerlo. Sin embargo, no conseguí alzarlos más allá de mi torso. Pesaban mucho. ¿Desde cuándo pesaban tanto? Era una bruja; las brujas sanaban sus heridas solas… A no ser que tuviesen un jodido cristal atravesándoles el vientre.

Compartí una mirada con él, avergonzada y asustada por igual. Me negaba a morir por una lesión tan ridícula como esa, no después de sobrevivir a la quemadura de un dragón. Él solo extendió el brazo hacia el cestillo, sacó una toalla y me la ofreció junto a la botella de vino. Luego extrajo una de las dagas que llevaba sujetas a los muslos.

—Puedes cubrirte para no estar incómoda.

Se reclinó un poco y esperó a que entendiese a qué se estaba refiriendo. Cuando lo hice, me sonrojé.

Me había criado en Denesse y, en las lujuriosas fiestas de verano en las que los brujos nos dejábamos llevar por nuestros más bajos instintos, jamás había mantenido un ápice de pudor respecto a los secretos de mi cuerpo. Era absurdo que me diese vergüenza un poco de desnudez, más en esa situación. Aun así, acepté la toalla y la acomodé sobre mi pecho.

Clavé la mirada en el techo mientras el filo de su daga se colaba por debajo de la holgura que había dejado y cortaba la tela. Trabajó rápido y, en apenas unos segundos, la camisa acabó abierta por el centro. Se me erizó el vello de la nuca y ajusté mejor la toalla.

Chasqueó la lengua al comprobar la herida y bajé corriendo los ojos. Joder, qué mala pinta.

—¿Crees que me habrá perforado algo?

—Tendría que comprobarlo con los dedos.

Contraje la cara. Qué asco.

—Será mejor que bebas un buen trago —me indicó, señalando con la nariz la botella que había dejado a mi lado mientras examinaba más de cerca la esquirla. Tenía las manos sobre mis muslos y los estaba masajeando, no sabía si consciente o inconscientemente—. Si hay suerte y es poco profunda, la cauterizaré.

—*No*.

Mi voz brotó tan alta y desesperada que sus ojos me buscaron sin titubeos. Detuvo los dedos y ladeó el cuello al percibir la tensión acumulada en mis hombros y alrededor de mi garganta.

—Saca el cristal y ya. Me curaré —insistí, apretando los dientes. La cabeza me flotaba.

—Estás llena de cortes a medio cicatrizar y hematomas. Tu cuerpo no va a poder sanar una herida como esa ahora mismo. Si te saco el cristal, la hemorragia no cesará tan rápido como crees.

Negué con la cabeza, demasiado cansada como para protestar de nuevo. Solo de imaginar algo ardiendo sobre mi piel…

Me eché a temblar, reteniendo la humedad que brotó bochornosamente de mis ojos. Habían pasado diez años desde que Vallath estuvo a punto de calcinarme el brazo y todavía no me atrevía ni siquiera a usar un pedernal. ¿Cómo iba a permitir que me quemase la piel?

Sin esperarlo, elevó la mano y me ahuecó la mejilla. Si no hubiese estado tan atontada por la pérdida de sangre, hubiese dado un brinco. ¿Acaso se había cansado de su propia norma de evitar el contacto? ¿O es que tenía tan mala cara que me estaba tratando como a una moribunda?

—Tuvo que ser… No creo que ninguna palabra sea capaz de describir lo que tuviste que sentir cuando Vallath te alcanzó —murmuró, mirando de reojo mi guante. De alguna forma, había leído mis temores más íntimos; en contra de lo que hubiese esperado, no me sentí incómoda—. Pero puedes con esto. No estás hecha de la pasta de los que se rinden. Y no vas a rendirte esta noche.

Me quedé absorta en la cercanía de su boca, en cómo se movían sus labios con cada palabra. Tenía una boca bonita con una sonrisa bonita. Todo él era… bonito, en verdad.

Definitivamente, desangrarme me atontaba.

—Puedo ayudarte, si quieres.

¿Ayudarme? Mis hombros se hundieron un poco más y cerré los ojos, apoyando la mejilla contra su mano, sin pensar. Noté la callosidad de sus dedos. Era agradable el calor suave que desprendían y estaba cansada de pelear. Cansada de estar sola.

—¿Cómo? —mascullé.

—No te asustes.

La sentí antes de verla.

Su magia se adentró en mí como un viento otoñal, fresco y nostálgico. Las volutas de humo plateado no tardaron en condensarse alrededor de sus muñecas e iluminar tenuemente la habitación, dotándola de un tono argentado e hipnótico. Aunque no avanzó contra mis muros mágicos, sino que se mantuvo estático con paciencia, mis latidos se descarriaron.

—¿Qué haces? —farfullé.

—Puedo intentar mitigar el dolor cuando lo haga. —«Cuando me abrase la piel, eso quiere decir»—. Será más efectivo que el vino, aunque puedes decidirte por él si lo prefieres.

Su esencia ronroneó dentro de mí, acompañando su propuesta.

¿En serio me estaba sugiriendo que bajase mis defensas mágicas para él? Podría destrozar mis órganos vitales con un ataque certero y estaría muerta en menos de un minuto.

—¿Ibas a salir a buscarme?

No supe por qué lo pregunté. Simplemente las palabras se escaparon como un pajarillo con ganas de volar. Mucho menos comprendí por qué de pronto me sentí expuesta y vulnerable. Llevaba diez años sobreviviendo por mi cuenta y, a esas alturas, después de mi pacto con Dorian, del exilio, de la vara de cobalto y las humillaciones, había aceptado que lo seguiría haciendo hasta mi último aliento.

Retiró la mano y la acomodó otra vez en mi muslo, su mirada recorriendo mis facciones.

—Te buscaría hasta en la oscuridad más profunda con tal de encontrarte.

Mi corazón se saltó un latido y me mordí el labio con la intención de serenarme. Fue imposible y ladeé la cabeza por encima del hombro. Recaí en los cojines amontonados a mis espaldas: su fuerte.

—¿Es porque sin mí tu pacto con Kerisha se iría a la mierda? —pregunté en un susurro tímido.

—No. —Dejó que la magia se desprendiese de mí poco a poco y la luz plateada se apagó. Sin embargo, no se distanció. Permaneció frente a mí, ante mis rodillas, sus manos en la parte superior de mis piernas—. Es porque los brujos cuidan de los suyos. Y yo no pienso faltar a ese principio por mucha sangre sucia que corra en mi interior. No mientras tú me lo permitas.

Me quedé muda ante el eco de sus palabras.

El silencio se estiró entre los dos, aunque no me avergonzó. Estaba zambullida en la profundidad de sus ojos, en la decena de subtonos añiles que se mezclaban con los aros rojizos que colindaban con sus pupilas. Él no se acobardó ante la fijeza con la que me lo estaba bebiendo y reanudó el masaje suave, sin apartar la cara. Tal vez podría acostumbrarme a eso, a sentir que le importaba a alguien.

O tal vez no.

—Vale. Hazlo; hazlo todo y terminemos con este desastre.

Su media sonrisa me hinchó el pecho con valor… Un valor que se evaporó en cuanto se puso de pie y acercó la daga que había usado para rajar mi camisa a la chimenea.

El fuego emitió un chisporroteo violento cuando lamió el metal. Tuve el impulso de saltar de la cama y largarme por donde había venido, aunque sabía que si me ponía de pie en esos momentos, lo más seguro fuese que me diera un impresionante golpe de cara contra el suelo.

—¿Puedo preguntarte algo? —preguntó como si nada, sentado en la silla mientras seguía calentando el arma.

—¿Sobre cómo he acabado así?

—No, ahora no. Aunque no te vas a librar de darme una larga y extensa explicación. —Tamborileó con los dedos en sus rodillas—. ¿Cómo es Darius?

Aunque era obvio que estaba intentando distraerme, cerré los ojos cuando un cosquilleo agradable me relajó el pecho.

—Era… *Es* el príncipe perfecto —me corregí. Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba al recordar el rostro apuesto de mi hermano—. Siempre pensé que debería haber sido él quien heredase la magia sepulcral y no yo. Pero supongo que influyó el incontrolable hecho de que nací unos segundos antes que él. Conociéndome, tuve que darle una buena patada en los huevos para colarme.

—¿Te hubiese gustado que la hubiese heredado él?

—No, hubiese muerto de celos —reconocí. Tal vez debería callarme, pero ¿qué más daba? Estaba desangrándome y ya no distinguía si mi cuerpo levitaba o seguía pesado contra la cama —. Me gustaba ser especial. Me daba… valor. Un propósito.

—¿Y ya no?

Abrí los ojos y fruncí el ceño. A pesar de que su pregunta no había brotado con maldad, me encogió el corazón de todas formas. ¿Qué propósito tenía ahora, además de ayudar a Darius?

Ninguno; en todo caso, servir a Dorian. Ese era mi destino.

Negué con la cabeza para evitar que siguiese ahondando en ese tema.

—¿Y os parecéis? —preguntó al cabo de un momento.

—Físicamente, mucho. De carácter, nada.

Rio bajito y suspiró:

—Menos mal.

Le fulminé la nuca con la mirada, aunque no sirvió de mucho.

—No dirías lo mismo si te persiguiese con mocosos en brazos a todas horas.

O tal vez sí. Que yo sintiera sarpullidos ante los bebés no significaba que él los detestase. De hecho, en las islas, la mayoría de los hombres fantaseaba con tener descendientes a los que cuidar y mimar. No Jayde, por fortuna; él siempre había mantenido una posición bastante neutral.

Mi comentario llamó su atención, porque me observó sobre su hombro con una ceja arqueada.

—Que yo sepa, no tiene hijos con Kerisha.

—Eso no implica que no estuviese loco por arropar bebés llorones. —Jadeé cuando me moví para intentar estar más cómoda. Él apretó la mandíbula—. Lo intentaron varias veces, de hecho. Pero no funcionó.

Por desgracia para mi curiosidad, no añadió ningún comentario que pudiese ayudarme a saber qué pensaba él al respecto. Solo asintió y revisó la daga. Enseguida la extrajo, envolviendo la empuñadura con una de las toallas, y se puso de pie. El metal había adquirido un reflejo rojizo, como si hubiese absorbido parte del fuego en su interior.

Me empequeñecí contra los cojines a mis espaldas y perseguí su mano con la mirada hasta que dejó la daga en la mesita que lindaba con la cama. El pánico me había espabilado.

—Túmbate —me ordenó. Aunque, antes de que pudiese hacer nada, me subió las piernas a la cama y me rodeó los hombros para acomodarme él mismo. Mantuve la toalla pegada a mis pechos mientras me adaptaba a la nueva posición con un gemido agónico. Ni siquiera la agradable sensación de su calor templado mitigó la tirantez de mi herida.

—Voy a sacar la esquirla. —Se acomodó de rodillas junto a mí, al lado de la cama, y se limpió las manos con el vino. Solté un insulto bajo al notar cómo la extraía poco a poco y liberaba la presión. No quise mirar, *ni imaginarme*, qué hizo a continuación, porque el ardor se multiplicó y me arrancó un gruñido salvaje—. No ha perforado nada importante.

—Saca los dedos de una puta vez de donde coño los tengas o vomitaré.

—¿Lista? —Alargó la mano y cogió la daga.

Mi respiración lenta y pesada se aceleró.

No, no estaba lista, por supuesto que no. Iba a ponerme a llorar como una niña asustadiza de un pestañeo a otro, sin importarme para nada lo que pudiese pensar al verme. Me retraje en el colchón, moviéndome a duras penas para alejarme de él.

Pero me cogió la mano con su brazo libre.

—Destrózame los dedos si lo necesitas.

El cosquilleo de su magia me recorrió de arriba abajo en una petición silenciosa, esperando

a que lo dejase tomar el control.

Lo observé con los ojos muy abiertos.

—No te voy a hacer daño —repitió las palabras que le había dedicado en el entrenamiento que habíamos compartido. El calor y la seguridad que desprendió su voz fueron analgésicos—. Haremos esto juntos.

«Juntos», la palabra me sonó rara e incómoda.

Tal vez todo eso era un error, uno que me costaría la vida. Pero retiré mis muros internos, echándolos a tierra hasta que se fundieron en polvo. En mi estado, fue liberador soltar esa fuerza innata.

Esbozó una sonrisa para infundirme coraje y entonces su poder se deslizó por mis venas y tomó cada parte de mí. Extrañamente, la presión de su lazo mágico rodeando mi corazón no me asustó. Ni siquiera cuando el bombeo de su propio corazón se fundió contra el mío e intensificó su poder para ralentizar mis pulsaciones. Me impregnó rápido con su torrente mágico, con decisión, y todos mis músculos se relajaron bajo un aturdimiento que no recordaba haber sentido antes.

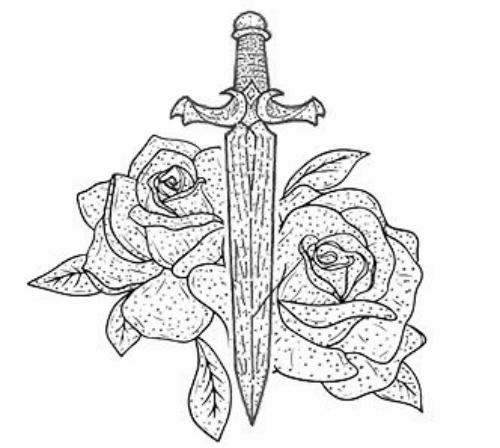
Acomodó los dedos entre los míos, asegurándose de que estuviesen bien unidos, y aproximó la daga a mi abdomen. Iba a hacerlo. *Iba a hacerlo ya*.

—*Nasir*.

Ni siquiera vaciló.

El ardor me atravesó cada terminación nerviosa y grité y me arqueé y lloré. Vagamente, noté cómo envolvía más mi mano con la suya y la estrujé con todas mis fuerzas. Bajo mis párpados, la negrura se incendió en miles de puntitos luminosos mientras el olor a carne quemada me subía a la nariz. El olor a *mi* carne quemada.

De pronto, todo se desvaneció.



32

Cojines; una pila de cojines amontonados. Eso fue lo primero que vi al abrir los ojos. Y bajo esa muralla, una mano. Una mano templada, grande, que sujetaba la mía.

Parpadeé un par de veces antes de recordar qué había pasado y por qué me sentía como si una bestia me hubiese devorado: la huída de Tristán, la esquirla a la altura de mi ombligo y Nasir extrayéndola. Cauterizándola.

Me incorporé de golpe, soltando su mano, y una punzada de dolor me atravesó la tripa. Bajé la mirada por mi abdomen. Para mi sorpresa, llevaba puesto el pijama que había comprado hacía unos días junto a mi nuevo uniforme. Eso significaba que…

—Eh, cuidado.

Nasir me miró, tumbado boca arriba, justo al otro lado de la frontera de cojines. Se había cambiado la camisa y el chaleco, posiblemente para librarse de las manchas de sangre, ya que por el resto seguía igual que cuando me había recibido. Incluso conservaba la capa y las botas puestas. A su lado, en la mesita, tenía las dos dagas a mano, y, junto a la cama, las espadas gemelas. Por su actitud resuelta, no se había dormido ni un minuto.

—¿Cuánto rato llevo…?

—Un par de horas.

Eché un vistazo a mi alrededor, todavía aturullada. Las sábanas estaban limpias, sin rastros de sangre. Tampoco estaba el cestillo de toallas, aunque encontré el vino sobre la mesa. El vidrio de la botella desprendía destellos verdosos con la luz titilante de las cinco velas que rodeaban la cama. Velas de fuego pyrense.

Se incorporó con un impulso de sus poderosos abdominales y flexionó las rodillas, apoyando los codos en ellas.

—Tuve que cambiarte; estabas empapada y llena de sangre. Lo siento.

Me masajeé la nuca. También me había soltado el pelo, y deslicé los dedos entre los mechones húmedos para acomodarlos sobre mi hombro. ¿Debería preocuparme que me hubiese desnudado mientras estaba inconsciente? Muchos hombres no eran de fiar. Y Nasir *debería*

encabezar la lista.

—Lo entiendo. No pasa nada —me sorprendí respondiendo.

Acomodé la mano en la cinturilla de mi pantalón con discreción. Por la humedad incómoda que sentía entre las piernas, al menos había tenido el detalle de dejarme las bragas puestas.

Lo miré de reojo. El collar de mi hermano se había escapado del cuello de su camisa y relucía en el centro de su esternón, justo como el mío en ese momento. Si bien apenas le presté atención; estaba demasiado centrada en cómo mantenía los ojos estratégicamente alejados de mí.

—¿Cómo te encuentras?

—Yo… —Solté el aire por la nariz, internándome en las sensaciones de mi cuerpo—. En la mierda. Pero creo que mejor.

Esbozó una sonrisa atractiva y calmada antes de alargar la mano y recogerme un mechón de pelo tras la oreja. Seguí la trayectoria de sus dedos por el rabillo del ojo y curvé los pies cuando la acarició con sutileza. Se demoró demasiado en retirar la mano, como si estuviese memorizando el tacto de mi piel o de mi cabello. Y me gustó. Me gustó tanto que la retuve con la mía, justo donde estaba.

Intercambiamos una mirada, nuestros cuerpos distanciados solo por ese montón de cojines alineados a la perfección. La atmósfera se cargó de una tensión placentera que me lamió la piel y me hizo friccionar los muslos. De pronto, estábamos demasiado cerca y demasiado lejos al mismo tiempo.

—Gracias —susurré.

Su mueca se ensanchó conforme negaba con la cabeza. Un mechón de su cabello albino cayó sobre su frente. ¿Protestaría si se lo acomodaba? No parecía haberse sentido incómodo con nuestra aproximación de hacía un rato, aunque tal vez ver tanta sangre le había hecho mantener la compostura y controlarse.

—¿Puedo? —Desenredó su mano de la mía con lentitud y señaló con la nariz mi abdomen.

Me recliné sobre los codos y subí el bajo del pijama sin atreverme a mirar. ¿Mi metabolismo habría logrado restaurar la piel quemada?, ¿o la cicatriz quedaría perenne, como la de mi brazo derecho? Otra marca como esa y no sería capaz de recomponerme.

Aguardé a que Nasir la examinase a conciencia. Pero no lo hizo, ni siquiera se movió un ápice.

—¿No querías comprobarla?

—Estoy esperándote.

Su respuesta me trastocó y lo miré con la boca entreabierta.

—Dime qué pinta tiene y luego la ojearé yo —le pedí tras un momento, notando un calor incómodo ascendiendo por el cuello.

Para mi sorpresa, no insistió.

Acompañé el descenso de sus ojos hasta mi abdomen, constriñendo las muelas por el temor que anidaba en mi pecho. Sus facciones no reflejaron nada al detenerse sobre la herida, ni bueno ni malo.

Me alteré.

—¿Se está curando o no?

—¿Te refieres a si te dejará marca?

Suspiré, cerrando los ojos con pesadez, y afirmé con la cabeza.

—¿Tanto te importaría?

Le lancé una mirada recelosa. Si le respondía con sinceridad, seguramente pensaría que me trataba de una mujer muy superficial. Aunque, ¿qué más daba? Ya me iba conociendo.

—Es pronto para saberlo —dijo cuando asentí. Me arrebató el bajo del pijama y me cubrió el ombligo—. Tu cuerpo se está esforzando por reparar todos los tejidos dañados, no solo este. Volviste llena de cortes y hematomas; al menos esos parecen estar desapareciendo sin dejar rastro. Tendrás que descansar más para ver cómo evoluciona.

—¿Eso quiere decir que tiene muy mal aspecto?

—Queen, no tienes nada de lo que avergonzarte. Y no me refiero solo a esa herida, sino también a la que te empeñas en ocultar. —Me tensé cuando me alzó un poco el brazo derecho. Si no hubiese sido por la forma en la que examinó el guante que lo cubría hasta encima del codo, con admiración y calma floreciendo tras sus pestañas, no hubiese resistido el impulso de ocultarlo tras de mí—. Sobreviviste a un dragón, al único existente en Irinea, la montura del mismísimo general de la Legión Ardiente. Esto es solo una muestra de quién eres y de tu fortaleza.

Me reí mentalmente. Esa quemadura era una evidencia de mi fracaso y un recordatorio de mis errores. No una muestra de *mi fortaleza*. La odiaba; me hacía acordarme demasiado de Virian, de cómo había muerto despedazado y con la columna partida por mi estrategia de mierda.

—Tú no lo entiendes —repliqué en un murmullo.

—¿Ah, no?

Se reclinó un poco y agarró el bajo de su camisa.

Por un momento, creí que se la sacaría por la cabeza y me regalaría una vista espectacular de su torso desnudo. Sin embargo, solo la subió un palmo para exponer su abdomen. Una cicatriz larga y amoratada recorría su vientre y se perdía por debajo de la cinturilla del pantalón.

—Se me salieron las tripas. —Lo miré de golpe, horrorizada—. La espada estaba impregnada en veneno de serpiente valynesa. Aún sigue dentro, por eso tiene ese color tan desagradable. Pero no me duele, no al menos si no la presiono. —Soltó la tela y esbozó una media sonrisa—. No eres la única que esconde cicatrices, Queen.

No me moví.

—¿Quién…?

—Allania. Es una larga historia.

Parpadeé aturullada. ¿Allania? ¿La mismísima regente de Icenen y aliada de Sombrael? ¿Cómo y cuándo Nasir se habría visto involucrado con ella?

—Serví en su corte —dijo, adelantándose a mi pregunta—. Junto a Sombrael. Ambos conocían mi mestizaje.

—¿Y por qué te hirió?

Jugó con los nudillos, abriéndolos y cerrándolos. Tuve que contenerme para no detener su jugueteo nervioso.

—La desobedecí. Y me castigó.

Me estremecí. Me sonaba demasiado esa historia; la había vivido en mis propias carnes durante los últimos seis años. ¿Esa herida ocultaría muchas otras, como las que escondía yo en mi interior? ¿Noches de humillaciones y palizas?

Constreñí la mandíbula, un fuego imprevisto en mi pecho.

—La cicatriz del bíceps, ¿también te la hizo ella?

Nasir apartó la mirada. Tardó en responder:

—No, fue Sombrael. ¿Recuerdas que formé parte de su círculo íntimo? Él fue mi tutor —me confesó—. Y me castigó por mi falta de… *cualidades*.

¿Sombrael había sido su tutor? ¿Ese malnacido?

Lo observé en silencio, sintiendo cómo la rabia me invadía de maneras desconocidas. No quería imaginarme cuánto dolor le habría infligido para marcarle la piel, ya que gracias a nuestro metabolismo, los brujos solíamos reparar los tejidos dañados sin dejar rastro. Para fijar esa cicatriz, le habría tenido que abrir la herida decenas de veces, posiblemente durante días consecutivos. Quizás incluso hubiese usado cobalto pyrense para entorpecer su curación.

El rostro de Dorian se coló en mis pensamientos revueltos. Allania, Sombrael y él eran la misma calaña. Hijos de puta peligrosos y letales, dispuestos a cualquier cosa con tal de conseguir sus más oscuros deseos. Dispuestos a torturar, asesinar y maltratar a sus propios aliados.

Sin esperarlo, un ramalazo de pánico me asaltó y me senté sobre las rodillas. Uno de los cojines se derrumbó cuando lo golpeé con la pierna sin cuidado.

—¡Si Sombrael se entera de que estás fingiendo ser él, te matará!

—No se enterará. Nunca.

Enmudecí ante sus palabras, aunque la cadencia de mis latidos no se aminoró.

Nasir chasqueó la lengua. Sus facciones reflejaban tanta letalidad que me estremecí. Enseguida me concentré de nuevo en nuestra conversación.

—¿Y cómo estás tan seguro? ¿Acaso lo… mataste?

Asesinar a un evocador era una tarea complicada. Había que exponerlos a la luz del sol al menos durante unos minutos, algo que implicaba acabar con sus recipientes físicos primero y procurar que no hubiesen sombras alrededor en las que pudiesen refugiarse. La mayoría de las veces, lograban escapar y ocultarse hasta anidar otro cuerpo físico. Solo cuando el ataque había sido medido con precisión, estableciendo un círculo de fuego pyrense a su alrededor para retenerlos, se conseguía acabar con uno de ellos.

Crujió los nudillos y la comisura de sus labios se curvó hacia abajo. Incluso me pareció advertir cómo los aros rojizos que colindaban con sus pupilas se ensanchaban ligeramente.

—No —gruñó, su tono cortante y glacial—. Pero ya no está aquí, en este plano. Así que, a todos los efectos, es como estar muerto.

—¿Tiene que ver con lo que me contaste de las vibraciones astrales?

Abrió mucho los ojos, como si pensase que me había olvidado de ese detalle. Esbocé una pequeña sonrisa de suficiencia.

—A veces te escucho —bromeé.

Se rio con tirantez y asintió.

—Los evocadores están atados a un plano astral —me explicó—. Es a donde viajan las

conciencias durante las evocaciones. Se trata de un mundo de sombras, cambiante y volátil. Él está allí, atrapado.

—¿Por eso Tristán no descubrió la farsa? ¿De alguna forma tu vibración y la suya quedaron fundidas cuando lo… llevaste allí?

Nasir tensó los hombros.

—Sí, eso es —respondió después de un pronunciado silencio—. Pero basta de hablar de esto, porque si puedes preguntarme sobre vibraciones astrales es obvio que te encuentras lo suficientemente bien como para explicarme qué pasó en los Archivos. Y también para decirme de una vez si puedo guardar las armas o continúo esperando a que nos asalten de un instante a otro.

Se dejó caer de espaldas y su capa se movió antes de ser aplastada por su peso. Cruzó los brazos detrás de la nuca, sobre el cabecero metálico y oxidado de la cama. Su camisa se subió unos milímetros por su abdomen, revelando apenas un dedo de su cicatriz. Era curioso cómo lo había visto sin camisa antes, pero nunca de frente.

Aparté la mirada cuando se acomodó y el somier emitió un siseo metálico.

—Fui a los Archivos a buscar información sobre ese tal Corazón de Zafiro. Después de varias horas sin leer nada interesante, decidí buscar la sección prohibida y entonces… vi a Tristán hablando con una escriba.

Sus hombros se elevaron.

—¿Él te hizo esto?

—No. Bueno, sí. No sé; me atacó y salté por la ventana.

Ladeó el cuello. Aunque peleaba por mantenerse bajo control, toda su expresión se había agriado.

—Explícate.

—Bueno —carraspeé, poniendo los ojos en blanco—. Me estaba acechando. Flotaba sobre mí y, de pronto, se precipitó. No sé cuáles eran sus intenciones, pero como entenderás, tampoco quería descubrirlas. Así que escapé por la ventana.

Emitió un sonidito bajo que no supe interpretar y me examinó de la cabeza a la punta de los pies, como si estuviese tratando de valorar de nuevo cada lesión debajo de mi pijama.

Esbozó una mueca frustrada y se rindió con el ceño apretado.

—Sombrael no lo dejaría pasar por alto —suspiró, pasándose una mano por el pelo.

—¿Qué quieres decir?

—Que posiblemente intentaría matar a Tristán.

Me moví sobre la cama con los ojos abiertos de par en par. Otro cojín salió disparado al suelo.

—¿Estás loco? ¡Es el regente!

—No voy a intentar matarlo. Aunque tampoco puedo no hacer nada. Es complejo y necesito pensar cómo actuar.

Enterré la cara en la montaña de cojines. Un jadeo agónico brotó de mi garganta al doblarme sobre mi abdomen herido.

—Deberías dormir —dijo tras un momento—. Mañana por la noche vamos al teatro.

Centrémonos en descubrir la localización de esos rebeldes. La fiesta de la Conquista es en apenas seis días y nos jugamos mucho.

Apoyé el mentón en las almohadas, aún con la cara medio enterrada. Tenía razón: nos jugábamos mucho. Mi libertad, entre otras cosas.

Dejé caer la frente otra vez y tomé una bocanada de aire para evitar pensar en Dorian y en su amenaza. Me fue tan difícil que opté por decir lo más estúpido que se me ocurrió:

—Me encanta tu fuerte.

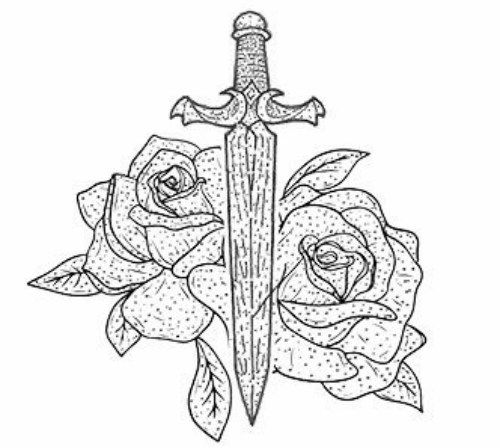
Maldita sea, ¿en serio acababa de decir *eso*?

Lo peor era que no mentía. Los cojines desprendían ese olor tan característico de él y, aunque no tenía sentido, me gustaba que hubiese cedido ante la idea de compartir la cama. Sonreí a escondidas, una diminuta parte de mí detestándome por comportarme así, y memoricé los matices de su perfume personal.

Cuando me erguí para tumbarme sobre el costado, con cuidado de no volver a apuñalarme sola de dolor, descubrí que me estaba observando en la tenuidad del dormitorio. Con intensidad.

—Y a mí —murmuró.

Después de eso, apenas pude dormir.



33

Esa noche ni siquiera me esforcé en erguir la espalda para mantener la distancia con Nasir. Más bien, me rendí a la dureza de su torso mientras montábamos sobre Ceniza en dirección al Teatro de las Olas.

Durante los primeros minutos de nuestro trayecto, me había repetido una y otra vez que era una cuestión práctica: hacía frío y, a pesar de la capa que me resguardaba de la brisa otoñal, las dos aperturas laterales de mi vestido no ayudaban a conservar el calor. Después, conforme nos fuimos adentrando en la ciudad, simplemente reconocí que me gustaba la sensación y me enterré más entre sus brazos. No protestó, ni siquiera cuando ronroneé, algo que me llamó la atención y me hizo mirarlo por encima del hombro.

Al llegar al teatro, Nasir desmontó con maestría y me tendió la mano para ayudarme a bajar. Eché un vistazo a la decena de valyneses que se apiñaba en la entrada y nos observaban con curiosidad. Fingí desagrado y entrelacé los dedos con los de él, procurando pasar por alto la firmeza con la que envolvió los míos.

Me apeé de un salto y reprimí un jadeo cuando la quemadura del abdomen me tiró por el esfuerzo. Me había atrevido a mirarla mientras me vestía y, para mi alivio, estaba casi sanada. Del resto de arañazos y moretones no quedaba ni rastro.

—¿Todo bien? —susurró, inclinándose sobre mi oído. Sus hombros anchos abarcaron mi visión.

Asentí, una calidez acariciando mi pecho, y me acomodé las aperturas del vestido bajo su atenta mirada. En cuanto terminé de ajustarlas a mis muslos, alargó la mano, atrapó el cinto de Infalible y lo centró con un tirón conciso. La punta de la funda quedó alineada con mi pierna expuesta, invitando a recorrerla con la mirada hasta mis botas altas de cordel. Justo como él estaba haciendo sin demasiada discreción.

Carraspeé, dando un paso más atrás, y ojeé otra vez a la multitud aglutinada en la entrada mientras me cruzaba de brazos. Apenas mantenían la boca cerrada, aunque no podía juzgarlos; no todos los días se veía a un evocador y a una bruja juntos.

Nasir me tendió el brazo con indiferencia, adoptando su papel de Sombrael. Parpadeé para despejar la mente, la mirada perdida en su bíceps, antes de rodearlo con mi mano enguantada y procurar mantener la atención en el frente. Todas las fibras de mi cuerpo suspiraron ante la dureza de sus músculos.

Me guió al interior del teatro, evitando la cola de valyneses que se aglomeraban frente a las escaleras parloteando como loros. Por suerte, no vi a Samara por ninguna parte. Casi seguro estaba ya en el palco, entregada a los labios de Ethan mientras Dryan contenía la respiración de mala gana a sus espaldas. Ojalá pudiese estar con él para distraerlo.

O para distraerme a mí misma.

Examiné el perfil de Nasir por el rabillo del ojo mientras me conducía hacia un pasillo lateral. Esa mañana me había despertado antes que él, sintiéndome descansada y en perfecto estado, y había descubierto que la mayoría de cojines de su fuerte habían terminado en el suelo y que mi sien estaba apoyada sobre su hombro.

—¿En qué piensas?

Su pregunta me sobresaltó y tropecé con el bajo de mi vestido. Aunque impidió que me cayese, solté una maldición ante el tirón ardiente que me apuñaló el abdomen. Ni siquiera el dolor despejó el rubor de mis mejillas.

—En nada —farfullé, recolocándome el escote pronunciado. Permaneció inmóvil hasta que terminé y retomó el paso—. Necesito preguntarte algo.

—Adelante.

—Es sobre nuestro… —¿qué?, ¿«trato»? Ni siquiera sabía cómo llamar a esa estupidez— pacto de «nada de contacto».

Rio por la nariz y su bíceps se contrajo bajo mis dedos.

—Anoche no lo cumpliste. Cumplimos. De hecho, me rajaste la ropa y me desnudaste para ponerme el pijama.

—Estabas desangrándote.

—Pero dijiste que tocarnos era peligroso, que podría descontrolarnos y conllevar que cerrásemos el vínculo a través de una segunda evocación.

Se detuvo al alcanzar las escaleras solitarias del fondo, sus facciones endureciéndose. Me miró con pesadez, con un brillo en las pupilas que no supe descifrar.

—¿Te di miedo?

Abrí la boca.

Oh. Oh, mierda. ¿Eso creía que estaba intentando decir?

—No me refiero a eso…

—Porque jamás hubiese actuado como anoche si hubiese tenido una mínima duda sobre mi autocontrol.

—No me asustaste —repetí, soltándome de su brazo para enfrentarlo—. Ni siquiera cuando podrías haberme hecho puré el corazón con tu magia, ¿de acuerdo? Y tal vez eso indica lo mal que estoy de la jodida cabeza, pero es la verdad.

Nasir apretujó la mandíbula, abultándola. Sin embargo, sus hombros se hundieron un poco. Lo interpreté como una buena señal y suspiré, apoyando las manos en las caderas.

—Quiero saber por qué reconsideraste la idea de compartir la cama a pesar de nuestro trato.

—No implicaba contacto —se limitó a responder, encogiendo los hombros.

Puse los ojos en blanco.

—¿*Por qué*?

—¿«Por qué»? —No me acobardé cuando dio un paso al frente para acotar nuestra distancia. Tampoco cuando alzó la mano, estiró los dedos y me acarició el hueco de debajo de la oreja, descendiendo poco a poco—. ¿Qué sientes si te toco así?

Cerré los ojos y me mordí el labio para contener un gemido. No quería que parase nunca.

—¿Es algún tipo de pregunta trampa? —murmuré sin apenas aliento. Sus dedos ascendieron hasta mi mandíbula y su pulgar trazó cada uno de mis ángulos antes de rozar mi labio inferior. Perdí el sentido de la realidad un instante y casi estuve a punto de perder el control de las rodillas también.

—Querías respuestas, así que contesta.

Dejé caer las manos de mis caderas, laxa y a la vez ansiosa por tomarlo del cuello de la túnica y explicarle lo que sentía a mi manera.

—Me gusta. Mucho. —Solté un improperio en voz baja cuando emitió un gruñidito sensual que me recordó al chocolate caliente—. Quiero que sigas.

—¿Y cómo estás segura de eso? ¿De que todo lo que sientes no tiene que ver con lo que pasó entre nosotros en Palacio?

Chasqueé la lengua cuando alzó un poco mi mentón y abrí los ojos. Me estremecí ante la intensidad de su mirada borgoña, fija en mi rostro. Parecía estar memorizando cada pequeña expresión, disfrutando de mi propio placer.

—No… no lo sé. Supongo que han pasado muchos días y, si esto fuese por la evocación, ya estaría sobre ti, rogándote mandar todo a la mierda y cerrar ese vínculo.

«O tal vez sí lo sé y solo estoy fingiendo que no para justificar lo mucho que te deseo. Porque no debería hacerlo, porque me asusta hacerlo después de Jayde».

Mi susurro finalizó con un gemido cuando se estremeció. Me arqueé sin poder evitarlo, pidiéndole en silencio que continuase acariciándome. Correspondió jugueteando con mi labio, tirando un poco del centro para abrirme la boca.

Me temblaron las piernas; si seguía así, no llegaríamos al palco.

—¿Y tú? —jadeé—. ¿Qué sientes cuando me tocas así?

Soltó el aire abruptamente, como si lo hubiese abofeteado. No obstante, no dejó de tantear mi labio, enloqueciéndome.

—Siento que podrías reducirme a cenizas. Y aun así, te deseo.

Dejé de respirar y retorcí mi vestido con brusquedad.

—¿Eso quiere decir que sigues bajo los efectos de la evocación? —murmuré, incapaz de dejar de mirarlo.

Esbozó una media sonrisa contenida.

—Cuando tú lo sepas, yo lo sabré.

Retrajo la mano, lentamente, y protesté con un gruñido bajo. Sin embargo, esa vez no cedió.

Me tendió el brazo dejando ir el aire poco a poco por la boca. Tuve que tomarme un

momento largo para aquietar mi corazón y agarrarlo de nuevo.

Mientras ascendíamos por las escaleras, no dejé de pensar en lo que había dicho. Y, sobre todo, en lo que no había dicho.



El palco era estrecho pero lujoso. Alguien había depositado una botella de vino rosado y dos copas de plata, además de unos pastelitos que todavía humeaban y desprendían olor a vainilla y chocolate. Un ramillete de crisantemos permanecía sobre la mesa, decorado con insignificantes cristales que centelleaban bajo la luz atenuada del teatro. Las ganas de cogerlo y olfatearlo me hicieron cambiar el peso de pierna.

—Queen —me advirtió Nasir, indicando con discreción el palco de Palacio.

Cualquier sensación agradable murió en cuanto mis ojos se cruzaron con los de Tristán. ¿Qué hacía él allí?

A pesar de la extensa distancia que nos separaba, alzó la copa que sostenía en la mano a modo de saludo y agachó un poco el mentón. El anillo de vanadio relució como una gota de sangre nueva en su dedo anular, justo como sus malditos ojos teñidos de borgoña. Apreté los puños para mantener la compostura y me acerqué a Nasir.

—¿No deberíamos estar allí, con él y los otros? —pregunté, refiriéndome a los dos evocadores que chismorreaban sin ningún pudor sobre nosotros a sus espaldas—. No es que me apetezca en absoluto, pero…

—No. Sombrael no era conocido por ser sociable ni siquiera entre los suyos; solo con Allania. Sería más sospechoso estar allí que aquí. Y más después de lo que sucedió ayer, porque estaría furioso con Tristán.

Se sentó en el sillón y atrapó uno de los pastelitos entre el pulgar y el dedo medio. Se lo llevó a la boca, si bien antes de que sus labios rozasen el bizcocho, se lo pensó dos veces y me lo ofreció con las cejas enarcadas. Decliné con la cabeza. Tenía el estómago encogido.

Se lo comió de un bocado y cogió otro, todavía masticando.

—¿No me digas que eres un amante de los dulces? —pregunté para distraerme. Era difícil notando la atención de Tristán fija en mí.

—Mis favoritos son los de limón —reconoció, acomodándose en el sillón y acercándose el segundo pastelito a los labios—. Pero estos no están mal.

De repente, se quedó inmóvil, su mirada perdida en dirección al palco real. Le dedicó una sonrisa maliciosa a alguien, supuse que a Tristán, y entonces lo engulló.

—Siéntate. Estás llamando la atención.

Exhalé, procurando relajar la musculatura y erguir la espalda. Agarré el segundo sillón para arrastrarlo unos centímetros hacia atrás. Lo habían situado tan próximo a la baranda que apenas quedaba espacio para estirar las piernas.

—Ahí no. —Nasir alargó el brazo y atrapó mi muñeca. Me lanzó una mirada elocuente y señaló hacia sus muslos con la barbilla—. Aquí.

El corazón me pellizcó al deslizar la atención a sus pantalones de cuero. Le sentaban muy bien, adaptándose a cada curva de sus piernas entrenadas. Además, si me sentaba sobre él con ese vestido, sentiría todos sus malditos músculos en mis nalgas. Y ya había sido demasiado lo que había sucedido en las escaleras.

Me senté de medio lado a regañadientes, cruzando los brazos sobre el pecho, sin saber muy bien dónde colocarlos. Sentada así, apenas faltarían un par de dedos para que pudiese ver mi ropa interior por el lateral del vestido.

—¿Cómoda?

Tardé un instante en apartar la mirada de mi muslo en contacto con el suyo.

—Casi todo lo que puedo encima de un hombre.

—Muévete, entonces.

—Puedo ponerme a horcajadas, si quieres.

Mi comentario lo tuvo que pillar desprevenido, porque se atragantó con su propia saliva. Me reí entre dientes. Aunque no había sido mi intención sonar tan sensual, me resultaba extremadamente placentero verlo ruborizado y peleando por recuperar la compostura como si su atragantamiento hubiese sido casual.

—No creo que Sombrael se sonrojase por un comentario tan inocente —me burlé, inclinándome para alcanzarle una copa de vino y hacer algo con las manos. Me la quitó y apuró hasta la última gota antes de lanzarme una mirada acusatoria—. ¿Hum?

—Tú no tienes nada de inocente.

Me encogí de hombros y ensanché mi mueca. A quién pretendía engañar: los escándalos habían sido lo mío en Denesse y Nasir lo sabría tan bien como cualquiera que hubiese oído hablar de Khasil Silver.

Abrió un poco las piernas y mis nalgas se hundieron en él, justo como había temido que pasara. Por inercia, mi atención resbaló hacia su vientre, en contacto con mi cadera, y el recuerdo de su cicatriz me asaltó. Me distancié para no presionarla.

—No me duele —dijo al percatarse de mi gesto—. Y a no ser que estés planeando pegarme un puñetazo en el vientre, no hace falta que seas cuidadosa.

—¿Quién te dice que no lo esté haciendo?

Aleteé las pestañas con castidad y resopló por la nariz, divertido. Algo en su expresión condujo mi atención a su boca entreabierta, a sus dientes blancos y perfectos. Hacía apenas un par de noches, esos dientes habían mordisqueado mis nudillos.

Carraspeé para aplacar la sensación acalorada de mi cuello y me centré en mantenerme distanciada de su vientre a pesar de todo.

—Tu amigo está allí —me indicó tras un momento—. Creo que intenta matarme a base de miraditas.

Lancé un vistazo discreto hacia el palco de los Yadav. Efectivamente, Dryan se mantenía de pie detrás de Samara con el rostro ceñudo y cubierto de carmesí. Estaba tan rígido que ni siquiera parecía estar prestando atención a la mala cara de Samara ni a la cháchara acelerada de Darsha y Ethan. Un poco más y se habría mimetizado con su lanza valynesa.

—¿Qué haces? —reprendí a Nasir al ver cómo le dedicaba una sonrisa pérfida.

Alzó una ceja y me observó de reojo.

—Espera ver a un capullo —comentó, aún con esa sonrisa prepotente que mostraba los dientes—. No puedo decepcionarlo.

Un pellizco tiró de mi estómago.

—Para —protesté.

Él exhaló demasiado cerca de mi oreja, fingió bostezar y apartó la mirada como si toda esa situación le resultase soporífera. Un capullo en toda regla.

Me incliné un poco sobre la barandilla y ojeé el patio de butacas. Esa noche estaba a rebosar.

Di un brinco cuando la mano de Nasir se escurrió por mi muslo y lo apretó con sutileza. Gemí bajito y me recliné contra él, lista para soltar un comentario malicioso. Pero olvidé lo que iba a decir al ver su expresión distante y sus ojos clavados lejos de mí.

—Hermano.

Cada terminación de mi cuerpo se puso en alerta al ver a Tristán descorrer la cortina de nuestro palco.

—¿Os importa? —preguntó, intercambiando una mirada rápida entre nosotros y la butaca libre—. Siempre que tu brujita no se lance al vacío, claro.

Nasir lo fulminó con la mirada, emitiendo un gruñido que, en cualquier otra circunstancia, me hubiese hecho salir corriendo. No obstante, Tristán desplazó el sillón y se acomodó con una exhalación, levantando las piernas y apoyando las botas en el pretil. La túnica hilada en dorado y rojo se arrugó sobre su estómago plano. No me extrañó descubrir su cinturón vacío; los evocadores pocas veces iban armados y la mayoría de las veces era durante el día, cuando no podían volatilizarse bajo el sol. Era la principal razón por la que Nasir dejaba sus espadas gemelas de cara al público y optaba por cuchillos discretos bajo la ropa.

Pero la esfera que se entreveía en su bolsillo, con sus destellos plateados sobre la superficie azabache, *sí* captó toda mi atención. El regente llevaba la brújula encima, de nuevo, casi como si no pudiese despegarse de ella.

Aparté la mirada antes de que se percatase de que la había visto.

—Sombrael —saludó, atrapando uno de los bizcochitos con aire relajado—. Venía a disculparme contigo.

Fui incapaz de contener una carcajada sarcástica y un mechón de mi cabello suelto se resbaló entre mis pechos.

Tristán desvió la atención hacia mí.

—Oh, *Queenie*. No seas tan rencorosa; fue un malentendido inocente.

—¿*Malentendido*?

—Te asustaste demasiado —dijo, y le dio un mordisco al pastel—. Ya sabes cómo es la gente, Sombrael; ven a un evocador jugando, entran en pánico y acaban haciendo idioteces. Te juro que no tenía intenciones de lastimarla. Solo quería disfrutar un poco de lo bien que huele. Es un aroma… singular.

Nasir echó la espalda hacia atrás y me fundí más contra su musculatura. Había algo de reconfortante en esa posición. Su mano seguía ahuecada sobre mi muslo, posicionada lo bastante

baja como para no incomodarme pero lo suficiente visible como para que Tristán no la ignorase. De hecho, el regente la miraba de soslayo con una mueca divertida mientras se sacudía las migajas de los labios.

—Dime, ¿puedo hacer algo para solucionar este percance? —le preguntó, apoyando los codos en las rodillas e inclinándose hacia nosotros. Por mucho que lo detestase, sus facciones eran insoportablemente atrayentes, como un fruto jugoso cargado de veneno—. No me gustaría que esto suscitara problemas con Allania.

—A no ser que quieras cederme el contrato de la bruja de forma permanente, largarte sería un buen comienzo —respondió, y elevó un poco las piernas para ceñirme más contra él. La apertura que revelaba mi muslo se ensanchó con el desplazamiento y Tristán echó un vistazo desinteresado a mi piel—. Estaba ocupado.

Nasir empezó a tamborilear en mi pierna, un toqueteo rítmico y sensual que me hizo maldecirlo por dentro, y el evocador jugueteó con la lengua.

—Así que las viejas costumbres siguen a la orden del día; tú y tu gusto por los brujos. No te negaré que me parecen deliciosamente fascinantes. Y mucho más interesantes que los humanos. —Se rascó la barbilla, cavilando con un brillo divertido tras las pestañas—. No puedo ceder a tu petición, eso comprometería mi relación con Yadav y, por consiguiente, con Nirav. Pero… se me ocurre otra cosa. —Sonrió con malicia—. ¿Te he contado que tenemos invitados especiales en Palacio, Sombrael?

Intercambié una mirada efímera con Nasir, notando cómo se me dilataban las aletas de la nariz.

—¿«Invitados especiales»?

Tristán amplió su mueca, satisfecho por haber captado su atención.

—Dos amiguitos de Queenie; brujitos entrometidos y malhablados que encontramos merodeando los canales sin el permiso de Palacio —dijo en voz baja, como si fuese un secreto entre los dos—. ¿Qué te parecería pasar un rato a solas con ellos? Son un encanto, sobre todo el mayor.

—Eres una puta sanguijuela de mierda.

Nasir y Tristán me miraron a la vez, sorprendidos por mi intervención. Nasir gruñó con rudeza, pero Tristán estalló en carcajadas tras un momento.

—Discúlpate ante el regente —vocalizó Nasir, observándome con fijeza—, *ahora*.

Agaché la cabeza, furiosa.

—*Ahora*. —Atrapó mi mandíbula y me obligó a levantar la cara.

En ese momento, era él, Sombrael. Ese evocador de mierda, frío, altivo, peligroso. Lo detestaba.

—¿No me estoy explicando bien, bruja? —siseó, irguiéndose más—. ¿O es que necesitas que te lo explique de otra jodida forma?

—Mis disculpas, Su Excelencia —cedí, apartando la barbilla con fuerza y con un gruñido rabioso.

—Bien —exhaló Nasir, acomodando la mano de nuevo en mi muslo—. No olvides tu posición en todo esto.

—¿Debajo de ti?, ¿o mejor encima? —bromeó Tristán—. Los brujos tienen fama de conseguir que las aburridas labores de dormitorio se vuelvan, al menos, un poco entretenidas.

Su comentario me hizo resoplar, enfadada, aunque Nasir rio por la nariz. Al momento, retomó el ritmo de sus dedos. No se me pasó por alto el compás delicado y cauteloso, tan suave que supe que era su manera de disculparse.

Al ver que no contestaba, Tristán se reclinó en la butaca con una mueca satisfecha y preguntó:

—Entonces, ¿aceptas mis disculpas?

Nasir exhaló, fingiéndose aburrido.

—Está bien. Tráelos a la fiesta de la Conquista para que me divierta con ellos.

Le lancé una mirada recelosa que ignoró. ¿Qué estaba tramando?

—Hecho. —El regente sonrió de medio lado, su mirada borgoña entrecerrándose—. Siendo sincero, no estaba seguro de que pudiese interesarte. Después de la brujita esa de la guerra, pensé que te habrías cansado.

Los dedos de Nasir se detuvieron de golpe. Lo observé de refilón, advirtiendo en el fondo de sus ojos una cólera helada.

—¿Quién?

—No hace falta que disimules. Los rumores llegan a los oídos de los que están dispuestos a escuchar. Y yo siempre lo estoy —explicó—. ¿Cómo decían que se llamaba? ¿Kyrene?, ¿Rylene…?

—Ni me acuerdo.

Su respuesta sonó aburrida y afilada, pero Tristán insistió:

—¿No? Fueron casi ocho años vinculados; pensaba que al menos te acordarías de la madre de tu bastardo.

¿*Qué cojones*? ¿Sombrael había tenido un…?

Apenas contuve el impulso de girarme hacia Nasir para pedirle explicaciones, pero entonces una corazonada me instó a callarme y a mirarlo en detalle. Por la forma descarada en la que evitó mis ojos, casi como si le diese vergüenza, no necesité nada más para saber que mis sospechas eran ciertas.

Porque él no solo había sido el tutelado de Sombrael, como me había revelado en la privacidad de nuestro dormitorio.

Él era su hijo.

—¿Por qué debería acordarme de ella? No sirvió para lo que la quería.

Tristán frunció el ceño.

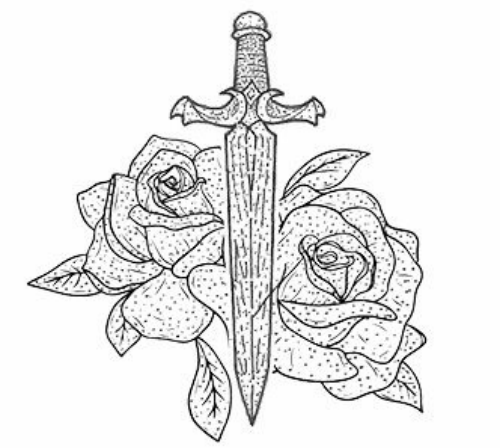
—Me temo que era una idea demasiado ambiciosa concebir un mestizo, aunque admiro tu insistencia en las obligaciones de dormitorio. Los brujos están hechos para procrear entre sí y aun así son… —observó mi vientre con cierto desagrado, ladeando el cuello— bastante infértiles. Ya es sorprendente que llegase a parir a ese engendro como para que además hubiera nacido vivo.

Clavé la atención en mis botas altas, procurando mantener la expresión relajada a pesar del bombeo angustioso que embotaba mis oídos. Sombrael no solo se había vinculado a una bruja; la

había violado, posiblemente durante años, en busca de un mestizo. Un mestizo sobre el que estaba sentada y que los evocadores daban por muerto.

La luz se atenuó, señalando el inicio de la obra, y Tristán se reclinó como un gato adormilado. Intercambió una mirada entre nosotros, paseándola por nuestros cuerpos en contacto, y esbozó una sonrisa perezosa mientras cruzaba las manos sobre el abdomen.

—Aunque, quién sabe —canturreó a media voz—; si consigues quedarte con Queenie, quizás tengas más suerte esta vez.



34

Abandonar el palco fue como una bocanada de aire fresco. Me marché con la excusa de ir al servicio en cuanto el teatro volvió a iluminarse, aunque el eco de la conversación entre Tristán y Nasir me acompañó todo el camino. Me inquietaba dejarlos solos, y, por mucho que estuviese intentando centrarme en la sensación de alivio que recorría mi estómago, mi mente escapaba una y otra vez hacia lo que había descubierto.

Nasir era el hijo de Sombrael. Casi no podía creérmelo.

Tuve que haber indagado más sobre su mestizaje cuando lo conocí, aunque todavía me costaba asimilar que poseía sangre de evocador y brujo como para haberme planteado averiguar más detalles. Que él estuviese allí, vivo y respirando, era sorprendente a la vez que aterrador. Los brujos solo concebíamos al emparejarnos y, como había dicho Tristán, apenas éramos fértiles. Entonces, ¿cómo Sombrael había engendrado un hijo con una bruja? Un hijo que me había salvado la vida la noche anterior y con quien había compartido la cama.

¿Y dónde me situaba a mí todo eso? No odiaba a Nasir, por mucha ¿sangre?, ¿esencia? de Sombrael que fluyera en su interior, ni siquiera lo temía. Maldita sea, lo deseaba, me gustaba estar cerca de él, incluso su humor de mierda me parecía divertido. Y tal vez todo se debiese al influjo de la evocación, pero, en el fondo, yo sabía que lo que había sentido la noche anterior al verlo armado, dispuesto a buscarme, sobrepasaba esa excusa.

«… los brujos siempre cuidan de los suyos. Y yo no pienso faltar a ese principio ni ahora ni nunca… No mientras tú me lo permitas».

Aún estaba a tiempo de impedírselo. Aún podía echarme atrás y frenar lo que estuviese surgiendo entre los dos. Sabía cómo construir muros para que los demás no se acercasen a mí, cómo mantener mi corazón a buen recaudo, porque me había especializado en protegerme para que nadie me volviera a dañar. Solo necesitaba alcohol barato, drogas y una buena dosis de rencor hacia la vida. Y contaba con los tres.

Pero no quería. No quería huir; no quería impedírselo.

Quería que permaneciera a mi lado, sin escudos.

Alcé la cabeza al percibir unos pasos acelerados ascendiendo por las escaleras; con un empujoncito del hombro, me separé de la pared en la que había estado apoyada y me acomodé el vestido. Sonreí al ver al capitán de la guardia apareciendo por el final del pasillo con el cabello revuelto.

—Perdón por la espera. —Se sacudió las manos sobre la pechera del uniforme—. Samara no se encuentra muy bien esta noche, he tenido que acompañarla a tomar el aire. Ya sabes, su sangrado.

Torcí el gesto, recordando la expresión de la valynesa al principio de la obra. Lo cierto era que había estado demasiado rígida y seria.

—Qué orgullosa es.

—Lo sé —suspiró, la exasperación atada a su garganta—. Apenas puede caminar sin jadear, ni siquiera con sus medicinas. Casi le he suplicado que nos quedásemos en casa, pero se ha empeñado en decir que tiene una imagen que mantener y… aquí estamos.

Se llevó la mano al tabique nasal, cerrando los ojos un instante antes de percatarse de mi vestido. Ladeó el cuello y lo examinó con la mirada entrecerrada antes de apretujar los labios.

—Qué uniforme más *práctico* —rezongó. Desde la distancia entre nuestros palcos, apenas habría podido distinguir todos los detalles—. Tu señor tiene que estar disfrutando las vistas.

Resoplé por la nariz, fingiéndome tan irritada como él por el conjunto, y acomodé la escasa tela. Con una exhalación enfadada, se volteó y me pidió que lo siguiera con un aspaviento de la mano.

Me guió por el pasillo y después giró hacia la derecha, hacia una bifurcación discreta que solo podía conducir al área de los trabajadores. Se detuvo frente a una cortina de terciopelo que ocultaba una puerta y, con un empujón de su hombro derecho, la abrió.

Examiné el cuarto de escobas antes de cruzarme de brazos y lanzarle una mirada pícara.

—¿Qué?

—Así que este es tu cuarto de los ligues —canturreé.

—No digas tonterías. —Apartó la mirada de mí, ruborizándose—. Soy un capitán de la guardia. Necesito estar al tanto de cualquier recoveco útil o peligroso.

Entorné los ojos con malicia.

—Ya.

—*Queen*.

—Con razón no traías compañía a casa. —Pasé la mano por la única estantería que había y analicé el espacio reducido. No es que hubiese ninguna superficie donde apoyarse, aparte del suelo o la pared—. Pensaba que eras más romántico, en plan de cama y velitas. No de follar de pie y…

—¡*Queen*!

Le sostuve la mirada solo por el placer de ver cómo sus mejillas se arrebolaban hasta límites sobrehumanos. Jamás lo había visto tan rojo.

Me mordí la mejilla por dentro para contener la risa, sin demasiado éxito.

—Vale, solo lo comentaba por si querías algún consejo. Soy una experta en posiciones complicadas.

Le guiñé el ojo, y él se tapó la cara y exhaló con sonoridad.

—Brujos…, menudos pervertidos.

—Humanos…, menudos hipócritas.

Separó los dedos para mirarme, una sonrisa peleando por abrirse paso en su boca. Rio por la nariz y, de repente, me dio un abrazo. Sonreí a escondidas al percibir el olor a mantequilla que desprendía su uniforme. Y a lavanda.

—Al menos, tu *magnífico* humor me confirma que estás bien —suspiró, soltándome y retrocediendo para brindarme espacio.

Le dediqué un bailecito de hombros.

—¿Lo dudabas? —Apoyé el trasero contra la estantería y me miré las uñas de la mano izquierda. Me las había pintado del mismo tono que el vestido; aun así, entreví unos restos áureos de esa mañana. Las escondí con discreción antes de que Dryan se percatase—. ¿Has averiguado algo, *capitán*?

Ante mi pregunta, soltó el aire y se apoyó en la pared, flexionando una rodilla. Cualquier rastro de diversión se esfumó de su expresión cuando adoptó la actitud propia de su puesto.

—Seguimos sin descubrir nada del paradero de los rebeldes —reconoció—. Pero he contactado con todas mis fuentes, incluso con las de fuera de la ciudad, y parece ser que el movimiento rebelde se ha reactivado en todas las capitales: Ciudad Helada, Roshan y Cynaeus han sufrido múltiples ataques en los últimos días. Y todos, bajo el mismo emblema del sol coronado.

—Eso es…

—Peligroso. Jodidamente peligroso.

Ojeó un segundo la estantería, mordiéndose la mejilla por dentro.

—Y lo peor es que nos han robado toda la información que tenía recopilada en el despacho de Dorian.

El corazón me dio un pellizco doloroso. Esos informes que buscaba seguían en El Tiburón Añil, expuestos sobre la mesa que compartíamos Nasir y yo y repletos de nuevas anotaciones. Ni siquiera había valorado devolverlos después de lo sucedido en Palacio.

Apreté el ceño, fingiéndome aturdida, y pregunté:

—¿*Esos* informes? —Asintió casi con vergüenza. Joder, era la peor amiga que alguien podía tener—. ¿Y cómo sabían de ellos?

—Supongo que, dedicándonos a cazarlos, no era difícil que concluyeran que guardábamos información sobre ellos. Pero lo que realmente me preocupa es cómo sabían la ubicación exacta de los papeles y cómo se colaron en la Casa Dorada sin que nadie los interceptase —reconoció, juntando las cejas—. He doblado los turnos de vigilancia desde hace días y ninguno de mis hombres ha visto nada.

Aunque no lo dijo en voz alta, supe lo que estaba valorando: que tal vez había un infiltrado en la Casa Dorada.

Me apresuré a cambiar de tema antes de que ese pensamiento enraizara demasiado:

—¿Crees que estamos ante los inicios de una nueva guerra?

Tragó saliva, abriendo sutilmente los ojos con preocupación.

—Me temo que podría ser —murmuró—. Una donde todos los rebeldes se hubiesen unido bajo el mismo líder.

«Corazón de Zafiro».

Enredé el índice alrededor de la cadena de mi collar y le di un par de vueltas rápidas.

—¿Y has averiguado algo sobre ese líder?

Dryan negó con la cabeza, curvando las comisuras de los labios hacia abajo.

—Demasiado poco como para considerarlo información veraz, aunque lo único que sé con certeza es que no se trata de Delfín. Por mi experiencia, los grupos rebeldes funcionan con sus propios cargos, así que es muy posible que él sea un cargo intermedio —explicó—. Pero he averiguado algo relacionado con el emblema. Y es algo que… no sé cómo interpretar. Ni siquiera he querido comentarlo con Dorian aún.

Tiré más fuerte del colgante.

—Verás, el sol fue uno de los primeros símbolos asociados a los Vanisha —dijo—. Es muy antiguo, data de los inicios de la era de los Reinos Antiguos, cuando solo los humanos habitaban Irinea. Y se empleó durante tan pocos años que incluso algunos historiadores lo omiten en sus libros y solo nombran las tres serpientes.

—¿Hum? —Fruncí el ceño—. Pero eso no tiene sentido. Aparte del emperador Nirav, no hay más Vanisha, ni siquiera lejanos; él se encargó de ellos cuando ascendió al poder.

—Exacto. Y sus hermanas, Asha, la difunta emperatriz, y Nisha, murieron durante la Gran Guerra sin descendencia. —Se llevó los dedos al tabique nasal—. Tal vez… Tal vez solo es una casualidad. Si no hubiese sido por los libros antiguos que guarda Dorian en su librería personal, ni siquiera hubiese podido descubrir esa información. Además, ¿qué probabilidades hay de que los rebeldes conozcan ese dato valynés? Lo más seguro es que se trate de una coincidencia.

Asentí, cambiando el peso de pierna. Dryan tenía razón, aunque igualmente se lo comunicaría a Nasir.

—¿Y la corona? ¿Qué significa?

Dryan dejó más peso contra la pared y bajó la pierna para cruzar un tobillo sobre el otro. Un rizo despuntó sobre su frente.

—Puede haber múltiples interpretaciones. Algunos textos la relacionan con el poder, lo sagrado… Otros con la verdad, la herencia… Es difícil escoger solo un significado.

Exhaló y apretó los brazos contra el pecho, visiblemente cansado, y preguntó:

—¿Ese capullo de mierda y tú habéis avanzando en algo?

La garganta me dio un tirón.

—La verdad es que no lo sé. Yo finjo ayudarlo para que esté satisfecho, pero él desaparece la mayor parte del tiempo. Y las pocas veces que coincidimos, no me cuenta nada de sus avances. Supongo que no se fía de mí —mentí—. Aunque… —Me di un golpecito con el dedo en el labio—. Me pareció leer en sus anotaciones algo sobre un zafiro. ¿Has escuchado algo al respecto?

—¿Sobre un zafiro? —Abrió los ojos, escéptico. Al instante, emitió una risita baja—. Tal vez esté más interesado en un orfebre que en localizar a esos rebeldes. ¿Estará pensando en regalarse un caprichito por ser tan fantástico, tal vez?

Me reí ante su ironía y le di un golpe en el hombro. Él soltó un improperio bajo, enseñándome los dientes con una sonrisa.

—Por lo visto, estoy condenada a servir a hijos de puta que se enamoran de cualquier artefacto que brille y… —El corazón me pellizcó y se me trabó la lengua. Apenas tardé un pestañeo en preguntar—: ¿Dorian sigue tras la brújula de El Insumergible?

Me arrepentí nada más preguntar, porque Dryan me miró con extrañeza antes de asentir.

—Está siendo muy insistente para que me haga con ella ahora que tú no estás —reconoció con hastío.

—¿Y estás trabajando en ello?

—¿*Qué*? ¿Tú qué crees? —gruñó, lanzándome una mirada anonadada—. No. Estoy preocupado por ti, no por una brújula de mie…, bueno, *una brújula*. Además, ¿ha perdido la razón? La brújula está en manos del *regente* —vocalizó—. Si el emperador se entera de que le robamos a uno de sus representantes, Dorian acabará en un foso de serpientes. Y yo también.

Sus mejillas empalidecieron, pero zarandeó la cabeza para apartar la idea.

—¿Por qué lo preguntas?

Jugué con mi collar mientras la tensión se me acumulaba en los hombros. ¿Debería contarle lo que había visto en los Archivos?, ¿cómo Tristán parecía estar intentando averiguar más cosas sobre la brújula a cualquier precio?

—Nada —intenté retractarme—. Dryan, prométeme que no participarás en eso. Si Dorian pierde mucho la cabeza e insiste, acude a Sages.

—¿A ese falsificador egocéntrico?

Me fulminó con los ojos por encima de la nariz, entornándolos con sarcasmo.

No podía replicarle; Sages era un capullo. A vista de todos, regentaba una tienda de oro y prestaciones en el Barrio Alto, y tenía tan buen ojo valorando objetos que en alguna ocasión Dorian lo había contratado para que tasase alguna de sus mercancías robadas antes de venderla en el mercado negro.

Pero, por debajo de esa tapadera, Sages se había ganado fama de ser un falsificador excepcional entre la chusma. Algo que él negaría ante los guardias y de lo que presumiría ante cualquier delincuente lo suficientemente rico como para pagar su tarifa. Según le gustaba contar, su talento excepcional se debía a que «apuntaba para alquimista», pero la guerra le impidió encontrar la Torre de la Niebla y formarse en ella.

—Págale y que te haga una imitación. Dorian no tiene por qué enterarse.

—No, qué va. Solo se enterará cuando en el mercado negro se den cuenta.

—¿Y? ¿Qué culpa tendrás si resulta que la brújula es una imitación? Nunca hubo nada que le confirmase a Dorian que era original. Tú solo cumpliste y se la diste. Ni siquiera tiene por qué saber que Tristán la tiene… Invéntate alguna estupidez y dile que conseguiste robársela al regente. O mejor, que el regente perdió el interés en ella y se la devolvió a Claeys. El resto es fácil de dilucidar.

Soltó una risita irónica y se apartó un rizo de la frente.

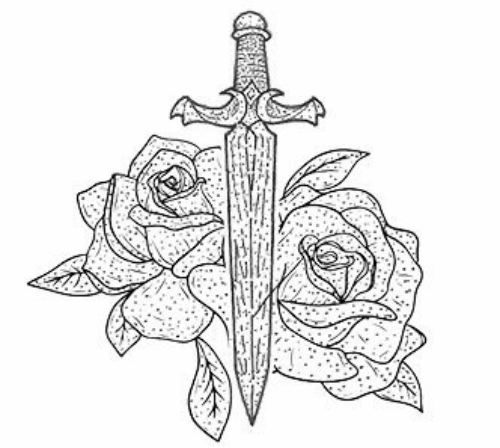
—Queen…

—Dryan, por una vez no seas honorable, ¿quieres? Resuelve este problema en silencio y sin

meterte en líos. El regente es peligroso y…

No logré terminar la frase.

De pronto, un estruendo sacudió los cimientos del teatro y caí al suelo sin control.



35

Un pitido me martilleaba los oídos mientras me erguía sobre los codos a duras penas para evaluar la situación.

Dryan había perdido pie y se había encajonado entre la puerta y la estantería, que se había desplomado hacia delante contra la pared. El capitán se sujetaba las sienes con el cabello desgreñado y cubierto de arenilla, afortunadamente ileso. En cuanto recuperó un mínimo la orientación, se sacudió los rizos y se puso de pie sin despegarse de la pared.

Tomé su mano cuando me la cedió.

—¿Qué…?

Me levantó de un tirón y, con dos zancadas un tanto desequilibradas, abrió la puerta. Se quedó en el sitio al percibir los gritos provenientes del piso inferior y me echó un vistazo por encima del hombro. Su expresión desubicada dejó paso al más puro horror. No por él, no por el ataque, ni siquiera por el pánico que envenenaba el ambiente: era Samara la que le impedía respirar con normalidad. Y su cuerpo reaccionó por sí mismo.

A pesar de que estaba segura de que habría dado la orden de custodiarla mientras se ausentaba, desenfundó la daga curva de su cinto y salió corriendo hacia las escaleras, preparado para llegar hasta ella y sacarla del teatro costara lo que costase. Lo seguí, todavía un poco atolondrada; desenvainé a Infalible y la posicioné a la altura del pecho. Casi había alcanzado las escaleras cuando varios enmascarados emergieron de ellas y le cortaron el paso.

Degolló al primero y agachó el cuerpo para evitar la embestida del segundo al tiempo que lo golpeaba con la pierna para desequilibrarlo. El atacante cayó de culo, y Dryan aprovechó para retener la estocada de un tercero y propinarle un puñetazo violento que le rompió la nariz. Estaba tan enfrascado en su asaltante que no vio al que emergía de las escaleras, preparado para apuñalarlo por la espalda.

«Ni de coña».

Apoyé el peso en mi pierna delantera y lancé a Infalible. El filo quedó ensartado entre sus cejas y se derrumbó de golpe, al lado de Dryan. El capitán de la guardia ni siquiera lo ojeó de

soslayo; siguió atacando, concentrado, y aproveché para llegar hasta él. Arranqué a Infalible del cadáver, la sangre salpicándome el vestido, y, con un giro, atravesé el cuello de su contrincante. Cayó de bruces y Dryan lo esquivó de un salto. Ni siquiera recuperó el aliento antes de lanzarse escaleras abajo.

Corrí tras él, tirando de mi suministro mágico hasta las yemas de los dedos. Usar mi magia podría resultar contraproducente y dejarme exhausta, además de que tendría que vigilar que nadie se percatase de que la usaba sin entrar en contacto con mis adversarios. Aun así, era mejor estar preparada en caso de que la situación se recrudeciese.

Abrí la boca al alcanzar el pasillo abarrotado que comunicaba los palcos privados. Frente a nosotros, en la planta baja, el escenario estaba colmado de rebeldes enmascarados. De alguna manera, habían conseguido crear una barrera de fuego —pyrense, por las llamas azuladas— desde la cual un grupo de arqueros atacaba los palcos y una avanzadilla de espadachines retenía el ataque de los guardias de Palacio. En el medio, un joven enmascarado con un delfín hilado en el uniforme daba órdenes con las manos entrecruzadas en la espalda. ¿Era el propio Delfín, el líder del grupo?

Me agaché con precipitación cuando un evocador pasó por encima de mí y se precipitó hacia los rebeldes. Envolvió en su humo a cuatro que se habían distanciado de la barrera de fuego y los aniquiló entre gritos desgañitados. Después, se lanzó hacia la barrera de fuego e intentó extinguirla con su esencia helada. Aunque el fuego tintineó, resistió su ataque, y el evocador se elevó con un siseo y se reunió con sus hermanos en la cúpula de cristal. Solo conocía a un evocador con la osadía suficiente como para cometer una ofensiva así: Tristán.

¿Qué coño había pasado? ¿Y dónde estaba Nasir? Corrí para asomarme por la baranda y vislumbrar nuestro palco en su busca. Estaba vacío. Alcé la barbilla hacia el amasijo de sombras acumuladas en la cúpula. ¿Estaría entre esos evocadores?

—¡QUEEN!

Apenas me dio tiempo a evitar el proyectil gracias a Dryan. La flecha rebotó contra la pared al ocultarme tras el pretil. En cuanto reuní aliento suficiente, lancé mi poder en dirección al escenario. Solté un gruñido de dolor y una maldición al sentir que estaba demasiado lejos como para poder contrarrestar a los rebeldes. Una princesa con vanadio lo hubiese conseguido, pero no yo. Y ni siquiera llevaba fulgor áureo para aguzar mis sentidos.

Miré a la derecha al escuchar la voz de Ethan por encima de los gritos. Alguien le había partido la boca, porque sangraba como un cerdo a pesar de estar apretándose los labios con la manga de su elegante túnica azul. Guiaba a Samara de la mano mientras un soldado empujaba frente a ellos para abrirles paso entre la multitud. Dryan no tardó en alcanzarlos y tomar la lanza valynesa que su subordinado le ofrecía, examinando a Samara de la cabeza a los pies con voracidad. En otras circunstancias, la sobrina de Dorian no hubiese necesitado que nadie luchase por ella, pero esa noche su malestar apenas le permitía avanzar. Con un brinco, me uní a ellos, cruzando los dedos por que Nasir se mantuviese a salvo gracias a su naturaleza de evocador.

Ethan y Samara me lanzaron una mirada envenenada, aunque no rechistaron cuando me vieron enfrentar a un rebelde que se había interpuesto en nuestro camino.

El aire salado de los canales me llenó los pulmones al abandonar el teatro. A nuestro

alrededor, decenas de personas corrían sin dirección bajo el ritmo frenético de las campanas. Los evocadores de Palacio no tardarían en sobrevolar el cielo.

—¡Por aquí! Mi carruaje está allí —gritó Ethan, tirando de Samara.

—¡No, hay demasiada gente y apenas podréis avanzar! —protestó Dryan—. ¡A los caballos!

Los seguí a los establos para buscar a Ceniza. Los animales coceaban por el escándalo. No obstante, Dryan mantuvo la cabeza fría mientras ensillaba a la yegua negra de Samara.

—¡Lleva a Samara a la Casa Dorada! —Le indicó a Ethan cuando terminó. El portiño se quedó contemplando las riendas que le cedía con confusión—. ¡Venga, joder! ¡Llévatela!

Ethan se aupó y después le cedió la mano a la valynesa para que subiese. Al ver que apenas podía ponerse recta, Dryan la alzó por la cintura. Se aseguró de que tuviese los pies bien colocados antes de dar un paso atrás.

—Ocúpate de que llegue ilesa.

—Dryan… —lo llamó Samara.

—*Ilesa*.

El capitán de la guardia no vaciló en darle un cachete a la grupa de la yegua. La pareja abandonó el establo al galope, sorteando por los pelos a los soldados que permanecían en la puerta.

Me subí a Ceniza y troté para ponerme a su lado.

—¿Eres idiota? —le ladré—. ¡Lárgate! ¡No sabes cómo puede terminar esto!

—¡Aún hay gente en el teatro!

—¿Has visto luchar a los evocadores en plena noche? ¡Si la situación se descontrola más, no se molestarán en distinguir enemigo de aliado con tal de acabar con la revuelta! ¡Además, no tienes ni idea de cuántos rebeldes hay ahí dentro!

Se masajeó el tabique nasal, exhalando mientras apretaba el paso hacia el exterior con la lanza entre las manos. No dudó en unirse a los soldados de Palacio que se atrincheraban en la puerta del Teatro de las Olas, listo para adentrarse de nuevo.

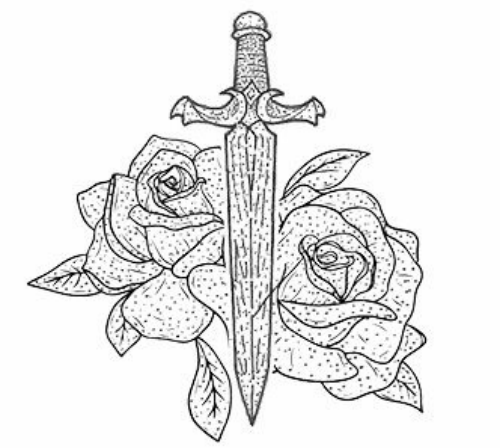
—¡Dryan, joder!

De repente, un segundo estallido reventó los cristales del teatro.

Ceniza se alzó sobre sus cuartos traseros y me tiró con violencia. Caí hacia atrás y me golpeé la nuca contra el empedrado. Cientos de puntitos estallaron tras mis párpados junto a un dolor penetrante. Me llevé la mano a la cabeza, apenas siendo capaz de abrir los ojos para distinguir a la yegua alejarse al galope y perderse entre las callejuelas. Por suerte, no me había abierto la cabeza.

Rodé para ponerme a cuatro patas y erguirme a duras penas, todavía con el pitido de la segunda explosión taladrándome el cráneo.

Tenía que largarme de allí *ya*.



36

Conforme avanzaba por los callejones hacia las murallas con la esperanza de regresar a El Tiburón Añil, me iba arrepintiendo de mi vestido y de mi cabello suelto. Sobre todo cuando algún evocador sobrevolaba el cielo en dirección al Teatro de las Olas y tenía que esconderme a toda velocidad para evitar llamar su atención.

Mi conocimiento de la ciudad me permitió moverme con bastante agilidad y evitar las calles aglutinadas, aunque avancé más lenta de lo que normalmente hubiese hecho por culpa de los remordimientos. Nasir era muy capaz de salir airoso de la revuelta, pero Dryan… Por mucho que fuese el capitán de la guardia y supiera pelear, seguía siendo un humano. Y los humanos eran frágiles, tanto que una parte de mi corazón me gritaba que volviese al teatro y lo sacara de allí aunque fuese a rastras.

No entendía qué había pasado. ¿Cómo habrían conseguido los rebeldes acceder al teatro y crear una barricada tan efectiva en tan pocos minutos? ¿Se habrían infiltrado junto a los espectadores y después se habrían reagrupado mientras todos estaban distraídos por la obra? La barrera de fuego… Algo me decía que el estallido había prendido al momento las llamas para crear el círculo contra los evocadores.

Y ese tal Delfín…

El líder de los rebeldes se había mostrado arrogante al situarse en el medio de los arqueros, a la vista de todos. Aun enmascarado, había apreciado el color castaño claro de su cabello liso y su postura erguida, propia de la juventud. Solo un loco o un estúpido hubiese sido tan presuntuoso como para regalar esos detalles a los evocadores y a la guardia de Palacio. Aunque, ¿acaso no lo era? Había atacado rodeado de enemigos y frente al mismísimo regente, de noche, cuando era libre para volatilizarse y morder con saña.

Resoplé por la nariz. Era un mensaje contundente: «No me das miedo».

Al percibir unos pasos en mi dirección, eché un vistazo sobre el hombro. Tras de mí, al final del callejón, un hombre encapuchado me observaba. Mi primer impulso fue pensar en Nasir, y mi corazón coleteó de alegría. Pero al reconocer el peculiar brillo de su cota de malla, la emoción

se esfumó. Llevaba una pechera de cobalto pyrense y, por la forma abultada de su capucha, también un yelmo.

El recuerdo de los matones de Vail Valdran me asaltó a traición y me hizo tensarme de la cabeza a los pies.

—¿Quién coño eres?

Retrocedí al ver la cadena de cobalto que se escurrió de su mano. La zarandeó con aburrimiento, sin ninguna muestra de temor mientras se aproximaba más.

—Un regalito de parte de Delfín.

Volteé sobre los pies, lista para largarme y desaparecer de allí. Pero entonces, una segunda figura igualmente uniformada surgió por el otro lado de la callejuela y me cortó el paso. Siseé ante el rebelde y desenfundé a Infalible del cinto, abriendo las piernas antes de balancear el peso.

—Largaos —les espeté, enseñándole los dientes—, o me aseguraré de que no encuentren ni vuestras uñas.

—Oh, qué miedo —rio su compinche. Por su tono de voz más agudo, se trataba de una mujer—. ¿Y qué nos vas a hacer, bruja de mierda? ¿Usar tus poderes? Me temo que no. —Se apartó la capa para que pudiese ver mejor la armadura que rodeaba su cuerpo curvilíneo. Con tal cantidad de cobalto me sería imposible atacarlos incluso si mi magia no estuviese debilitada—. O mejor, ¿vas a llamar a ese evocador al que le chupas la polla? La última vez que lo vi en el teatro, estaba ocupado intentando no puto morir.

Le enseñé los dientes, al borde de abalanzarme sobre ella y hacerla pedazos. Los muy cabrones me habían abordado en una calle estrecha sin canalones que me permitiesen trepar hacia los tejados. Por sus sonrisas petulantes, había sido una estrategia controlada al detalle.

—¿Así que esto era parte de vuestro plan de esta noche? ¿Separarnos y asaltarnos individualmente para intentar matarnos?

Retrocedí hasta apoyar la espalda en la pared. Al menos, allí tendría un flanco cubierto.

—Matarte —me corrigió la asesina—. Tú no nos haces falta.

—Y es mi parte favorita del plan —ronroneó el hombre—. Fue idea de Delfín, por tocarnos las pelotas con vuestro jueguecito de buscarnos.

—¿Ese gilipollas os ha conseguido las armaduras? —Las miré de refilón. Debían haber costado una pequeña fortuna.

Se encogieron de hombros, burlones, y me rodearon como perros de caza. Al retirarse las capuchas, distinguí sus rasgos extranjeros. Ella tenía sangre icenense, sin duda, porque aunque el yelmo le cubría las cejas y la nariz, apreciaba el azul hielo de sus ojos y los mechones casi albinos de su coleta. Él, por sus ojos rasgados de un tono verde apagado, provenía de Costa Plateada.

Se lanzaron a la par. Me agaché hacia delante, esquivando la cadena que el hombre había arrojado contra mi rostro con potencia, y rodé sobre mis botas para cercenarle la pantorrilla con un movimiento de muñeca. Me esquivó y desenfundó su espada mientras la asesina me embestía con su arma. Retuve la estocada con Infalible, apretando los dientes, y le propiné una patada en el vientre que la lanzó contra la pared. La herida del abdomen me tiró por el esfuerzo y solté un improperio.

Rodé sobre el hombro para evitar un ataque de su compañero y, con un jadeo enfurecido, me puse de pie para enfrentar mi acero contra el suyo. Me tembló el brazo por el embate; era extraordinariamente fuerte y enseguida noté cómo me resbalaba poco a poco y perdía la posición. Ladeé el cuerpo en una vuelta rápida, buscando apuñalarle el cuello, pero se desplazó y me abofeteó la cara con la cadena.

El ardor del cobalto apenas se filtró con el impacto, que me giró la cara con tanta potencia que caí de lado al suelo y me mordí la lengua. Ante la negrura que rodeó mi visión, valoré que me hubiese hundido el hueso de la mejilla. Sentía un torrente de sangre caliente chorrear por mi boca.

Me cogió del cuello para ponerme de pie. Aunque apenas podía mantener la mirada fija, aproveché su socarronería para patearle la entrepierna. Me soltó con un alarido, doblándose hacia delante con un insulto, y caí con un golpe seco contra el empedrado.

Retrocedí de nuevo, sobre todo al ver a la asesina lanzarse a por mí con la espada en alto. La dejó caer con rabia y rodé a la derecha. Ella arremetió de nuevo, y en esa ocasión me moví a la izquierda. Con un movimiento arriesgado, me proyecté hacia delante y le hice un tajo profundo en la parte interna del muslo. La sangre salió a presión, la asesina gritó y cayó de rodillas. Esa cantidad de líquido solo significaba una cosa: estaba muerta.

No me regalé tiempo para regodearme. Me puse a cuatro patas para ponerme de pie y huir. Sin embargo, su compañero me pisó la espalda y me quitó a Infalible de una patada. Me hundí contra el empedrado, gimiendo bajo su peso, y procuré alzarme sobre los codos para librarme de él. Pero entonces se precipitó con ambas rodillas y deslizó la cadena alrededor de mi cuello.

Tiró hacia atrás y el ardor me atravesó la garganta.

Boqueé y tosí, totalmente en pánico. En Asara, los asesinos de Vail Valdran me habían estrangulado de la misma forma durante horas, combinando su juego cruel con toda clase de golpes hasta molerme los huesos.

Apretó más, tanto que pensé que se me saldrían los ojos y, por un instante, perdí el sentido de la realidad. Podría estar en Cynaeus de nuevo, rodeada de mierda y escombros, mientras los cinco matones del señor de la droga me rompían por fuera tanto como estaba por dentro; o podría estar en El Cuello, respirando la ceniza de los cadáveres. Por un momento, no me importó. Por un momento, deseé desaparecer de una puta vez y ahogarme en la mierda.

Pero Darius dependía de mí.

Atrapé la cadena con las manos para crear un espacio que me permitiese respirar. Al entrar en contacto con el cobalto, vi las estrellas, aunque no me rendí. El asesino estaba ejerciendo una presión sobrehumana y no podía deslizar los dedos entre la cadena y mi cuello, así que procuré menearme con rabia para deshacerme de él. Tiró más, tensando mi cuello hasta el límite, y el alrededor tintineó con sombras y luces.

Una ráfaga de terror me apuñaló el centro del cuerpo. Me estaba ahogando; me estaba ahogando *de verdad*. Un estridor violento escapó por mi boca y la visión se me colmó de puntitos negros, anticipando que perdería el conocimiento en tan solo unos segundos.

Entonces, la presión desapareció con un estruendo.

Mi asaltante salió disparado sobre el costado y se golpeó contra la pared de mala forma.

Tosí con brusquedad, cogí a Infalible y me alejé a gatas a pesar del ardor de mis manos.

El bombeo de mi corazón se enfatizó al ver a mi ayudante inesperado.

Nasir estaba envuelto en sombras siseantes, con dos cuchillos en las manos cubiertos de líquido rojizo. Tenía el cabello revuelto y varios mechones salpicados de sangre, al igual que el rostro, que mostraba una expresión furiosa. Una parte de mí se preparó para verlo volatilizarse y devorar la mente del sicario frente a mis ojos. Una parte de mí, lo deseó.

Sin embargo, se abalanzó sobre él con pasos confiados y las dagas posicionadas.

Estuvo a punto de apuñarle la yugular con la primera embestida, pero el asesino lo esquivó. Se enfrascaron en un duelo de metal, giros y fintas en el que Nasir dirigía el baile con dominancia. Al menos, hasta que el sicario consiguió golpearlo con la cadena de cobalto y él siseó. Se llevó la mano al cuello, donde el metal había dejado huella, y retrocedió para revaluar el ataque como un lobo cazando.

El asesino apretó el entrecejo y luego me lanzó una mirada rápida, sin llegar a comprender por qué un evocador se veía dañado por el mismo metal que un brujo. Aunque tampoco se molestó en pensarlo dos veces: volvió a arremeter contra él y Nasir lo esquivó echando la espalda hacia atrás.

Fue un error.

Lo atrapó de la malla, a pesar del dolor que se reflejó en sus facciones al entrar en contacto con el metal, y lo aprisionó contra la pared de un golpe ensordecedor. Antes de que el sicario pudiese darse cuenta, ya lo había despojado de las cadenas y le había rodeado el cuello con ellas. Apretó sin titubeos, y el hombre empezó a boquear y a menear las piernas y los brazos mientras su rostro se amorataba. Poco a poco, perdió fuerza, y entonces le partió el cuello de un tirón.

Dejó que cayese ante él y soltó las cadenas con un insulto bajo, zarandeando las manos para aliviar la quemazón.

—¿Estás bi…?

El filo de un puñal atravesó sus sombras y lo cortó a la altura del hombro, desgarrando su túnica de terciopelo. Se desequilibró un instante y emitió un gruñido.

La otra asesina estaba sentada contra la pared, envuelta en un charco de sangre y con el sudor empapándole la frente. A pesar de su estado moribundo, se llevó la mano al cinto y atrapó otra daga, sopesando el peso a toda prisa.

La arrojó hacia Nasir.

Pero el filo se hundió en el cadáver de su compañero.

Solté un jadeo rabioso, empapada en sudor, mientras controlaba el cuerpo del asesino como a un títere. No recordaba la última vez que había empleado la magia sepulcral, y mis músculos se sacudieron en temblores violentos. Apenas pude sostenerlo, y el cadáver se precipitó al suelo casi al instante. Aun así, fue suficiente como para que Nasir se abalanzase hacia la mujer y la inmovilizara de las muñecas.

—¿Existe una red de túneles? —Apretó una de las dagas contra su cuello, una gota de líquido rojo se precipitó sobre su nuez y se mezcló con las que chorreaban del filo—. ¿Cómo se accede?

La rebelde se rio y escupió sangre.

—Existe, así que ven a buscarnos —farfulló. Hizo un puchero y añadió—: Nos morimos de ganas de jugar contigo, Sombrael.

—¿Quién es Delfín?

—Que te jodan, parásito. Mátame de una puta vez y deja de perder el tiempo…

Nasir le hundió la daga en el muslo y retorció el mango. La rebelde aulló y se arqueó, pero él ni siquiera pestañeó, como si estuviese acostumbrado a ese tipo de prácticas.

La bilis me subió al fondo de la lengua.

—¿Dónde está el acceso a los túneles? —La asesina no respondió hasta que la zarandeó.

—Delante de ti —susurró con un jadeo, sin apenas poder mantener los ojos abiertos.

Nasir se retrajo cuando la mujer se derrumbó de lado contra el empedrado, muerta.

—¿Te duele? —Se precipitó hacia mí, arrodillándose y retirándome el pelo que me caía sobre la cara. Examinó mi cuello. Seguramente llevaría una marca horrible, porque apretó los dientes y emitió un gruñido gutural.

Me mordí el labio. Estaba temblando, *mucho*, y no podía achacarlo puramente a mi esfuerzo mágico. Una gran parte de mí quería derrumbarse y soltar las lágrimas que se me acumulaban en los ojos. Estaba revuelta, ya no solo por el ataque de esos rebeldes, sino por los recuerdos que había desenterrado y que ahora susurraban en el fondo de mi cráneo.

En Asara había sido un fantasma. Había consumido todas las sustancias existentes mientras me emborrachaba noche tras noche y me endeudaba día tras día. Y en ese instante, con el cuello ardiendo por la emboscada, me sentía desubicada. Era como si el pasado me hubiese vuelto a atrapar entre sus garras y estuviera clavándomelas en la espalda, recordándome que no tenía valor. Que no importaba. Que no era nadie.

Me sacudí por la tensión que se acumulaba tras mis párpados. Un segundo y después otro, batallando por contener toda la mierda que subía a flote. Sin embargo, cada vez que cerraba los ojos veía mi sangre salpicando el empedrado, sentía las manos de los matones de Vail Valdran tirándome de la coleta mientras me arrastraban por el suelo y me pateaban. Su asquerosa saliva en la cara al escupirme, al reírse de mí mientras me gritaban lo drogada que iba y lo inútil y débil que era.

De golpe, las costillas se me contrajeron y un ardor insostenible me atravesó el pecho. Entonces supe que no había marcha atrás, que algo se había roto en mí, hondo, dentro, y que aunque Nasir estuviese mirándome, iba a partirme en cientos de cachitos.

Se me escapó un sollozo horrible y agudo y me llevé las manos a la boca para intentar amortiguarlo. Fue inútil, sobre todo cuando enseguida lo siguió otro incluso más descompuesto. Inhalé con urgencia para recomponerme, pero el aire me eludió. Lo intenté otra vez y volví a fallar.

—Queen, mírame. —Nasir me cogió de los brazos—. *Queen*.

La presión en mi caja torácica se incrementó.

Ojeé mi cinturón por instinto, a pesar de que ya sabía que no llevaba el fulgor áureo colgado a la cadera. Había sido una estúpida al seguir el consejo de Nasir de dejarlo en el burdel. *Siempre* debía llevarlo encima; él no entendía que era mi escudo. Y joder, *joder*, ese maldito error me estaba asfixiando la tráquea.

Peleé de nuevo por respirar. En la distancia, escuchaba a Nasir farfullando algo, intentando que reaccionase de alguna manera. Pero me iba a desmayar o a morir, quién sabía. Tampoco era que me importase demasiado. Solo deseaba que las imágenes inconexas se detuviesen de una puta vez y dejase de escuchar los insultos en mis oídos. Porque no podía más. No podía…, yo no…

—*Khasil*.

De pronto me acercó a él con un tirón suave y conciso y hundió los dedos en mi nuca. Me ciñó contra el pecho y, con la mano libre, me envolvió la cintura. Ni siquiera vacilé al sentir la piel de su cuello encontrándose con mi nariz; rodeé sus hombros y enterré la cabeza en el hueco de su garganta. A pesar de la pegajosidad de la sangre que lo salpicaba, tomé una inhalación profunda para reclamar su perfume personal.

Después, me derrumbé sin contenciones.

El mundo me engulló hacia abajo, justo a donde ocultaba toda la mierda que me esforzaba por olvidar, y lo abracé con más fuerza. Él adaptó la postura para envolverme mejor, y la delicadeza con la que lo hizo desencadenó un ardor distinto en mi tórax, uno que me eclipsó y me obligó a hundir más la cabeza contra él mientras sollozaba.

Como princesa de Denesse, había aprendido a contener mi vulnerabilidad de cara a los demás. Pocas veces me había permitido llorar en brazos de alguien, y cada una de esas ocasiones habían pertenecido a una sola persona: Jayde.

El heredero de los Black había conseguido mucho más que conquistar mi corazón; se había convertido en mi refugio, en mi verdadero hogar. Ni él ni yo habíamos necesitado un tatuaje dorado para saber que nos pertenecíamos. Donde estuviera Jayde, yo estaría. Y a la inversa.

Al menos, eso había creído hasta que me había abandonado.

Quizás… Quizás había estado equivocada todo ese tiempo. Equivocada respecto a nosotros, respecto a lo que sentíamos. Porque, a pesar de que una parte de mí se escandalizaba al estar envuelta en los brazos de Nasir, otra suspiraba aliviada, como si por primera vez en diez años tuviese un lugar al que acudir para quitarme la coraza.

—¿Estás mejor?

Me sobresalté a pesar de su susurro y me despegué un poco de él. Ni siquiera me había percatado de cuándo había dejado de sollozar, tan absorta como había estado en la agradable temperatura que desprendía su cuerpo contra el mío.

—S-sí. —Me sonrojé al escucharme tan vacilante, así que señalé sus manos con la barbilla —. ¿Tú? ¿Te han herido en el teatro? ¿El cobalto…?

Una ráfaga caliente me aceleró el corazón al descubrir su mirada bebiéndose cada detalle de mi rostro. Por inercia, hice lo mismo con él: contemplé los mechones albinos y despeinados que rozaban su frente, sus espesas pestañas castañas, la rectitud de su tabique nasal, su mandíbula masculina… Y sus labios. Esos labios que me moría por volver a besar.

—Estoy bien. —Me limpió la cara con el borde de la manga, ladeando el cuello, y me ruboricé todavía más al imaginarme mi aspecto. Sentía el rostro húmedo y pringoso, y… le había llenado de mocos el cuello de la túnica—. El cobalto me afecta menos que a un brujo puro, y el corte en el hombro no es nada.

Asentí y me puse de pie, sin saber cómo sentirme.

Me imitó al momento y lanzó una mirada preocupada a mi cuello, una que reavivó los recuerdos de los matones de Vail Valdran. Me giré con precipitación para darle la espalda, temiendo romperme otra vez. Pero me cogió del antebrazo y me retuvo.

—Están muertos, Queen —me dijo, pausando las palabras—. Y yo estoy contigo.

Bajé la atención a sus dedos y la detuve allí. Me estaba sosteniendo con cuidado, casi como si esperara que fuese a rechazar su contacto, algo que no pensaba hacer. De hecho, estaba valorando dar un paso al frente y volver a cruzar los brazos sobre su cuello.

Miré su boca un poco desubicada, recordando que él… Que él había dicho mi nombre. Mi nombre real.

—Han cerrado las murallas, así que no podemos regresar a El Tiburón Añil. —Me soltó el brazo con delicadeza y me indicó que lo siguiese mientras echaba a caminar hacia la siguiente callejuela—. Tenemos que escondernos antes de que los evocadores me encuentren. ¿Se te ocurre algún sitio donde pasar la noche?

—¿Qué? ¿Por qué…?

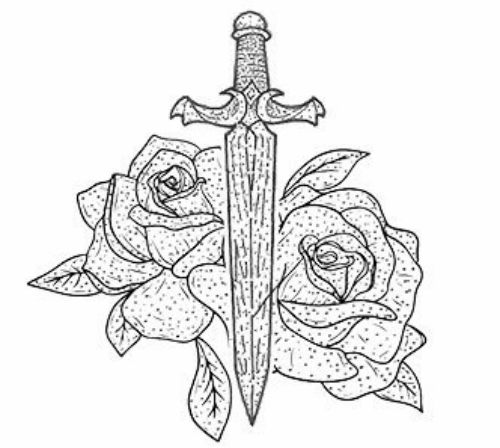
—Porque si me localizan, nos descubrirán. —Echó un vistazo sobre su hombro para comprobar que lo seguía, y después convocó a sus sombras. La oscuridad se condensó como volutas de humo alrededor de su torso, serpenteando por su espalda y esbozando unas alas picudas que me recordaron a sus espadas gemelas—. No puedo volatilizarme, Queen. Ya te dije que este cuerpo me pertenece por nacimiento, no es ningún recipiente, ¿comprendes? Si me encuentran, me pedirán que luche junto a ellos como uno más, y no podré fingir.

¿*Qué*? ¿No podía…?

Casi como si sus palabras lo hubiesen convocado, un evocador se precipitó sobre nosotros.

Me empujó contra la pared, impactando con la espalda, y me ciñó a él de las costillas. Enseguida me envolvió en ese halo oscuro que nacía de su interior, y me sobresalté al notar el humo enroscándose sobre mi cuerpo y uniéndome más a él. Lo miré inquieta, pero se llevó el índice a los labios y me regaló una mueca tranquilizadora. Era una sensación extraña, como estar rodeada por una seda fresca y liviana. Jamás hubiese imaginado que las sombras se sentirían así.

No nos separamos hasta que el evocador desapareció en dirección al teatro, sin percatarse de nuestra presencia. Solo entonces, tomé su mano entre la mía y lo guié a toda prisa hacia el único lugar que se me ocurrió.



37

Hacía meses que no pisaba la antigua bodega, aunque no fue ninguna sorpresa encontrármela tal cual la dejé.

Avancé hacia la vivienda del piso superior, examinando con desinterés el polvo en suspensión que bañaba el espacio. Nasir me seguía en silencio, ignorando los pasitos acelerados de las ratas que huían a nuestro paso. No había dejado de envolvernos en sus sombras hasta que nos habíamos colado en el edificio, ni tampoco había soltado mi mano; más bien la había afianzado y sostenía mis dedos con confianza. A pesar de que me ardían las palmas, necesitaba ese contacto.

Habían transcurrido al menos veinte minutos desde el ataque, pero todavía sentía las piernas flojas y el estómago revuelto. Si no me concentraba en cualquier otra cosa, acabaría pensando de nuevo en Vail Valdran y en lo que había sucedido cuando se cansó de esperar a que saldase mis deudas. Y no iba a romperme dos veces la misma noche.

Me centré en el pulgar de Nasir, subiendo y bajando por encima de mis nudillos. Era una caricia sutil, pero me servía para anclarme al momento y a él. El contacto físico siempre me había salvado en situaciones en las que necesitaba dejar de pensar. El contacto físico de Jayde, más bien; aunque eso había sido antes de que me abandonase y tuviera que recurrir a las drogas.

En cuanto pasó tras de mí, cerré la puerta que daba a la escaleras y abrí el brazo para abarcar el espacio. Aunque la vivienda contaba con toda clase de lujos, no era muy grande: un salón con lumbre, un cuarto de baño y dos dormitorios. Lo suficiente para que un par de personas viviesen cómodamente en ella.

—El agua caliente funcionaba la última vez que estuve aquí —apunté, ladeando la cabeza hacia la puerta de la izquierda—. Y quizás haya algo de ropa que nos pueda servir en las cómodas.

—¿Y los dueños? —Se alejó para hacer un reconocimiento de las habitaciones. Seguía manteniendo uno de sus cuchillos cortos a la vista, pero, tras asegurarse de que estábamos solos, lo guardó en su bota.

—Murieron hace un tiempo en un altercado violento. Desde entonces se esparció el rumor de que la bodega está maldita, así que nadie la ha vuelto a arrendar. Mucho menos, pisar.

Ojeó con interés el baño, dejando el peso sobre el marco de la puerta y cruzándose de brazos.

—¿Nadie excepto tú?

Asentí y me acerqué a él. Imité su posición contra el marco contrario.

—Aquí estaremos seguros hasta mañana —insistí al ver su ceño fruncido—. Además, ¿has visto esa bañera? —La señalé con la mirada—. Solo por eso ya merece la pena correr cualquier riesgo.

Sonreí con esfuerzo, procurando relajarme a pesar de lo sucedido. Para mi sorpresa, me correspondió con otra sonrisa tenue.

—¿Así que solo necesitas una bañera para cometer estupideces?

—¿La has visto bien? Es enorme, y tengo prioridades en la vida —bromeé, aunque las palabras me sonaron atascadas y falsas—. Y esto está a medio camino entre La Estrella del Océano y la Casa Dorada, así que a veces prefería… quedarme aquí. —«Cuando Dorian estaba fuera de la ciudad e iba tan borracha y drogada que no podía ni andar, por ejemplo».

Nasir se retiró un mechón ensangrentado de la frente y asintió con comprensión, como si hubiese leído en mis facciones lo que no me había atrevido a decir.

Tragué saliva y noté un pinchazo en el centro de la garganta, justo donde la cadena me había estrangulado. El pánico me apuñaló el pecho, robándome el aliento; sin embargo, me obligué a reaccionar antes de que me dominase. Cambié el peso de pierna con el único motivo de distraerme y luego examiné el cuello de Nasir. La marca del cobalto que rozaba su mandíbula casi se había diluido. Resultaba sorprendente ver cómo se había sanado tan rápido, pero, como me había explicado, debía ser consecuencia de su mestizaje.

Deslicé la atención por debajo de su nuez, hacia sus pectorales, y perdí la noción del tiempo examinando las múltiples manchas de sangre que salpicaban su túnica de terciopelo. ¿A cuántos rebeldes se habría enfrentado esa noche, además de a esos asesinos? Al sicario… lo había matado por mí, y tenía la convicción de que, si fuese necesario, volvería a hacerlo. No vacilaría, no se lo pensaría dos veces. Los brujos siempre trabajaban en compañía, y nosotros habíamos establecido nuestro propio equipo. Una princesa y un mestizo.

Una princesa y el hijo de Sombrael.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Nasir enarcó una ceja, aunque, por la tensión que se acumuló en sus hombros, sabía a qué me refería. Bajó la barbilla y desvió la mirada hacia la lumbre apagada.

—¿Cómo hubieses actuado si te lo hubiese dicho al principio?

Fruncí el ceño. Los dos conocíamos la respuesta sin necesidad de palabras, e incluía una buena cantidad de sangre, insultos y peleas.

—No lo entiendo —musité, mordiéndome la mejilla—. ¿Cómo es posible que Sombrael pudiese concebirte? ¿Eso quiere decir que cualquier evocador puede engendrar descendencia con un brujo?

—¿Ahora te planteas eso? —No preguntó con ironía, solo con una calma helada.

Hundí más el hombro contra el marco de la puerta al tiempo que me retiraba un mechón de pelo de la cara. Lo cierto era que no había querido profundizar al respecto, no cuando la respuesta podría haberme horrorizado lo suficiente como para haberme distraído de nuestra misión.

—He evitado pensarlo antes —reconocí—. Ignorarlo me pareció una opción muy válida dado que te necesitaba.

—Hum. —Estiró los nudillos y los contrajo, como siempre que estaba incómodo, y tomó aire para decir—: La verdad es que solo tengo una teoría sin confirmar y algunos rumores, así que no puedo darte una respuesta concisa.

—Me servirá.

Se humedeció los labios y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Como has oído, Sombrael estaba vinculado a mi madre. Creo que eso podría haber establecido una conexión similar a la de los brujos emparejados. Al ser razas hermanastras, no me parecería descabellado que se pudiese dar esa interrelación.

»Luego, por lo que logré averiguar, durante la guerra estuvo tomando tónicos para aumentar la fertilidad. Y es muy posible que obligase a mi madre a consumirlos también.

Chasqueé la lengua con desagrado.

Los tónicos de fertilidad no eran desconocidos para mí. Algunos brujos los consumían, aquellos que se los podían permitir y estaban dispuestos a asumir sus efectos secundarios. Las brujas eran las más afectadas: desde cólicos insufribles y cambios de humor, a sangrados constantes y abundantes. Además de pocos resultados. Por esa razón, la mayoría de las parejas, como Darius y Kerisha, evitaba recurrir a ellos a pesar de todo.

Me humedecí los labios, percatándome de la tensión que me rodeaba la garganta, y pregunté con suavidad:

—¿Tu madre…?

—Ya te expliqué cómo acaban esos vínculos. Una relación así es una droga. Apenas tenía momentos de lucidez en los que se diese cuenta de lo que le había sucedido. Y mucho menos conforme el vínculo se fue fortaleciendo con los años.

—Maldito hijo de puta…

Nasir gruñó en respuesta, de acuerdo conmigo.

—Te mentí respecto a las vibraciones astrales —dijo tras un momento—. En realidad Tristán cree que soy él por la esencia que compartimos. Parte de su poder reside en mí, es por eso que el regente no ha logrado descubrir nuestra farsa.

Apoyé la nuca en el marco, suspirando. No podía echarle en cara que me hubiese engañado en ese detalle, no al comprender por qué lo había hecho.

—¿Y Kerisha lo sabe?, ¿que eres el hijo de Sombrael?

Apretó más los dientes, tanto que pensé que se rompería las muelas, y asintió mirándome de nuevo a los ojos.

—¿Y aun así accedió a trabajar contigo?

—El amor nos lleva a tomar decisiones arriesgadas.

Sus palabras me sonaron intensas y contenidas.

Apreté la mandíbula.

—¿A ti también?

—Sobre todo a mí.

Nos quedamos así durante varios segundos eternos, estudiándonos y apoyados contra el marco de la puerta. Extrañamente, el corazón me latía desbocado.

—¿Por eso haces todo esto? —pregunté tras titubear—. ¿Fingir ser él?, ¿trabajar para una bruja que apenas conoces?, ¿*soportarme*? ¿Por amor?

Fijé la mirada en el tatuaje de su dedo anular. Él la siguió, entrecerrando los ojos al percatarse de a qué me estaba refiriendo. No había querido interrogarlo antes sobre él… Pero iba a estallar si seguía mordiéndome la lengua.

—¿El tatuaje es por tu pareja? —me aventuré—. Me dijiste que conocías las tradiciones de Denesse, que las practicabas todas. Aunque no sea un tatuaje de emparejamiento al uso, porque la tinta no es dorada, estoy segura de que no se trata de una decoración sin más. De que hay un significado detrás de él. Uno importante para ti.

Me callé, dándole tiempo para que me contestase. Sin embargo, el único gesto que tuvo fue tragar saliva y apretar con más fuerza los brazos alrededor de su pecho, como si quisiera interponer una barrera más gruesa entre nosotros. O protegerse.

Exhalé y jugueteé con el collar de Darius, sin atreverme del todo a continuar la conversación que yo misma había empezado. ¿Qué importaba si él estaba emparejado con alguien? Una unión falsa, además, porque ese tatuaje de tinta negra no establecía ningún vínculo mágico. No suponía nada y, sobre todo, no me importaba. Entonces ¿por qué sentía la boca tan seca?

Estiré del collar hasta que la cadena se me clavó en la nuca antes de obligarme a decir:

—Siempre has dicho que te juegas mucho con esta misión. —Tomé aire antes de preguntar —: ¿Tu pareja está atrapada en Irinea Occidental, como Darius?

Resopló por la nariz y su expresión se oscureció. Apretó los nudillos y la tinta negra del tatuaje destacó todavía más sobre su piel emblanquecida.

Negó con la cabeza y fruncí el ceño.

—¿Entonces…?

—Está muerta —soltó a bocajarro. Clavó su mirada en la mía—. Mi prometida está muerta.

El estómago se me retorció al digerir lo que acababa de decir.

Su *prometida*.

Joder, Nasir había amado a alguien tanto como para querer dar *el paso*. Había estado a punto de casarse, como los humanos, y además había imitado la tradición del tatuaje de emparejamiento, como los brujos. Casi no podía tragar saliva, y no era por el ardor que todavía asfixiaba mi cuello.

Era… ¿Cómo hubiese sido para mí perder a Jayde? Sí, lo había perdido de cierta forma cuando me había dejado ir hacía una década, pero una parte de mí nunca había dejado de fantasear con una segunda oportunidad. ¿Cómo hubiesen sido todos esos años si ni siquiera hubiese podido soñar con esa esperanza?, ¿si él hubiera muerto durante la guerra?

—¿Decías que tal vez había algo de ropa limpia? —La tirantez de su pregunta me pilló

desprevenida. Ladeó el cuerpo para descargar más peso sobre la puerta y soltó el aire poco a poco, su pecho deshinchándose.

Parpadeé un par de veces, incómoda, antes de asentir. Me ardía la lengua por las ganas de saber más al respecto y… por consolarlo. Pero no me atreví a abrir la boca, así que le hice un aspaviento con la mano para que me acompañase.

Nos adentramos en el dormitorio más modesto, el que había concluido hacía meses que había pertenecido al hijo de la dueña. Abrí la cómoda y empecé a revolver los cajones, lanzando las cosas que no servían por encima de los hombros hasta localizar algo de utilidad para él; mientras lo hacía, desechaba las preguntas que se acumulaban en mi mente.

Al fondo del cajón localicé una camisa que podría servirle, la saqué y sacudí el polvo con dos zarandeos rudos. Me picaron tanto las fosas nasales que estornudé, y Nasir gruñó bajito a mis espaldas, arrugando la nariz.

—Aquí hay ropa para ti, aunque… —coloqué la prenda de algodón sobre sus hombros—, ¿por qué eres tan ancho?

Lo miré ceñuda, si bien él permaneció indiferente.

—No te preocupes —susurró, dándome la espalda y marchándose hacia el baño—. Dormiré desnudo.

Me acaloré ante la imagen que me sobrevino de él sin ropa, tumbado boca abajo y enroscado en la sábanas, tan similar al recuerdo de nuestra primera noche en el burdel. Me di un bofetón mental para espantarla y lo seguí hasta el baño, dispuesta a retomar la conversación que habíamos dejado a mitad.

—¿Te importa si me aseo antes que tú? —me preguntó, dejando las armas de manera ordenada en el lavabo. Había abierto el agua y el líquido reverberaba contra la superficie metálica de la bañera, humedeciendo el ambiente.

—Eh… —La lengua me picaba. Y por mucho que quisiera saber más sobre su prometida y sobre su pasado juntos, acabé barboteando—: Sí, de acuerdo. No tardes.

Asintió y se sacó la túnica por la cabeza sin importarle que estuviese allí, a un par de metros de él. Aunque su expresión peleaba por ser neutral, me resultó extremadamente sencillo ver la tristeza en el fondo de sus ojos. No era la única que estaba al borde de derrumbarse hasta los cimientos esa noche, y eso me constriñó el corazón.

Titubeé otra vez, cambiando el peso de pierna. Nunca había sido diestra gestionando mis emociones, mucho menos las de los demás. Y aunque una parte de mí quería quedarse con él y pedirle que se desahogara conmigo tal y como él me había permitido hacer sobre su hombro, la otra estaba aterrorizada.

Tras un par de parpadeos, me mordí la mejilla por dentro con rabia y giré sobre mis botas. Salí disparada del baño dando zancadas rápidas y cerré la puerta tras de mí, intentando pasar por alto el temblor que me había parecido advertir en los dedos de Nasir.

Ojeé el salón con el corazón encogido, sintiendo un regusto tan amargo como el alcohol en la boca. Con un gruñido, me dejé resbalar por la puerta. Me quité las botas, las lancé con frustración contra la mesita del centro y atraje las rodillas al pecho. Hundí la barbilla entre ellas con cuidado de no rozar mi cuello, ignorando el dolor lacerante de la quemadura de mi abdomen,

y ya no me moví de donde estaba.

☽ · ✦ · ☾

Perdí la noción del tiempo, aunque, por lo poco que había cambiado la posición de la luz que se filtraba por las ventanas, no debían haber transcurrido más de veinte minutos desde que había salido del baño. Eso era mucho tiempo para Nasir, que apenas pedía cinco minutos de intimidad en nuestra habitación compartida para asearse.

Me examiné los dedos de los pies, aturullada por el embrollo de emociones que me comprimía las costillas. Había sido una cobarde al huir del baño fingiendo que no pasaba nada, que él estaba bien. Y me detestaba por haber actuado así.

Pensar en eso, en lo pusilánime que había sido, fue lo único que mantuvo a raya los recuerdos que impelían por salir a la superficie. El ataque parecía haberlos despertado y coleaban con voracidad dentro de mí, queriendo arrastrarme hacia dentro, hacia abajo, a ese nido de oscuridad que evitaba visitar a toda costa. Con cada nuevo embiste, temía romperme y no recuperarme. Así que me miraba los pies, contando los minutos con una sensación cada vez más pesada en el centro del pecho.

No supe cuánto más permanecí en ese estado ausente, vagando de un pensamiento a otro, de Dorian a Vail Valdran. Pero cuando la presión en el torso se volvió insostenible y me empezaron a hormiguear los muslos, me puse de pie. Necesitaba distraerme, así que me encaminé hacia el dormitorio principal y curioseé la cómoda con la esperanza de encontrar algo que le sirviese a Nasir.

En el último cajón, hallé varias prendas masculinas ocultas en una caja. Ese detalle, sumado a que tanto el jersey como los pantalones eran más anchos que los que habíamos descubierto en el otro dormitorio, me llevó a suponer que la dueña de la bodega había tenido un amante. Cogí todo sin darle muchas vueltas, incluida una muda de ropa interior que encontré por si Nasir la quería, y me dirigí al baño, mordisqueándome el labio inferior.

Alcé los nudillos; no obstante, me quedé inmóvil antes de llamar. Joder…, Darius había sido el hermano empático capaz de reconfortar a los demás con solo un guiño y una palmada en el hombro. Yo, en cambio, era patética en ese sentido; ni siquiera con Jayde había aprendido del todo a gestionar los momentos así. Nosotros preferíamos el contacto para sanar, las caricias, los besos; sin más palabras de por medio que las justas.

Pero quería hacer algo.

Quería estar con él.

—¿Nasir? —Golpeé con los nudillos la puerta, ojeando las prendas que había cogido de la cómoda con nerviosismo—. ¿Puedo? Te he encontrado algo de ropa más holgada.

Era una excusa bastante mala y temía que la ignorase o me pidiera que la dejase en la entrada. De todos modos, crucé los dedos mentalmente, tan inquieta que no podía dejar de variar el peso de pierna.

—¿Nasir? —insistí en un susurro.

Alcé los nudillos para llamar de nuevo, pero justo respondió:

—Pasa.

La humedad caliente del baño se adhirió a mi piel en cuanto puse un pie dentro.

Se había sumergido de espaldas a la puerta y solo podía ver su nuca mojada contra el borde de la bañera. No se molestó en girarse mientras dejaba la ropa sobre el lavabo que quedaba a su costado, y yo procuré no fijarme demasiado en las líneas desnudas de su torso.

Aplané las arrugas del pantalón, una vez y luego otra, solo para poder permanecer más tiempo en el baño. Quería hablar con él, pero no sabía cómo empezar, así que le lancé una mirada fugaz a través del espejo semiempañado. Tenía los ojos cerrados, los brazos apoyados a ambos lados de la bañera y algunos restos de jabón sobre la sien.

—¿Necesitas algo? —pregunté con tirantez, rodando sobre mis pies desnudos y apoyando el trasero en el lavabo.

Aguardé su respuesta con la respiración atascada. Negó con un zarandeo sutil y me deshinché, decepcionada.

—Nasir, yo… Gracias por lo de antes.

Levantó la cabeza y ladeó el cuello. Una arruga se dibujó en su entrecejo, casi como si hubiese empleado un lenguaje distinto que no lograba descifrar.

—En el callejón —especifiqué—. Tú… Bueno, has dejado que me rompiese siendo… *yo*.

Mientras aguardaba sentada contra la puerta, no había podido evitar recordar cómo su voz había dado vida a mi nombre, lo bien que se había escuchado saliendo de él. Resultaba extraño. Llevaba tantos años detestándolo, odiándolo cada vez que Dorian lo pronunciaba, que me aterraba el placer que había sentido al oírlo de su boca.

Tiró de sus abdominales para erguirse, flexionando las rodillas para apoyar los codos sobre ellas. El sonido del agua acompañó el movimiento y me erizó la piel.

—Conmigo puedes ser quien necesites, siempre. —Sus ojos parecieron destellar, incluso en la tenuidad del ambiente, y me vi inmersa en cada uno de sus subtonos. Eran preciosos, como sus facciones cinceladas y la curvatura de su nuez.

Me humedecí los labios, de repente secos.

—Siento lo de tu prometida.

La mandíbula se le tensó. Sin embargo, no tardó en responder:

—Ha pasado mucho tiempo. Aun así… Nunca debí haberme enamorado de ella.

—No escogemos de quién nos enamoramos.

—Pero escogemos a quién protegemos. Y si yo hubiera controlado mis actos…

Se llevó la mano al pelo. Las gotitas de agua salpicaron su rostro y recorrieron su expresión contrariada.

Apreté la superficie del lavabo.

—No puedes culparte por lo que pasó, fuera lo que fuese —dije, bajando la mirada a mis pies descalzos—. Si estaba dispuesta a casarse contigo, es porque prefirió amarte a no arriesgarse. Y eso… No todo el mundo está dispuesto a aceptar la oscuridad que reside en nosotros.

Apoyó el codo en el borde y me escudriñó. En el fondo de sus ojos leí una pregunta: si

Jayde Black había estado dispuesto a aceptar mi oscuridad. Pero la ignoré, porque ni yo misma tenía la respuesta. Siempre había pensado que sí; sin embargo, después de Virian…

No. No quería pensar en Jayde.

Como si notase mi incomodidad repentina, preguntó:

—¿Quieres hablar de lo que ha sucedido en el callejón o del ataque del teatro?

Negué y un mechón de mi cabello suelto resbaló por mi sien. El ataque de los rebeldes podía esperar al día siguiente, y sobre el callejón…. No estaba preparada para dar vida a todos mis recuerdos. Quizás más adelante, cuando me sintiese lista para hablar de Vail y de Dorian.

Como si no pudiese aguantar más tiempo quieta, me aparté del lavabo. Antes de que me plantease qué estaba haciendo, me arrodillé junto a él. Era como si una parte de mí necesitase estar cerca suya, y ni siquiera me importó que la falda se me mojase por el agua que había salpicado las baldosas. Menos aún, la forma en la que mis piernas quedaron expuestas al sentarme.

—Tienes jabón aquí —le indiqué, dándole un toquecito con el índice justo detrás de la oreja. La espuma se adhirió a mi guante y la retiré frotando los dedos—. Y aquí. —Otro golpecito en el hombro.

Echó un vistazo desinteresado por el rabillo del ojo y después pasó la mano por donde le había dicho para enjuagarse. Mientras se limpiaba, yo me entretuve en cómo los músculos de sus brazos entraban en acción. En la cicatriz de su bíceps, eclipsando su piel mojada.

—¿En alguna parte más?

Contuve el impulso de mirar bajo el agua y repasé rápidamente su nuca y el inicio de su espalda.

—Un poco aquí. —No dudé en retirarle la espuma, una nube que se había amontonado justo entre sus escápulas, aunque esa vez empleé mi mano desnuda. Fue una terrible elección, porque me fue imposible no estremecerme ante su tacto húmedo y templado—. Limpio.

Aparté la mano y la dejé sobre mis piernas, muy consciente de cómo él la observaba con atención. Quizás era la escasa luz que se filtraba por la claraboya, pero los aros rojizos que colindaban con sus pupilas me parecieron más intensos.

—¿Quieres entrar?

Todos mis sentidos se alteraron de golpe ante su proposición. Aunque la oferta seguramente conllevase que él *saliese* de la bañera para dejármela en exclusiva, no puntualizó más. Y yo tampoco le pedí que lo hiciese.

Asentí.

Luego, esperé.

Esperé durante tanto rato que el bajo vientre se me calentó de una manera bochornosa, pero ninguno hizo ademán de moverse. Él siguió bebiéndose los detalles de mi rostro y yo me emborraché a base de su piel desnuda, cubierta de cientos de cristales húmedos.

Desde Jayde no había deseado tanto a alguien y eso… No quería saber qué significaba, mucho menos con Nasir. ¿Acaso lo que sentía era únicamente la consecuencia de la evocación de Palacio? ¿O era real? Por un segundo, detesté que no me hubiese aclarado las cosas en las escaleras del teatro, porque intuía que, de alguna forma, él sabía la verdad. Sin embargo, en el

fondo, entendía por qué lo había hecho: me estaba dando la oportunidad de escoger qué quería creer y de actuar en consecuencia. Yo decidía si quería excusar mi atracción hacia él bajo el pretexto de la evocación o si reconocía que… que me había enloquecido por sí solo desde el principio.

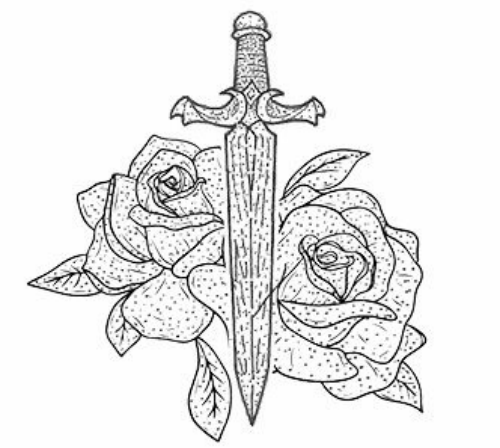
Y allí, en ese momento, con su boca a escasos centímetros de la mía, era hora de escoger. Porque si todo eso que fluía entre los dos era mentira, quería desenmascararlo de golpe. Y si no, si detrás de esa atracción que me devoraba día a día no había más que fuego innato, quería arder de una maldita vez.

En un impulso, acorté nuestra distancia hasta apoyar mi frente en la suya e inspiré hondo. Cerré los ojos un instante, mis pulsaciones descarriladas por el simple roce de su respiración sobre mi boca, que se había alterado sutilmente. Joder, él quería eso tanto como yo; con las mismas ganas, con la misma necesidad. Pero la tensión en sus facciones me reveló que algo lo estaba conteniendo.

—No te tengo miedo —musité. Supe que había acertado de lleno cuando dejó ir el aire con brusquedad, como si esas cuatro palabras hubiesen aplicado algún bálsamo en su interior. Con una inhalación más, añadí—: Y no lo tendré ni esta noche ni ninguna otra.

Con esa declaración, me condené.

Rompí nuestra distancia y presioné mi boca contra la suya, dispuesta a quebrarme bajo su yugo o a arder hasta los cimientos.



38

Me abandoné al beso con la sensación de que era la primera vez que nuestros labios se encontraban. En cierto sentido, era así. Esa vez no había nada oscuro y retorcido detrás. Solo deseo y ganas.

Moví la boca contra la suya y desplacé las manos a sus mejillas, a su pelo, dispuesta a tomar lo que quería de él. Sus labios permanecieron rígidos, junto a sus hombros, y temí que se apartase. Pero entonces profirió un gemido doloroso y cedió.

Acompasó los labios con los míos, poco a poco, mientras la temperatura entre los dos ascendía de manera vergonzosa. Apenas bastaron un par de roces más para lanzarnos a explorar la boca del otro con avaricia, y solo necesité un delicioso empuje de su lengua para que el mundo se desvaneciera a nuestro alrededor.

Como si no lo soportase más, Nasir me agarró de las costillas y tiró de mí en una petición silenciosa. Una invitación que correspondí con un gemido entrecortado, poniéndome de pie y uniéndome a él.

La bañera rebosó cuando me metí en ella, el agua ciñendo indecentemente mi vestido contra cada una de mis curvas. Me puse a horcajadas sobre él, mis muslos contra los suyos. Al sentir su erección entre mis piernas, gruesa y preparada, el placer estalló en cada una de mis terminaciones nerviosas. Me contoneé sobre ella con celeridad, hacia delante y hacia atrás, rozándola desde la base hasta la punta sensible a través de mi ropa interior. Su aliento se quebró en un gemido y su cuello se arqueó sutilmente hacia atrás. Busqué su boca otra vez, hambrienta.

Esa vez fue él quien respondió con exigencia. Me agarró las caderas, ignorando el bajo de mi vestido arremolinado alrededor y el mango de Infalible, y tomó el control. Marcó el ritmo de mi pelvis contra su miembro, uno desvergonzadamente lento y sensual, mientras el jugueteo de su boca se recrudecía. No tardó en atrapar mi labio inferior con los dientes y darle el apretón justo, rozando el límite entre el placer y el dolor.

Proferí un gemido obsceno y sostenido.

—No dejes de hacer eso —suplicó, aún dueño de mi labio. Lo liberó y la punta de su lengua

lo humedeció antes de atraparlo de nuevo. Succionó con lascivia, de un modo tan indecente que vi las estrellas al imaginarme esa misma succión en otras zonas de mi cuerpo. Volví a sollozar—. Me encanta oírte.

Me derretí por completo bajo esa presión constante y controlada y batallé por mover la pelvis. Su erección palpitó contra mi centro, pero sus manos poderosas me retuvieron con picardía. Una risita baja y sucia brotó de él y le golpeé el pecho.

—Quieta. —Tiró de nuevo con los dientes, incrementando la presión en mi labio y en mis caderas. Juré por todos los dioses que si no paraba *ya*, iba a follármelo allí mismo por muchos restos de sangre que ensuciaran el agua. Y lo detestaba; detestaba que tuviese ese poder sobre mí, tan incontrolable y potente como para enloquecerme sin apenas hacer nada.

Insistí de nuevo, impulsándome de los músculos de mis muslos con un ladrido exasperado. Sentí su sonrisa dibujarse contra mi boca antes de que me soltara las caderas y hundiese la espalda contra la bañera. Colocó los codos sobre el borde, abriendo los brazos, invitándome a ir tras él.

Era todo mío si así lo deseaba. Y lo hacía.

Aniquilé el hueco que nos separaba y clavé las uñas sobre su pecho para retenerlo en el sitio, como él había hecho conmigo.

Busqué su garganta con crueldad, la boca abierta. Lamí su nuez y arqueó el cuello hacia atrás, luego profirió un jadeo entrecortado cuando rocé con los dientes la curvatura perfecta de su mandíbula. Sus nudillos palidecieron cuando los contrajo con fuerza, peleando por mantener las manos lejos de mí. Solo verlo así, debatiéndose bajo mi boca, consiguió excitarme más. Y, joder, era una puta proeza.

—Me gusta verte así. —Mordí su nuez. Su ronroneo hondo reverberó sobre mis labios—. Sin control.

—No te equivoques, Queen. No te gustaría verme así.

Me detuve ante la repulsión que escondían sus palabras. Mi excitación me gritaba que me *encantaría* verlo así, que *quería* verlo así. Pero el ínfimo sentido común que conservaba me recordó que no se estaba refiriendo a un inofensivo juego de dominancia y sumisión.

Hacía días que me había explicado cómo el deseo físico despertaba su instinto de evocador. No había sido consciente de lo que eso conllevaba en la práctica, de lo frustrante que debía ser para él mantener siempre cierta distancia incluso cuando todo su cuerpo le suplicaba que la arrasase.

—¿Alguna vez te has corrido?

Sabía que había tenido relaciones —era obvio que tenía experiencia—, si bien eso no implicaba que hubiese experimentado un orgasmo. Y tal vez mi deducción era estúpida, pero conociéndolo como empezaba a hacerlo, temía que fuera real; disfrutar desde la plena consciencia era muy distinto a doblegarse ante el descontrol, por mucho que ese descontrol fuese efímero. Y él jamás se arriesgaría a sucumbir a su naturaleza más oscura por unos segundos de placer animal.

Mi pregunta le robó una carcajada abrupta y me sonrojé. A pesar de eso, no desistí.

—Acompañado —especifiqué, porque su mano y él no contaban.

Su altanería se esfumó al advertir la seriedad en mi voz.

—Sí. Una vez.

—¿*Una vez*?

—Y no debería haber pasado.

—Debería haber pasado cada vez que lo hubieses deseado —repliqué, notando una mezcolanza de emociones en mi pecho. Era injusto—. Y quiero que pase conmigo, si llegas a ese punto.

Sus manos me rodearon la espalda baja y me aproximaron a él. Me miró con intensidad, como si no supiese qué decir, y, tras unos segundos eternos, depositó un beso suave sobre mi boca. Cuando presionó con la punta de la lengua, lo dejé entrar. Ahondó con calma, enroscándose en mí para memorizar mi sabor. Aunque seguía dándole vueltas a lo que me acababa de confesar, decenas de cosquillas ardientes se expandieron por mi columna y me distrajeron.

—Hace tiempo que no hago esto. —Me lanzó una mirada elocuente, unos segundos después de distanciarse de mi boca. A pesar de la extraña sensación que aún anidaba en mi pecho, no pude evitar reírme por la nariz al ver su expresión comprometida.

Subí la mano por su pecho mojado y jugueteé con su collar.

—No importa, mi última vez fue hace al menos tres meses.

—La mía fue… hace algo más de tres meses.

Enarqué la ceja y aparté la atención de su colgante para mirarlo a los ojos. No necesité que añadiese nada más para saber que ese «algo más» era en realidad «*bastante* más».

¿Tan complicado le resultaba encontrar amantes? Con ese físico era difícil de creer, aunque, en el fondo, no debería extrañarme. La mayoría de la gente optaba por mantenerse alejada de los evocadores, por mucho magnetismo seductor que desprendieran. Y aunque su mestizaje pudiese facilitarle la conquista, algo que dudaba, estaba segura de que no se arriesgaría a exponer su secreto por un simple polvo.

—¿Nivel «Necesito un recordatorio de la anatomía femenina básica, por favor»?

Nasir rio entre dientes y alargó el cuello para rozar el lóbulo de mi oreja. Apreté los dientes al sentir su aliento constante en ese trozo de piel tan sensible.

—Creo que, después de Palacio, quedó claro que esa parte la recuerdo bastante bien. —Cierto; me había demostrado que sus dedos no eran nada torpes. Como si quisiera refrescarme la memoria, su pulgar ascendió por el costado de mi cuerpo y tocó la frontera inferior de mi pecho, encendiéndome de golpe—. Más bien, nivel «Puede que sea impaciente y brusco».

Lo atravesé con la mirada, reteniendo una sonrisa oscura a duras penas. Su cantidad de paciencia era *mucho* más alta que la mía; igualmente, ninguna de las opciones sonaba nada mal.

—Nasir —me incliné y le acaricié la punta de la nariz con la mía—, yo siempre soy impaciente y brusca.

Le regalé una pasada de lengua sobre los labios. Como respuesta, me propinó un mordisco en el cuello que hizo que viera las estrellas y empezase a mecerme de nuevo contra él, cruzando los brazos sobre sus hombros para moverme mejor. Esa fricción lo invitó a trazar la curva de mi pecho con la uña, prolongando la exploración hasta que cada fibra de mi ser lo odió y anheló al

mismo tiempo. Solo entonces, abrió la palma y lo apretó.

No distinguí quién sollozó antes.

Empecé a arder en cuanto lo masajeó, friccionándome el pezón endurecido, y detesté continuar con el vestido puesto. Necesitaba quitármelo de una jodida vez y sentir esa misma caricia sin ropa de por medio. Sin dudar, me llevé las manos al escote y a los hombros y tiré del tejido hasta quedarme desnuda de cintura para arriba.

Al instante, sus ojos descendieron sobre mí, deleitándose en cada detalle insignificante. No es que tuviera mucho pecho, pero, por la forma en la que su cuerpo reaccionó entre mis muslos, a él parecía importarle tan poco como a mí. *Como mínimo*.

—Hum… —sus dedos bajaron hasta mi ombligo, rodeando los resquicios de la quemadura —, ¿esto de aquí era un *piercing*? Con toda la sangre e inflamación de anoche, no lo vi.

—Sí, uno de mis catalizadores de vanadio.

Y mi favorito de los tres que había poseído; el último que había vendido en Asara a cambio de unas monedas con las que comprar más arciris.

Acarició la perforación, embelesado.

—Eres preciosa, Queen.

Me contraje hasta la punta de los pies ante la mezcla de ternura y deseo que empañaba sus palabras. Y después, al ver cómo se inclinaba hacia mi torso.

Solté el aire de golpe cuando tomó mi pecho con la boca y exploró cada centímetro de piel con los labios, reteniéndome de la cadera con su mano. Con una infinita paciencia que yo no poseía, besó aquí y allí hasta empacharse de mí; solo después, entreabrió los labios y avanzó hacia mi pezón.

Fue una tortura. Cada segundo de su ascenso fue una puta tortura. Una que no hizo más que empeorar cuando por fin alcanzó la cima de mi seno y su lengua y sus dientes tomaron protagonismo. Succionó con lentitud, incrementando el placer con una caricia húmeda, y me arqueé con tanta brusquedad que el agua salpicó el suelo.

Al minuto, no podía más; por mucho que me friccionase contra su erección en busca de algo de alivio, las ganas de hundirme en él eran insostenibles. Lo necesitaba dentro de mí *ya* o estallaría en cientos de pedazos.

—*Nasir*.

Antes de que pudiese pestañear, me agarró de las nalgas y se puso de pie conmigo encima.

Apreté las piernas alrededor de su cintura mojada. El espejo semiempañado me regaló una imagen gloriosa de su trasero y de nuestra posición. Todo era indecente: mi vestido empapado y aglutinado sobre mi cadera, sus manos amarrando mi trasero, mis pechos endurecidos y sensibles…

—¿Cama o lavabo?

Me estremecí ante su susurro gutural y presioné más con las piernas.

Compartimos una mirada cómplice.

—Lavabo —concluímos a la vez.

Solté una risita baja y, en cuanto quise darme cuenta, estaba sentada en el mueble del baño con la espalda contra el espejo y él enterrado entre mis muslos. Sin esperarlo, retiró de un

manotazo las armas que había dejado ordenadas al desvestirse. El metal chocó contra las baldosas con un estruendo.

—No me gustaría que te lastimaras —explicó al advertir mi miradita.

—Pero las has *lanzado*. No colocado con amor y calma. —Aleteé las pestañas y sonreí con inocencia fingida—. Nunca pensé verte hacerle eso a tus cuchillos. ¿Acaso estás *impaciente*?

—Me temo que sí.

Me besó mientras me desabrochaba el cinto de Infalible, que dejó caer sobre las demás dagas, y mi altanería se derritió al notar sus manos colándose por debajo de mi falda. Pasó los dedos por el lateral de mis bragas y las atrapó. Levanté la cadera, asintiendo cuando me pidió permiso con la mirada, y las deslizó por mis muslos hasta los tobillos. Sentí que el mundo se sacudía hasta los cimientos cuando enterró la mano entre mis muslos y descubrió mi humedad.

—*Queen*.

Jugó con un dedo, tanteando mi entrada. Sollocé y me arqueé contra el espejo, anticipando ese placer que me devoraría en cuanto me llenase de él.

—Quiero verte —gruñí.

Detuvo la exploración y arqueó una ceja.

Soltó una risita oscura al ver mi expresión exigente, una que me erizó y me hizo arrepentirme de lo que acababa de pedir, y dio un paso atrás con las manos levantadas. Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba cuando me mordí el labio con fuerza.

Fuera del agua, su piel relucía por el centenar de gotitas acumuladas, mientras que la claraboya proyectaba sombras del todo obscenas sobre cada uno de sus músculos. La anchura de sus hombros era perfecta, al igual que los ángulos de su pecho entrenado. No tenía más cicatrices aparte de las dos que ya había visto, aunque la del vientre se extendía mucho más lejos de lo que había imaginado, perdiéndose muy cerca de su ingle izquierda y más abajo. Le hubiese preguntado al respecto… si no hubiese perdido la capacidad de raciocinio ante su poderoso abdomen cincelado en V y su erección.

Joder, estaba tan duro que la boca se me hizo agua y friccioné los muslos al notar que me empapaba más. Me imaginé cómo se sentiría su pene sobre mi lengua, entre mis labios. Seguramente se sentiría tan bien como su boca. Y los soniditos que escaparían de él en cuanto empezara a moverme… Uf, necesitaba descubrir cada uno de esos sonidos.

Emitió un gruñido gutural y su pene se contrajo. Hora de apartar los ojos.

—¿Satisfecha? —Dio un paso hacia mí.

—Mucho.

Se posicionó entre mis piernas y me agarró los muslos para retomar el control, pero interpuse el brazo izquierdo entre los dos. Se estremeció cuando le rocé el pezón, hundió la cabeza hacia atrás y me lanzó una mirada de advertencia. La ignoré y seguí bajando la mano hasta envolver su erección con los dedos; la sensación fue maravillosa. Gruñó con aspereza cuando acaricié su punta sensible y mojada, antes de que empezara a bombearla, una vez tras otra, hasta que su respiración se volvió fugaz y arrítmica contra mi boca.

Apoyó un brazo contra el espejo, de golpe, como si necesitase otro punto de sujeción. Por la manera en la que sus caderas se movían arriba y abajo contra mi mano, no aguantaría mucho

más. Endurecí el movimiento, sin importarme que encontrara su propio alivio… Pero entonces me agarró la muñeca y la retuvo contra el espejo.

Por la manera en la que me devoró con los ojos, supe que era su turno, y asentí con desesperación al distinguir qué deseaba. Solté un grito desgañitado cuando me abrió más las piernas con un empuje rudo de sus muslos e introdujo un dedo en mi interior. Al sentirme lista, metió otro, incrementando la presión de una forma deliciosa e indecente. Su pulgar no tardó en subir hasta mi clítoris. Lo acarició conforme me penetraba con los dedos, curvándolos en mi interior para acariciar mi punto sensible.

Noté la respiración atascada conforme el placer se acumulaba en mi bajo vientre con cada embestida. Sus dedos entraban y salían a un ritmo constante y seguro, mientras su pulgar… Su pulgar era lo mejor que había sentido en años. Presionó y acarició, una vez y otra, hasta que me descubrí al borde del precipicio.

No me reprimí cuando el orgasmo me atravesó. Fue como un relámpago ardiente y furioso que me empujó hacia arriba, bien alto, y me dejó sin aliento ni sentido de la orientación.

En cuanto me recuperé, me descubrí deseando más.

Me precipité sobre su boca, acomodando las nalgas sobre el borde del lavabo para alinearme con la punta húmeda de su pene. Lo necesitaba como el maldito aire, así que, con un empuje ardiente de la lengua, lo hundí en mí.

El placer me rompió y me reconstruyó una decena de veces conforme Nasir se enterraba en mi interior, cada vez más hondo. Él emitió un sonido del todo animal al notar mis paredes apretadas sosteniéndolo, y acunó mis mejillas. A pesar de todo, no se movió, como si estuviese esperando a que mi cuerpo se adaptase a cada centímetro de él.

No necesitaba adaptarme. Necesitaba que follásemos.

Ondulé la cadera con decisión, más profundo esa vez. Se sentía tan ceñido a mí que, solo con eso, un ardor delicioso me nubló la visión. Él respondió con un siseo y la presión se incrementó, arrancándome un gemido del todo indecente.

—*Nasir*.

No tuve que decir nada más para que empezara a moverse al mismo ritmo incesante de mis caderas, y la tensión en mi bajo vientre se acumuló precipitadamente.

—No te corras todavía —pidió entre dientes, aunque sus ojos me desafiaban a hacer todo lo contrario. En esos momentos, estaban prácticamente borgoña.

Me costó enfocar la mirada.

—Me gusta mucho.

Sonrió con sensualidad contra mis labios y subió un poco más mi falda.

Se deslizó fuera de mí. Bajé la mirada, regodeándome en la punta brillante de su miembro antes de que me penetrase otra vez. Era obsceno verlo entrar y salir de mí con esa cadencia.

Cerré los ojos y rodeé más fuerte su cintura con los tobillos, temiendo caerme del lavabo en cualquier momento. Los músculos de mis abdominales y mis muslos estaban tan rígidos que empezaron a temblar.

—Joder.

Enredé los brazos sobre su nuca y ondulé la pelvis para friccionarme con rabia. Notaba el

orgasmo acumulándose en mi bajo vientre, la respiración acelerándose con cada empuje de nuestras caderas. Ya no sabía qué estaba haciendo, ni dónde terminaba mi cuerpo y empezaba el suyo. Solo sentía el sudor goteando por mi cuello, su aliento acelerado peleando contra el mío y nuestras embestidas simultáneas.

Cuando no pude más, aparté una mano de su nuca y la enterré entre las piernas. Empecé a tocarme en busca del orgasmo y Nasir ladró de puro placer al verme acariciándome. Me penetró con fuerza, con unas arremetidas concisas y rápidas, sujetándome las nalgas para controlar el movimiento. Cada rincón de mí se estremeció, se retorció y se tensó al notarlo tan apretado en mi interior. Tomándome con potencia, bombeando mientras me desgañitaba en sollozos.

Con un par más de empujes profundos, estallé.

Busqué su espalda para sujetarme conforme el orgasmo me destruía. Me arqueé contra el espejo, sin importarme ni siquiera el tirón de mi cuello dolorido, mientras las contracciones se intensificaban al máximo. Él continuó moviéndose en mi interior, procurando regalarme más placer y alargar ese instante.

Solo cuando las sacudidas se aquietaron y me dejaron una sensación cosquillosa por todo el cuerpo, se retiró. Me besó el hombro y, a pesar de mi desorientación, me pareció notar que era un beso suave y tierno. Permaneció allí unos instantes, intentando acompasar su respiración aún entrecortada con la mía. Era consciente de que él no había terminado y quería paliar esa situación, si él me dejaba. Pero el cuerpo no me respondía. Ni siquiera era capaz de articular palabra. Respirar ya era un esfuerzo titánico.

Sin que apenas fuese consciente, me acabó de bajar el vestido empapado, que había quedado olvidado en mis caderas, y me envolvió con la toalla.

—¿Quieres dormir sola?

La vacilación en su voz me espabiló un poco.

En algún punto entre quitarme el vestido y coger la toalla, se había puesto los pantalones que le había encontrado. Le quedaban un poco justos en algunos sitios interesantes.

Busqué sus ojos, aún hipersensible por lo que acababa de ocurrir.

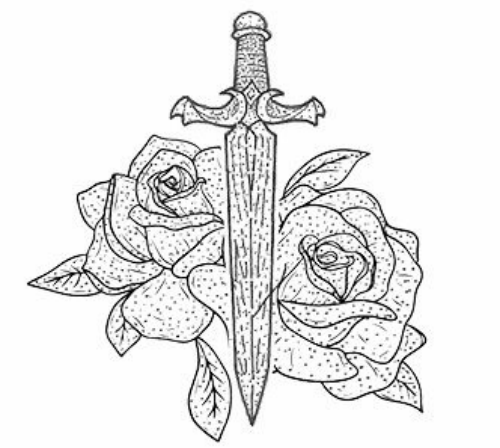
—No. —Mi voz salió ronca. Había gritado demasiado.

Esbozó una media luna con los labios y me rodeó la parte de atrás de las rodillas. Con un impulso, me sujetó contra su torso. Estaba tan laxa que el trayecto hasta la cama se sintió como si estuviese flotando.

Me ayudó a vestirme con un pantalón holgado y un jersey que sacó de la cómoda y nos metimos bajo las mantas.

Esa noche, no hubo ningún fuerte de almohadas separándonos ni velas pyrenses iluminando la oscuridad. Me enrosqué contra su cuerpo, tan pegada como pude, y sus brazos rodearon mis hombros.

No recordaba la última vez que me había sentido tan viva.



39

El repiqueteo de la lluvia rompió el silencio del dormitorio y me despertó, robándome un gruñido molesto. Notaba los músculos pesados, tan relajados bajo el calor de las mantas que rodar sobre mi costado para desperezarme se convirtió en un verdadero martirio. Al menos, hasta que recordé que no estaba sola.

Mi cuerpo se tensó de placer ante las notas a romero y lluvia que impregnaban las sábanas y mi piel. Sobre todo, mi piel.

Me había acostado con Nasir y, lejos de parecerme un arrebato del todo irracional, sentía alivio. Después de lo que habíamos hecho, después de cómo nos habíamos comido, de todo lo que *había sentido*…, no tenía ninguna duda de que los efectos de su evocación habían dejado de afectarnos y que estábamos limpios. Aunque, en el fondo, una parte de mí ya lo había sabido desde el principio: lo había deseado desde que lo vi apoyado en el callejón de detrás de El Valynés, con ese uniforme pegado al cuerpo y la capa cayendo por su costado.

Quizás eso debería preocuparme, que un medio evocador pudiese exponer mis instintos más bajos de esa forma y con tanta ansiedad. Pero, ¿importaba? Quedaban solo cuatro días para la fiesta de la Conquista y, aunque estuviese intentando evitar pensar en ello para mantener la calma y centrarme, era muy consciente de lo jodida que estaba. No teníamos nada. Y por mucho que el ataque de la noche anterior nos pudiese abrir nuevas vías de investigación, el margen para localizar a los rebeldes y negociar con ellos era ínfimo.

Eso solo significaba una cosa.

El terror trepó por mi columna vertebral como una garra filosa y me presionó la garganta. Dorian había sido claro en nuestra última conversación: en cuanto regresara con él, me encerraría en el sótano hasta que exhalase mi último aliento, sin importarle nada más que mantenerme con vida. Y para que un cuerpo se mantuviese con vida, *el cuerpo de una bruja*…, bastaba con muy poco. Un mínimo de comida y agua y un insignificante descanso.

Yo era muy joven aún. Todavía podría vivir más de dos siglos, incluso con nuestro pacto influyendo sobre mí. Dos siglos en la única compañía de Dorian, atada a su voluntad y a sus

castigos. Sin apreciar la luz del sol, sin volver a hablar con Nasir ni a bromear con Dryan, quien ya habría muerto tiempo atrás. Sin volver a ver a Jayde o a Darius.

El corazón se me contrajo y noté una humedad rabiosa acumularse bajo mis párpados. ¿Eso era lo que me esperaba en cuanto la fiesta de la Conquista acabase? ¿Sumisión y palizas? No, no regresaría a los pies de Dorian hasta que Darius estuviese de vuelta en Denesse, por mucho que eso me convirtiese en una fugitiva en todo Oriente. Podía ser que yo estuviese perdida, que ni siquiera la sangre de mi madre o su magia sepulcral me sirvieran para regresar a las islas, pero mi hermano seguía teniendo derecho a gobernar. Era el príncipe legítimo, y con él al mando… los brujos podríamos renacer.

Entreabrí los ojos cuando la humedad me sobrepasó. Me sequé las lágrimas con la manga del jersey en un movimiento rudo y frustrado y giré sobre mí misma en busca de Nasir. Si solo me quedaban cuatro días antes de convertirme en una paria en busca y captura, pensaba aprovecharlos a fondo. Eso empezaba por repetir lo de anoche.

Pero estaba sola.

La tensión anticipatoria que acompañaba la idea de besarlo, de tocarlo, murió tan rápido como había florecido. Me incorporé con velocidad, las sábanas aglutinándose en mi vientre. La quemadura de mi abdomen debía haber sanado, porque no noté ningún ardor cuando tiré de mis abdominales. Solo una punzada de decepción al ver que no había rastro de Nasir en el dormitorio.

Suspiré y me dejé caer en la cama con brusquedad, ojeando el techo. Inevitablemente, el recuerdo de mi primera vez con Jayde se dibujó entre mis cejas.

Fue a los cuatro días de que iniciase mi entrenamiento militar, después de que nuestro mentor nos obligase a formar pareja —una idea del todo retorcida, dado que ambos representábamos a las familias más poderosas de las islas—. Derroté a Jayde cada una de las veces que entrenamos juntos, y cada una de ellas conllevó demasiado roce por mi parte y por la suya. Un roce que terminó conmigo montada sobre él en su cama, sudando y dando rienda suelta a un tipo de entrenamiento muy diferente. Aunque fue un sexo maravilloso, me largué en cuanto se quedó dormido, extrañamente intimidada por estar en el dormitorio de un Black.

¿Qué habría sentido Nasir para haber acabado yéndose, como hice yo? ¿Tal vez se había arrepentido de lo que había sucedido entre los dos? Cuando lo besé, había dudado…, aunque después no había tardado en entregarse a mi boca con las mismas ganas que yo a la suya.

Se me erizó la piel. Todo me había enloquecido con tanta intensidad que debería abochornarme un poco, a pesar de que no lo hacía. La manera de besarme, de mirarme, de penetrarme. Y él… Él había sucumbido junto a mí, engullido en esa espiral de sensaciones ardientes y desesperadas, disfrutando, dejándose arrastrar…

Hasta cierto punto.

«Una vez». Se había corrido una única vez acompañado. ¿Cuántos años tendría? ¿Unos treinta? Era más joven que yo, y muy joven entre los brujos; a pesar de eso, era injusto. No por el hecho en sí, sino porque era el reflejo de su propia represión. Y los brujos no estábamos hechos para cohibirnos en el dormitorio: disfrutábamos del sexo, compartíamos y experimentábamos, en pareja o en grupo, y lo usábamos cuando lo necesitábamos para recargarnos gracias a la Unión.

Por algún motivo que no comprendía del todo, quería que para él fuese igual que para cualquier otro brujo. Como si fuese uno de los nuestros.

Me hundí unos segundos más contra el colchón y, tras un par de minutos procurando apaciguar mi mente, salí de la cama. Me envolví los hombros con una manta, que con casi total seguridad no estaba allí cuando me dormí, y me encaminé hacia la puerta.

El calor agradable de la chimenea me envolvió en cuanto la abrí.

Nasir estaba sentado en la repisa de la ventana, estudiando el exterior con la mirada atenta de un soldado. Para mi desgracia, ya se había vestido de la cabeza a los pies, ajustado el cinto de los cuchillos alrededor de la cadera y anudado las botas.

Me acerqué a él, ciñendo más la manta a los hombros, y eché un vistazo a la calle para evitar su escrutinio. A pesar de la lluvia rabiosa que caía sin piedad sobre el empedrado, los primeros inicios de la mañana ya estaban presentes, y algunos mercaderes corrían de aquí para allá sorteando a los últimos borrachos que acababan de salir de las tabernas.

—¿Has descansado? —Sus ojos descendieron hasta mi cuello conforme su dedo acompañaba el trayecto, sinuoso. Me alzó un poco el mentón, y añadió—: Tienes mucho mejor la marca de anoche. Apenas queda irritación.

Lo miré sin saber qué decir. Lo cierto era que apenas había sido consciente de ella la noche anterior, ni siquiera cuando me había arqueado contra el espejo por los estallidos de placer. Y en ese mismo momento, solo percibía un muy ligero cosquilleo caliente alrededor de la nuez.

Por inercia, busqué el punto donde el rebelde lo había alcanzado a él con el cobalto: no quedaba rastro sobre su piel, ni siquiera un insignificante enrojecimiento.

—¿Por qué te has marchado?

En el fondo, debería darme lo mismo. Que nos hubiésemos acostado no significaba nada. Me había acostado con decenas de hombres en los últimos años y ni siquiera recordaba sus rostros. Lo que había pasado en el baño había sido solo el estallido del deseo y la atracción que sentíamos físicamente, nada más. No había sentimientos de por medio complicándolo todo. Y daba gracias al Padre y a la Madre por ello, porque ya había tenido suficiente con que Jayde me arrancase el corazón, lo despedazara y enterrase los trocitos tan hondo dentro de mí que jamás podría recuperarlos.

Entonces, ¿por qué la idea de que se arrepintiese me picaba bajo la piel?

Nasir tomó aire por la nariz y sus dedos rodearon mi collar. Lo sopesó, absorto en el brillo reluciente de la plata. El suyo se había escabullido del cuello de su camisa y relucía contra el centro de su esternón. Por primera vez, algo en mí vibró ante la idea de que compartiésemos ese colgante, aunque fuese temporalmente.

—No quiero ser como él.

Parpadeé, aturdida por su respuesta. Sin embargo, no tardé en entender sus palabras.

—Tú no eres como Sombrael.

—¿No? Parte de su esencia está en mi interior. Y esa parte se relame cada vez que estás cerca de mí. ¿Y si se impusiera a pesar de mis intentos por controlarla? No pienso repetir la historia de mi madre contigo.

Esa última frase salió de su garganta con desprecio, como si le doliese solo pronunciarla.

Me conmocionó.

—Nunca serás él. —Tomé su barbilla para que me mirase a la cara. Aunque se resistió un instante, cedió a regañadientes. Solo cuando tuve su atención plena, añadí—: Y no sucumbirás, por mucho que esa esencia esté en ti. Yo no te lo permitiré.

Me lanzó una mirada que me arrancó el aire de la caja torácica. Lo empezaba a conocer lo suficiente como para saber que estaba cavilando una réplica. También para saber que debía apartar la atención de él si no quería que descubriese el nerviosismo estúpido que me atosigaba el gaznate.

Esperé a que hablase. Pero tuvo que renunciar a rebatirme porque, sin esperarlo, se inclinó y apretó su boca contra la mía.

Por un segundo, no supe cómo responder. Nasir me estaba besando sin pretextos y, por la posición de su cuerpo y la manera de explorarme, suave y confiada, no tenía intenciones de ir más allá de ese jugueteo.

En mi cabeza, una vocecita molesta me refunfuñó que me apartara, que impusiese límites entre los dos. A mis anteriores conquistas de una noche nunca les había permitido besarme después de haber tomado de ellas lo que deseaba.

Pero tampoco había dormido apretada contra sus cuerpos.

Sonreí, extrañamente plena, y moví la boca sobre la suya, adaptándome a su cadencia decidida y delicada al mismo tiempo. Bebí de él, de esa conexión, disfrutando cada mínimo roce de nuestros labios. Se sentía tan bien que no tardé en acalorarme y querer más, tanto que le lamí el labio inferior en una petición. Él cedió con un gruñidito aterciopelado, y vi las estrellas cuando sus labios se abrieron sobre los míos y entré en él.

—Sabes demasiado bien —murmuró cuando nos separamos para recuperar el aliento. Apoyó la frente en la mía, tomando una bocanada de aire antes de alejarse de mí.

Gemí en protesta, pero me obligué a imitarlo y a reposicionarme sobre la repisa, ya que, con el beso, parte de mi cuerpo había acabado sobre sus muslos. Teníamos una conversación importante pendiente, por mucho que a mi entrepierna le diese igual. Y a la suya, por lo abultado de su pantalón.

Me regalé un minuto antes de decir:

—Los rebeldes que me asaltaron anoche me confesaron que, dentro de sus planes de atacar el teatro, estaba el separarnos e intentar matarnos. *Matarme* —me corregí, poniendo los ojos en blanco al recordar a la asesina—. ¿Fueron a por ti en el teatro? Insinuaron que te querían atrapar. Y luego, esa rebelde dijo que…

—Que se morían de ganas de jugar conmigo. —Me mordí la mejilla por dentro—. Escapé del teatro en cuanto estalló el fuego para que el resto de evocadores no pudieran pedirme que me uniese a ellos. Me refugié en la calle paralela, esperándote, pero entonces un grupo de rebeldes me asaltó.

—¿Un grupo?

—Nada que no pudiese controlar. —Su intento por tranquilizarme me hizo resoplar. Con un encogimiento de hombros, añadió—: Los maté a casi todos, aunque uno se escapó cuando resonó el segundo estallido. Temo que pueda haberse percatado de que soy un farsante.

—¿Por qué? ¿Hiciste algo sospechoso?

—Ese el problema, que no hice nada. No empleé mi poder de evocador. Y cualquiera haría conjeturas al respecto: ¿por qué Sombrael, uno de los evocadores más violentos y crueles en Irinea, no ha usado su magia contra unos rebeldes? Es, cuando menos, insólito.

No podía contradecirlo. Si yo hubiese estado en la situación de los rebeldes, ahora mismo estaría barajando cientos de suposiciones sobre él.

—¿Y por qué no lo hiciste? Podrías… haberte alimentado de sus mentes.

—No. —Su voz sonó seca y dura—. Hace años que renuncié a ese poder. No voy a convertirme en lo que odio. —Apretó los nudillos y los relajó. Con una mueca, añadió como si nada—: Lo sorprendente es que solo intentaron aprisionarme y golpearme para que perdiese el conocimiento.

La lengua me dio un tirón incómodo. No concebía la idea de que alguien intentase retenerlo a su merced.

—Supongo que tiene que ver con lo que dijo la asesina. Aunque no sé qué pretenden conseguir conmigo.

—Lo más seguro es que estén interesados en la información que puedas revelarles. Ellos creen que eres Sombrael; pensarán que tienes conocimiento sobre planos, contactos…

Nasir no dijo nada, aunque me observó tras las pestañas castañas con atención. Cavilando en silencio, como siempre.

—Deberíamos inspeccionar el teatro a fondo —propuse—. La rebelde dijo que el acceso a los túneles estaba…

—«Delante de ti» —terminamos a la vez.

Asentí, una mueca cómplice dibujándose en las comisuras de mis labios. Nasir la correspondió con un cabeceo y dijo:

—Prepárate y nos vamos.

Me incorporé, estirando los brazos por encima de la coronilla. Luego, eché la cabeza hacia delante y me recogí el pelo en una coleta alta. Pero cuando iba a encaminarme hacia las botas, Nasir me retuvo del codo.

Se había puesto de pie y me observaba ceñudo por encima de la nariz.

—Anoche me preguntaste si había tomado decisiones arriesgadas por amor. Y quiero que sepas que… El contacto que me habló de la Torre de la Niebla, de todo lo que sé sobre ella y sobre cómo localizarla, fue mi prometida, Elara. Era una alquimista custodio al servicio de Allania. —Tomó aire por las fosas nasales y añadió—: *Humana*.

No dije nada. Había llegado a sospecharlo mientras rumiaba fuera del baño; luego, nuestra conversación posterior acabó por darme la razón. Por lo que había insinuado, su relación había conllevado riesgos, descartando de esa manera que su pareja se hubiese tratado de una evocadora. El tatuaje, sin embargo, me había hecho dudar: ¿habría sido una bruja? Nasir, al ser un mestizo, no tenía derecho a emparejarse de la misma forma que lo hacíamos nosotros, por lo que podría haber querido recrear al máximo la tradición aun sin poder llevarla a cabo. Pero el dedo… era el mismo que los humanos escogían para llevar sus alianzas.

Con su confesión, entendía mejor la angustia que me había dejado ver. No es que los brujos

fuésemos mucho más herméticos que los humanos; nuestra mente seguía expuesta como la suya, pero, al menos, resistíamos un poco más a los ataques de los evocadores. Seguramente, a eso se había referido con lo de que había sido peligroso y egoísta haberse dejado llevar con ella.

Me obligué a arrinconar mis cavilaciones y a centrarme en un detalle más importante: su prometida, Elara, había sido alquimista. Y además, una alquimista…

—¿«Custodio»? ¿Qué significa? Nunca he oído nada al respecto.

—Ni tú ni nadie, ni siquiera los evocadores. Como te expliqué, hace tiempo se instauró un método de comunicación para que el gobierno de Ríos Altos pudiera localizar la torre cuando lo necesitara. Lo que nadie sabe es que ese método incluía a dos alquimistas que lo controlaban. Se les denominaba custodios.

»Elara y su compañera, Nashara, fueron las alquimistas custodio que se encargaron de proteger el secreto durante la guerra. Si estamos aquí es por Nashara; es la alquimista que está con los rebeldes. Y la única que puede interpretar esto. —Levantó la mano tatuada. Arrugué el entrecejo ante la tinta que decoraba su dedo anular—. Mi tatuaje es más que una promesa de amor y lealtad que sellé con Elara, es un mapa. Al menos, eso creo. No pudo darme más información al respecto. Solo me condujo al libro que lo contenía para tatuármelo con un encantamiento y me pidió que buscara a Nashara y la llevase hasta la torre. Después de eso, destruyó el libro.

Tomé aliento. El olor a leña quemada me masajeó los pulmones, pero no bastó para aquietar mis pulsaciones.

—¿Y por qué te involucraste en buscarme? Si solo necesitabas encontrar a Nashara y llevarla a la torre, ¿para qué trabajar con Kerisha?

—Porque… —Apartó la mirada—. Quiero ser uno de los vuestros. Un brujo por derecho propio. Y al saber que alguien del Consejo de Denesse buscaba desesperadamente a un rastreador, no pude evitar inmiscuirme.

—Ella por sí sola no tiene ese poder, Nasir. No puede nombrarte… brujo —murmuré tras un momento, dudando en si decirlo o no—. Necesitarías la aprobación unánime del Consejo o de la reina.

—Lo sé, me lo dijo. Solo me prometió proponerlo, insistiendo para que me permitiesen aunque fuera reunirme con ellos.

Crucé los brazos sobre el pecho. El Consejo jamás permitiría que un mestizo de evocador tuviese el derecho a vivir en Denesse, a formar parte del ejército o a emparejarse con otro de los nuestros. Y la reina bruja, mucho menos.

—No sé qué esconde la torre —dijo, retomando la conversación anterior como si estuviese incómodo. Me había soltado el codo; sin embargo, permanecía pegado a mí—. Pero estoy seguro de que es lo suficientemente peligroso y poderoso como para que Elara diese su vida por protegerla. Y para que todos los regentes de los Palacios y los altos cargos militares estén involucrados en su búsqueda.

—¿*Los regentes*? ¿Eso quiere decir que Tristán va detrás de la torre?

Me temblaron las rodillas cuando lo confirmó con un gesto de la cabeza.

Lo más seguro era que mi presentimiento fuese erróneo, que estuviera conectando puntos

que no tenían ningún sentido, porque si no…

Joder, no podía ser que… ¿O sí?

—¿Sabes si hay otro método para encontrarla? —Mis latidos se habían precipitado y mi pregunta brotó rápida e inquieta—: ¿Uno relacionado con una brújula?

—¿Una brújula?

—El regente tiene una brújula. Es… peculiar e inestable. En los Archivos, parecía excesivamente interesado en encontrar una manera de arreglarla o interpretarla. ¿Y si marcase el rumbo hacia la Torre de la Niebla? —El cerebro me iba a estallar, y tuve que empezar a andar de un lado para otro, estrujándome los sesos para recordar cualquier detalle relacionado con la brújula.

Nasir se interpuso en mi caminar ajetreado y me retuvo de la cintura.

—Elara no me habló de ninguna brújula. Solo del libro —contestó, su expresión pensativa —. Pero si Tristán está tan interesado en esa brújula… No sé qué pensar. ¿Y si alguien hubiese desarrollado otro método para localizarla? No podemos descartar la posibilidad.

Me mordí el labio con tanta inquina que estuve a punto de abrírmelo.

—*Espera* —el corazón se me paró en el pecho—, ¿has dicho que los altos cargos militares *también* están involucrados en la búsqueda?

Nasir frunció el ceño y asintió.

Me tensé hasta los dedos de los pies, analizando cada detalle desde la noche de El Insumergible con una nueva perspectiva.

Dorian era partícipe de todo aquello y, como sospechaba con el regente, temía que él también hubiese relacionado de alguna forma el objeto con una posible manera de encontrar la torre. Quizás por eso me había pedido robarla; quizás por eso llevaba años robando objetos a Amada Claeys: porque había estado buscando algo que pudiese indicarle el camino hacia esos alquimistas.

Pero entonces…

—Joder —farfullé—. *Joder*.

No.

No, no y *no*.

Me llevé las manos a la cara y Nasir me las envolvió entre las suyas.

—¿Qué pasa?

—Dorian —dije a toda prisa, la lengua tan seca que me molestaba—. Él me mandó robarla.

—¿Hum? Si tenía sospechas de que esa brújula servía para algo, es lógico que el general te ordenase que te hicieses con ella. Seguramente entregarla a Palacio le hubiese beneficiado con creces.

—No lo entiendes. —Alcé la barbilla para enfrentar sus ojos—. Él no quiere que Palacio la tenga. Dorian la quiere para *sí mismo*.

Nasir entreabrió la boca, sin soltar mis manos, algo que agradecí porque me temblaban con brusquedad bajo sus dedos.

Algo no encajaba. Algo estaba jodidamente mal. Dryan me había dicho que el sol era un símbolo relacionado con los Vanisha, un símbolo valynés que, por casualidad, había descubierto

en uno de los libros de historia del primer general…

¿Qué pasaría si los rebeldes lograsen establecer comunicación con la Torre de la Niebla? Con la ayuda de los alquimistas, podrían reavivar la guerra, incluso intentar ir un paso más allá, como Nasir y yo pretendíamos, y buscar una forma de atravesar El Abismo. Y si ellos descubrían cómo traspasarlo, nada les impediría no contárselo a la Legión Ardiente para que cruzaran a Oriente.

—Queen —su voz brotó afilada—, ¿qué insinúas?

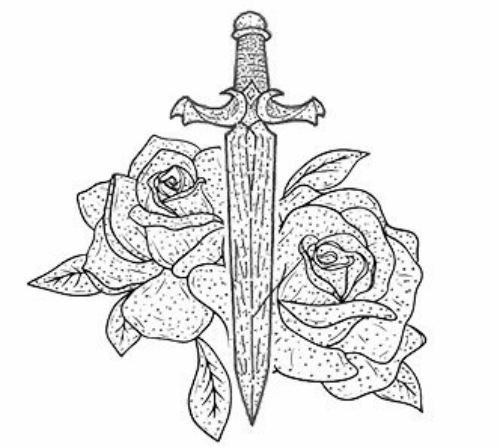
Solté una carcajada tirante que me arañó la garganta.

—¿Que *qué insinúo*? Que Dorian Yadav es el mismísimo Corazón de Zafiro.



La Estrella del Océano

Parte iv



40

Me alivió encontrar a Ceniza vagando frente al Teatro de las Olas. Estaba empapada, las gotas caían de su crin y cola en un reguero constante, como si, a pesar de la tormenta que rompía contra la ciudad, nos hubiese estado esperando en mitad de la plaza.

En cuanto nos vio doblar la esquina, mojados a pesar de nuestras capas, se encaminó hacia Nasir. Le propinó un cabeceo en el hombro que él correspondió con una palmada cariñosa en el morro antes de conducirla a los establos.

Los empleados de Ethan todavía no habían pasado por allí, porque el forraje seguía desperdigado y pisoteado a causa de la actividad frenética de la noche anterior. Teniendo en cuenta el estado lamentable de la fachada, con las hermosas cristaleras reventadas y algunas grietas en las estatuas de roca labrada, lo más probable es que el portiño hubiese decidido congregar sus esfuerzos en reparar el interior del teatro.

Al adentrarnos en él, con paso seguro y expresión dura, se me paró el corazón. El polvo en suspensión cubría las columnas sofisticadas, una niebla molesta que irritaba la garganta y los ojos, y había destrozos y sangre por doquier. Sin los ventanales, el elegante sonido que siempre recordaba a las olas y caracterizaba al teatro, se había convertido en un molesto bramar agudo. Un filoso arañazo metálico.

—¡Queen!

La voz de Dryan me hizo girarme sobre las botas, con la respiración contenida.

El capitán de la guardia estaba de una pieza, acompañado de varios de sus hombres. Solo presentaba un arañazo superficial en la mejilla, uno que, aunque inofensivo, había estado muy cerca de llevarse por delante su ojo izquierdo. Por lo demás, solo lucía unas ojeras profundas y decenas de manchas rojizas que se entremezclaban con el color de su uniforme.

Se detuvo a tres pasos de mí, cuadrando los hombros cuando Nasir se giró y lo miró con una mueca pérfida. No se acobardó ante su escrutinio indiscreto, ni siquiera cuando rio entre dientes al advertir las arrugas sobre su traje y los rizos despeinados que le cosquilleaban la frente.

—El primer general está aquí —me advirtió en voz baja, manteniendo las distancias con un

rictus profesional—. En el palco.

¿Dorian había decidido acudir allí *en persona*? Normalmente, prefería mandar a sus perros falderos a recopilar información que luego analizaba en la privacidad de su despacho. Solía estar demasiado ocupado como para involucrarse en ese tipo de actividad; al menos, eso había dicho siempre.

Oteé el palco, con el corazón en un puño, y enseguida encontré al primer general engalanado en una resplandeciente túnica blanca y dorada que denotaba su estatus y destacaba el tono azabache de su piel. Conversaba con Ethan, que presentaba un labio hinchado y el entrecejo apretado. Como si sintiese mi mirada, ladeó la cabeza en mi dirección.

Empequeñecí cuando sus ojos esmeraldas chocaron contra los míos. Eran un veneno correoso que me ulceró la piel, los músculos y los huesos. El veneno necesario como para unir a los rebeldes de todo Oriente bajo el mismo liderazgo y avivar una nueva guerra. Pero, ¿por qué? ¿Por qué el general traicionaría al emperador? Dorian siempre había sido un siervo fiel de los Vanisha, e incluso había formado parte del círculo íntimo de la difunta emperatriz, Asha.

¿Estaría malinterpretando las señales? Tal vez su interés en la brújula se limitase a un interés monetario, como había creído esas últimas semanas. Sin embargo, si era así, ¿por qué insistía tanto en conseguirla, aun sabiendo que el regente la tenía en su poder? Por mucho que pudiese cotizarse en el mercado negro, nada compensaría el ser acusado de traición al imperio.

Además, los rebeldes que me habían atacado llevaban armaduras de cobalto pyrense. Pocas personas reunían la fortuna suficiente y los contactos para conseguir una coraza así, y mucho menos, dos. En cambio, al general solo le supondría escribir unas cartas urgentes y esparcir un *poquito* de su oro sobrante en el interior. Por no mencionar sus constantes viajes en los últimos meses y su especial interés en mí. Porque si Dorian resultaba ser un rebelde encubierto a favor de la Legión Ardiente, uno con el potencial de despedazar la precaria paz actual, ¿dónde hallaría mayor placer que en tener a su merced a la jodida princesa de las islas Denesse?

No aguanté más su mirada desafiante y bajé el mentón como una cobarde, tiritando por el frío que calaba mis huesos y el fuego de su escrutinio.

Nos faltaban pruebas, entender cómo el primer general habría descubierto la supuesta relación entre la brújula y la Torre de la Niebla y qué tramaba exactamente localizándola. No obstante, el sentimiento de que estaba frente a Corazón de Zafiro, allí, en ese instante, se incrementó tanto que me tuve que morder la lengua para no acusarlo a gritos delante de todos sus soldados.

Nasir me rodeó los hombros en un gesto calculado, a la vez que saludaba al general con un aspaviento burlón y territorial. Al principio, se había mostrado reticente cuando le había contado mi teoría sobre Dorian, pero, conforme le había ido dando detalles, su expresión recelosa había cambiado a una pensativa. No podíamos ignorar las conexiones, había dicho.

No tardó en guiarme hacia el centro del teatro, sus dedos trazando una caricia suave sobre la parte más externa de mi clavícula. De alguna manera, me resultó sencillo distinguir la naturalidad de ese gesto en comparación con el otro. Y me calmó.

Miré hacia atrás, aún con el brazo de Nasir envolviéndome de esa manera tan frívola. Dryan me dedicó una sonrisa cansada y escueta antes de regresar junto a sus hombres. No volvió a

girarse en mi dirección, aunque sabía que su corazón estaría batallando ante la necesidad de arrastrarme lejos de Nasir. Al fin y al cabo, era un capitán de la guardia. Uno con el corazón henchido de bondad, pero lo suficientemente inteligente como para identificar qué batallas podía ganar y cuáles perder.

¿Estaría trabajando sin saberlo para los rebeldes que había perseguido durante años?

Tosí cuando el polvo y la ceniza del patio se infiltró en mis pulmones. Ese espacio había resultado el más perjudicado de todo el teatro: algunas vigas se habían derrumbado desde lo alto de la cúpula, y el incendio en el escenario había terminado por carbonizar parte de la estructura colindante. Por no hablar de la sangre que salpicaba los bancos. Aun con el desastre, examinamos los restos con ojo analítico, desligándonos.

Como había supuesto —y Nasir me había confirmado mientras nos dirigíamos hacia allí—, la muralla de fuego pyrense se había prendido a tal velocidad que había creado una protección casi instantánea contra los evocadores. La madera estaba más ennegrecida en ese tramo, esbozando un escudo defensivo.

—Aquí. —Nasir se agachó con las rodillas flexionadas tras varios minutos largos inspeccionando el escenario. Pasó el dedo índice por la superficie oscurecida y luego lo frotó con el pulgar—. Impregnaron con anticipación el escenario con alguna sustancia inflamable, trazando el círculo. No es brea, porque no presenta color oscuro ni viscosidad. Y tampoco les hubiese servido para prender el fuego a esa velocidad.

—¿Etanol? —propuse, acercándome a él con indiferencia y abrazándome los codos para mantener el calor corporal. No olvidaba que Dorian estaba en el palco con Ethan, muy posiblemente atento a nuestros movimientos—. Es transparente y muy inflamable. Los actores podrían haberlo pasado por alto al no desprender un aroma muy potente ni ser muy visible.

Nasir se acercó la mano a la nariz y olfateó los restos.

—Etanol —confirmó.

Se puso de pie y los cuchillos que llevaba emitieron un sonido metálico al golpear sus muslos. Ninguno de los dos llevábamos nuestros uniformes habituales y, sin la túnica de terciopelo negra cubriendo su cadera, el cinturón con las dagas quedaba expuesto a la vista de todos. Solo esperaba que a nadie le pareciese demasiado sospechoso que fuera armado después del ataque.

—¿No debería haberse consumido todo con las llamas?

—Sí, pero Tristán intentó extinguir el fuego pyrense. La temperatura bajaría en donde embistió, y eso podría haber conllevado una combustión incompleta.

Paseó la mirada por el resto del escenario y se encaminó con paso seguro al epicentro del ataque. Era fascinante verlo trabajar de esa manera, con su excelente capacidad de observación y la dosis justa de paciencia. Cuando clavó su mirada en la mía, incluso manteniendo nuestra farsa, me vacilaron las rodillas.

Estaba empapado de la cabeza a los pies y la ropa se ceñía sin pudor en algunos lugares interesantes de su anatomía. Como su trasero, o su vientre escultural. Y por la Madre, aunque hacía menos de una hora que nos habíamos besado, la necesidad de empacharme de su sabor otra vez, allí, en ese instante, me dominó.

Él lo notó.

—Bruja, ven.

Obedecí con la barbilla baja, actuando en mi papel de sierva. Mantuve las distancias y aguardé con la espalda recta y la mirada al frente, atenta a su siguiente mandato. Entonces, aniquiló la separación entre nuestros cuerpos y me besó. O, más bien, me devoró.

No hubo nada de delicado en la forma en la que movió la boca contra la mía. Tomó y tomó, y mi respiración se volvió irregular y acelerada por mucho que estuviese peleando por fingir indiferencia. Me estaba consumiendo con cada empuje exigente de su lengua, arrojando por los suelos mi poco sentido común mientras retorcía mi jersey mojado para controlar las manos.

Solo se alejó cuando se me escabulló un gemidito insostenible. Alzó una ceja y se inclinó sobre mi oído:

—Jamás pensé que esta farsa me divertiría aunque fuese un poco. —Podía notar la curvatura burlona de su boca rozando mi el arco de mi oreja. Quise matarlo.

Lo fulminé a través de las pestañas antes de esbozar una mueca retorcida que solo él pudiese apreciar.

—Seguro que no te parece tan *divertido* cuando estemos solos.

—¿Eso es una amenaza?

—Jamás, *mi señor*. —Di un paso atrás, cruzándome de brazos.

Como temía, habíamos atraído la atención de todo el mundo: el capitán de la guardia estaba ensartando a Nasir con sus enormes ojos dorados desde la sala de recepciones, mientras sus hombres apenas disimulaban las muecas de sorpresa y asco. Y Ethan y Dorian habían pausado su conversación.

—¿Parte del juego? —le pregunté.

Nasir se encogió de hombros, esbozando una sonrisita, y se encaminó hacia las bambalinas. Tal vez esa era la señal divina para que lo condujese al segundo piso, a ese estrecho cuarto de escobas que Dryan me había descubierto, y pudiese *divertirme* yo también.

—*Queen*.

Me petrifiqué con el vello erizado al escuchar cómo el primer general descendía las escaleras laterales a toda prisa. Aun dándole la espalda, nada impidió que Dorian me agarrase del codo enguantado y me voltease él mismo.

—Qué agradable coincidencia.

Solté un ladrido bajo como respuesta.

El primer general se rio entre dientes y me soltó con una mueca de desagrado.

—¿Qué mierdas quieres?

—Vigila esa lengua. —Sus dedos volaron con maestría a la empuñadura de su cimitarra. Retrocedí por instinto y él dibujó una mueca satisfecha—. Eso es; no olvides quién manda de los dos.

Bajé el mentón y estudié mis botas altas de cordel. La idea de patearle los testículos se me antojó demasiado tentadora.

—Veo que, por una vez, has hecho un buen trabajo. —Sus ojos esmeralda resbalaron por mi ropa. Vigilé que mis brazos cubriesen mis pechos mojados; que el general nunca hubiese

abusado de mí físicamente no significaba que me sintiese cómoda ante su minucioso escrutinio —. Ni un cardenal a la vista, todos los dientes intactos… Extraordinario, teniendo en cuenta tu carácter de mierda.

Resoplé por la nariz. ¿De verdad pretendía valorar mi estado con ese análisis superficial? Cualquiera que supiese que estaba al servicio de Sombrael se preocuparía más por mi mente que por cualquier otro aspecto. Pero, cómo no, al primer general le importaba muy poco el tipo de abusos que hubiese podido sufrir mientras siguiese en pie, vivita y coleando.

Me agarró de los pómulos para acercarme a él. Apreté los dientes cuando intensificó su fuerza sobrehumana y noté sus uñas incrustándose en mis mejillas.

—Sigue manteniéndolo satisfecho, porque en cuatro días estarás de vuelta en la Casa Dorada, y no quiero que nadie te estropee antes de tiempo. Sería mucho menos estimulante para los planes que te tengo reservados.

—Que te jodan —mascullé entre dientes. La presión apenas me permitía abrir la boca.

Dibujó una media sonrisa.

—Qué mal te están sentando estos días lejos de mí, *princesa*.

Fui a insultarlo, pero justo me liberó con tal impulso que perdí el balance unos instantes.

Se limpió los dedos contra el pecho, en el remate dorado de la túnica, y después se atusó los rizos negros con impasibilidad. Si ese era el hombre que iba a dirigir a los rebeldes contra el imperio, estábamos jodidos.

—Corre con tu amo —me ordenó, agitando la mano enjoyada. Detesté el gesto, la manera en la que me hizo sentir como si fuese uno de sus perros babosos. Y lo odié aún más cuando giré sobre mis botas y me largué en busca de Nasir.

☽ · ✦ · ☾

Inspeccionamos cada rincón del teatro hasta bien entrada la tarde, justo cuando los soldados de Dorian empezaron a retirarse y el silencio quedó eclipsado por el rugido del viento.

Por suerte, tuve la oportunidad de pasar un rato con Dryan antes de que se marchase. Incluso me ofreció parte del pastelito que se estaba comiendo a escondidas —supuse que lo había sacado de los palcos privados—. Lo acepté, porque me ardía el estómago después de casi un día sin probar bocado, y disfruté de esos minutos en su compañía. En los seis años que habíamos compartido, nunca me había percatado de lo cómoda que me sentía en su presencia.

—¿Sabes algo de Samara? —le pregunté mientras devoraba el bizcochito, ocultos de los demás en uno de los palcos superiores. No es que la valynesa me importase, pero él… Bueno, éramos ¿amigos?

—Barsha se encargó de mandarme una nota esta mañana. Llegó sana y salva a la Casa Dorada, hoy está descansando.

Me lamí el labio inferior para limpiar los restos de chocolate y me acomodé más en la butaca en la que estaba sentada, justo al lado de la suya. Por las facciones contrariadas del capitán, supe que estaba valorando decir algo más. Algo que le picaba la garganta.

—Yo… Uf. —Seguí masticando lentamente. Él se masajeó el tabique nasal y enterró más los hombros contra el terciopelo del asiento, como si necesitara escudarse—. Anoche, por un momento, temí que…

La nuez de su garganta se elevó y descendió, y las emociones traspasaron sus facciones.

Solo con eso, supe que lo que sentía por Samara podría mover montañas. Que era sincero y firme.

—¿La quieres?

Dryan se llevó la mano a la nuca y dejó caer la cabeza contra el respaldo, sonrojándose. Después, escudiñó el alrededor, asegurándose de que no hubiese nadie cerca.

—Sí. —Sus orificios nasales se dilataron cuando aspiró profundamente—. Es… complicado. Nosotros… nosotros estuvimos juntos un tiempo. Fue mi primera.

Aunque intenté disimular mi asombro, no lo conseguí, y me regaló una sonrisa vergonzosa al percatarse de mi aturdimiento. El hoyuelo en su mejilla lo dotó de un cariz más juvenil y dulce.

—Se acabó un par de meses antes de que entrases al servicio de Dorian. Ella… no me dio una explicación; solo terminó —me confesó en un hilo de voz. Se humedeció los labios, tanteándome con la mirada—. Sin embargo… —balbuceó, tragando saliva. Estaba tan rojo que empezaba a dudar de que no se desmayase—. Hace tiempo, eh… No sé cómo…

—*Dryan* —solté, abriendo mucho los ojos—. No. Me. *Jodas*. ¡¿Te la has tirado?!

Se cubrió la cara con las manos, dejando ir el aire con brusquedad.

—No me la he *tirado* —gruñó entre dientes.

Resoplé, aún aturullada, y me corregí en un hilo de voz:

—¿Te has acostado con ella?

Me dejó verle la expresión contrariada entre los dedos, sosteniéndome la mirada tanto rato que pensé que no me había oído. Luego, asintió.

—Joder, Dryan Saah. Eres imbécil.

—¡Se cuela a hurtadillas en mi habitación…!

—¿Que *qué*?

Dryan puso cara de haberla cagado y apoyó las manos en las rodillas para inclinarse en mi dirección. Quedamos tan pegados que su respiración me cosquilleó las mejillas.

—Comenzó a hacerlo hace un año —farfulló nervioso—. Desde entonces, hay veces que no me visita en meses y otras que me busca en cuestión de días, la mayoría cuando el primer general está de viaje. He intentado hablar con ella sobre esto, y esquiva el tema como si fueran alucinaciones mías. Incluso me rehuye al día siguiente. *Y sí*, tienes razón: soy imbécil. Pero estoy… estoy enamorado de Sam, ¿de acuerdo? Si se mete entre mis sábanas… Joder, Queen. —Se acercó más, lanzó un vistazo por encima del hombro y bajó mucho más el tono—: Viene desnuda y embadurnada en aceite de lavanda, ¿qué quieres que haga? No soy de maldita piedra. Ojalá.

Alcé las cejas y él se acaloró más. No tardé en rememorar las veces que había captado ese aroma en su piel. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—Nunca os he oído y dormía pared con pared —cavilé en voz alta. Dryan se reclinó y apartó la mirada con vergüenza—. ¿Usáis mordazas o algo así?

Tosió repentinamente, atragantándose con su propia saliva.

—¿Podemos dejar aquí los detalles de mi vida sexual? Gracias.

En otro momento, no hubiese dudado en presionarlo para sacarle aún más los colores. Sin

embargo, hasta yo sabía en ocasiones cuándo mantener la bocaza cerrada.

—¿Qué pasa si la dejas embarazada? —murmuré. Las mujeres humanas podían concebir casi con solo mirarlas—. ¿O estás tomando a escondidas un tónico diario para esos encuentros esporádicos? Porque todo el mundo podría distinguir a un bebé de Ethan y Samara de uno de… otra persona.

—Conseguí un anillo después de la primera vez, ¿vale? Puede que sea tonto, pero no *tan* tonto.

Arrugué la cara al imaginármelo colocándose en la base del pene uno de esos aros anticonceptivos que habían ideado los alquimistas. Aunque me gustaba incordiarlo hablando de sexo sin tapujos, visualizar su entrepierna antes de entrar en acción me pareció excesivo. No quería recrear esa imagen nunca más.

El capitán se recostó más y se toqueteó el puente nasal, claramente incómodo. Permanecimos en silencio hasta que, con un suspiro, dijo:

—Sé que todo esto es un error. Supongo que debí haber sido lo suficientemente maduro en su día para saber que lo nuestro no tenía futuro. Luego, lo suficientemente inteligente como para haber pedido una misión o un traslado que me alejase de ella. Pero, por lo visto, ni soy maduro ni listo, porque en vez de olvidarme de Samara, sigo aquí, acostándome con ella cuando quiere y peleando por un ascenso que pueda ayudarme a recuperarla. Y mientras, Sam… está con otro hombre.

Su tono apesadumbrado me hizo morderme la mejilla por dentro, sin saber qué decir. ¿Que se marchase? ¿Que Samara no lo merecía y lo estaba usando? No era sencillo, no cuando había sido la primera en sujetar con uñas y dientes una relación rota.

En diez años, no había dejado de querer a Jayde; mi corazón había seguido atado al suyo, expectante, suplicante. Ni siquiera después de nuestro decepcionante reencuentro de hacía casi dos semanas había acabado de desechar la esperanza de retomar nuestra relación. Aunque lo tenía que haber hecho, porque ahora pensar en él dolía de una forma distinta. Más profunda y emponzoñada.

—Pide ese traslado —musité tras un momento, inclinándome sobre mis rodillas con aire confidencial—. Márchate si Dorian te lo permite. Y empieza de nuevo, con quien sea.

Sin saber por qué, busqué a Nasir con la mirada. Lo encontré debajo de nosotros, en el patio, tomando notas con el ceño arrugado mientras pasaba entre los soldados de Dorian y los empleados del teatro. La luz que se filtraba por la bóveda caía sobre su cabello níveo, bañándolo en plata, e iluminaba cada uno de sus ángulos atractivos. Una sensación cálida jugó en mi estómago.

Dryan se removió en el asiento. Por su expresión contrariada, supe que no había sido el consejo que esperaba oír. No me sorprendió que optase por cambiar de tema con brusquedad:

—Te he hecho caso. Con la brújula —especificó, tan bajito que me costó entenderlo—. Después de lo que ha pasado con los rebeldes, no voy a dedicar ni un segundo de mi tiempo en considerar la idea de robarle al regente. Así que esta mañana mandé a uno de mis hombres de confianza a hacerle el encargo a Sages. Me he arruinado, eso sí, pero el capullo espera tener una imitación antes de la fiesta.

—¿Y será capaz de hacerla idéntica sin verla?

—¿Importa? Dorian no la ha visto en persona.

Después de decir eso, uno de los soldados interrumpió en el palco donde nos habíamos ocultado y reclamó al capitán de la guardia. Dryan se despidió con un cabeceo sutil y una sonrisa comprometida; un mensaje de que confiaba en que guardaría sus secretos.

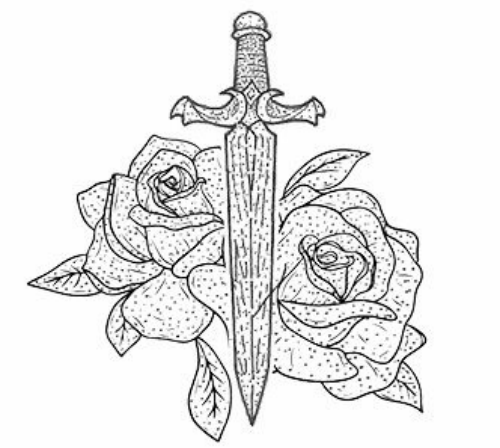
Solo cuando el teatro se quedó vacío, apenas iluminado en puntos estratégicos, me desperecé y me encaminé hacia las escaleras para reunirme con Nasir. Había desistido hacía un par de horas de continuar buscando cualquier pista que nos pudiese llevar a la guarida de los rebeldes, pero él se había mantenido férreo y constante. Quizás el esfuerzo hubiese dado sus frutos.

Sin embargo, antes de alcanzar las escaleras laterales que llevaban al patio del teatro, una voz me sorprendió:

—Goldhar.

Me giré sobre las botas, con una ceja enarcada, mientras Ethan Sea se mantenía inmóvil frente a mí. A pesar del labio hinchado, el portiño emanaba esa elegancia que lo caracterizaba, y la túnica tradicional azul de Ríos Altos lo ayudaba a parecer incluso más distinguido.

—¿Podemos hablar un momento, por favor?



41

Parpadeé, confusa.

¿Me hablaba *a mí*? Desde que empezó a cortejar a Samara, Ethan apenas me había prestado atención cuando habíamos coincidido. Aunque, en el fondo, no podía recriminárselo. La mayoría de humanos se sentía incómoda frente a un brujo, sin importar a qué bando de la guerra hubiesen pertenecido. Si además añadíamos ese detalle, el de que su reino había apoyado a la Legión Ardiente, lo extraño hubiese sido que no me temiera.

—Aquí me tienes, rubito. —Coloqué una mano en la cadera.

Él no pudo evitar ojear la empuñadura de Infalible. Tragó saliva, incómodo, y después me pidió que lo acompañase. Apreté el paso tras él mientras me guiaba por las escaleras hasta detrás del telón. Aunque creí que se detendría allí, continuó avanzando a toda prisa entre las bambalinas, sin prestar atención a los destrozos y a la sangre, y después se desvió hacia las escaleras que conducían a los almacenes.

Al llegar a la puerta, sacó la llave de su bolsillo y la insertó en la ranura. No pasé por alto el temblor de sus dedos.

Empujó la hoja y entró con paso apresurado. Lo seguí, arrastrando la mano hacia la empuñadura de Infalible. Mi instinto se había despertado, endureciéndome los músculos y avivando mi concentración, y enseguida noté los resquicios de mi magia queriendo ascender a la punta de mis dedos.

El almacén olía a humedad y estaba lleno de cajas repletas de ropa, baúles con accesorios para el escenario y complementos de moda. También había una decena de estanterías tapadas con sábanas, donde supuse que los empleados guardarían parte del atrezo y otros objetos más aburridos.

Antes de que acabase de examinar cada detalle, Ethan se aproximó al fondo del almacén y apoyó las manos en una de las enormes estanterías. Con una fuerza que jamás me hubiese esperado, la empujó.

Solté el aire por la boca.

—¿Qué coño…?

Me abalancé hacia delante, intensificando el agarre sobre la daga de mi madre.

—Rompieron la pared —susurró, tenso—. Ellos… se colaron por aquí.

Forcé la vista hacia la profundidad del túnel. Ni siquiera con mis ojos de bruja pude discernir más allá de unos pocos metros de escaleras empinadas.

—¿Le has enseñado esto a Dorian o a Dryan?

Ethan bajó la mirada a sus botas.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me fío de ellos.

Su respuesta me confundió más. ¿De alguna forma él también habría oído hablar de Corazón de Zafiro y lo habría relacionado con el general? Ethan había jugado con secretos y cotilleos desde que lo conocía. No sería demasiado descabellado que hubiese escuchado rumores. Pero… ¿no fiarse de Dryan?

—Dorian es el general del ejército valynés. Persigue a los rebeldes, y Dryan también.

—¿Por eso hace meses que no dan información nueva sobre ellos a Palacio? —me rebatió, haciendo un aspaviento con las manos.

—Están buscándolos, como has podido apreciar durante todo el día.

—¿Lo hacen? ¿O solo *fingen* que lo hacen, Goldhar? —Lo observé con fijeza, pero él me ignoró y añadió—: Mira, no puedo arriesgarme a estropear todo con esto. Soy un portiño y ya solo por eso tengo que vigilar muy bien qué digo y qué no para que no me arresten por traidor. Si le diese esta información a alguien… *inadecuado*, podría acabar con la cabeza en una pica. Y tú eres la apuesta segura en estos momentos.

—¿Yo?

Asintió, sin desligar su mirada de la mía.

—Estás trabajando para ese evocador y, por tanto, para Palacio.

—¿Y por qué no se lo has enseñado a él?

Un escalofrío lo sacudió de la cabeza a los pies. No hizo falta que contestase para entender que había preferido hablar antes conmigo por mucha bruja que fuera.

—Parece antiguo —pensé en voz alta, señalando el túnel con la barbilla.

—El acceso ya estaba cuando heredé el teatro, pero mandé que lo tapiaran. No quería meterme en problemas, no después de que las cabezas de mi familia acabaran expuestas en las murallas.

Le eché un vistazo desinteresado.

No conocía demasiado sobre sus orígenes, porque aunque Dryan lo había investigado a fondo después de que Samara pasara la primera noche con él, apenas me había compartido detalles sobre su pasado. Lo único que me había revelado era que se trataba del cuarto hijo de una familia adinerada que acabó ajusticiada por su participación activa en la guerra, y que, desde entonces, había peleado por desvincularse del nombre de su familia con toda clase de actos y donaciones a favor de la Alianza Imperial.

Cuando me aproximé a la entrada, el portiño dio un paso atrás para cederme más espacio.

Allí dentro, el olor a sal era más que evidente. Incluso, si me concentraba, podía advertir el ligero sonido de la corriente.

—¿Quién más sabe esto?

—Un par de empleados. Ellos lo descubrieron a primera hora y me avisaron. Pero no hablarán; fui generoso por su discreción.

Me revolví inquieta, cambiando el peso de pierna. Mi corazón me gritaba que me internara en ese mismo momento en el túnel, que lo explorara y localizara a esos rebeldes. No obstante, me controlé.

—Hablaré con mi señor y lo inspeccionaremos a fondo —dije, dándole la espalda al pasadizo—. Necesitaré las llaves del almacén.

—¿Lo haréis pronto? —Me las cedió sin vacilar, casi como si le ardiesen entre los dedos, y me las guardé en el bolsillo del pantalón—. No puedo tener esto así. Me arriesgo a que alguien más lo descubra y me acuse de haber ayudado a esa calaña. Y yo no…

—Si mi señor lo desea, nos prepararemos y volveremos esta misma noche.

Su pecho se deshinchó poco a poco, como si le hubiese quitado un peso de encima. Luego, asintió.

☽ · ✦ · ☾

El choque del metal acompañaba nuestros pasos conforme bajábamos las escaleras que conducían al almacén.

Apenas había transcurrido una hora desde que Ethan me había mostrado el acceso a los túneles. Habíamos acudido a El Tiburón Añil para uniformarnos, coger más armas y establecer un plan de acción. Con la fiesta de la Conquista en cuatro días, no podíamos permitirnos malgastar un solo segundo.

El sonido calmado de la respiración de Nasir me hizo echar un vistazo a mis espaldas. Me acompañaba a escasa distancia, oculto bajo la capucha de su capa. Se había enfundado al menos ocho dagas de distintos tamaños repartidas entre el cinto, las botas y los muslos. Y por si no bastase, de sus hombros emergían sus espectaculares espadas gemelas. Al fin y al cabo, esa noche no teníamos nada que ocultar.

Revisé mentalmente mi equipación: cargaba a Infalible en el cinturón y varios cuchillos que él me había prestado sobre los muslos. Además, me había recogido el pelo en mi habitual coleta alta, trenzándola para evitar cualquier tipo de molestia en combate. También llevaba mi fardo de fulgor áureo, listo para aguzar mis sentidos.

La princesa arrogante dentro de mí se burlaba de que fuésemos tan armados; ambos estábamos más que cualificados para culminar nuestro plan de esa noche. Pero la militante experimentada que había combatido en la Gran Guerra me advertía que los túneles estarían vigilados —un agujero así en la pared atraería la atención más temprano que tarde— y que nuestra presencia no pasaría desapercibida en ningún momento.

Al entrar en el almacén, Nasir apartó la estantería que ocultaba las escaleras. Arrugó la nariz

al percibir el olor salado que subía por ellas y me ojeó. Todo en mí se removió ante su mirada. No se estaba molestando en ocultar su mestizaje, y perdí unos segundos apreciando los matices azules y rojizos de sus ojos.

—¿Preparado?

Una parte de mí deseó que dijese que no y que nos largásemos de allí. Era la misma que había protestado durante años cuando Jayde combatía sin mí y no podía protegerlo, y eso me inquietó. Aunque ¿cómo no iba a hacerlo? Lo necesitaba para llegar a la Torre de la Niebla…, ¿no?

Nasir curvó los labios en una media luna y me ofreció la mano con picardía. El gesto me robó una carcajada baja.

—¿Vas a prometerme de nuevo que no acabaré gritando debajo de ti? Porque puede que esta vez no me interese.

Rio por la nariz, sin dejar de mirarme a los ojos. No bajó la mano hasta que la tomé y la apreté. La tensión de mis hombros se soltó un poco.

—Juntos —murmuró.

«Juntos».

Ni siquiera pensé lo que iba a hacer. Tiré del cuello de su uniforme para romper la distancia que interponía su altura y presioné los labios contra los de él. Me correspondió al momento, causando que cada palmo de piel se me erizara ante el roce de su boca acompasando la mía.

Se sentía bien, más que bien, por lo que me regalé unos segundos para apreciar cada caricia de su lengua antes de separarme.

—Te necesito para ayudar a Darius, así que no te dejes matar —rezongué sin aliento, a escasos milímetros de sus labios.

—Nunca.

Asentí y di un paso atrás con el pecho protestando.

Comprobé su uniforme de cuero, la sujeción de las dagas y los cordones de sus botas —había conocido a más de un soldado que había acabado decapitado por un tropiezo inesperado en plena batalla—. Aunque no había ni un solo detalle que Nasir no hubiese tenido en cuenta, no logré tranquilizarme del todo.

—Contamos con el elemento sorpresa —me recordó, como si hubiese leído la preocupación en mis facciones.

Di un cabeceo rápido y crucé los brazos bajo el pecho. Nuestro plan se apoyaba en gran parte en ese factor; el resto simplemente se apoyaba en él. Los rebeldes habían sido muy claros la noche anterior: querían vivo a Sombrael. Y aunque no sabíamos para qué, era justo lo que les íbamos a ofrecer en bandeja de plata.

Nasir se adentraría en los túneles en solitario, atrayendo la atención de los rebeldes e incitándolos a improvisar un asalto. Mis años de milicia me confirmaban que la improvisación solía ir acompañada de desorganización y puntos flacos, unas características que acabaríamos de explotar cuando apareciese inesperadamente por la retaguardia. Una vez cayesen en nuestra trampa, sería muy sencillo someterlos para que nos guiasen ante Delfín. Luego, solo tendríamos que negociar perdonarles la vida y mantener su localización oculta a cambio de dejarnos hablar

con Nashara. Si eran listos, asentirían de rodillas y no nos harían perder el tiempo. Y si no… regresaríamos a El Tiburón Añil con una cantidad indecente de sangre en nuestros uniformes.

—¿Y bien? —Aparté la vista de su pecho—. ¿Vas a decirme ya cómo se supone que voy a ser capaz de seguir tu rastro allí abajo y que los rebeldes no me descubran?

Habíamos considerado esos puntos débiles en nuestra habitación, pero él simplemente se había encogido de hombros con una expresión del todo misteriosa.

Ladeó la cabeza, esbozando la misma mueca que me había dedicado en el burdel, y sus sombras se desataron sobre sus hombros.

—Hum… Abre la boca.

Alcé las cejas, notando el calor extenderse por mi cuello y mis mejillas inesperadamente. Al percibirlo, se rio bajito

—¿También quieres que me arrodille? —propuse, altanera a pesar de todo.

Ahora fue él quien soltó un gruñidito de protesta que me hizo reír. Sin embargo, enseguida abandonamos nuestra peculiar broma y me explicó:

—Para que puedas rastrearme y pasar desapercibida en los túneles, tengo que introducir una cantidad insignificante de sombras en tu interior. Te unirán a mí de forma temporal y te dotarán de mi sigilo. Por lo que leí, la sensación es similar a la que experimentan los brujos emparejados, aunque menos intensa. —Enredó el dedo índice en un halo negro que bailaba sobre su hombro. Observé cómo lo seccionaba del resto y me lo ofrecía—. No creo que te guste el sabor.

—¿Cuánto tiempo nos dará? —Fruncí el ceño, balanceando el peso de mis caderas. La sombra coleaba en su dedo tatuado como si tuviese vida propia.

—No estoy seguro. No voy ofreciendo trozos de mí para que la gente los ingiera, ¿sabes? —dijo, robándome una sonrisa. Él la correspondió con una media luna afilada y ladeó la cabeza—. Teóricamente, unas pocas horas.

—Y… ¿me volverá invisible?

Alzó las cejas y me sonrojé.

—Pensaba que… Da igual.

—Nunca soy *invisible*. Ni siquiera un evocador puro puede hacer eso. Mi habilidad para ocultarme únicamente depende del poder que ejerza. Así que solo serás más difícil de percibir.

Asentí, cuadrándome frente a él. Debería sentirme aterrada ante la idea de que un evocador fuese a meter parte de su esencia en mi cuerpo, aunque, más allá de una ligera curiosidad, no hallé nada en mi pecho. Quizás estaba perdiendo la poca cabeza que me quedaba.

Abrí la boca, exponiéndole la lengua, y le lancé una mirada burlona. Se rio entre dientes antes de aproximar el dedo a mi boca y dejar que la sombra se desprendiese en mi interior. La sensación me recordó a cuando Tristán había invadido con su humo mis fosas nasales y garganta en los Archivos. Pero el sabor no era tan amargo; era más ahumado y menos intenso, casi agradable.

No hizo falta que tragase, porque su esencia se tomó la libertad de bajar por mi garganta sin permiso. Tosí y me llevé la mano a la boca del estómago, incómoda al notar un cosquilleo acomodarse sin cuidado allí. Por la Madre, era como… si hubiese algo vivo dentro de mí pataleando con rabia.

—No le gusto —refunfuñé, con la bilis revuelta—. Creo que voy a vomitar.

—Date un momento.

Tomé aire por la nariz, poco a poco, procurando mantenerme erguida y no doblarme sobre mi estómago con una maldición.

Esa simiente era detestable. La notaba jugando a menearme el líquido del estómago. Por razones como esa, jamás había querido tener descendencia; no sería capaz de soportar el movimiento de un crío dentro de mí. Y mucho menos afrontar un parto sin sufrir un ataque de pánico al recrear la muerte de mi madre.

Ni siquiera Sylvina Silver, la primera reina de Denesse y poseedora de la magia sepulcral, había podido sobrevivir a un parto como el de mi hermano y el mío. Por mucho que su metabolismo hubiese peleado por salvarla, la mala posición de Darius, sumada a mi alumbramiento, había hecho que muriera desangrada. Como tantas otras brujas.

El pánico que me sobrevivo hizo que creyese que regurgitaría el humo sin más. Pero, de pronto, su serpenteo se aquietó y comencé a sentir algo distinto: a Nasir.

Era similar a cuando había ejercido mi magia sobre su corazón, si bien a la vez era nuevo, como si mi cuerpo fuese una extensión distorsionada del suyo. Me sentía más fuerte y ágil, y me gustaba. ¿Así sería estar emparejada?, ¿sentir que te has fundido con otra persona y que lo suyo es tuyo y a la inversa?

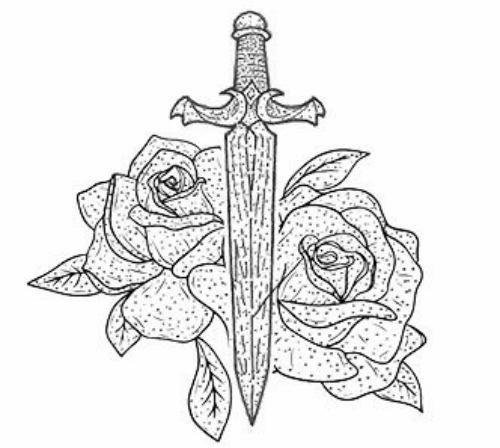
Como si él también hubiese notado ese cambio, soltó un gemidito bajo. No obstante, no me dio tiempo a preguntarle qué notaba él, porque desenfundó una de sus espadas y la posicionó a la altura del pecho. Sentí una inesperada bocanada de energía erupcionar en mi interior.

—Recuerda: nuestro objetivo es causar el menor número de bajas posibles. Queremos llegar a un acuerdo, no ganarnos más enemigos.

—No sé por qué me miras así —canturreé, ojeando sin interés las uñas de mi mano desnuda. Aún conservaban la pintura roja de la noche anterior.

Nasir sonrió de medio lado y, con un último cabeceo, se adentró en la oscuridad del túnel. Tuve que hacer uso de todo mi autocontrol para no ir tras él nada más dejé de verlo.

Aguardé varios minutos más, centrada en la sensación del humo en mi estómago. Él también parecía querer acompañar a su dueño, porque estaba presionando contra mi estómago con nerviosismo. Pero solo cuando el tiempo se dilató hasta lo insospechable, me permití poner un pie en las escaleras.



42

La oscuridad llevó al límite mi visión de bruja. Con cada paso, me descubrí apoyando la mano en la pared para no tropezar y partirme la crisma. Las escaleras eran jodidamente empinadas y estaban muy deterioradas por los años. En algunos escalones, apenas conseguí apoyar por completo la planta del pie; en otros, no tuve más remedio que saltar, rezando a la Madre por haber calculado bien el impulso y no desnucarme.

Cuando alcancé el fondo —un proceso que me pareció eterno—, me temblaban las piernas y una pátina de sudor me perlaba la frente. Ni siquiera con el fulgor áureo que acababa de ingerir me sentía menos exhausta. Y encima, por culpa de la droga, el salitre que impregnaba el túnel me picaba la garganta y la nariz como si estuviese respirando fuego.

Sopesé a Infalible entre los dedos, escudriñando el alrededor mientras recuperaba el aliento. Las escaleras habían dado a luz a un pasadizo angosto y húmedo que se bifurcaba en varios túneles, todos con el mismo aspecto. No obstante, el humo de mi estómago me gritaba una única dirección: el pasillo de la derecha.

Me encaminé hacia él y, antes de avanzar más, extraje del bolsillo una barra de carbón vegetal que había envuelto en un paño con la que dibujé una marca en la pared. Sin una lámpara de aceite o antorcha a mano, solo un brujo tendría la capacidad de detectarla.

—Voy, joder —mascullé, lanzándole una mirada reprobatoria a mi tripa. Aunque no podía ver la sombra, me la imaginé protestando, porque se agitó con impaciencia ante mis palabras—. Estate quieta o terminaré vomitando. Y eso supondrá una putada para tu dueño y para mí, ¿entiendes?

Solté un quejido cuando me golpeó con más insistencia, como si le importase una mierda lo que acababa de decir, y guardé el carbón a toda prisa. Tal vez debería revisar el tema de hablar con una sombra; era un poco… raro.

La humedad se filtró entre las capas de mi uniforme conforme aceleraba el paso y el olor a salitre se intensificó junto al silbido de la corriente. Condujera donde condujese el camino, daría tarde o temprano a un canal subterráneo.

Me tomé un momento para marcar la ruta cuando volvió a dividirse en tres antes de continuar. En esa ocasión, sentía que Nasir había avanzado por el camino central. Su humo brincó de alegría cuando me adentré en esa dirección, y la bilis ascendió hasta el fondo de mi garganta. Quizás con todo ese forcejeo, el muy maldito estaba buscando que vaciase el estómago y lo liberase. O tal vez era su extraña manera de felicitarme por mover el trasero.

¿A qué distancia estaría Nasir? Aunque peleaba por aguzar el oído, ni siquiera con el fulgor áureo conseguía discernir pasos por encima del ruido del agua. ¿Y si su simiente me estaba llevando por un trayecto erróneo? ¿O si…?

Un ramalazo de dolor me atravesó la boca y me dejó la mente en blanco. Trastabillé y tuve que apoyar la mano en la pared para recuperar el equilibrio, aunque el ardor se dilató durante varios segundos más. Dentro de mí, la sombra se debatió con urgencia, y mi instinto se puso en alerta.

«¿Qué…?».

Una quemazón alrededor de la garganta me hizo apretar los dientes y cerrar los ojos con fuerza. Pero no tardé en reaccionar y buscar a mi alrededor el final del pasadizo. Ese sufrimiento no podía significar nada bueno, menos cuando la sombra de Nasir se retorcía como una bestia en mi interior.

Eché a correr sin apenas ver nada, guiada únicamente por las instrucciones de su esencia: derecha, recto, derecha, izquierda. Me moví a toda velocidad, confiando en que la esencia de Nasir silenciaría el tronar acelerado de mis pasos. Aunque tampoco es que me importase en ese momento; estaba centrada en él, en localizarlo. Y por mucho que hubiésemos acordado evitar bajas, juraba por la Madre que degollaría a cualquiera que le estuviese infligiendo ese dolor.

Me golpeé la cadera contra una esquina y estuve a punto de rodar por otras escaleras empinadas que sorteé a trompicones. Mi magia se avivó en mis entrañas, lista para tomar y tomar, y, al fundirse contra la oscuridad que anidaba en mi estómago, una descarga inesperada me recorrió la columna vertebral. Esa energía me alentó a correr más, a abrir más las zancadas, a ignorar el dolor lacerante de mis pantorrillas.

El eco del metal colisionando entre sí se cernió por encima del de la corriente. Luego, el de las voces. Alguien vociferaba instrucciones mientras la batalla se encarnizaba. Un nuevo chasquido de dolor en las escápulas me robó un gruñido y apreté el paso, deslizando mi mano libre hacia otra daga. La desenfundé con rabia.

Entonces, los vi.

El fuego pyrense los acordonaba, creando una barrera infranqueable entre ellos y yo. En el centro, Nasir combatía a doble espada, la sangre recorriéndole la boca mientras las sombras se batían a sus espaldas como las alas de un grajo. A pesar del sangrado, se movía a un ritmo pernicioso, enfrentándose al mismo tiempo a seis espadachines con armaduras de cobalto pyrense…

Seis putos guerreros de fuego.

Sus cabelleras pelirrojas, altura y complexión atlética los identificaban como soldados mágicos de la Legión Ardiente. E incluso sin su poder sobre el fuego, seguían siendo extraordinarios con la espada. Ni siquiera era capaz de entender cómo Nasir estaba consiguiendo

resistir a sus embistes potentes, aun empleando la ligereza de sus sombras y su impresionante destreza de combate.

«Estamos muy jodidos».

—¡Eh, capullos!

¿Qué hacían *ellos* allí? Los pocos guerreros de fuego que lograban escapar de las minas optaban por esconderse en las montañas de El Cuello o La Fosa. Nunca se habían implicado en las trifulcas desorganizadas de los rebeldes, quizás por su absurdo sentido elitista o por la pérdida de fe en Ignitia.

Los dos guerreros más próximos a la barrera de fuego miraron sobre sus hombros, desubicados aunque sin bajar la guardia. Les costó más de la cuenta localizarme por culpa de la esencia de Nasir, pero en cuanto lo hicieron, el más alto esbozó una sonrisa oscura y se lanzó hacia mí con la espada posicionada. Retuve una exclamación al verlo atravesar el fuego sin inmutarse. De alguna manera, había esperado que, al igual que habían perdido su magia sobre el elemento, su protección al mismo también hubiese desaparecido.

Se abalanzó hacia mí con la espada en alto. Me curvé sobre el estómago para evitar su ataque y posicionarme a sus espaldas con dos zancadas veloces. Giré sobre las botas y proyecté a Infalible contra el hueco de su cuello, justo hacia la yugular, pero él ladeó el cuerpo y esquivó mi empuje, demostrándome la agilidad propia del cuerpo de élite de Ignitia.

—¡No somos el enemigo, imbécil! —espeté, echando el peso hacia atrás cuando estuvo a punto de alcanzarme con el filo de su espada.

Mi comentario le robó una carcajada que sonó a ladrido, y se lanzó de nuevo, dando un giro inesperado para sorprenderme. Apenas conseguí frenar su estocada cruzando las dos dagas.

—Tendrías que haber abandonado a ese engendro, bruja. Porque ahora voy a disfrutar matándote.

Me reí y finté movida por la rabia. Giré la muñeca y busqué de nuevo su cuello, un punto débil de su armadura. Se retrajo con urgencia, soltando un jadeo, pero no desistí. Con la esencia de Nasir en mi interior, me sentía más ligera y resuelta que en años. Y estar próxima a él no había hecho más que incrementar el efecto, amplificado además por el fulgor áureo.

Fui excepcionalmente rápida. Rodé a su alrededor, cercenando el aire en busca de un instante de vacilación, de debilidad. Mi magia bramaba por salir a la superficie a causa de la adrenalina, pero no la liberé. Su armadura me impediría destruirle los órganos vitales y solo me debilitaría. Necesitaba cada gota de mi fuerza para rebasar a ese pelirrojo.

No obstante, perdí la concentración cuando un latigazo de dolor se extendió por mi pantorrilla. El quejido de Nasir reverberó en mi pecho y lo busqué con la mirada a través del fuego. Lo habían alcanzado, la sangre manaba por la parte posterior de su rodilla izquierda, salpicando el suelo a cada paso acelerado que daba. A pesar de que se mantenía erguido y lanzando estocadas ofensivas, vi la cadencia arrítmica en sus movimientos. Sus adversarios solo necesitarían eso para…

Caí sobre el trasero cuando el guerrero de fuego me tumbó con una patada hacia mis tobillos. Solté una maldición y rodé sobre mi cuerpo cuando intentó partirme la cabeza con su espada. Estuvo tan cerca que me arañó superficialmente la mejilla, algo que le hizo dibujar una

sonrisa taimada.

¿Procurar mantener las bajas a mínimos? A la mierda. Iba a asesinar a ese cabrón como había hecho con cientos de los suyos en la guerra. Y luego, a los otros cuatro; con que sobreviviese uno, sería más que suficiente para que nos condujese ante Delfín.

—Yo de ti, desistiría. —Ensanchó la sonrisa, y dio un par de pasos atrás. Su media melena cobriza estaba despeinada por el combate.

—No soy de las que se rinden, capullo.

Tiré de mis abdominales para erguir la espalda, extendiendo los codos hacia los costados con las armas preparadas. Con un impulso, rodé hacia delante y me colé entre sus piernas abiertas. Después, impulsé los brazos hacia atrás, hacia la junta de sus tobillos. Chilló cuando mis filos encontraron ese punto débil y desgarraron sus tendones. Cayó hacia delante por el peso de la armadura, gritando de dolor.

No perdí el tiempo en rematarlo. Miré hacia el fuego y descubrí que el ritmo de Nasir se había ralentizado considerablemente. Apenas conseguía moverse, y temí que la herida de su pierna fuese más importante de lo que había valorado a simple vista.

Me acerqué, el sudor cayendo por mi nuca. No podía ayudarlo, no allí dentro. El pánico me estaba sacudiendo de arriba a abajo solo con ver las llamas a escasos metros de distancia. Bufé de impotencia mientras su sombra me empujaba y empujaba para que actuase.

A la desesperada, sopesé el peso del cuchillo que blandía y apunté. Lo lancé con una precisión excelente, penetrando la nuca de uno de los guerreros de un solo golpe. Se desplomó al momento, su sangre salpicando el cabello albino de Nasir. Él me lanzó una mirada fugaz que me hinchó el pecho y provocó que su esencia sisease en mi estómago, deseosa de regresar con él. Ahora solo tendría que hacer frente a cuatro guerreros, y con sus dos espadas gemelas quizás fuese capaz de doblegarlos.

Pero algo iba mal.

Su torso presentaba una rigidez artificial, y sus ojos estaban desenfocados. Iba a derrumbarse de un momento a otro, frente a mí. Me costó apenas un pestañeo comprenderlo: habían untado veneno en las armas.

—¡Nasir…!

Me doblé hacia delante cuando la punta de una flecha me atravesó la clavícula y empapó mi uniforme de líquido caliente y rojo. *Mi sangre.*

Miré sobre mi hombro y descubrí una figura encapuchada al fondo del pasillo, sin armadura de cobalto, apuntándome con un arco. Antes de que pudiese reaccionar, otro proyectil salió volando y me atravesó el lado contrario. Chillé, desgarrada, y caí hacia delante. Posicioné las manos a la altura del pecho para no romperme la nariz; fue una terrible idea, porque cuando me derrumbé y presioné contra el suelo, fue como si me abriesen por las escápulas.

Busqué a Nasir, mis latidos galopando por el pánico y el dolor. Todos mis músculos se contrajeron al verlo de rodillas, con la cabeza hundida entre los hombros y una mano apoyada en el suelo. La otra seguía alzada, apenas contrarrestando los escasos golpes de sus asaltantes. El combate había pasado a ser una mera espera divertida para ellos mientras el veneno lo derrumbaba por completo.

¿Sería mortal? No. No podía serlo; ellos lo querían vivo y no…

Unos pasos a mis espaldas me tensaron hasta la punta de los pies, y entonces me acordé: el arquero no llevaba cobalto.

Aunque a esas alturas no me importaría lanzar mi magia hacia él y que se percatasen de que no necesitaba establecer contacto físico, aguardé con la boca seca y pastosa a que estuviese más cerca. Una escasa distancia potenciaría mi ofensiva. Y pensaba matarlo de un estallido, arrebatarle el arco y ensartar de virotes a cada uno de esos guerreros de fuego que rodeaban a Nasir aunque luego me derrumbase, exhausta.

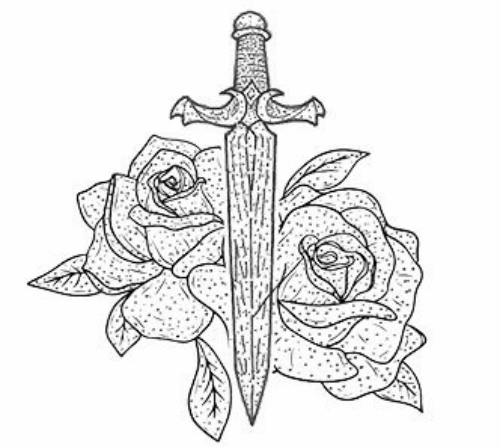
Noté la presencia del arquero detrás, justo a un paso de mí, arrodillándose para tocarme. Solo entonces, ahondé en mi suministro mágico, deseosa por reclamarlo con toda su potencia y atravesarle el corazón…

Pero me encontré seca, envuelta en una sensación pegajosa y caliente.

Intenté apartarme, si bien apenas conseguí moverme unos centímetros. El guerrero de fuego me había herido con su arma, y fuera cual fuese el veneno que habían empleado contra Nasir, tenía que estar haciendo efecto en mí de igual manera.

Solté un grito roto cuando el arquero curvó los dedos sobre mis hombros y tiró de mí para voltearme. Por los puntitos negros que atiborraban mi visión, estaba a punto de caer en la inconsciencia; aun así, enfoqué los ojos en su uniforme, en el delfín plateado de su pechera que lo identificaba como líder del grupo.

Con calma, el arquero se retiró la capucha. Entonces, Ethan Sea me dedicó una sonrisa calculada.



43

Estaba colgada de las muñecas cuando recuperé la consciencia, aún con la visión nublada y la boca seca. El entumecimiento que dominaba mis músculos enmascaraba el ardor de los dos virotes que me atravesaban las clavículas y la insoportable quemazón alrededor de mis muñecas. Me habían engrillado con cobalto pyrense.

Gruñí, sin ser capaz del todo de controlar la boca, y entorné los párpados con urgencia, ya que la titilante luz de las lámparas de aceite me dañaba las pupilas. Apenas conseguí entrever algo del lugar, aunque por el color plomizo que lo rodeaba todo, seguíamos en los túneles.

Dejé caer la cabeza, sin fuerza en los hombros heridos para mantenerla recta y, tras un momento, me di cuenta de que no estaba sola: varios hombres compartían una conversación acelerada a escasa distancia de mí, discutiendo en voz baja.

—¿Lo visteis bien?

—… ojos azules y rojos.

—Es un engendro, como sospechábamos…

Disminuyeron el tono de voz, o quizás mis oídos decidieron embotarse más. El pecho me pesaba con cada exhalación e inhalación, y, con cada extensión de mi torso, las flechas se enterraban más en mí. Iba a desmayarme de nuevo, tal vez por el veneno que mi metabolismo peleaba por eliminar o por el dolor insoportable que nacía de mis escápulas.

Pero entonces caí en la cuenta del vacío en mi estómago y el corazón se me aceleró. La sombra de Nasir había desaparecido.

Rechinando los dientes, conseguí alzar un poco el cuello y barrer el alrededor, intentando enfocar la mirada. Aunque gran parte de lo que me rodeaba era un manchurrón sin forma, no desistí. Tenía que encontrarlo, tenía que asegurarme de que la falta de su esencia no estaba relacionada con que él estuviese…

El corazón me dio un vuelco al distinguir un bulto inerte en el suelo. Por los pequeños destellos cerúleos que lo rodeaban, habían asentado un círculo de cinco puntas para contener su poder de evocador. Y, aunque me costaba mucho apreciar los detalles, también me pareció

advertir unas cadenas sujetándolo.

Pero no era capaz de distinguir si respiraba o no. O si necesitaba un sanador.

—Nasir.

Me ardió la garganta cuando susurré y tuve el deseo de arrancármela para aliviarme. Si yo estaba así por un contacto superficial con el veneno, no podía imaginar cómo estaría él. El tajo en la pierna habría facilitado que la sustancia se introdujese en su torrente a raudales, por mucho que su metabolismo mágico fuese más ágil que el mío.

Intenté llamarlo de nuevo, pero la lengua me tropezó con inutilidad y enseguida se me nubló la visión por las lágrimas. Estaba furiosa; solo quería agitarme contra la cadena que me maniataba y matar uno a uno a cada rebelde que encontrara. Y no me arrepentiría, mucho menos cuando le llegase el turno a Ethan Sea.

O mejor dicho, *Delfín*.

Él… Joder, el muy cabrón había sacrificado su teatro, permitiendo que los rebeldes lo destrozasen, e incluso había usado a un títere que interpretase su papel por él la noche anterior. ¡Si hasta había resultado herido en la refriega!

Había estado ciega. Los secretos y cotilleos que siempre disponía, la relación con Samara… ¿Cuánto tiempo llevaban juntos? ¿El mismo que Dryan había dejado de tener noticias de actividad rebelde? El portiño no solo se había beneficiado del reconocimiento y la protección de estar junto a la valynesa, sino que había aprovechado para controlar los movimientos de Dryan para actuar en consecuencia.

Pero en ese caso, ¿Ethan y Dorian trabajaban juntos? ¿Era el primer general acaso su superior? No tenía sentido, menos cuando Ethan me había revelado que no se fiaba de él. Aunque podría haber sido una treta para confundirme más.

Solté un gruñido de frustración, aturullada. Me palpitaba el cráneo, y el ser cada vez más consciente de mis ataduras me estaba abrumando. Me traía demasiados recuerdos del sótano, de las palizas del primer general y sus humillaciones; enseguida empecé a respirar agitadamente, incapaz de diferenciar entre esas imágenes borrosas y la nebulosidad de los túneles.

Sin embargo, alguien me contuvo las piernas cuando me meneé en el aire con nerviosismo, riéndose por encima de las voces.

—¡Mirad quién se ha despertado de su sueñito!

Al escucharlo, una energía inesperada me sacudió y conseguí liberar una pierna y patear el aire. Un placer indescriptible me recorrió la columna cuando mi bota chocó contra algo duro. Por el alarido que profirió, seguramente se trataba de su nariz.

Pero apenas me duró un segundo.

El rebelde me soltó de la cadena y caí con un golpe seco contra el suelo. El impacto me robó un grito bestial cuando me desplomé sobre el hombro. La piel alrededor de la flecha se desgarró más y enseguida un reguero de líquido caliente me empapó la ropa.

—Hace muchos años que no mato a un brujo. —Se arrodilló, acercándose lo suficiente como para que distinguiese los contornos de su rostro. Llevaba la media melena pelirroja recogida en un moño bajo, y sus ojos anaranjados se iluminaron al contacto de los míos. Su nariz estaba desviada, como si se la hubiesen partido de un puñetazo, y su piel bronceada relucía con

un tono dorado por la luz de las lámparas de aceite—. Gracias por terminar con mi abstinencia.

—Atrévete, zorrito —gruñí, usando el apodo que empleábamos en la guerra para reírnos de los suyos. Él chasqueó la lengua con odio.

Apreté los dientes y siseé cuando alargó la mano en busca de los virotes que sobresalían de mi espalda. Le bastó con rodear los astiles para que mi espalda se contrajera de agonía y empezase a sollozar. Y cuando los movió sutilmente, en círculos, grité tan alto que me quemé la garganta.

—Vaya, creo que ya estás suficientemente despierta —escupió cuando me derrumbé sobre el suelo, sin fuerzas ni siquiera para insultarlo—. Toda lista para el jefe. Tú, ayúdame.

Un par de manos fuertes se colaron bajo mis axilas y me levantaron. Ni siquiera tuve la fuerza suficiente para girar el cuello hacia Nasir mientras me arrastraban por el túnel.

☽ · ✦ · ☾

Ethan Sea esbozó una mueca indescifrable al verme. Seguía destilando elegancia, incluso allí abajo, en esa especie de almacén desbaratado iluminado a duras penas por seis lámparas de aceite.

Dio un paso al frente, escudriñándome con el rostro serio y los labios en una línea fina mientras sus soldados de élite me dejaban frente a él, de rodillas. Su atención paseó por cada rincón de mí, aunque se detuvo más de la cuenta en las flechas que me atravesaban los hombros. *Sus* flechas.

—Puto traidor —gruñí, enseñándole los dientes.

Ni siquiera vaciló al ver mi expresión letal.

—Supongo que tienes tantas preguntas como yo, Goldhar.

—Te estás follando a Samara para sonsacarle información. Eres un…

—Hago lo mismo que tú: sobrevivir —me interrumpió—. Yo al menos tengo una justificación más digna que simplemente emborracharme y drogarme.

Siseé, fantaseando con alzarme y romperle la nariz. Pero con el dolor de las flechas, la pérdida de sangre y los restos del veneno, solo pude escupirle a los pies.

—Vas a matarme, ¿no? Al menos, eso le ordenaste a tus sicarios anoche.

—Anoche era anoche. Y entenderás que tener a un evocador y a una bruja detrás de nosotros era un problema que necesitaba atajar de raíz. No era nada personal —dijo, cruzando las manos sobre su espalda baja. El delfín de su pechera se ciñó contra su musculatura.

—¿«Nada personal»? Me has disparado.

—Y no te he matado —me rebatió, enseñándome los dientes con una mueca calmada—. Cambio de planes, supongo.

—Ah, qué suerte. ¿Y qué pretendes ahora? ¿Practicar el tiro con mi espalda?

El portiño se rio bajito, sacudiendo la cabeza. Sus manos continuaron entrelazadas en su espalda.

—Primero, quiero que me cuentes qué está pasando entre tú y ese… —Entornó los

párpados, cavilando. Desistió al cabo de unos segundos, como si fuese incapaz de hallar la palabra correcta, y prosiguió—: Cuéntamelo todo. Y con detalles, Goldhar. Porque mis hombres y yo esperábamos atrapar a Sombrael, no a *algo* así.

Ladeé el cuello para evitar su mirada, apretando los dientes. Estaba furiosa y lo que menos quería era colaborar de una u otra forma con ese cabrón astuto. Pero ¿no era a lo que habíamos ido? Queríamos negociar con los rebeldes para hablar con Nashara. Aunque nuestro plan de someterlos se hubiese ido a la mierda por la inesperada intervención de esos guerreros de fuego.

—Se llama Nasir —gruñí en voz baja, estirando las palabras—. Y como habréis deducido, es un farsante. No tiene nada que ver con Sombrael. Solo es un mestizo buscando a alguien, y yo… lo estoy ayudando a cambio de librarme de Dorian —mentí sin más—. Solo queremos negociar.

—Mestizo de brujo —dijo, ignorando mis últimas palabras. Cuando vio mi cara de asombro, añadió—: Mis hombres me han contado que el cobalto parece herirlo de igual manera que a los tuyos. No hay que ser muy perspicaz para llegar a esa conclusión.

Me mordí la mejilla por dentro, frustrada, porque no podía contradecirlo con esa evidencia en su poder.

Ethan crujió los dedos y se acuclilló frente a mí.

—¿Y a quién busca? ¿Y para qué?

Empujé el suelo con la yema de los dedos para mantenerme recta y conservar algo de orgullo. Las flechas parecían haberse transformado en hierro duro y pesado que jugaba a derrumbarme.

—A una alquimista.

—Nombre —me exigió, atreviéndose a levantarme el mentón con el pulgar. Sus ojos azules relucían con dureza, expectantes.

Siseé, apartando la cara. Con cada segundo que permanecía despierta, notaba el aturdimiento del veneno dispersándose. E iba a morderle los dedos si seguía observándome así.

—Nashara.

Las comisuras de sus labios se estiraron hacia arriba al escucharlo.

Apoyó los codos en las rodillas.

—Nunca he oído ese nombre.

—Mentiroso de mierda. Sabemos que es la alquimista que liberasteis de Palacio.

—¿Hum? En ese caso, creo que estáis muy equivocados.

Me sostuvo la mirada, claramente divertido por toda esa pantomima.

¿Tendría la fuerza suficiente para lanzarme contra él? Lo dudaba, y aunque lo consiguiese, apenas lograría subirme sobre su abdomen y asfixiarlo con la cadena que conectaba las sujeciones.

Como si notase la amenaza a su alrededor, se puso de pie y se alejó un par de pasos.

Aproveché ese retroceso para blindarme y alzar la barbilla con arrogancia. Justo como haría una princesa.

—Haremos esto: Nasir y yo os dejamos vivir y no os delataremos a Palacio siempre que nos dejéis hablar con Nashara. Después de eso, nos largaremos y no volveréis a vernos. ¿Que no te

gusta nuestra idea? Bien, responsabilízate de tu decisión cuando todos tus hombres estén muertos y tú con las tripas fuera.

Ethan alzó las cejas y apoyó el trasero sobre uno de los barriles polvorientos. Me costaba reconocerlo con esa expresión seria y atenta, tan alejada a la que siempre había mostrado en público.

—Por si no estás entendiendo la situación, no estás en posición de exigir nada, Goldhar. Eres *mi* prisionera —gesticuló, con una tranquilidad filosa—. ¿«Dejarnos vivir»? —Soltó una carcajada baja, zarandeando la cabeza—. Tienes dos flechas en las escápulas y unos grilletes de cobalto pyrense. Y tu aliado está inconsciente, drogado, encadenado y sitiado por un círculo de fuego pyrense. Podría mandar que os matasen ahora mismo y varios de mis hombres y mujeres se lanzarían a mis pies suplicando por ese trabajo. Por tanto, déjame que remarque algo: aquí, el que manda, el que dice qué hacer y cómo hacerlo, soy yo.

—No, el que manda es Corazón de Zafiro. Y quiero hablar con él directamente. No con un segundón.

Ethan parpadeó desconcertado por un segundo. Luego, se rio. Fue una carcajada sincera, porque se intentó cubrir la boca con el dorso de la mano y mantener la posición recta a pesar de las contracciones de sus abdominales.

¿Se estaría riendo porque creía que no era consciente de lo que estaba pidiendo?, ¿que no sabía que Corazón de Zafiro era Dorian Yadav?

—Me temo que eso *sí* que no va a ser posible —dijo en cuanto recuperó el temple.

—*Quiero verlo*.

—Yo también.

Fruncí el ceño. ¿Qué…? ¿Como que «él también»?

—Reconozco que me asombra que conozcas siquiera su apodo, Goldhar.

—Conozco más que su apodo.

—¿Ah, sí? —Se cruzó de brazos—. ¿Aparte de bruja eres clarividente? ¿O es que acaso tú eres Ella, la escogida para unirse a Él?, ¿la que las videntes de fuego han presagiado?

Parpadeé desconcertada cuando chasqueó la lengua, mirándome con una expresión ilegible. ¿De qué hablaba? ¿Ella y Él?

Ethan se inclinó sobre sí mismo y apoyó las palmas sobre sus rodillas. Dibujó una sonrisa demasiado amable, como si yo me tratase de una infante a la que trataba de explicar temas de adultos.

—Comprendo tu desconcierto, Goldhar. Todo esto excede de lo terrenal. Trasciende lo entendible, lo tangible, lo físico; nuestras mentes mortales y limitadas. La guerra se acerca, y esta vez nada la detendrá, ni siquiera El Abismo.

Apreté los dientes para contener el estremecimiento que me sobrevino ante sus palabras.

Siempre había temido que la guerra se reanudase, que los evocadores nos llamaran a luchar de nuevo. Y sin Cosmo presente, la mayoría de los brujos rechazaría involucrarse, algo que nos llevaría a ser considerados traidores. Y los traidores solo tenían un final: la muerte.

—Déjate de estupideces y llama a tu jefe.

—Nada me gustaría más, pero desconozco su ubicación y su identidad.

—¿Entonces cómo mierdas recibes sus órdenes?

—No estamos siguiendo instrucciones.

Boqueé con el ceño apretado. ¿Mis sospechas sobre Dorian eran erróneas?

—Fuiste tú quien pagó las armaduras de cobalto.

Ethan me miró confuso, sin entender a qué venía esa suposición en ese instante, pero no tardó en asentir con cierta arrogancia.

El pecho se me hundió un poco. Había sido una estúpida; seguramente el primer general quisiera la brújula por otros motivos que desconocía. ¿Quizás para dársela él mismo a Nirav Vanisha, sin regentes de por medio? Si el objeto era tan valioso para el imperio, llevarse el mérito en solitario podría otorgarle recompensas inimaginables.

—¿De verdad me estás diciendo que estáis actuando en nombre de alguien que ni siquiera conocéis? —pregunté con la boca pequeña—. ¿Que solo las habladurías de unas clarividentes han logrado unir a los rebeldes de Oriente e incluso involucrar a los guerreros de fuego?

—Eso mismo te estoy diciendo, Goldhar. No importa cómo sean Él o Ella, o dónde estén; las llamas han mostrado que están destinados a encontrarse y a comandar las legiones que contendrán la oscuridad. Y, esta vez, cuando la guerra golpee, Irinea renacerá como un todo o se quebrará en las tinieblas. Así que, te pregunto, ¿cuál será tu bando? ¿Seguirás al lado de los evocadores?, ¿o te decantarás por unirte a nosotros?

Le mantuve la mirada cuando me observó con fijeza.

Aunque los brujos éramos parte de la Alianza Imperial, hacía años que había dejado de sentirme parte de ella. Había peleado por mi dios, por mi padre, y por el amor que profesaba a la Madre. Pero después de El Cuello, después de Virian y del resto… Dejé de luchar.

Los dioses nos habían abandonado. Y yo los había abandonado a ellos.

—Aprendí hace años que lo mejor es no escoger —espeté—. Trabajo sola, y no me importa qué clase de… *fanatismo* absurdo practiquéis. O qué planes retorcidos tengan los evocadores o el emperador Nirav.

—No escoger es una elección en sí misma.

—¿Podríamos dejarnos de tanto misticismo? —gruñí. Los hombros me ardían cada vez más por la presión de las flechas ahora que el veneno parecía haberse diluido por completo—. Dime qué queréis de una maldita vez y veamos si podemos resolver esto antes de que me cuentes otra historia soporífica. Porque queríais algo de Sombrael, ¿o me equivoco?

Ethan se lamió el labio inferior. Con un impulso se incorporó y volvió a cruzar las manos tras la espalda.

—Has dicho que ese mestizo no sabe nada de Sombrael.

—¿Eso he dicho? Me habré confundido…, porque Nasir puede ser una caja de sorpresas siempre que nos dejéis ver a Nashara.

Entornó las pestañas, pensativo.

—Queremos información sobre Allania y su palacio. Desde una descripción exhaustiva del castillo hasta los horarios de la evocadora. Y queremos acceso a la fiesta de la Conquista.

—¿Sobre Allania? ¿Y acceso a la fiesta?

Esbozó una sonrisa indiferente y mantuvo la boca cerrada.

Puse los ojos en blanco.

—Os dará esa información sobre Allania a cambio de una hora en privado con la alquimista —cedí tras una eternidad—. El acceso a la fiesta lo podemos valorar.

—¿Cómo sabré que esa información es veraz?

—Se crió en Ciudad Helada, tutelado por Sombrael en persona.

—Podrías estar mintiéndome.

—Joder, ¿y qué quieres que haga para que me creas?

Apretó los labios.

—Que te unas a nosotros. Esta noche, ahora. Demuéstrame que hay algo salvable dentro de ti.

A pesar de la seriedad de sus facciones, me reí por su propuesta. No había nada «salvable» desde hacía años.

—Te he dicho que trabajo sola.

—En ese caso, me temo que esta conversación ha terminado.

—*No* —repliqué con los dientes apretados—. No ha terminado.

—No puedes demostrarme que eres de fiar. Por lo tanto, la información que me deis tú o ese mestizo no tiene valor para mí.

Sin más palabras, Ethan se alejó hacia la puerta, ignorándome a pesar de que repetí su nombre al menos diez veces para que volviese a donde estaba. Únicamente se detuvo para lanzarme un vistazo por encima del hombro cuando la alcanzó.

—Un placer, Goldhar —se despidió—. Hubiese preferido que la situación terminara de otra manera más beneficiosa para ambos, pero… Ya has escogido. Mis hombres se encargarán de ti en cuanto acaben con tu acompañante.

¿*Qué* acababa de decir?

Intenté ponerme de pie, si bien el cuerpo no me respondió como esperaba y perdí el equilibrio antes de poder incorporarme del todo, cayendo sobre el trasero. Solo con ese golpe absurdo, el dolor de las escápulas me anegó los ojos de lágrimas.

Sin embargo, estallé:

—¡¿Qué coño quieres?! ¡Dime qué quieres, joder! ¡Tiene que haber algo más!

El portiño me observó durante demasiado rato antes de esbozar una sonrisa pérfida. Una sonrisa que despertó todos mis instintos de huída.

—A ti.

El corazón se me pausó, desenmascarando mis peores recuerdos de tirón. Hacía seis años que Dorian Yadav había pronunciado exactamente las mismas palabras, justo cuando apenas quedaba nada de mí gracias a los matones de Vail Valdran. Y hacía seis años que yo había aceptado y me había condenado para siempre.

Pero Ethan… Ethan no podía saberlo; no podía saber qué consecuencias reales conllevaba su petición. Muy pocos estaban al tanto del secreto que ocultábamos los brujos desde nuestra concepción como raza mágica, e incluso los que habían escuchado los rumores solían interpretarlo como habladurías sin fundamento dada la falta de pruebas.

—No… —Me aclaré la garganta—. No te entiendo.

—¿No? Entonces seré más claro: quiero un Pacto de Almas. Quiero tu magia y quiero lo que acarrea.

Todo mi autocontrol se desvaneció de golpe. Me mareé y tuve que apoyar las manos en el suelo para no caer de bruces, como si sus palabras me hubiesen triturado hasta la médula. Ni siquiera el ardor que me latigó las escápulas aminoró la sensación de *dejavú*.

No podía estar volviendo a pasar *eso*.

No *podía* estar pasando. No otra vez.

—No… No sé de qué hablas…

—Se acaba el tiempo. Y mis hombres esperan órdenes. Te estoy dando la oportunidad de elegir qué órdenes voy a darles.

—El Pacto de Almas es un bulo, no puedes pretender que…

—Una lástima. —Se encogió de hombros—. Aunque a mis hombres les encantará oírlo. Los mandaré directos a por el mestizo; mejor ocuparse de él mientras siga inconsciente.

—*No*.

La garganta me ardía y notaba la humedad tras los párpados, pero no podía dejar que… No. Sin Nasir, Darius estaría perdido, y yo… Yo no iba a rendirme ahora que estábamos tan cerca de dar un paso en la dirección correcta. Además, si Ethan había descubierto los entresijos del Pacto de Almas por sus propios medios, ¿importaba realmente que se lo confirmase?

La voz de Jayde brotó en el fondo de mi mente como mental entrechocando: *claro* que importaba. Era la línea entre que me considerasen una traidora o no en las islas. Pero… yo ya había sido condenada y exiliada. Y, además, el portiño desconocía lo esencial.

—¿No? —repitió en un ronroneo, apartando la mano del pomo.

Aunque todo mi cuerpo me incitaba a mantener la boca cerrada, dejé que las palabras se escurriesen por mi lengua:

—Lo haré.

Antes de que me diese tiempo a pestañear, se acercó a mí y sus dedos volaron a la punta de la flecha. La partió, y chillé ante el estallido de dolor cuando me la sacó sin delicadeza.

—Tengo entendido que se necesita mezclar sangre de ambos —se excusó con indiferencia, conduciendo la punta afilada a la palma de su mano. Siseó cuando el metal atravesó su piel rosada—. Listo.

Me contraje de repulsión. Dorian también se había cortado la palma cuando sellamos nuestro pacto; mi sangre, en cambio, había estado por todas partes.

Enterré el pensamiento antes de que me derrumbase.

—Los grilletes —le indiqué, levantando las muñecas.

Me lanzó una mirada escéptica.

—Hay guerreros de fuego asentados a la salida del almacén, por si acaso estás tramando algo, Goldhar.

A pesar de sus palabras, apenas tardó un momento en soltarme. El alivio me invadió al sentir las muñecas liberadas de la quemazón del cobalto y las roté varias veces.

Alargué la mano en busca de la suya. Aunque advertí la tensión en sus dedos, no los retiró.

—Notarás… —¿De verdad iba a hacer eso?—. Notarás un cosquilleo.

Con cuidado, empujé mi magia hacia él; el almacén enseguida se iluminó con el resplandor dorado de su esencia. Ethan exclamó un improperio bajo al sentir la presión de mi magia sobre su corazón.

Tal vez podría matarlo con un empujón decidido, pero lo necesitábamos de momento. Y necesitábamos aún más que confiase en mí, por mucho que yo estuviera a punto de vomitar del asco.

—Y ahora un ligero dolor… —Tiré del nudo mágico y la extenuación me sobrevino por el esfuerzo. De igual manera, continué hilando puntada a puntada, justo como había hecho con Dorian.

Ethan protestó entre dientes cuando la presión se incrementó hasta lo insoportable. Solo cuando parecía al borde de apartar la mano, abandoné mi poder. La relajación se reflejó en sus facciones casi al momento, igual que la confusión.

—No noto nada distinto.

—Es normal durante las primeras semanas —me obligué a decir, limpiándome el sudor que se había acumulado en mi frente—. Aun así, el pacto está sellado.

—¿Eso quiere decir que…?

—Que jamás podré matarte, ni ningún brujo podrá infligirte dolor desde esta noche, Ethan Sea. Vivirás tantos años como yo viva, beneficiándote de mi magia como si fueras uno de los míos.

Justo como haría Dorian Yadav.

Por mi culpa.

Hasta que me convirtiera en polvo.

—Pero recuerda: mantén la boca cerrada —le advertí.

—¿Cerrada?

—Hablar del pacto lo deshará. Y aunque en cuanto se solidifique por completo, tus labios permanecerán sellados por la magia, al principio dependerá de ti —mentí, porque un trato como ese conllevaba un pacto de silencio desde el principio.

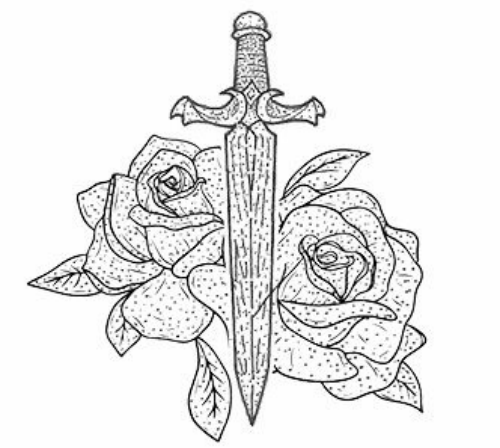
Por suerte, y a pesar del ceño fruncido, no me replicó.

Con una bocanada de aire para intentar recomponerme del cansancio y del estómago revuelto, dije:

—Ahora, quiero que un sanador nos atienda a Nasir y a mí antes de ver a Nashara. Solo después te aportaremos la información que deseas.

El portiño no se antepuso y llamó a los guerreros de fuego que escoltaban la puerta. Salí acompañada de esos pelirrojos, dejando que Ethan Sea creyese lo que deseaba creer.

Porque lo que él desconocía es que alma solo había una para vender. Y la mía ya tenía dueño: Dorian Yadav.



44

Puse los ojos en blanco cuando Ethan Sea abrió la puerta de nuestra modesta habitación y perfiló una sonrisa adulterada. A mi lado, aún medio drogado y tumbado sobre una litera tan reducida que le sobresalían las botas, Nasir emitió un gruñido torvo.

Le eché un vistazo, buscando compartir con él ese mismo sentimiento de repulsión, pero acabé comprobando su cuerpo por duodécima vez en menos de una hora. El veneno con el que habían ungido las armas todavía le afectaba los músculos, ya que sus movimientos eran lentos y rígidos, y a pesar de que había ayudado a vendarle la pantorrilla hacía apenas un momento, el apósito volvía a estar cubierto de sangre. Fuera lo que fuese que habían usado, había afectado a su capacidad de sanación. Igual que a la mía.

—Nashara está esperando fuera.

Me moví sobre la silla que enfrentaba la cama, descruzando las piernas y ladeándome hacia Ethan. Me incomodaba la presión del vendaje alrededor de mis hombros, pero forcé una mueca altanera.

—Que pase, rubito.

El portiño acortó la distancia que nos separaba, sin despegar su atención de Nasir. La curiosidad y la cautela se entremezclaban tras sus pestañas ahora que no estaba encadenado, solo rodeado por las cinco velas que habían colocado a nuestro alrededor.

—¿Qué te pasó en el ojo? —preguntó, señalando su ojo izquierdo.

Giré la cara hacia Nasir, inevitablemente interesada en su respuesta. Desde que nos conocimos me había cuestionado a qué se debía esa diferencia de color, por qué el aro rojizo del derecho era mucho más visible que el del izquierdo. Pero, a diferencia de Ethan, yo había mantenido la bocaza cerrada; no por ser indiscreta, sino porque no había querido preguntar.

Nasir dejó ir una carcajada tirante y, con un sonidito quejicoso, peleó por erguirse en la cama. A pesar del dolor que me atravesó los hombros, no vacilé en ayudarlo a apoyar la espalda contra la pared. Compartimos una mirada furtiva cuando acabó de sentarse, y mi corazón se aceleró sin remedio. Incluso adolorida por haber soportado su peso, deseé no haber roto nuestro

contacto.

—Mis secretos tienen un precio, Delfín —su voz sonó pastosa pero sin vacilación—. ¿Vas a darnos algo a cambio?

Ethan cambió el peso de pierna, meneando los labios. Era extraño verlo enfundado en un uniforme tan modesto como ese, de corte recto y de color azul grisáceo. Ni siquiera el delfín bordado en plata podía competir con sus habituales vestimentas, y eso que estaba elaborado con sumo detalle.

—¿Sabes? Ahórrate el secreto, mestizo. No me importa. —Se encogió de hombros, afilando su mueca. Las ganas de darle un puñetazo en la nariz estuvieron a punto de mandar a la mierda mi farsa de sumisión—. La verdad es que venía a cobrar mi parte del trato.

—Ah, no. Creo que te confundes. —Me recliné sobre la silla, jugando a balancearla con los dedos de los pies. La madera gimió con el vaivén—. Te dije que quería un sanador y hablar con Nashara antes.

—Y os ha atendido un sanador. —Señaló nuestros vendajes con la mano, remarcando sus palabras. Sus iris relucieron con un cariz burlón—. Y como te expliqué hace un par de horas, el que manda aquí soy *yo*, no tú. Así que haremos esto como *a mí* me interese. Y yo digo que primero me contéis lo que quiero saber y que después, *solo después*, hablaréis con la alquimista.

Mi magia burbujeó con violencia en mis entrañas. ¿Qué pasaría si la dejase salir? Aunque dudaba tener la fuerza suficiente como para matarlo, podría dejarlo inconsciente y luego apresar a la alquimista. Pero sería una estupidez, sobre todo desarmados y con Nasir así. No podríamos ir muy lejos sin que sus hombres nos atrapasen. De hecho, había visto a cuatro soldados apostados en la puerta.

Ojeé a Nasir, mordiéndome el labio con rabia. En cuanto se había despertado, le había puesto al tanto de cada palabra que había compartido con Ethan, incluidas sus extrañas afirmaciones sobre Corazón de Zafiro y esa mujer —*Ella*— que las videntes habían presagiado que lucharía junto a él. Solo había omitido las que implicaban el Pacto de Almas, porque por mucho que empezase a desear revelarle lo que me ataba a Dorian, la magia me lo impedía.

Alzó sutilmente la ceja con complicidad y, con un cabeceo discreto, me incitó a ceder.

Bufé y crucé los brazos sobre el pecho. Solté un improperio entre dientes cuando el movimiento hizo que me ardiese toda la parte superior del tronco.

Ethan interpretó ese gesto como una victoria, y arrastró la silla que había en la esquina para sentarse junto a mí. No desaproveché la oportunidad para acariciarlo con mi magia, apenas un ronroneo que le hiciese creer que nuestro pacto era firme. Él no pudo contener un estremecimiento placentero, y me lanzó una mirada furtiva antes de apoyar el tobillo derecho en la rodilla contraria.

—Antes que nada, vamos a dejar algo muy claro: revelad aunque sea un detalle de lo que vais a escuchar, y estáis muertos. —Me lanzó una miradita rápida, una que me confesó que en mi caso el castigo sería más creativo si soltaba la lengua—. Sobre todo tú, mestizo; traicióname y me encargaré personalmente de que el mismísimo regente sepa tu verdadera identidad.

Nasir gruñó entre dientes como un lobo. Por sus facciones contenidas, supe que estaría fantaseando con abrirle la garganta a Ethan.

—Y ahora que esto está cristalino, lo urgente: la fiesta de la Conquista.

—¿Tu interés principal no era Allania? —espetó Nasir, apretando la mandíbula. Un placer cálido y pícaro me besó la columna vertebral al percibir su tono irrespetuoso. Sería delicioso ver cómo lo desmenuzaba parte a parte con sus espadas gemelas.

Ethan entornó las pestañas, ligeramente irritado.

—Tiempo al tiempo, mestizo —murmuró, moviéndose en la silla para sacar de su bolsillo trasero un pergamino arrugado—. La fiesta es dentro de cuatro días. Y necesito acabar de organizar los recursos y nuestra estrategia. —Desplegó el pergamino y lo colocó sobre el borde de la cama. Enseguida reconocí la distribución de La Estrella del Océano—. Gracias a que la fiesta se celebrará en el Barrio Alto y no en Palacio, este año tendremos la oportunidad de actuar.

—Estás tentando la suerte —dije, deteniendo un momento el balanceo de mi silla. Lo reanudé con un chasquido de lengua, después de estudiar más el plano—. Que tu jugada saliese bien anoche no te asegura que conservéis la cabeza una segunda vez. El regente no es idiota y blindará la fiesta con toda la seguridad posible.

Ethan me correspondió con una sonrisa desafiante.

—Por eso mismo nos vais a ayudar.

—¿Para qué? ¿Para matar a unos cuantos militares y nobles valyneses? —Nasir flexionó una rodilla. No pude evitar volver a examinar su cuerpo de la cabeza a los pies, deteniéndome más de la cuenta en su vendaje mojado—. Porque si piensas que tus hombres van a ser capaces de siquiera rozar a algunos de los evocadores de Palacio, o al mismísimo regente, estás muy equivocado.

El portiño alzó las cejas, indiferente. Y luego se inclinó hacia adelante, justo con el mismo aire confidencial con el que solía compartir cotilleos con Samara.

—No quería joderos la fiesta —murmuró, mirando sobre sus hombros con teatralidad—, pero desde hace una semana sabemos que el regente tiene planeadas unas cuantas sorpresas para esa noche, entre ellas, la presencia del mismísimo Nirav Vanisha.

Abrí la boca, frunciendo el entrecejo. Y luego solté una risa sarcástica.

—Estás más loco de lo que creía, rubito. ¿Vais a *matar* al emperador?

—Es la ocasión ideal —me rebatió, sin vacilar siquiera—. Con vosotros facilitándonos los accesos en estos puntos —apoyó el índice y el dedo corazón sobre el plano, señalando lo que interpreté como el despacho de Fahe y el acceso de los sirvientes— podrán entrar unos cuantos de mis mejores hombres.

—¿Pretendéis rebanarle la garganta? —preguntó Nasir, cruzando los brazos contra el pecho —. Poco inteligente.

—El veneno queda descartado porque habrá catadores —se defendió ante su comentario—. Y no pretendemos cortarle el gaznate, sería imposible acercase a él con toda la seguridad revoloteando a su alrededor. Más bien, pretendemos volarlo en trocitos junto a todos los asistentes. —Sonrió—. Tenemos violágora suficiente como para hacer estallar media ciudad; para que os hagáis una idea, en el desastre de anoche solo fue empleada una insignificante cantidad. Imaginaos qué pasará con unos pocos kilos.

¿*Violágora*? Debía estar de coña.

La violágora era un explosivo que se había empleado durante la Gran Guerra y que se obtenía al mezclar azufre, carbón y viola, una sal muy poco común que se extraía de las minas de Ylere. Era altamente inflamable y, durante los primeros años de contienda, la Legión Ardiente la había usado a su favor bajo un manejo excepcional. Por fortuna, los brujos habíamos conseguido sitiar la isla de Ylere y romper su conexión con Ríos Altos, cortando el suministro de viola. Desde entonces, la sal se había enviado directamente a Roshan, la capital del imperio, donde los estudiosos la mezclaban con el resto de ingredientes para formar la violágora.

—¿Cómo la has conseguido? —pregunté, sin aguantarme.

—Interceptamos un barco ylerense el año pasado. Nos encargamos de hundirlo junto a toda la tripulación. El océano es peligroso, y más en invierno —susurró, divertido—. Nadie sospechó cuando no regresó a puerto.

—¿Contáis con una flota? —Esa vez fue Nasir quien no contuvo la curiosidad. No me extrañaba; los ataques rebeldes de los últimos años apenas habían sido ofensivas desestructuradas y poco estratégicas, así que ese dato era del todo inesperado.

Ethan se reclinó sobre el respaldo de la silla, hinchando el pecho con orgullo.

—Las cosas han cambiado mucho desde que las videntes de fuego presagiaron lo que se acerca, mestizo. Ahora todos trabajamos juntos y no aisladamente, incluidos los guerreros de fuego. Cinco dedos abiertos pueden golpear con relativa fuerza, pero un puño puede tumbar a un hombre —explicó, una mueca satisfecha en sus labios—. Y mientras Él y Ella emergen a la luz, vamos a luchar por la supervivencia del mundo.

Nasir me miró. Aunque no mostró ninguna expresión en su rostro, lo empezaba a conocer bastante como para saber lo que estaba pensando: que Ethan había perdido la cabeza.

Sin poder evitarlo, me reí, y el portiño me observó con confusión, sin entender qué acababa de pasar y por qué había destrozado de esa forma su carismático discurso. Pero Nasir me correspondió con una media sonrisa maliciosa.

Ethan entornó los ojos y señaló de nuevo el mapa.

—Samara y yo acudiremos juntos, así que yo me encargaré de este acceso junto a la sala de música —dijo, ignorando nuestra extraña complicidad—. Y vosotros del del despacho y del acceso de servicio. Mis hombres se encargarán de pasar desapercibidos y colocar la violágora distribuida por el local. Y pasada medianoche… Bum; una lluvia de recipientes y carne valynesa por doquier.

Arrugué la nariz al imaginármelo, asqueada ante la visión de decenas de cuerpos despedazados.

—¿Y luego, qué? No sabéis quién es Corazón de Zafiro ni dónde está. Y si el emperador muere, es posible que algún evocador aproveche la oportunidad para sustituirlo. Porque que dinamitéis sus recipientes físicos no los matará, solo liberará su esencia hasta que localicen otro cuerpo apropiado —dije.

—Pero el primer paso estará hecho.

—Nos estás ocultando algo —le recriminé. La información no encajaba; si ellos desconocían quién era Corazón de Zafiro, ¿por qué habían empleado el emblema del sol coronado? ¿Se debía a una casualidad, como Dryan había propuesto?

Ethan se lamió el labio inferior y alargó la mano para recoger el plano. Lo enrolló con cuidado, sin prisa.

—Cree lo que quieras, Goldhar —exhaló, fingiéndose aburrido. Guardó el plano en su bolsillo trasero—. No os pido nada más que nos facilitéis la entrada. Después, permaneced en la fiesta y actuad con normalidad. Y si queréis seguir vivos al final del evento, os recomiendo buscar una excusa y largaros en cuanto suenen las campanadas de medianoche, como haré yo con la sobrina de Yadav —dijo—. Por supuesto, después de vuestra apreciada colaboración, seréis libres de ir a donde queráis siempre que no delatéis nuestra organización. Siendo honesto, no os recomendaría hacerlo; la red cubre todo Oriente y os localizaríamos con facilidad. Ya habéis visto lo que somos capaces de hacer.

Lo fulminé con la mirada, pero él simplemente me regaló una mueca desinteresada. Después, apoyó los codos en las rodillas y dijo:

—Ahora, mestizo, abre esa boquita y cuéntame todo lo que sepas de Allania y su palacio. Necesito mandar un informe exhaustivo al líder rebelde de Ciudad Helada antes del alba.

☽ · ✦ · ☾

Presté atención a cada pregunta y respuesta que compartieron Nasir y Ethan, preguntándome cómo de difícil sería para Nasir hablar de la evocadora. Aunque apenas conocía su historia más allá de la cicatriz de su abdomen, por su expresión dura y filosa y sus frases escuetas y directas, intuí que deseaba matarla tanto como yo a Dorian.

—Bien. —Ethan terminó de anotar lo que Nasir había dicho sobre los hábitos nocturnos de la evocadora y se reclinó en la silla. La tinta manchaba el dorso de su mano, pero ni siquiera se molestó en limpiársela—. Con esto hemos terminado. Ha sido un placer compartir este par de horas juntos. Llamaré a Nashara para que podáis hablar con ella.

—Solos —especificó Nasir cuando el portiño se puso de pie, estirando los brazos por encima de la cabeza.

Ethan asintió aburrido mientras tomaba las notas y las repasaba fugazmente. Ahora que tenía toda la información que deseaba, ni siquiera parecía tener un mínimo de interés en nosotros.

—¿Todo bien? —pregunté en un susurro cuando el portiño desapareció por la puerta.

Nasir flexionó repetidamente los nudillos, ojeando el movimiento con desinterés. Su expresión apática me llevó a buscar el collar de mi hermano y a tirar de él con el dedo índice. Lo empezaba a conocer lo suficiente como para distinguir que su mente vagaba entre recuerdos indeseados.

Asintió tras unos segundos eternos.

—¿Qué piensas de la fiesta? —inquirió—. ¿Deberíamos colaborar con ellos?

—¿Qué es peor? —murmuré, inclinándome hacia él para acortar nuestra distancia. El aroma a su perfume personal me agasajó las fosas nasales, y no pude evitar tomar una inhalación profunda antes de decir—: ¿Dinamitar al emperador, generando una posible guerra civil en todo

Oriente y una posible ascensión de un evocador al trono del imperio? ¿O tener en nuestra contra a una red de rebeldes inesperadamente organizada y letal?

Hundió un poco más la cabeza contra la pared, estudiando el techo en silencio.

—La ascensión de un evocador sería peligrosa para todos. Los rebeldes, en cambio, solo para nosotros.

Me observó por el rabillo del ojo, perdiendo la atención en cómo enroscaba la cadena de plata en mi dedo. Esperando a que *yo* decidiese.

Resoplé por la nariz, molesta porque me cediese esa responsabilidad. Queen Goldhar tendría una respuesta clara: apostar por el bien individual. Sería lo más inteligente, lo más práctico. En cambio, la otra vocecilla que aún latía dentro de mí…

—Una guerra afectaría a Denesse, de una u otra forma. Y no puedo medir cuáles serían las consecuencias para los brujos —rumié, bajando la cabeza.

—Si un evocador como Allania ascendiese, los brujos pasarían a ser esclavos. O alimento.

Me encogí ante sus palabras y levanté la mirada.

—¿Eras su esclavo?

—Era lo que ella quería que fuese, cuando fuese.

Apreté los labios, incapaz de despegar los ojos de los de él. En su interior, entreví cientos de sombras ocultas, y de repente una ira helada me trepó por el centro del cuerpo. Era la misma que sentía cuando fantaseaba con matar a Dorian, lo único que, en esa ocasión, el rostro que se dibujaba entre mis cejas era femenino.

—Entonces, está decidido —murmuré, cuadrándome sobre la silla. Un quejido reverberó al fondo de mi garganta por las lesiones de mis hombros, pero lo ignoré y esbocé una sonrisilla—. Y se me ocurre la persona ideal para desbaratar los planes de los rebeldes.

Amplié la mueca cuando él enarcó una ceja con curiosidad y le conté mi idea a toda prisa. A pesar del desastre que podría suponer para nosotros interferir en el atentado de los rebeldes, no podía evitar que la emoción me impregnase al pensar en Dryan. El capitán de la guardia era el idóneo para detener el intento de asesinato, y estaba segura de que su hazaña lo catapultaría a ese nuevo rango que tanto ansiaba conseguir.

—Les facilitaremos los accesos, solo para que Saah los descubra y los detenga —concluyó Nasir cuando dejé de hablar. Me aliviaba ver que ya había recuperado la suficiente movilidad como para bajar las piernas de la cama sin ayuda.

—Si jugamos bien nuestro papel, ni siquiera sabrán que nosotros mismos saboteamos el plan —farfullé—. Podemos filtrar un mensaje en la fiesta y salir inmunes de esto.

Nasir perfiló una media sonrisa que me alborotó las pulsaciones y asintió.

—Nos queda otro asunto pendiente —dijo—. ¿Recuerdas lo que comentó Tristán sobre los brujos que habían apresado? —Asentí y continuó—: Los liberaremos antes de abandonar la fiesta.

—¿Cómo?

—Me dejará tiempo para estar con ellos, en privado. Puedo encargarme de guiarlos hasta la buhardilla.

La seriedad de sus palabras me robó el aliento. ¿Por qué involucrarse en eso? Él no se había

criado en Denesse, no había experimentado el sentimiento de grupo, de ser parte de un todo. No tenía ninguna obligación moral de implicarse en ese rescate, mucho menos cuando los brujos no lo apreciarían. Él *siempre* sería una amenaza para ellos, un error natural al que temer y odiar. El hijo de Sombrael.

—No funcionará. No confiarán en ti.

—¿Qué propones?

Me mordí el labio, cavilando durante un minuto largo.

—Seguiremos con nuestra farsa. Llévame contigo, trátame como lo haría Sombrael y luego busca una excusa para ausentarte un instante. Después de ver nuestra pantomima, confiarán en mí lo suficiente como para obedecerme cuando los incite a escapar por la buhardilla.

Nasir asintió, observándome con un destello de admiración que me hizo sentir demasiado incómoda. Abrí la boca para pedirle que parase, pero llamaron a la puerta.

Lo primero que vi cuando me giré fue la cara malhumorada de un guerrero de fuego. Era enorme, con un cuello desproporcionado y una barba cuidada repleta de abalorios dorados. Su desmedida anchura cubría toda la puerta, así que solo cuando se hizo a un lado descubrí la mirada recelosa de una mujer tras él.

Era una mirada de hierro fundido, tan radiante y hermosa que consiguió por un instante que pasase por alto la cicatriz que cortaba su rostro horizontalmente. Joder, cubría toda su mejilla izquierda hasta casi la totalidad de la derecha, recorriendo el puente nasal. Era increíble que siguiese viva después de una herida como esa.

—¿Tengo algo en la cara, bruja? —gruñó bajito, cohibida de enfrentarme—. Porque sería un detalle que dejases de mirarme así.

Nashara se adentró con timidez pero sin vacilar. Se acercó a la silla que Ethan había dejado frente a la cama y la arrastró de mala gana hasta la puerta, lo más lejos posible de nosotros. El guerrero de fuego le lanzó un vistazo inquieto que ella correspondió con un suspiro resignado y un zarandeo rudo.

—Venga, ya has oído a Delfín.

El soldado intercambió su atención entre Nasir y yo. Levanté la barbilla a pesar de lo imponente que resultaba con toda esa masa de músculos. Ese cabrón no me iba a asustar.

—Estaré en la puerta por si necesitas algo, Nash.

Descendió la mirada a los cuchillos de sus cintos y la mujer asintió y se cruzó de brazos. Después de eso, cerró a sus espaldas. No me cabía la menor duda de que estaría literalmente pegado a la puerta.

—Ya que por lo visto vuelvo a ser una moneda de cambio, acabemos esto lo antes posible: ¿qué queréis?

Parpadeé asombrada porque fuese tan tajante. A pesar de la rudeza con la que hablaba, todo su cuerpo estaba en tensión, anticipándose a una posible ofensiva, y contra sus caderas pronunciadas llevaba sujeta una daga. No era capaz de imaginármela blandiéndola, no con ese cuerpecillo menudo y curvilíneo. ¿Sería solo una estrategia tácita?

—Sé usarla —protestó al percatarse de cómo observaba el arma—. Qué sorpresa, ¿eh?

—Totalmente. —Esbocé una sonrisa maliciosa. Nasir carraspeó con indiscreción a mi lado.

Con un suspiro, me obligué a borrarla de mis labios y a callarme. Nunca había sido excesivamente buena entablando amistades.

—Nashara, nosotros somos…

—Queen y Nasir —lo interrumpió, apretujándose más el cuerpo con los brazos. Había algo en la alquimista que resultaba encantador, como un gatito recién nacido—. Ella es una bruja de Denesse y tú un… mestizo. Curioso. Confieso que a pesar de que detesto estar aquí, una parte de mí se moría por conocerte y ver cómo eras.

—Entre las dos, está mejor recién aseado y sin ropa —bromeé.

La alquimista arrugó la nariz con desagrado. Por lo visto, mi chanza no había conseguido que se relajase ni un poco. Qué decepción.

—¿Qué queréis? —insistió, retirándose con brusquedad un mechón rubio del rostro. Fuera lo que fuese lo que hubiese estado haciendo antes de venir, parecía que le había costado esfuerzo, porque la trenza baja que llevaba se le había deshecho casi por completo.

—Sé que va a ser difícil que escuches ni una palabra de mi boca —reconoció Nasir, tragando saliva—, pero conocí a Elara en Ciudad Helada. Ella me reveló tu existencia y vuestra misión como alquimistas custodio.

Nashara dio un brinquito en la silla. Luego lo miró con desprecio.

—Ah, ¿y tienes la valentía de confesarme que la torturaste?

—Nasir no la torturó; tú eres la primera que debería saber que los evocadores no pueden hurgar en vuestras mentes de esa forma —repliqué molesta—. Tu amiga confiaba en él lo suficiente para contárselo. Además, nunca le hubiese hecho daño.

Miré a Nasir por el rabillo del ojo, quien, a su vez, me miraba con una expresión un tanto sorprendida. Si creía que no lo defendería, estaba equivocado. Ya la había cagado con él lo suficiente como para no abrir la boca ante esas acusaciones.

—Lo creas o no, la ayudé a escapar de Ciudad Helada —prosiguió—. En un principio, no sabía que quería ir a la Torre de la Niebla, pensaba que… la empujaban otros motivos. Fue en pleno viaje cuando acabó revelándome sus intenciones y me habló de ti.

Nashara bufó y se encogió sobre sí misma.

—¿Y por qué te hablaría de mí y de nuestro cometido, si puede saberse?

—Porque se estaba muriendo y yo era su única alternativa.

El estómago se me contrajo y observé a Nasir, su mandíbula apretada y la tensión de sus hombros. Toda esa conversación tenía que estar avivando unos recuerdos demasiado dolorosos para él.

—¿Qué? —La voz de la alquimista sonó trémula.

—Ella… Elara está muerta.

El rostro enfurruñado de Nashara se contrajo de la conmoción. Al momento, la expresión distante y resignada que había intentado mantener se rompió en cientos de trocitos, tan abiertamente que una parte de mi corazón se estremeció.

—Siento tu pérdida, sé que erais buenas amigas —continuó Nasir, en apenas un susurro. A pesar de que estaba intentando mostrarse sereno, advertí un cariz emocionado en su garganta—. Y sé que es difícil de creer, pero… —alzó la mano tatuada, el anillo de tinta—. Esto es por ella.

Nashara se quedó petrificada, tanto que la emoción que había estado a punto de sobrepasarla se aminoró en su rostro.

—¿*Qué*?

—No sé interpretar el código; no obstante, sé que está relacionado con la localización de la torre. Ella misma usó un encantamiento para transcribirlo del libro que lo contenía a mi piel. Y luego me pidió que te buscara y te llevase hasta allí.

Nashara se inclinó, tan rígida que el movimiento se vio artificial. Cuando habló, el tono filoso que empleó me erizó el vello de la nuca.

—¿Me estás diciendo que ahora solo estás tú?

Nasir ladeó la cabeza, sin entenderla.

—Quemó el libro que lo contenía, si a eso te refieres.

—¡Olvídate del libro!

Di un brinco en la silla cuando Nashara se puso de pie de un salto y empezó a andar de un extremo a otro de la habitación, farfullando algo que no sonaba nada bien. Insultos, posiblemente.

—Es un código mágico, ¿de acuerdo? Eso quiere decir que solo puede transcribirse *una* vez, en caso de emergencia. Ahora, solo el Maese de la torre puede extraerlo de tu dedo, ¿entiendes? ¡Él es el único con el suficiente manejo de encantamientos para hacerlo! —Agitó las manos con rabia antes de pararse de golpe y mirar el tatuaje con un brillo extraño en los ojos—. ¿Y si…? No. Si te lo corto, se borrará.

—Oh, me alegro; porque tú no vas a cortar *nada* si quieres mantener la cabeza en su sitio —le advertí, dedicándole mi peor sonrisa.

Resolló con fuerza.

—*Estupendo*. ¿Y el resto, qué? ¿También lo tienes tú?

Nasir frunció las cejas y apoyó las manos sobre la cama.

—¿El resto?

—En la caja donde estaba el libro había… algo más —detalló ella, poniéndose en jarras. El hierro fundido de su mirada bullía con rabia.

—En la caja solo estaba el libro.

—Por todas las llamas… —Se llevó las manos a la cara y se masajeó con rudeza los párpados—. No me estarás engañando, ¿verdad?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¡Porque eres uno de ellos! —chilló, furiosa.

—Nasir *no* es uno de ellos —gruñí, levantándome de la silla y enfrentándola con dos zancadas furiosas. Estaba empezando a cabrearme—. Y si te dice que no había nada, *no había nada*.

El rostro de Nashara perdió algo de color al verme tan cerca. Con un resoplido, retrocedió hasta la silla y se dejó caer en ella con los brazos abiertos.

—¿Elara no te dijo nada al ver la caja? Si estaba vacía, es que alguien robó lo demás. Y eso… Mierda. Seguro que fue algún ladrón patán que ni siquiera sabía leer —exhaló, dejando caer la cabeza hacia atrás—. Se llevaría lo único que brillaba, lo que su diminuto y primitivo

cerebro entendió que tenía valor.

—¿Qué más da lo que falte? Tenemos el tatuaje de Nasir.

Nashara levantó la cabeza poco a poco en mi dirección, con una expresión del todo aburrida. Su larga trenza rubia se escapó de sus clavículas y cayó sobre su espalda. El modesto vestido que enmarcaba su cuerpo curvilíneo le daba un aspecto un tanto infantil.

—Ja, qué bueno. —Hundió la cabeza de nuevo, la mirada perdida en el techo—. Sin… *el resto*, ese código no sirve de nada.

Relajó un poco las rodillas, abriendo las caderas. La tela de la falda se tensó.

Por mucho que me jodiese, no mentía. Tenía una expresión derrotada imposible de fingir. Y eso suponía que todo nuestro esfuerzo de las últimas semanas no había servido de nada, que Nasir y yo tendríamos que empezar de cero para localizar la Torre de la Niebla.

A no ser… que la respuesta estuviera frente a nosotros.

—¿Falta una brújula? —pregunté a bocajarro.

Nashara alzó la cabeza y me lanzó una mirada recelosa. No supe distinguir qué prefería que respondiese. Ambas contestaciones me dejarían un sabor amargo en la lengua.

—El regente tiene una brújula —le expliqué, bajando la voz—. Siempre la lleva encima, y parece estar muy interesado en ella. Por lo que sé, ha estado años buscándola. Sin embargo, no está ni siquiera calibrada. Tiene a varios escribas investigando en los Archivos sobre su funcionamiento.

La alquimista se tapó la cara de nuevo, dejando ir el aire con rudeza.

—¿Tiene un grabado plateado en la carcasa?

—Sí.

—¿Color?

—Negro.

Nashara apoyó las manos sobre su barriga, exhalando con brusquedad.

—¿Estamos jodidos? —pregunté con la boca pequeña.

Emitió una risita sarcástica y se miró los dedos, que tamborileaban en su vientre a un ritmo acelerado. Sus ojos se cerraron por un momento.

—No puedo confiar en vosotros.

—Tú también quieres regresar a la torre, ¿no? —Nasir irguió la espalda. La cama emitió un ruidito bajo su peso—. Y si la brújula del regente es lo que te falta, no vas a poder conseguirla por tu cuenta.

Nashara pausó el tamborileo y nos ojeó con pesadez. Incluso después de esas semanas fuera de Palacio, advertí unas sutiles ojeras bajo sus ojos.

—¿Y vosotros sí? —gruñó, dejando caer la cabeza de nuevo hacia atrás.

—La podemos robar en la fiesta —propuse.

—Y te la daremos —completó Nasir por mí con un cabeceo.

La alquimista escudriñó el techo de nuevo, pensativa.

—¿Y cómo pretendéis hacer eso? —Nos lanzó una miradita por el rabillo del ojo—. Es el *regente*. Si se la robáis, ordenará que la busquen de día y de noche.

—No si no se da cuenta de que se la hemos robado, *Nash* —dije, sonriendo conforme la

idea iba tomando cuerpo en mi cabeza. Ella soltó un bufido al escuchar su diminutivo en mi boca, pero no me interrumpió—. Esta mañana el capitán de la guardia de los Yadav contactó con el mejor falsificador de la ciudad para pedirle una imitación de la brújula. Si la conseguimos, podríamos darle el cambiazo a Tristán sin que se enterase.

—¿Una imitación? ¿Y cómo va a hacerla idéntica, si puede saberse?

—Porque tú le ayudarás. —Sonreí de medio lado, como si fuese evidente—. Solo tú puedes corroborar cada detalle para que quede justo como la del regente. Acude a su tienda y dale toda la información que necesite haciéndote pasar por una empleada de la Casa Dorada. Con el trasiego que habéis formado en la ciudad y los preparativos de la fiesta, dudo que el capitán de la guardia esté atento al encargo. No se enterará si alguien recoge la brújula o pregunta por ella.

—Pero… es peligroso para mí —protestó.

Resollé por la nariz y señalé con el pulgar hacia la puerta.

—Pídele a tu mastín pelirrojo que se encargue de ti. Por como te mira, seguro que lo hace encantado. —La alquimista no pudo evitar ojear la puerta, sonrojándose—. Tú solo consíguenosla y nosotros nos encargaremos del resto.

Sus ojos grises volaron a los míos, luego a los de Nasir. Su bonito rostro, a pesar de la cicatriz, no logró contener las emociones y una mezcolanza de recelo y esperanza lo traspasó.

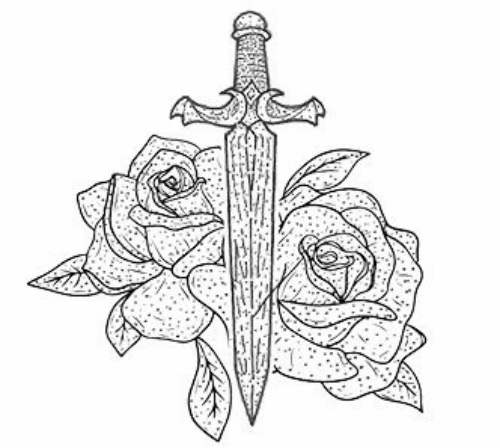
—¿Y todo esto a cambio de qué?

—A cambio de acompañarte —contestó Nasir, tan suave que me erizó la nuca—. Solo eso.

Jugué con el collar de Darius cuando el silencio se espesó en la habitación. Tenía el corazón acelerado, a pesar de estar quieta. Si ella no aceptaba ayudarnos, daría igual que consiguiéramos esa brújula o no; estaríamos jodidos de todas formas. Y no podía consentirlo, no con mi hermano necesitándome.

Nashara suspiró y se irguió por fin en la silla.

—Está bien. Me encargaré de que esa brújula quede exacta y os la daré. Pero luego me largaré de la ciudad; varios de nosotros nos vamos a El Paso Salitre antes de la fiesta. No queremos estar en la ciudad cuando las cosas se pongan feas —dijo, jugando con el labio—. Os esperaré allí dentro de cuatro días, en una taberna llamada El Canto de la Gaviota. Traed la brújula del regente. Después, ya veremos qué nos deparan las llamas.



45

El sutil bamboleo del carruaje me mantuvo atenta durante todo el trayecto, repasando mentalmente una y otra vez nuestro plan para esa noche conforme acompañaba con la mirada el paisaje exterior.

La lluvia caía incesantemente contra el empedrado de la ciudad, empapando los banderines que ondulaban con cada soplo violento. Había algo de placentero en la tormenta, en cómo ensombrecía la pomposidad habitual de la fiesta y obligaba a los transeúntes a acelerar el paso. Me gustaba imaginarme a Nirav Vanisha mojado, con la túnica azul y llena de diminutos zafiros que le identificaba como emperador embarrada como la de cualquier otro plebeyo. Aunque, para mi decepción, eso jamás sucedería: sus sirvientes se dejarían pisotear la espalda antes de que el emperador pusiera sus preciados zapatos sobre el fango.

Me removí más contra el asiento, nerviosa, resbalándome un poco por el terciopelo negro. No sabía de dónde narices había sacado Ethan ese carruaje, mucho menos el cochero sin lengua, pero me aliviaba que no hubiese puesto impedimentos cuando Nasir y yo se lo habíamos pedido. ¿Se mostraría tan colaborativo cuando descubriese que lo había engañado con nuestro pacto? Porque lo haría; era cuestión de tiempo que su astuto cerebro recayese en mi treta, sobre todo cuando nos largásemos de la ciudad y no volviese a sentir ningún pellizco mágico.

Frente a mí, Nasir se palmeó la pantorrilla por tercera vez. Si no supiese que la herida que le habían causado los guerreros de fuego había sanado sin dejar rastro, habría pensando que aún le molestaba. Lejos de eso, sus dedos tantearon la daga que ocultaba bajo la pernera del pantalón.

Por reflejo, resbalé la mano hacia mi muslo en busca de la dureza de Infalible, el estómago burbujeando. Pellizqué la guarda, reconfortada por portarla sobre el elegante conjunto de dos piezas que Ethan me había dado para la ocasión. Había sido lo suficientemente inteligente para conseguirme un corpiño negro con pedrería en el escote y unos pantalones a juego cubiertos por una sobrefalda de terciopelo con aperturas laterales. Algo distinguido pero cómodo para moverme, correr o pelear.

Nasir emitió un sonidito aprobatorio en cuanto acabó la comprobación y apoyó de nuevo la

espalda en el asiento, estirando las piernas. Su bota rozó mi tobillo y, al instante, su atención voló hacia mí. Aunque no nos habíamos separado ni un momento en todo ese tiempo, apenas habíamos tenido privacidad —cuando no nos custodiaban los soldados humanos, nos vigilaban los zorritos—. Y desde que los hombres de Ethan nos habían guiado con los ojos vendados hasta el carruaje y nos habían liberado, no habíamos podido parar de mirarnos… De devorarnos, más bien.

Habían pasado cinco noches desde que nos habíamos acostado en la bodega y cualquier roce casual desataba mi imaginación hacia lugares *muy* obscenos. Mi cuerpo estaba tenso, anticipando el placer que desataría una simple caricia o un beso suyo. Y, por la forma en la que sus hombros se habían elevado, apostaba que no era la única incapaz de controlar sus pensamientos. Joder, eso empeoraba la situación.

Debería centrarme, mantener la mente fría y focalizada en todo lo que nos esperaba en cuanto llegásemos a La Estrella del Océano, no en follar. Pero estaba demasiado nerviosa por lo que conllevaba la noche y el espacio entre los dos comenzaba a antojárseme demasiado fácil de sortear, tanto que ascendí un poco mi bota por su pantalón. Un calor húmedo se desató entre mis muslos cuando emitió un ruidito grave y me embistió con la mirada.

Atrapó mi pie con la mano cuando llegué a su muslo, mascullando mi nombre en una advertencia. Esbocé una mueca inocente y me incliné hacia él, apoyando los codos en las piernas.

—Viejas costumbres. —Me encogí de hombros, aunque en realidad apenas podía respirar con normalidad. Intenté suavizar la estática que colmaba el carruaje con un susurro arrogante—: ¿No decías que conocías todas las tradiciones denessianas? Supongo que habrás oído hablar de cómo nos solíamos destensar los brujos antes de una batalla. ¿O te saltaste *justo* esa lección?

Antes de que pudiese pestañear, tiró de mis antebrazos. Caí sobre su abdomen con una maestría excepcional y adapté los muslos alrededor de sus caderas con rapidez. A pesar del nudo que me perforaba las tripas, perdí el sentido de la orientación al notar nuestros puntos más sensibles en contacto.

—Y las conozco —murmuró—. Pero solía ser la noche previa o al alba, no *minutos* antes de entrar en combate. —Sonreí ante su retintín. Sus manos recorrieron la parte baja de mi espalda hasta agarrar mi trasero—. Deberíamos centrarnos.

—Deberíamos.

—Nos espera una noche complicada —insistió, aunque hundió más los dedos en mi culo y me empujó el cuello con la nariz para que levantase la cabeza—. Vamos a impedir un atentado rebelde, liberar a unos brujos y robar al mismísimo regente imperial. Por no hablar de que te considerarán una fugitiva a partir de hoy.

El pecho se me hundió un poco y el calor que había comenzado a cosquillearme la piel se amilanó. Daba igual que después de las campanadas de medianoche ya estuviésemos lejos de la ciudad: en cuanto el contrato a nombre de Sombrael rescindiera, volvería a ser la bruja del primer general. Y eso supondría que Dorian tendría la potestad y el apoyo legal para buscarme por *todo* Oriente, sin importar el reino en el que pudiese ocultarme.

Nasir abrió la boca y depositó un beso sobre mi nuez, uno tan delicado que me indicó que se

había percatado de mi cambio de actitud. Luego, apoyó la nuca en el asiento y ascendió las manos hasta envolverme la cintura, aquietando la estática que nuestros cuerpos habían generado con tantas ganas.

—Por eso mismo tendríamos que liberar tensión, ¿no?

A la mierda. Esa noche podía ser un auténtico desastre y, aunque no lo fuera, al alba, mi vida entera *sí* lo sería. Así que no iba a malgastar ese preciado momento con él.

Cogí sus manos y las redirigí justo a donde habían estado: mi trasero. Cuando lo obligué a ceñirlas con fuerza y a apretarme las nalgas, resopló.

—El cuello —le ordené.

Aunque me contempló con cierta resistencia, su boca no tardó en atender mi petición. En cuanto sus dientes rozaron la extensión de mi piel hasta el hueco de mi hombro, toda mi piel se erizó.

Esos juegos me recordaban demasiado a Jayde, con la diferencia de que esa vez me estaba ahogando de necesidad por el hijo del mismísimo Sombrael y no por el heredero de una de las familias más respetadas de Denesse. Pero, a esas alturas, con él allí, apretado contra mí de esa manera tan indecorosa y después de lo que habíamos hecho en la bodega, apenas me importaba. Yo tampoco era la misma que se acostaba con Jayde, solo Queen Goldhar.

—¿Llevas la brújula? —preguntó en un murmullo, aún contra mi garganta.

Asentí con los ojos cerrados. Llevaba la réplica que Nashara había recogido de Sages el día anterior en un bolsillo oculto de mi falda, bien accesible para mis dedos expertos. No es que Nasir y yo no hubiésemos valorado quién de los dos era el más adecuado para el plan de esa noche; habíamos estado practicando el intercambio durante horas, con una brújula ordinaria de peso similar. Tampoco era que Nasir no fuese ágil —me había conseguido dar el cambiazo diez veces—, sino que yo era simplemente mejor —diecisiete victorias, de las cuales había fanfarroneado sin pizca de reparo—.

Nasir se alejó un poco con una exhalación larga, como si necesitara tranquilizarse. Al abrir los ojos, descubrí que observaba los nudos de mi corpiño con la mirada entornada.

—¿Te gusta?

Perfiló una sonrisa lobuna y me miró.

—Es llamativo.

—Vaya. —Ojeé mis pechos pequeños. Embutidos en el corpiño incluso destacaban con generosidad—. Creo que es lo más atrevido que me han dicho en la vida.

—¿Quieres algo atrevido?

—¿Y cuándo no? —lo reté, entornando los ojos, aunque de pronto el corazón comenzó a bombearme enloquecido—. Sorpréndeme con esa boquita tuya.

No esperé que lo interpretase *literalmente*, pero de pronto estaba sentada en el asiento contrario con él arrodillado entre mis piernas y el nudo de mi corpiño entre sus dientes. Tiró un poco, aflojando la parte superior, y me arqueé con solo sentir ese desplazamiento de la tela. *Con solo verlo allí,* tan cerca de donde deseaba que viajase su lengua.

No contuve mis deseos y yo misma acabé de deshacer el nudo, exponiendo mis pechos. No había mentido cuando le había dicho que necesitaba destensarme. Un poco de sexo desinhibido

era mi costumbre predilecta antes de entrar en batalla; me hacía olvidar todos los peligros.

—Estamos *a punto* de llegar —murmuró, y la protesta suplicante que escondía su voz me robó una carcajada obscena.

—Entonces, yo de ti aprovecharía el tiempo.

El calor se desparramó en mi vientre cuando su boca se adueñó de mi pecho. Su lengua experta no tardó en arrancarme unos cuantos gemidos y en borrar de mi cerebro cualquier preocupación. Con cada pasada húmeda, mis fantasías se recrudecían, volviéndose más y más sucias.

Tiré de su pelo y señalé su asiento con la nariz. Enseguida se acomodó de nuevo, esperando a que volviera a ponerme a horcajadas sobre él. En cambio, me arrodillé.

—*Queen*.

Mi nombre brotó de él con tantos matices contradictorios que me estremecí.

—Prometo comportarme —le dije, mirándolo a la cara. No mentía, por mucho que me sacase de quicio—. Si me dices que pare, pararé.

Vi en sus facciones cómo valoraba mis palabras, el debate que se desató en él. Por un momento, temí que sus miedos más irracionales ganaran la batalla. ¿Tanto le aterrorizaba dejarse llevar?

Abrió los labios para responder, humedeciéndoselos con la lengua…, pero el carruaje frenó de golpe y estuve a punto de caerme sobre el trasero.

En apenas unos segundos, alguien aporreó la puerta. Compartimos una mirada cautelosa, yo aún en una posición bastante ridícula y semidesnuda, y se precipitó a anudarme el corpiño con manos firmes. Solo cuando terminó, cambió la expresión y abrió. No se me pasó por alto el detalle de su mano abierta, lista para volar a su pantorrilla y desenfundar la daga.

Para nuestro alivio, era el cochero.

—Han cortado la calle —dijo Nasir, después de asomarse en la dirección que había señalado el hombre—. Tendremos que andar desde aquí. Por suerte han colocado toldos, así que por una vez no llegaremos empapados.

Salió del carruaje tan veloz que me quedé mirando su mano tendida como una estúpida. Aún no me creía lo que había estado a punto de hacerle y ya tenía que renunciar a ello. Con una inhalación profunda para calmarme, revisé la brújula e Infalible una última vez y bajé de un salto, adquiriendo mi papel de bruja obediente y modosita.

La calle que conducía a La Estrella del Océano estaba atestada de valyneses engalanados en sus mejores ropajes, todos de borgoña y dorado. La mayoría llevaban adornos de oro en el pelo y en las barbas, y las mujeres lucían hermosas tiaras sobre sus cabellos ondulados y sueltos. Sin duda, preparados para disfrutar de la mayor fiesta del año.

Intercambié una mirada fugaz con Nasir. Nosotros también estábamos listos para nuestra última función.

Al contrario que al resto de invitados, nadie nos registró cuando llegamos a la puerta del local. Supuse que el privilegio se debía a la sangre de evocador de Nasir, ya que hasta los nobles más prestigiosos estaban esperando en la cola a ser cacheados. ¿Los Yadav también se habrían visto sometidos a eso? Dorian, no; él era el primer general y tendría permitido llevar armas encima, pero tal vez Samara, sí. Solo de imaginármela con los brazos extendidos y aguantando el escrutinio de los soldados, los nervios se me suavizaron por el placer.

Entramos con decisión, nuestros pasos acompasados, y enseguida la música del piano y los violonchelos nos agasajó los oídos. Crane no había escatimado en lujos: hasta el más discreto rincón estaba decorado con flores y candelabros de cristal, y todo relucía con una luz cálida y elegante que se reflejaba en la decena de espejos repartidos por el salón. Sobre las mesas atiborradas de comida, dulces y bebidas, decenas de bailarines enroscados en telas rojas y negras proyectaban posturas imposibles de imitar con sus cuerpos tonificados y flexibles.

Nasir aceptó la copa que le tendió uno de los sirvientes nada más identificarlo como evocador. Dio un trago y luego nos condujo hacia una esquina más o menos solitaria.

—Allí —musitó, llevándose la bebida a los labios mientras dirigía la mirada hacia el otro extremo de la sala.

Entorné los ojos al descubrir a Ethan Sea acompañando a Samara. Ni siquiera el rebelde se había atrevido a vestir el azul esa noche, por mucho que fuese el color tradicional de Ríos Altos, y lucía una túnica blanca que complementaba el espectacular conjunto de dos piezas de Samara.

A unos pasos de ellos, Dryan estudiaba el alrededor con la mirada atenta y muy alejada de la pareja, con rictus profesional. El capitán de la guardia llevaba su uniforme de gala, rojo como el que utilizaba de diario, pero mucho más sobrecargado en el cuello y en las mangas. Además, había domesticado sus rizos con algún tipo de producto, despejando su frente de los tirabuzones habituales. El corte en su mejilla apenas era visible, por lo que intuí que lo habría maquillado.

—¿Y Dorian? —pregunté en un hilo de voz, vagando la mirada por el resto de invitados.

—Si es cierto que el emperador va a aparecer en la fiesta, estará ocupado.

Aceptamos los tentempiés que nos ofreció uno de los camareros, y me llevé el mío a la boca sin pensar. El estallido del queso y la mermelada de frambuesa me robó un sollozo bajo. Estaba tan delicioso que me adelanté antes de que el sirviente se marchase y amontoné tres tartaletas más como pude entre las manos. Si hubiese compartido ese momento con Dryan, seguramente se hubiese reído y después me hubiese imitado.

—Muchos invitados están ya borrachos —comentó, dándole un bocadito recatado al tentempié.

Escudriñé la decena de rostros atenuados por las velas, devorando otra tartaleta. Habíamos decidido presentarnos casi a medianoche a pesar de que eso acortaría nuestro margen de maniobra, esperando que el alcohol —y las drogas que Crane facilitaría— jugasen a nuestro favor. Por las sonrisas bobaliconas y las pupilas dilatadas, no habíamos errado en usar esa estrategia.

—Qué militares más traviesos —canturreé, entornando las pestañas.

—Y no solo militares.

Perfiló una sonrisa malintencionada y seguí la dirección de su mirada hasta el piso superior.

Los evocadores de Palacio bebían y reían desenfrenados, algunos incluso se habían derrumbado sobre los divanes de terciopelo negro.

—¿Ves al regente?

—No desde aquí.

Me limpié la boca con el dorso de la mano, entrecerrando los ojos. Por desgracia, tampoco localicé a Tristán.

—Miraré desde allí —murmuré, señalando con la nariz la fuente de chocolate que quedaba al otro extremo. Me comí de un bocado la tartaleta sobrante y bromeé—: No me eches mucho de menos, ¿quieres?

Me lanzó una mirada que me hizo desear no haber salido *nunca jamás* de nuestro carruaje, aunque no desdibujé mi mueca petulante mientras me alejaba.

Alcancé el otro extremo del salón y escudriñé el piso superior de nuevo, sin ninguna diferencia. ¿Dónde estaría el regente? Necesitábamos tener la oportunidad de acercarnos a él para poder intercambiar nuestra brújula falsa por la suya.

—¿Estás bien?

Me sobresalté al oír a Dryan frente a mí, justo al otro lado de la mesa de dulces.

—Pareces no haber dormido en los últimos días.

Atrapé un bol de fresas y alargué la mano en busca de un tenedor, fingiéndome interesada en la comida.

—Ni tú —dije, echándole un vistazo fugaz a sus ojeras.

—Han sido noches complicadas desde el ataque rebelde. Y lo que menos me apetece es estar aquí hasta el alba, de pie, con música, gritos y el capullo de Ethan Sea revoloteando alrededor de Samara como una mosca.

Apreté los dientes. Si él supiera la verdad sobre Ethan, ya tendría su lanza valynesa, esa que llevaba a la espalda, atravesándole los intestinos.

—Lo sé, estoy insoportable, ¿eh? —murmuró, llevándose a la boca unas uvas bañadas en chocolate. Las engulló con rabia, casi como si no quisiera disfrutar del sabor—. Pero qué te extraña. Menuda mierda de capitán soy.

Dejé el tenedor a medio camino de mis labios, enarcando una ceja. Sin embargo, cuando me vio las intenciones de rebatir, me interrumpió con rapidez:

—Te he fallado. No he cumplido mi promesa, Queen. Por eso, hemos tenido que esperar a esta noche para que rescinda tu contrato oficialmente y puedas volver a casa. Soy un fraude.

—No —gruñí—. No eres un fraude, Dryan Saah.

Resopló por la nariz y meneó la cabeza. Con el movimiento, un rizo estuvo a punto de abandonar su posición estratégica y colarse en su frente.

—Yo… Lo siento, Queen.

—*Dryan*.

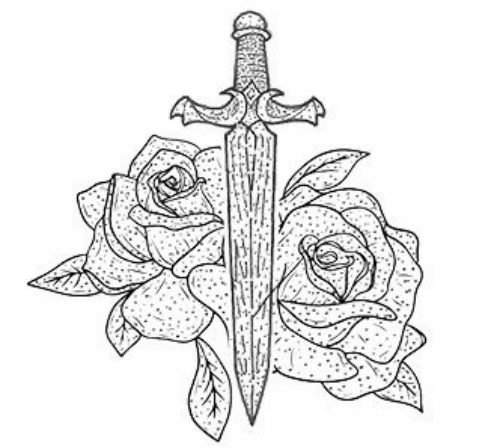
El capitán de la guardia me envolvió en sus enormes ojos dorados. Tenía ese fuego incesante que a veces se adueñaba de sus entrañas y prendía su espíritu, ese que presagiaba que no se daría por vencido hasta tener la razón. Y me dolía; me dolía no poder callarlo con la verdad o revelarle lo que tenía planeado para él esa noche.

No obstante, un inesperado aluvión de cuchicheos impregnó el salón y nos obligó a mantenernos en silencio. Nos giramos a la par, veloces, buscando el origen del parloteo con curiosidad templada.

Agradecí no estar masticando, porque me hubiese atragantado.

Dorian avanzaba por el centro del salón conversando nada más ni nada menos que con el emperador, Nirav Vanisha. A su lado izquierdo, Tristán y Amada Claeys, la coleccionista de antigüedades, acompañaban su marcha mientras compartían unas palabras encorsetadas con el emperador. Y por último, junto a Dorian, caminaba con elegancia la señora de la droga, Fahe Crane.

No titubeé en buscar a Nasir con la mirada, mis latidos acelerándose. A pesar de la distancia, ambos asentimos con rictus profesional, y entonces, a escasa media hora de medianoche, nos enfrascamos en el siguiente paso de nuestro plan.



46

Me alejé de la mesa de postres a la vez que Dryan, sin mediar más palabras. El capitán regresó al lado de Samara y Ethan, apenas apartando su atención del emperador. No me sorprendía; Nirav Vanisha brillaba tanto con esa túnica de color zafiro, llena de diamantes, que llegué a valorar que me cegase si lo contemplaba durante varios segundos seguidos.

No vacilé, y aproveché el revuelo para avanzar rauda entre la multitud apretada y dirigirme con la cabeza gacha hacia el pasillo que conducía al despacho de Crane. Tampoco me permití echar un último vistazo hacia Nasir; él debería haberse puesto en marcha hacia el otro acceso al mismo tiempo que yo.

En cuanto alcancé la soledad del pasillo y dejé atrás a los militares que hacían guardia y rodeaban el salón principal, corrí hacia el despacho de Crane, mi corazón retumbando con cada paso que daba. Nuestro plan podía torcerse en cualquier momento, y un solo error podría desembocar en la muerte del emperador. No es que me importase, pero prefería a Nirav Vanisha por encima de un evocador.

Y por si toda la situación no estuviese traicionando mis nervios, recordaba que el despacho de la señora de la droga era demasiado similar al de Vail Valdran como para sentirme cómoda. Por no comentar que contaba con dos guardias enormes en las escaleras, aparte de los cinco extra que merodeaban el alrededor.

Tomé una inhalación profunda desde mi escondrijo, en una esquina del pasillo. Degollarlos era una opción, pero ensuciaría demasiado y enseguida desataría la voz de alarma.

—Busco a Fahe. —Salí de mi guarida, perfilando una mueca segura. Al momento, los dos guardias me atravesaron con los ojos—. Mi señor Sombrael me manda un mensaje para ella.

El de la derecha estudió las dos lunas bordadas en mi sobrefalda y el broche de Palacio que había situado en ella para no afear el corpiño. Le dio un empujón con el hombro a su compañero, antes de reírse al reconocerme como «*esa* clienta que destrozó el piano».

Apreté los nudillos para contener mis ganas de romperle la nariz.

—Está en el salón.

—Pues llámala. Es demasiado privado como para hablar delante de todos. —Estudié mi guante, alargando la mano frente a mí.

Los guardias se miraron entre sí en un debate silencioso por ver quién de los dos mandaba más. Sin duda, era el que me había hablado, y su compañero no tuvo más remedio que soltar un improperio y encaminarse hacia el salón. Con cada paso, el metal que llevaba encima chasqueó.

Fingí un bostezo e hice ademán de subir hacia el despacho. Pero el soldado cruzó su impresionante brazo musculado sobre la barandilla y me cortó el paso.

—¿No sabes leer o qué? —Señaló el cartel que tenía a sus espaldas de malas formas.

Leí el «prohibido el paso, bla bla» con aburrimiento.

—¿Y tú? Porque entre líneas pone «excepto evocadores». Míralo, ahí. —El muy cafre echó un vistazo sobre el hombro para comprobarlo y puse los ojos en blanco. Qué idiota—. Yo de ti movería el culo. A no ser que quieras que mi señor devore tu mente como a uno de esos tentempiés que están sirviendo fuera. Aunque intuyo que se quedaría igual de hambriento.

Hice un aspaviento con las manos como si se tratase de una mosca pesada y frunció el entrecejo. Por un momento, valoré que me tumbase de un guantazo por impertinente. Podía ser un necio, pero con esa masa muscular lo lograría con solo pestañear más de la cuenta.

—Al despacho no sube nadie sin permiso.

—¿Sabes gracias a quién se está organizando la fiesta de la Conquista aquí esta noche? —Di un paso al frente, hasta casi pegarme a él—. Gracias a *mi* señor. Así que mueve tu culo ya. Quiero esperar a Fahe sentada y no de pie oliendo tu asqueroso sudor.

Contuve las ganas de cerrar los ojos cuando se cuadró de hombros y anticipé el puñetazo. Por suerte, el dolor no llegó.

El soldado caviló por unos segundos, con las cejas tan pegadas que parecían formar una sola. Tras un minuto, apartó el brazo con un graznido.

—Está bien. Pero voy contigo.

Maldije a la Madre y al Padre por su caprichosa forma de joderme. Después, forcé un resoplido indiferente y me lancé hacia la escaleras, ignorando sus pasos ceñidos a los míos. El muy capullo prácticamente me respiraba en la nuca, ahogando mis pensamientos mientras subía escalón a escalón.

Tuve que frenarme ante la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho, a la espera de que sacase del bolsillo de su pechera la llave del despacho. En cuanto empujó la hoja, me adentré y me bebí cada detalle. Más allá de los sillones y el escritorio, estaba la ventana que necesitaba manipular. Pero con ese matón situado contra la puerta, no pude hacer más que dejarme caer de espaldas sobre el diván.

—Tráeme vino. Estoy muerta de sed.

Se rio sonoramente, un sonido tan desagradable y chirriante que me hizo maldecirlo entre dientes. Como esperaba, ni siquiera cambió el peso de pierna; continuó volcando su atención en mí, con una expresión tan aburrida como la que yo me estaba esforzando en adquirir a pesar del nudo de mi estómago.

Chasqueé la lengua y me incorporé con un tirón conciso de mis abdominales. Al entrar, había observado que había una botella descorchada apoyada en la cómoda próxima a la ventana.

Fulminándolo con la mirada, me dirigí con dos zancadas sonoras hacia ella.

—Las manos donde pueda verlas, bruja.

Las alcé por encima de los hombros, suspirando. Había tantos fardos de distintas drogas distribuidos por doquier que lo extraño era que el guardia me permitiese moverme siquiera. Sobre todo, conociendo mi historial.

—¿Quieres? —Cogí la botella y me giré para mostrársela, apoyando el trasero en la cómoda. Vi la duda en su mirada, pero tuvo el suficiente seso como para rechazar mi ofrecimiento con un cabeceo conciso—. Qué aburrido.

Me amorré a la botella y encogí los hombros mientras pegaba un trago largo que me supo a gloria. Fuera lo que fuese, ese líquido espumoso era una delicia que apostaba que muy pocos podrían permitirse degustar.

Lo miré de refilón mientras me secaba la comisura de los labios. ¿Podría dejarlo inconsciente con mi magia, aunque fuese? Me refugié en mis entrañas, tirando con cuidado del hilo que me conectaba con mi torrente mágico. Atacarlo me dejaría exhausta, y no sabía si con todo lo que se avecinaba me lo podía permitir. Pero no tenía muchas más opciones.

No lo pensé más. Con un empujón veloz mi poder me cosquilleó la yema de los dedos y se lanzó en su dirección, una serpiente famélica con ansias de atacar. El dolor me atravesó la espina dorsal mientras condensaba mi magia en él sin titubear, tan de golpe que apenas pudo emitir un gruñido bajo antes de empezar a boquear en busca de aire y derrumbarse sobre las rodillas.

Apreté más, ahogándolo, tanto que mis músculos se contrajeron en espasmos y tuve que apoyar una mano en la cómoda para no desfallecer. Empecé a marearme al sentir la resistencia que estaba ejerciendo en su pecho contra mí. Pero no pensaba desistir; no con Darius y los míos en juego.

Retorcí mi cuerda invisible sobre sus pulmones con un giro de muñeca conciso y cayó de bruces con un golpe seco que me sobrecogió. No tardé en derrumbarme de rodillas, una pátina de sudor perlando mi frente. Me vibraba el cuerpo, cada rincón de mí era una pasta gelatinosa que me avergonzaba y me calentaba las mejillas. Si los míos descubriesen en qué me había convertido…

Silencié el pensamiento antes de que pudiese arraigar, obligándome a alargar el brazo para coronar la parte superior de la cómoda en busca de apoyo. Con una última bocanada de aire que me supo a nada, me alcé. Aunque mis pies oscilaron mientras me encaminaba hacia la ventana, no me regalé ni un solo segundo extra: desenfundé a Infalible e hinqué la punta del filo en el cierre de la ventana.

Lo mecí con maestría, esperando escuchar el clic que me confirmaría que el sistema de seguridad estaba roto. No es que fuese una experta en esas labores, pero había tenido que aprender en los últimos años al servicio de Dorian. Robar, espiar y recabar información curtían a cualquiera en todo tipo de habilidades ilegales, y entre ellas se encontraba el refinado arte de sabotear cerraduras. Un arte demasiado refinado para mi limitada paciencia.

Con un gruñido, acabé por propinarle un golpe. El sonidito mágico que necesitaba escuchar llegó con algo más de brusquedad de lo que había esperado, pero resultó igual de satisfactorio. Ahora, los hombres de Ethan podrían colarse en el local; nuestra parte del trato estaba hecha.

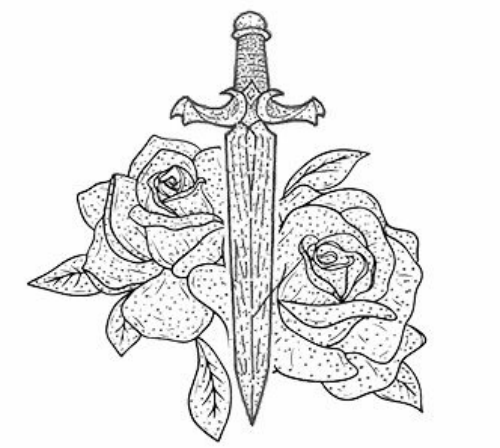
O eso creería él.

Me alejé de la ventana y recogí la botella. Le di un sorbo ligero para festejar mi éxito y luego derramé todo el contenido sobre el guardia; ya me encargaría de maquillarlo para que pareciese alguna disputa absurda. Siendo yo, cualquiera se creería lo que fuese.

Dejé que la botella cayera sobre él, vacía, y di un paso sobre su gigantesco cuerpo para alcanzar la puerta y largarme. Sin embargo, el picaporte giró antes de que pudiese tomarlo entre los dedos, cortándome la respiración y obligándome a buscar con los ojos un rincón donde poder esconderme.

Era imposible. No cuando no había oído ni un maldito paso subiendo por las escaleras.

Apreté los dientes cuando la puerta se abrió con un chirrido agónico, ajustando la mano sobre Infalible como si ella pudiese esconderme. Pero no sucedió, y Tristán alzó las cejas al descubrirme frente a él.



47

El regente intercambió una mirada fugaz entre el guardia inconsciente y yo.

Sus labios se curvaron hacia abajo, a la vez que entornaba las pestañas con aire crítico. Apenas tardó un instante en percatarse de que sujetaba a Infalible con mi mano enguantada, y mucho menos en advertir la tensión que emanaba por cada uno de mis poros. De hecho, se la bebió poco a poco, flexionando el brazo sobre el marco de la puerta.

Ese gesto me hizo reaccionar y dar un paso hacia atrás. Estiré la espalda, sin saber qué decir o cómo actuar. ¿Atacándolo?, ¿mintiendo? Estaba tan confusa que boqueé como una idiota, con la respiración entrecortada ante sus facciones ilegibles. Quizás la importancia no residía en qué iba a hacer yo, sino *él*. Él era el depredador, y no necesitaba esforzarme demasiado para recordar nuestro encuentro en los Archivos o lo que había presenciado en el almacén de Amada.

El regente avanzó, dando una zancada tan larga como su pierna para sortear al matón. Le lanzó una mirada por el rabillo del ojo y luego pestañeó con castidad hacia mí. Una sonrisilla se coló en sus labios.

—¿Haciendo travesuras de las tuyas, brujita? —Su mueca se ensanchó y dejó al descubierto su dentadura reluciente.

Me golpeé la rabadilla al chocar contra la cómoda en mi retroceso mientras él abarcaba más espacio. No dudó en aniquilar nuestra distancia, encerrándome entre el mueble y su elegante constitución. Esa noche desprendía un olor afrutado y sensual, uno que me hizo arrugar la nariz con desagrado.

—¿Quieres que te guarde el secretito? —Ladeó la cabeza hacia el guardia y entornó los ojos con intención. Al ver que no contestaba, añadió—: A quién quiero engañar. Me encanta coleccionar secretos. Más si te involucran.

—Ha sido culpa suya —escupí, alzando la barbilla.

Tristán enarcó las cejas, burlón.

—No lo dudo, cariño.

El regente jugueteó con la lengua, estudiándome de los pies a la cabeza. Ojeó más tiempo

de lo adecuado mi corpiño, pero no por las curvas que escondía, sino por la pedrería incrustada.

Por el rabillo del ojo, entreví un hilillo metálico salir del bolsillo de su pantalón: la cadena de la brújula. La brújula que *debía* robar y sustituir por la que llevaba en mi falda.

—¿Esta noche también vas a saltar por la ventana? —Alcé la mirada como un resorte cuando señaló con la nariz la cristalera—. Espero que no. Necesito que llegues consciente y de una pieza a la medianoche; no querrás perderte la cesión de tu contrato, ¿no?

—¿Qué haces aquí? —pregunté para espabilarme—. ¿No deberías estar con el emperador? ¿O es que ya te has aburrido de tu propia fiesta? —Aunque mi corazón era un tamborileo frenético, mi voz no tembló. Sorprendentemente.

—¿Debería preguntarte lo mismo, Queenie? Me entristecería no haber podido mantener tu interés ni siquiera hasta medianoche. —Hizo un mohín infantil y su mano voló hacia mi cadera. Me aparté por instinto, aunque enseguida me di cuenta que no había sido su intención tocarme, sino alcanzar uno de los fardos que había sobre la cómoda.

Lo sopesó en la mano, tirándolo al aire para volver a apresarlo con agilidad. Luego, desanudó el saquito sin despegar sus ojos borgoñas de los míos. Al advertir el tono azulado del arciris, la saliva se me acumuló sobre la lengua. Estaba *demasiado* cerca de mí.

—¿Quieres? —susurró, inclinando la cabeza. Al notar cómo tragaba saliva con nerviosismo, perfiló una mueca cómplice—. Es lo que hemos venido a buscar los dos, ¿no? Aunque yo con permiso de Crane, claro.

No podía moverme; no podía ni siquiera respirar sin que todo mi cuerpo me suplicase por un gramo de arciris. Lo deseaba. Lo ansiaba. Necesitaba sentir aunque fuese una vez más ese subidón.

El regente no esperó más: se acercó el fardo a la nariz y esnifó frente a mí. Puso los ojos en blanco por el picor que le tuvo que asaltar la nariz y la garganta antes de emitir una exclamación gloriosa. Se me retorció el estómago al ver los restos azulados en sus fosas nasales. Tenía que alejarme de él antes de que cometiese una tremenda estupidez.

—Tu mente se equipara a esto —dijo con la voz pastosa por la euforia—. No he podido dejar de pensar en cuando la probé en El Insumergible. De preguntarme qué la hace especial, por qué tú hueles así. Me gustaría consumirla toda, brujita. Como a este saco de droga.

Sus palabras consiguieron alertar mis instintos por encima de la necesidad imperiosa de probar el arciris. Drogado, el regente emitía una letalidad inigualable, una que completaba fascinantemente bien su atractivo inhumano. Incluso contenido en su recipiente físico, percibía una vibración gélida alrededor de mi cuerpo, como si su esencia estuviera luchando por emerger a la superficie y engullir el despacho en oscuridad.

—Pero somos amigos, cariño. Así que no te tocaré.

—No soy tu puta amiga.

—Oh, créeme que sí. —Se inclinó sobre mi oreja, aplastándome con su torso entrenado. No dudó en retenerme de la muñeca, asegurándose de que no pudiese ensartarlo con Infalible—. Si no, no guardaría tus secretos. Y ya estarías muerta.

Forcejeé al notar su aliento húmedo sobre el arco de mi oreja, pero entonces me desestabilizó con un movimiento preciso de rodillas y me aplastó los muslos con los suyos. No

dudé y lancé un gancho contra su rostro, uno que atravesó su esencia helada cuando vaporizó sus facciones con una velocidad impresionante. A pesar del dolor cosquilloso que me atravesó la mano, doblé la rodilla para atizarle con furia en la entrepierna. Pero de nuevo, su cuerpo se fundió en sombras siseantes.

—Me pregunto si podría darle un bocadito a tu mente. —Se rio—. Solo uno. No quiero matarte. Joder, es que hueles demasiado bien…

—¿Jugando otra vez con mi bruja?

El corazón me dio un vuelco al escuchar la voz gélida de Nasir. Tenía el hombro apoyado contra la puerta y nos observaba con una mueca dura en los labios. Si la vibración de Tristán cercenaba el ambiente, la oscuridad que se ondulaba sobre sus hombros lo incendiaba todo. Hasta mi maldito miedo.

Empujé a Tristán del pecho con todas mis fuerzas. La inesperada aparición de Nasir me ayudó a pillarlo desprevenido, y el regente retrocedió, tropezando con sus botas de caña alta y lanzándome una mirada fulminante.

—Esa distancia está *mucho* mejor. Porque no me gustaría tener que matarte, hermano.

Me estremecí ante el tono filoso de Nasir. Por una vez, no distinguí si su amenaza ruda formaba parte de nuestra farsa o no, y eso me aceleró el pulso.

—Venga, Sombrael —rezongó Tristán, ladeando su cuerpo hacia él con un brillo voraz tras las pestañas—. Queenie y yo solo estábamos divirtiéndonos un poco. Nada más.

Los ojos de Nasir volaron hasta la mano del regente cuando la levantó. No mostró ninguna reacción ante el fardo de arciris, aunque me dedicó un examen rápido. Sus hombros se hundieron sutilmente al no encontrar otro rastro de la droga sobre mí que el de mi corpiño.

—En realidad, te estaba buscando —dijo Tristán, limpiándose los restos del arciris con el dorso de la mano. Su anillo de vanadio despuntaba en sus elegantes dedos—. Tengo tu regalito preparado.

Se me revolvió el estómago ante su ronroneo. Ese *regalito* no era otro que unos brujos apresados.

Nasir ni siquiera titubeó.

—Será mejor que valgan la pena para compensar todo esto. —Dio un paso, la mirada fija en él. Había cuadrado los hombros y lo observaba por encima de la nariz—. Llévame con ellos. Estoy deseando probar sus mentes.

—Qué impaciente. ¿Eres así de rápido para todo? —El regente hundió la mano en su bolsillo, mirándome de reojo en una broma silenciosa. Sopesó la brújula entre los dedos, como si el tacto lo tranquilizase—. Lo cierto es que ni yo puedo librarte del baile inaugural del emperador.

Tristán atravesó el despacho con paso decidido, dedicándome una sonrisilla inocente y medio ida por la droga. Cuando se situó a la altura de Nasir, giró sobre sus botas y me lanzó el fardo de arciris.

—Por si te aburres el resto de la noche, brujita.

Bajé la cabeza, contemplando la droga entre mis manos. Solo de imaginarme probándola, una ráfaga de éxtasis me sacudió.

Tragando saliva, la guardé con rapidez en mi falda, a pesar de que mi sentido común me gritaba que la abandonase en el despacho. En parte, no podía hacerlo; me serviría de excusa en caso de que el guardia despertase antes de medianoche.

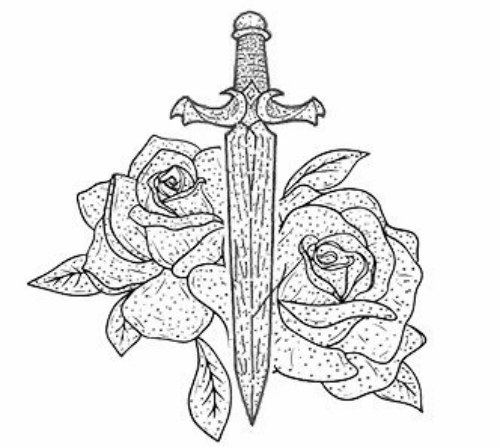
Al alzar la mirada, aún con el pecho encogido, choqué contra Nasir. Ojeó mi falda, en un silencio pesado, y luego me tendió la mano con impasibilidad. La tomé con una mueca de hastío para que Tristán no sospechase, aunque en realidad cada fibra de mí agradeció su contacto templado. Apenas podía sostenerme después de emplear mi magia, mucho menos siendo consciente de lo que portaba en mi cadera.

—¿Has acabado de escabullirte de mí?

Agaché la barbilla y asentí ante su pregunta encubierta. Era la confirmación de que mi parte del trabajo estaba hecha, como intuía que estaría la suya al haberse presentado allí antes de tiempo.

Nasir emitió una risita falsa y alejada de la que acostumbraba a regalarme antes de guiarme fuera del despacho, con Tristán a nuestras espaldas.

A partir de ese momento, los rebeldes tenían vía libre para acceder al local y preparar los cargamentos de violágora… Al menos, hasta que Dryan recibiese un mensaje anónimo e inesperado a escasos minutos de la medianoche.



48

Habían retirado las mesas situadas en el centro del salón para dejar libre la pista de baile y un corrillo de espectadores se reunía alrededor con expectación. Algunos de ellos en un estado tan ebrio que apenas conseguían mantener la rigidez de sus espaldas mientras el emperador hacía gala de su altanería y se situaba en el centro con su pareja de baile. Me sorprendió descubrir que su compañera no era otra que Samara Yadav.

La sobrina de Dorian mantuvo la barbilla alta, el primer acorde rompiendo el silencio tenso que se había generado. En cuanto el emperador la condujo frente a él, situando su mano enjoyada en su cintura, la valynesa correspondió con un paso decidido al frente. Una caricia más del violín y sus pies se enzarzaron en una delicada danza acompasada, una que hipnotizó a la mayoría de asistentes.

Tristán se tapó la boca a mi lado, disimulando un bostezo. Al darse cuenta de que lo había pillado, me guiñó el ojo con complicidad. Fruncí el ceño y aparté la atención de él. El regente era un maldito enigma, uno que me desubicaba pero que estaba segura que prefería no descubrir.

La melodía se encrudeció y el ritmo pausado y elegante se convirtió en un baile encarnecido que el emperador dominó volteando a Samara varias veces sucesivas. Al estabilizarse, la valynesa dejó caer el peso sobre su espalda para que Nirav la sostuviese entre los brazos, inclinado sobre ella. El emperador apenas perfiló una sonrisa cuando los aplausos se sucedieron, la mirada de oro fundido fija en su acompañante, pero se tomó un momento para alzar la mano y hacer un aspaviento hacia el público.

Dorian y Crane no tardaron en unirse a la pista, seguidos por otras parejas de baile que imitaban los pasos del emperador. A mi lado, Tristán suspiró al ver acercarse a Amada Claeys entre los cuerpos apiñados. Sin embargo, cuando la coleccionista lo alcanzó, esbozó una sonrisa y la sacó al centro de la pista sin titubeos.

—¿Te ha hecho algo? —La voz apenas audible de Nasir sobre mi coronilla me recorrió la espalda.

Negué con la cabeza, apenas un meneo sutil. Notaba su poderoso cuerpo detrás de mí,

refugiándome de alguna manera del resto del mundo.

—El arciris…

—Me desharé de él en cuanto salgamos —murmuré. En el medio de la pista, el regente levantó a Amada de la cintura y giró con ella—. ¿Cómo puede estar así?

No supe si Nasir entendería mi pregunta, ya que tal vez no conociese los efectos desenfrenados que provocaba el arciris en sus consumidores. Unos efectos que parecían no estar repercutiendo en el regente con la fuerza que deberían.

—Algunos evocadores tienen… dificultades con su recipiente —me sorprendió diciendo—. No experimentan las sensaciones de la misma manera que los seres corpóreos, ni siquiera cuando se mantienen en su estado físico. El efecto de las drogas puede ser un lejano chasquido de placer en comparación con lo que deberían sentir.

Frente a nosotros, Amada no dudó en besar a Tristán. Él tomó su boca por inercia, como en su encuentro de hacía semanas en el almacén. Ese día, el regente había desechado el sexo a cambio de alimentarse de la mente de la coleccionista. Y aunque me había parecido una actuación propia de un evocador, me pregunté si escondería algo más.

—¿La brújula…?

—No he podido —contesté, sin voltearme.

Nasir emitió un sonidito indescifrable a mis espaldas. Aun sin verlo, era capaz de intuir su expresión calculada, esa que me confesaba que estaba dándole vueltas a algo que pretendía controlar.

—Los accesos están listos, y ya he filtrado la carta para el capitán. No tardarán en hacérsela llegar —susurró—. En cuanto acabe el baile, nos encargaremos de los brujos y nos iremos.

—¿*Sin la brújula*? —No pude contenerme y lo ojeé por encima de los hombros, inquieta. Tan alto como era, tuve que estirar el cuello para enfrentar su mirada borgoña.

Perfiló una mueca tentadora, y entonces enroscó los dedos sobre mi cadera y se pegó más contra mi espalda. Una ráfaga ardiente subió por mi columna vertebral al notar su cuerpo chocando contra el mío.

—¿Bailamos? —Hizo un gesto con la nariz hacia el centro del salón, en dirección al regente. Justo en ese instante había habido un intercambio de pareja, y ahora Tristán bailaba con una evocadora de labios sensuales y cabello caoba.

Esbocé una media sonrisa al entrever sus intenciones; con el trasiego de los bailarines y la cercanía de los cuerpos, no resultaría sospechoso acabar pegada al regente. Mucho menos deslizar la mano por su costado y hacer un juego de muñeca estratégico.

Con una última mirada compartida, me empujó hacia delante. Sus dedos ascendieron por mi corpiño, poco a poco, hasta anidar en mi cintura, y entonces me condujo con paso seguro a la pista. Justo a escasos metros de Tristán.

—¿Sabes bailar? —Enarqué una ceja con burla contenida, notando cómo observaba los pasos ágiles de los demás bailarines. Aunque quería entrelazar los brazos sobre sus anchos hombros, me contuve hasta que él los tomó y los posicionó.

—Soy observador, y sé luchar. No puede ser tan diferente.

Resoplé por la nariz, sin expectativas. No obstante, tras un primer minuto de pasos un poco

torpes, cogió el ritmo. Incluso se atrevió a desligarme de él para propulsarme en un giro calculado que provocó que mi espalda quedase contra su pecho.

Inevitablemente, pensé en el carruaje.

—¿Tengo tu aprobación? —susurró contra mi oreja, inclinándose. Me mordí el labio para contener un gemido, rendida a su tono sugerente.

—Eres un mentiroso. —Estiró el brazo para alejarme de él y volvió a reclamarme contra sus pectorales, esa vez de frente. El choque firme me robó un jadeo—. Sí sabes.

—¿Por qué te mentiría? —Esbozó una media sonrisa, una tan discreta que creí habérmela imaginado. Sus manos trazaron un camino sinuoso hasta el bajo de mi corpiño, justo sobre el hueso de mi cadera, y creí que perdería el ritmo por el calor que ese jugueteo inocente me había provocado—. En Ciudad Helada nunca participé en este tipo de bailes, aunque me tocaba presenciarlos. Puede que el aburrimiento me obligase a analizar más de la cuenta los pasos.

Pestañeé al imaginármelo en una esquina, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mueca de hastío mientras una multitud sin rostro se perdía en el ritmo de la música.

—¿Por qué tenías que asistir, si no participabas?

—A Allania le gustaba que mirase. Así que miraba.

Sus hombros se elevaron con tensión, pero apenas fue un instante. Enseguida se despegó de mí, bebiéndome con los ojos, e inclinó la cabeza en una reverencia estudiada. Solo entonces me percaté de que la pieza musical había tocado a su fin y que las parejas estaban reubicándose.

Busqué al regente con urgencia, temiendo que alguien se me adelantase y empezase a bailar con él. Para mi sorpresa, lo descubrí detrás de mí, con la mano extendida. Ni siquiera habló cuando cerré los dedos sobre los suyos y me arrastró con maestría hacia una nueva melodía.

Con un cacheo disimulado, comprobé que mi brújula fuese fácil de coger.

—¿Impaciente por librarte de Sombrael? —me preguntó, tomándome de la cintura mientras entrelazaba sus dedos libres en mi mano derecha. Con una elegancia desbordante, nos hizo girar.

Fruncí los labios, apartando mi atención de sus dilatados ojos rubí. Enmarcados por esas pestañas tan oscuras, era un auténtico esfuerzo ignorarlos. Y con ellos sobre mí, era imposible no pensar en el arciris que llevaba oculto en mi falda.

—No veo el momento de alejarme de él —rezongué.

Tristán dibujó una mueca escéptica y me obligó a dar una vuelta para caer en sus brazos firmes. Tragué saliva cuando se inclinó, aniquilando casi por completo la distancia entre nuestros rostros.

—Adoro que mientas, cariño.

Gruñí ante su sonrisita de suficiencia al tiempo que tanteaba con la mirada el bolsillo de su pantalón. Había deslizado la mano sobre su costado para mantenerme lo más erguida posible, apenas necesitaría un par de movimientos discretos para sustituir mi brújula por la de él, tal y como había practicado con Nasir. Pero, de golpe, cambió nuestra posición con un impulso contundente.

—Te gusta lo sucio. Lo entiendo, es lo único divertido en este mundo abandonado por la Madre y el Padre —continuó para sí, acelerando los pasos con tal maestría que mis antiguas lecciones de baile estuvieron a punto de serme insuficientes—. Y Sombrael es… evocador, y

tiene que alimentarse. —Se encogió de hombros y me rodeó sin perder el ritmo de la melodía—. A veces el placer reside en el dolor, ¿no crees, brujita? Cuando no queda nada más, cuando todo ha ardido, esa negrura es mejor que el vacío.

No pude contenerme.

—¿Esa es la mierda que le cuentas a Amada mientras devoras su mente? —Abrió los ojos, sorprendido, y me apresuré a aclarar—: He aprendido unas cuantas cosas sobre los evocadores estos días; Sombrael me ha amenazado a diario con vincularme a él. Dudo que tú no lo hayas hecho con Claeys, por la forma en la que te mira.

—¿Y quién te dice que no haya sido consentido? —Perdí el paso y soltó una risita baja. Quise gritarle a la cara que había visto cómo manipulaba su mente en el almacén mientras ella creía que estaban follando, pero no tuve otro remedio que callarme—. A veces, la gente prefiere vivir una mentira. Una mentira que los oculte del pasado, de las pérdidas y del dolor. En una evocación, el mundo puede ser lo que quieras, con quien quieras. ¿No suena bien?

Solté un jadeo cuando me elevó de la cintura, asegurándose de que el paso concordase con el ritmo de la melodía. En un pestañeo, distinguí a Nasir a unos metros de nosotros, bailando con la misma evocadora que había acompañado al regente. No compartían ni una sola frase más allá de los movimientos de baile.

El regente me soltó y me impulsó a enredar mi mano en su costado, cogiéndome de la otra. Por el canto apasionado del violín y el retumbar del piano, la pieza estaba a punto de llegar a su clímax. No tendría otra oportunidad; no cuando el tiempo corría en nuestra contra.

Forcé un paso que excedió la coreografía pero que obligó a Tristán a sostenerme contra él para no perder el ritmo. Me estremecí al sentir el frío manando de su cuerpo, sorteando la tela de mi corpiño. Nuestro apretujado contacto lo desubicó un instante, un destello incómodo en el fondo de sus ojos; aproveché para extraer mi brújula y, con un giro de muñeca que había aprendido a base de robar centenares de veces, intercambiarla por la suya.

La música se silenció con un solo arrollador de violín, uno que complementó asombrosamente bien el tronar de mi pecho.

Tenía la brújula.

Tenía la brújula.

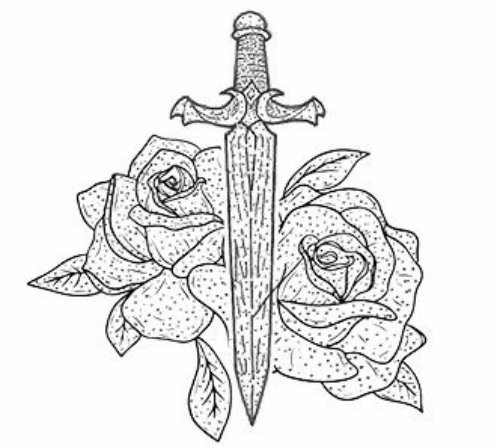
Y Tristán no parecía haberse dado cuenta de nada, porque perfiló una mueca que dejó a la vista sus dientes blancos y rectos antes de dedicarme una reverencia con la cabeza a modo de despedida.

—Dile a Sombrael que llevarán su regalo al segundo piso en unos minutos, a la habitación del fondo, la que da al canal —dijo, retrocediendo un par de pasos.

Me giré sobre mis botas altas de cordón, con un impulso tan energético que mi coleta tuvo que estar a punto de abofetearle las mejillas. Sin embargo, me retuvo del codo.

Ladeó la cabeza, un mechón de su cabello azabache jugando con su frente despejada.

—Y, cariño, no olvides disfrutar de tus últimos momentos con él. Incluidos los más sucios.



49

Subí por las escaleras que daban al salón, sin necesidad de girarme para saber que Nasir estaba siguiendo mis pasos. Desde esa altura, escudriñé a la multitud en busca de Dryan con el corazón en la garganta. Para mi alivio, el capitán de la guardia no estaba en su puesto junto a Samara y Ethan, ni tampoco sus hombres de confianza; eso solo podía significar una cosa: que había recibido nuestro mensaje.

Ojeé el reloj que colmaba una de las paredes. Quedaban quince minutos hasta medianoche, tiempo más que suficiente para que Dryan impidiese el atentado y se ganase el reconocimiento que tanto ansiaba ante el emperador y Dorian, y tiempo más que suficiente para que Nasir y yo liberásemos a los brujos y nos largásemos de allí. Aun así, el corazón me bombeaba desenfrenado. Hasta que no saliésemos de allí, no podía dar por hecho nada.

Nasir cerró tras de mí en cuanto entramos en la habitación y se quedó junto a la puerta. Sus ojos recorrieron mi cuerpo de arriba a abajo en un pestañeo, como si estuviese intentando discernir si nuestra treta había funcionado o si necesitábamos recalcular nuestro plan con urgencia. No alargué su ansiedad y, con la misma destreza que había empleado para robar al regente, saqué la brújula del bolsillo de mi falda.

Sonreí al ver sus ojos entrecerrarse ante el brillo plateado que adornaba su superficie. Mi corazón trastabilló cuando ascendió su mirada hasta la mía y tiró de mí para rodearme los hombros. Apoyé por inercia las manos en sus pectorales, aún con la brújula entre los dedos, y me asombré al notar el latido poderoso de su corazón bajo esa fachada de tranquilidad helada.

Quizás debería incomodarme ese contacto…, pero el sentimiento dulce que me embriagó hizo que acabase apoyando la frente en la base de su garganta. Olía demasiado bien, e inspiré con lentitud para empacharme de esa mezcla a romero y a lluvia a la que me había acostumbrado sin percatarme.

—La tienes —susurró, su barbilla ligeramente apoyada en la parte superior de mi cabeza.

Aflojó su agarre cuando arqueé la espalda un poco para mirarlo a la cara.

—¿Te das cuenta de lo que significa? —murmuré, la garganta tensa por la emoción que

peleaba por traspasar mi autocontrol.

—Que la Torre de la Niebla es nuestra.

Asentí a duras penas, digiriendo lo que él se había atrevido a decir en voz alta y que yo había evitado pensar. Con la brújula, su tatuaje y la ayuda de Nashara, nada nos impediría llegar a ella. Y eso conllevaba que estaba un paso más cerca de encontrar a Darius y traerlo de vuelta a Oriente. A casa.

Nasir me presionó el mentón con el pulgar, reclamando mi atención de nuevo hacia su boca. Como si hubiese leído mi último pensamiento, añadió en un susurro:

—Vamos a recuperar a tu hermano, Queen.

«¿Vamos?».

Mis músculos se tensaron ante la propuesta encubierta. Porque, aunque estuviésemos trabajando codo con codo en esa misión y nos hubiésemos acostado, su objetivo se limitaba a localizar la torre y a asegurarse de que Nashara llegase sana y salva a su interior. Nada más.

Analicé su expresión, conmocionada, y advertí que, a pesar de que su voz había brotado con seguridad, podía rechazar su ofrecimiento. Podía decir que no quería su ayuda, que resolvería eso sola, que no lo necesitaba. Pero me sorprendí deseando con todas mis fuerzas aceptarlo, y eso me desconcertó tanto que aparté la barbilla con brusquedad, apretando los dientes. Aun así, no me despegué de su torso, y Nasir no se movió.

—¿Preparada? —preguntó tras un momento, ignorando mi mutismo—. He pensado que podrías sentarte allí, en la mesa. —Desligó el brazo de mis hombros y señaló a mis espaldas. Había estado tan cegada por tener la brújula en mi poder que apenas había echado un vistazo al escaso mobiliario de la habitación. Por la cama de dosel, intuí que se trataba de alguna estancia de compañía—. Queda frente a la puerta, justo para que los brujos vean nuestra farsa nada más entrar.

Ni siquiera asentí; me despegué de él y me encaminé hacia el escritorio, guardando la brújula en la falda. Con un brinco, me senté y meneé las piernas, demasiado inquieta por la situación como para poder permanecer inmóvil.

Él no tardó en ponerse frente a mí y ojear mis muslos. Sin que dijese nada, los abrí para que aniquilara la distancia entre los dos. Cuando se pegó contra mis curvas, me fue imposible retener el recuerdo de nuestro encuentro en la bodega; nos habíamos devorado justo en esa posición y, aunque me ardía la garganta por los sentimientos encontrados que estaba experimentando, mi bajo vientre se contrajo de placer.

Si él experimentó algo parecido, lo logró ocultar con un rictus profesional.

—En cuanto se vayan, dirígete al carruaje —dijo con calma—. Yo iré unos minutos más tarde.

Cogí el collar de Darius. Retorcí la cadena con ganas, entreteniéndome en esa presión contra las yemas de los dedos hasta que él me detuvo con suavidad.

—Todo va a salir bien —me prometió.

Erguí la columna, demasiado consciente de su mano rodeando la mía.

Su mirada no mostraba ninguna vacilación, y un tirón me encogió el estómago. ¿Por qué implicarse en liberar a unos brujos que jamás le agradecerían su ayuda? ¿Por qué ofrecerse a

acompañarme en la búsqueda de Darius? ¿Por qué no sucumbir a lo que su naturaleza más retorcida le pedía? Me tenía enfrente, sin posibilidad de defenderme ni de escapar de su poder. Y estaba segura de que mis peores recuerdos serían un placentero tentempié para él, uno que devoraría a base de lametazos y mordiscos aunque nunca lo reconociese en voz alta.

Pero no lo haría.

El pecho se me hinchó en un revoloteo incómodo que siempre había asociado con Jayde y, como una cobarde, decidí sepultarlo de la única forma que sabía: buscando sus labios. Los exploré con lentitud, disfrutando de cómo los entreabría para mí mientras se inclinaba para salvar la distancia que interponían sus casi dos metros de altura. Ninguno de los dos avanzó más allá de esa caricia controlada, una que me supo a miel.

Todo iba a salir bien.

Todo iba a salir bien porque, por primera vez en diez años, no estaba sola.

—Juntos.

Quise morderme la lengua cuando el sonido escapó de mi boca en un susurro apenas audible. Al momento, el calor se extendió por mi cuello, mis mejillas y mis orejas, y tuve la necesidad de esconderme bajo la mesa en la que estaba sentada. O de tirarme por la ventana del fondo de la habitación. ¿Por qué había tenido que decir *eso*?

Sin embargo, Nasir no se mostró incómodo ante mi arrebato y, con un apretón sobre mis nudillos, contestó:

—Juntos, Khasil.

Se me escapó el aire de los pulmones, como si con solo dos palabras hubiese sido capaz de desarmarme y romperme por dentro. Temí que de verdad lo hubiese hecho, porque la visión se me emborronó de golpe y noté una picazón insostenible en la nariz. Era demasiado insólito que mi nombre en sus labios no doliese, que incluso se sintiese ligero y limpio. Una diminuta parte de mí, una enterrada y desvalijada por los años, anheló que volviese a pronunciarlo.

No obstante, el deseo murió cuando alguien aporreó la puerta.

Nasir cerró los ojos, tomó una inspiración profunda, una que intenté imitar sin tanto éxito como él, y alzó la voz para que pasaran. Para mi asombro, no se despegó de mí, simplemente se refugió en su papel de Sombrael: dejó que sus sombras salieran a la superficie, danzando sobre sus hombros como hermosas serpientes de obsidiana, y me cogió de la mandíbula con altanería, como si no hubiese desaprovechado ese último momento de intimidad para devorar mi mente.

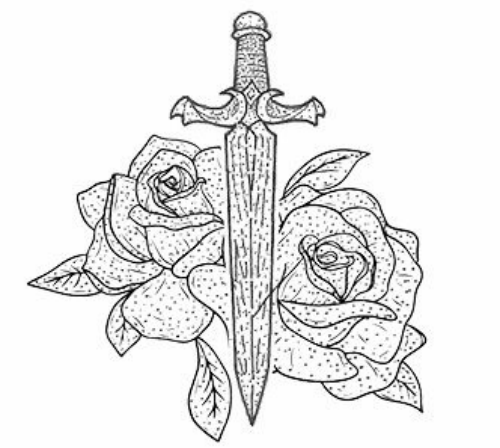
Qué pensarían del pintalabios en su boca, era otra cuestión que supuse que a nadie le importaría. Al menos, no hasta que la puerta se deslizó y dejó a la vista al soldado que acompañaba a los dos brujos encadenados, amordazados y encapuchados.

Como si un hilo invisible me reclamase, mis ojos colisionaron al instante con los tatuajes del brujo situado a la izquierda, un río de tinta que serpenteaba por su cuello y se escondía bajo su uniforme desgastado.

Entonces, mi corazón se detuvo.

Porque me bastó un vistazo a su rostro felino y atractivo para reconocer la tormenta desatada en su mirada, una que ninguna cadena de cobalto pyrense podría dominar ni controlar.

Al instante, Jayde Black se precipitó en la habitación, directo hacia Nasir.



50

Salió disparado, tan raudo y violento que ni siquiera el soldado pudo anticipar su movimiento para retenerlo. En cuestión de un pestañeo, le propinó tal golpe en la cara a Nasir, aprovechando las cadenas metálicas que rodeaban sus muñecas, que le giró el cuello y lo apartó de mí.

El sonido del guantazo quedó suspendido en el aire, atravesándome los oídos conforme Nasir retrocedía con pasos inestables, procurando mantener el control a pesar del mareo que debía estar sintiendo. Su labio inferior se había convertido en una fuente de líquido espeso y caliente que empapaba su mentón.

Jayde no se movió, tan próximo a mis piernas que percibía el calor de su ira acariciándome los muslos. Mantenía las manos a la altura del pecho, un pecho que subía y bajaba a una velocidad enfermiza mientras fulminaba a Nasir con los ojos. Y, joder, dudé que esos pozos de oscuridad no tuviesen el poder suficiente como para matarlo con solo una mirada.

—No vas a salir vivo de esta habitación, brujo. —Nasir se limpió la boca con el dorso de la mano, perfilando una sonrisa que me erizó la piel—. Y te juro que antes vamos a pasárnoslo *muy* bien juntos.

La tensión se apoderó de los brazos de Jayde, pero lo conocía demasiado bien para distinguir que no era miedo lo que lo atenazaba, sino furia. Una envenenada y capaz de reducir el mundo a cenizas con solo un chasquido de poder.

Cuando Nasir cuadró los hombros y dio un paso hacia nosotros, se interpuso en su camino, gruñendo por debajo de la mordaza como un animal salvaje. En ese momento, el aire se me escapó del pecho, como si alguien me hubiese dado un machetazo entre las costillas y me las hubiese quebrado una a una.

Jayde… Jayde estaba allí. De verdad. Estaba *allí*, justo a dos pasos de mí. Y, por la Madre y el Padre, estaba… ¿protegiéndome? No tenía sentido. Su hermano había muerto por mi culpa, y él me había abandonado hacía diez años. Eso sin contar nuestro decepcionante encuentro de hacía unas semanas, cuando le había suplicado que me besase y él… se había ido.

—Deja al otro y lárgate —le ordenó Nasir al soldado, que contemplaba la situación con los

ojos bien abiertos—. *Ya*.

El guarda no tardó en asentir con la cabeza, conducir al otro brujo de mirada turquesa y rostro pecoso al interior, y asegurar sus grilletes en una de las tuberías que sobresalía de la pared. Le cedió la llave a Nasir sin levantar la cabeza y se despidió con una reverencia veloz.

Nasir apenas tardó un segundo en acercarse a Jayde y quitarle la mordaza con brusquedad, aún sin borrar esa expresión altanera tan propia de Sombrael.

—¿Algo que quieras decirme, brujo de mierda?

Tragué saliva.

Habíamos acordado que mantuviese su máscara para conseguir que los brujos confiasen en mí cuando los incitase a escapar por la buhardilla. Pero, joder, *no con Jayde*. Con él ese juego solo provocaría un maldito incendio.

Apreté los dedos alrededor del borde de la mesa cuando Jayde giró la cabeza por encima de los hombros y me estudió. Fueron apenas un par de segundos, si bien bastaron para que mi corazón sangrase y se retorciera de anhelo. Cerré las piernas con cierta vergüenza al pensar que, apenas un minuto atrás, Nasir me había estado desnudando de una manera que nada tenía que ver con el sexo.

—Es una de los míos —gruñó, su voz arañada por la falta de uso—. Vuelve a tocarla y estás muerto.

—¿Y quién va a matarme? —Nasir le lanzó un vistazo malintencionado de la cabeza a los pies—. ¿*Tú*?

—Estoy deseando que lo compruebes, capullo.

Nasir rio por la nariz y volvió a apoyar el dorso de la mano en su labio inferior. A pesar de su metabolismo, la sangre seguía cayendo por su barbilla. Y, por el enrojecimiento de su pómulo, no tardaría en aparecerle un hematoma. Uno que le costaría más de la cuenta sanar por culpa del cobalto pyrense que lo había provocado.

—Mi señor… —lo llamé. Todo en mí me estaba suplicando a gritos que le dijese que ese brujo no era otro que el heredero de la familia Black, *mi ex*; sin embargo, no continué hablando. Necesitábamos que el plan siguiese adelante, tal y como lo habíamos previsto.

Nasir enarcó una ceja, impasible a pesar de que leí una pregunta en el fondo de sus ojos. Quizás era la falta de color que seguro estaba atacándome las mejillas, pero un brillo preocupado refulgió entre sus pestañas antes de que convocase a sus sombras de nuevo, unas que se habían refugiado en él cuando Jayde lo había golpeado.

—Muévete —le ordenó a Jayde, señalando hacia el otro brujo—. O te juro que devoraré su mente antes de que abras la boca otra vez.

Con una orden silenciosa, la oscuridad que danzaba sobre sus hombros reptó hacia mí. Una sensación fría y aterciopelada me masajeó las pantorrillas conforme sus sombras me tanteaban, sedientas de tomarme. Aunque era una amenaza vacía, no pude evitar estremecerme.

Jayde apretó los nudillos, su rostro constriñéndose en una letalidad sin paragón. No importaba que su poder estuviese doblegado por el cobalto que rodeaba sus muñecas; el comandante era capaz de matar con las manos desnudas. Y lo haría; ya lo había hecho en el pasado y por la misma razón: yo.

Me precipité hacia delante para retenerlo, a pesar de que Nasir había adquirido una postura de combate y estaba preparado para aceptar el desafío, sus sombras dibujando dos alas picudas tras sus escápulas. Pero antes de que pudiese atrapar su hombro, la habitación se sacudió con violencia y las ventanas estallaron por los aires.

Caí de frente, sobre Jayde, apretando los párpados por el rugido que me taladraba los tímpanos, el mobiliario aún sacudiéndose por la explosión. La lámpara de araña que decoraba la estancia no tardó en precipitarse contra el suelo, desatando una lluvia de diamantes que cubrió la estancia como lágrimas derramadas. Ni siquiera fui consciente de que, de alguna manera, Jayde nos obligó a rodar para apartarnos de su trayectoria.

Abrí los ojos con esfuerzo, enfrentándome a su mirada de ónice. Tenía una expresión desubicada aunque calculadora, la propia de un comandante que había sobrevivido a la Gran Guerra. A pesar de ello, cuando me vio bajo sus brazos, cubierta por su cuerpo felino y ágil, su rostro se descompuso.

—*Queen*.

La urgencia en la voz de Nasir me espabiló, obligándome a apartar la atención de Jayde y a empujarlo del pecho para que se retirase de mí. El corazón me latía desbocado en el fondo de la garganta; ese estruendo solo podía significar que uno de los cargamentos de violágora había estallado, a pesar de no ser la hora prevista. Y eso…

—Dryan.

Me puse de pie de un salto, sintiendo las piernas flojas por todo lo acontecido a lo largo de la noche. A pesar de que mantener la mente focalizada en el plan me había ayudado a sortear el cansancio físico que me había provocado usar mi magia, las consecuencias seguían ahí, silenciosas.

¿Qué significaba esa explosión? ¿Había sido un accidente? ¿Acaso ya era medianoche y el tiempo había volado sin que nos percatásemos?

Me lancé hacia la puerta, pero Nasir me retuvo del hombro y me dio la llave que el guarda le había cedido, con las facciones controladas.

—Espérame en el callejón.

Se precipitó fuera de la habitación, dejándome allí con Jayde y el otro brujo, que se había caído aun estando amarrado a la cañería.

Contemplé la llave, absorta, casi como si formase parte de algún tipo de pesadilla del todo retorcida. Sin embargo, un fuego innato en mí me impulsó a moverme, a correr hacia el brujo desconocido y liberarlo de la cañería.

Giró las muñecas cuando los grilletes cayeron al suelo.

—Salid por la buhardilla. —Le tendí la llave—. Las murallas deberían estar abiertas por la fiesta, así que corred y abandonad la ciudad.

Me propulsé hacia el exterior, pero Jayde me retuvo con fuerza del codo. La estática se derramó en el ambiente, engulléndome en el placer de su contacto. Ni siquiera con ese aspecto demacrado y salvaje, con la piel ligeramente más ceniza que de costumbre y la barbilla sin rasurar, pude controlar mis pulsaciones.

—¿Qué haces? —Su pregunta sonó a metal contra metal, dura y fría.

Me encogí al percibir cómo descendía su atención a nuestro punto de contacto, a mi brazo quemado y oculto bajo el guante, y una ráfaga de ira incomprensible me sacudió.

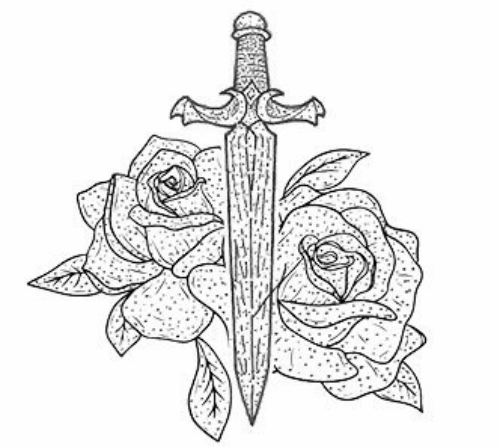
Lo retiré con brusquedad.

Él no había visto la quemadura, no había querido hacerlo ni siquiera cuando estuve ahogada entre fiebres insostenibles, al borde de la muerte y suplicando por su presencia.

Y ahora no lo necesitaba, por mucho que algo en mí le siguiese perteneciendo.

—Largaos.

Sin decir nada más, me precipité directa hacia el salón en busca de Dryan. Ni siquiera me giré para admirar una vez más el rostro de Jayde Black, por mucho que cada fibra de mí me lo suplicó.



51

El caos se había desatado en el salón, donde las decenas de militares que se habían mantenido de guardia se atrincheraban alrededor del emperador. La mayoría de los platos habían acabado en el suelo, junto con la fuente de chocolate y las bebidas, y los bailarines que se enredaban en las telas se sostenían a duras penas en el aire.

La luz cálida de las velas apenas era capaz de contrarrestar las sombras volátiles de los evocadores en sus estados incorpóreos. La mayoría de ellos habían abandonado sus recipientes y sobrevolaban la pista de baile en busca de enemigos a los que devorar. Pero allí no había ningún rebelde, no al menos identificable.

Salté los últimos escalones, desenfundando a Infalible con certeza, y me precipité hacia el humo que emergía del otro extremo del edificio. Provenía de *mi* acceso, el que *yo* había manipulado.

—¡Proteged al emperador! —bramó Dorian, a unos cuantos metros de mí.

El primer general estaba en perfecto estado y comandaba a la cuadrilla que rodeaba a Nirav con intención de que lo sacasen de La Estrella del Océano. Esperé que no fallase, porque si los otros dos cargamentos de violágora explotaban, el edificio se vendría abajo y aplastaría al emperador. Y no quería descubrir *quién* ocuparía su puesto.

—¡¿Y el capitán?! —Atrapé del uniforme a uno de los hombres de confianza de Dryan que se cruzó en mi camino.

El soldado abrió mucho los ojos al darse cuenta de que lo había tocado y de lo que eso podría significar para él.

—E-estaba por allí.

Lo solté mascullando una maldición: justo estaba señalando el ala afectada por la explosión.

Sorteé a la multitud apiñada y enloquecida, abriéndome paso a base de empujones y codazos para llegar al pasillo accidentado. Cuando lo conseguí, un humo negro y denso me invadió las fosas nasales y empecé a toser. No necesitaba ver el foco del incendio para saber que parte del edificio se vendría abajo en apenas unos minutos, consumido por las llamas.

—¡Dryan! —me desgañité la garganta, avanzando a tientas entre la neblina—. ¡DRYAN!

Alguien me rodeó del pecho y me inmovilizó.

—Está ardiendo todo. La violágora ha dinamitado el despacho por completo. —La voz de Nasir me rompió por dentro—. Tenemos que marcharnos.

—¡No puedo irme sin saber que está bien, joder!

Con un juego de manos, me obligó a girar sobre mis botas y enfrentarlo. El humo que nos rodeaba me recordó a sus sombras, pero no encontré nada de placentero en él.

—*Tenemos* que irnos. No hay rastro de Ethan, creo que nos ha mentido respecto a la hora de las explosiones. —Me retorcí entre sus brazos, ensordeciendo sus palabras. Sin embargo, no tuve otro remedio que detenerme cuando me acunó las mejillas para que lo mirase—. Las otras dos cargas pueden estallar en cualquier momento. Y tu hermano te necesita.

Esa última frase me abrió en canal, porque no pude sostener más las lágrimas de impotencia. Me tomaron sin piedad, humedeciéndome el rostro mientras jadeaba y tanteaba nuestro alrededor con el corazón en un puño. No podía irme sin Dryan. Necesitaba saber si él… Si él…

—Queen. Si estaba en esta zona…

—No. *No*. Cállate, joder. —Le golpeé el pecho, dispuesta a librarme de su agarre a base de puñetazos y arañazos. Tenía que inspeccionar cada maldito rincón. Tenía que comprobar con mis ojos que no había rastro de Dryan Saah.

—*Basta*. —Me sostuvo con rotundidad y me abrazó con fuerza contra su torso. El calor templado de su cuerpo me comprimió el corazón, provocando que mis piernas se tambaleasen por la frustración y la tristeza. Sin embargo, no me dejó caer—. Te juro que averiguaremos qué ha sido del capitán de la guardia, pero ahora *tenemos* que irnos.

Hundí la cara contra el centro de su pecho, incapaz de contener más ninguna emoción. Estaba exhausta; los últimos días habían sido agotadores más allá de lo físico. No podía más.

Sin que apenas fuese consciente, me envolvió de los hombros y me guió con agilidad hacia la buhardilla. La puerta principal estaba saturada por los invitados que intentaban escapar del local, luchando entre sí a base de empujones y puñetazos, ya que alguien con muy poco seso había empezado a gritar que había más violágora en las bodegas.

Al entrar en la buhardilla, el aire frío y salado me hizo estremecerme y abrazarme para mantener el calor. Aunque me alivió, porque la claraboya abierta significaba que Jayde y su compañero habían escapado de La Estrella del Océano ilesos.

Nasir me aupó de la cintura para que alcanzase con facilidad el techado y, empleando la fuerza de mis bíceps, me arrastré hasta sacar medio cuerpo. Desde ese lugar, pude ver las llamas devorando el extremo contrario del edificio y peleando contra la lluvia. Era un espectáculo inquietante, uno que despertó mis peores pesadillas. Enseguida temí entrever las escamas de Vallath resurgiendo entre las calles empedradas.

Nasir me envolvió la mano enguantada con la suya y me condujo tras de él, directo al tejado contiguo. Aunque no era esa la forma en la que habíamos planeado salir del local, conseguimos orientarnos lo suficientemente rápido como para ubicar dónde se encontraría nuestro carruaje. Si es que seguía allí.

Descendí por la canaleta más próxima al punto de encuentro que habíamos acordado con el cochero, sin importarme que alguien me viese. Apenas sentía nada dentro del pecho, mucho menos el ardor de mis manos al buscar a la desesperada puntos de sujeción mientras me deslizaba hacia la calle. En ese momento era un filo tan duro como el de Infalible, y ni siquiera cuando me abrí la palma con un canto mal terminado emití sonido alguno.

Corrí hacia la esquina, aguardando a que Nasir acabase de descender por la cañería. Nuestro carruaje seguía allí, con Ceniza atada a la cabeza. Sin embargo, el conductor había desaparecido junto a nuestro baúl de armas y provisiones. Maldije en voz alta, una furia desbordada revolviéndome las entrañas, y me precipité hacia él para cortar las riendas de Ceniza y de la montura contigua. Sin nuestras pertenencias, el carruaje solo nos ralentizaría.

Le di una palmadita a la yegua, que relinchaba con nerviosismo. Algo en la forma en la que coceaba me advirtió que su intranquilidad excedía del tronar de las nubes preñadas, así que, con una corazonada temblorosa, me volteé en busca de Nasir.

Entonces, la vi.

Una figura correosa se deslizaba por la fachada, justo por encima de él, persiguiéndolo con unas garras efímeras que parecían albergar consciencia propia. Un evocador con un poder tan desmesurado que la lluvia se solidificaba al contacto de su esencia, las gotas convertidas en escarcha que tintineaba contra el suelo.

A pesar de estar aún a varios metros de altura, Nasir no titubeó en soltarse de la cañería. Cayó de costado, emitiendo un sonido del todo agónico que me confirmó que se había dislocado el hombro por el impacto. Mi instinto se despertó con rabia ante su aullido contenido, y la magia acudió rauda y famélica a las yemas de mis dedos. No me importaba que fuese inútil emplearla contra un evocador incorpóreo; solo quería despedazar, cercenar, degollar, porque no iba a permitir que dañasen a Nasir.

La sombra se ensanchó, engullendo casi la totalidad del callejón. Lo estaba acechando, inclinándose sobre él con calma helada mientras expandía más y más su oscuridad.

—Por fin te encuentro. ¿Listo para volver a casa?

La voz femenina desató mis peores temores, unos temores que se confirmaron cuando Nasir se arrastró por el suelo, retrocediendo a toda prisa sobre el trasero en un intento absurdo por huir. Aunque alargó la mano para alcanzar la daga que escondía en su pantorrilla, sus músculos se contrajeron en un espasmo cuando unas garras se abalanzaron sobre él y lo retuvieron de los hombros, del cuello y de los tobillos.

No me permití pensar.

Salí disparada hacia él, dispuesta a todo con tal de liberarlo de la evocadora. Y cuando la magia estalló en mi interior como una ola descomunal, lista para enterrarme con ella, algo se precipitó contra mí y me arrojó al suelo.

Pataleé con aturdimiento, tardando más de la cuenta en distinguir el rostro de Jayde frente al mío. El hijo de los Black me sostenía de las muñecas, reteniendo mis brazos por encima de la cabeza mientras me inmovilizaba las piernas con las rodillas.

—¡Suéltame!

Sus ojos negros se derrumbaron sobre los míos, con acero enterrado en sus profundidades.

La forma en la que me analizó me hizo sentir expuesta y nerviosa, y me revolví con violencia bajo su peso. Sin embargo, él no aflojó su agarre.

—No sé qué coño te ha hecho en la cabeza, pero no pienso dejar que mueras por él.

—¡Que te quites, joder!

Mi magia erupcionó, adentrándose en Jayde con una furia sin precedentes que hacía años que no experimentaba. No obstante, chocó con sus murallas mágicas. Eran tan gruesas que, por mucho que empujé y arañé, no logré perforar sus escudos. Aunque a él eso no le importó.

Jadeé de golpe cuando su poder entró en mí como un viento del norte, rompiendo mi escuetas defensas y tomando mi corazón. Sus facciones se iluminaron tenuemente ante el reflejo de mi esencia plateada ornamentando sus muñecas.

—Te prometo que te pondrás bien, Khasil.

Su magia avanzó más, expandiéndose por mi torrente sanguíneo, y mi visión se nubló. La adrenalina que me había impulsado hacia la batalla comenzó a deshacerse como el hielo ante el fuego, gota a gota, y me noté laxa y vacía bajo su peso.

Giré el cuello para buscar a Nasir, apenas siendo capaz de mantenerme consciente. Cuando nuestras miradas chocaron a través de la distancia y la oscuridad, me hice añicos: sus ojos mostraban la decena de subtonos azules que tanto me gustaban, entretejiéndose con los aros rojizos que colindaban con sus pupilas.

Ya no había máscaras, ya no había ninguna farsa que mantener.

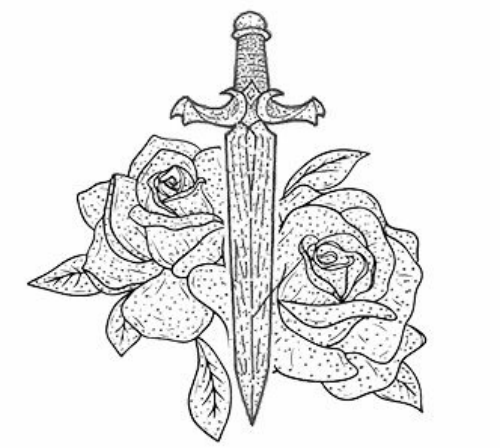
De alguna forma irracional y primitiva, supe que esa era su forma de despedirse de mí; que nuestro camino juntos se bifurcaba en ese instante. Y que lo sentía. Sentía haberme fallado.

Me partí en un sollozo cuando la evocadora lo engulló por completo antes de elevarse en el aire y adueñarse de las nubes preñadas, expandiendo su esencia como un trueno negro y violento que sacudió el mismo cielo.

La lluvia estalló en granizo que me lastimó la piel con su caída precipitada. Aun así, el dolor se sintió lejano e irrelevante.

En el empedrado no quedaba rastro de Nasir. *Nada*.

Y eso significaba que Allania, la mismísima regente de Ciudad Helada, se lo había llevado con ella a su palacio.



Epílogo

Me llevé las piernas al pecho, procurando mantener el poco calor que podía conservar por culpa de mi escasa vestimenta, y apoyé la mejilla en las rodillas. Tenía los músculos agarrotados y exhaustos, aunque la sensación era opaca y distante entre el calor de las mantas.

A mi lado, la luz de la luna se filtraba por la ventana de la posada y acariciaba la alfombra. Incluso con el tintineo de la lluvia ligera chocando contra los cristales, era capaz de apreciar las respiraciones del cuarto contiguo. Una de ellas pertenecía a Jayde Black, la otra a su compañero. Jamás creí que oír esa melodía rítmica que tanto había amado en el pasado me generase tanto rechazo.

Jayde me había doblegado con su magia hasta empujarme a la inconsciencia, sin dudar, y después me habían arrastrado con ellos hasta esa posada alejada de la ciudad. Y por mucho que se hubiese esforzado en que comiese algo, no había obtenido nada más por mi parte que gruñidos furiosos.

Por su culpa, Allania se había llevado a Nasir. Y sin él, sin su tatuaje, las opciones de encontrar la Torre de la Niebla quedaban anuladas. ¿De qué servía la brújula que había ocultado bajo la almohada? ¿De qué servía *nada* de lo que habíamos hecho? Y joder… Joder. No era solo eso. Él no era solo un medio para una misión, por mucho que esa misión implicase a mi hermano. Él…

Me llevé la mano al pecho, sobrepasada por el cosquilleo incómodo que lo asolaba. Aunque apenas nos acabábamos de conocer, echaba de menos su presencia. La oscuridad del cuarto se me antojaba vacía sin él. Y, por algún impulso instintivo, no podía dejar de mirar el sillón situado en la esquina del dormitorio, o las almohadas amontonadas tras de mí.

Cuando no aguanté más el peso incesante de mi corazón, aparté las sábanas y me vestí a toda prisa, apretando los dientes ante la humedad de mi ropa.

—¿Dónde vas?

Miré a mis espaldas.

Jayde había apoyado el hombro contra el marco de la puerta y me observaba con el cuello

ladeado. Por mucho que intenté ignorar su torso descamisado, no pude evitar lanzar una mirada fugaz a sus pectorales tatuados. Estaba más musculado que la última vez que lo había visto desnudo y se había perforado el pezón.

—¿También vas a acompañarme a mear? —gruñí, apartando mi atención de él y centrándola en mis botas de cordel. Ni siquiera me molesté en anudarlas.

Chasqueó la lengua, como siempre que se enfadaba, y luego rezongó:

—Te doy cinco minutos. Si tardas uno solo más, iré a buscarte.

—Qué generoso.

—*Cinco-minutos* —insistió.

Levanté el dedo corazón en su dirección, de camino a la puerta. Él soltó un insulto entre dientes, pero no se movió de donde estaba. Aun así, no dudaba de que ya estaría contando los segundos en su cabeza, así que me apresuré hacia la puerta de la posada y me sumergí en el corazón de la arboleda que la rodeaba.

Necesitaba aire, porque todo en mí sangraba. Por Nasir, por mi hermano. Por Dryan.

Aunque en la posada había conseguido captar conversaciones aceleradas de algunos mensajeros que se habían aproximado hasta allí, ninguna había hecho mención al capitán de la guardia de Dorian Yadav. Todas y cada una de ellas se habían centrado en promover el mensaje de que Nirav Vanisha seguía vivo y que los rebeldes pagarían por el atentado; nada más.

Me tapé la mano con las dos manos, apenas amortiguando el sollozo que me trepó por la garganta. Dryan no podía estar muerto; él era demasiado bueno, demasiado noble, demasiado *Dryan*, como para que el Padre lo hubiese reclamado esa noche. No podía ni siquiera valorarlo, porque si lo hacía…

Yo había abierto esa ventana.

Yo.

¿Por qué la carga de violágora había explotado antes de tiempo? ¿Había sido un error o un acto intencionado? ¿Ethan había estado detrás de todo eso y había pretendido librarse de Nasir y de mí junto a todos los demás? Pero, ¿por qué? ¿Por qué querría hacerlo?

Me iba a estallar la cabeza y no quería pensar más, así que deslicé la mano hasta mi falda y tomé el fardo que había estado ocultando toda la noche.

Contemplé el arciris ante mí. El polvo azulado se me antojó un rocío hermoso ante el que mi cuerpo respondió con anhelo. Sabía que probarlo otra vez me condenaría, que aún podía arrojarlo al aire.

Pero…

—Cariño, disfrútalo.

Me giré como un resorte, y estuve a punto de caer de culo al descubrir el cuerpo de Tristán pegado a mi espalda. Con el susto, el fardo se me escurrió de entre los dedos y la droga se perdió en la brisa.

—Oh, lo siento.

Me alejé de él, maldiciendo que no me hubiese atado bien las botas para poder echar a correr. Y también que no hubiese sido lo suficientemente inteligente como para coger a Infalible.

—Te fuiste antes de medianoche, brujita. Solo quería darte tu nuevo contrato.

El regente extendió la mano ante mí, un papel enrollado entre sus elegantes dedos. El anillo de vanadio parecía palpitar bajo el brillo de la luna, y me quedé un instante obnubilada.

—Estás… ¿Cómo…?

—Sí, cariño. Estoy vivo y de una pieza, como tu apreciado primer general del ejército. —Se arrastró un dedo por el torso, conduciéndolo hasta su abdomen—. Hubiese sido una pena perder este recipiente tan atractivo, ¿no crees?

—¿Cómo me has encontrado? ¿Qué…?

—Preguntas y preguntas y preguntas —ronroneó. Alargó la mano, ofreciéndome el contrato con insistencia—. Tú eres más divertida que eso, así que venga, tómalo. No tengo toda la noche para ti.

Aunque algo en mí me instó a no obedecerlo, no tuve otra opción que tomar el papel. Él esbozó un mohín ilusionado cuando lo desplegué, uno que me hizo echarle un vistazo escéptico antes de precipitarme a leer:

> Dado que ni Sombrael ni Dorian Yadav cumplieron con las condiciones acordadas respecto a la posesión del contrato de servidumbre de Queen Goldhar —fallando ambos en la localización de los rebeldes ANTES de la celebración de la Conquista—, ambos quedan exentos de sus servicios.

El corazón me dio un vuelco y se me emborronó la visión.

Aunque sabía que ese contrato no afectaba al Pacto de Almas que Dorian y yo compartíamos, sí quebraba mis noventa y cuatro años más al servicio del primer general. Nada me retendría a su lado; era libre, libre de una manera retorcida y cruel, pero libre legalmente. Y eso suponía, además, que Dorian no tendría la potestad para lanzar una orden de busca y captura en mi nombre. Ya no era suya y, por tanto, que hubiese abandonado la Casa Dorada no me convertía en una fugitiva.

Sostuve el papel, mis dedos temblando de la emoción, y releí a toda prisa. Era incapaz de despegar los ojos de la caligrafía elegante que se expandía por su superficie.

—¿Esto quiere decir que soy… libre?

Tristán me tomó del mentón con brusquedad y sus ojos borgoñas se iluminaron con malicia.

—Eso significa que eres mía, Khasil Silver. Y que tenemos mucho trabajo por hacer.

¿Te has quedado con ganas de leer más?

«El vino corría por mi garganta al igual que el sudor por mi piel.

Por fin estaba en Denesse, después de meses embarrada en la contienda militar que se expandía por toda Irinea, y lo que más deseaba era emborracharme y follar.

Y no era la única. [...]».

¡**Lee un fragmento exclusivo de Queen y Jayde**! Viaja once años atrás a los sucesos de *Un renacer de plata y humo* y adéntrate en una fiesta rodeada de brujos deseosos por pasar un buen rato.

Escribe una reseña en Goodreads o Amazon, mándame una captura de pantalla o enlace para que pueda leerla a **hola@alishacavill.com** con asunto «Regalo», ¡y te lo enviaré para que lo disfrutes!

Como autora independiente y pequeñita, las opiniones y recomendaciones a amigas y amigos son extremadamente valiosas para mí. Si además te animases a compartirlas en tus redes sociales, ¡te estaría muy agradecida!

¡Escanea el código y escribe tu reseña ya!



Agradecimientos

Cuando empecé a crear esta historia, pensaba que no la terminaría. Llevaba toda la vida escribiendo proyectos que quedaban abandonados en el cajón y a medias. Entre ellos, también estaba este.

Irinea es un mundo que comencé a imaginar en ¿2015?, y que abandoné cuando llevaba unas 35 000 palabras escritas. Solo regresé a él en 2021, después de decidir que quería regalarme la oportunidad de sanar mi relación con la escritura y mi autoconcepto de escritora.

En ese momento, no tenía ninguna red de apoyo relacionada con el mundo literario. Me gustaba fantasear con ello, sobre todo cuando leía los agradecimientos de los libros y mencionaban tantos nombres. Para mí, era inconcebible que algún día conociese a tantas personas importantes que contribuyesen de una forma u otra a mi manuscrito.

Hoy, en cambio, puedo afirmar que no solo he conocido a gente estupenda que me ha ayudado a sacar el proyecto adelante, sino que he hecho amigas maravillosas con las que he fangirleado como una niña, he compartido mis temores e ilusiones y he vivido momentos inolvidables. Lidia, Paula y Lucía, muchas gracias por haberme acompañado en este proceso y haberme ayudado —y aguantado— cuando mi síndrome del impostor me ganaba la batalla. Me habéis enseñado a confiar en mí y a creer que la historia de Queen y Nasir merecía la pena ser contada. Solo deseo compartir muchos años más con vosotras, rodeadas de literatura y pasión por lo que hacemos.

También me encantaría dar las gracias a Nia, mi correctora y editora —qué locura, ¡nunca pensé trabajar con una editora profesional!—, quien desmenuzó cada parte de la trama para ayudarme a pulirla y conseguir que brillase por sí misma. Fue un proceso del todo catártico, uno que me exigió dar todo de mí y del que aprendí mucho tanto personal como profesionalmente. Sin ti, la historia no hubiese encontrado su camino.

Por otro lado, quiero hacer una mención especial a Patricia Pérez (@patop.art), la artista con la que he tenido el placer de trabajar codo con codo durante meses. Patri, fue una suerte descubrirte hace ya más de dos años; sin ti y tu arte, estoy convencida de que muchísima menos gente hubiese conocido a Queen y a Nasir. Gracias por darle vida a mis personajes con tantísimo cariño; siempre me he sentido muy arropada en cada uno de los trabajos que hemos compartido juntas, desde las ilustraciones para la *newsletter* hasta la preciosa cubierta.

Por último, quiero agradecer a cada una de las personas que me han acompañado en mi cuenta de Instagram, especialmente a aquellas que forman parte de mi *newsletter* y me han leído mes a mes a través de los fragmentos anticipados. No os miento si os digo que gracias a vosotras he llegado hasta aquí. Solo espero que hayáis disfrutado esta historia tanto como lo hice yo escribiéndola; una parte de ella es vuestra. Deseo que *Un renacer de plata y humo* sea nuestro primer refugio juntas, pero no el último.

Y a ti, que tienes mi libro entre tus manos.

Sin ti, no podría volar.



Nota de la autora

Esta nota fue escrita en enero del 2024, por lo que te recomiendo visitar mis redes sociales para contrastar la información. ¿Quién sabe? Puede que ya haya publicado la continuación de Un renacer de plata y humo *u otra novela.*

En una sociedad cada vez más acelerada donde el mercado editorial se ha vuelto voraz, me gustaría recordar la magia de la espera. Porque sí, existe esa magia aunque últimamente todo nos haga olvidarla.

Como muchas otras escritoras, compagino la escritura con una jornada completa en un sector que nada tiene que ver con la literatura. No vivo de esto y no puedo dedicarle tantas horas como otras compañeras que escriben a tiempo completo. Es algo que me ha costado aceptar, que incluso me ha hecho sacrificar tiempo que no debería haber sacrificado, afectando a mi salud física, mental y a mis relaciones personales.

Este mundo es extremadamente atrayente para mí y juega con mis pasiones. Sé que podría consumirme, sobre todo si me dejase arrastrar por el ritmo frenético en el que está sumergido. Parece que nada es suficiente y que todo tiene que ser para *ayer*. Tristemente, hay una afirmación extendida en el sector literario que afirma que «*tienes* que sacar un libro al año para que no se olviden de ti».

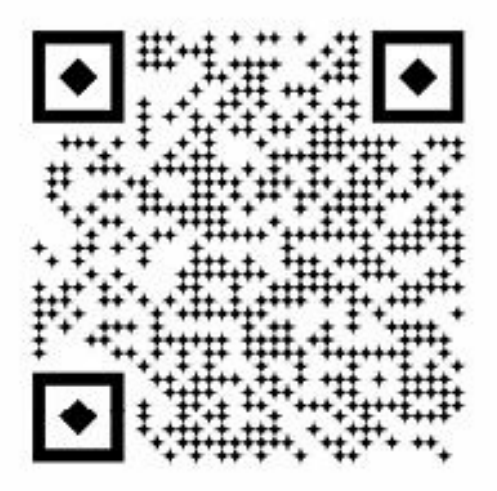
Desde aquí, quiero ser sincera contigo: soy una escritora lenta y, por mucho que me gustaría tener la continuación de la novela *ya*, soy consciente de mis ritmos. Puede que tarde un tiempo. Sin embargo, eso no significa que desaparezca de la faz de la tierra: puedes seguir mi proceso de escritura apuntándote a mi *newsletter* —donde comparto vivencias, noticias, ilustraciones y fragmentos anticipados— o siguiéndome en mi Instagram (@alisha.cavill. Sí, como *ese* Cavill).

Entre tú y yo, hay algo especial en vivir junto al autor todas sus subidas y bajadas hasta que

el libro está listo. Es la magia que nos recuerda que todos somos iguales, que los sueños se consiguen a base de constancia y confianza en uno mismo. No estamos hechos para correr y hacer las cosas perfectas a la primera; estamos hechos para experimentar, fallar y aprender.

Y si quieres, podemos hacerlo de la mano.

Encuéntrame en:



Instagram: @alisha.cavill
hola@alishacavill.com